Flavio Josefo

Antigüedades Judías

Libros I-XI

Edición de
José Vara Donado

AKAL/CLÁSICA

Tito Flavio Josefo nació en Jerusalén en el año 37 d.C. Criado en el seno de una acomodada familia judía, recibió una esmerada educación y formación en la tradición mosaica.

Tras viajar a Roma en el año 63, en el año 67, de vuelta a Judea, se encontró con el levantamiento judío contra los dominadores romanos. Nombrado por los rebeldes comandante supremo militar de la región de Galilea, tras caer prisionero se granjeó la amistad de los entonces comandantes militares romanos, y luego emperadores, Vespasiano y Tito, bajo cuyo amparo vivió en Roma desde el año 70 hasta su muerte, en torno al año 100.

Las *Antigüedades Judías* (elaboradas entre los años 79-93 y publicadas en esta última fecha) son obra concebida por su autor como respuesta a las *Antigüedades romanas*, de Dionisio de Halicarnaso, buscando contraponer los valores judíos a los romanos defendidos por Dionisio.

Las *Antigüedades Judías*, que describen la historia del pueblo judío y su cultura desde la creación del mundo hasta el año 66 d.C., presentan datos históricos de valor incomparable: quien los ignora, ignora por completo el género de vida judío en sus dos últimos siglos de existencia como nación independiente y el ambiente en que germinó la semilla del cristianismo, todo ello ofrecido por un autor serio y testigo o muy cercano a los hechos narrados.

José Vara Donado, responsable de la presente edición, es Catedrático de Filología Griega de la Universidad de Extremadura.

Flavio Josefo

ANTIGÜEDADES JUDÍAS

Libros I-XI

Edición de José Vara Donado

Maqueta: RAG

Creative Commons

© Ediciones Akal, S. A., 1997
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Teléfs.: 656 56 11 - 656 49 11
. Fax: 656 49 95
ISBN: 84-460-0590-5 (Tomo 1)
ISBN: 84-460-0782-7 (Obra completa)
Depósito legal: M. 4.055-1997
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Índice general

TOMO 1º

7 *Cuadro cronológico*
9 *Introducción*
I. Vida de Flavio Josefo 9
II. Antiguedades Judías 14
III. Ediciones y traducciones 19
Obras de referencia 19
Bibliografía general 19
Libro I 23
Libro II 77
Libro III 131
Libro IV 183
Libro V 237
Libro VI 297
Libro VII 363
Libro VIII 431
Libro IX 503
Libro X 553
Libro XI 599

TOMO 2º

Libro XII 649
Libro XIII 719
Libro XIV 795
Libro XV 881
Libro XVI 949
Libro XVII 1011
Libro XVIII 1077
Libro XIX 1145
Libro XX 1203
1245 *Índice de nombres*

Cuadro cronológico

AÑOS A. C.:

4342	Creación de Adán y Eva.
2407	Diluvio.
2080	Abram emigra de Mesopotamia a Canán.
1630	Los hebreos en Egipto.
1230	Los hebreos salen de Egipto (éxodo).
1200/1020	Período de los jueces.
1020	Período de los reyes.
930	Escisión del reino (Israel, Samaria y Judá).
587	El asirio Nabucodonosor se apodera de Jerusalén.
587/538	Cautividad en Babilonia.
539/331	Dominio persa de Judea.
331	Alejandro Magno conquista Judea.
331/167	Dominio en Judea de los sucesores de Alejandro.
167/37	Liberación judía gracias a la revuelta de los asmoneos (macabeos).
63	Pompeyo conquista Jerusalén.
37/4	Herodes el Grande, rey de Judea bajo patrocinio romano.
29	Mariame, esposa de Herodes, es condenada a muerte por su marido.
7	Alejandro y Aristobulo, hijos de Herodes y Mariame, son condenados a muerte por su padre.
4	Antípatro, hijo de Herodes, es condenado a muerte por su padre.
4	Muere Herodes.

AÑOS D. C.:

6	Expulsión de Arquelao y anexión romana de Judea. Censo de Cirinio.
14	Tiberio, emperador.
26/36	Poncio Pilato, procurador de Judea.
33/34	Muerte de Filipo, el tetrarca.
37	Cayo Calígula, emperador.
40	Expulsión de Herodes Antipas.
41	Cayo Calígula asesinado. Claudio, emperador.
44	Muerte de Agripa I.
44/46?	Cuspio Fado, procurador.
48/52	Ventidio Cumano, procurador.
52/60?	Antonio Félix, procurador.
54	Nerón, emperador.
60/62	Porcio Festo, procurador.
62/64	Albino, procurador.
64	Josefo participa en una embajada judía a Roma.
64/66	Gesio Floro, procurador.
66	Estalla la guerra de los judíos contra Roma; derrota de Cestio Galo.
67	Caída de Jotapata y sometimiento de Galilea. Josefo, prisionero.
68	Sometimiento de Judea, Idumea y Perea.
69	Facción combatiendo en Jerusalén. Vespasiano, emperador. Josefo, puesto en libertad.
70	Sitio de Jerusalén, incendio del Templo y de la parte alta de la ciudad.
71	Josefo, en Roma. Triunfo de Vespasiano y Tito.
73	Suicidio en Masada. Templo de Onías en Egipto, demolido.
75	Dedicación del Templo de la Paz, en Roma.
75/79	Josefo publica la Guerra judía.
79	Tito, emperador.
81	Domiciano, emperador.
93/94	Josefo publica las Antigüedades judías y la Vida.
c. 96	Josefo publica el Contra Apión.
96	Muere Domiciano.

I. VIDA DE FLAVIO JOSEFO

Los datos concernientes a la biografía de Flavio Josefo aparecen en su propia obra, en la Guerra judía y en la Vida, esta última conformando originariamente el apéndice de las Antigüedades judías, según consta en este mismo tratado, libro 20, capítulo 266. Pero antes de nada es menester advertir que las referencias biográficas que, siendo de carácter laudatorio para el propio autor, se hallan exclusivamente en la Vida no ofrecen garantía alguna de veracidad, igual que ocurre con las noticias que, presentes asimismo en la Vida, difieren o contradicen a las señaladas en la Guerra judía.

Pues está demostrado que lo indicado en la Guerra judía responde a la verdad de los hechos, mientras que lo dicho en la Vida es ficticio, al responder a un intento por rehabilitar la conducta del autor en cuestiones en las que su proceder pasado resultaba perjudicial para sus intereses presentes.

En efecto, en Vida 28 Flavio Josefo afirma que fueron los notables de Jerusalén (esto es, la facción moderada, partidaria de un entendimiento con los romanos) quienes lo nombraron a él general de las fuerzas de Galilea, un hecho que favorecería la actual situación comprometida del escritor, acusado por otros judíos, mientras que en la Guerra judía 2, 562 y ss. asegura que fueron las fuerzas judías que persiguieron al romano Cestio Galo, integradas éstas por la facción revolucionaria, hostil a los romanos, las que lo designaron general de Galilea. No hay duda, efectivamente, de que en estos

casos las informaciones que dejaban malparado a Josefo han de ser entendidas como ciertas, y como falsas las que lo ponían en situación favorable, por una suerte de traslación del principio de la lectio difficilior operante en la crítica textual. Ahora bien, hasta qué punto hay que desconfiar de la veracidad de lo afirmado en la Vida en el resto de los datos carentes de punto de contraste, es algo que no nos es dado cuantificar, por no disponer de referente alguno.

De todas formas, los datos que sobre su vida nos ofrece Flavio Josefo son los siguientes: Josefo nació en 37/38 d. C., el mismo año en que Cayo Calígula subió al trono de Roma (Vida 5) y nombró a Agripa I rey de la tetrarquía de Filipo. El año anterior, en el 36 d. C., Poncio Pilato había abandonado el cargo de procurador de Judea. Procedía Josefo de una familia de la alta clase sacerdotal (Vida 1-4) y por parte de madre corría por sus venas sangre de reyes, la de los asmoneos o macabeos (Vida 2). Recibió una esmerada formación cultural, singularmente en el conocimiento de la ley mosaica y, así, a los catorce años de edad sus opiniones eran requeridas y escuchadas con suma atención y respeto por los Sumos Sacerdotes y por las primeras autoridades civiles (Vida 8-9). Luego, a partir de los dieciséis años, en su deseo de conocer a fondo la vida y preceptos de las tres sectas religiosas más representativas de su época, los fariseos, saduceos y esenios, se incorporó sucesivamente a estas comunidades. Pese a la dureza de la experiencia creyó que todavía era poco, y por ello se unió durante tres años a Banús, singular personalidad que en el desierto llevaba una existencia ascética, dura y frugal (Vida 10-12). Tras esta etapa de formación y preparación, de vuelta a la ciudad se adhirió al grupo de los fariseos (Vida 12).

Es de observar que en algunos de estos comportamientos Josefo sigue un proceder convencional. En efecto, que Josefo a sus catorce años sea consultado por los sabios de la ciudad es idéntico a lo que Lucas 2,46 y ss. refiere de Jesús. Y, a su vez, que Josefo se retire al desierto para adquirir junto a una personalidad de vida austera una formación sólida, previa a su vida pública, coincide con la estancia de Jesús en el desierto (Lucas 4, 1 y ss.) y su experiencia al lado de otro hombre, Juan Bautista, que llevaba una vida estrechamente parecida a la de Banús (Lucas 3, 1-22). También Josefo poseía fincas en Judea (*Vida* 422), el tipo de propiedad más representativo y característico de la época y del lugar, según traslucen asimismo los *Evangelios* (por ejemplo, Marcos, 4, 3 y ss., y 12, 1 y ss.).

Tras su etapa de preparación y formación en la más pura y estricta tradición judía, Josefo inició su vida pública en el año 63/64 con una misión delicada, a la edad de veintiséis años. En efecto, el procurador de Judea, Félix, había enviado a Roma a un grupo de sacerdotes amigos de Josefo a defenderse de ciertos cargos ante el emperador. Y Josefo acudió a Roma a prestarles su ayuda, defensa y protección, adonde llegó milagrosamente tras sufrir un naufragio *(Vida* 13-16), percance de neto corte convencional, idéntico al que en parecidas circunstancias padeció San Pablo *(Hechos* 27, 9 y ss.). El resultado de sus gestiones se vio coronado por el éxito, pues los sacerdotes por cuya intercesión abogó Josefo fueron liberados exentos de todo cargo gracias al apoyo que en esta empresa les prestó un actor judío, Alitiro, favorito de Nerón, y la propia emperatriz Popea *(Vida* 16).

De regreso a Judea se encontró con que una parte de la población judía se había levantado ya en armas, dispuesta a enfrentarse a los romanos, sus dominadores, y a expulsarlos de su tierra *(Vida* 17). Josefo vive de lleno esta experiencia, en cuya fase inicial participa decididamente, en calidad de máximo jefe militar en la región de Galilea, puesto para el que había sido designado por los revolucionarios radicales, hostiles a la dominación romana de Judea, según consta en *Guerra judía* 2, 562 y ss., y no por la facción moderada de la capa más alta de la sociedad judía, las autoridades y el alto clero, favorables o que al menos transigían con la presencia de los romanos en su tierra, como Josefo pretende hacer creer para su descargo en *Vida* 28 y ss. Ejerció este alto cargo al frente de los sublevados y rebeldes de Galilea solamente durante seis meses del año 66 d. C., pero ello condicionó todo el resto de sus días. En la etapa final de su jefatura militar se refugió en Jotapata, sitiada ya en aquel entonces por las fuerzas romanas de Vespasiano, y tomada el 17 de julio del 67. Y Josefo, que ya, al ver las cosas mal para la defensa de la ciudad, había intentado escapar para ponerse a salvo *(Guerra judía* 3,193), en el instante de la conquista de la ciudad por las fuerzas romanas de Vespasiano logró ocultarse en una caverna protegida por una cisterna *(Guerra judía* 3, 340 y ss.). Pero, delatado por una cautiva judía, tras varias dudas decide entregarse al enemigo *(Guerra judía* 3, 344-355), intento frustrado por la radical oposición del grupo de fanáticos judíos que le acompañaba en tan tremenda situación, partidarios a ultranza del suicidio colectivo *(Guerra judía* 3, 355-

360). Y ahora llega el momento más delicado en la vida de Josefo: tras aceptar a la fuerza la idea del suicidio, logra por métodos no totalmente claros pero, en todo caso, innobles, quedarse con otro camarada el último del grupo, que había concertado sortear el orden respectivo en que cada uno debía tomar el camino del suicidio. Al final, ambos convienen, por iniciativa de Josefo, incumplir el compromiso de suicidarse, y se entregan a los romanos *(Guerra judía* 3, 387-398). Esta rendición, ya de por sí deshonrosa para un soldado, pero sobre todo para el jefe supremo, como era Josefo, presenta algunos agravantes, tales como haberse producido sin respetar el acuerdo concertado del suicidio y haber alterado el juego limpio del sorteo en forma que favorecía a los intereses de Josefo. Y, así, la población de Jerusalén, cabal intérprete del comportamiento de sus gentes y, en este caso, de Josefo, al enterarse de la caída de Jotapata y creer en un principio que Josefo había muerto, lo lloraba como héroe, para pasar luego, al saber que se había entregado al enemigo, a denostarlo y considerarlo un vil desertor *(Guerra judía* 3, 432-441). Pero la rendición de Josefo y sus circunstancias, realmente vergonzosas, conllevan asimismo ciertos atenuantes: por un lado, el gesto gallardo que llevó previamente a Josefo a penetrar en Jotapata para defenderla del asedio romano *(Guerra judía* 3, 142), y la nobleza de espíritu de Josefo al no ocultar que su conducta y comportamiento para salvar la vida no era totalmente limpia *(Guerra judía* 3, 391). Y de aquí hay que inferir que, si Josefo no sabía mentir, ni era capaz de ello, en asuntos que afectaban a lo más íntimo de su persona, tanto menos había de falsear los hechos más ajenos a él narrados en su obra histórica.

Tras entregarse a los romanos es detenido, pero inmediatamente se granjea el favor de Vespasiano y su hijo Tito presagiando sagazmente al primero la subida al trono de Roma *(Guerra judía* 3, 398-408). Luego, Josefo sirve a Tito de intérprete para transmitir sus comunicados a la población judía de Jerusalén y a sus sanguinarios tiranos, a quienes reiteradamente invitó a la rendición para salvar la ciudad *(Guerra judía* 5, 361, y 6, 124-129, y *Vida* 416).

Tras la conquista de Jerusalén por los romanos y la consiguiente pacificación de Judea, Josefo acompañó a Tito a Roma *(Vida* 422). Y Roma se convertiría en su segunda patria, pues allí vivió alojado en la mansión que había ocupado anteriormente Vespasiano antes de su ascensión al poder, obtuvo la ciudadanía romana y

gozó del favor de todos los Flavios, Vespasiano, Tito y Domiciano. Tito le compensó con otras tierras la pérdida de sus fincas de Judea, al serle confiscadas por los romanos para fijar en ellas un campamento, Vespasiano le concedió otra más y Domiciano le otorgó la gracia de que sus nuevas propiedades de Judea gozaran de la exención del pago de contribuciones *(Vida* 422-429). En reconocimiento a tantas prebendas concedidas por los Flavios, Josefo tomó el *prenomen* y el *nomen* de esta aristocrática familia, pasando así a ser llamado Tito Flavio Josefo (cf. *Prosoprographia Imperii Romani* III, pp. 155-156, n.° 239).

Josefo elaboró en Roma su obra y allí estudió literatura griega *(Antigüedades judías* 20, 263). Se casó tres veces: la primera con una prisionera de Cesarea a instancias de Vespasiano (quizá Josefo atribuye a Vespasiano el mandato de este matrimonio para descargarse de la responsabilidad personal que él contrajo, porque con tal matrimonio un sacerdote judío como Josefo contravenía la norma que prohibía tal suerte de enlace matrimonial de un sacerdote con una cautiva, según *Antigüedades judías* 3, 276). Esta esposa lo abandonó.

Luego Josefo se casó con una mujer de Alejandría *(Vida* 414-415), con la que tuvo tres hijos. De ésta se divorció, por incompatibilidad de caracteres. Por fin, se casó con otra dama de Creta, con la que se siente profundamente compenetrado y de la que le nacieron dos hijos *(Vida* 426-7).

Se ignora la fecha exacta de su muerte. Es claro, sin embargo, que sobrevivió a Agripa II *(Vida* 359), quien, según Focio, murió en el año 100 d. C. Pero este dato sirve de poco, pues Focio es una fuente de escasa garantía al respecto. De todas formas, Josefo murió con posterioridad al 93/94, ya que en esa fecha, año decimotercero de la subida al poder de Domiciano, publicó las *Antigüedades judías,* según señala el propio autor en esta misma obra (20, 267). Pero todavía después escribió otra obra más, un discurso de tinte polémico, el *Contra Apión,* cuya elaboración debió llevarle un buen tiempo, ya que se trata de un excelente tratado, bien razonado e inteligentemente diseñado y estructurado. No puede concretarse ni siquiera con cierta aproximación cuándo aconteció el final de sus días, ya que en el año 100 d. C., a sus sesenta y tres años de edad, no era demasiado anciano.

II. ANTIGÜEDADES JUDIAS

Según dijimos, Josefo publicó las *Antigüedades judías* en el año decimotercero de la subida al trono de Roma de Domiciano, lo que corresponde al año 93/94 d. C. De esta obra formaba parte como apéndice el relato autobiográfico de Josefo, la llamada *Vida (Antigüedades judías,* 20, 266-267). Sin embargo, como en *Vida* 359 consta que Agripa II había fallecido en el momento de la publicación de esta obra y Focio afirma que este rey murió en el año 100 d. C., algunos autores han intentado resolver esta incongruencia sosteniendo la teoría de que las *Antigüedades judías,* sin la parte final constituida por la *Vida,* fue publicada en una primera edición en el año 93/94 d. C., como Josefo señala, mientras que con posterioridad al año 100 Josefo daría a la luz pública una segunda edición de la obra, ahora ya con la adición de la *Vida.* Pero parece más razonable la postura de quienes defienden la idea de una edición única[1], la correspondiente al 93/94, al no observarse huella ni marca alguna de separación entre ambas partes. El problema se resuelve desconfiando del aserto de Focio en lo tocante a la fecha de la muerte de Agripa II, quien, según estos autores, moriría antes del 93/94.

Josefo había publicado entre los años 75-79 d. C. –esto es, unos quince años antes que las *Antigüedades judías*– otra obra, la *Guerra judía,* en la que se enfrentaron judíos y romanos (éstos representando y defendiendo la cultura griega en su más amplio sentido). También aquí, en las *Antigüedades judías,* nuestro autor pretende contraponer la cultura e historia del pueblo judío con la del pueblo romano (que encarna en sí la cultura helénica), de forma tal que las *Antigüedades judías* de Josefo es la contrapartida de las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso, autor que enseñó en Roma entre los años 37-8 a. C.

Las *Antigüedades judías* de Josefo son una obra de valor incomparable, pues ofrecen una síntesis de las tradiciones históricas y religiosas del pueblo judío y de la vida cultural de esta singular nación en el siglo I a. C.[2]. Sin la *Guerra judía* y las *Anti-*

[1] D. A. Barish, «The Autobiography of Josephus and the hypothesis of a second edition of Antiquities», *HThR* 71, 1978, 61-75.

[2] Lucio Troiani, «I lettori delle Antichità giudaiche di Giuseppe. Prospettive e problemi», *Athenaeum* 64, 1986, 343-353.

güedades judías de Josefo, especialmente los últimos siete libros de esta obra, ignoraríamos casi toda la vida del pueblo judío en los dos últimos siglos de su existencia como nación, y del ambiente en que germinó la semilla del cristianismo.

Los capítulos de las *Antigüedades judías* que han suscitado mayor interés en los estudiosos en general y en los cristianos en particular son el 63-64 del libro 18, por contener el llamado *Testimonium Flavianum* sobre Jesús. Aquí se identifica a Jesús con el Cristo, y se alude a su resurrección, lo que implica tal vez la creencia en su divinidad. Este texto ha sido objeto, como es natural, de multitud de estudios y análisis. Hay autores que atribuyen su autoría a Josefo, como, por ejemplo, Préchac[3], pero los más de los eruditos convienen en considerarlo una interpolación, obra de algún cristiano[4] que, aprovechando que la obra de Josefo gozaba de gran predicamento y difusión en los ambientes judíos y griegos, lo intercaló en ella, y en modo alguno creación del propio Josefo en razón de que este texto, como hemos señalado, considera a Jesús como Dios y como Cristo, ideas al parecer ajenas a las creencias religiosas de Josefo, que seguía los postulados de la secta judía de los fariseos. Sin embargo, nosotros no estamos seguros de que haya que negarle a Josefo la paternidad del texto en cuestión.

También es objeto de controversia la identidad de Epafrodito, la persona a quien Josefo dedica las *Antigüedades judías* (1, 8 y ss.), la *Vida* (cap. 430) y el *Contra Apión* (1, 1, y 2,1, y 2, 296). Unos entienden que se trata del secretario de Nerón, ejecutado por Domiciano en el 95 d. C., pero otros [5] sostienen que se refiere a Epafrodito de Queronea, quien en su día había sido esclavo y que, tras conseguir la libertad, enseñó en Roma, donde se hizo con una copiosa librería y murió en el reinado de Nerva (96-98 d. C.) a la edad de setenta y cinco años.

---

[3] L. Préchac, «Réflexions sur le *Testimonium Flavianum*», *BAGB* 1969, 101-111.

[4] Así W. Poetscher, «Iosephus Flavius, *Antiquitates* 18, 63 f. Sprachliche Form und thematischer Inhalt», *Eranos* 73, 1975, 26-62, y J. Neville Birdsall, «The continuing enigma of Josephus' testimony about Jesus», *BRL* 67, 1984-1985, 609-622.

[5] Así Thackeray, en su *Josephus. IV. Jewish Antiquities*, Books I-IV, Cambridge, Massachusetts, 1957, p. XI, y también T. Rajak, *Josephus. The Historian and his Society*, Londres, 1983, p. 223.

Otra cuestión muy discutida es la parte que en la redacción de las *Antigüedades judías* han jugado los llamados *colaboradores*. En efecto, el propio Josefo indica en *Contra Apión* 1, 50, haberse servido de colaboradores en la tarea de dar forma en lengua griega a este tratado de historia originariamente compuesto en arameo. Thackeray[6] ha creído detectar en las *Antigüedades judías* influencias sofocleas y tucidídeas, lo que responde a la verdad de los hechos, y los ha atribuido a dos de estos colaboradores, idea que no se impone necesariamente. Pues habida cuenta de que Flavio Josefo estudió en Roma literatura griega (*Antigüedades judías* 20, 263), cabe pensar que las influencias literarias de los autores griegos detectadas en esta obra hayan sido procuradas por el mismo autor, y no por otro alguno. Pero la presencia igual de influencias tucidídeas tanto en las *Antigüedades* como en la *Guerra* puede significar, si aceptamos que Josefo cuando publicó en griego su *Guerra judía* no dominaba suficientemente esta lengua, que en ambos casos intervino un colaborador.

Aunque tampoco hay que desechar la posibilidad de que la alusión del autor a la ayuda prestada por un colaborador no sea más que un simple recurso retórico para captar la benevolencia del lector ante supuestos fallos estilísticos.

Las *Antigüedades judías* comprenden veinte libros. A su elaboración dedicó el autor un largo período de tiempo (unos quince años, los que van del 79 al 94 d. C.), y singular esfuerzo, con lo que logró, junto con el *Contra Apión*, la más madura de sus obras. Este tratado relata la historia del pueblo judío desde la creación del mundo hasta el año duodécimo del reinado de Nerón, lo que corresponde al 66 d. C. (*Antigüedades judías* 20, 259 y ss.). Los diez primeros libros, que tienen como punto de partida y de referencia el *Antiguo Testamento*, ofrecen a Josefo la oportunidad de presentar la cultura judía y los comentarios personales pertinentes. Luego, los cuatrocientos años que van del destierro de los judíos hasta la muerte de Judas Macabeo son comprimidos en los libros 10, 11 y 12. A partir de aquí la narración es más prolija y detallada. Así, dedica el autor al reinado de Herodes el Grande tres libros completos (14, 15, 16 y parte del 17), mucho más de lo que le dedica en la *Guerra judía*, para lo que se sirve, sin duda, de la historia de Juan de Damasco, historiador y ministro de Herodes. En otras partes uti-

[6] Cf. Thackeray, *op. cit.*, pp. XIV-XVI.

liza Josefo obras de otros autores, ya judíos, como Filón de Alejandría, ya griegos o de otros pueblos, como el egipcio Manetón, el babilonio Beroso y Menandro de Efeso.

Una de las partes de las *Antigüedades judías* dotada de entidad propia es, como dijimos, la *Vida* de Josefo, la cual no constituye una autobiografía en el sentido moderno del término, ni tampoco según el concepto clásico, ya que no describe las cualidades morales de la persona a que se refiere. El objeto de esta obrita es de carácter polémico, tendente a defender a Josefo de los ataques de sus detractores, en especial Justo de Tiberíades (*Vida* 6, 336 y ss., y 337 y ss.). Por otro lado, por su condición de parte integrante de las *Antigüedades judías* no era designada originariamente por ningún otro título que el de *Antigüedades,* como hace Eusebio en su *Historia Eclesiástica* 3,10. Sólo posteriormente, cuando los lectores se sintieron interesados por ella, se independizó del conjunto de las *Antigüedades,* por lo que, al transmitirse individualmente en la tradición manuscrita, recibió el nombre de *Vida,* con que es conocida hoy día. La *Vida* dedica los capítulos iniciales (1-16) y los finales (414-430) a la narración de la vida privada de Josefo, mientras el resto, que es el grueso de la obra, trata de rehabilitar la conducta de Josefo durante los seis meses de mandato de los sublevados judíos en Galilea. Pero ya hemos tenido ocasión de señalar que, en los casos en que se describen simultáneamente en la *Guerra judía* y en la *Vida* los mismos hechos pero de manera distinta, sobre todo cuando tocan a la conducta de Josefo, la verdad consta en la *Guerra,* mientras que la *Vida* ofrece al respecto un intento atropellado de salvar la imagen de Josefo y eximirla de toda responsabilidad ante sus protectores romanos. Así (como ya tuvimos ocasión de constatar) mientras en *Guerra judía* 2, 562-568, Josefo es nombrado jefe militar supremo de Galilea por los *insurrectos,* los mismos que atacaron y persiguieron al romano Cestio Galo (versión que implica que Josefo era un insurrecto como ellos), en *Vida* 28-29, sin embargo, es nombrado para ocupar ese cargo por el sector moderado y por los fariseos, partidarios de no romper con los romanos ni atacarlos. En efecto, que Josefo fue nombrado jefe militar de Galilea por los insurrectos, lo demuestra él mismo incluso en *Vida* 20, donde refiere que en el enfrentamiento civil ocurrido en Jerusalén entre las dos facciones, él se había refugiado en la parte más interior del Templo. Pues bien, ocurre, según *Guerra judía* 2, 428, que el Templo estuvo ocupado

de siempre por los insurrectos. A su vez, en *Guerra* 2, 590, Juan de Giscala *convence* a Josefo, mientras en *Vida* 71-73 los convencidos son los embajadores, no Josefo. Sin duda, la verdad reside de nuevo en la *Guerra* y no en la *Vida,* por favorecer ésta la posición de Josefo.

Otro lugar más con diferencias narrativas aparece en relación al papel jugado por ciertos jóvenes en la *Guerra* 2, 595, y en *Vida* 126. La verdad está en la *Guerra.* Asimismo, Josefo quiere hacer responsable de la defección de Tiberíades a Justo. Pero como el propio Josefo viene a confirmar en *Guerra* 2, 573 y 615 y ss., el culpable de la deserción de esa ciudad fue él mismo. Luego le asiste toda la razón a Justo de Tiberíades cuando, según *Vida* 340, acusa a Josefo de este hecho, que el propio Josefo acepta en *Vida* 350.

Desde el punto de vista literario la *Vida* adolece de muchos y graves defectos, pues presenta una narración desordenada, repeticiones, negligencias, lo que parece obedecer a las exigencias de una redacción precipitada para contrarrestar los efectos de los ataques de que era objeto Josefo por sus enemigos. Es la *Vida* la obra o parte de ellas la menos lograda técnicamente, ya que el resto de la producción literaria de Josefo *(Guerra judía, Antigüedades judías* y *Contra Apión)* alcanza altas cotas en su conformación literaria.

El objeto último de las *Antigüedades judías* no difiere sensiblemente del atribuido a la *Guerra judía* y al *Contra Apión.* Esta última obra pertenece de lleno al género *polémico,* pues trata de contrarrestar la propaganda de los griegos hostil al mundo y cultura judía, al intentar Josefo demostrar que su pueblo no es en absoluto inferior al griego ni en antigüedad ni en benefactoras contribuciones a la humanidad.

También la *Guerra judía* persigue en esencia esos mismos objetivos, pues en ella Josefo refleja la rivalidad soterrada entre judíos y griegos, defendidos éstos en última instancia por los romanos. Pues bien, las *Antigüedades judías,* que ya por principio constituyen una réplica a las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso, pretenden dar a conocer a los griegos la historia, cultura y tradiciones del pueblo judío *(Antigüedades,* 1, 17) para demostrar que las virtudes que adornan a los judíos no van a la zaga de las de los griegos. En este sentido, *Antigüedades judías* persigue en el fondo los mismos fines que *Contra Apión.* Pero, en

otro sentido, las *Antigüedades* busca también *polémica* con los mismos judíos, a los que trata de llevar al camino de la justicia y religiosidad, esencias tradicionales del carácter judío, ahora, en tiempos de Josefo, conculcadas por los tiranos, y causa de su ruina y decaimiento, así como de la pérdida de la guerra contra los romanos (*Guerra judía* 4, 323; 5, 376-377; 5, 397; 5, 402-415), pues las *Antigüedades* elogia generalmente la fuerza de la justicia y del respeto a Dios, y lo hace constar expresamente en determinados lugares (*Antigüedades* 4, 130 y 143; 20, 163-166; y 20, 268).

III. EDICIONES Y TRADUCCIONES

Flavii Josephi Opera, ed. B. Niese, 7 vol., Berlín, 1887-1895.

Oeuvres complètes de Flavius Josèphe, ed. T. Reinach, 7 vol., París, 1900-1932.

Josephus, ed. H. St. J. Thackeray, R. Marcus, A. Wikgren, L. H. Feldman, 9 vol., The Loeb Classical Library, Londres-Cambridge/Massachusetts, 1926-1965.

Flavio Giuseppe, La Guerra Giudaica, ed. G. Ricciotti, 3 vol., Turín, 1963.

OBRAS DE REFERENCIA

A Complete Concordance to Flavius Josephus, Suppl. I: Namenwörterbuch zu Flavius Josephus, A. Schalit, ed. K. H. Rengstorf, Leiden, 1968.

A Complete Concordance to Flavius Josephus, 4 vol., ed. K. H. Rengstorf, Leiden, 1973-1983.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ALBERT, K., *Strabo als Quelle des Flavius Josephus,* Aschaffenburg, 1902.

COHEN, SHAVE F. B., *Josephus in Galilee and Rome. His vita and development as a historian,* Leiden, 1979.

COLLOMP, P., «La place de Josèphe dans la technique de l'historiographie hellénistique» (Publ. de la Fac. des Lettres de l'Université Strasbourg 106), *Mélanges 1945, III. Études historiques,* París (1947) 81-92.

DAUBE, D., *Typologie im Werk des Flavius Josephus,* Bayerische Akad. d. Wissenschaften, 6, Munich, 1977.

DELLING, G., «Josephus und das Wunderbare», *NT* 2 (1958), 291-309.

DREXLER, H., «Untersuchungen zu Josephus und zur Geschichte des jüdischen Aufstandes 66-70», *Klio* 19 (1925), 277-312.

FELDMAN, L. H., «Abraham the Greek philosopher in Josephus», *TAPhA* 99 (1968), 143-156.

— «Hellenizations in Josephus' portrayal of Man's Decline», *Religions in Antiquity* (Essays in Memory of E. R. Goodenough), ed. J. Neusner, Leiden, 1968.

— «Hellenization in Josephus' version of Esther», *TAPhA* 101 (1970), 143-170.

HANKOFF, L. D., «The thème of suicide in the works of Flavius Josephus», *CM* 11 (1976), 15-24.

JUSTUS, B., «Zur Erzählkunst des Flavius Josephus», *Theokratia* 2 (1973), 107-136.

LADOUCER, D. J., *Studies in the Language and Historiography of Flavius Josephus* (Diss. Providence, 1977), Ann Arbor, Michigan, 1979.

LAQUEUR, R., *Der jüdische Historiker Flavius Josephus. Ein biographischer Versuch auf neuer quellenkritischer Grundlage,* Giessen, 1920.

LEUTY, R., *An inquiry into the historical methods and contributions of Flavius Josephus* (Thesis Calif. State Coll., at Fullerton), 1971 (microfilm).

LINDNER, H., *Die Geschichtsauffassung des Flavius Josephus im Bellum Judaicum,* AGJU 12, Leiden, 1972.

MOEHRING, H. R., *Novelistic Elements in the Writings of Flavius Josephus* (Diss.), Chicago, 1957.

NABER, S. A. «Observationes criticae in Flavium Josephum», *Mnemosyne* 13 (1885), 263-284, 353-399.

NIESE, B., «Bemerkungen über die Urkunden bei Josephus Archaeol. B. XIII. XIV. XVI», *Hermes* 11 (1876), 466-488.

— «Zur Chronologie des Josephus», *Hermes* 28 (1893), 194-229.

— «Der jüdische Historiker Josephus», *HZ* 40 (1896), 193-237.

PELLETIER, A., *Flavius Josèphe, adaptateur de la Lettre d'Aristée. Une réaction atticisante contre la Koinè,* París, 1962.

SCHALIT, A., «Josephus und Justus», *Klio* 26 (Neue Folge, VIII) (1933), 67-95.
SCHRECKENBERG, H., *Bibliographie zu Flavius Josephus,* ALGH 1, Leiden, 1968.
— *Die Flavius-Josephus-Tradition in Antike und Mittelalter,* ALGH 5, Leiden, 1972.
— *Bibliographie zu Flavius Josephus,* ALGH 14, Suppl. mit Gesamtregister, Leiden, 1979.
SHUTT, R. J. H., *Studies in Josephus,* Londres, 1961.
STEIN, E., «De Flavii Josephi arte narrandi», *Eos* 33 (1930-1931), 641-650.
THACKERAY, H. St. J., *s. u.* «Josephus», in *A Dictionary of the Bible,* Extra Volume, ed. J. Hastings, Edimburgo, 1904.
— *Josephus, the Man and the Historian,* Nueva York, 1967.
UNNIK, W. C. van, «De la règle *Μήτε προσθεῖναι μήτε ἀφελεῖν* dans l'histoire du canon», *VChr* 3 (1949), 1-36. *Flavius Josephus als historischer Schriftsteller,* Heidelberg, 1978.
VIDAL-NAQUET, P., *Du bon usage de la trahison,* in *La guerre des Juifs,* transl. by P. Savinel, París, 1977.
VINCENT, H., «Chronologie des oeuvres de Josèphe», *RBi* 8 (1911), 366-383.

ADVERTENCIA:

Nuestra traducción de las *Antigüedades judías* de Flavio Josefo sigue la edición de:
THACKERAY, H. ST. J., para los libros I-IV.
THACKERAY, H. ST. J., and MARCUS, Ralph, para los libros V-VIII.
MARCUS, Ralph, para los libros IX-XIV.
NIESE, Benedictus, para los libros XV-XVI.
NABER, S. A., para los libros XVII-XX.

Libro I

RESUMEN

Preámbulo concerniente a la obra entera:

1. La construcción del mundo y disposición de los elementos.
2. Que trata de la familia de Adán y de las diez generaciones que hay desde él hasta el diluvio.
3. Cómo fue el diluvio y de qué manera Noé se salvó en un arca con sus congéneres y se estableció en la llanura de Sinar.
4. Cómo sus hijos construyeron una torre en son de afrenta para Dios, y cómo Él confundió sus lenguas y se llamó Babilonia el lugar en que ocurrió esto.
5. Cómo los descendientes de Noé colonizaron todas las tierras habitables.
6. Cómo cada una de las naciones tomó el nombre de sus fundadores.
7. De qué manera nuestro padre Abram, después de emigrar de Caldea, ocupó las tierras entonces llamadas Canán y hoy Judea.
8. Que Abram, cuando el hambre se apoderó de Canán, marchó a Egipto y, después de haber pasado allí un tiempo, regresó al lugar de partida.
9. Derrota de los sodomitas cuando los asirios los atacaron.
10. Cómo Abram atacó y venció a los asirios, rescató a los prisioneros sodomitas y despojó al enemigo del botín aprehendido.

11. De qué manera Dios hundió a la raza de los sodomitas, irritado con ellos por sus pecados.
12. Que trata de Ismael, hijo de Abram, y de sus descendientes los árabes.
13. Que trata de Isac, el hijo legítimo de Abram.
14. Que trata de Sara, la esposa de Abram, y cómo murió.
15. Cómo de Catura, casada con Abram, nació la raza de los árabes trogloditas.
16. Que trata de la muerte de Abram.
17. Que trata del nacimiento y crianza de Esaú y Jacob, hijos de Isac.
18. Huida de Jacob a Mesopotamia por temor a su hermano, y cómo, después de casarse allí y engendrar doce hijos, regresó de nuevo a Canán.
19. Cómo Isac, a su muerte, fue enterrado en Hebrón.

Este libro abarca un período de tres mil ocho años, según Josefo; de mil ochocientos, según los hebreos, y de tres mil cuatrocientos cincuenta y nueve, según Eusebio.

Proemio: diferentes motivaciones de los historiadores. 1. En el caso de los autores que se deciden a escribir obras de historia observo que el motivo que los impulsa a ello no es único ni idéntico, sino muchos y muy diferentes entre sí. Así, mientras unos se lanzan a esta rama de la cultura para exhibir su habilidad narrativa y adquirir la consiguiente fama, otros soportan incluso más allá de sus fuerzas el esfuerzo inherente a la obra por halagar a los personajes de quienes trata el texto. Y los hay que se ven obligados por la propia fuerza de los acontecimientos en cuya realización participaron a recogerlos en un escrito que dé cuenta de ellos. Por otro lado, son muchos los impulsados por importantes y útiles hechos que permanecen ignorados a publicar la correspondiente historia para bien de todos. Pues bien, de los motivos antes señalados también en mi caso han concurrido los dos últimos. En efecto, por un conocimiento de los hechos fundado en la propia experiencia, me vi forzado a dar cuenta pormenorizada de la guerra que nosotros los judíos sostuvimos contra los romanos, de las acciones en ella llevadas a cabo y de la manera en que terminó, todo ello a causa de los autores que en su obra mancillan la verdad.

5. *Origen de la obra presente.* 2. Y, por otro lado, he puesto manos a la obra presente en el convencimiento de que ha de parecer interesante a todos los griegos, ya que va a comprender toda la historia antigua de nuestro pueblo y su orden constitucional, interpretados a la luz de los libros hebreos. Pues bien, ya incluso antes, cuando procedía a escribir la *Historia de la guerra,* pasó por mi mente la idea de mostrar de dónde provenían los judíos, en qué coyunturas se encontraron, por qué suerte de legislador fueron educados en la piedad y en la práctica de las demás virtudes, y en cuántas guerras se vieron envueltos en sus largos años de existencia antes de verse obligados a embarcarse en la última contra los romanos. Pero como las dimensiones del tratado en cuestión eran demasiado amplias, separé e independicé la referida *Historia de la guerra,* y reduje su contenido a sus propios orígenes y su final. Pero, pasado un tiempo, como suele ocurrir a los que tienen en su mente la idea de emprender grandes gestas, me entró miedo y temor a traducir un tema tan extenso a una lengua extraña y ajena a nuestro uso. Hubo, sin embargo, algunos que, apasionados por la *Historia,* me animaban a ello, y sobre todo Epafrodito, un hombre enamorado de todo tipo de cultura, pero especialmente encantado con hechos reales, por haberse visto envuelto personalmente en grandes asuntos y vicisitudes varias, y haber mostrado en todos admirable fuerza física e inconmovible ligazón a la virtud. Así, al hacer caso a esta persona a causa de su pasión por vincularse a quienes pueden realizar algo útil o hermoso, y al sentir vergüenza de mí mismo por dar tal vez la impresión de disfrutar más con la pusilanimidad que con el esfuerzo en pos de las cosas más hermosas, cobré fuerzas y ánimo, y es que, además de las razones señaladas, consideré también, y no como algo incidental, los siguientes extremos: por lo que a nuestros antepasados toca, que aceptaban de buen grado hacer partícipes a otros de tales informaciones y, por lo que respecta a los griegos, que algunos de ellos habían mostrado interés por conocer nuestra realidad.

10. *Un modelo anterior: la versión griega de la ley judía.* 3. En este sentido, descubrí que Ptolomeo II [1], rey que más que nadie se interesó por la cultura y acopio de libros, se había empeñado singularmente en traducir al griego nuestra Ley y el ordenamiento

[1] Ptolomeo II Filadelfo (308-246 a.C.).

político en ella contenido, al tiempo que Eleazar [2], que en virtud no iba a la zaga de ninguno de nuestros Sumos Sacerdotes, no había visto con malos ojos que el citado rey disfrutara de este beneficio, que indefectiblemente le habría negado si no fuera tradicional a nosotros no mantener en secreto nada hermoso. En estas circunstancias pensé que también a mí me venía bien imitar la magnanimidad del Sumo Sacerdote e imaginar que también en los tiempos actuales había muchas personas con igual interés por el conocimiento que el citado rey. Además, él no llegó a conseguir todos los libros, sino que los enviados a Alejandría a traducirlos le entregaron sólo y exclusivamente los que contenían la Ley. En cambio, los hechos tratados a lo largo de las Sagradas Escrituras son innumerables, ya que en ellas se encierra la historia de cinco mil años, a la vez que se contienen en las mismas peripecias inexplicables de toda suerte, diversos tipos de guerras, heroicos comportamientos de generales y cambios de regímenes.

19. *Lección moral de las Antigüedades judías.* En suma, uno que quiera pasar revista a la presente narración histórica comprenderá gracias a ella fundamentalmente que a las personas que siguen los dictados de Dios y no osan transgredir sus hermosas disposiciones les sale todo increíblemente derecho y como recompensa les ofrece Dios la felicidad, mientras que, si renuncian a un cumplimiento meticuloso de ellas, cualquier salida se hace inviable y toda acción que se empeñen en llevar a cabo por considerarla beneficiosa se convierte en desgracia irremediablemente. De ahí que, en estas circunstancias, invito a las personas que hayan de leer este libro a que presten atención a Dios y comprueben si nuestro legislador se imaginó su naturaleza en forma adecuada a Él y le asignó acciones siempre conformes a su poder, evitando toda referencia a Él y manteniéndola limpia de las explicaciones fantásticas indecentes que presentan otros pueblos, y eso que, dado el tiempo transcurrido y la antigüedad de los hechos, tenía grandes posibilidades de inventar falacias. En efecto, vivió hace dos mil años, fecha sumamente remota, a la que los poetas no osaron retrotraer siquiera el nacimiento de los mismos dioses, cuanto menos las

[2] Cf. *Cartas de Aristeas*, y Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, 12, 11-118.

acciones o las leyes de los hombres. Pues bien, nuestra narración pondrá de manifiesto con toda exactitud y en el lugar adecuado, a medida que vaya avanzando, los datos contenidos en las Escrituras. Prometo, en efecto, poner en práctica este propósito, sin añadir ni restar nada.

18. *Contraste entre Moisés y otros legisladores.* 4. Pero como casi todo el contenido de este libro depende del saber de nuestro legislador Moisés, me veo en la necesidad de decir antes unas cuantas cosas acerca de él, para que ninguno de mis lectores pierda el tiempo preguntándose de dónde viene que nuestro estudio, dedicado a tratar de leyes y acciones, comprenda en grado tan alto ciencia de la naturaleza. En este sentido, hay que saber que Moisés consideró lo más necesario de todo, para quien haya de organizar sabiamente su propia vida y legislar para los demás, lo primero conocer la naturaleza de Dios y, tras contemplar mentalmente sus acciones, luego ya imitar el modelo mejor de todos, en cuanto sea posible, e intentar seguirlo, ya que ni el propio legislador tendría nunca un buen conocimiento de las cosas falto de la referida contemplación, ni nada de lo que vaya a ser escrito ayudaría a los lectores a hacerse con la virtud, a no ser que antes de cualquier otra cosa se les enseñara que Dios, padre y señor de todo y que todo lo ve, concede una vida feliz a los que le siguen, mientras que aflige con grandes desgracias a los que andan fuera del camino de la virtud. Pues bien, deseoso Moisés de transmitir esta enseñanza a sus conciudadanos no empezó la promulgación de las leyes por los contratos y los derechos que asisten a unos frente a los otros, como hacen los demás, sino que, tras remontar su capacidad cognoscitiva y ordenación del mundo a Dios y convencerlos de que los hombres somos la más hermosa de las criaturas terrenales de Dios, luego ya, una vez que los tuvo prestos a la virtud, los convencía fácilmente en todo. Y, así, mientras los demás legisladores seguidores de los mitos, al explicar los errores humanos, hacen recaer el deshonor consiguiente sobre los dioses y ofrecen así una poderosa coartada a los malvados, nuestro legislador, por el contrario, tras evidenciar que Dios posee la pura virtud, creyó que los hombres debían procurar participar de ella y castigó inexcusablemente a los que no lo entienden así ni tampoco creen en esta explicación. En estas circunstancias invito a los lectores a que analicen las cosas con esta perspectiva. Así, si examinan las cosas desde esta óptica, no les parecerán a ellos nada

ilógico, ni inadecuado a la majestad de Dios y a su amor por el hombre, pues todas las cosas tienen una estructura acorde con la naturaleza del universo. El legislador se refirió a estas cosas, en unos casos, mediante acertados enigmas, en otros por sublimes alegorías, mientras que mostró con palabras todas aquellas cosas que convenía enunciarlas directamente. Ahora bien, a los que deseen además conocer las causas de todas y cada una de las cosas resultaría pesado este conocimiento y harto profundo. Yo, de momento, lo paso por alto, pero si Dios me da tiempo intentaré dedicar un tratado a ello, una vez que concluya la presente obra. Y tornaré ya a la exposición de la materia en cuestión, aunque antes recordaré lo que Moisés dijo sobre la creación del mundo y que encontré referido en las Sagradas Escrituras. Dice así:

27. *La creación (Génesis* 1,1). 1. Al principio creó Dios el cielo y la tierra. Pero como ésta no llegara a ser vista, sino que estuviera oculta por una profunda oscuridad, al tiempo que la soplaba desde arriba el viento, mandó Dios que se hiciera la luz. Y, hecha ésta, tras pensar en el conjunto de la materia, separó la luz de la oscuridad: a ésta le puso por nombre noche, y a aquélla la llamó día, denominando despuntar el día y anochecer al inicio de la luz y a su cese, respectivamente. Este sería el primer día, que Moisés llamó *uno* globalmente. Por qué lo hizo así, estoy capacitado para explicarlo incluso ahora mismo, pero como he prometido[3] explicarlo una vez que haya descrito en un libro especial las verdaderas causas de todas las cosas, aplazo para entonces el esclarecimiento de esta cuestión. A continuación, el segundo día puso el cielo encima del universo, y fue entonces cuando, tras separarlo de los demás cuerpos, decidió asignarle un lugar propio, fijando en torno a él una capa de hielo y haciéndolo húmedo y lluvioso para el conveniente beneficio que a la tierra le producen las lluvias. Al tercero fijó la tierra vertiendo en torno a ella el mar y en seguida este mismo día hizo emerger de la tierra árboles y plantas. Al cuarto adornó el cielo con el sol, la luna y demás estrellas, asignándoles movimientos y cursos, para que con estos cuerpos celestes fuera indicada la vuelta de las estaciones. Al quinto día soltó por la tierra las criaturas nadadoras y voladoras, aquéllas en las profundidades y éstas por el aire, uniéndolas en comunidad y cópula para la

[3] En 1,25.

procreación y para aumentar y multiplicar los seres de su especie. Al sexto día creó la raza de los cuadrúpedos, haciéndolos a unos machos y a otros hembras. En éste formó también al hombre. Y Moisés asegura que el universo y todo lo que en él existe se creó en los referidos seis días, y que al séptimo Dios descansó y se abstuvo de trabajar, de donde viene que también nosotros pasamos sin ocupaciones este día que llamamos *sábado,* palabra que en hebreo significa *descanso.*

34. *Génesis* 2 y ss. 2. Y, claro está, después del séptimo día, Moisés empezó a dar explicaciones naturales sobre la formación del hombre, expresándose en los siguientes términos: Dios formó al hombre con polvo de la tierra, al que insufló espíritu y alma. Este hombre se llamó Adán, que en hebreo significa *rojo,* precisamente porque había sido hecho de la tierra roja empapada de agua, ya que la tierra virgen y auténtica es de ese color. Dios presentó ante Adán, agrupados por especies, a los animales, mostrándole la hembra y el macho, y les puso los nombres con que son designados todavía aún hoy día. Y viendo que Adán no tenía compañera ni consorte femenina (pues tampoco existía) y que se consideraba un extraño frente a las otras criaturas que sí tenían compañero, tras extraer una de sus costillas mientras dormía, formó de ella a la mujer. Y Adán, cuando le fue presentada, reconoció que había sido hecha de él mismo. Por cierto, que en hebreo *mujer* se dice *essa.* Ahora bien, el nombre de la mujer así formada fue *Eva,* que significa *madre de todos los seres.*

37. *El Paraíso (Génesis* 2, 10 y ss.). 3. Moisés afirma que Dios plantó en Oriente también un jardín frondoso, provisto de toda suerte de plantas, y que entre ellas estaba el árbol de la vida y el otro, el de la ciencia, por el que se reconocía qué era lo bueno y qué lo malo. Y añade que llevó a este jardín a Adán y a su mujer, y les mandó que cuidaran de los árboles. Este jardín está regado por un río que circunda toda la tierra, el cual se divide en cuatro brazos: el Fisón, palabra que significa *abundancia,* corre hacia la India y desemboca en el mar Ganges, así llamado por los griegos; el Eúfrates y el Tigris desembocan en el mar Rojo: el Eúfrates se llama Foras, que significa o bien *dispersión* o *flor,* y el Tigris, Diglat, con lo que se da a entender su rapidez y a la vez angostura; y el Geón, que recorre Egipto, significa el río que

emerge de la región situada enfrente de nosotros, al que los griegos llaman Nilo.

40. *La caída y expulsión del Paraíso (Gén.* 3). 4. Entonces Dios mandó a Adán y a su mujer que saborearan el fruto de los otros árboles, pero que se abstuvieran del árbol de la ciencia, advirtiéndoles que, si lo tocaban, les produciría la muerte. En aquella época todas las criaturas hablaban el mismo lenguaje. Entonces la serpiente, que convivía con Adán y su mujer, les tenía envidia por creer que ellos serían felices si hacían caso de los mandatos de Dios, por lo que, convencida de que se verían envueltos en desgracias si le desobedecían, persuadió maliciosamente a la mujer a que saboreara el fruto del árbol de la ciencia, diciéndole que en él radicaba el conocimiento del bien y del mal, y que, una vez que éste se hubiera producido en ellos, pasarían una vida venturosa y nada inferior a la de la Divinidad. Así tentó a la mujer a que hiciera caso omiso del mandato de Dios. Y, una vez que ella saboreó el fruto de este árbol y encontró placer con este manjar, persuadió también a Adán a probarlo. Y en seguida comprendieron que estaban desnudos, por lo que al darles vergüenza estar expuestos a la luz del día, pensaron cubrirse. Y es que el árbol hizo nacer en ellos agudeza mental e inteligencia. Así, se cubrieron con hojas de higuera y, mientras ocultaban con ellas sus vergüenzas, esperaban ser más felices todavía, en la creencia de haber conseguido aquello de que antes andaban escasos.

Y, al llegar Dios al jardín, Adán, que antes frecuentaba su compañía, lo esquivaba, consciente de su falta, y a Dios le extrañaba su comportamiento y le preguntaba el motivo de por qué él, que antes se deleitaba en su compañía, ahora la rehuía y evitaba. Y como él no le contestara nada por reconocer para sus adentros que había transgredido la orden de Dios, le dijo Éste: «Bien, en relación con vosotros había tomado la determinación de que vivierais una vida feliz y exenta de todo mal, sin ser punzados por ninguna preocupación que afectara a vuestra alma, sino que, sin necesidad de trabajar y de sufrir vosotros, surgirían por mi Providencia y por su solo impulso todas las cosas que contribuirían a vuestro disfrute y deleite, circunstancias en las que la vejez no os atacaría demasiado deprisa y vuestra vida sería larga [4]. Pero ahora te has mofado de

[4] Cf. Hesíodo, *Trabajos,* 109-119.

la determinación que yo había tomado, desobedeciendo mis mandatos, pues es claro que guardas silencio no por virtud, sino por reconocimiento de tu perversidad.» Adán trataba de excusarse por el pecado cometido, y rogaba a Dios que no se enfadara con él, acusando a su mujer de lo sucedido y alegando haber pecado engañado por ella, y ella, a su vez, culpó a la serpiente. Pero Dios le impuso un castigo por haberse dejado llevar de un consejo mujeril, diciendo que la tierra ya no les produciría espontáneamente fruto alguno, sino que, a pesar de que se esforzaran y quedaran exhaustos con los trabajos, unas veces se los aportaría, pero otras se los negaría. Por su parte, a Eva la castigó con tener que dar a luz y con los dolores de parto, por haber envuelto en la desgracia a Adán seduciéndolo por los mismos procedimientos con que la serpiente la había engañado a ella. Y a la serpiente la privó también del habla, irritado por su malicia para con Adán, y colocó veneno debajo de su lengua, designándola enemiga de los hombres y sugiriéndoles a éstos que la golpearan contra la cabeza, porque en ella residía el mal con que atacaba a los hombres y porque así sus atacantes conseguirían muy fácilmente darle muerte y, privándola de patas, hizo que se arrastrara zigzagueando. Y Dios, tras ordenarles que sufrieran estas calamidades, expulsó a Adán y Eva del jardín para otro sitio.

52. *Caín y Abel (Gén.* 4, 1 y ss.). 2.1. Ellos tuvieron dos hijos varones. El mayor de ellos se llamaba Caín, nombre que, traducido, significa *posesión,* y el pequeño Abel, que significa *nada.* Pero tuvieron también hijas. Pues bien, los hermanos se complacían con conductas diferentes, pues mientras Abel, el más joven, procuraba ser justo y ponía sus ojos en la virtud, pensando que Dios presenciaba todas sus acciones, y se dedicaba a la vida pastoril, Caín, en cambio, aparte de ser un malvado consumado, pensaba únicamente en la riqueza y, por ello, fue el primero que tuvo la ocurrencia de arar la tierra, y hasta llegó incluso a matar a su hermano por el siguiente motivo. Tras acordar ellos hacer una ofrenda a Dios, Caín aportó los frutos de la tierra que trabajaba y de sus plantas, mientras Abel trajo leche y las primeras crías de sus ovejas. Pero Dios se complació más con esta última ofrenda, honrándose con los frutos espontáneos y naturales y no con los producidos por la fuerza y por la argucia de personas avaras. De ahí que Caín, irritado por haber preferido Dios a Abel, mató a su hermano, y con

hacer desaparecer de la vista su cadáver supuso que pasaría inadvertido. Pero Dios, que intuyó lo ocurrido, llegó junto a Caín, preguntándole dónde estaba, ya que hacía muchos días que no lo veía, cuando siempre antes lo veía unido a él. Entonces Caín, confuso y no sabiendo qué contestar a Dios, le dijo que tampoco él se explicaba que su hermano no se dejara ver, cosa que ocurría por primera vez y, enfadándose por la tenaz insistencia y obstinación de Dios, terminó por decirle que no era él el vigilante y guardián de su hermano y de lo que él hacía. Por esta respuesta dedujo Dios ya que Caín había matado a su hermano, y le dijo: «Me extraña que no sepas decir qué ha sido de un hombre al que tú mismo has asesinado.» Pues bien, Dios lo dejó libre de todo castigo por el asesinato cometido, al haberle llevado una ofrenda y por ella suplicarle que no se ensañara más cruelmente con él, pero lo maldijo y lo amenazó con que tomaría represalias contra sus descendientes en la séptima generación, y lo expulsó junto con su mujer de aquellas tierras. Y como Caín temiera ser víctima de las fieras en su vida errante, Dios le mandó que no sospechara nada triste por tal motivo, y que, por el contrario, surcara cualquier región sin temor, por la simple razón de que no tenía nada que temer de las fieras. Y, tras imprimir en su cuerpo una señal, con que pudiera ser reconocido, le ordenó que se pusiera en marcha.

60. *Descendientes de Caín (Gén.* 4, 16). 2. Y, tras recorrer muchas regiones, Caín en unión de su mujer tomó posesión de Naid (así es como se llamaba el lugar), y allí construyó su vivienda, en la que nacieron sus hijos. Pero el castigo recibido no lo tomó como advertencia, sino para incrementar su maldad, procurando a su cuerpo todo placer, aunque tuviera que alcanzarlo a costa de faltar al prójimo. Acrecentaba su patrimonio con abundancia de riquezas fruto de la rapiña y de la violencia, e invitando a las personas con quienes se encontraba al placer y al pillaje se hizo su maestro en conductas perversas, y cambió la moderación con que antes vivían los hombres por la invención de las medidas y de las pesas, convirtiendo su vida, que era pura por el desconocimiento de estas novedades y magnánima, en perversa. Fue el primero en poner lindes a las tierras, en fundar una ciudad y en fortificarla con murallas, obligando a los suyos a reunirse todos en ella. Y la ciudad en cuestión la llamó Anoc, en honor a Enoc, el mayor de sus hijos. Hijo de Anoc fue Jarad, de éste Maruel, de

quien nació Matusal, y de éste Lamec, quien tuvo setenta y siete hijos, nacidos de sus dos mujeres, Sela y Ada. De ellos, Jóbel, nacido de Ada, construyó tiendas y se aficionó al pastoreo; Júbal, hermano suyo de madre, practicó la música e inventó arpas y cítaras, y Jubel, uno de los hijos de la otra, como aventajaba a todos en fuerza siguió en forma sobresaliente la carrera de las armas, con la que se procuraba los placeres corporales, y fue el primero que inventó la forja del bronce. Lamec, padre de una hija de nombre Noemá, al ver por su clarividencia de las cosas divinas que era él quien había de sufrir castigo por haber matado Caín a su hermano, puso el hecho en conocimiento de sus esposas. Y todavía en vida de Adán ocurrió que los descendientes de Caín se hicieron sumamente malvados, cada uno de ellos terminando por hacerse peor que los precedentes, al heredar e imitar a éstos. Y es que no sólo eran incontenibles para ir a la guerra, sino que además se lanzaban al pillaje. Por lo demás, si había alguno reacio a matar, era que estaba urdiendo y ambicionando otra cosa peor.

67. *Descendientes de Set (Gén.* 5, 3 y ss.). 3. Adán, la primera persona que hubo y que fue hecho de tierra (el tema exige hablar de él), al haber sido matado Abel y haber huido Caín por la muerte de aquél, pensaba en procrear, y deseaba fervientemente engendrar hijos cuando ya había cumplido doscientos treinta años, muriendo tras vivir otros setecientos más [5]. Pues bien, entonces tuvo, entre otros muhos hijos, a Set. Pero sería pesado hablar de los demás, por lo que intentaré pasar revista únicamente a la vida de los descendientes de él, de Set. En efecto, éste, al hacerse mayor y alcanzar la edad que lo capacitaba ya para discernir lo bueno, se hizo él la más excelente persona y dejó descendientes que seguían sus mismos pasos. Y, siendo todos ellos de buena condición, habitaron tranquilos y felices las mismas tierras, sin que hasta el momento de la muerte les aconteciera nada desagradable, e inventaron la ciencia relativa a los cuerpos celestes y a su regulación. Y con el fin de que no escaparan a los hombres estos descubrimientos ni se perdieran antes de ser conocidos, al advertirles Adán que tendría lugar la desaparición de todo rastro de vida, en

[5] En cambio, en la Biblia hebrea Adán tenía ciento treinta años cuando engendró a Set, viviendo otros ochocientos años más. No es ésta la única vez que Josefo modifica los datos de la referida Biblia.

un caso por efecto del fuego y en otro por la fuerza y abundancia de agua, levantaron dos columnas, una de adobe y otra de piedras, y en ambas escribieron los descubrimientos, para que, incluso desaparecida la de adobe por el diluvio, permaneciera la de piedra y permitiera a los hombres conocer el texto de la inscripción, además de señalar que habían erigido también otra columna de adobe. Y permanece hasta el día de hoy en la región de Siris [6].

72. *Degeneración posterior (Gén.* 6, 1). 3.1. Y éstos durante siete generaciones permanecieron fieles a la idea de que Dios es el señor del Universo y haciendo todo con miras a la virtud, pero luego, con el paso del tiempo, abandonando los comportamientos patrios cambiaron a peor, no ofreciendo ya a Dios los honores debidos ni manteniendo una relación justa con los hombres, sino que el celo que antes sentían por la virtud lo duplicaron entonces por el vicio, según mostraban en todo lo que hacían. De ahí vino que obligaran a Dios a enfrentarse con ellos. En efecto, muchos ángeles de Dios copularon con sus mujeres y engendraron hijos soberbios y desdeñosos de todo lo bello, por confiar en su capacidad. Y es que éstos, según la tradición cuenta, cometieron iguales desmanes que los atribuidos a los gigantes por los griegos. Noé, en cambio, molesto con sus fechorías y disgustado con sus decisiones, trataba de persuadirlos a que cambiaran a mejor sus determinaciones y acciones [7], pero al ver que no le hacían caso y que, por el contrario, estaban poderosamente dominados por el placer de los vicios, abandonó el país con sus mujeres, sus hijos y las esposas de éstos, por temor a que lo mataran.

75. *El diluvio (Gén.* 6, 3 y ss.). 2. Dios amó a éste por su rectitud, y condenó por su maldad no sólo a aquéllos, sino que decidió aniquilar a todo ser humano entonces existente y crear otra raza libre de perversidad, acortando su vida y haciéndola de no tantos años como vivían antes, sino de ciento veinte, para lo que transformó la tierra firme en mar. De esta manera desaparecieron todos ellos, salvándose sólo Noé, por haberle sugerido Dios el siguiente recurso y vía de salvación. Tras construir un arca de cuatro pisos y trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y

[6] Lugar desconocido.
[7] Cf. 2 *Pedro* II, 5.

treinta de altura, subió a ella con la madre de sus hijos y las esposas de éstos, luego de haber introducido todo cuanto pensaba que serviría a sus necesidades y de meter para la conservación de la especie todo tipo de animales, machos y hembras, y en algunos casos un número de ellos siete veces mayor. El arca era fuerte de paredes y de techo, para que no se calara por ninguna parte ni fuera superada por la fuerza del agua. De esta manera logró salvarse Noé junto con los suyos. Él era el décimo contando desde Adán, pues fue hijo de Lamec, cuyo padre fue Matusalas, y éste era hijo de Añoc, Anoc de Jared, Jared de Malael, quien fue engendrado por Cainas, hijo éste de Anos con más hermanos, y Anos era hijo de Set, y éste de Adán.

80. *Fecha del diluvio (Gén.* 7, 11). 3. Esta catástrofe sucedió ya en el año seiscientos del nacimiento de Noé, en el segundo mes, llamado Dío por los macedonios, y Marsuán por los hebreos, pues así es como habían ordenado ellos el año en Egipto. Moisés, por su parte, fijó el mes de Nisán, esto es, el Jántico, el primero para las fiestas, por haber sacado en él a los hebreos fuera de Egipto. Y para él este mes empezaba también toda clase de veneración a Dios, mientras que conservó la originaria ordenación en lo relativo a ventas, compras y otros negocios. Y asegura que el diluvio empezó el día 27 del citado mes. Esta fecha hacía la cifra de dos mil doscientos sesenta y dos años contados desde Adán, que fue el primer hombre. La fecha está recogida en las Sagradas Escrituras, porque aquellas gentes recogían y anotaban con gran precisión no sólo el año de nacimiento de los varones ilustres, sino también el de su muerte.

Adán engendró a los doscientos treinta años de edad a su hijo Set, que vivió novecientos treinta. Y Set engendró a la edad de doscientos cinco años a Anos, quien entregó la dirección de los asuntos a su hijo Cainas a los novecientos cinco años, tras haberlo procreado cuando tenía aproximadamente ciento noventa años. Anos vivió novecientos doce. Cainas, que vivió novecientos diez, tuvo un hijo, Malael, que nació cuando su padre tenía ciento setenta años. Este Malael, que vivió ochocientos noventa y cinco años, murió dejando un hijo, Jared, al que engendró a la edad de ciento setenta y cinco. A éste, que vivió novecientos sesenta y dos años, le sucedió su hijo Anoc, engendrado cuando su padre contaba ciento sesenta y dos. Anoc, que vivió trescientos sesenta y cinco

años, volvió junto a la Divinidad, y esto explica que tampoco anotaran la fecha de su muerte. Matusalas, hijo de Anos, y que nació cuando su padre tenía ciento sesenta y cinco años, tuvo a su hijo Lamec a los ciento ochenta y siete años de edad, a quien le entregó el mando después de haberlo mantenido durante novecientos sesenta y nueve. Lamec, después de haber estado al frente del gobierno durante setecientos siete años, designó jefe a su hijo Noé, quien, engendrado por Lamec cuando éste había cumplido ciento ochenta y ocho años, dirigió los asuntos durante novecientos cincuenta. La suma de estos años da la fecha antes señalada. Y que nadie se fije en la fecha de la muerte de estos hombres, ya que alargaban su vida junto a la de sus hijos y los hijos de sus hijos, sino que observe únicamente la fecha de su nacimiento.

89. *Duración del diluvio (Gén.* 7, 17 y ss.). 5. Cuando Dios dio la señal y empezó a llover, el agua descargó durante cuarenta días completos, hasta el punto de cubrir la tierra por encima de los quince codos. Éste fue el motivo de que no se salvara más gente, por no encontrar manera de escapar. Y, tras dejar de llover, costó mucho para que las aguas empezaran a bajar a los ciento cincuenta días, de suerte que únicamente al séptimo mes, y concretamente el día 7, se iban retirando poco a poco, según terminaba el mes. Luego, el arca quedó varada en la cima de una montaña de Armenia, al intuir lo cual Noé la abrió y, cuando contempló en derredor de ella un pequeño espacio de tierra, se quedó quieto, cobrando ya mejores esperanzas. Y pocos días después, cuando las aguas ya se habían retirado más, soltó un cuervo, deseoso de saber si alguna otra parte más de la tierra había sido abandonada por las aguas y era ya segura para desembarcar. Pero el cuervo, como la encontró toda ella todavía enlagunada, regresó junto a Noé. Siete días después envió una paloma para conocer el estado de la tierra. Y, como regresara embarrada y trayendo a la vez una rama de olivo, comprendió que la tierra estaba ya libre de la inundación y, tras esperar otros siete días más, echó del arca a los animales y, tras salir él mismo y su familia y hacer una ofrenda a Dios, festejó el suceso junto con los suyos. Y, claro, los armenios llaman al lugar en cuestión *desembarcadero,* porque allí muestran todavía hoy los restos del arca que se salvó.

93. *Otros testimonios del diluvio.* 6. El diluvio en cuestión y el arca lo recuerdan todos los que han escrito las historias de los

pueblos bárbaros, entre los que se encuentra el caldeo Beroso [8], quien, describiendo el tema del diluvio, se expresa más o menos en los siguientes términos: «Se cuenta que una parte de la nave se encuentra todavía en Armenia, en la montaña de los Cordieos, y que algunas gentes le quitan trozos de pez y se los llevan. Las personas utilizan lo que se llevan como amuleto.» Lo recuerda también el egipcio Jerónimo, quien escribió las *Antigüedades fenicias,* y singularmente Mnaséas [9], y otros más, y concretamente Nicolás de Damasco [10] en el libro 96 trata de ello, expresándose en los siguientes términos: «En Armenia, más allá de la región de Minias, hay una montaña enorme llamada Baris, en la que cuenta la tradición que se refugió mucha gente con ocasión del diluvio, logrando salvarse, y que cierta persona que navegaba en un arca encalló en la cima de la montaña y que se conservaron durante mucho tiempo los restos del maderamen. Podría tratarse de la persona a la que se refirió el propio Moisés, el legislador de los judíos.»

96. *Noé teme un segundo diluvio.* 7. Noé, que temía que Dios inundara todos los años la tierra condenando a los hombres a la destrucción, ofreció holocaustos a Dios y le pedía que en el futuro continuara con la primitiva situación próspera y que ya no infligiera una catástrofe semejante, por la que correría peligro de desaparecer toda especie de criatura, sino que, como ya había castigado a los malos, tratara con consideración a los que por su bondad habían sobrevivido y habían sido juzgados dignos de escapar a aquel castigo espantoso, ya que serían más desventurados que aquéllos y condenados con mayor dureza si, en vez de ser salvados para siempre, eran reservados para un ulterior diluvio, conociendo del primero el miedo que infundió y la experiencia de él, y del segundo la perdición que les trajera. Por todo ello lo animaba a que aceptara amablemente su ofrenda y a que no guardara cólera alguna semejante contra la tierra, a fin de que, aplicados a su cultivo, pudieran fundar ciudades, vivir dichosamente y no carecer de nin-

[8] Sacerdote de Bel y autor de una historia de Babilonia en tres libros, en el primero de los cuales trataba sus orígenes hasta el diluvio, vivió aproximadamente entre 330-250 a. C. Cf. *FHG* II, 495.

[9] Siglo III a. C. De Patara de Licia, publicó notas de geografía y hechos antiguos, pero sin un análisis crítico.

[10] Amigo y biógrafo de Herodes el Grande, es el autor de una *Historia Universal.*

guno de los bienes de que disfrutaban ya antes del diluvio, cuando los hombres alcanzaban una vejez provecta y una extensión de vida igual a la de los primeros hombres.

99. *Dios acepta las peticiones de Noé (Gén.* 8, 21 y ss). 8. Una vez que Noé hubo hecho estas peticiones, Dios, que amaba a este hombre por su rectitud, le prometió que daría satisfacción a sus ruegos, explicándole que ni había sido Él quien había destruido a los aniquilados, sino que ellos habían sufrido aquel castigo por su propia perversidad [11], y que, si hubiera decidido hacer desaparecer a los hombres una vez nacidos, no los habría traído a la vida, ya que resultaba más prudente por principio negarles el don de vivir que, tras darlo, quitárselo. Y terminó con estas palabras textuales: «Sólo que me obligaron a imponerles este castigo por esto, por lo que ofendieron a mi santidad y virtud. Pero en el futuro dejaré de tomar represalias por sus crímenes con tanta crueldad, y mucho más pidiéndomelo tú. Y, si alguna vez más enviara lluvias torrenciales, no temáis la enormidad de las aguas, porque ya no cubrirán la tierra. Os exhorto, sin embargo, a que os abstengáis de derramar sangre humana y a que os mantengáis limpios de asesinato, castigando a quienes cometan un crimen semejante, y a que os sirváis, en cambio, de todos los otros animales para lo que queráis y os apetezca, ya que os he hecho para que seáis señores de todos ellos, no sólo de los que pisan la tierra y de los que nadan en las aguas, sino también de cuantos se columpian y vuelan por los aires, pero siempre desprovistos de sangre, dado que en ella reside el alma. Por otro lado, os indicaré el cese de las lluvias con mi arco», refiriéndose con estas palabras al arco iris, ya que las gentes de aquel entonces entendían que era el arco de Dios. Y Dios, una vez que hubo pronunciado estas palabras, y hecho estas promesas, se alejó.

104. *Longevidad de los patriarcas: sus causas (Gén.* 9, 28). 9. Noé, que vivió después del diluvio trescientos cincuenta años y pasó todo este tiempo en la felicidad, murió tras alcanzar en total la cifra de novecientos cincuenta años de vida. Y que nadie, al comparar la vida de los antiguos con la actual y con la escasez de años que se viven actualmente, considere falso lo que de aquéllos

[11] La misma idea en *Odisea* I, 32 y ss.

se dice, deduciendo por no alcanzar nadie hoy en día tantos años de vida que tampoco aquéllos llegaron a tal longevidad. La explicación de ella es la siguiente: como ellos amaban a Dios, habían sido creados por Él y tomaban alimentos más adecuados para una vida más larga, vivían naturalmente tan elevado número de años. Eso, sin contar con que Dios les dejaba que vivieran más tiempo no sólo por su virtud, sino también para que sacaran utilidad a sus descubrimientos astronómicos y geométricos, ya que ellos no hubieran podido predecirlos con certeza de no vivir seiscientos años, dado que el año grande se cumple al cabo de ese número de años normales. Y confirman mis palabras todos los griegos y bárbaros que escribieron libros que trataban de la antigüedad. En efecto, no sólo Manetón, autor de un tratado sobre los egipcios, y Beroso, compilador de las tradiciones caldeas, sino también Moco, Hestieo, y además de éstos el egipcio Jerónimo, quienes escribieron libros sobre los fenicios, están de acuerdo con lo que yo digo. También Hesíodo, Hecateo, Helánico, Acusilao, y además de éstos Eforo y Nicolás cuentan que los primeros hombres vivieron mil años. Pero, en fin, sobre esto cada uno opine según le plazca.

109. *Bajada al llano y negativa a enviar colonias lejos (Gén.* 9, 18 y ss.). 4.1. Los hijos de Noé, que eran tres, Sem, Jafet y Cam, quienes habían nacido cien años antes del diluvio y que fueron los primeros en bajar de los montes al llano, construyeron en él sus viviendas, y a los otros que tenían un miedo atroz a causa del diluvio a las llanuras y que se encontraban reacios a bajar de los lugares elevados los persuadieron a que cobraran confianza y siguieran sus pasos. Y la llanura en la que ellos se establecieron primero se llama Senar. Y como Dios les mandara, para dar salida a la abundante población, que enviaran lejos colonias, para que, en vez de mantener disputas entre ellos, cultivaran terrenos extensos y disfrutaran de abundantes pastos, por ignorancia desobedecieron a Dios, pero al verse envueltos por esa misma razón en calamidades comprendieron su error. Y es que, cuando llevaban una vida floreciente por la abundancia de gente joven, Dios volvió a aconsejarles que iniciaran colonizaciones. Pero ellos, que no atribuían los bienes que poseían a la benevolencia divina, sino que consideraban su propia capacidad la causa de su prosperidad, no le obedecieron. Otro motivo más para desobedecer la orden de Dios fue el desconfiar que los incitaba a la colonización por mala intención, para que, al dividirse, resultaran más vulnerables.

113. *Nimrod construye la torre de Babel.* 2. A burlarse y a despreciar a Dios los llevó Nebrodes [12], nieto de Cam el hijo de Noé, audaz y de potentes brazos. Impulsado por ello, trataba de persuadirlos a que no atribuyeran a Dios que le debían a Él su prosperidad, sino a que consideraran que era su propia valía la que se la daba y, en concreto, iba convirtiendo poco a poco la marcha de los asuntos en una tiranía, en la creencia de que sólo así libraría a los hombres del temor que les infundía Dios, si se dejaban llevar siempre de su poderío, y amenazaba con enfrentarse a Dios si quería volver a inundar la tierra, puesto que, según decía a sus gentes, edificaría una torre más alta de lo que pudieran subir las aguas, y con que tomaría represalias contra Él por la aniquilación de sus antepasados.

La masa estaba anhelosa de seguir la opinión de Nebrodes, por considerar una esclavitud someterse a Dios y, así, procedieron a edificar la torre sin mengua alguna de interés y sin mostrarse reacios a la obra. Y por la abundancia de brazos alcanzó altura antes de lo que habría cabido esperar. El grosor era tan voluminoso, sin embargo, que por causa de él resultaba achicada la altura aparentemente. Fue construida de ladrillo soldado con pez, para que no se derritiera. Dios, al verlos tan locos, no decidió hacerlos desaparecer por completo, porque tampoco habían entrado en razón por los que habían perecido primero, pero los metió en disputas al hacer que hablaran lenguas distintas y por la gran variedad de lenguas haciendo que no se entendieran entre sí. El lugar en que construyeron la torre hoy se llama Babilonia por la confusión que afectó a la claridad de la lengua primera. Pues los hebreos a la confusión la llaman *babel.* De la torre en cuestión y del cambio de lengua de los hombres hace mención también la Sibila [13] en los siguientes términos: «Cuando todos los hombres hablaban la misma lengua, algunos de ellos construyeron una torre altísima, con intención de subir por ella hasta el cielo. Pero los dioses enviaron contra ellos a los vientos y así derribaron la torre, dando a cada uno de los hombres una lengua particular, razón por la que la ciudad en cuestión se llamó Babilonia.» Y de la llanura llamada Senar, que se encuentra en tierras babilónicas, hace mención Hestieo, en los siguientes

[12] Nimrod, llamado Nebrod en los LXX.

[13] Cf. *Oracula Sibyllina* III, 97 y ss. (obra judía de aproximadamente el siglo II a. C.), según la edición de Rzach, 1891.

términos: «Los sacerdotes que lograron salvarse cogieron los objetos sagrados de Zeus Enialio y llegaron a Senar de Babilonia.»

120 *La fundación de colonias (Gén.* 10, 32). 5. Luego se dispersaron, partiendo ya de aquel lugar por hablar cada uno una lengua distinta, creando colonias por todas partes, cada grupo ocupando las primeras tierras que encontraba y a las que los llevaba Dios, de suerte que se llenó de ellos toda la tierra firme, tanto interior como costera. Y los hubo que, surcando en naves los mares, habitaron las islas. Y algunas naciones conservan los nombres puestos por sus fundadores, mientras que otras los han cambiado, y hay quienes sustituyeron el antiguo por otro que parecía más claro a sus vecinos. Son los griegos los verdaderos responsables de este cambio, pues al imponer su fuerza sobre las poblaciones posteriores se apropiaron también sus glorias pasadas, adornando a aquellos pueblos con nombres que les resultaran comprensibles y estableciendo en ellos normas de conducta para los ciudadanos, como si descendieran de los propios griegos.

122 *Pueblos que descienden de Jafet (Gén.* 10, 1 y ss.). 6.1. Fueron los hijos de los hijos de Noé en honor de quienes impusieron los nombres a los pueblos quienes ocuparon algún país. En efecto, Jafet, hijo de Noé, tuvo siete hijos. Estos empezaron por habitar tierras desde los montes Tauro y Amano, para llegar en Asia hasta el río Tanais [14] y en Europa hasta Cádiz, ocupando las tierras que encontraban a su paso y, como nadie había habitado antes esos lugares, designaron a esos pueblos con sus propios nombres. Así, los ahora llamados gálatas por los griegos y designados entonces con el nombre de gomaritas, los fundó Gomar. Magog fundó a los denominados magogios en honor suyo, pero por los griegos llamados escitas. Por lo que se refiere a los hijos de Jafet Javán y Mad, hay que decir que del último procede el pueblo de los madeos, llamados medos por los griegos, mientras que de Javán procede el nombre de Jonia y todos los griegos. También Teobel [15] fundó a los teobelos, que actualmente reciben el nombre de iberos. También los mesquenos, que fueron fundados por Mese, desde hace poco se llaman capadocios, pero se nota

[14] El Don.
[15] El Túbal de la Biblia.

una huella de su antigua denominación, pues en ese pueblo todavía hoy existe la ciudad de Mazaca, nombre que demuestra a quienes quieran verlo que en otro tiempo toda esa nación fue designada así. Tires llamó tirios a las gentes que gobernó, pero los griegos cambiaron su nombre por el de tracios. Todos estos pueblos fueron fundados por los hijos de Jafet. De los tres hijos que tuvo Gomar, Ascanaxes [16] fundó el pueblo de los ascanaxios, que ahora los griegos llaman reginios, Rifat el pueblo de los rifateos, los actuales paplagonios, y Tigrán el pueblo de los tigraneos, que por decisión de los griegos pasaron a llamarse frigios. De los tres hijos que tuvo también Javán el de Jafet, Halisás llamó haliseos a sus súbditos, los actuales eolios, y Tarso [17] tarseos a los suyos, pues así es como se llamaba antiguamente Cilicia. He aquí la prueba: la ciudad más importante de este pueblo se llama Tarso, para cuya denominación sustituyeron la *zeta* por la *tau*. Quetim ocupó la isla de Quetim, que ahora se llama Chipre, y a partir del nombre de esta isla los hebreos llaman *quetim* a todas las islas y a la inmensa mayoría de las regiones costeras. Confirmación de mis palabras es una ciudad chipriota que ha logrado conservar la primitiva denominación: por efecto de una helenización del nombre se llama Cítion, ni aun así ocultando el nombre de Quetim. Pues bien, todos estos pueblos fueron fundados por los hijos y los nietos de Jafet. Explicaré antes de nada lo que quizá ignoran los griegos, para volver luego a la exposición en el punto en que la dejé. Se trata de lo siguiente: los nombres hebreos han sido helenizados por prestancia gráfica para gusto de los lectores, ya que la forma con que aquí son presentados no es propio de nuestras tierras, sino que en nuestro país tienen una sola estructura interna y una sola terminación. Así, por ejemplo, la palabra Noco se dice Noé, y conserva esta forma en todos los casos.

130. *Descendientes de Cam (Gén.* 10, 6 y ss.). 2. Los hijos de Cam se hicieron con las tierras que van desde Siria y los montes Amano y Líbano, ocupando todas las regiones que miraban al mar

[16] A menudo relacionado con la forma homérica Ascania (de Asia Menor), hoy día se identifica con los escitas. Esta palabra sobrevive hoy bajo la forma *Ashkenazim*, que designa a los judíos de habla germana y eslava, en oposición a *sephardim* (de habla española). Cf. Thackeray, en el lugar oportuno.

[17] La *Tarsis* de la Biblia, identificada con Tarteso, del sur de España.

de esta zona [18] y haciendo suyas todas las tierras que se extienden hasta el Océano [19]. Ahora bien, las denominaciones con que fueron designados algunos de estos pueblos han desaparecido por completo; las de algunos otros, al cambiar y ser remodeladas, resultan apenas reconocibles, mientras son pocas las que han conservado intacto su nombre. Veamos. De los cuatro hijos de Cam el tiempo no ha corrompido nada el nombre de Cuseo, ya que los etíopes, a quienes él gobernó, todavía incluso hoy son llamados cuseos no sólo por ellos mismos, sino también por todos los habitantes de Asia. También en el caso de los merseos se ha conservado el recuerdo de su nombre originario, ya que todos los de aquí [20] llamamos Merse a Egipto y merseos a los egipcios. También Fut colonizó Libia, llamando futos a los lugareños con un nombre derivado del suyo. Y en tierras de los moros hay también un río con ese nombre. Eso explica que podamos ver a la inmensa mayoría de los historiadores griegos mencionando el río y la región adyacente a él llamada Fute. Pero Libia adoptó su nombre actual a partir de uno de los hijos de Merseo llamado Libis. Poco después diremos el motivo de por qué circunstancia pasó luego a llamarse África [21]. Canaeo, cuarto hijo de Cam, colonizó el país hoy llamado Judea, y que él llamó Cananea, acorde con su propio nombre. Los hijos de Cam tuvieron, a su vez, los siguientes: Cuso seis, de los que Sabas fundó el pueblo de los sabeos, Evilas el de los evileos, actualmente llamados getulios, Sabates el de los sabateos, llamados astabarios por los griegos, Sabactas el de los sabactenios, y Ramo el de los rameos (Ramo tuvo dos hijos, de los que Judadas, tras fundar la nación de los judadeos, pueblo etíope de la zona occidental, les dejó su propio nombre, y Sabeo fundó el pueblo de los sabeos). Por su parte, Nabrodes [22], hijo de Cuso, se quedó con los babilonios, convirtiéndose en tirano de ellos, como antes señalé[23]. De los ocho hijos que tuvo Merseo, ocuparon todos las tierras que van desde Gaza hasta Egipto, pero la región ha conservado sólo el nombre de Filistino, ya que los griegos llaman Palestina al sector que él ocupó. En cambio, del resto de hermanos,

[18] El Mediterráneo.

[19] El océano Índico.

[20] Aunque Josefo escribe esta obra en Roma, lo hace como si estuviera escribiendo en Palestina.

[21] En los capítulos 239-241.

[22] Nimrod.

[23] En capítulo 113.

Lumeo, Anamías, Labimo (el único que habitó en Libia, región que llamó así de acuerdo con su propio nombre), Nedemo, Petrosimo, Queslimo y Queptomo, no sabemos nada más que los nombres. La razón de ello es que la guerra etíope, de la que hablaremos luego [24], arrasó sus ciudades. Los hijos de Canaeo fueron: Sidonio, que fundó la ciudad homónima de Fenicia, llamada Sidón por los griegos; Amatunte, que fundó la ciudad de Amatunte, que incluso hoy día es llamada Amate por las gentes del lugar, pero que los macedonios la denominaron Epifania según el nombre de uno de los sucesores de Alejandro; Arudeo, que ocupó la isla de Arado [25], y Aruceo, que ocupó Arce, situada en el Líbano. De los siete hermanos restantes, Eveo, Queteo, Jebuseo, Amoreo, Gergeseo, Sineo y Samareo, no tenemos nada en las Sagradas Escrituras, salvo los nombres, ya que los hebreos levantaron de cuajo sus ciudades, víctimas de esta desgracia por el motivo siguiente.

140. *Maldición sobre los cananitas (Gén.* 9, 20). 3. Noé, después del diluvio, una vez restablecida la tierra en su estado natural, se dedicó a cultivarla y, tras plantar viñas, cuando, llegada la época en que maduró la uva, vendimió y el vino estaba en sazón, hizo un sacrificio y celebró una fiesta. Pero, embriagado, cayó en un sueño profundo y yacía desnudo, indecentemente. Al verlo su hijo más joven [26] se lo mostró a sus hermanos, riéndose de él. Pero éstos cubrieron a su padre. Cuando Noé se enteró, pidió a Dios la felicidad de sus otros hijos, mientras que, en cuanto a Cam, aunque no llegó a maldecirlo a él en atención al parentesco que los unía, sí hizo eso con sus descendientes. Y Dios, cuando los otros habían escapado a esta maldición, alcanzó a los hijos de Cananeo. De éstos hablaré a continuación.

143. *Descendientes de Sem (Gén.* 10, 21). 4. A Sem, el tercero de los hijos de Noé, le nacieron cinco hijos, que habitaron la región de Asia que se extiende hasta el océano Índico, tras partir del Eúfrates. En efecto, Elim dejó a su muerte a los elimeos, antecesores de los persas. Asur fundó la ciudad de Nino y puso por nombre asirios a sus súbditos, que fueron extremadamente afortu-

[24] En II, 238 y ss.

[25] Isla de la costa norte de Fenicia, colonizada, según Estrabón (XVI, 2, 13), por desterrados de Sidón.

[26] Aquí Cam, quien, sin embargo, en el *Génesis* es el segundo de sus tres hijos.

nados. Arfaxad puso por nombre arfaxadeos a los hoy día llamados caldeos, de quienes fue su fundador. Aram tuvo a los arameos, que los griegos llaman sirios. Y a los hoy día llamados lidios y entonces ludios, los fundó Lud. De los hijos de Aram, que fueron cuatro, Us ocupó la Traconítide y Damasco, situadas entre Palestina y Celesiria, Ur Armenia, Geter Bactriana y Mes Mesena, la Espasini Carax de hoy. Hijo de Arfaxad fue Sel, y de éste Heber, por el que a los judíos se les llamó originariamente hebreos. A su vez, Heber engendró a Juctán y a Faleg. Éste se llamó Faleg porque nació en el momento de la distribución de los territorios, ya que en hebreo *reparto* se dice *falec*. A Juctán, el otro hijo de Heber, le nacieron Elmodad, Salef, Azermot, Ira, Edoram, Uzal, Dacles, Ebal, Abimael, Safas, Ofir, Evil y Jobel. Éstos, partiendo del río Cofén [27], habitaron algunos territorios de la India y de la colindante Seria [28]. Esto es lo que hay que decir de los hijos de Sem.

148. *Origen de los hebreos (Gén.* 11, 18). 5. Paso a referirme a los hebreos. De Faleg, el hijo de Heber, nació Reu, y de éste Serug, a quien le nació Nacor, y de éste Ter. Éste fue padre de Abram, que fue el décimo [29] descendiente de Noé y que nació en el año 992 después del diluvio. Pues Ter engendró a Abram a los setenta años; Nacor mismo engendró a Ter a la edad ya de ciento veinte años; Nacor fue engendrado por Serug cuando éste cumplió ciento treinta y dos años; Rum [30] a Serug a la edad de ciento treinta años; a la misma edad tuvo también Faleg a Rum; Heber engendró a Faleg a los ciento treinta y cuatro, habiendo sido engendrado el propio Heber por Sel a los ciento treinta años, a quien engendró Arfaxad a los ciento treinta y cinco años, e hijo de Sem fue Arfaxad, que nació doce años después del diluvio.

151. *Abram y su familia (Gén.* 11, 27 y ss.). Abram tuvo hermanos: Nacor y Arán. De éstos, Arán dejó como descendientes un

[27] Afluente del Indo.

[28] Probablemente el noroeste de China (Thackeray).

[29] Josefo suele utilizar el ordinario *décimo* como exponente de una personalidad o hecho excepcional: en este caso Abram *(décimo* contando desde Noé) y en el cap. 79 Noé *(décimo* contando desde Adán). Cf. también *Antigüedades judías* 1, 158; y 2, 311 (el *décimo* mandamiento); las *diez* plagas de Egipto *(A.J.* 2, 293 y ss.).

[30] Antes llamado Ren.

hijo, Lot, y unas hijas, Sara y Melca, y murió en Caldea, en la ciudad de nombre Ur. Su sepulcro se muestra hasta el día de hoy. Nacor y Abram se casaron con sus sobrinas: Nacor con Melca y Abram con Sara [31]. Como Ter aborreció a Caldea por el dolor que le causó la muerte de Arán emigraron todos a Carrán de Mesopotamia, donde murió el propio Ter, y donde lo enterraron, tras haber vivido doscientos cinco años. Pues ya se les iban acortando a los hombres los años de vida, y se redujeron cada vez más hasta el nacimiento de Moisés, después del cual el límite de la vida humana eran ciento veinte años, límite que puso Dios por haber sido esos los años que vivió Moisés. En fin, a Nacor le nacieron de Melca ocho hijos: Ux, Baux, Matuel, Cazam, Azán, Jadelfás, Jadafás y Batuel. Éstos son los hijos legítimos de Nacor, ya que de su concubina le nacieron Tabai, Gadam, Taú y Macás. A su vez, a Batuel, uno de los hijos legítimos de Nacor, le nació una hija, Rebeca, y un hijo, Labán.

154. *Abram emigra a Canán. Innovador religioso (Gén.* 12, 1). 7.1. Abram, como carecía de un hijo propio, adoptó a Lot, hijo de su hermano Arán y hermano de su esposa Sara, y abandonó Caldea a la edad de setenta y cinco años, al mandarle Dios que emigrara a Canán, lugar en que vivió y dejó a sus descendientes. Era formidable para entender cualquier cosa, conseguía persuadir a las gentes a que escucharan sus palabras y no erraba en suposición alguna. Impulsado por ello no sólo empezó a tener una idea de la virtud más sublime que los demás, sino que también decidió modernizar y modificar la idea que de Dios tenían todos. Y, así, fue el primero en atreverse a declarar que Dios es el único creador de todas las cosas, y que todos y cada uno de los restantes seres, si contribuyen algo a la felicidad humana, lo hacen por imposición de Dios y no por su propia facultad. Comparaba esto a la condición de la tierra y del mar, del sol y de la luna y de todos los cuerpos celestes, explicando que, si estuvieran dotados de capacidad propia, podrían discurrir una reglamentación independiente, pero que resulta claro que no la alcanzan y que ninguna acción en la que colaboran para mayor utilidad nuestra la efectúan por decisión propia,

[31] En la Biblia Sara es medio hermana de Abram. Cf. *Gén.* 20, 12.
[32] Carras es forma latina.

sino por facultad del ser que los obliga [33], que es el único a quien procede rendir culto y agradecimiento. Por este motivo, al levantarse contra él [34] los demás habitantes de Mesopotamia, decidió emigrar, y, por voluntad y ayuda de Dios, ocupó la tierra de Canán y, asentándose allí, levantó un altar y celebró un sacrificio a Dios.

158. *Otras alusiones a Abram.* 2. A nuestro padre Abram lo menciona Beroso, sin citar su nombre, pero expresándose así: «En la décima generación después del diluvio hubo en Caldea un varón justo, grande y experto en astrología.» Hecateo [35] hizo incluso más que mencionarlo: dejó un libro que compuso sobre él. Por su parte, Nicolás de Damasco [36] en el libro cuarto de su *Historia* dice así: «Abram, pese a su condición de extranjero, reinó en Damasco, adonde llegó con su hueste procedente del país situado más allá de Babilonia y llamado Caldea. Pero no mucho después, habiendo abandonado también este país en compañía de su gente, emigró a la que entonces se llamaba Canán y ahora Judea, él y los suyos, que se habían multiplicado, cuya historia expondré en otro libro. Pero todavía incluso hoy el nombre de Abram es honrado en la región de Damasco, y en ella se muestra una aldea, llamada en su honor *Residencia de Abram* [37].»

161. *Abram en Egipto (Gén.* 12, 10). 8.1. Algún tiempo después, al apoderarse el hambre de Canán, Abram, enterado de que a los egipcios les iban las cosas bien, anhelaba emigrar junto a ellos no sólo por participar de su abundancia, sino también para escuchar a los sacerdotes lo que decían de los dioses, dispuesto a seguir sus postulados si descubría que eran superiores a los suyos o a acomodarlos a una concepción mejor, si su interpretación era preferible.

[33] Dios.

[34] Opinión contraria es la sostenida por los astrólogos caldeos. Cf. Filón, *De migrat. Abr.*, cap. 32, 1, 464 M.

[35] Hecateo de Teos, que vivió sobre el 300 a. C., escribió una *Historia de Egipto*, y popularizó la teoría de que Egipto fue la cuna de la civilización. Cf. Flavio Josefo, *Contra Apión*, 1, 183.

[36] Obsérvese que es común en Josefo referirse a Juan de Damasco como el último testigo de algún hecho, sin duda por considerarlo el mejor y definitivo.

[37] También Trogo Pompeyo (que vivió en torno al año 20 a. C.), menciona estos hechos. Cf. Justino, *Epitome* XXXVI, 2.

Entonces tomó consigo a Sara, pero temiendo el desenfreno que los egipcios sienten por las mujeres, no fuera a ser que el rey lo matara a él por causa de la excelente figura de su mujer, ideó un ardid del tenor siguiente: se hizo pasar por hermano de ella, y a ella la enseñó para que fingiera eso, haciéndole ver que era cosa que les convenía. Y cuando llegaron a Egipto, le salieron las cosas a Abram como había imaginado, ya que corrió la voz de la belleza de su mujer, por lo que el propio Faraón, rey de los egipcios, no contento con lo que de ella se contaba, ansiaba contemplarla y tener relaciones íntimas con ella [38]. Pero Dios impidió que su indecente concupiscencia consiguiera sus propósitos, provocándole una enfermedad y un levantamiento popular. Y, al ofrecer un sacrifio a Dios para encontrar un remedio a sus males, los sacerdotes le declararon que aquella tremenda situación le venía por la cólera de Dios, por haber osado ofender a la mujer del extranjero[39]. Entonces él, atemorizado, preguntó a Sara quién era ella y quién aquél al que había traído consigo y, al enterarse de la verdad, pidió excusas a Abram, alegando que deseaba contraer matrimonio con ella al creer que la mujer a quien pretendía era su hermana y en modo alguno su mujer, y en absoluto presto a ofenderla impulsado por la concupiscencia. El Faraón lo obsequió con multitud de riquezas, tras lo cual Abram conversó con los egipcios más doctos[40], y a partir de aquí resultó que su virtud y la fama consiguiente se hicieron más evidentes.

166 *Abram da lecciones a los egipcios.* 2. En efecto, como los egipcios se deleitaran con costumbres bien distintas, menospreciaran unos los hábitos de los otros y por ello se guardaran rencor entre sí, Abram se midió con cada sector de ellos y, desplegando [41] los argumentos que ellos utilizaban para defender sus posiciones, demostró que eran vacíos de contenido y que no encerraban verdad alguna. Así, admirado por ellos en aquellas conversaciones como el hombre más inteligente y formidable no sólo para idear cosas, sino también para persuadir cuando exponía los temas que

[38] En la Biblia el Faraón llegó a tenerla por esposa. Josefo gusta a menudo de dejar a salvo el honor de su pueblo.

[39] Cf. Eupólemo en Eusebio, *Praep. Ev.* IX, 17.

[40] Porque sospechamos que la lección de los manuscritos *diaptyon* oculta *diaptysson.*

[41] Cf. Artapano (de aproximadamente el siglo II a. C.) en Eusebio, *Praep. Ev.* IX, 18.

pretendía enseñar, los obsequió con la aritmética y les transmitió la ciencia de la astronomía. Y es que antes de la llegada de Abram los egipcios carecían de estos conocimientos, ya que de los caldeos pasaron a Egipto, de donde llegaron a su vez a los griegos.

169. *Reparto de las tierras de Canán con Lot (Gén.* 13, 6). Cuando Abram llegó a Canán [42], él y Lot se repartieron las tierras, llevados a ello porque sus respectivos pastores se disputaban la posesión de la región en la que pastoreaban. Abram, sin embargo, concedió a Lot que escogiera las tierras que prefiriera, y luego él, tras coger la falda de la montaña, que había sido dejada por aquél, habitó en la ciudad de Nabro [43], la cual lleva a la ciudad egipcia de Tanis una antigüedad de siete años [44]. Lot, por su parte, ocupó las tierras situadas en la llanura y a orillas del río Jordán, no lejos de la ciudad de Sodoma, que entonces era próspera, mientras que ahora ha desaparecido de la faz de la tierra por decisión de Dios. El motivo lo señalaré en su lugar [45].

171. *Guerra entre los habitantes de Sodoma y los asirios. Lot hecho prisionero (Gén.* 14, 1). 9. En aquel momento, cuando los asirios dominaban Asia, los habitantes de Sodoma se encontraban en una situación floreciente, al haber crecido en riqueza y juventud en grandes proporciones. Cinco reyes dirigían su territorio: Balas, Baleas, Sinabán, Simobor y el rey de los balenos. Cada uno de ellos gobernaba un sector propio. Contra éstos emprendieron una expedición los asirios y, haciendo del ejército cuatro divisiones, pusieron sitio a sus ciudades.

Al frente de cada una de las cuatro divisiones citadas se encontraba asignado un solo general. Al entablarse batalla y vencer los asirios impusieron una carga tributaria a los reyes de Sodoma. Pues bien, soportaron la sumisión y el pago de las cargas que les fueron impuestas durante doce años, pero al decimotercero se rebelaron, por lo que vino contra ellos un ejército asirio mandado

[42] De vuelta de Egipto.

[43] La *Hebrón* de la Biblia.

[44] Cf. *Números* 13, 22. Zoan, o Tanis, situada en la parte oriental del Delta egipcio, es fechada por los investigadores modernos «dos mil años a. C.» (G. B. Gray, *Int. Crit. Comm.* al lugar citado de *Números).* Cf. *Guerra judía* 4, 530.

[45] Cap. 194.

por Amarapsid, Arioc, Codolamar y Tadal. Estos generales saquearon Siria entera, sometieron a los descendientes de los gigantes [46] y, plantándose en Sodoma, acamparon en el valle llamado *Pozos de alquitrán*. Pues en aquella fecha había pozos en ese lugar, mientras que ahora, al desaparecer la ciudad de Sodoma, aquel valle se ha convertido en el lago de nombre Asfaltitis [47]. Pues bien, del lago citado trataré de nuevo no mucho después [48]. En aquel entonces los habitantes de Sodoma trabaron combate con los asirios y, tras una batalla muy encarnizada, murió un gran número de soldados de Sodoma, al tiempo que los restantes fueron hechos cautivos y llevados a Asiria, entre ellos Lot, que había ido en auxilio de los habitantes de Sodoma.

176. *Abram vence a los asirios (Gén.* 14, 13). 10.1. Cuando a oídos de Abram llegó la noticia de su desastre, le entró a la vez temor por lo que pudiera ocurrirle a su pariente Lot y compasión por las gentes de Sodoma, por ser sus amigos y vecinos. Y, decidido a correr en su ayuda, no esperó más, sino que se dio prisa y a la quinta noche de persecución cayó sobre los asirios en los alrededores de Dan (pues éste es el nombre que recibe una de las dos fuentes del Jordán) y, sorprendiéndolos, antes de que tomaran las armas, mató a unos en la cama, cuando ni siquiera tenían idea de lo que sucedía, mientras los que no se habían quedado traspuestos y dormidos pero que se encontraban incapaces de luchar a causa de la borrachera huyeron [49]. Abram, sin embargo, continuó su persecución y los obligó al día siguiente a concentrarse en Oba, perteneciente a la región de Damasco, demostrando que la victoria no depende del número elevado de soldados ni de la abundancia de brazos, sino que el arrojo y valía de los combatientes se impone a cualquier número, al superar con 318 criados y tres amigos a un ejército tan grande. Por otro lado, todos los asirios que lograron huir volvieron a su tierra sin pizca de honor.

179. *Encuentro de Abram con Melquisedec (Gén.* 14,16). 2. Abram, tras salvar a los sodomitas cautivos que previamente habí-

---

[46] Cf. LXX, y, por contra, *Génesis* 14, 5, *Refaim*.

[47] El mar Muerto. Cf. *Gén.* 13, 10.

[48] Sin embargo, en cap. 203, aunque menciona la suerte de Sodoma, no se refiere al lago, pero sí en *Guerra judía*, 4, 476 y ss.

[49] Cf. Filón, *De Abr.* (40), cap. 233 Cohn.

an sido hechos prisioneros por los asirios y a su pariente íntimo Lot, regresó en son de paz. Y el rey de los sodomitas salió a su encuentro en un lugar llamado *Llanura Real* [50]. Allí lo recibió también el rey de Solima, Melquisedec, palabra que significa *rey justo.* Y era, efectivamente, tal, a juicio de todos, tanto que por este motivo llegó incluso a ser sacerdote de Dios. Solima, sin embargo, posteriormente recibió el nombre de Jerusalén. El referido Melquisedec suministró al ejército de Abram presentes de hospitalidad, le ofreció provisiones sin tasa y durante el banquete empezó a alabarlo y a bendecir a Dios por haber puesto a los enemigos en manos de Abram. Y como Abram le diera incluso el diezmo del botín, él lo aceptó. El rey de los sodomitas, en cambio, exhortaba a Abram a quedarse con el botín, mientras tenía a bien recuperar a los suyos, que Abram había rescatado de los asirios. Pero Abram insistió en que no haría eso, y que el botín aquel a él no le proporcionaría ningún otro beneficio, salvo la comida que había servido para alimentar a sus criados. Una parte de él, sin embargo, lo entregó a los amigos que le acompañaron en la expedición. El primero de ellos se llamaba Escón, y los otros Ener y Mambres.

183. *Promesas de Dios a Abram (Gén.* 14, 24 y ss.). Y Dios, que aplaudió su virtud, le dijo: «Pese a todo, no perderás el pago que te mereces llevar por tan notables éxitos.» Y como Abram le replicara diciendo qué alegría le iba a producir ese pago cuando no había quienes fueran a sucederle, dado que no tenía hijos, Dios le anunció que le nacería no sólo un hijo, sino también copiosa descendencia de éste, tanta que su número sería igual al de las estrellas. Abram, al oír esto, ofreció un sacrificio a Dios, quien se lo había ordenado. La modalidad del sacrificio fue del tenor siguiente: abrió en canal, como Dios le había mandado, una ternera de tres años, una cabra de tres años y un carnero, asimismo de tres años, más una tórtola y una paloma, sin abrir ninguna de estas aves. Luego, antes de ser erigido el altar, cuando las aves de presa acudían volando ávidas de sangre, se hizo patente una voz divina, anunciando que sus descendientes encontrarían durante cuatrocientos años vecinos perversos en Egipto, pero que al cabo de estas penali-

[50] «El valle del Rey», cf. *2 Sam.* XVIII, 18, situado a dos estadios de Jerusalén según Josefo, *Antigüedades judías* 7, 243.

dades se impondrían a sus enemigos y que, tras vencer en una guerra a los cananeos, ocuparían sus territorios y sus ciudades.

186. *Agar e Ismael (Gén.* 13, 18 y ss.). Abram fijó su residencia en los alrededores de la encina [51] de nombre Ogiges, lugar de Canán situado no lejos de la ciudad de Hebrón, donde Abram, disgustado porque su mujer no quedaba encinta, suplicó a Dios que le diera un vástago de sexo masculino. Y como Dios lo exhortara a confiar no sólo en todo lo demás, en la seguridad de que había sido traído de Mesopotamia para bien, sino también en que le nacerían hijos, Sara acostó con él, por mandato divino, a una de sus criadas de nombre Agar, de raza egipcia, para que tuviera un hijo de ella. Pero la criada, al quedarse embarazada, se daba aires de reina y osó insultar a Sara, haciéndole ver que el poder pasaría a la criatura que ella diera a luz. Y como Abram la entregara a Sara para que la castigara, Agar decidió huir por no soportar los castigos y pidió a Dios que tuviera compasión de ella. Y como marchara camino adelante por el desierto, salió a su encuentro un ángel de Dios, quien le ordenó que volviera junto a sus señores, haciéndole saber que le iría mejor en la vida si era sensata, ya que en el momento presente se encontraba envuelta en aquellas calamidades por haber sido torpe y arrogante. Le hacía saber que, si desobedecía a Dios y continuaba la marcha adelante, moriría, mientras que, si volvía atrás, llegaría a ser madre de un niño que reinaría en los territorios aquellos. Ella hizo caso de estos consejos y, tras regresar junto a sus señores, obtuvo el perdón. Y no mucho después dio a luz a Ismael, es decir, *el escuchado de Dios,* por haber prestado oídos a aquella súplica.

191. *Nacimiento de Isac. Institución de la circuncisión (Gén.* 17, 1). Pues bien, Abram engendró al citado Ismael a la edad ya de ochenta y seis años, y al cumplir los noventa y nueve se le apareció Dios y le anunció que tendría un hijo con Sara. Le mandó que le pusiera por nombre Isac, haciéndole saber que de él nacerían poderosas naciones y reyes, y también que, tras una guerra, ocuparían toda Canán desde Sidón hasta Egipto y, queriendo que su descendencia permaneciera incontaminada por los demás, le ordenó que se circuncidaran las partes pudendas y que cumplieran

[51] Cf. Josefo, *Guerra judía* 4, 533: a seis estadios de Hebrón.

ese ritual en el día octavo después de nacer. La razón de ser de nuestra circuncisión la explicaré en otro lugar [52]. Y como Abram le preguntara también por Ismael, si viviría, Dios le comunicó que viviría largos años y que sería padre de poderosas naciones. Y Abram, tras dar gracias a Dios por estos dones, se circuncidó inmediatamente y con él todos los suyos y su hijo Ismael, quien aquel día cumplía trece años y Abram los noventa y nueve.

194. *Impiedad de los orgullosos habitantes de Sodoma (Gén.* 18, 20 y ss.). 11.1. En este momento los habitantes de Sodoma, orgullosos por su abundante número y por sus grandes riquezas, se comportaban insolentemente con la Divinidad, tanto que, por un lado, ya no se acordaban de los beneficios obtenidos de Ella y, por otro, odiaban a los extranjeros y rehuían los contactos con los demás. Entonces Dios, irritado por ello, decidió tomar represalias contra ellos por su soberbia y arrasar su ciudad y devastar su país, de suerte que no produjera ya ni hierba ni fruto alguno.

196. *Un ángel visita a Abram (Gén.* 18, 1). 2. Una vez que Dios hubo tomado esta determinación sobre los habitantes de Sodoma, Abram, que estaba sentado junto a la encina de Mambré a la puerta de su corral, vio a tres ángeles y, dando por sentado que se trataba de hombres forasteros, se levantó, los saludó y los invitó a que se alojaran en su casa y compartieran con él un banquete celebrado en honor de ellos. Y como los supuestos forasteros movieran la cabeza hacia adelante en señal de asentimiento, Abram ordenó a sus criados que hicieran inmediatamente panes con la harina más fina, y luego, tras sacrificar un ternero y asarlo, ofreció estos dones a aquellos seres, que se encontraban reclinados a la mesa bajo la encina. Y ellos le hicieron creer que comían, y hasta incluso preguntaban por su mujer, que de dónde era y dónde estaba. Al decirles él que estaba dentro, le aseguraron que volverían en un futuro inmediato y que entonces la encontrarían que era ya madre. Como la mujer se riera de esto y dijera que tener hijos era cosa imposible, ya que tenía noventa años y su marido cien, ya no resistieron continuar siendo ignorados quiénes eran, sino que declararon que eran ángeles de Dios, y que uno de ellos había sido

[52] En la prometida obra *Sobre costumbres y causas,* pero que no cumplió.

enviado para anunciarles un hijo, y los otros dos [53] para destruir a los habitantes de Sodoma.

199. *Los ángeles se presentan en Sodoma (Gén.* 18, 23 y ss.). 3. Al oír esto Abram se condolió por los sodomitas y, poniéndose en pie, oró a Dios, exhortándolo a que no aniquilara junto con los pecadores a los justos y buenos. Pero como Dios le asegurara que entre los habitantes de Sodoma no había ninguno bueno, y que, si hubiera diez entre ellos, les concedería a todos el perdón por sus pecados, Abram se quedó tranquilo. Los ángeles, por su parte, se presentaron en la ciudad de Sodoma, y Lot los invitó a un banquete en su honor, ya que era muy amable con los extranjeros y había aprendido las buenas maneras de Abram. Los sodomitas, al ver a los jovencitos, que sobresalían por la prestancia de su aspecto y que se habían alojado en casa de Lot, se dedicaron a atacar y a abusar de ellos. Y aunque Lot los exhortó a que fueran sensatos y a que no llegaran a deshonrar a los extranjeros, sino que tuvieran respeto al hecho de estar alojados en su casa, y diciéndoles que, si no podían dominarse, ofrecería a su concupiscencia a sus propios hijos en vez de aquéllos, ni aun así se dejaron convencer.

202. *Destrucción de Sodoma (Gén.* 19, 11 y ss.). 4. Encontes Dios, irritado por su osadía, los cegó, con lo que no pudieron encontrar la entrada a la casa, y además condenó a los sodomitas a un aniquilamiento general. Y Lot, como Dios le hiciera saber el inminente aniquilamiento de los sodomitas, abandonó la ciudad, llevando consigo a su mujer y a sus dos hijas, que eran todavía vírgenes. Pues sus pretendientes no hicieron caso de la invitación de Lot a marchar, calificando de una simpleza lo dicho por él. Entonces Dios lanzó un rayo contra la ciudad y la incendió junto con sus habitantes, haciendo desaparecer la tierra con igual conflagración, como ya dije antes cuando escribí la *Guerra judía* [54]. Pero la mujer de Lot, como durante la retirada volvía continuamente la vista hacia la ciudad, muy pendiente de su destino, pese a que Dios le había prohibido que lo hiciera, se convirtió en una estatua de sal, que yo vi con mis propios ojos, pues se mantiene en pie todavía incluso hoy. Y el propio Lot con sus hijas se refugió en un peque-

[53] Cf. *Gén.* 19, 1, y Filón, *De Abr.* 28.
[54] *Guerra judía,* 4, 483-485.

ño lugar libre de las llamas, que lo rodeaban. Todavía incluso hoy se llama Toor, pues así es como se dice en hebreo *poco*. Allí precisamente malvivía, aislado de todo contacto humano y falto de comida.

205. *Nacimiento de Moab y Amán (Gén.* 19, 30). 5. Las doncellas, al dar por sentado que toda la raza humana había desaparecido, mantuvieron relaciones íntimas con su padre, tomando las medidas preventivas para pasar inadvertidas de ello, pues actuaban así para que no desapareciera la raza humana. Y trajeron hijos al mundo: la mayor a Moab, que significa *hijo del padre de su madre,* y la menor a Amán, palabra que signica *hijo de la familia.* Uno de ellos fundó el pueblo de los moabitas, que constituyen incluso hoy una nación poderosísima, y el otro el pueblo de los amanitas, situados ambos pueblos en Celesiria. Tal resultó la retirada de Lot de Sodoma.

207. *Abram y Abimelec (Gén.* 20, 1 y ss.). 12. 1. Abram emigró a Gerar de Palestina, llevando consigo a Sara, a la que hacía pasar por su hermana, fingiendo lo mismo que antes [55] por miedo, ya que temía a Abimelec, el rey del lugar, quien también él estaba decidido a abusar de ella. Pero se vio frenado en su concupiscencia por una grave enfermedad que le sobrevino por deseo de Dios y, cuando los médicos lo habían desahuciado, en sueños tuvo una visión que le ordenaba que no ofendiera lo más mínimo a la mujer del extranjero y, al encontrarse bastante restablecido, hizo saber a sus amigos que Dios le había mandado aquella enfermedad para vengar al extranjero y para preservar incólume a su mujer, puesto que, le había dicho Dios, la mujer que había traído Abram no era su hermana, sino su consorte legítima, y prometió comportarse benévolamente con Abram, quien de allí en adelante no temió por su mujer. Tras expresarse así, por consejo de sus amigos mandó venir a Abram y lo animó a que ya no temiera que su mujer fuera a sufrir nada indecoroso (explicándole que Dios cuidaba de él) y a que se llevara a Sara, quien gracias a defender Dios su causa había permanecido incólume, de lo que eran testigos Dios y la conciencia de su mujer. Y continuó diciendo que no la habría pretendido en absoluto si hubiera sabido que era casada, «pero como tú la

[55] En Egipto. Cf. cap. 162.

hacías pasar por hermana, yo no te ofendí». Y lo invitó a que fuera indulgente con él y que contentara a Dios, añadiendo que, si quería quedarse con él, le asistiría con toda suerte de abundancia, y que, si prefería marchar, contaría con escolta y todo aquello que había venido a pedirle a él. Tras estas palabras de Abimelec, Abram argumentaba, por una parte, que no había mentido en lo tocante al parentesco de su mujer, ya que era hija de su hermano y, por otra, que sin recurrir a tal treta, no consideraba segura su llegada a aquel lugar. Y sólo por el deseo de no resultar lo más mínimo culpable de su enfermedad, sino, por el contrario, anhelar su recuperación, decía que estaba dispuesto a quedarse con él. Y Abimelec le asignó tierras y riquezas, tras lo cual convinieron en que sus respectivos pueblos se trataran noblemente, formulando un juramento por cierto pozo de nombre Bersubai, es decir, *el pozo del juramento,* que todavía incluso hoy día recibe ese nombre de labios de los lugareños.

213 *Nacimiento de Isac (Gén.* 21, 1 y ss.). 2. No mucho después a Abram le nació también un hijo de Sara, como Dios le había predicho, al que puso por nombre Isac, que significa *risa.* Y, claro, así es como Abram llamó a su hijo, porque cuando Dios aseguró a Sara que daría a luz ella se había echado a reír, al no tener ya esperanza alguna por ser demasiado anciana para un parto. Ella, efectivamente, tenía noventa años y cien Abram. A esa edad tan avanzada del padre y de la madre [56] nació el niño, que circuncidaron nada más cumplir los ocho días, y a partir de Isac los judíos tienen la costumbre de efectuar la circuncisión al cabo de ese número de días, mientras que los árabes lo hacen cuando el niño cumple trece años. Y es que Ismael, el fundador de este pueblo y que Abram tuvo de la concubina, fue circuncidado a esa edad. De él paso a dar cumplida cuenta con una precisión total [57].

215 *Expulsión de Agar (Gén.* 21, 10 y ss.). 3. Sara, por lo que respecta a Ismael, traído al mundo por su esclava Agar, al principio lo quería sin desmerecer nada al afecto que se tiene por un hijo propio, ya que era criado para heredar la jefatura, pero al dar a luz ella a Isac no aceptaba que se criara con él Ismael, por ser

[56] Cf. *Gén.* 21, 7.
[57] Cf. cap. 215 y ss.

mayor y poder hacerle daño, una vez que hubiera muerto su padre. Por ello, trataba de convencer a Abram de que lo despidiera y mandara lejos, junto con su madre. Pero Abram, al principio, no se avenía a aceptar lo que Sara pretendía, por considerar que era lo más cruel de todo despedir a un niño pequeño y a una mujer carente de recursos. Pero después (y es que también era del agrado de Dios lo que le mandaba Sara) se dejó convencer y, en consecuencia, puso en manos de su madre a Ismael, quien todavía no podía andar solo por la vida, y le mandó que cogiera en un odre agua y también pan y que luego se marchara, teniendo a la necesidad por guía. Pero como durante la marcha les faltaran las provisiones, Agar se vio en una situación penosa, y luego, al escasearles el agua, puso ella debajo de un abeto al niñín, que estaba dando las últimas boqueadas, para no verlo expirar [58], y continuó la marcha hacia adelante. Pero encontrándose con ella un ángel de Dios le enseñó una fuente cercana y le mandó que cuidara de criar al niñín, haciéndole saber que le esperaban bienes de la salvación de Ismael. Entonces ella cobró ánimos con este anuncio y, juntándose con pastores, escapó a los sufrimientos por las atenciones que éstos le prodigaron.

220. *Descendientes de Ismael (Gén.* 25, 12 y ss.). 4. Cuando el niño se hizo hombre adulto, su madre le trajo por esposa a una mujer de raza egipcia (precisamente de allí procedía también ella), de la que le nacieron a Ismael un total de doce hijos: Nabeot, Cedar, Abdel, Masam, Masmas, Idum, Masmes, Codam, Temán, Jetur, Nafes, Cadmas. Éstos habitaron toda la región que va del Eúfrates al mar Rojo, y que llamaron Nabatene. Y éstos son quienes aportaron a la nación árabe y a sus tribus unos nombres según los suyos propios, no sólo por su valía, sino también por el rango de Abram.

222. *La prueba de Abram (Gén.* 22, 1). 13. 1. A Isac su padre Abram lo quería con delirio, por ser hijo único y por haberle nacido por un don de Dios en el umbral que va de la vejez a la muerte. Pero invitaba también al afecto y a ser querido más y más por sus progenitores el propio niño, por practicar todas las virtudes y no sólo prestar cuidados a sus padres, sino también atender a la

[58] Modelado según Eurípides, *Heracles furioso,* 323 y ss. (Thackeray).

veneración de Dios. Y Abram cifraba su propia felicidad sólo en partir de este mundo dejando incólume a su hijo. Y, efectivamente, lo consiguió por decisión de Dios, quien, deseando probar el grado de veneración que Abram sentía hacia Él, se le apareció y, tras enumerar todos los bienes que le había dado, a saber, que lo había hecho superior a sus enemigos y que por decisión suya tenía su actual dicha y a su hijo Isac, le pidió que se lo ofreciera en sacrificio como víctima, y le mandó que, tras subirlo al monte Moria, se lo ofreciera en holocausto en un altar que previamente hubiera levantado, señalándole que sólo así le mostraría el grado de veneración que sentía por Él, si valoraba más ser grato a Dios que la vida de su hijo.

225. *Preparativos para el sacrificio de Isac.* 2. Y Abram, que por ningún concepto consideraba justo desobedecer a Dios, sino por el contrario hacer todo lo que Él mandara, convencido de que las personas a quienes Él quiera consiguen todo por su Providencia, ocultó a su mujer el aviso de Dios y la decisión que él mismo había tomado de sacrificarlo (pero es que no se lo dijo siquiera a ninguno de sus criados, pues se le habría impedido rendir culto a Dios) y, tras coger a Isac junto con dos criados y haber cargado en un asno los utensilios necesarios para el sacrificio, marchó al monte. Y los criados le acompañaron en el camino durante dos días, mientras que al tercero, cuando ya divisaba el monte, tras dejar en la llanura a sus acompañantes, llegó al monte acompañado sólo de su hijo, en el que el rey David levantó posteriormente el Templo. Y llevaron con ellos, a excepción de la víctima, todos los elementos restantes para el sacrificio. Y al preparar el altar, Isac, que entonces tenía veinticinco años y preguntar a su padre qué iban a sacrificar dado que no disponían de una víctima, Abram le contestó que se la proporcionaría Dios, dado que era capaz no sólo de aportar a los hombres abundancia de cosas que no existieran, sino también de quitar las cosas existentes a los que estuvieran seguros de ellas. Y añadió que, en consecuencia, también él le daría una víctima, en el supuesto de que llegara a asistir contento a su sacrificio.

228. *Abram dice la verdad a su hijo Isac.* 3. Cuando el altar estaba preparado e Isac había puesto encima la leña y estaba todo listo, Abram le dijo a su hijo: «Hijo mío, en innumerables oracio-

nes pedí a Dios que me nacieras tú y, desde que viniste al mundo, no ha habido esfuerzo alguno que yo no desplegara para hacerte un hombre, ni tampoco cosa alguna con la que creyera que iba a ser más feliz que si te veía a ti hecho un hombre y, al morir, te dejaba sucesor y heredero del poder que yo ocupo. Pero puesto que por voluntad de Dios llegué a ser tu padre y de nuevo por decisión de Él no cuento contigo, soporta con entereza tu holocausto. Digo esto porque te cedo a Dios, quien consideró justo obtener ahora de nosotros esta prueba de estima a cambio de haber sido para mí un auxiliar y un aliado decidido. Y ya que viniste al mundo... [59], deja ahora la vida no de la forma común, sino enviado por tu propio padre a Dios, padre de todas las cosas, según las exigencias de un sacrificio, dado que, según creo, Él te consideró digno de que dejaras de existir no por una enfermedad, ni por una guerra, ni por ninguna otra de las calamidades en las que es natural a los hombres verse envueltos, sino dispuesto a recibir tu alma con vítores y sacrificios y a retenerte junto a Él. Y te convertirás en protector mío y me cuidarás en la vejez (que es precisamente por lo que más atendí a tu crianza), al proporcionarme a Dios a cambio de ti.»

232. *La salvación de Isac y la bendición de Dios.* 4. Isac (era hijo de un padre tan excelente que, al nacer de él, tenía que ser de una entereza cabal) aceptó con gusto sus explicaciones y, tras asegurar que no era justo en absoluto ni siquiera que hubiera nacido si llegaba a rechazar la decisión de Dios y de su padre, y a no ofrecerse decididamente a los deseos de uno y otro, cuando era injusto, aunque sólo lo prefiriera el padre, no obedecerlo, corrió al altar y al sacrificio. Y se habría llevado a efecto la acción de no haberlo impedido Dios, poniéndose por medio, ya que gritó a Abram por su nombre, prohibiéndole el sacrificio de su hijo. Le explicó, en efecto, que le había propuesto el sacrificio de su hijo no porque estuviera ávido de sangre humana, ni tampoco porque deseara con tanta impiedad quitarle la criatura de la que Él mismo lo había hecho padre, sino porque quería probar su intención, a ver si le obedecía aunque se le propusiera tal sacrificio. Continuó diciéndole que, al conocer su predisposición y el colmo de su piedad, se alegraba por los bienes que le había deparado y que nunca llegaría tarde a prestarle cualquier favor, dado que lo consideraba digno de

[59] Parece que aquí hay una laguna en la transmisión textual.

toda atención a él y a su familia, y que su hijo llegaría a una edad muy avanzada, y que, tras una vida dichosa, transmitiría a unos hijos excelentes y legítimos un poder inmenso. Y le anunció que la descendencia de sus hijos llegaría a sumar numerosas naciones y riquezas, que los fundadores de esta estirpe serían recordados eternamente, y que ellos, tras conseguir por las armas la región de Canán, serían envidiados por todos los hombres. Dios, una vez que hubo dicho estas palabras, les trajo de un lugar invisible un carnero para ser sacrificado. Y ellos, tras recuperarse contra todo pronóstico y haber oído el anuncio de tan grandes bienes, se abrazaron el uno al otro y, una vez que efectuaron el sacrificio, regresaron junto a Sara y pasaron una vida feliz, porque Dios les ayudaba a conseguir todo lo que quisieran.

237. *Muerte de Sara (Gén.* 23, 1). 24. Y no mucho tiempo después murió Sara, tras haber vivido ciento veintisiete años. La enterraron en Hebrón, al conceder los habitantes de Canán a expensas de la comunidad suelo para su sepultura, aunque Abram compró el terreno por cuatrocientos seclos [60] a un tal Efrén de Hebrón. También Abram y sus descendientes se construyeron allí sus tumbas.

238. *Hijos de Abram nacidos con una segunda esposa (Gén.* 25, 1). 25. Abram se casó después con Catura, de la que tuvo seis hijos, duros para el trabajo y de formidable inteligencia: Zembrán, Jazar, Madán, Madián, Lusubac, Su. También a éstos les nacieron hijos: de Su nació Sabacín y Dadán, de éste Latusim, Asur y Luur; y de Madán, Efas, Heofrén, Anoc, Ebidas y Eldas. Para todos estos hijos y nietos discurrió Abram expediciones coloniales, y así ocuparon la región de Troglodite y toda la Arabia Feliz que se extiende hasta el mar Rojo. Y se dice que el citado Heofrén, con una expedición que llevó contra Libia, la ocupó, y que los nietos suyos que habitaron en ella llamaron *África* a aquellas tierras según el nombre de Heofrén [61]. Mis palabras son confirmadas por Alejandro Polihístor [62], quien se expresa en los siguientes términos: «El

[60] Un tipo de moneda.

[61] Cf. cap. 183.

[62] Nació en 105 a. C. en Mileto, de donde llegó a Roma como prisionero, consiguiendo de Sila la libertad sobre el año 85 a. C.

profeta Cleodemo, también llamado Malco, al contar la historia de los judíos según la contó también su legislador Moisés, asegura que Abram tuvo de Catura bastantes hijos. Habla también de sus nombres, citando los de tres: Aferas, Sures y Jafras. Y añade que de Sures recibió su nombre Asiria, y que de los otros dos, Jafras y Aferas, tomaron su nombre la ciudad de Afra y los territorios de África, aclarando que éstos ayudaron a Heracles en su expedición contra Libia y Anteo, y que, al casarse Heracles con la hija de Afranes, tuvo de él a su hijo Didoro, y que de éste había nacido Sofón, por quien los bárbaros son llamados sofacas.»

242. *Petición de la mano de Rebeca (Gén.* 24, 1). Cuando Isac había alcanzado los cuarenta años de edad, su padre Abram decidió darle por esposa a Rebeca, hija del hijo de su hermano Nacor, y en consecuencia envió al más viejo de sus criados a pedir su mano, obligándolo con grandes promesas. Éstas se hacen de la siguiente manera: tras poner mutuamente las manos sobre las pantorrillas el uno del otro, proceden luego a invocar a Dios a que sea testigo de lo que sea. Y por este criado envió también para los de allá regalos de valor inestimable por ser allí raros o no darse en absoluto en aquella región. Éste, tras un viaje que le llevó mucho tiempo por Mesopotamia, difícil de transitar en el invierno por la profundidad de los lodos y en el verano por la falta de agua, y porque además en ella hay bandas de ladrones de los que no es posible escapar a los viajeros desprevenidos, llegó a la ciudad de Carran y, al llegar a los suburbios, se encontró con un grupo bastante numeroso de doncellas que iban a por agua. Entonces pidió a Dios, si aquella boda iba a celebrarse con su asentimiento, por un lado, que encontrara él entre aquel grupo de jóvenes a Rebeca, cuya mano lo había enviado a él a solicitar Abram para su hijo y, por otro, que la reconociera cuando, al pedirles un trago de agua, las otras se lo negaran y ella se lo ofreciera.

246. *Escena junto al pozo.* 2. Él, enfrascado en estos pensamientos, se acercó al pozo y rogó a las jóvenes doncellas que le dieran un trago de agua. Y como las otras rehusaran, alegando que debían llevar el agua a sus casas y no dársela a él, añadiendo además que no era nada fácil extraerla del pozo, sólo una entre todas las riñó por su comportamiento huraño hacia el forastero, argumentando qué otra cosa compartirían ellas con la gente cuando ni siquiera compar-

tían agua, y se la ofreció amablemente. Él, que ya había concebido las más grandes esperanzas pero que todavía quería saber la verdad, alabó su nobleza y generosidad, dado que no había esquivado incluso con esfuerzo propio ayudar a los necesitados, le preguntó quiénes eran sus padres, hizo votos porque ellos pudieran disfrutar de una hija tan excelente, y terminó diciendo: «Ojalá te casen en la forma que ellos gusten, de suerte que seas llevada a casa de un hombre bueno y le des hijos legítimos.» Y ella no le escatimó tampoco los datos que deseaba conocer, al contrario, no sólo le informó de su familia, sino que además le dijo: «Yo me llamo Rebeca, y mi padre fue Batuel. Pero él ya murió, y es nuestro hermano Labán quien con nuestra madre se preocupa de todo el capital y cuida de mí, que soy doncella.» Al oír esto, se congratuló por lo sucedido y por lo dicho, porque veía en ello que Dios colaboraba claramente con él en aquella misión y, sacando un collar y algunas joyas adecuadas para que las llevaran jóvenes doncellas, se las entregó a la muchacha en correspondencia y pago por el favor de haberle dado de beber, alegando que era justo que ella consiguiera cosas tan hermosas por haber sido buena en comparación de tan numeroso grupo de doncellas. Y le pidió alojarse en casa de su familia, ya que la noche lo privaba de continuar el viaje, y le aseguraba que las joyas carísimas de mujer que llevaba no las confiaba a nadie con más seguridad que a quienes eran de la condición que había comprobado en ella. Y decía que por la virtud misma que la adornaba a ella deducía también la amabilidad de su madre y de su hermano y que no se enfadarían, puesto que él no sería tampoco una carga, ya que pagaría el importe del hospedaje y gastaría lo suyo. La doncella le dijo que él deducía correctamente por ella la amabilidad de su familia, pero lo censuraba por suponerla mezquina, ya que podría compartir todo gratis. Le dijo, sin embargo, que se lo diría antes a su hermano Labán y que, si consentía, lo llevaría con ella.

252. *Boda de Isac.* 3. Pues bien, cuando, cumplida esta formalidad, la joven llevó al forastero a casa, los criados de Labán se hicieron cargo de sus camellos y los atendieron, mientras el forastero era introducido en el refectorio a comer con él. Y después de la comida [63] le dijo a él y a la madre de la joven: «Abram es hijo de Ter y pariente vuestro, ya que, querida mujer, Nacor, el abuelo

[63] En la Biblia el forastero exigió hablar antes de comer.

de estos niños, era hermano paterno y materno de Abram. Y es precisamente éste quien me envía junto a vosotros, por estar decidido a tomar a esta muchacha como esposa de su propio hijo legítimo y único, que heredará todo. Y, pese a tener la posibilidad de tomar por esposa de su hijo a la mujer de mayor fortuna de las mujeres de allí, ha desdeñado dársela, ya que, por el contrario, como estima a la familia, planea esta boda. No os burléis de su interés y preferencias, ya que no sólo todo lo demás que me aconteció en el viaje me salió conforme a la voluntad de Dios, sino que también en las mismas circunstancias encontré a la niña y vuestra casa. Efectivamente, una vez que llegué a las proximidades de la ciudad, al ver a un numeroso grupo de jóvenes doncellas que acudían al pozo, pedí a Dios dar con ésta, como de hecho ocurrió. Así, pues, también vosotros confirmad el matrimonio solicitado por la presencia divina, y a Abram, que me ha enviado con tanto interés, honradlo, aprobando el darle en matrimonio a esta muchacha.» Y ellos, para quienes el proyectado matrimonio resultaba, efectivamente, hermoso y grato, reconocieron la voluntad de Dios y enviaron a su hija para lo que Abram la pedía. Con ella se casó Isac, en quien había recaído ya el poder, ya que los hijos de Catura habían marchado a colonizar nuevas tierras.

256. *Muerte de Abram (Gén.* 25, 8). 17. Un poco después murió el propio Abram, quien escaló las cumbres más elevadas y fue apreciado por Dios en grado equivalente a la veneración que Abram sentía por Él. Vivió un total de ciento setenta y cinco años, y fue enterrado en Hebrón con su esposa Sara por sus hijos Isac e Ismael.

257. *Nacimiento de Esaú y Jacob (Gén.* 25, 21). 18.1. Después de la muerte de Abram, quedó encinta la joven esposa de Isac y, como el vientre se le hinchara demasiado, Isac, nervioso, consultó a Dios. Quien le hizo saber que Rebeca daría a luz gemelos y que algunas naciones llevarían el nombre de sus hijos, pero que al mayor lo aventajaría el que aparentemente era menor. Y poco después le nacieron, conforme al aviso de Dios, niñines gemelos, de los cuales el que nació primero era desmesuradamente peludo de la cabeza a los pies, y el que vino en segundo lugar se adhería por el talón al que salía antes del vientre materno. El padre estaba encariñado con el mayor, llamado Esaú por el nombre del pelam-

bre, ya que en hebreo pelambre se dice *esauron,* mientras que Jacob, el pequeño, era el preferido por su madre.

259. *Isac en Gerar (Gén.* 26, 1 y ss.). 2. Como el hambre se hubiera apoderado de su país, Isac decidió irse a Egipto por la fertilidad de sus tierras y, en consecuencia, se dirigió a Gerar porque así se lo había mandado Dios. Y lo recibió el rey Abimelec por ser huésped y amigo de Abram, pero a Isac, después de tratarse con él en un principio con muchísimo afecto, luego se le negó la posibilidad de continuar para siempre con esa amistad, por envidia. Pues Abimelec, al observar que Dios estaba de parte de Isac y que se preocupaba tanto por él, lo expulsó. Entonces él, al comprobar tan distintos los sentimientos de Abimelec por un cambio fruto de la envidia, de momento se retiró a una zona llamada *Barranco,* campo situado lejos de Gerar, y cuando se disponía a abrir un pozo unos pastores cayeron sobre él, llegando a atacarlo para impedirle que continuara adelante con su trabajo, y como Isac no quiso contender pasaron ellos por haber vencido. Y, retirándose de allí, procedió a abrir otro pozo, pero como se lo impidieran por la fuerza algunos otros pastores de Abimelec también dejó éste y se alejó, consiguiendo la seguridad personal por su cordura llena de prudencia. Luego, cuando la suerte le permitió la excavación de un pozo sin impedimento alguno, puso por nombre a este pozo Robot, palabra que significa *Campo espacioso.* De los dos pozos anteriores uno se llama Esco, es decir, *Batalla,* y el otro Estena, palabra que significa *enemistad.*

263. *Reconciliación con Abimelec (Gén.* 26,26). 3. En consecuencia, Isac resultaba encontrarse en plenitud de poderío por la magnitud de sus riquezas, por lo que Abimelec, convencido de que el engrandecimiento de Isac representaba un peligro contra él, por haber sido enojosa para ellos la convivencia en común y por suponer que Isac se había retirado con odio inconfesable, tuvo miedo de que no le sirviera de nada la amistad anterior si Isac se decidía a tomar represalias por las afrentas recibidas y, por ello, firmó de nuevo la paz con él, llevando consigo a presencia de Isac a Fíloco, uno de sus generales. Y, tras haber obtenido lo que pretendía por la bondad de Isac, quien valoraba los favores que Amibelec le había prestado anteriormente no sólo a él, sino también a su padre, en más que la aversión reciente, se levantó y partió para su país.

265. *Las esposas de Esaú (Gén.* 26, 2 y ss.). 4. De los dos hijos de Isac, el de nombre Esaú, por el que su padre se interesaba especialmente, se casó a los cuarenta años de edad con Ada, hija de Helón, y con Alibame, hija de Eusebeón, varones con gran poderío en Canán. Esaú tomó por propia iniciativa la decisión de casarse y sin consultar con su padre, pues Isac no se lo habría consentido de haber estado en sus manos el fallo, ya que no era de su agrado contraer parentesco con los indígenas. Y como no quería ganarse la enemistad de su hijo si le mandaba que desistiera de esas mujeres, decidió callarse.

267. *La vejez de Isac (Gén.* 27, 1). 5. Isac, como fuera ya viejo y hubiera perdido por completo la visión de los ojos, llamó a Esaú a su presencia y, tras aludir a su vejez y decir que ella, incluso sin la ceguera y la afección ocular, le impedía dar culto a Dios, le mandó que saliera de caza y que, cuando hubiera cobrado el mayor número posible de piezas, le preparara un banquete, para que al final de él pudiera suplicar a Dios que asistiera durante toda su vida a Esaú como aliado y colaborador, alegando que no se sabía cuándo moriría él, pero que antes de que llegara ese momento quería atraer junto a Esaú a Dios, invocándolo con oraciones en favor de él.

269. *La bendición de Jacob.* 6. Y Esaú salió de caza, mientras Rebeca, decidida a invocar a Dios en favor de Jacob en contra incluso de la opinión de Isac, mandó a su hijo pequeño que sacrificara unos cabritos y que con ellos preparara un banquete. Y Jacob obedeció a su madre, enterado por ella de todo. Y, una vez que estaba dispuesto el banquete, tras revestirse el brazo con la piel del cabrito para que su padre creyera por el pelambre que era Esaú, ya que era igual a él en todo lo demás y se diferenciaba de él sólo en esto por ser gemelo, y temiendo ser descubierto en sus maquinaciones perversas antes de haber tenido lugar las súplicas de Isac y con ello obligara a su padre a efectuarlas en sentido contrario, ofreció a su padre el banquete. Entonces Isac, que había percibido la singularidad de la voz, mandó a su hijo que se le acercara. Y como éste le hubiera extendido el brazo que había revestido con la piel del cabrito, Isac, al tiempo que la palpaba, le dijo: «El timbre de tu voz se parece al de la voz de Jacob, pero en cambio por lo espeso del pelambre me parece que eres Esaú.» Y, sin sospechar malicia, comió y luego procedió a orar y a invocar a Dios diciendo: «Señor

de todas las épocas y Creador del Universo: dado que Tú ofreciste a mi padre gran cantidad de bienes, y a mí me otorgaste lo que poseo, y a mis descendientes les prometiste que serías auxiliar suyo decidido y dador siempre de lo mejor, confírmame, pues, todo eso, y no me abandones por la enfermedad que padezco, la que me obliga aún más a suplicarte, y en consecuencia protégeme propicio a este hijo y consérvalo libre de toda calamidad, concediéndole una vida feliz y posesión de todos los bienes que puedas ofrecerle, y haciéndolo temible para los enemigos y apreciado y grato para los amigos.»

274. *Predicción sobre Esaú (Gén.* 27, 30). 7. Entonces Isac, dando por sentado [64] que pronunciaba oraciones en favor de Esaú, invocó a Dios. Y nada más acabar de invocarlo llegó Esaú de la caza. Isac, que comprendió su error, se mantuvo callado, mientras que Esaú pretendía obtener de su padre los mismos dones que su hermano. Y como éste se negara a ello por haber gastado todas sus súplicas en favor de Jacob, prorrumpió en llanto, por el error. Y su padre, afligido por sus lágrimas, afirmó que él encontraría la fama en la cacería y por su fortaleza física en las armas y toda suerte de trabajos, y que él y su descendencia disfrutarían a lo largo de los siglos de la fama en estas lides, pero que tendría que servir a su hermano.»

276. *La tercera esposa de Esaú (Gén.* 27, 41 y ss.). 8. Y a Jacob, que temía a su hermano por desear éste a toda costa tomar represalias por el engaño de que había sido víctima a propósito de las oraciones, lo salvó su madre, pues convenció a su marido a casar a Jacob con una pariente de Mesopotamia. Y es que Esaú había tomado ya en matrimonio a Basemat, la hija de Ismael, puesto que la familia de Isac no veía con buenos ojos a los cananeos, por lo que, al estar disgustada la familia con su anterior matrimonio, Esaú tomó por esposa a Basemat, atraído enormemente por ella.

278. *Viaje de Jacob a Mesopotamia (Gén.* 28,1,11). 19.1. Jacob, que fue enviado por su madre a Mesopotamia a solicitar en matrimonio a la hija de su hermano Labán, matrimonio al que

[64] Circunstancia y hechos semejantes se producen a propósito de Heracles y Euristeo, en *Ilíada* 19, 96 y ss.

accedió Isac convencido por las sugerencias de su mujer, marchó a través de Canán y, por el odio que tenía a las gentes del lugar, no aceptaba alojarse en casa de ninguno de ellos, sino que pasaba la noche a la intemperie, descansando su cabeza sobre una piedra cogida por él, y en sueños tuvo una visión, que se le apareció. Le pareció ver una escalera que desde la tierra llegaba al cielo, y fantasmas que bajaban por ella, dotados de un empaque superior al de un ser humano, y que al final, apareciéndosele claramente Dios encima de ella, lo había llamado por su nombre y le había hecho razonamientos del siguiente tenor: «Jacob, no convenía que tú, que vienes de un padre excelente y de un abuelo que alcanzó fama de virtud acrisolada, te desalentaras por las dificultades presentes, sino esperar lo mejor. Pues te sorprenderá la presencia abundante de grandes bienes, ya que yo te asistiré en todas las situaciones. En efecto, no sólo traje a esta tierra a Abram desde Mesopotamia, impulsado por sus parientes, sino que también mostré afortunado a tu padre. También a ti te asignaré un destino no inferior al de ellos. Confiado, pues, prosigue este camino, llevándome a mí como escolta. Pues el matrimonio que proyectas se llevará a cabo, tendrás hijos excelentes, y la cantidad de ellos será innumerable, dejando al morir otros hijos más poderosos que ellos mismos. Yo otorgo el dominio de este país a ellos y a sus hijos, quienes llenarán toda tierra y mar que divisa el sol. Pero ni mires con preocupación peligro alguno, ni te preocupes de la excesiva cantidad de trabajos, ya que yo cuidaré de lo que vayas a hacer tú, en el momento presente y mucho más posteriormente.»

284. *Consagración de Betel.* 2. Esto, pues, predijo Dios a Jacob. Y él, volviéndose loco de alegría por lo que había visto y por lo que se le había anunciado, pulió la piedra, por haberse producido cuando descansaba sobre ella el anuncio de tan excelentes bienes, y formuló la promesa de que haría un sacrificio sobre ella si regresaba indemne tras haber conseguido una fortuna, y de que si alcanzaba ese lugar en esas condiciones daría a Dios el diezmo de los bienes que se hubiera procurado, y juzgó venerable el lugar en cuestión, poniéndole por nombre Betel, palabra que equivale a lo que en griego se dice *hogar divino.*

285. *Encuentro con Raquel (Gén.* 29,1). 3. Y, prosiguiendo el camino a Mesopotamia, al fin llegó a Carran y, como encontrara

en los suburbios pastores, tanto muchachos como muchachas, sentados sobre el brocal de un pozo, se acercó a ellos, necesitado de un trago de agua y, entrando en conversación con ellos, les preguntó a ver si acaso conocían a uno de su pueblo, llamado Labán, y si todavía vivía. Y todos ellos aseguraron, por una parte, que lo conocían, indicándole que no era una persona tal que pudiera pasar desapercibida y, por otra, que su hija era una pastora como ellos, y que les extrañaba que no hubiera llegado todavía, agregando lo siguiente: «Por ella habrías conocido con mayor precisión todo lo que deseas saber de ellos.» Y, cuando ellos estaban pronunciando estas palabras, llegó la muchacha con los pastores que bajaban al pozo. Entonces le presentaron a Jacob, diciéndole que el forastero aquel había llegado preguntando por su padre. Entonces ella, contenta a causa de su juventud con la presencia de Jacob, le preguntó quién era, de dónde había llegado allí junto a ellos y qué asunto lo traía, al tiempo que le prometía que su familia podría ofrecerle aquello que hubiera venido a buscar.

4. Y Jacob, rendido a la muchacha no por el parentesco que lo unía a ella, ni tampoco por el afecto producto de él, sino por amor, se emocionó al verla dotada de tanta hermosura como pocas mujeres de entonces podían lucir, y le dijo: «En fin, a mí me une contigo y con tu padre, si es que de verdad eres hija de Labán, un parentesco que viene de antes de que tú y yo naciéramos. Pues escucha: hijos de Ter fueron Abram, Arrán y Nacor, y tu abuelo Batuel fue a su vez hijo de uno de ellos, de Nacor, y de Abram y Sara, la hija de Arrán, lo fue Isac, mi padre. Pero a ti y a mí me une una relación de parentesco todavía más íntima y más reciente. Escucha: Rebeca, mi madre, es hermana de tu padre Labán, no sólo por parte del mismo padre, sino también de madre, con lo que tú y yo somos primos. Y ahora he venido aquí a saludaros y a renovar la presente relación de parentesco.» Y a ella, como suele ocurrir a los jóvenes, viniéndole a la memoria que había oído hablar a su padre de Rebeca, y sabiendo que sus padres oían el nombre de ella con nostalgia, le saltaron las lágrimas por el cariño que tenía a su padre, luego abrazó a Jacob y, tras besarlo, le dijo que había traído la alegría más anhelada y más grande a su familia y a su padre, quien estaba siempre pendiente de recordar a su madre, que era la única a quien tenía en la boca, agregando que a su padre su presencia le parecería un bien que valía por todos. Y le

mandó que fuera ya a ver a su padre, que la acompañara a ella, quien lo conduciría hasta él, y que no lo privara de una alegría, retrasándose más.

293. *Jacob y Labán (Gén.* 29,13). 5. Tras pronunciar estas palabras, lo condujo a presencia de Labán y, una vez reconocido por su tío materno, Jacob mismo se sintió seguro al encontrarse entre amigos y a ellos les proporcionó enorme satisfacción, al presentarse inesperadamente. Y no muchos días después Labán le dijo que su presencia le producía una alegría imposible de expresar con palabras pero que quería informarse de la razón de su llegada, habiendo dejado allá a una madre y a un padre ancianos y necesitados de su ayuda, ya que, añadió, le concedería aquello a lo que hubiera venido y que le socorrería en todas sus necesidades. Y Jacob le dio cuenta pormenorizada del motivo de su llegada, diciéndole que Isac había tenido hijos gemelos, él y Esaú, y que este último, como hubiera fallado en el intento de conseguir las bendiciones paternas, empleadas con él mismo por la astucia de su madre, lo buscaba para matarlo, por haberlo privado Dios del trono y de los bienes que su padre había impetrado, diciendo que ése era el motivo de su presencia allí, conforme al encargo de su madre. Y, por último, le dijo: «Pues nuestros abuelos fueron hermanos y mi madre añade un grado de parentesco entre nosotros superior al que teníamos por aquéllos. Por otro lado, confío en el estado de cosas presente, al tenerte a ti y a Dios como baluarte de mi salida del país.»

297. *Trabajos de Jacob y boda.* 6. Labán le prometió que lo trataría con toda amabilidad no sólo por sus antepasados, sino también por su madre, y que por las atenciones que iba a tener con él le haría ver el afecto que sentía hacia ella a pesar de no estar presente, pues le aseguró que lo pondría al frente de sus rebaños y le otorgaría privilegios, pero que si prefería regresar junto a sus padres volvería lleno de regalos y de los honores que era natural que consiguiera un pariente tan cercano. Jacob oyó esto con gran contento y le dijo que se quedaría con él y soportaría con agrado cualquier trabajo que redundara en satisfacción para Labán, pero que en pago de ello consideraba justo conseguir la mano de Raquel, honor que él merecía conseguir de Labán, aparte de por otras razones, singularmente porque ella le había ayudado a llegar hasta él. Hay que

señalar que fue el amor que sentía por la muchacha lo que lo obligó a hablar así. Y Labán, contento con esta proposición, le concedió la mano de su hija, confesando con orgullo que no hubiera llegado ningún otro pretendiente mejor. Agregó, sin embargo, que se llevaría a cabo este matrimonio sólo si se quedaba en su casa durante cierto tiempo, pues a su hija no la enviaría a Canán, ya que se arrepentía incluso de que el matrimonio de su hermana se hubiera contraído allá. Y como Jacob conviniera en ello, se fijó un período de siete años, pues ése fue el número de años que decidió él servir a su suegro, para dar prueba de sus virtudes y se supiera todavía más quién era. Labán aceptó la proposición y, una vez transcurrido este período de tiempo, ofreció el banquete de bodas. Pero al llegar la noche Labán acostó con Jacob, que no se enteró de nada, a la otra hija, que era mayor que Raquel y nada bien parecida. Y Jacob, que tuvo relaciones íntimas con ella por efecto de la embriaguez y oscuridad, luego, cuando al día siguiente se enteró, acusó a Labán de injusto. Y éste le pidió perdón por la imperiosa necesidad que lo había llevado a realizar esta acción, aclarándole que le había traído a Lía no por maldad, sino obligado por otra causa mayor. Y le dijo además que, no obstante, este hecho no representaba ninguna traba para consumar el matrimonio con Raquel, sino que, si estaba enamorado de ella, se la daría después de otros siete años. Y Jacob asintió, dado que su amor por la muchacha no le permitía hacer ninguna otra cosa distinta y, una vez transcurridos otros siete años, tomó a Raquel como esposa.

303. *Hijos de Jacob.* 7. Una y otra tenían criadas, que les había dado su padre: Lía tenía a Zelfa y Raquel a Bala, quienes no eran en modo alguno esclavas, sino simples subordinadas. Y a Lía le afectaba terriblemente el amor que su marido sentía por su hermana, y esperaba, una vez que tuviera hijos, que se ganaría su estima, y se los pedía a Dios continuamente. Y cuando le nació un niño varón y por ello su marido le prestó atención a ella, le puso por nombre Rubel [65], al haber nacido porque Dios se había compadecido de ella, que es lo que significa esa palabra. Y posteriormente le nacieron otros tres hijos más: Simeón, palabra que significa que Dios la había escuchado; luego Leví, es decir, «la seguridad de la comunidad», y después de éste Judas, que significa «acción de

[65] Rubén, en la Biblia.

gracias». Por su parte, Raquel, como temía obtener de su marido menor estima que su hermana por su enorme fecundidad, acostó con Jacob a su criada Bala, de la que nació un niño, Dan, que uno traduciría al griego por *Teócrito* («decidido por Dios»), y a continuación de él Neftalí, esto es, «el urdido», por haberlo urdido su madre en respuesta a la enorme fecundidad de su hermana. Lo mismo hizo también Lía con otra urdimbre, pues acostó con Jacob a su criada, con lo que también Zelfa tuvo un hijo, Gad, que se podría traducir por «el hombre de la suerte», y a continuación de él a Aser, es decir, «el bienaventurado», por lo que contribuyó a la gloria de su madre. Y como Rubel, el mayor de los hijos de Lía, trajera para su madre manzanas de mandrágora, Raquel, que lo vio, pidió a su hermana que le diera algunas, por entrarle deseos de comerlas. Al no acceder aquélla a sus ruegos y decirle que debía estar contenta con haberle quitado el aprecio de su marido, Raquel, para calmar el enfado de su hermana, le dijo que le cedería el marido para que se acostara con ella aquella noche. Y como ésta aceptara la oferta, Jacob durmió con Lía, para complacer a Raquel. Fruto de esta unión fueron otros hijos: Isacar, que significa «el que nació en pago a algo»; Zabulón, «el otorgado por afecto a ella», y una hija, Dina. Tiempo después también Raquel tuvo un hijo, José, que significa «añadidura de algo que ocurrirá».

309. *Huída de Jacob y su familia (Gén.* 30, 25 y ss.). 8. Labán, cuando al día siguiente tuvo conocimiento de la partida de Jacob y de sus hijas, montando en cólera marchó a toda prisa en persecución de él con un ejército, y al séptimo día los cogió, acampados sobre una colina. Y de momento se quedó quieto, pues era de noche. Y Dios, apareciéndosele en sueños, lo exhortó a que, una vez que había alcanzado a su yerno y a sus hijas, mantuviera la paz y que su enfado no lo llevara a cometer ningún desaguisado contra ellos, sino que llegara a un acuerdo con Jacob, al tiempo que le hacía saber que Él personalmente combatiría al lado de aquél si Labán, burlándose de su inferioridad numérica, lo atacaba. Labán, al encontrarse con esta advertencia tan seria, al día siguiente invitó a Jacob a entrar en conversaciones, indicándole el sueño que había tenido y, una vez que Jacob se acercó a él confiado, empezó a recriminarlo, echándole en cara que lo había acogido cuando llegó a él pobre y falto de todo y que le había dado cantidades sin tasa de sus riquezas, para continuar diciéndole: «En efec-

to, llegué incluso a convertir en cónyuges tuyas a mis propias hijas, pensando que con ello incrementaría tu afecto hacia nosotros. Pero tú, sin mostrar respeto ni a tu propia madre y al vínculo familiar que te une a mí, ni a las mujeres con las que te casaste, y sin preocuparte tampoco de tus hijos, de los que yo soy abuelo, me trataste según las leyes de la guerra, arramplando con mis riquezas y persuadiendo a mis hijas a que escaparan de la persona que les dio el ser y, cargando los objetos sagrados, te vas y te los llevas, objetos sagrados que fueron venerados por mis antepasados y a los que yo he otorgado el mismo aprecio que ellos. Y las fechorías que ni siquiera los bandos que entran en guerra cometen contra sus enemigos, ésas las has cometido contra nosotros tú, el pariente, hijo de mi propia hermana y marido de mis propias hijas, y habiendo sido además huésped y copartícipe del hogar de mi propia casa.» De estas acusaciones que le dirigió Labán se defendió Jacob diciendo que él no era el único a quien Dios le había infundido la añoranza de su tierra, sino todos, y que después de tanto tiempo era bueno que regresara a ella. Y continuó diciendo: «sobre lo que me imputas del ganado, ante otro juez se vería que eres tú mismo quien actúa injustamente, pues cuando debías agradecernos a nosotros no sólo que lo hubiéramos guardado, sino también que por nosotros se hubiera multiplicado, ¿cómo no faltas a la justicia del asunto irritándote conmigo porque haya cogido una pequeña parte de él? Y en lo concerniente a tus hijas, debes saber, en contra de lo que tú afirmas, que no me acompañan porque yo las obligara por maldad mía, sino por el justo afecto que las mujeres casadas resultan tener hacia sus maridos. Y, además, a quien siguen ellas no es tanto a mí como a sus hijos». Alegaba estos argumentos para demostrar que él no había cometido injusticia alguna, pero es que además le imputaba y acusaba de que, pese a ser hermano de su propia madre y de haber casado a sus hijas con él, lo había consumido con imposiciones crueles a lo largo de los veinte años durante los que lo retuvo allí. Y afirmaba que los trabajos que le había mandado él con el pretexto de aquellas bodas, aun siendo crueles, eran más llevaderos, pero que los trabajos después de las bodas, fueron peores incluso a los que habría sufrido un enemigo. Y, efectivamente, Labán se había comportado con Jacob con enorme maldad. Pues al ver que Dios ayudaba a Jacob a conseguir todo lo que quisiera, le prometió que le daría, unas veces, las crías que nacieran de color blanco y, otras veces, por el contrario, las que

nacieran negras. Por otro lado, como las crías asignadas a Jacob se multiplicaran, Labán no guardaba ya en aquel momento la palabra dada, sino que prometía que al año se las daría, todo ello porque se le iban los ojos detrás de ese cúmulo de riquezas, prometiéndole las crías por no esperar que nacieran tantas, pero faltando a la palabra cuando habían nacido.

322. *La reconciliación (Gén.* 31, 32 y ss.). 10. En cuanto a las efigies sagradas, sin embargo, le mandó que los registrara. Pero Raquel, enterada de que Labán había aceptado efectuar el registro, depositó las imágenes entre la albarda del camello que la llevaba. Y se sentó sobre ella alegando que se sentía molesta por el período. Y Labán desistió de continuar con el registro, no creyendo que su hija en tal estado se acercaría a las imágenes, tras lo cual juró a Jacob que no le tendría en cuenta nada de lo ocurrido, pero que también el propio Jacob amaría a sus hijas, y dieron garantía de cumplir estos juramentos en la cima de unas montañas, en las que levantaron un monumento en forma de altar. De aquí viene que la colina se llame Galad, y ello explica incluso que actualmente sea llamada *Galadene* la región. Y, tras haber celebrado un banquete de confraternidad a continuación de los juramentos, Labán se separó, regresando a su país.

325. *Regreso de Jacob a Canán (Gén.* 32, 1). 20. 1. Y Jacob, que prosiguió el camino a Canán, tuvo visiones que le sugirieron buenas esperanzas para el futuro. Y al lugar en cuestión le puso por nombre *Campamento de Dios.* Luego, deseoso de saber qué intenciones tenía su hermano, envió por delante a algunos de los suyos para que se enteraran de todas y cada una de las cosas con toda precisión, ya que le tenía miedo por sus anteriores suspicacias. Y a la comisión enviada le encargó que dijeran a Esaú que Jacob había considerado incorrecto convivir con su enfado y que, por ello, había decidido abandonar el país, pero que ahora, convencido de que el tiempo transcurrido era suficiente para reconciliarlos, había regresado, trayendo consigo mujeres e hijos junto con el capital conseguido y poniendo en sus manos no sólo su persona, sino también los bienes más preciados, ya que juzgaba el bien más grande el compartir con su hermano los dones de Dios. Estas proposiciones manifestaban ellos, y entonces Esaú se puso sumamente contento y subió al encuentro de su hermano con cuatrocientos

soldados de armadura pesada. Y Jacob, al enterarse de que aquél había salido a su encuentro con tanta fuerza, se llenó de miedo, pero pese a ello confió a Dios su salvación, al tiempo que tomó las precauciones acordes con la situación, con objeto de, indemne él, salvar a los suyos dominando a los enemigos si osaban ofenderlos. Y, en consecuencia, tras distribuir a los suyos, a unos los envió por delante, y a otros les mandó que les siguieran por detrás pero bastante cerca, con objeto de que, si los enviados por delante eran atacados porque su hermano cargara contra ellos, encontraran refugio en los que les seguían. Tras disponer a los suyos en la forma dicha, envió a un grupo con regalos para su hermano. Los regalos que le enviaba consistían en bestias de carga y en una multitud de cuadrúpedos de distintas clases, que habían de resultar apreciados por los que iban a hacerse con ellos en la medida en que fueran escasos. Y los miembros de la comisión marchaban distanciados unos de otros, para aparentar que eran muchos al no parar de llegar gente, pensando que con los regalos Esaú abandonaría el enfado, si continuaba irritado. Pero es que, además, a los miembros de la comisión citada se les había dicho que dirigieran a Esaú palabras amables.

331. *Jacob lucha con un ángel (Gén.* 32, 22). 2. Jacob ocupó todo el día en organizar esto y, llegada la noche, puso en movimiento a los suyos. Y, cuando habían cruzado un arroyo llamado Jabanco, Jacob, que se había quedado ligeramente rezagado, trabó combate con un fantasma con quien se topó, dándose la circunstancia de que fue él, el fantasma, quien inició la lucha, y Jacob se impuso al fantasma, quien utilizó con él la lengua y las palabras, animándolo a alegrarse por lo ocurrido y a hacerse a la idea de haber obtenido una victoria no pequeña, sino que pensara que había vencido a un ángel de Dios y que juzgara esa victoria como señal de los grandes bienes que conseguiría y de que su estirpe jamás desaparecería, y de que ningún ser humano superaría su poderío. Y le mandó que tomara por nombre Israel, que en hebreo significa el que se enfrenta a un ángel de Dios. Esto, sin embargo, lo profetizó a instancias de Jacob, pues al enterarse de que era un ángel de Dios le pidió que le indicara qué destino le esperaba. Y el fantasma, luego de haberle manifestado eso, desapareció. Y Jacob, contento con ello, llamó al lugar en cuestión Fanuel, que significa *la faz de Dios.* Y como a consecuencia de la lucha se le hubiera

puesto dolorida la zona del nervio ancho [66], el propio Jacob se abstuvo de comer esta parte de los animales y por él tampoco nos está permitido a nosotros comerla.

335. *Encuentro de Jacob con Esaú (Gén.* 33,1). 3. Jacob, al enterarse de que su hermano estaba ya cerca, mandó a sus dos esposas que prosiguieran el camino por separado, con sus respectivas criadas, para que divisaran de lejos el comportamiento de los combatientes, si eso era lo que quería Esaú. Y él, por su parte, se postró ante su hermano, cuando éste estuvo a su alcance sin urdir contra él traición alguna. Y Esaú, tras abrazarlo, le preguntó por aquella masa de hijos y por sus esposas, y consideraba bueno, una vez que hubiera sabido todos los pormenores de aquéllos por quienes preguntaba, acompañarles también en el camino hasta su padre, pero como Jacob pretextara la fatiga de las bestias de carga, Esaú se retiró a Sair, pues allí era donde había fijado su residencia, tras haber puesto al lugar un nombre derivado de su propio pelambre.

337. *Violación de Dina: represalias de sus hermanos (Gén.* 34, 1). 21.1. Jacob llegó al lugar todavía ahora llamado *Tiendas,* de donde pasó a Sicim, ciudad de Canán. Y como las gentes de Sicim celebraran una fiesta, Dina, que era la única hija que tenía Jacob, entró en la ciudad para ver las galas de las mujeres del lugar. Al verla Siquem, hijo del rey Emor, la raptó, violó y, enamorado de ella, pidió a su padre que tomara a la muchacha y se la diera en matrimonio. El padre, que le hizo caso, llegó junto a Jacob, pidiéndole la mano de Dina para su hijo Siquem, conforme a la ley. Y Jacob, que ni podía negarse a ello por el rango de quien se lo pedía, ni consideraba legítimo casar a su hija con un extranjero, le rogó que le permitiera reflexionar sobre la petición que le hacía. En estas circunstancias, el rey partió de allí, esperando que Jacob se presentaría a él aceptando el matrimonio, al tiempo que Jacob, luego de hacer saber a sus hijos la violación de que había sido objeto su hermana y la petición de mano de Emor, les propuso pensar qué se debía hacer. Pues bien, la mayoría de ellos permanecían callados, sin encontrar en su mente una salida a la cuestión, pero Simeón y Leví, hermanos de la joven por parte de madre, organizaron entre sí un hecho del

[66] Generalmente entendido como el nervio ciático, que va del muslo al tobillo (Thackeray).

tenor siguiente: aprovechando que los habitantes de Sicim estaban de fiesta y pensando sólo en divertirse y en pasarlo bien, cayeron de noche sobre los primeros centinelas y los mataron en la cama, y luego, penetrando en la ciudad, aniquilaron a todos los varones y con ellos al rey y a su hijo, aunque respetaron la vida de las mujeres. Luego de llevar a cabo esta acción, realizada sin el visto bueno de su padre, llevaron consigo junto a los suyos a su hermana.

341. *Ceremonias de purificación (Gén.* 34,30 y ss.). 2. Y a Jacob, que estaba asustado por la magnitud de los hechos e irritado con sus hijos, se le apareció Dios y le mandó que estuviera tranquilo y que, tras purificar sus tiendas, efectuara los sacrificios que había prometido a propósito de la visión que tuvo en sueños al principio cuando partía para Mesopotamia. Al purificar, pues, a sus acompañantes se topó con los dioses de Labán (pues no sabía que los hubiera hurtado Raquel), luego los enterró en Sicim debajo de una encina, y partiendo de allí hizo un sacrificio en Betel, que es donde en sueños había tenido la visión cuando se dirigía anteriormente a Mesopotamia.

343. *Muerte de Raquel (Gén.* 35, 16). 3. Y, prosiguiendo el camino desde aquí, cuando llegó a Efratene, enterró allí a Raquel, que murió de parto, la única de la familia que no obtuvo el honor de ser sepultada en Hebrón. Y Jacob, tras llorarla amargamente, puso por nombre Benjamín al bebé nacido de ella, por el dolor que pasó la madre a cuenta de su parto. Estos son el total de hijos de Jacob, doce varones y una sola hembra. De ellos ocho legítimos, seis de Lía y dos de Raquel, más cuatro de las criadas, dos de cada una, los nombres de todos los cuales dije antes.

345. *Muerte de Rebeca y de Isac (Gén.* 35, 27). 22. Y, partiendo de allí, llegó a Hebrón, ciudad situada en Canán, donde Isac tenía fijada su residencia. Y poco fue el tiempo que pasaron juntos, pues aparte de que Jacob ya no encontró viva a Rebeca, también Isac murió no mucho después de la llegada de su hijo, y obtuvo el honor de ser enterrado junto con su esposa por sus hijos en Hebrón en la tumba ancestral reservada para ellos. Fue Isac un hombre amado por Dios y honrado por Él con grandes atenciones, el que más después de su padre Abram, habiendo alcanzado la más provecta ancianidad [67], pues murió en la forma dicha después de haber vivido en medio de la virtud ciento ochenta y cinco años.

RESUMEN

1. Cómo Esaú y Jacob, que eran hijos de Isac, se repartieron el territorio y Esaú ocupó Idumea y Jacob Canán.
2. Cómo José, el menor de los hijos de Jacob, soportó la envidia de sus hermanos cuando los sueños le anunciaron su futura prosperidad.
3. Cómo ése mismo, después de haber sido vendido para Egipto por sus hermanos a causa del odio que le tenían, se hizo allí un personaje notable e ilustre y tuvo en sus manos el destino de sus hermanos.
4. La emigración de su padre, acompañado de toda la familia, para unirse con él a causa del hambre que hubo.
5. Cuántas vicisitudes corrieron los hebreos en Egipto durante sus cuatrocientos años de calamidades.
6. Cómo abandonaron Egipto bajo la guía de Moisés.
7. Nacimiento y crianza de Moisés.
8. Cómo el mar, al abrirse para los hebreos cuando eran perseguidos por los egipcios, les permitió la huida a través de él.

Este libro abarca doscientos veinte años.

1. *Esaú vende su primogenitura (Gén.* 36, 6 y 25, 27 y ss.). 1.1. Después de la muerte de Isac sus hijos se repartieron sus territorios, pero no mantuvieron aquéllos de que tomaron pose-

sión, sino que Esaú cedió a su hermano la ciudad de Hebrón y fijó su residencia en Sair, mandando en Idumea, cuyo territorio denominó así conforme a su nombre. Pues él había tomado el sobrenombre de Adom, apelativo que adoptó por el motivo siguiente. Una vez regresó de cazar y de bregar en la cacería hambriento (todavía era un muchacho), y al encontrarse con su hermano que se había preparado para la comida un plato de lentejas de color rojizo intenso, razón por la que se sintió todavía más atraído hacia ellas, le pidió que le diera de comer. Pero Jacob obligó a su hermano a que le vendiera la primogenitura por la comida, negocio en el que utilizó el hambre de Esaú como colaboradora, y éste, inducido por el hambre, le cedió la primogenitura bajo juramento. De aquí viene que Esaú, al recibir de boca de sus compañeros en son de burla el sobrenombre de Adom por el color rojizo del potaje, ya que los hebreos llaman *adom* al color rojo, puso este nombre a la región en cuestión, puesto que los griegos la llamaron Idumea para darle mayor empaque.

4. *Descendientes de Esaú (Gén.* 36, 1 y ss.). 2. También él fue padre de un total de cinco hijos, de los que Jesús, Jolan y Coré le nacieron de una misma esposa, de nombre Alibame, mientras que, de los restantes, Alifaz le vino al mundo de Adasa, y Rauel de Basamate. Estos fueron los hijos de Esaú. A su vez, Alifaz tuvo cinco hijos legítimos: Temán, Omer, Sofús, Jotam y Canaz, ya que Amalec era hijo bastardo, que Alifaz tuvo con una concubina, de nombre Tamnae. Éstos habitaron la región de Idumea llamada Gobolitis y la llamada Amalecitis en honor de Amalec. Y es que Idumea, que fue muy extensa en su día, conservó ese nombre para el total de ella, mientras que para las comarcas preservó las denominaciones derivadas de sus colonizadores.

7. *Prosperidad de Jacob (Gén.* 37,1). 2.1. Y Jacob alcanzó un grado de felicidad como fácilmente no alcanzó otro alguno, ya que sobrepasaba a las gentes del lugar en riqueza y era envidiado y admirado por las virtudes de sus hijos, pues no iban a la zaga de nadie en absoluto, sino que eran no sólo esforzados en los trabajos manuales y con gran capacidad de aguante en las fatigas, sino también hábiles para discurrir cosas. Y, así, Dios se preocupó tanto de él y cuidó tanto de su felicidad que incluso en situaciones que a Jacob le parecieron penosas le ofreció un cúmulo de bienes y a él y

a sus descendientes los hizo motivo determinante del regreso de Egipto de nuestros antepasados, por el motivo siguiente.

9. *José, el hijo favorito de Jacob (Gén.* 37, 3). Jacob, que había tenido a su hijo José con Raquel, lo amaba más que a los otros hijos, no sólo por su prestancia física, sino también por sus excelencias espirituales, ya que aventajaba a los demás en sensatez. Y el intenso amor de su padre hacia José y la felicidad que a éste le fue anunciada en los sueños que tuvo y que hizo saber a su padre y a sus hermanos excitó la envidia de éstos contra él, porque, como se ve, los seres humanos envidian los éxitos de sus mismos familiares más allegados. Las visiones que José vio en sueños fueron del signo siguiente.

11. *El primer sueño de José (Gén.* 37, 5). 2. Enviado José con sus hermanos por su padre a la recolección de las mieses en pleno verano, tuvo una visión muy diferente de las visiones habituales que se aparecen en sueños. Al despertarse expuso la visión a sus hermanos para que interpretaran su significado, diciéndoles que en la noche pasada había visto que su gavilla de trigo permanecía quieta en el lugar en que la había depositado, y que las de ellos, acudiendo a la carrera, se postraban ante ella como los esclavos ante sus señores. Y ellos, que comprendieron que la visión le presagiaba poderío y grandes gestas y que ejercería dominio sobre ellos, no aclararon a José nada de ello, fingiendo ser incapaces de entender el sueño, sino que pidieron con imprecaciones que no llegaran a cumplirse ninguna de las cosas que tenían en su mente, y continuaron siendo todavía más enemigos de él.

13. *Su segundo sueño (Gén.* 37,9). 3. Y Dios, compitiendo con la envidia que rezumaban ellos, envió a José una segunda visión mucho más admirable que la anterior. Hela aquí: les pareció que el sol, tomando consigo a la luna y a las restantes estrellas, habían bajado a la tierra y que se habían postrado ante él. Y, sin sospechar nada malo de sus hermanos, puso en conocimiento de su padre esta visión, en presencia incluso de ellos, exhortándolo a que le explicara qué es lo que quería significar. Éste se alegró con el sueño, pues al comprender con su perspicacia y deducir no sin tino con su sabiduría lo que anunciaba, se congratuló con su imponente significado, que anunciaba felicidad para su hijo y que llegaría un

momento otorgado por Dios en que él sería honrado por sus padres y hermanos y digno de veneración, comparando la luna y el sol a una madre y a un padre (por cuanto la luna hace crecer y alimenta a todas las criaturas y el sol las conforma e infunde en ellas el resto de facultades) y las estrellas a los hermanos, ya que también éstos eran once igual que las estrellas, las cuales toman su fuerza del sol y de la luna.

17. *Los hermanos de José planean su muerte.* 4. Jacob, no sin acierto, hizo tal interpretación de la visión, y su anuncio entristeció tremendamente a los hermanos de José, quienes se pusieron como si los bienes anunciados por los sueños fueran a venirle a alguna persona extraña y no a un hermano, con quien era natural que los disfrutaran ellos, porque al igual que compartían el parentesco compartirían también la felicidad. Y determinaron aniquilar al jovencito y, una vez que tomaron esta determinación, cuando la recolección en que estaban enfrascados tocó a su fin, volvieron a Sicim, que es una región excelente para alimentar ganado y criar hierba, donde cuidaban de los rebaños, sin haber advertido a su padre de su llegada a aquel lugar. Entonces éste, haciéndose una idea muy triste de la situación en que se encontraban aquéllos y estando lleno de temor por no saber nada de ellos y no llegar hasta él de las majadas nadie que pudiera decirle la verdad sobre el estado de sus hijos, envió a José a las majadas para que se enterara de la situación de sus hermanos y le anunciara cómo les iban las cosas.

20. *Rubel intenta salvarlo (Gén.* 37,18). 3.1. Éstos, cuando vieron que su hermano había llegado junto a ellos, se llenaron de alegría, pero no como se alegra uno con la presencia de un hermano y que ha enviado el padre, sino por la llegada de un enemigo y que ha sido puesto en sus manos por decisión divina, y se propusieron matarlo ya y no dejar escapar aquella oportunidad con que se habían topado. Y Rubel, el mayor de ellos, al verlos así de lanzados y animados para llevar a cabo esta acción, intentó contenerlos, mostrándoles el grado de su osadía y la repugnancia inherente a ella, ya que no sólo a Dios, sino también a los hombres les parecía perverso e impío incluso llevar a cabo con la mano el asesinato de un hombre que no fuera de la familia, pero que era mucho más repulsivo ser visto uno llevando a cabo la

aniquilación de un hermano con cuya muerte el padre es tratado injustamente y la madre[1] se ve arrastrada al llanto y pérdida de un hijo, ocurrida no conforme a las normas que regulan la vida de los hombres. Los exhortaba, en consecuencia, a que guardaran respeto a sus padres y a que, imaginándose cómo sufrirían si un hijo suyo, bueno y el más joven, hubiera muerto, se abstuvieran de cometer tal felonía, y a que temieran a Dios, quien, convertido en espectador y al mismo tiempo también testigo incluso de lo que decidieran ellos con su hermano, si desistían de llevar a cabo el crimen, los amaría por ceder al arrepentimiento y a la sensatez, mientras que, si llegaban a cumplir el hecho, no habría responsabilidad que no fuera a exigirles por la muerte de su hermano, por haber profanado su Providencia, presente en todas partes y que no está ausente de los hechos realizados en los desiertos ni de los realizados en las ciudades, ya que donde haya un hombre hay que pensar que también Dios está presente allí. Y continuaba argumentando que ellos tendrían como enemigo por su felonía a su propia conciencia, de la que no les es dado escapar ni a los que la tienen buena ni tan mala como la que conviviría con ellos si mataban a su hermano. Y a lo dicho añadió lo siguiente, que a un hermano, ni aunque hubiera cometido una injusticia, era correcto matarlo, sino que lo hermoso era no tener en cuenta a seres tan queridos esos posibles pecados. Y, en cuanto a José, acabarían con él sin haberse comportado siquiera mal con ellos, «en quien concurre la circunstancia de que la debilidad inherente a su juventud concita más bien nuestra compasión y solicitud hacia él». Y continuó diciéndoles que el motivo de su asesinato agrava el hecho, al haberse decidido mandarlo fuera de este mundo por envidia de los bienes que él conseguiría, de los que disfrutarían lo mismo, al participar en compañía de él de unos bienes no ajenos, sino propios, ya que debían considerar suyos todos los que Dios concediera a José. En consecuencia, que debían considerar que la cólera de Dios sería más airada además por lo siguiente, porque matarían al juzgado por Él digno de los bienes que le esperaban y con ello privarían a Dios de la persona a la que honraría con esos favores.

[1] Tanto aquí como en *Génesis*, 37, 10, más que inconsistencia (Raquel, efectivamente, ya está muerta en este momento) hay que ver una idea de carácter general, válida para todo momento.

29. *Su segundo discurso (Gén.* 37, 21). 2. Y Rubel, con estos argumentos que pronunció y con otros más además de éstos y con ruegos, intentó hacerlos desistir de la muerte de su hermano, pero al ver que no se habían vuelto más comedidos por efecto de sus palabras, sino que tenían prisa por llevar a cabo su aniquilamiento, les aconsejó [2] que hicieran el crimen más benigno por la forma del aniquilamiento, diciendo que lo mejor hubiera sido que hubieran hecho caso de sus primeras exhortaciones, pero puesto que insistían en matar al hermano no serían tan perversos si seguían las sugerencias que iba a hacerles a continuación, ya que en ellas se admitía el propio hecho por el que suspiraban, pero no tan grave, sino más suave, dentro de su inevitabilidad. En efecto, les pedía que no mataran ellos con sus propias manos al hermano, sino que lo arrojaran a la cisterna situada en las proximidades, dejándolo que muriera así, con lo que por lo menos ganarían no mancharse las manos. Y, al aprobar los jovenzuelos esta proposición, Rubel cogió al muchacho y, después de atarlo a una cuerda, lo deslizó suavemente hasta la cisterna, que estaba con bastante poca agua. Y él, después de hacer esto, abandonó el lugar en busca de territorios favorables al pastoreo.

32. *José es vendido a los ismaelitas (Gén.* 37, 25). 3. Pero Judas, también él uno de los hijos de Jacob, al ver a unos mercaderes árabes de la estirpe de los ismaelitas que llevaban especias y mercancías sirias de Galadene a Egipto, tras la partida de Rubel propuso a sus hermanos subir con una cuerda a José y venderlo a los árabes, con lo que aquél llegaría a un país muy lejano y moriría en el extranjero, mientras ellos se verían libres así del crimen. Al aprobar entonces esta propuesta, sacaron a José de la cisterna y lo vendieron a los mercaderes por veinte minas, y cuando tenía diecisiete años de edad. Por su parte, Rubel llegó de noche a la cisterna, decidido a salvar a José a espaldas de sus hermanos, y como no respondiera a sus llamadas, temiendo que hubieran acabado con él después de su partida de allí, se lo reprochaba a sus hermanos. Pero, al explicarle ellos lo sucedido, Rubel puso fin a sus lamentos.

---

[2] Esta táctica de ofertas y proposiciones graduales ofrecidas en este discurso son bastante parecidas a las del discurso de Josefo en *Guerra judía,* 3, 361-391.

35. *Angustia de Jacob (Gén.* 37, 31). 4. Cuando los hermanos hicieron esto con José, buscaban qué hacer para quedar libres de toda sospecha ante su padre, y en este sentido decidieron rasgar la pequeña túnica que, al llegar junto a ellos, vestía José y que le habían quitado cuando lo bajaron a la cisterna, y luego mancharla con sangre de un macho cabrío y, llevándosela al padre, enseñársela, para que él se imaginara que su hijo había sido despedazado por las fieras. Y, tras poner esto en práctica, llegaron junto al anciano, quien ya se había enterado de que a su hijo le había ocurrido algo, y le dijeron que a José ni lo habían visto ni sabían qué le había sucedido, pero que habían encontrado la túnica aquella que le enseñaban, ensangrentada y hecha jirones, lo que les hacía sospechar que había perecido víctima de las fieras, si es que era aquella túnica la que vestía cuando salió de casa. Y Jacob, que hasta entonces concebía una ligera esperanza, suponiendo que su hijo había sido secuestrado y convertido en esclavo, desechó ahora ese pensamiento y, tomando la túnica por prueba evidente de su muerte, puesto que, efectivamente, había comprobado que aquélla era la que José vestía cuando lo había mandado junto a sus hermanos, a partir de aquel momento lo consideraba ya cadáver, llorando al joven. Y estaba tan afectado por la desgracia como si no tuviera más que este único hijo y careciera del consuelo que le proporcionaban los otros, imaginando que José había desaparecido a manos de las fieras antes incluso de haberse reunido con sus hermanos. Y permanecía sentado, usando como prenda de vestir un saquito y agobiado de pena, tanto que ni llevaba mejor situación con los ánimos que le daban los hijos, ni renunciaba a su pena cansado de sufrir.

39. *José y Putifar (Pentefres) (Gén.* 39, 1). 4.1. Puesto en venta José por los mercaderes, lo compró Pentefres, varón egipcio jefe de los cocineros del rey, que lo tuvo en alta estima, le dio una educación liberal y le permitió que llevara un género de vida superior a la que le correspondía por su condición de esclavo, y por fin puso en sus manos la administración de su patrimonio. Y José no sólo gozaba de estos beneficios, sino que además no abandonó las virtudes que le adornaban ni siquiera con el cambio de situación, sino que demostró que la mente puede sobreponerse a las dificultades de la vida cuando acompaña a una persona genuinamente y no amoldada únicamente al bienestar del momento.

41. *José y la esposa de Putifar (Gén.* 39, 6). 2. En efecto, como la esposa de su amo se enamorara perdidamente de él por su belleza y por su destreza en los negocios, y diera por sentado que, si le declaraba su amor, lo persuadiría fácilmente a entablar relaciones íntimas, porque consideraría una suerte única el que se lo propusiera su ama, quien miraba a su estado presente de esclavitud y no al carácter que le asistía incluso al margen del cambio de situación, le declaró su pasión y le hizo proposiciones sexuales, pero él rechazó la propuesta, por no entender correcto concederle una gracia de una índole tal que conllevaba agravio y ofensa a quien lo había comprado y lo había honrado con tan grandes honores y, por contra, exhortaba incluso a persona tan distinguida a dominar su pasión, desengañándola abiertamente de que pudiera llegar a conseguir satisfacer sus deseos, explicándole que sus sentimientos remitirían si no tenía esperanzas y, en cuanto a él, le dijo que toleraría cualquier cosa antes que aceptar estas proposiciones[3]. Pues aunque por su condición de esclavo no debía hacer nada contrario a los deseos de su ama, negarse a tal suerte de órdenes contaría a su favor con poderosas disculpas. Y el hecho de que José tratara de contener sus impulsos, cosa que ella no esperaba, excitó aún más su pasión y, asediada terriblemente por esta enfermedad, pretendió someterlo con un nuevo intento.

45. *Nuevo intento.* 3. Y, así, como se hubiera presentado una fiesta pública, en la que era habitual que las propias mujeres acudieran a reuniones con todos, le pretextó a su marido una enfermedad, para conseguir quedarse sola y tiempo para hacer requerimientos a José, con lo que, al contar ella con tiempo suficiente, le hizo proposiciones más tenaces todavía que las primeras, diciéndole que era bueno, después de su solicitud inicial, que él cediera y que no se negara en absoluto, no sólo por consideración a la dignidad de la persona que lo solicitaba, sino también por lo exacerbado de su pasión, por la que era forzada ella, su ama, a rebajarse de la dignidad que le correspondía, pero que él, si cedía a sus requiebros, pensaría ahora mejor que antes y corregiría su torpeza pasada. Pues si él estaba esperando una segunda solicitud,

[3] Sabido es que esta leyenda tiene su correspondiente en la literatura griega en el caso de Fedra e Hipólito (cf. Eurípides, *Hipólito)* y en el de Antía y Belerofonte *(Ilíada,* 6, 155 y ss.).

ésta se había producido y con mayor ardor, ya que no sólo había simulado una enfermedad, sino que también había preferido la intimidad con él a la fiesta y a la reunión con la gente, y que, si por desconfianza había rechazado su proposición primera, debía considerar señal de que en ello no había malicia alguna el insistir en lo mismo. Y continuó diciéndole que él debía esperar el disfrute de los bienes presentes de los que ya participaba, si correspondía a su amor, pero en caso contrario la repulsa y el aborrecimiento de ella, si daba la espalda a su dignidad y prefería la fama de la discreción a agradar a su señora, ya que eso no le serviría de nada si ella se decidía a acusarlo y a simular un intento de seducción ante su marido, por cuando Pentefres haría más caso de sus palabras, aunque faltaran completamente a la verdad, que de las de él.

50. *Su casta réplica.* 4. Y a pesar de que aquella mujer alegaba estos argumentos y vertía copiosas lágrimas, ni la compasión lo indujo a perder el sentido ni el miedo lo obligó a ello, sino que se resistió a sus proposiciones y no cedió a sus amenazas, y prefirió sufrir un castigo injustamente y soportar cualquier afrenta más que gozar del placer que se le ofrecía, al dar una satisfacción por cuya concesión sabía en su fuero interno que merecía morir con toda justicia. Le recordaba su condición de casada y su vida consagrada a su marido y la exhortaba a que concediera más importancia a eso que a la satisfacción de su pasión, ya que ello le produciría luego, por un lado, arrepentimiento con el consiguiente remordimiento de su pecado, que ya no admitía rectificación y, por otro, temor a ser descubierta, mientras que las relaciones íntimas con el marido proporcionan un placer sin riesgos y, además de ello, una gran seguridad al hablar no sólo con Dios, sino también con los hombres, derivada de la buena conciencia. Le dijo además que, si permanecía casta, mandaría más en él y utilizaría con él las facultades propias de una señora, pero no si él pecaba con ella, y ello por simple vergüenza, añadiendo para terminar que era mucho mejor estar tranquilo uno por tener conciencia de vivir honradamente que por haber cometido una mala acción que pase desapercibida [4].

[4] Procede recordar el error de mucha gente que piensa en José, esposo de María, cuando oye hablar del «casto José», lo que corresponde a José, hijo de Jacob.

53. *La venganza de la mujer de Putifar (Gén.* 39,12). 5. Con estos razonamientos y aún mucho más de corte parecido a éstos intentaba frenar el ímpetu de aquella mujer y convertir sus sentimientos en una actitud reflexiva, pero ella era víctima de unos impulsos más violentos y, poniendo sus manos sobre él, llegaba a intentar forzarlo, al verse incapaz de convencerlo. Y como José escapara indignado, dejando abandonado incluso su manto, ya que, al intentar ella retenerlo, se desprendió de él mientras corría fuera de la habitación, ella, víctima de un miedo insuperable a que José la acusara ante su marido, y sumamente dolida por la ofensa recibida, decidió inventar una mentira contra José ante Pentefres antes de que aquél la delatara, considerando inteligente y femenino a la vez, por un lado, vengar el desprecio tremendo de que había sido objeto y, por otro, anticiparse a una posible acusación de él, por este procedimiento. Y se quedó cabizbaja y abatida, pretendiendo hacer pasar, llena de cólera, el dolor que la embargaba por no haber conseguido sus propósitos libidinosos por prueba de un intento de violación, y así, cuando su marido llegó y, conturbado ante el aspecto que presentaba, le preguntó por el motivo, empezó a lanzar acusaciones contra José y le dijo: «Ojalá te mueras [5], marido, o de lo contrario castiga a ese esclavo malvado que pretendió manchar tu lecho, quien ni se comportó sensatamente recordando qué era cuando entró en nuestra casa, ni qué beneficios obtuvo de tu benevolencia, sino que, cuando sería calificado de desagradecido si no se manifestaba en todo fiel a nosotros, pretendió deshonrar tu matrimonio y eso aguardando a verte ausente de casa, en una fiesta.Ya que cuando antes parecía formal, se mantenía quieto por temor a ti, y no era bueno de condición. Se ve que lo hizo así el haber alcanzado honores inmerecidos e inesperados, por entender que quien había conseguido que se le confiara tu hacienda y la administración de tu casa ése debía también tener contacto sexual con tu esposa.» Y, dejando de hablar, le enseñó el manto, insinuándole que lo había dejado abandonado cuando intentó violarla. Y Pentefres, que no tenía razones para desconfiar de su mujer, que lloraba a lágrima viva, ni de lo que ella decía y él vio, y que le hacía a ella más caso por el amor que le profesaba, no se dedicó a investigar la verdad, sino que, dando por supuesto que su mujer era honesta y formándose

[5] Igual expresión para un caso igual, en *Ilíada* 6, 164.

de José la falsa idea de que era un malvado, a éste lo arrojó a la cárcel en la que estaban recluidos los malhechores y, en cambio, a su mujer la tenía todavía en mayor consideración, al ser él testigo del decoro y honradez que la adornaban.

60. *José en prisión (Gén.* 39, 21). 5.1. Pues bien, José, que depositaba toda su confianza en Dios, no se puso ni a defenderse ni a hacer una demostración puntillosa de lo sucedido, sino que aguantó callado la prisión y los problemas, seguro de que había de ser superior a los que lo habían encarcelado el que conocía el motivo y la verdad de su desgracia, Dios, de cuya protección tuvo en seguida prueba. Fue la siguiente: el carcelero, al comprobar el cuidado y la atención que José prestaba a todo lo que le encomendaba, y también la dignidad de su carácter, le quitó las cadenas y le hizo más llevadera y suave la terrible situación en que se encontraba, permitiéndole llevar un género de vida mejor que el del resto de detenidos. Y como éstos, al encontrarse en la misma situación, se juntaran a conversar los escasos momentos en que dejaban de soportar trabajos, como es normal cuando se comparten circunstancias iguales, y se preguntaran unos a otros los respectivos motivos por los que habían sido condenados, el copero del rey y además muy estimado por él, que había sido encarcelado por la cólera real y que sufría prisión en compañía de José, intimó con él bastante más que con los demás, y así, cuando tuvo un sueño, se lo expuso, pues parecía que sobresalía por su inteligencia, pidiéndole que le indicara si ello tenía algún significado, tomando a mal que a los sufrimientos que le había impuesto el rey todavía Dios viniera a añadirle las preocupaciones inherentes a los sueños.

64. *El sueño del copero (Gén.* 40, 9). 2. Pues bien, dijo que había visto en sueños una vid de la que brotaban tres sarmientos, de cada uno de los cuales colgaban racimos, grandes ya y en sazón para la vendimia, y que él los exprimió en una copa sostenida por el rey y que, tras haber colado el mosto, se lo había dado al rey para que bebiera, y que aquél lo había recibido satisfecho. Pues bien, le indicó que la visión había sido de estas características, y le pedía que, si estaba dotado de una pizca de inteligencia, le explicara lo que anunciaba la visión. Y él lo animaba no sólo a que estuviera tranquilo, sino además a que se hiciera a la idea de que en el término de tres días saldría libre de la prisión, porque el

rey echaba de menos sus servicios, y lo repondría de nuevo en ellos. Le señalaba, en efecto, que Dios había dado a los hombres, para bien de ellos, el fruto de la vid, el cual no sólo le es ofrecido en libación a Él mismo, sino que además garantiza la confianza y la amistad entre los hombres, disipando las enemistades y quitando los sufrimientos y las penas a los que lo toman, a quienes infunde alegría. Y textualmente añadió: «Aseguras, por tanto, que lo ofreciste al rey, una vez exprimido de tres racimos con tus propias manos. Debes saber entonces que es buena para ti la visión que tuviste y que te advierte que obtendrás la liberación de la opresión actual en un plazo de días igual al número de sarmientos cuyo fruto cosechaste en sueños. Y, una vez que hayas comprobado la veracidad de lo que te digo, acuérdate, sin embargo, de quien te anunció estos bienes y, una vez que hayas recuperado la libertad, no consientas que yo continúe donde me dejas, mientras tú vas a hacerte cargo de lo que te he anunciado. Pues debes saber que he venido a dar con mis huesos en la cárcel sin que haya cometido pecado alguno, sino que por virtuoso y honrado fui condenado a soportar las calamidades propias de los malhechores, y concretamente por negarme a ofender, con un acto que me hubiera proporcionado placer, a la persona que me impuso este castigo.» Consecuentemente, el copero, al oír una interpretación tan halagüeña del sueño, empezó a recuperar la alegría y a esperar el cumplimiento de lo anunciado.

70. *El sueño del panadero jefe.* 3. A su vez, cierto esclavo que en su día había sido puesto al frente de los panaderos del rey y que había sido encarcelado junto con el copero cobró grandes esperanzas cuando José dio a aquél tan excelente interpretación del sueño, y como también él había tenido en sueños una visión pidió a José que le aclarara qué quería indicarle también a él la visión tenida en la noche precedente. Fue, según sus palabras textuales, del tenor siguiente: «Me pareció que llevaba encima de la cabeza tres cestos, dos llenos de panes y el tercero de golosinas y manjares varios como los que se preparan para los reyes», pero que unos pájaros que habían bajado volando le habían comido todos, sin hacer caso alguno cuando él intentaba espantarlos. Él esperaba que el anuncio sería igual que el del copero. Pero José, que comprendió por su inteligencia el significado del sueño, después de decirle que le habría gustado ver en el sueño el anuncio de cosas buenas

para él y no como las que el sueño le indicaba, le explicó que le quedaban ya de vida únicamente un par de días, pues eso era lo que significaban los cestos, y que al tercero sería crucificado, para convertirse luego en pasto de las aves sin que él pudiera evitarlo lo más mínimo. Y, efectivamente, estos anuncios se cumplieron en ambos casos exactamente como había dicho José, pues el rey, que celebró su cumpleaños con un sacrificio en el día señalado, mandó crucificar al panadero jefe, mientras que al copero lo sacó de la cárcel y lo restableció en su anterior cargo.

74. *Liberación de José (Gén.* 41,1). 4. Cuando José llevaba dos años de sufrimiento en la cárcel y sin que el copero le prestara ayuda alguna en recuerdo del anuncio que le había hecho, Dios lo sacó de la prisión urdiendo su puesta en libertad de la forma siguiente: el rey Faraón, que en la misma noche tuvo en sueños dos visiones y junto con ellas la explicación de cada una de ellas, olvidó ésta y retuvo las visiones tenidas en sueños. Molesto, pues, con lo que vio, y es que le parecían de mal agüero, convocó al día siguiente a los egipcios más expertos, necesitando saber su interpretación de los sueños. Y como ellos no supieran dársela, se inquietó todavía más el rey. Entonces, al copero, que observó la confusión del Faraón, le vino a la mente la figura de José y su sagacidad en la interpretación de los sueños y, acercándose al rey, le habló de José, y no sólo de la visión que había tenido el propio copero en la cárcel y de su resultado, previsto por José, sino también de que en el mismo día había sido crucificado el panadero jefe y de que aquél le había ocurrido esa desgracia conforme a la explicación que de sus sueños había dado antes José. Le hizo saber además que el referido José estaba encarcelado por Pentefres, el cocinero jefe, de quien era esclavo, pero que él aseguraba pertenecer al grupo más selecto de los hebreos tanto por su linaje como también por la fama de su padre. Y le añadió textualmente: «Manda, pues, a buscarlo y, sin condenarlo de antemano por su actual infortunio, conocerás el significado de tus sueños.» Pues bien, como el rey mandara traer a José a su presencia, llegaron con él los mandados a esta misión, atendiendo al encargo del rey.

80. *Los sueños del Faraón (Gén.* 41,15). 5. Éste, tomando su mano derecha, le dijo: «Joven, dado que mi propio esclavo me ha asegurado por experiencia personal que tú eres el mejor y más

dotado de perspicacia mental, dígnate concederme también a mí los mismos bienes de que lo hiciste partícipe a él explicándome todo lo que me anuncian las visiones de unos sueños que tuve mientras dormía. Pero quiero que no me ocultes ni me halagues por miedo nada en absoluto dándome una explicación falsa y agradable, en caso de que la verdad comporte un mal agüero. He aquí la visión: me pareció, mientras caminaba a la vera del río, ver vacas gordas y a la vez de sobresaliente tamaño, en número de siete, las cuales avanzaban de la corriente a las marismas, al tiempo que se encontraron con ellas otras que venían de las marismas, éstas reducidas por completo al esqueleto y con un aspecto terrible, las cuales, aunque devoraron a las gordas y grandes, no consiguieron satisfacer en absoluto su apetito, por estar tremendamente consumidas por el hambre. Y después de despertarme tras esa visión estaba inquieto y, cuando examinaba para mis adentros qué significaría la aparición, caí de nuevo dormido y tuve en sueños una segunda visión mucho más llamativa que la primera, la cual me aterrorizó e inquietó aún más. Vi siete espigas nacidas de una misma planta con la cabeza ya caída hacia abajo e inclinadas por el grano y porque era la época de la siega, y próximas a éstas otras siete espigas raquíticas y débiles por la sequía, las que, como se dedicaran a consumir y devorar a las maduras, me causaron espanto.»

84. *Interpretación de José (Gén.* 41, 25). 6. Y José, tomando la palabra, le dijo: «Este sueño, oh rey, aunque se ha manifestado bajo dos aspectos, designa uno solo y el mismo final de cosas. En efecto, el haber visto unas vacas, animal nacido para trabajar al arado, devoradas por otras más débiles, y las espigas consumidas por otras de inferior calidad anuncian hambre y falta de frutos durante ese mismo número de años en Egipto, región que antes habrá gozado de prosperidad en igual período, de suerte que las excelentes cosechas de estos años buenos serán consumidas por la nula cosecha de esos siete años que seguirán al período anterior de igual duración. Y la escasez de provisiones resultará sumamente difícil de subsanar. He aquí la prueba: las vacas que están en los huesos, pese a engullirse a las mejores, no consiguieron saciarse. Ahora bien, Dios anuncia el futuro a los hombres no para hacerlos sufrir, sino para que, conociéndolo de antemano, hagan por su comprensión de él más ligera la realidad de lo anunciado. Tú, por

consiguiente, si economizas los bienes que se producirán en el primer período harás imperceptible para los egipcios la catástrofe que se avecina.»

87. *José, ministro del Faraón.* 7. Y como el rey se maravillara de la inteligencia y sabiduría de José y le preguntara de qué manera podría ahorrar en el período de los años buenos lo necesario para el siguiente a fin de que la escasez de cosecha de este segundo período fuera más llevadera, le sugirió y aconsejó ahorro de provisiones y que no consintiera a los egipcios tomarlas en exceso, sino que todas las que fueran a gastar y despilfarrar superfluamente las guardara para el momento de escasez, y así lo exhortaba a que guardara en almacenes el trigo que recibiera de los agricultores, suministrándoles a ellos únicamente lo suficiente para comer. Y el Faraón, admirando en José ambas cosas a la vez, no sólo la sagacidad en la interpretación de la visión que había tenido en sueños, sino también el consejo que le dio, puso en sus manos la administración palaciega, con facultad de tomar las medidas que considerara convenientes tanto para el pueblo egipcio como para el rey, en el convencimiento de que quien había descubierto la solución al problema sería también el mejor intendente. Y él, a quien el rey otorgó la facultad de usar el sello real y de vestirse con púrpura, recorrió el país entero montado en un carro y recogía el trigo que le suministraban los agricultores, proporcionando a cada uno de ellos la cantidad suficiente para la siembra y para comer, sin aclarar a nadie por qué lo hacía.

91. *José se casa: sus hijos (Gén.* 41, 45 y ss.). 6.1. José había cumplido ya treinta años de edad y gozaba de toda la estima del rey, quien le puso el nombre de Psontofanec, en atención a lo extraordinario de su inteligencia, ya que ese nombre significa *Descubridor de las cosas ocultas.* Y contrajo matrimonio de lo más distinguido, puesto que tomó por esposa a la propia hija de Pentefres, que era uno de los sacerdotes de Heliópolis, todavía virgen y de nombre Asenetis, matrimonio en cuya realización colaboró el rey. Y antes de la llegada de la falta de provisiones tuvo hijos con ella: el mayor de los dos, Manases, que significa *el que olvida,* por haber conseguido José con él el olvido de sus desdichas haciéndose feliz, y el más joven Efrem, forma ésta que significa *el que devuelve,* por haber sido devuelto José a la libertad de sus antepa-

sados. Y cuando Egipto había pasado en la mayor felicidad siete años conforme a la interpretación que de los sueños había hecho José, el hambre prendió en él al octavo año y como este azote cayera sobre un pueblo que no estaba advertido de él y sufriera tremendamente por ello, corrieron todos en masa a las puertas del rey. Entonces éste llamó a José, quien les vendía el trigo, convirtiéndose así, según la opinión general, en salvador del pueblo, pero ofreció la posibilidad de comprar el trigo no sólo a los indígenas, sino que también los extranjeros lo podían comprar, porque José permitió que las gentes de todo el mundo, por el hecho de pertenecer a la misma familia, consiguieran el socorro necesario de quienes gozaban de prosperidad.

95. *Los hijos de Jacob visitan Egipto (Gén.* 43,1). 2. Como Canán se encontrara en una situación terrible, puesto que el mal había hecho presa en todo el continente, también Jacob envió a todos sus hijos a Egipto a comprar trigo, enterado de que incluso a los extranjeros se les permitía su compra, y únicamente retuvo junto a sí a Benjamín, a quien había tenido con Raquel y que era hijo de la misma madre que José. Éstos, pues, al llegar a Egipto se presentaron a José solicitándole la compra de trigo, ya que no había nada que no se hiciera sin permiso de él, pues incluso rendir homenaje al rey era únicamente factible a las gentes una vez que habían rendido honores al propio José. Y él, que reconoció a sus hermanos, quienes lo que menos pensaban era en él por ser un muchacho cuando se había separado de ellos y por haber alcanzado una edad en la que, al haber cambiado los rasgos físicos, era imposible de ser reconocido por ellos y tampoco podía venir a sus mientes, los probaba, para saber qué opinaban de todo en general. Y, así, no sólo no les vendía trigo, sino que además argumentaba que habían venido a espiar la situación política del rey, y que ellos habían acudido de muchos lugares y que su pertenencia a la misma familia era un mero pretexto, pues no era posible que un particular hubiera criado tan robustos hijos y de tan espléndido tipo, ya que incluso a los reyes era difícil criar hijos tan lucidos. Actuaba así para conocer la situación de su padre y lo que le había sucedido después de ausentarse él mismo, y deseoso de saber también qué ocurría con su hermano Benjamín, pues temía no fuera que también a él lo hubieran expulsado de la familia igual que habían hecho con él.

100. *Discurso de Rubel (Gén.* 42,10). 3. Ellos estaban turbados y temerosos pensando que sobre sus cabezas pendía una grandísima amenaza y sin que pasara por su mente el menor recuerdo de su hermano, y decididos se defendían de las acusaciones por boca de Rubel, que era el mayor de ellos, quien dijo: «Nosotros no hemos venido aquí con malas intenciones ni para hacer daño al Estado del rey, sino buscando la salvación de nuestra vida y considerando vuestros sentimientos de humanidad como refugio contra las calamidades que invaden nuestro país, ya que habíamos oído que vosotros poníais trigo a la venta no sólo a vuestros conciudadanos, sino incluso a los extranjeros, después de haber decidido ofrecerlo a todos los que buscan salvarse. Por otro lado, que somos hermanos y por nuestras venas corre la misma sangre, lo hace evidente también la singularidad de nuestros rasgos físicos, no muy distintos entre nosotros, sino que nuestro padre es un varón hebreo, Jacob, de quien nacimos doce hijos, habidos de cuatro mujeres. Y, por cierto, éramos felices cuando vivíamos todos. Pero cuando murió uno de los hermanos, llamado José, nuestra situación cambió a peor, pues nuestro padre ha sufrido durante largo tiempo pena por él, y nosotros lo estamos pasando mal por la desgracia que supuso la pérdida de nuestro hermano y por el sufrimiento del anciano. Y ahora hemos venido a la compra de trigo, habiendo confiado el cuidado de nuestro padre y la vigilancia de la casa a Benjamín, el más joven de los hermanos. Y tú, con enviar un emisario a nuestra casa, puedes saber si hay alguna mentira en nuestras palabras.»

105. *Retención de Simeón en Egipto (Gén.* 42,17). 4. Rubel intentaba con tales argumentos llevar a José a que tuviera un mejor concepto de ellos, pero éste, cuando supo que Jacob vivía y que su hermano no había muerto, de momento los metió en la cárcel con el pretexto de interrogarlos con calma, pero a los tres días los sacó y les dijo: «Puesto que insistís en que no habéis venido para hacer daño al Estado del rey y en que sois hermanos e hijos del padre de quien decís, me convenceríais de que ello es así si dejárais conmigo a uno de vosotros, quien no ha de recibir afrenta alguna, y luego, una vez que llevéis el trigo a vuestro padre, volviérais de nuevo trayendo a mi presencia al hermano que decís haber dejado allí, pues esto sería garantía de que decís la verdad.» Entonces ellos se sumieron en preocupaciones todavía mayores, lloraban y

lamentaban entre sí continuamente la pérdida de José, en la creencia de que se veían envueltos en las presentes calamidades porque Dios tomaba represalias contra ellos por lo que habían tramado contra su hermano. Pero Rubel no se cansaba de reprocharles un arrepentimiento que a José no le servía de nada, pero además de eso les pedía que sobrellevaran con entereza cualquier castigo que Dios les mandara por el crimen que habían cometido contra su hermano. Y se comunicaban unos a otros estos sentimientos porque no creían que José entendiera su lengua. Y ante las palabras de José quedaron abatidos y se arrepintieron de su acción (porque, claro, habían sido ellos los que la habían decidido), tanto que consideraban justo a Dios al castigarlos por ello. Y José, al verlos tan angustiados por lo que les pasaba, prorrumpió en lágrimas, pero como no quería que se lo notaran sus hermanos se retiró y, tras un breve intervalo de tiempo, regresó junto a ellos. Y, reteniendo a Simeón como rehén que garantizara la vuelta de sus hermanos, a éstos les ordenó que efectuaran la compra del trigo y que luego partieran, mandando a su auxiliar que a escondidas metiera en sus sacos las piezas de plata que habían pagado por la compra del trigo y que los dejara marchar con ellas. Y él cumplió el mandato.

111. *Segundo viaje de los hermanos a Egipto (Gén.* 42, 29). 5. Los hijos de Jacob, cuando llegaron a Canán, comunicaron a su padre lo que les había sucedido en Egipto, y singularmente que habían sido tomados por espías llegados allí para observar la situación del rey, y que, al decir que eran hermanos y habían dejado en casa con su padre al que hacía el número once no se les había creído, para añadir que habían dejado a Simeón con el gobernador hasta que Benjamín se presentara a él y con ello se convenciera de la verdad de lo que le habían dicho. Y pidieron a su padre que, sin miedo alguno, enviara con ellos al muchacho. Pero a Jacob no le agradaba nada de lo que sus hijos habían hecho, y aparte de encontrarse triste por la retención de Simeón, consideraba una insensatez adjuntarles todavía a Benjamín. Y él, aunque Rubel se lo pedía entregándole a cambio incluso a sus propios hijos para que el abuelo los matara si le pasaba algo a Benjamín en el viaje, no hacía caso de sus razonamientos. Entonces ellos no encontraban solución a aquellas calamidades, pero lo que más los inquietaba eran las monedas de plata encontradas ocultas en los sacos de trigo. Pero como el trigo que habían traído ellos ya se hubiera con-

sumido y el hambre presionara todavía más que antes, Jacob, obligado y a la fuerza, estudiaba la posibilidad de enviar a Benjamín con sus hermanos, ya que ellos no podían volver a Egipto si no iban con lo prometido y, claro, como las cosas se pusieran peores cada día y los hijos le insistían, no sabía qué determinación tomar en aquellas circunstancias. Entonces Judas, hombre por lo demás de un natural decidido, llegó a decirle a su padre abiertamente, por un lado, que él no debía temer por su hermano ni tomar bajo sospecha lo que no entrañaba riesgo alguno, puesto que a su hermano no le pasaría nada sin la ayuda de Dios y, por otro, que lo que fuera a sucederle le sucedería necesariamente también aunque se quedara con él. Por tanto, que no los condenara a ellos a una muerte segura ni los privara de abundante alimentación proporcionada por el Faraón, ya que el temor por su hijo no tenía sentido, sino que pensara también en salvar a Simeón, quien a lo mejor iba a morir por su negativa al viaje de Benjamín. Y, al fin, como lo exhortara a que, en relación a Benjamín, confiara en Dios y en él mismo, porque o le devolvería sano y salvo a su hijo o perdería la vida con él, Jacob, convencido con tales argumentos, le entregó a Benjamín y el doble de dinero que antes para la compra del trigo y, de los productos de Canán, bálsamo y mirra, terebinto y miel, para que se los llevaran como regalo a José. Y copiosas fueron las lágrimas vertidas por el padre a la partida de sus hijos, y por ellos mismos, pues él estaba preocupado de que no recuperara sanos y salvos a sus hijos del viaje, y ellos de que a la vuelta no encontraran fuerte a su padre, sino muy debilitado de pena por ellos. Su llanto duró un día entero, tras lo cual el anciano se quedó angustiado, mientras ellos partieron para Egipto, curando su pena presente con la esperanza de un futuro mejor.

120. *Son recibidos por José (Gén.* 43,15). 6. Cuando llegaron a Egipto, se alojaron en casa de José, pero un temor nada insignificante les producía zozobra, temerosos de que serían acusados de haber cometido una trampa con el importe del precio del trigo, por lo que se defendían tenazmente ante el administrador diciendo una y mil veces que al llegar a casa habían encontrado en los sacos las monedas de plata y que ahora habían venido a devolverlas. Pero al asegurar él que no tenía la menor idea de lo que decían, perdieron el miedo. Luego puso en libertad a Simeón y cuidó de que se uniera a sus hermanos. Y como en esto llegara

también José de rendir pleitesía al rey, le presentaron los regalos y, al preguntar por su padre, le dijeron que lo habían encontrado fuerte. Y él, luego de saber que todavía vivía, inquiría también en relación con Benjamín si era él el jovencito allí presente, ya visto por él. Y como ellos le aseguraran que sí lo era, dijo que Dios cuidaba de todo, al tiempo que, al estar a punto de echarse a llorar, se separó de ellos, porque no quería que lo notaran sus hermanos. Luego los invitó a cenar, circunstancia en la que ellos se reclinaron en el mismo orden en que lo hacían en casa de su padre. Y José, aunque los agasajó a todos, a Benjamín lo honró de una manera singular, concediéndole de los manjares ofrecidos a él el doble de ración que a los demás.

124. *Descubrimiento de la copa de José en el saco de Benjamín (Gén.* 44,1). 7. Una vez que después de cenar se fueron a formir, José mandó al administrador que les midiera y entregara el trigo y que su importe volviera a ocultarlo en los sacos, pero que además echara y dejara en el costal de Benjamín la copa de plata con la que a él le gustaba beber. Hacía esto porque quería someter a prueba a sus hermanos si por fin correrían en ayuda de Benjamín cuando fuera detenido por robo y diera la impresión de que estaba en grandes peligros o si, abandonándolo a su suerte alegando que personalmente ellos no habían cometido mal alguno, regresarían solos junto a su padre. Y el criado cumplió el encargo. Y los hijos de Jacob al día siguiente, sin saber nada de esto, se pusieron en camino después de haber recuperado a Simeón y contentos por doble motivo, por esto y por devolver a Benjamín a su padre, como le habían prometido. Pero en un momento dado los rodearon algunos jinetes que llevaban consigo al criado que había depositado en el costal de Benjamín la copa. Y como se turbaran por el inesperado acoso de los jinetes y preguntaran el motivo por el que habían venido contra hombres que poco antes habían conseguido la estima y la hospitalidad de su señor, ellos los acusaban de ser los más malvados, ya que, olvidando eso mismo, la hospitalidad y la amabilidad de José, no habían vacilado en ser injustos con él, sino que, tras arramblar con la copa con la que él había brindado por su salud, se la llevaron, valorando en menos la amistad de José y el propio peligro si eran cogidos *in flagranti* que el lucro ilícito. Y les amenazaron con tomar represalias contra ellos, quienes, según los jinetes dijeron, no lograron pasar inadvertidos de Dios ni

escapar con el objeto robado, aunque hubieran pasado inadvertidos del criado que les atendió. «¡Y preguntar ahora a qué hemos venido, como si no lo supiérais! ¡Ya lo sabréis en seguida con los castigos que vais a recibir!». El criado los insultaba diciéndoles éstas y peores cosas que éstas. Pero ellos, al no saber dónde estaban metidos, se mofaban de estos insultos y miraban al criado admirándose de su vana palabrería por atreverse a acusar a hombres que ni siquiera se habían quedado con el importe del trigo encontrado en sus sacos, sino que lo habían devuelto cuando nadie conocía lo ocurrido, lo que era prueba de hasta qué punto estaban lejos de haber actuado mal premeditadamente. Pero como consideraban más convincente el registro que su propia negación de los hechos les mandaron que procedieran a efectuarlo, y que, si se demostraba que había robado la copa uno solo los castigaran a todos, ya que, como tenían la seguridad de no haber robado nada, se expresaban sin reparo alguno, exentos, según creían, de todo peligro. Los otros aceptaron efectuar el registro, pero insistieron en tomar represalias sólo contra el que se demostrara que había cometido el hurto. Así, procedieron a la búsqueda del objeto robado y, después de someter a todos los otros a un registro minucioso, llegaron al último a Benjamín, no porque no supieran que habían ocultado la copa en su saco, sino porque querían aparentar que llevaban a cabo una búsqueda escrupulosa. Los otros, pues, libres ya de todo temor propio, estaban únicamente preocupados por Benjamín, pero tenían la seguridad de que se demostraría que tampoco en él había culpa alguna, y por ello tomaban a mal el comportamiento de sus perseguidores por haberles retrasado, cuando podían ya tener el camino muy adelantado. Pero cuando al registrar el saco de Benjamín encontraron la copa, los hijos de Jacob cambiaron de actitud y empezaron en seguida a decir *ay de mí* y a llorar y, rasgándose las vestiduras, se lamentaban, en lo que a su hermano concernía, por el inminente castigo a que sería sometido a causa del robo y, en lo que a ellos mismos respecta, por haber defraudado a su padre en lo relativo a devolverle sano y salvo a Benjamín. Pero lo que exacerbaba más su difícil situación era encontrarse ahora con este fastidio cuando habían creído verse libres ya de los tristes presagios, al tiempo que aseguraban que serían ellos mismos los responsables de los males que pudieran ocurrirle a su hermano y del dolor de su padre por él, por haber forzado a su padre a enviarlo con ellos, pese a su oposición.

136. *Detención de Benjamín (Gén.* 44,14). 8. Consecuentemente, los jinetes, después de detener a Benjamín, lo llevaron, seguido también de los otros hermanos, a presencia de José. Quien, al ver a Benjamín sometido a estricta vigilancia, y a los otros con un porte lamentable, les dijo: «¿Cómo, vosotros, los más malvados, interpretasteis ya mi amabilidad hacia vosotros, ya la Providencia, para atreveros a comportaros así con vuestro bienhechor y huésped?». Y cuando ellos se ofrecían a ser castigados para salvar a Benjamín y volvían a acordarse del crimen que habían cometido contra José y decían de él en alta voz que era más afortunado que ellos, si estaba muerto porque estaba libre de las tristezas de la vida y, si sobrevivía, porque había obtenido satisfacción con los castigos que Dios había mandado contra ellos, además de decir que ellos eran unos demonios para su padre, porque a la pena que hasta ahora tenía por José le añadirían otra más por Benjamín, también en este caso no se cansaba Rubel de reprenderlos. Y como José eximiera a los otros, pues decía que ellos no habían cometido ningún crimen y que se contentaba con castigar sólo al muchacho, alegando que ni era sensato eximir a éste por gracia a los que no habían cometido ningún delito, ni castigarlos a ellos junto con el que había efectuado el robo, y como además les prometiera seguridad si decidían marcharse, los otros se asustaron y se quedaron sin habla ante tamaña desgracia, pero Judas, que era quien había persuadido a su padre a que mandara allá al muchacho y que poseía además una personalidad enérgica, decidió arriesgarse a salvar a su hermano, diciendo:

140. *Discurso de Judas (Gén.* 44, 18-34): «Osamos, oh gobernador, cometer contra ti un crimen merecedor no sólo de venganza, sino también de que todos nosotros suframos un castigo, aunque la ofensa no la cometió ningún otro sino únicamente el más joven. No obstante, a nosotros que desesperamos de que él logre por sí mismo la salvación, nos queda la esperanza de conseguir por tu generosidad escapar al peligro. En este sentido, tú no mires a nuestra condición, ni tampoco te fijes en la mala acción cometida, sino en tu manera de ser y, tomando por consejera tu virtud en vez del enfado que los ruines en las demás cosas cogen por su poderío y que utilizan no sólo contra las personas importantes, sino incluso contra cualquiera, sé fuerte contra él y no dejes que te domine y te lleve a matar a quienes ni siquiera ellos mismos pretenden ya salvarse por

méritos propios, sino que solicitan obtenerlo gracias a ti. Y, en efecto, no es ésta la primera vez que nos lo concederías, sino que nada más que llegamos a comprar trigo nos agasajaste con abundantes provisiones, dándonos para que lleváramos incluso para nuestra familia una cantidad tan grande de ellas que le salvaron la vida cuando corría peligro de ser consumida por el hambre. Pues no hay diferencia entre estas dos cosas, entre no consentir que muriéramos por falta de provisiones y no castigar a los que aparentemente te han faltado incluso después de haber concitado la envidia de las gentes por el favor excelente que nos hiciste, sino que se trata de la misma generosidad, sólo que otorgada de manera distinta: pues salvarás a los que alimentaste para esto y con tu generosidad conservarás las almas que no dejaste que sucumbieran de hambre, porque es admirable y grandioso a la vez darnos la vida y concedernos los medios por los que ésta se sostendrá cuando carezcamos de ellos. Y creo que Dios, deseoso de preparar un pretexto para mostrar la persona que sobresale por su virtud, nos ha envuelto en esta desgracia, para que se vea que perdonas a los que te faltaron con las injusticias que cometieron contra ti, y no para que parezca que eres amable únicamente con los que solicitan tu concurso por otros motivos. Porque si es grandioso también hacer bien a alguien que está hundido en la miseria, es más señorial salvar a los que merecen castigo por crímenes perpetrados contra uno, pues si absolver a los pecadores cuando se trata de pequeñas sanciones conlleva el elogio de los que los perdonan, en cambio no enfadarse por los crímenes que merecen ser castigados con la pérdida de la vida de los malhechores se acerca a la condición de Dios. Y yo por lo menos, si nosotros no tuviéramos un padre que no deja de sufrir por la pérdida de sus hijos como lo demuestra con la pena que siente por José, no pronunciaría una palabra en pro de nuestra salvación, a no ser únicamente para agradecer esa costumbre hermosa que tienes de salvar a la gente, y si no tuviéramos a quienes sufrirían con nuestra muerte, nos ofreceríamos gustosos a sufrir el castigo que quisierais imponernos. Pero ahora, pues debe quedar claro que no sentimos conmiseración por nosotros mismos aunque muriéramos jóvenes y sin haber disfrutado todavía de los bienes de la vida, por consideración a la situación de nuestro padre y por compasión de su vejez te presentamos estas súplicas y te pedimos que nos perdones la vida, que nuestro delito ha puesto en tus manos para nuestro castigo. Y es que nuestro padre ni es un malvado ni nos trajo al mundo para

que fuéramos tales, sino que es bueno y en modo alguno merecedor de pasar este mal trago y, así, ahora está sufriendo preocupado por nuestra ausencia, pero si se entera de que hemos perecido y del motivo de nuestra muerte no lo soportará, sino que dejará este mundo mucho más pronto por eso mismo, y lo inesperado de nuestra ruina precipitará su muerte y hará que abandone la vida apesadumbrado, apresurándose a pasar al mundo de la insensibilidad antes de que lo nuestro llegue a conocimiento de otros. Poniéndote, pues, naturalmente en su lugar, y aunque nuestra perversidad te encorajina ahora, agracia a nuestro padre con el justo castigo que ella se merece, de suerte que en ti pueda más la compasión hacia él que nuestra maldad, y respeta a quien pasará la vejez y morirá en la mayor de las soledades si morimos nosotros, concediéndole esta gracia en nombre de todos los padres. Pues en este nombre no sólo estás honrando al que te dio el ser a ti, sino que además te lo ganas para ti mismo, puesto que, si ya gozas de ese título, en él serás conservado indemne por Dios, que es el padre de todo el género humano, a quien parecerás honrar y con quien compartirás ese título de padre si tienes compasión del nuestro por los sufrimientos que le esperan en caso de que pierda a sus hijos. Así, pues, cuando tienes en tus manos la facultad de quitarnos lo que Dios nos dio, lo tuyo es respetárnoslo y no diferenciarte nada de Él en generosidad. Pues cuando uno tiene la facultad de actuar en uno u otro sentido, es hermoso desplegarla en actos de generosidad, como lo es también, cuando está en manos de uno matar, olvidarse de esa facultad como si no existiera siquiera y dedicarse a tomar en cuenta únicamente la facultad de salvar y a creer uno que a cuantos más conceda esta gracia más honores se concede a sí mismo. En tu caso, debes salvarnos a todos nosotros perdonando el desatino de nuestro hermano, pues si éste es condenado a muerte la vida será insoportable para nosotros, dado que no podemos volver junto a nuestro padre sanos y salvos sólo nosotros, sino que debemos compartir nosotros y este hermano el mismo final de la vida. Y si condenas, oh gobernador, a nuestro hermano a morir, te pediremos que nos impongas a nosotros el mismo castigo por haber tenido la misma parte que él en la comisión del delito, ya que nosotros no consideramos justo suicidarnos de pena por verlo muerto, pero sí morir igual que él por haber sido malvados como él. Y que tuvo ese fallo por ser joven y todavía no dotado de una sólida prudencia, y que es humano otorgar el perdón a los que se encuentran en esa situación, es algo que

dejo a tu buen entender, con lo que desisto de presentar más alegatos, para que si nos condenas parezca que los argumentos no utilizados nos han perjudicado bastante seriamente y, por el contrario, para que si nos dejas libres se atribuya el hecho de habernos absuelto a que comprendiste con tu innata generosidad aquellos otros argumentos, con lo que no sólo nos habrás salvado a nosotros, sino que nos habrás honrado con la concesión del regalo que parecerá que hemos conseguido con mayor justicia, y habrás mirado por nuestra salvación más que nosotros mismos. Por consiguiente, si insistes en matarlo, toma represalias contra mí en vez de contra él y envíalo de vuelta junto a nuestro padre, y si decides retenerlo como esclavo, yo responderé mejor a tus necesidades, al ser, como puedes observar, mejor que él en uno y otro sentido.» Pues bien, Judas, encontrándose dispuesto a aguantar con alegría todo lo que fuera en pro de la salvación de su hermano, se arrojó a los pies de José, esforzándose por aplacar y calmar como fuera su cólera, y se arrojaron también delante de él todos los hermanos, llorando y ofreciéndose a morir ellos para salvar la vida de Benjamín.

160. *José se da a conocer (Gén.* 45, 1 y ss.). 9. Entonces José, delatado por la emoción y sin poder continuar ya fingiendo que estaba irritado, mandó a quienes le acompañaban que se fueran, para revelar su identidad sólo a sus hermanos. Y después de haberse retirado ellos, se dio a conocer a sus hermanos, y les dijo: «Os aplaudo por el excelente comportamiento y por el interés que mostrasteis hacia nuestro hermano, pues os encuentro mejores de lo que esperaba a juzgar por lo que maquinasteis contra mí. Todo esto lo he hecho para comprobar la estima en que tenéis al hermano. Pero tampoco creo que fuerais malvados conmigo por mala entraña, sino porque Dios lo quiso así, para preparar el actual y el futuro disfrute de bienes, si continúa asistiéndonos con la misma benevolencia. Y, así, después de saber que padre vive, cosa que no esperaba, y después de veros a vosotros portándoos tan bien con nuestro hermano, ya no me acuerdo tampoco de los fallos que aparentemente tuvisteis conmigo, y pondré fin a mi aborrecimiento por ello, y confieso que os estoy agradecido a vosotros por consideraros coautores de los planes que Dios ideó para obtener el resultado presente. Y deseo que también vosotros mismos os olvidéis de aquello y os alegréis, al haber desembocado el despropósito de entonces en el resultado tan hermoso de ahora, y no que os

encontréis disgustados, avergonzados por las faltas cometidas. Así, pues, que no parezca que os duele a vosotros el haber tomado contra mí una decisión perversa y el consiguiente arrepentimiento por no haber salido bien lo que planeasteis. Por tanto, contentos con los resultados promovidos por Dios partid para comunicarlo a padre, no sea que, consumido de preocupaciones por vosotros, me prive a mí de la más hermosa de las felicidades, muriendo antes de venir a mi presencia y de compartir los bienes presentes. Tomad con vosotros a él mismo, a vuestras esposas, a los hijos y a todas vuestras familias y venid a vivir aquí, ya que los seres más queridos para mí no deben tampoco estar ajenos al goce de los bienes de que disfrutamos nosotros, sobre todo cuando el hambre durará todavía un quinquenio más.» Después de pronunciar estas palabras José abrazó a sus hermanos. Y ellos se vieron envueltos en lágrimas y pesar por lo que habían planeado contra él, al tiempo que la benevolencia de su hermano les parecía que no dejaba espacio alguno para las represalias. Y luego procedieron a celebrarlo. El rey, por su parte, al llegar a sus oídos la noticia de que habían llegado junto a José sus hermanos, se alegró sobremanera y, exultante como si se hubiera encontrado él con un bien personal, les entregó carros repletos de trigo, oro y plata, para que se los llevaran a su padre. Y después de recibir de su hermano otros regalos más, unos para que los llevaran a su padre, y otros para sí mismos, en lo que Benjamín fue honrado con un lote mayor que los demás, partieron.

168. *Jacob sale para Egipto (Gén.* 45, 25). 7.1. Y cuando con la llegada de sus hijos Jacob se enteró de la situación de José, que no sólo había escapado a la muerte que él lloraba continuamente, sino que incluso vivía en medio de una deslumbrante felicidad colaborando con el rey en el gobierno de Egipto y teniendo en sus manos casi toda la administración del país citado, ninguna de estas noticias le parecía increíble al darse cuenta de la facultad que tiene Dios para hacer cosas grandes y del afecto que le dispensaba a él, aunque le había faltado durante este intervalo de tiempo, y corrió inmediatamente junto a José.

172. *El sueño que tuvo Jacob en Berseba (Gén.* 46,1). 2. Cuando llegó al Pozo del Juramento [6], ofreció allí un sacrificio a

[6] Berseba.

Dios y, temiendo no fuera que, encariñándose sus hijos con la vida de Egipto por la prosperidad del país, sus descendientes ya no regresaran ni ocuparan Canán, como Dios había prometido, y al mismo tiempo también no fuera a ser que desapareciera su estirpe porque la partida para Egipto se hiciera sin la aquiescencia de Dios, y además de eso temiendo no fuera que dejara este mundo antes de llegar a presencia de José, se echó a dormir dándole vueltas en su alma a estos pensamientos.

172. 3. Pero se le apareció Dios y lo llamó por su nombre dos veces, tras lo cual, como Jacob le preguntara quién era, le dijo: «No es justo que Jacob no reconozca a Dios, que siempre asistió y corrió en ayuda no sólo de tus antepasados, sino posteriormente de ti. Pues cuando tú ibas a ser privado del poder por tu padre yo te lo concedí y, luego de haber sido enviado tú solo a Mesopotamia por mi afecto hacia ti, tomaste una excelente esposa, para a continuación regresar, trayendo contigo multitud de hijos y de riquezas. Y te ha vivido toda tu descendencia gracias a mi Providencia, puesto que José, el hijo que creías que había muerto, lo llevé para que disfrutara de más grandes bienes, y por ello lo hice amo de Egipto, con escasa diferencia del rey. Y ahora he venido no sólo para guiarte en este viaje y para anunciarte que acabarás la vida en los brazos de José, sino también para comunicarte que tus descendientes pasarán largos siglos llevando la dirección y llenos de gloria y para decirte que los restableceré en la tierra que yo prometí.»

176. *Los setenta descendientes de Jacob (Gén.* 46, 8 y ss.). 4. Jacob, que recuperó la confianza con esta visión nocturna, partió más animado hacia Egipto con sus hijos y nietos. Eran en total setenta. Pues bien, no pensaba indicar los nombres de ellos, especialmente por su dificultad. Sin embargo, para demostrar a los que no admiten que nosotros los judíos procedemos de Mesopotamia, sino que sostienen que somos egipcios, lo equivocados que están, consideré obligado recordar sus nombres. Así, Jacob tuvo doce hijos, de los cuales José había llegado ya allí con anterioridad. Por ello, nos referiremos a los que llegaron después de él y a los nacidos de éstos. Rubel tuvo cuatro hijos: Anoc, Falú, Esarón y Carmí. Simeón, seis: Jumel, Jamín, Putod, Jaquín, Soar y Sar. Leví tuvo tres hijos: Golgom, Cat y Merer. Judas, tres hijos: Salas, Farés y Exelé, y dos nietos, nacidos de Farés: Esrón y

Amur. Isacar tuvo cuatro: Tulas, Frurás, Job y Samarón. Zabulón llevaba tres: Sarad, Elón y Janel. Ésta es la descendencia que tuvo Jacob con Lía. Subía también con ella su hija Dina. Los citados suman treinta y tres. Raquel tuvo dos hijos. De ellos, José tuvo dos hijos, Manasés y Efrem. Y el otro, Benjamín, diez: Bol, Bacar, Asabel, Gelas, Nemán, Jes, Aros, Nontes, Opes y Arod. Estos catorce, sumados a los enumerados anteriormente, ascienden a la cifra de cuarenta y siete. Estos son los descendientes legítimos que tuvo Jacob. A su vez, de Bala, la criada de Raquel, tuvo a Dan y Neftalí. A este último le acompañaban cuatro hijos: Eliel, Gunis, Sares y Selim. Dan tuvo un solo hijo: Usis. Con la suma de éstos a los antes citados se alcanza la cifra de cincuenta y cuatro. Con Zelfa, la criada de Lía, tuvo a Gad y Aser. Gad, por su parte, llevaba siete hijos: Zofonías, Ugis, Sunis, Zabrón, Irene, Eroides y Ariel. Y Aser tuvo una hija y un total de seis hijos, cuyos nombres son: Jomnes, Isusi, Ejubes, Bares, Abar y Melquiel. Con estos dieciséis, sumados a los cincuenta y cuatro, resulta la cifra antes dicha, sin contar a Jacob.

184. *Jacob en Egipto (Gén.* 46, 28). 5. Sabedor José de que se acercaba su padre (pues se lo había indicado su hermano Judas, que se había adelantado) salió a su encuentro y se vio con él en Heliópolis. Y Jacob por la alegría inesperada y enorme por poco expira, pero lo reanimó José, que tampoco él conseguía evitar por el placer la misma emoción, aunque sin dejarse llevar de ella tanto como su padre. Luego, después de mandarle a éste que caminara poco a poco, él tomó consigo a cinco de sus hermanos y se adelantó para comunicarle al rey que había llegado Jacob con su familia. Y el rey oyó esta nueva contento y mandó a José que le dijera a qué género de vida les gustaba dedicarse, para permitirles que se dedicaran a él. Y José le dijo que eran pastores excelentes, y que no los empleara en ningún otro sitio sino exclusivamente en éste, cuidando, por un lado, de que no se separaran, sino que, permaneciendo unidos, atendieran a su padre y, por otro, de que se ganaran el afecto de los egipcios al no dedicarse a las mismas tareas que ellos, ya que a los egipcios les está vedado dedicarse al pastoreo [7].

[7] El oficio de porquero y vaquero estaba mal visto en Egipto, pero no hay constancia de que ocurriera lo mismo con el de pastor (Skinner).

187. *Jacob, ante el Faraón (Gén.* 47, 7). 6. Como Jacob se presentara ante el rey, lo saludara e hiciera los mejores votos por la prosperidad de su reino, el Faraón le preguntó qué edad tenía. Y al asegurarle que tenía ciento treinta, se maravilló de su avanzada edad. Y, después de decirle Jacob que tenía menos años de los que habían vivido sus antepasados, el Faraón le concedió que viviera junto con los hijos en Heliópolis, ya que allí también sus pastores tenían buenos pastos.

189. *Nueva ley sobre la propiedad de la tierra (Gén.* 47, 13 y ss.). 7. El hambre oprimía a los egipcios, y el mal se hacía todavía más difícil para ellos al no inundar el río sus tierras (pues no experimentaba crecida) y al no llover del cielo, y también por no haber tomado ellos por ignorancia previsión alguna. Y como José les diera trigo por dinero, cuando éste les faltó le compraban el trigo a cambio de sus ovejas y animales. Y quienes poseían alguna parcela de tierra se la cedían por el importe de las provisiones. Y cuando el rey se hizo por este procedimiento dueño de todas sus posesiones, emigraron cada uno a un sitio distinto para que el rey tomara posesión efectiva de sus tierras, salvo los sacerdotes, ya que éstos continuaron con sus tierras. Y el hambre esclavizó no sólo sus cuerpos, sino también sus almas, y los forzaba ya a procurarse los alimentos de una manera ignominiosa. Ahora bien, cuando el mal cesó porque el río cubrió las tierras y éstas produjeron frutos en abundancia, José se presentaba en todas y cada una de las ciudades y, reuniendo en ellas a las gentes, les regalaba sin limitación alguna las tierras que, al habérselas vendido sus propietarios, sólo el rey podía ocupar y cultivar, y los exhortaba a que las consideraran de la exclusiva propiedad de ellos y a que se dedicaran a trabajarlas, pagando al rey la quinta parte de los frutos a cambio de las tierras que eran de él y que entonces les daba. Y ellos, al hacerse inesperadamente dueños de las tierras, se pusieron contentos y aceptaron las imposiciones. Y de esta manera José no sólo se granjeó mayor consideración ante los egipcios, sino que también logró que ellos sintieran mayor afecto hacia el rey, al tiempo que la norma de pagar la quinta parte de los frutos permaneció en vigor incluso hasta los últimos reyes.

194. *Muerte y entierro de Jacob (Gén.* 47, 28 y ss.). 8.1. Jacob, después de pasar diecisiete años en Egipto, murió rodeado

de sus hijos víctima de enfermedad, tras haber pedido a Dios prosperidad y bienes para ellos y de haberles anunciado mediante una profecía de qué manera habían de ocupar Canán todos y cada uno de sus descendientes, lo que se cumplió mucho tiempo después, y tras hacer una alabanza de José en particular porque no sólo no había guardado rencor a sus hermanos, sino incluso más que eso, se había comportado bondadosamente con ellos obsequiándolos con bienes con los que nadie corresponde incluso a sus bienhechores, y a continuación impuso a sus propios hijos la obligación de incluir entre ellos a los hijos de José, Efrem y Manasés, y de repartir con ellos la tierra de Canán, cuestión a la que nos referiremos después. Pero pidió ser enterrado en Hebrón. Y murió después de vivir en total ciento cuarenta y siete años, sin quedar por debajo de ninguno de sus antepasados en piedad hacia Dios, y habiendo sido correspondido por Él en la medida en que se merecían almas tan excelentes. Y José, con la aquiescencia del rey, llevó el cadáver de su padre a Hebrón y allí lo enterró en medio de un funeral suntuoso. Luego, como sus hermanos no quisieran regresar con él, pues tenían miedo a que, muerto su padre, tomara represalias contra ellos por la maquinación de que había sido víctima, al no vivir ya la persona a quien dedicar la indulgencia mostrada con ellos, los persuadió a que no guardaran reserva alguna ni sospecharan nada malo de él, tras lo cual los llevó consigo y los obsequió con numerosas posesiones, sin dejar de tratarlos con todo afecto.

198. *Muerte de José (Gén.* 50, 22). 2. También José murió a la edad de ciento diez años, después de ser admirable por su virtud y de administrar todo y de ejercer el poder con sabiduría, precisamente lo cual fue la causa de tan alta prosperidad como la alcanzada por él entre los egipcios pese a proceder del extranjero y en una situación tan malhadada como la que trajo, según advertimos. También murieron sus hermanos, después de haber vivido felices en Egipto. Y más tarde los descendientes trajeron sus cuerpos y los enterraron en Hebrón. También los hebreos trajeron a Canán posteriormente los huesos de José, cuando emigraron de Egipto, pues a ello los obligó por juramento José. Pues bien, luego señalaré cómo todos y cada uno de ellos ocuparon Canán y cuántos trabajos pasaron por adueñarse de este país, pero antes explicaré por qué motivo abandonaron Egipto.

201. *Opresión a que fueron sometidos los hebreos en Egipto. (Éxodo* 1, 7). 9.1. Los egipcios, que son indolentes y pusilánimes para los trabajos, y esclavos no sólo de los otros placeres, sino también y sobre todo del inherente al lucro, en aquellas circunstancias se indispusieron tremendamente con los hebreos por envidia de su prosperidad. En efecto, al ver que la raza israelita alcanzaba las más altas cotas y que por su virtud y disposición natural para el trabajo brillaba ya con abundancia de riquezas, dieron por sentado que su engrandecimiento iba en detrimento de ellos y, así, olvidándose, por el largo tiempo transcurrido, de los beneficios que habían obtenido gracias a José, y habiendo pasado el poder real a otra dinastía, ofendían terriblemente a los israelitas y les imponían penalidades de la más variada índole. Y, así, les ordenaron no sólo que dividieran el río en numerosos canales, sino también que levantaran para bien de las ciudades muros de contención y defensas, para evitar que el río las cubriera convirtiéndolas en lagunas y, obligándolos también a que construyeran pirámides, consumían nuestra raza, con lo que los nuestros aprendieron toda suerte de oficios y se habituaron a los trabajos. Y aguantaron un período de cuatrocientos años con estas penalidades, ya que rivalizaban entre sí, los egipcios queriendo destruir a los israelitas a base de sufrimientos, y éstos deseosos de mostrarse siempre superiores a los trabajos que les imponían.

205. *El faraón ordena matar a los niños israelitas (Ex.* 1, 15). 2. Cuando nuestros antepasados se encontraban en esta situación, sobrevino un motivo del siguiente tenor que incitó aún más a los egipcios a llevar a cabo el aniquilamiento de nuestra raza: uno de los escribas sagrados (pues éstos son duchos en atinar la verdad de lo que vaya a acontecer en el futuro) anunció al rey que por aquellas fechas nacería entre los israelitas un niño que, de adulto, reduciría el poderío de los egipcios y elevaría el de los israelitas, y que superaría a todos en virtud y se granjearía una fama imperecedera. El rey cogió miedo y, por consejo del escriba, mandó aniquilar a todos los niños varones nacidos entre los israelitas arrojándolos al río, y para ello ordenó a las comadronas egipcias que vigilaran de cerca a las mujeres hebreas parturientas y que estuvieran atentas a sus partos. Pues mandó que las hebreas fueran asistidas en los partos por aquellas comadronas que, al ser de la misma raza que el rey, habían de estar dispuestas a no con-

travenir su mandato. Y, por contra, los hebreos que hicieran caso omiso de su mandato y osaran salvar a escondidas a los recién nacidos ordenó que fueran aniquilados con toda su familia. Consecuentemente, la tragedia para los que la sufrían era tremenda, no sólo en cuanto que se veían privados de sus hijos y en que ellos mismos, pese a su condición de padres, tenían que colaborar en la muerte de los seres fruto de sus entrañas, sino que además la idea de la desaparición de su raza, dado que eran aniquilados los niños nacidos y ellos mismos acabarían pronto su vida, convertía su infortunio en irritante y desconsolado. Y, bien, ellos se encontraban inmersos en esta angustia. Pero no hay nadie que pueda domeñar las determinaciones de Dios, ni aun urdiendo miles de ardides contra Él. En efecto, el niño que había anunciado el escriba sagrado se crió sin que de ello se enterara la guardia puesta por el rey y, así, el que lo anunció se demostró acertado en lo tocante a los hechos que se originarían con el referido niño. Todo ocurrió de la siguiente manera.

210. *Predicción de Dios a Amaram.* 3. Amaram, miembro de la clase alta de los hebreos, como temiera por el futuro del conjunto de su pueblo, que desapareciera por falta de jóvenes que se fueran criando sucesivamente, y se encontrara molesto con su particular situación, ya que su joven esposa se hallaba encinta, estaba confuso, y por ello empezó a dirigir súplicas a Dios rogándole que tuviera ya alguna compasión de hombres que no habían contravenido ninguna de las normas que los obligaban a venerarlo y los librara de los males que en aquel momento sufrían y del presentimiento que tenían de que su raza iba a extinguirse. Entonces Dios, que se compadeció de él y se ablandó con sus súplicas, se le presentó en sueños y lo exhortó a que no desesperara del futuro, y además le dijo no sólo que conservaba en la memoria la piedad con que ellos lo honraban, sino también que correspondería siempre a ella, habiendo concedido ya incluso a sus antepasados el don de convertirse de pocos que eran en un pueblo tan numeroso y, así, por ejemplo, que Abram, después de llegar él solo a Canán procedente de Mesopotamia, había logrado la felicidad no sólo en los demás aspectos, sino sobre todo en que, cuando su mujer antes se encontraba estéril para engendrar pero luego se había vuelto fértil para esta función por voluntad suya, había procreado hijos y, al morir, había dejado para Ismael y sus descendientes la tierra de

Arabia, para los hijos que tuvo con Catura la Trogloditis [8], y para Isac la tierra de Canán. Y añadió textualmente lo siguiente: «Además, parecería que sois unos impíos si no mantuvierais fijas en la memoria todas las hazañas que realizó en las guerras gracias al concurso que yo le presté. Por su parte, en Jacob se ha dado la circunstancia de ser conocido incluso en los pueblos extranjeros no sólo por la magnitud de la fortuna con que vivió, sino también por la que a su muerte dejó a sus hijos, ya que, cuando él llegó a Egipto con setenta en total, vosotros habéis superado ya los seiscientos mil. Por otro lado, por lo que al momento presente respecta, sabéis que yo me preocupo de lo que conviene globalmente a todos vosotros y de una manera particular de tu gloria. En efecto, el niño por temor al nacimiento del cual los egipcios condenaron a muerte a los nacidos de los israelitas será tuyo, y no sólo pasará inadvertido a los que lo acechan para matarlo, sino que además, criado en forma maravillosa, librará al pueblo hebreo de las coacciones que le imponen los egipcios y durante el tiempo que dure el Universo permanecerá en el recuerdo de los hombres no sólo hebreos, sino incluso extranjeros, porque yo concedo esta gracia a ti y a tus descendientes. Y también su hermano será tan honrado por mí, que será mi sacerdote él y también lo serán sus vástagos por los siglos de los siglos.»

217. *Nacimiento de Moisés y su exposición en el Nilo (Ex.* 2, 4). 4. Esto que le anunció la visión tenida en sueños se lo comunicó Amaram al despertarse a Jocabel, su esposa, y a causa del anuncio del sueño se reafirmaba en ellos un miedo todavía mayor, pues estaban preocupados no sólo por el niño, sino también porque estaba destinado a alcanzar tamaña felicidad. Sin embargo, les infundió confianza en lo enunciado por Dios el parto de la mujer, que pasó desapercibida de los guardianes por la benignidad del parto y por no sobrevenirle violentos dolores. Y lo mantuvieron durante tres meses consigo, a escondidas. Pero luego, temeroso Amaram de ser descubierto y, cayendo en la cólera del rey, de perecer él junto con el bebé y de destruir con ello la promesa de Dios, decidió poner la salvación del niño en manos de Él antes que, confiando en que lograría pasar inadvertido (lo que estaba por demostrar), correr el peor de los peligros no sólo en lo que respec-

[8] Cf. libro 1, 238 y ss.

ta al niño, criado en secreto, sino también en lo tocante a él mismo. Por otro lado, entendía que Dios aportaría toda garantía de que nada de lo anunciado resultara falso. Una vez que tomaron esta determinación, construyeron una cesta de papiro, semejante en la forma a una cuna, haciéndola de tamaño suficiente para que el bebé descansara en ella con holgura, y luego, después de darle una mano de brea, ya que ésta es de por sí capaz de cerrar el paso del agua a través de las juntas de la cesta, metieron en ella al pequeñín y, después de echarlo río abajo, dejaron en manos de Dios su salvación. Y el río, que se hizo cargo de él, lo llevaba, mientras Mariam, la hermana del niño, por orden de su madre seguía su marcha para ver a dónde marchaba la cesta. Aquí también demostró Dios palmariamente que la inteligencia humana no vale nada, mientras que todo lo que Él quisiera llevar a cabo consigue un resultado perfecto, y que yerran por completo los que condenan a muerte a otros por su seguridad personal, y eso aunque utilicen con este propósito todos los recursos, mientras que los que corren peligro por decisión de Dios se salvan contra lo que era de esperar y encuentran el bienestar casi en medio de las desgracias. Algo semejante a esto, ocurrido en torno a este niño, puso de manifiesto el poder de Dios.

224. *Moisés rescatado de las aguas por la princesa (Ex.* 2, 5). 5. Termutis era hija del rey. Ésta, mientras jugaba a la orilla del río, observó la cesta que era llevada por la corriente y mandó hasta ella a unos nadadores, ordenándoles que le trajeran la cunita. Y, al llegar junto a ella con la cuna los enviados a esta misión y ver al pequeñín, se entusiasmó con él por lo grande y hermoso que era. Y es que Dios trató a Moisés con tanta diligencia que hizo que lo alimentaran y atendieran los mismos que habían decidido la muerte de los niños de raza hebrea por culpa de su venida al mundo. Entonces Termutis mandó que le fuera traída una mujer joven para que le diera la teta al niñín. Pero como éste no cogiera la teta de la mujer traída, sino que la rechazaba y hacía lo mismo con muchas mujeres, Mariam se acercó al grupo, pero no en forma que pareciera que lo hacía premeditadamente, sino por simple curiosidad, y dijo: «No consigues nada, oh princesa, con llamar para criar al niño a estas mujeres, ya que no tienen con él relación alguna de raza. Sin embargo, si hicieras que se te trajera a alguna mujer hebrea, quizá cogería la teta de ella, por ser de la misma raza». Y,

como le pareciera que tenía razón, le mandó que se la proporcionara ella misma y que corriera a buscarle un ama de cría. Y ella, al obtener tal permiso, se presentó con su madre, que no era conocida por nadie. Entonces el niñín, dando ciertas pruebas de contento, se pegó a la teta, y a petición de la princesa, la madre tomó a su cargo la crianza del pequeñín en todos los aspectos.

228. *Nombre y hermosura de Moisés (Ex.* 2, 10). 6. Y la princesa puso este nombre de *Moisés* al que había caído al río, por su relación a los propios hechos, ya que los egipcios llaman *moi* al agua y *esés* a los salvados. Así, pues, unieron ambos elementos y formaron con ellos el nombre que le pusieron. Y según la opinión general fue, conforme a lo anunciado por Dios, el más excelente de los hebreos tanto por la enormidad de su inteligencia como por su desprecio de los sufrimientos. En efecto, Abram fue su antepasado en la séptima generación, ya que él, Moisés, era hijo de Amaram, éste de Cat, Cat de Leví, el hijo de Jacob, Jacob de Isac, y éste de Abram. Su inteligencia crecía en él no en proporción a la edad, sino en una medida muy superior a lo propio de ésta, pero donde mostraba más avanzado el exceso de su inteligencia era en los juegos [9], pues lo que él hacía en ellos era indicio de hechos superiores que llevaría a cabo de adulto. Cuando él tenía tres años, Dios aumentó de una manera admirable la estatura propia de esa edad, y no había nadie tan insensible a la belleza que, al contemplar a Moisés, no se emocionara con la perfección de su figura, y a muchos les ocurría que, al encontrarse con él cuando iba por la calle, se volvían hacia el niño para contemplarlo, mientras dejaban de lado sus negocios y pasaban las horas muertas contemplándolo. Y es que el donaire infantil que lo adornaba en grado profundo y puro mantenía absortos a los que lo veían.

232. *El niño Moisés y el Faraón.* 7. Y a Moisés, que de niño era tan excelente, Termutis lo adoptó como hijo al no disponer ella de descendencia propia. Y una vez lo llevó junto a su padre y se lo enseñó, y le dijo que, aunque Dios no quería que tuviera un hijo

[9] Sabido es que circunstancias parejas a las de Moisés en lo tocante al nacimiento, vida y hechos, se cuenta de otros muchos superhombres, como Rómulo y Remo, Heracles, Edipo y Ciro el Grande. Cf. en este último caso a Heródoto 1, 114, y lo anterior y lo posterior.

legítimo, pensaba ella en la sucesión, para la que había criado a un niño, divino en el tipo y de nobles sentimientos y, «después de hacerme con él de forma milagrosa por la gracia del río decidí adoptarlo como hijo mío y sucesor tuyo en el trono». Al tiempo que decía esto colocó al pequeño en los brazos de su padre, quien, cogiéndolo y estrechándolo contra el regazo con amabilidad, le puso su corona sobre la cabeza, para agradar a su hija. Pero Moisés se la quitó y la arrojó al suelo por simple niñería y la pisoteó con los pies. Y este hecho dio la impresión de que comportaba un augurio sobre el trono. Pero al verlo el escriba sagrado que había predicho también que su nacimiento conllevaría el abatimiento del imperio egipcio, se abalanzó para matarlo y, lanzando un grito espantoso, dijo: «Este niño, oh rey, que es el que nos indicó Dios que, si lo matábamos, viviríamos tranquilos, confirma esa predicción con lo ocurrido, ya que ha insultado tu poder y pisoteado tu corona. Así, pues, mátalo, y con ello, por un lado, libra a los egipcios del temor que él les infunde y, por otro, arranca a los hebreos la esperanza en la seguridad que él les inspira.» Pero Termutis consiguió hacerse con el pequeño, anticipándose al escriba sagrado. Y el rey se mostraba reacio a matarlo, al infundirle esa actitud Dios, quien velaba por la seguridad del niño. Fue criado, pues, con todo mimo, de suerte que los hebreos tenían depositadas todas sus esperanzas en él, mientras los egipcios veían su crecimiento con enojo. Pero como no había a la vista nadie, ni pariente del rey que éste hubiera adoptado como hijo, ni ningún otro, en atención al que el rey hubiera podido matarlo y por el que fuera posible confiar más en lo relativo al bien de los egipcios porque él previera el futuro, se abstuvieron de matarlo.

238. *Moisés nombrado general.* 10. 1. Moisés, nacido y criado en la manera dicha, también una vez que llegó a adulto hizo patente a los egipcios su valía y que había venido al mundo para el hundimiento de aquéllos y para el ensalzamiento de los hebreos, tomando el siguiente punto de partida. Los etíopes, que son vecinos de los egipcios, invadieron su territorio y sometieron a pillaje sus propiedades. Éstos, impulsados por la ira, mandaron un ejército contra ellos para poner coto a su insolencia, pero vencidos en combate, algunos de ellos cayeron, mientras los otros lograron salvarse huyendo ignominiosamente a sus dominios. Pero los etíopes siguieron tras ellos persiguiéndolos y, considerando debilidad no

apoderarse de todo Egipto, tomaban cada vez más territorio, y una vez que saborearon sus excelencias ya no desistían de ellas. Y como, al invadir primero los sectores egipcios vecinos de ellos, aquéllos no se atrevieran a hacerles frente, avanzaron hasta Menfis y el mar, sin que ninguna ciudad pudiera resistírseles. Entonces los egipcios, oprimidos por esta calamidad, recurrieron a los oráculos y profecías. Y como Dios les aconsejara que tomaran al hebreo como aliado, el rey mandó a su hija que le trajera a Moisés para convertirse en general de sus fuerzas. Ella, cuando su padre se comprometió bajo juramento a no causarle daño alguno, se lo entregó, considerando que la colaboración militar de Moisés redundaría en grandes beneficios para él, al tiempo que reprochaba a los sacerdotes que, después de haber predicho que era menester matar a Moisés por ser un enemigo, ahora no les daba vergüenza solicitar su concurso.

243. *Su victoriosa campaña.* 2. Moisés aceptó gustoso el cargo, al ser invitado a ello por Termutis y por el rey. También se alegraron con ellos los escribas sagrados de ambos pueblos: los de los egipcios porque pensaban, por un lado, que con la valía de este hombre vencerían a los enemigos y, por otro, que acabarían con Moisés con ese mismo pretexto, y los de los hebreos porque opinaban que podrían escapar de los egipcios al convertirse Moisés en su máximo jefe militar. Entonces Moisés les ganó la delantera y, antes de que los enemigos se enteraran de su ataque, se hizo cargo del ejército y lo condujo contra aquéllos, efectuando la marcha no por el río, sino por tierra. Aquí fue donde ofreció una admirable demostración de su inteligencia. En efecto, como el territorio resulta difícil de ser transitado a causa de la multitud de serpientes, (ya que es extremadamente criador de toda clase de estos animales, tanto, que es el único territorio que incluso a las serpientes que no existen en ningún otro lugar las cría extraordinarias por su fuerza, maldad y lo insólito de su aspecto, pues hasta algunas de ellas son voladoras, de manera que atacan en el suelo sin que la víctima se dé cuenta y hacen daño a las personas que no advierten su presencia cuando se tornan voladoras), ideó para la seguridad y marcha indemne del ejército una estratagema admirable del tenor siguiente: preparó con papiro cestas semejantes a cofres y, después de llenarlas de ibis, las llevó con él. Este animal es sumamente enemigo de las serpientes, pues éstas huyen de las ibis cuando las

atacan y al tratar de ponerse a salvo de ellas son engullidas atrapadas como las atrapan los civiervos [10]. Hay que señalar que las ibis son mansas, y bravas sólo para la familia de las serpientes. Y omito ahora escribir de las ibis, ya que los griegos no desconocen la especie de las ibis. Pues bien, cuando Moisés penetró en el territorio infestado de serpientes, las puso fuera de combate con las ibis que lanzó contra ellas y que utilizó como avanzadilla. Atravesando, pues, este territorio de la manera dicha cayó sobre los etíopes cuando ni siquiera habían advertido su presencia y, trabando combate con ellos, los venció y arrancó las esperanzas que tenían concebidas contra los egipcios, aparte de que atacó y sometió a sus ciudades, acción en la que se produjo una gran mortandad de etíopes. Y el ejército egipcio, al saborear el éxito obtenido gracias a Moisés, no se cansaba de luchar, de suerte que los etíopes corrieron peligro de caer en la esclavitud y de desaparecer por completo y radicalmente. Y, al final, obligados a encerrarse en la ciudad de Saba, que era la capital del reino de Etiopía y que posteriormente Cambises llamó Méroe [11], porque así era como se llamaba su hermana, sufrían el asedio de los egipcios. Esta plaza era sumamente inexpugnable porque no sólo la rodea y circunda el Nilo, sino también porque otros ríos más, el Astapo y el Astaboras, convierten su corriente en un baluarte invencible para los que intentan cruzarla. Pues esta ciudad, que se encuentra por la parte interior de estos ríos, adopta el aspecto de una isla, circundada por una muralla sólida y dotada, para protección contra los enemigos, de los ríos citados y de grandes defensas situadas entremedias de ellos y de la muralla con objeto de ser inundada cuando los ríos se lanzan demasiado impetuosos por efecto de las crecidas, todo lo cual hacía inviable la conquista de la ciudad incluso a los que hubieran logrado cruzar los ríos. En estas circunstancias, a Moisés, que llevaba con disgusto la inactividad de su ejército, habida cuenta de que los enemigos no se atrevían a enfrentarse a ellos en un cuerpo a cuerpo, le ocurrió un hecho del tenor siguiente. Tarbis era hija del rey de los etíopes. Ésta, al fijarse en Moisés, quien acercó a su ejército hasta las proximidades de las murallas y que combatía

[10] Cf. Opiano, *Halieúticas* 2, 289, y Eliano, *Historia de los animales* 9, 20.

[11] Según otras fuentes era su esposa, quien murió aquí. Cf. Estrabón XVII, 5, 790.

valerosamente, y admirar lo inteligente de sus golpes de mano, al tiempo que lo consideraba el causante, por un lado, del éxito de los egipcios, cuando ya desesperaban de conservar su libertad y, por otro, del riesgo de perder todo los etíopes, cuando se jactaban de los éxitos logrados en su lucha contra aquéllos, cayó prendada locamente de él y, como la dominara la pasión, envió a presencia de Moisés a sus criados más fieles, proponiéndole el matrimonio. Y cuando Moisés había aceptado la proposición a condición de que los etíopes entregaran la ciudad y había dado garantías bajo juramento de que la tomaría por esposa y de que, tras apoderarse de la ciudad, no contravendría el acuerdo pactado, resultó que los hechos se adelantaron a las palabras. Y Moisés, después de aniquilar a los etíopes y dar gracias a Dios, contrajo matrimonio y retiró a las fuerzas egipcias a sus posesiones.

254. *Huida de Moisés a Madián (Ex.* 2,15). 11.1. Los egipcios concibieron odio contra Moisés gracias a esto, gracias a haber sido salvados por él, y decidieron emprender más fervientemente las asechanzas contra él, sospechando que, impulsado por el éxito logrado, provocaría una sublevación en Egipto, y proponiendo al rey su inmolación. Y éste, que ya por sí había concebido la idea de hacer realidad esa proposición, inducido a ello por la envidia que había suscitado en él el éxito logrado por Moisés en sus funciones de comandante en jefe, y también por miedo a ser derrocado, al verse presionado por los escribas sagrados se decidió a poner manos a la obra. Pero Moisés, al enterarse de la conspiración antes de ponerse ella en práctica, escapó sin que sus enemigos lo advirtieran. Y, como los caminos estaban vigilados, efectuaba la huida por el desierto y por los lugares de los que suponía que no lo llevarían detenido los enemigos y, aunque se encontraba falto de provisiones, continuaba la marcha haciendo caso omiso del hambre con gran capacidad de aguante, hasta que, al llegar a las proximidades de la ciudad de Madián, situada a orillas del mar Rojo y que debía su nombre a uno de los hijos que Catura dio a Abram, se sentó junto a un pozo por lo exhausto y maltrecho que se encontraba, y allí descansaba, no lejos de la ciudad, a la hora del mediodía. Allí le ocurrió también un hecho, motivado por las costumbres de las

gentes del lugar, que consolidó su valía y le ofreció un punto de partida para empresas superiores.

258. *Moisés junto al pozo (Ex.* 2, 16). 2. En efecto, como la región fuera escasa de agua, los pastores procuraban coger los pozos unos antes que otros, para que sus rebaños no carecieran de agua para beber al ser consumida anteriormente por los otros. De ahí que llegaron al pozo siete doncellas, todas ellas hermanas, hijas de Ragüel, que era sacerdote y muy apreciado entre las gentes del lugar. Éstas, que cuidaban de los rebaños de su padre, por ser éste un oficio usual también de las mujeres entre los troglodi-tas, se anticiparon a los otros pastores y extrajeron del pozo agua suficiente para sus rebaños que depositaron en recipientes destinados a contener el agua [12]. Pero al echarse encima de las doncellas algunos pastores dispuestos a apoderarse ellos del agua, Moisés, que consideró intolerable permitir que las muchachas sufrieran aquel atropello y dejar que la fuerza bruta de aquellos hombres se impusiera a la razón que asistía a las doncellas, a ellos los frenó, pese a su obstinación por llevar la mejor parte, y a ellas les ofreció el correspondiente concurso. Éstas, después de recibir el favor, se presentaron a su padre, dándole cuenta del comportamiento vejato-rio de los pastores y del concurso del extranjero, y lo animaron a que su buena acción no quedara en nada y sin la recompensa debi-da. Y él aplaudió a sus hijas por el interés que mostraban hacia su bienhechor y les mandó que llevaran a Moisés a presencia suya, para que obtuviera la correspondiente satisfacción. Y, cuando hubo llegado, le comunicó la información que sus hijas le habían dado referente a la ayuda que les había prestado y, manifestándole admiración por su noble acción, le dijo que había hecho el favor a una familia no insensible a las buenas obras, sino capaz de devol-ver el pago y de superar la medida de esa buena acción con una recompensa mayor. Consecuentemente, lo adoptó como hijo, le entregó en matrimonio a una de sus hijas y, como antiguamente entre los bárbaros todas sus riquezas se cifraban en los rebaños, le nombró encargado y amo de ellos.

264. *Moisés junto a la zarza ardiente (Ex.* 3,1.). 12.1. Moi-sés, tras obtener tan excelentes dones de Jetegleo (pues éste era el

[12] Esta convención consta también en I, 246 y ss.

sobrenombre de Ragüel) vivía allí apacentando los rebaños. Y un tiempo después llevó los ganados a pastar al Sinaí, que es el más elevado de los montes de la zona y de mejores pastos, ya que crecía en él una hierba excelente que no había sido comida por los ganados anteriormente por tener fama de que en él moraba Dios, al no atreverse a pisar en él los pastores. Fue aquí precisamente donde le aconteció un prodigio admirable: un fuego prendió en una zarza, pero dejó indemne los brotes que la cubrían y la flor que tenía, sin consumir ninguna de las ramas cargadas de fruto, y eso que la llama era grande y muy intensa. Moisés no sólo tuvo miedo de ella por ofrecer un espectáculo insólito, sino que se asustó todavía más al emitir una voz el fuego, llamarlo por su nombre y pronunciar palabras, con que no sólo le daba cuenta de su confianza al atreverse a entrar en un lugar al que antes no había llegado persona alguna por su condición de divino, sino que también le aconsejaba que se marchara lo más lejos posible de la llama y que se contentara, él que era un hombre excelente y descendiente de grandes hombres, con lo que había visto, sin entrar en más averiguaciones. Y, en adición a lo dicho, le predijo la fama que le asistiría y el honor en que lo tendrían los hombres con la ayuda de Dios, y le mandó que, cobrando confianza, marchara a Egipto para convertirse en general y guía del pueblo hebreo y librar a sus congéneres del trato vejatorio que allí recibían. Y continuó diciéndole: «Pues no sólo habitarán la tierra bienhadada que habitó Abram, el padre de vuestra raza, sino que también disfrutarán de todos los bienes a los que tú con tu inteligencia los conducirás.» Por otro lado, le mandó que, una vez que hubiera sacado de Egipto a los hebreos, viniera al lugar en cuestión y efectuara allí sacrificios en acción de gracias. Todos estos mensajes fueron enunciados por Dios a través del fuego.

270. *Moisés muestra cobardía ante tal encargo (Ex.* 3, 11). 2. Moisés, asustado por lo que vio y mucho más por lo que oyó, dijo: «Considero un despropósito más insensato de lo que cumple a mi prudencia dudar, señor, de tu poder, que no sólo venero yo mismo, sino también sé que se hizo patente a mis progenitores. Sólo que no entiendo cómo yo, un simple hombre desprovisto de toda capacidad, puedo persuadir a mi pueblo a que deje el lugar que ahora habita y me siga a donde lo guíe o, aunque se decida a hacerme caso, cómo podría forzar al Faraón a que permita la salida a éstos

con cuyo esfuerzo y obras él y los suyos acrecentarán la prosperidad propia.»

272. *Moisés cobra confianza con ciertos milagros (Ex.* 4, 1). 3. Pero Dios le aconsejó que cobrara absoluta confianza, prometiéndole que le asistiría Él y que, cuando necesitara razonamientos, le ofrecería el don de la persuasión, y cuando fuera menester actuar, le aportaría fuerza. Y luego le mandó que arrojara al suelo la cayada y con ello concibiera seguridad de lo que le había prometido. Y cuando lo hizo, se convirtió en una serpiente que reptaba y que, enroscándose en espiral, levantaba la cabeza en actitud de defenderse de unos perseguidores. Luego se hizo de nuevo cayada. A continuación le ordenó que metiera la mano derecha en el regazo. Le obedeció y con ello la sacó de un color blanco similar al yeso. Luego recuperó su aspecto habitual. Y, tras recibir también la orden de coger una poca del agua cercana y que la vertiera en el suelo, observó que ésta tomó un color sanguinolento. Y a Moisés, maravillado con esto, Dios lo exhortó a que cobrara confianza, a que supiera que le asistiría el aliado más poderoso y a que tomara esos prodigios como señal orientada a infundirle confianza en todo, «porque en todo lo que vas a hacer actúas como emisario mío y conforme a mis encargos. Y te mando que sin más demora aceleres la marcha a Egipto y que, presuroso de noche y de día y sin perder el tiempo, no hagas éste más largo a los hebreos, que sufren calamidades en la esclavitud».

275. *Dios revela a Moisés su nombre.* 4. Moisés, que no podía ya dudar de lo que le había prometido la Divinidad, sobre todo cuando había visto y oído tan convincentes confirmaciones, tras rogarle y pedirle que pudiera contar con ese poder en Egipto, le suplicaba que no le escatimara conseguir conocer su nombre particular, sino que, ya que había tenido acceso a oírlo y verlo, le dijera además también su nombre, para que en los sacrificios pudiera llamarlo por su nombre y rogarle que asistiera al sagrado ritual. Y Dios le indicó su propio nombre, el cual nunca antes había trascendido a los hombres y del que las leyes eternas me prohiben hablar. Pero Moisés, claro está, se encontró con estas manifestaciones divinas no sólo entonces, sino siempre que lo necesitaba. Con todo ello atribuyendo al fuego un mayor grado de verdad y confiando en que tendría a Dios como auxiliar favo-

rable a su causa, esperaba salvar a los suyos y rodear de calamidades a los egipcios.

277. *Moisés regresa a Egipto (Ex.* 4, 18). 13.1. Y Moisés, informado de que había muerto el Faraón, rey de los egipcios, precisamente el que mandaba cuando él huyó de ese país, pidió a Ragüel que le concediera permiso para irse a Egipto a fin de prestar ayuda a sus congéneres y, tomando consigo a Safora, su esposa e hija de Ragüel, y a los hijos que había tenido con ella, Gerso y Eleazar, corrió a Egipto [13]. De estos nombres, el de Gerso, en hebreo, significa «el que huyó a tierra extraña», y el de Eleazar, «el que escapó de los egipcios contando con Dios, el Dios de sus antepasados, como aliado». Y, cuando Moisés llegó cerca de la frontera, salió a su encuentro por mandato de Dios su hermano Arón, a quien dio cuenta de los sucesos que le habían acontecido en el monte y de los encargos que Dios le había encomendado. Y, prosiguiendo ellos el camino, salieron a su encuentro los hebreos de más alta reputación, sabedores de su presencia, a quienes Moisés explicó las pruebas habidas, pero como no era creíble hizo que las vieran con sus propios ojos. Entonces ellos, sacudidos por la emoción del espectáculo inimaginable al que ellos asistieron, cobraron ánimos y concibieron las mejores y más absolutas esperanzas, convencidos de que Dios velaba por su seguridad.

281. *Moisés ante el Faraón (Ex.* 5, 1). 2. Una vez que Moisés tenía ya convencidos a los hebreos, quienes confesaban que seguirían los pasos que les marcara y estaban ávidos de obtener la libertad, se presentó ante el rey que acababa de tomar el poder, y ante él pasó revista a todos los beneficios que había prestado a los egipcios cuando sufrían el desprecio de los etíopes y su país era devastado, al hacerse cargo de la dirección militar y soportar penalidades como si en ello le fuera el interés propio. También le recordaba que había arriesgado su vida en estos menesteres sin haber recibido de ellos la justa recompensa, y le exponía detalladamente los sucesos que le habían acontecido en el Monte Sinaí, las voces con que Dios le había llamado y los prodigios manifestados por Él para inspirarle confianza en lo que le había encomendado, y por fin le aconsejaba que no constituyera un impedimento a la decisión de Dios, haciendo caso omiso a lo que Él le decía.

[13] Cf. *Evangelio* de San Mateo 2, 19 y ss.

284. *Moisés y los magos (Ex.* 7, 10). 3. Y Moisés, al mofarse el rey, hizo con hechos que viera los prodigios habidos en el Monte Sinaí. Entonces el rey, que lo tomó muy a mal, lo tildaba de malvado, ya que después de haber escapado antes a la esclavitud entre los egipcios, también ahora había efectuado la llegada decidido a embaucarlo y había intentado asustarlo con prodigios y con magias. Y al tiempo que él dirigía esos denuestos mandó a los sacerdotes que él viera los mismos espectáculos, dando por supuesto que los egipcios eran duchos también en esta ciencia y que Moisés no era el único experto y que podía atribuir a Dios las dotes extraordinarias que en ella desplegaba y así resultar convincente a los ojos de los egipcios como si fueran unos bobalicones. Entonces ellos arrojaron sus bastones, que se convirtieron en serpientes. Y Moisés sin asustarse, dijo: «Tampoco yo, oh rey, tengo en baja estima la sabiduría de los egipcios, pero, no obstante, afirmo que los prodigios realizados por mí son tan superiores a la magia y habilidad de éstos como lo divino supera a lo humano. Y demostraré que mis hechos no surgen en virtud de hechicerías y manipulaciones de la opinión verdadera, sino de la atención y facultad de Dios.» Y una vez que hubo dicho esto, arrojó al suelo su cayada, mandándole que se transformara en serpiente. Y la cayada obedeció sus órdenes, y a continuación, tras enroscarse a los bastones de los egipcios, que parecían serpientes, los engulló hasta que acabó con todos. Luego, tras recuperar su propio tenor, la recogió Moisés.

288. *Obstinación del Faraón y posterior opresión de los israelitas (Ex.* 5, 5). 4. Pero el rey no se asustó más por este hecho, sino que incrementó aún su cólera y, tras decirle a Moisés que no adelantaría nada con las triquiñuelas y argucias que urdía contra los egipcios, mandó al encargado de los hebreos que no les diera respiro alguno en el trabajo, sino que los obligara con más sufrimientos que antes. Entonces éste, que antes les traía paja para hacer los ladrillos, ya no se la trajo, sino que hacía que por el día trabajaran hasta la extenuación con esta obra, y por la noche que juntaran la paja. Y como se les habían duplicado las penalidades, hacían a Moisés objeto de sus invectivas, imputándole que los trabajos y el sufrimiento se les habían vuelto más duros por culpa de él. Pero él no se arredraba ante las amenazas del rey ni cedía ante los reproches de los hebreos, sino que, poniendo toda su alma con-

tra lo uno y lo otro, estaba decidido a aguantar y a procurar a los suyos la libertad. Y, así, presentándose al rey, trataba de persuadirlo a que dejara ir a los hebreos al Monte Sinaí para hacer allí un sacrificio a Dios, ya que esto era lo que Él había mandado, y a que no se opusiera en absoluto a su voluntad, sino que pusiera por encima de todo poder contar con su benevolencia y, en consecuencia, les concediera permiso para la salida, no fuera que, sin darse cuenta, si se lo impedía lanzara reproches contra sí mismo cuando sufriera todo lo que es natural que sufra el que se opone a las órdenes de Dios, ya que a los que concitan contra sí la cólera divina les surgen por doquier sinsabores, y así ni la tierra ni la atmósfera les resultan favorables, ni los nacimientos de sus hijos se producen conforme a las reglas de la naturaleza, sino que todo les es hostil y enemigo. Y le aseguraba una y otra vez que los egipcios experimentarían esto mientras que el pueblo hebreo saldría de su tierra aun en contra de su voluntad.

293. *Las plagas de Egipto.* 14. 1. Y como el rey considerara los argumentos de Moisés vana palabrería y ya no les prestara atención alguna, a los egipcios los sorprendieron sufrimientos espantosos, que expondré en detalle, por un lado por llegar entonces a experimentarlos los egipcios cuando antes no les habían acontecido a nadie y, por otro, por querer demostrar que Moisés no mintió en nada de lo que les había predicho, y también porque comporta un beneficio a los hombres saberlos para así guardarse de actuar de esa manera, con lo que Dios no se enfadará ni, montando en cólera, los rechazará por su injusticia.

294. *Las aguas sanguinolentas del Nilo (Ex.* 7, 15). En estas condiciones, las aguas del Nilo fluían por mandato divino sanguinolentas, por lo que no resultaban potables y, cuando ellos no disponían de una segunda fuente que les suministrara agua, las del Nilo no se reducían sólo a tener ese color, sino que a quienes las probaban les producían molestias y punzantes dolores. Así eran para los egipcios, pero para los hebreos dulces, potables y en nada diferentes de su estado natural. Consecuentemente, el rey, perplejo ante lo inesperado del hecho y temiendo por la vida de los egipcios, concedió a los hebreos permiso para marchar. Pero al desaparecer la plaga cambió otra vez de opinión, no consintiéndoles la salida.

296. *Las ranas (Ex.* 8, 1). 2. Entonces Dios, al ver que el rey se comportaba estúpidamente y que tras verse libre de aquella calamidad ya no quería entrar en razón, mandó a los egipcios otra plaga más. Y, así, una multitud infinita de ranas asolaba sus tierras, pero también el río estaba a rebosar de estas criaturas, de suerte que cuando abrían los pozos encontraban el agua de beber corrompida por el líquido de las ranas, al morir en el agua y pudrirse ésta, y todo el país estaba lleno de lodo putrefacto, al nacer y morir en él las ranas, las cuales echaban a perder todos los artículos del hogar, porque se encontraban en las comidas, en las bebidas, y recorrían la superficie de sus camas, de manera que se producía un olor desagradable y maloliente de ranas muertas, vivas y corrompidas. Al ser los egipcios zarandeados por estas calamidades, el rey mandó a Moisés que se marchara lejos con los hebreos, y nada más decirlo desapareció aquella multitud de ranas y la tierra y el río recuperaron su estado natural. Pero verse libre el Faraón del castigo y olvidarse del motivo y retener a los hebreos fue todo uno y, como si quisiera conocer la naturaleza de más castigos, ya no dejaba a Moisés y los suyos que salieran, ya que cuando se lo permitía era por miedo más que por sensatez.

300. *Los piojos (Ex.* 8, 16). 3. Por ello la Divinidad perseguía su engaño de nuevo con la emisión de otra plaga más. En efecto, brotó entre los egipcios una cantidad infinita de piojos que les salían por dentro, por lo que los pobres de ellos perecían miserablemente, sin poder acabar con esta casta ni con lociones ni dándose una mano de ungüento. Y el rey de los egipcios, conturbado con esta peste y temiendo al mismo tiempo el final de su pueblo, aparte de que consideraba una ignominia que recaería sobre él por ese final, se vio obligado por la ruindad de que hacía gala a entrar en razón a medias. En efecto, concedía permiso para la salida a los propios hebreos, pero al desaparecer la plaga con esto les exigió que dejaran allí como garantía de su regreso a los hijos y a las esposas. Con ello excitó la cólera de Dios, al creer que burlaría su atención, como si fuera Moisés y no Él quien tomaba represalias contra Egipto en defensa de los hebreos. Pues abarrotó su país de bestias salvajes de todo tipo y de múltiples formas, ninguna de las cuales se había visto antes, por las que no sólo perecían los propios egipcios, sino que también sus tierras se veían privadas del cultivo a que tradicionalmente las dedicaban los agricultores, y si alguna

criatura conseguía evitar morir a manos de ellas se consumía de enfermedad, que también sufrían las personas.

304. *Úlceras (Ex.* 9, 8). 4. Y como el Faraón ni aun así cedía a la voluntad de Dios, sino que exigía que las mujeres partieran con sus maridos pero que se quedaran los niños, no dudó la Divinidad de someterlo a prueba persiguiendo su maldad con distintos castigos y mayores que los vistos antes en la región. Pues, lejos de eso, los cuerpos de las personas que se pudrían por dentro se les llenaban terriblemente de úlceras y la generalidad de los egipcios perecía de esta manera.

305. *El granizo (Ex.* 9, 18). Pero como el rey ni aun por efecto de esta plaga entrara en razón, una granizada, que nunca antes había sufrido el cielo de Egipto y que no se parecía en nada a las que caen en otras regiones en la estación del invierno, sino que era mayor que las que acaecen en los pueblos que habitan al Norte y la región polar, cayó en plena primavera y con ello machacó sus frutos.

306. *Langostas (Ex.* 10, 1). Luego una raza de langostas devoró los sembrados no estropeados por la granizada, de suerte que acabaron de raíz con todas las esperanzas que los egipcios tenían depositadas en los frutos de sus tierras.

307 *La oscuridad (Ex.* 10, 3-28). 5. Bastaban, pues, sólo los castigos mencionados para infundir sensatez y comprensión de lo conveniente al necio libre de maldad, pero el Faraón, pese a darse cuenta del motivo de los citados castigos, contendía con Dios no tanto por ignorancia como por malicia y con ello echó a perder por propia voluntad una situación mejor. Así, mandó a Moisés que se llevara a los hebreos con mujeres y niños, pero que le dejara la hacienda, al haber perecido la de los egipcios. Y como Moisés le asegurara que no era justo lo que pretendía, ya que ellos debían ofrecer sacrificios a Dios tomando las víctimas de su hacienda, y se perdiera tiempo por este motivo, cubrió a los egipcios una oscuridad espesa y desprovista por completo de luz, la cual motivó que, al verse excluidos de la visión y obstruida la respiración por lo densa que era, murieron lastimosamente y temieron ser engullidos por la niebla. Luego, al disiparse esta oscuridad tres días y otras

tantas noches después, como el Faraón no adoptara una postura favorable a la salida de los hebreos, se le acercó Moisés y le dijo: «¿Hasta cuándo vas a desafiar la voluntad de Dios? Te digo esto porque Él te manda que dejes en libertad a los hebreos, y no hay otra manera de que vosotros evitéis estos castigos más que cumpliendo las órdenes de Dios.» El rey, irritado por estas palabras, amenazó con decapitarlo si volvía a acercarse a él molestándolo con estas monsergas. Entonces Moisés le aseguró que él ya no volvería a hablarle de este tema, sino que sería el propio rey en unión incluso de las autoridades egipcias quienes pedirían a los hebreos que se fueran. Y él, tras pronunciar estas palabras, se fue.

311. *La Pascua. Muerte de los primogénitos (Ex.* 11, 1 y ss.). 6. Dios, decidido a mostrar con una plaga más todavía su determinación de obligar a los egipcios a que dejaran libres a los hebreos, mandó a Moisés que anunciara al pueblo que prepararan un sacrificio el día diez y lo tuvieran a punto para el catorce del mes de Jántico (que los egipcios llaman Farmutí, los hebreos Nisán y los macedonios Jántico), y que sacara a los hebreos, los cuales debían llevar todas sus pertenencias consigo. Y Moisés reunió a todos los hebreos en el mismo lugar, teniéndolos ya preparados para la salida y distribuidos por familias, y luego, al llegar el día catorce, dispuestos todos para la partida, hicieron un sacrificio y purificaron sus casas con sangre que cogían mediante manojos de hisopos y, después de reservar una parte de la carne, el resto lo quemaron, pensando que iban a partir. De ahí viene que todavía hoy acostumbramos a realizar un sacrificio así en la fiesta que denominamos Pascua, palabra que significa *exceso,* porque en aquel día Dios se excedió con los egipcios lanzándoles una peste. En efecto, el aniquilamiento de los primogénitos fue en aquel día cuando les sobrevino a los egipcios, de suerte que, reuniéndose muchos de los que moraban en la zona del Palacio real, aconsejaban al Faraón que dejara libres a los hebreos. Entonces él, llamando a Moisés, le ordenó que marcharan, convencido de que Egipto dejaría de sufrir si los hebreos salían del país. Y los egipcios obsequiaban con regalos a los hebreos, unos para que se marcharan más deprisa, pero otros por relaciones de vecindad habidas con ellos.

315. *El éxodo (Ex.* 12, 37 y ss.). 15.1. Y ellos se pusieron en camino, mientras los egipcios lloraban y se arrepentían de haberlos

tratado tan cruelmente, y efectuaban la marcha por Letópolis, que en aquel entonces era desierto, ya que fue más tarde [14] cuando tuvo lugar allí la fundación de Babilonia, tras la conquista de Egipto por Cambises. Y como efectuaban la marcha por el trayecto más corto, a los tres días llegaron a Belsefonte, un lugar próximo al mar Rojo. Y al no disponer en abundancia de ninguno de los productos de la tierra por avanzar a través del desierto, se alimentaban de pan elaborado con harina amasada y cocida sólo con un poco de calor, que consumieron durante treinta días, ya que no les duraron más tiempo los alimentos que se llevaron de Egipto, y eso que racionaban la comida y la reducían a lo estrictamente necesario sin llegar a hartarse de ella. De donde en recuerdo de la escasez de entonces celebramos durante ocho días la llamada fiesta de los ázimos [15]. Quienes traten de conocer, así pues, el número total de las gentes que emigraron, contando mujeres y niños, no tendrán nada fácil fijar el número exacto, aunque los que se encontraban en edad para tomar las armas rondaban los seiscientos mil.

318. *Fecha del éxodo (Ex.* 12, 40 y ss.). 2. Dejaron Egipto el día quince del mes de Jántico, según cómputo lunar, cuatrocientos treinta años después de la partida que llevó a cabo Jacob a Egipto. En aquella fecha Moisés tenía ya ochenta años, y su hermano Arón tres más. Y transportaban también los huesos de José, como él había mandado hacer a sus hijos [16].

320. *Los egipcios salen en su persecución (Ex.* 14, 5). 3. Pero luego los egipcios se arrepintieron de haber dejado marchar a los hebreos y, como el rey lo llevara muy mal, convencido de que lo ocurrido se debía a hechicerías de Moisés, decidieron marchar contra ellos. Y, así, cogiendo armas y el equipo necesario, salieron en su persecución, dispuestos a hacerlos volver si los alcanzaban. Pues pensaban que ellos ya no incurrirían en ofensa a Dios, ya que

[14] En el año 525 a. C. Estrabón XVII, 807 menciona la Babilonia egipcia, en su día ocupada por una de las tres legiones romanas destacadas en Egipto. Babilonia estaba cerca del Cairo Viejo, y Letópolis un poco más al Norte.

[15] Esto es, de los panes no tratados con levadura. Originariamente duraba esta fiesta siete días, según consta en *Levítico,* XXIII, 6 y *Éxodo,* XII, 18 y ss.

[16] Cf. *Antigüedades judías* 2, 200.

su salida se había producido. Y, por otro lado, daban por descontado que los dominarían fácilmente, al estar los hebreos desarmados y cansados por el viaje. Y, preguntando a las sucesivas personas con quienes se encontraban por dónde iban, aceleraban por allí la persecución, pese a que recorrían territorios difíciles de transitar no sólo a ejércitos, sino incluso uno a uno. Y Moisés sacó a los hebreos por esa ruta rápida para que, si los egipcios se arrepentían y se decidían a perseguirlos, sufrieran represalias por su maldad y transgresión de lo acordado, y también por los palestinos, a los que quería pasar inadvertido en su marcha por su animadversión hacia los hebreos por cierta antigua hostilidad. Y es que su país es colindante con el de los egipcios. Y por esta razón no llevó a su pueblo por la ruta que conduce a Palestina, sino que quería desembocar en Canán aunque para ello tuviera que hacer un largo viaje por el desierto y sufrir cuantiosas penalidades, y además también por cumplir el encargo de Dios, quien le había mandado que condujera al pueblo al Monte Sinaí, para hacer en él un sacrificio. Cuando los egipcios alcanzaron a los hebreos se prepararon para la lucha, y los acorralaron en un espacio reducido gracias a un ejército tan numeroso. Pues les seguían seiscientos carros con cincuenta mil jinetes, y los hoplitas sumaban doscientos mil. Y les cerraron los caminos por los que suponían que huirían los hebreos, cortándoles la retirada entre precipicios inaccesibles y el mar, en el que muere, en efecto, una montaña, la cual por lo escabroso de su condición está desprovista de caminos y cerrada a toda posible huida. Precisamente por eso los egipcios encerraron a los hebreos en el punto en que la montaña llega al mar y levantaron un campamento a la boca que da acceso a este lugar para privarlos de la salida a la llanura.

326. *Desánimo de los hebreos (Ex.* 14, 10). 4. En estas circunstancias, los hebreos, como ni podían aguantar, como les ocurre a las poblaciones sitiadas por falta de provisiones, ni veían posibilidad de escapar, aparte de que, aunque optaran por luchar, andaban faltos de armas, se hallaban a la espera de una ruina total, si se negaban a entregarse voluntariamente a los egipcios. Y, olvidándose de todas las señales que Dios les había dado con vistas a su libertad, acusaban a Moisés, hasta el punto de que, al perder la confianza en el profeta que los había impulsado y prometido la salvación, quisieron lapidarlo y decidieron entregarse a los egipcios. Y allí había llanto y lamentos de mujeres y niños por tener la

muerte delante de sus ojos, al estar rodeados por montañas y el mar y también por los enemigos, y a causa de ello no prever la posibilidad de escapar por parte alguna.

329 *Arenga de Moisés (Ex.* 14,13). 5. Pero Moisés, aunque la masa estaba irritada con él, ni se cansaba de velar por ella, ni tampoco pensaba mal de Dios, quien no sólo había dado a los hebreos todo lo demás que les había predicho con vistas a su libertad, sino que además tampoco entonces dejaría que cayeran en poder de los enemigos y con ello se convirtieran en esclavos o perecieran y, poniéndose en pie en medio de ellos, dijo: «Ni siquiera de personas que os hubieran dirigido bien los asuntos actuales era justo que desconfiárais de ellas y pensárais que no se comportarán igual en las cuestiones futuras, pero sería un acto de locura desconfiar ahora de la Providencia de Dios, de quien habéis obtenido todo cuanto por mediación mía os prometió y que no esperábais en absoluto relativo a vuestra salvación y liberación de la esclavitud. Al contrario, debíais más bien, al encontraros en una situación sin salida según creéis, esperar que acuda en vuestra ayuda Dios, quien ha hecho que vosotros hayáis sido encerrados ahora en estos lugares fragosos para salvaros de estas dificultades de las que ni vosotros mismos ni los enemigos creéis que conseguiréis salvaros y mostrar con ello su fuerza y la atención que os presta a vosotros. Pues la Divinidad a los que sea propicia no les concede su concurso en cuestiones de poca monta, sino en asuntos en los que vea que no existe esperanza humana de que vayan a mejor. De ahí que, confiando en tan poderoso auxiliar, que tiene poder tanto para hacer grandes las cosas pequeñas como para condenar a los poderosos a la debilidad, no os asustéis del equipamiento militar de los egipcios, ni tampoco porque el mar y las montañas situadas a vuestra espalda no os ofrecen una vía de escape desesperéis por ello de vuestra salvación. Pues, si Dios quisiera, podrían convertirse las montañas en llanuras y en tierra el piélago.»

334. *Oración de Moisés.* 16.1. Cuando hubo terminado de pronunciar estas sugerencias, condujo a los hebreos hasta las orillas del mar ante la atenta mirada de los egipcios, quienes estaban a la expectativa porque suponían que era acertado posponer la lucha para el día siguiente, al estar agotados por el esfuerzo desplegado en la persecución. Y una vez que Moisés llegó a la orilla,

tomando el bastón suplicó a Dios e invocaba su concurso y ayuda diciendo: «Tampoco Tú ignoras que la posibilidad de que escapemos nosotros de las dificultades que nos rodean no radica ni en la fuerza ni en la inteligencia de hombre alguno, sino que si hay todavía en total algún medio de salvación para las huestes que, conforme a tu voluntad, abandonaron Egipto, cosa tuya es proporcionárselo. Nosotros, que hemos renunciado a cualquier otra esperanza y posibilidad, nos refugiamos en la que venga únicamente de ti, y por eso nuestros ojos están pendientes de ver si de tu Providencia viene algo que pueda arrancarnos de la cólera de los egipcios. Ojalá llegara ello pronto, para mostrarnos tu poder y levantar los ánimos y la confianza en la salvación al pueblo que, llevado de la desesperación, se ha hundido en una situación todavía peor. Por otro lado, el callejón sin salida en que estamos metidos no es de propiedad ajena, sino que Tuyo es el mar y tuya la montaña que nos circunda, de suerte que, si Tú se lo mandas, ésta se abre y el mar se convierte en tierra firme, y de esta manera podemos nosotros escapar y salvarnos, hasta por el aire si ello lo decide tu poder soberano.»

338. *Paso milagroso del mar Rojo (Ex.* 14, 21). 2. Una vez que hubo invocado a Dios en esos términos, golpeó con el bastón el mar. Entonces éste, al recibir el golpe, se abrió y, contrayéndose, dejó al desnudo el suelo, que se convirtió en camino y vía de escape para los hebreos. Y Moisés, al observar la manifestación de Dios y que el mar cedía el puesto a la propia tierra firme favorable a ellos, entró en él antes que nadie y mandó a los hebreos que le siguieran, caminando por el camino que Dios les había proporcionado, al tiempo que ante el peligro que representaba la presencia de los enemigos estaban llenos de contento y agradecían a Dios la salvación tan inesperada que Él les mostró.

340. *Aniquilamiento de los egipcios (Ex.* 14, 23). 3. Al ver que éstos ya no titubeaban, sino que se lanzaban precipitadamente, convencidos de que Dios estaba con ellos, los egipcios al principio creían que se habían vuelto locos, pero cuando observaron que habían ganado un gran trecho sin sufrir daño alguno y que no se habían encontrado con ningún impedimento ni dificultad, se lanzaron en su persecución, en la idea de que el mar se mostraría pacífico también con ellos y, después de colocar la caballería en primera

fila, iban bajando. Pero los hebreos, mientras los egipcios se armaban y perdían el tiempo en eso, se les adelantaron, escapando de ellos y logrando llegar indemnes a la otra orilla, de donde vino que los egipcios cobraran aún más confianza para proseguir la persecución, convencidos de que tampoco ellos sufrirían daño alguno. Pero no se daban cuenta de que pisaban un camino que se había formado exclusivamente para los hebreos y no para uso de todos, y que se había hecho hasta conseguir la salvación de los que corrían peligro y no para los que querían utilizarlo dispuestos a aniquilarlos. Por eso, cuando el ejército egipcio estaba todo él dentro, se dilató de nuevo el mar y, al bajar torrencialmente por impulso de los vientos, envolvió a los egipcios, al tiempo que la lluvia caída del cielo y los truenos secos acompañados de rayos llegaban al suelo con los consiguientes fulgores. En una palabra, no hubo fenómeno alguno de los lanzados contra los hombres por la cólera divina para su destrucción que no se concitara entonces, pues hasta los sorprendió una noche negra y oscura. Y de esta manera perecieron ellos en su totalidad, hasta el punto de que no quedó ni uno solo que llevara la noticia de la catástrofe a los que habían quedado en casa.

345. *Alegría de los hebreos y el cántico de Moisés (Ex.* 15, 1-21). 4. Y a los hebreos no era posible contenerles la alegría por su inesperada salvación y por la destrucción de los enemigos, convencidos firmemente de encontrarse libres al haber perecido quienes los tenían sometidos por la fuerza a la esclavitud, y teniendo de su parte tan claramente a Dios, quien corría en su ayuda. Y ellos, al escapar así del peligro que los amenazaba y comprobar además que los enemigos habían sido castigados como no se recuerda que lo haya sido otro hombre alguno de tiempos pasados, pasaron la noche entera entre cánticos y diversiones, y Moisés compuso en hexámetros un cántico que contenía alabanzas y agradecimiento a Dios por su benevolencia.

347. *Suceso semejante en la historia de Alejandro Magno.* 5. Pues bien, yo transmito a la posterioridad cada uno de estos puntos según los encontré en las Sagradas Escrituras. Y que nadie se extrañe de lo insólito de estas narraciones ni dude que hombres antiguos y exentos de maldad encontraron un vía de salvación y ésta por el mar, ocurriera ello por voluntad divina o espontáneamente, cuando

también ante Alejandro, rey de Macedonia, y su séquito, que vivieron ayer o anteayer, se retiraron las aguas del mar de Panfilia y les ofrecieron el paso a través de ellas, cuando no disponían de otro alguno, porque Dios quería destruir el imperio persa[17]. En fin, cada uno interprete estas cuestiones a su manera.

349. *Cómo los hebreos consiguen armas.* 6. Y al día siguiente las armas de los egipcios fueron arrastradas al campamento de los hebreos por la corriente y la fuerza del viento que soplaba en esa dirección, y Moisés, intuyendo que también este hecho se había producido por la Providencia de Dios para que él y los suyos no se encontraran tampoco desprovistos de armas, las recogió y, protegiendo con ellas a los hebreos, los condujo al Monte Sinaí para ofrecer allí un sacrificio a Dios y devolverle el pago por la salvación de su pueblo, conforme a la orden recibida anteriormente [18].

[17] Leyenda referida por Arriano, I, 26, por Estrabón, XIV, 666 y ss., y por otros. Los hechos se sitúan en las proximidades de Fáselis, en los confines de Licia y Panfilia (Thackeray).

[18] Cap. 269.

Libro III

RESUMEN

1. Cómo Moisés, después de recoger a su pueblo en Egipto, lo condujo hasta el Monte Sinaí, tras sufrir múltiples calamidades en el viaje.
2. Cómo los amalecitas y los pueblos de su zona, al entrar en guerra con los hebreos, fueron derrotados y perdieron gran parte de su ejército.
3. Que Moisés recibió con alegría a su suegro Jecer cuando lo visitó en el Sinaí.
4. Cómo Jecer le sugirió que pusiera a su pueblo, originariamente indisciplinado, bajo el mando de los comandantes y capitanes, y cómo Moisés cumplió todo esto conforme al consejo de su suegro.
5. Cómo Moisés, después de subir al Monte Sinaí y recibir de Dios las leyes, las entregó a los hebreos.
6. Que trata del tabernáculo que construyó Moisés en el desierto en honor de Dios, con intención de que pareciera un templo.
7. Cuál es la vestimenta de los sacerdotes y cuál la del Sumo Sacerdote, y los rituales de las purificaciones, y explicaciones sobre las fiestas, y cómo cada una de ellas está organizada.
8. Cómo Moisés, tras partir de allí, llevó a su pueblo hasta las fronteras de Canán y desde allí envió a los que debían explorar aquel país y el tamaño de las ciudades.
9. Que, al regresar los exploradores cuarenta días después y asegurar que los hebreos no eran dignos contendientes para los

enemigos y ensalzar, por contra, el poderío de los cananeos, la multitud se conturbó y, cayendo en la desesperación, se lanzó contra Moisés hasta el punto de que por poco lo matan a pedradas y regresan de nuevo a Egipto, decididos a continuar siendo esclavos.

10. Y cómo Moisés, tomando muy a mal este comportamiento, les anunció que Dios estaba irritado y había decretado para ellos una permanencia en el desierto de cuarenta años, sin posibilidad de volver a Egipto ni de conquistar Canán.

Este libro abarca un período de dos años.

1. *Penalidades en la marcha a través del desierto (Ex.* 15, 22). 1.1. Pero después de encontrarse los hebreos con una salvación tan inesperada, cuando eran conducidos al Monte Sinaí volvió a atormentarlos terriblemente aquel país, que era un puro desierto, y no sólo desprovisto de lo necesario para alimentarse ellos, sino incluso extremadamente escaso de agua, y no únicamente pobre para ofrecer algo de comer a las personas, sino hasta incapaz de alimentar a ninguna otra criatura. Pues es un suelo arenoso y de él no brota ni una gota de agua que pudiera producir frutos. Y, aunque el país era así, lo recorrían a la fuerza, al no poder seguir otro camino. Y transportaban agua desde las tierras previamente recorridas por haberlo ordenado así el guía y, cuando ésta se consumió, se procuraban acopio de agua de pozos que abrían con gran esfuerzo por la dureza del suelo, pero ocurría que el agua encontrada era amarga y no potable, y ésta además escasa. Y, caminando de esta manera, llegaron a la caída de la tarde a Mar, un lugar que designaron con ese nombre por la mala calidad del agua. Pues *amargor* se dice *mar*. Y se detuvieron allí, agotados por las marchas tan seguidas y por la ausencia de comida, que también les faltaba por completo entonces. Pues al menos había un pozo, que fue por lo que más se detuvieron, aunque tampoco suficiente para abastecer a una masa de gente tan numerosa, pero que sí les dio un poco de ánimo cuando fue encontrado en aquellos parajes. Y además oían decir a los exploradores que si proseguían la marcha no encontrarían ningún otro. Pero aquel agua era amarga y no potable, insoportable no sólo para las personas, sino incluso para las bestias de carga.

5. 2. Moisés, al ver el desánimo que los embargaba y lo irrefutable de su situación desastrosa, ya que no era una masa de gente

fresca capaz de enfrentarse con valentía a aquella violenta e imperiosa necesidad, antes al contrario, el genio que en ella anidaba se lo anulaba la turba de niños y mujeres que eran incapaces de aceptar la enseñanza emanada de los razonamientos, se encontraba en una situación harto difícil, al hacer suya la desgracia que afectaba a todos. Pues es que no acudían a ningún otro más que a él, suplicándole las mujeres jóvenes que no abandonara a sus nenes, y los maridos que no dejara de mirar por sus jóvenes esposas, sino que les procurara algún medio de salvación. Por todo ello Moisés cambió de actitud, y suplicaba a Dios que alterara el actual amargor del agua y que se la proporcionara potable. Y como Dios le concediera ese favor, Moisés cogió por el extremo un tronco que estaba caído junto a sus pies y lo abrió por la mitad, efectuando el corte en sentido longitudinal, y luego, tras arrojarlo al pozo, intentaba convencer a los hebreos que les proporcionaría el agua en el estado que pretendían si lo que él les mandara lo hacían no indolentemente, sino animosamente. Y al preguntarle ellos qué tendrían que hacer para que el agua adquiriera buena calidad, mandó a los que se encontraban en plenitud de fuerzas que sacaran agua del pozo, diciéndoles que cuando hubiera sido vaciada lo más de ella, el resto ya lo podrían beber. Entonces ellos pusieron manos a la obra, y el agua, al ser tratada y purificada con continuos golpes, se hizo ya potable.

9. *Llegada a Elim (Ex.* 15, 27). 3. Partiendo de allí, llegaron a Elim, fértil según se veía de lejos, pues hasta producía palmeras, pero de cerca se demostraba estéril. Pues incluso las palmeras, que no sumaban más de setenta, eran enanas y ruines por falta de agua, al ser todo el campo arenoso. Lo que se explica porque de las fuentes, que sumaban la cifra de doce, no les manaba a las palmeras ni una gota de agua que sirviera para regarlas, sino que como no podían manar ni hacer brotar agua su humedad era escasa, y si abrían pozos en la arena no les salía nada, y si cogían en las manos alguna gota, la encontraban inservible por estar turbia. Y los árboles eran incapaces de producir fruto por falta del necesario impulso del agua que lo provocaba. Por todo ello hacían al guía objeto de críticas y clamaban contra él, diciéndole que los sufrimientos y calamidades que pasaban eran por culpa suya. Y es que en aquella fecha, en la que se cumplían treinta días de viaje, ya tenían consumidas todas las provisiones que habían llevado consigo, y como no

encontraban nada de comer habían perdido absolutamente todas las esperanzas. Y al tener concentrado el pensamiento en la calamidad presente y encontrarse impedidos de recordar los bienes que les habían sido concedidos por Dios y la virtud e inteligencia de Moisés, estaban irritados con su caudillo, por lo que se dispusieron a apedrearlo, por considerarlo el máximo culpable de la desgracia que los atenazaba.

13. *Moisés calma a la masa enfurecida.* 4. Y Moisés, cuando la masa estaba tan excitada y se revolvía amenazante contra él, confiando en Dios y en la seguridad que le daba su propio convencimiento de velar por sus congéneres, se presentó en medio de ellos y, aunque clamaban contra él y tenían ya las piedras en las manos, él, mostrando contento en su cara y suma confianza en dirigir la palabra a las masas, se dispuso a aplacar su cólera, exhortándolos a que no se olvidaran de los beneficios recibidos anteriormente por tener la mente ocupada en las dificultades presentes, ni tampoco porque en aquel momento sufrían desterraran de su pensamiento los favores y dones que habían obtenido de Dios y que fueron grandes e insólitos, sino que debían esperar también verse libres de la presente dificultad por el patrocinio de Dios, quien era probable que los estuviera probando con los recientes sinsabores, tratando de conocer su valía, qué capacidad de aguante tenían y qué consideración mostraban hacia los beneficios obtenidos, y si no se volvían contra ellos por las calamidades que los atenazaban ahora. Les decía que se comprobaba que no se comportaban correctamente ni en lo tocante a su capacidad de aguante ni en lo que se refería a la consideración debida a las buenas cosas que les había acontecido, al mostrar tan escasa estima de Dios y de su decisión, por la que habían abandonado Egipto, y al encontrarse tan indispuestos contra él mismo, que era el ministro de Dios, y eso que no les había defraudado en nada de lo que les había dicho y les había mandado que hicieran por encargo de Dios. Y les enumeraba todos los datos, cómo habían sido aniquilados los egipcios por emplear la fuerza para retenerlos en contra de la decisión de Dios, y de qué manera la misma agua del río se había convertido para los egipcios en sangre y no potable, mientras que para los hebreos era potable y dulce, y cómo a través del mar, cuyas aguas se habían retirado hasta muy lejos para abrirles paso, siguieron un nuevo camino gracias al cual ellos se salvaron, mientras pudieron

observar que ese mismo camino sirvió para que perecieran los enemigos, y que cuando ellos carecían de armas Dios les había procurado también abundancia de ellas, y todas las demás situaciones en las que, cuando habían creído encontrarse al borde mismo de la muerte, los había salvado Dios incomprensiblemente, y que en Él reside todo poder. Y los exhortaba a que no desesperaran tampoco en aquel momento de la Providencia divina, sino que debían confiar en ella, teniendo en cuenta que su concurso tampoco llegaba tarde, aunque no se presentara al instante ni antes de que hubieran experimentado alguna desazón, y haciéndose a la idea de que si Dios tardaba en acudir en su ayuda no era porque se desentendiera de ellos, «sino para probar vuestra hombría y vuestra satisfacción por la libertad recuperada, y para saber si tenéis la suficiente entereza de ánimo para soportar por ella la falta de comida y la escasez de agua o si más bien como borregos preferís ser esclavos de los que mandan en vosotros y os alimentan sin escatimar nada con vistas a que les prestéis buenos servicios». Y al decirles que lo que le producía inquietud era no tanto su propia salvación (puesto que no significaría para él ninguna desgracia si moría injustamente), sino la de ellos, porque a lo mejor se pensaba por las piedras con que pretendían lapidarlo que emitían un juicio desfavorable a Dios, los calmó y contuvo la determinación que tenían de apedrearlo, y consiguió infundirles el deseo de arrepentirse del crimen que estaban decididos a cometer. Pero pensando que su actitud no era ilógica a causa de las necesidades que los oprimían, entendió que debía proceder a suplicar e invocar a Dios, y así, tras subir a la cima de un monte, le pedía para su pueblo algunas provisiones y que se viera libre de su escasez, recordándole que en sus manos estaba la salvación de su pueblo y no en las de otro alguno, y rogándole que perdonara el comportamiento tenido en aquel entonces por su gente y que era fruto de la necesidad, ya que la raza humana cuando fracasa en algo es por naturaleza descontentadiza y propensa a echar culpas a otro. Entonces Dios le prometió que velaría por ellos y que les ofrecería los recursos que añoraban. Y Moisés, una vez que hubo oído a Dios esta buena nueva, bajó adonde se encontraba su pueblo. Y éste, al verlo rebosante de satisfacción por las promesas que le había hecho Dios, pasaron de la tristeza a una alegría intensa. Y el propio Moisés, situándose en medio de ellos, les dijo que había vuelto trayéndoles de parte de Dios el final de la situación embarazosa que los atenazaba. Y un poco después una bandada de

codornices, ave que el golfo Arábigo cría más que ninguna otra, llegó volando, tras cruzar aquel estrecho de mar, y por el agotamiento del vuelo y al propio tiempo también porque tiende más que las demás aves al suelo, cayó en medio de los hebreos. Y éstos las cogieron, convencidos de que era ésa la comida que Dios les había procurado, y con ello lograron satisfacer sus necesidades de comida, al tiempo que Moisés se dispuso a dar gracias a Dios por haberles prestado un concurso rápido y conforme a su promesa.

26. *El maná (Ex.* 16, 13 y ss.). 6. E inmediatamente después del primer suministro de comida les envió Dios también un segundo. Fue lo siguiente: mientras Moisés levantaba las manos en acción de gracias cayó sobre ellas un rocío y, al cuajarse en la superficie de ellas, a Moisés se le ocurrió pensar que también éste les había llegado enviado por Dios para que ellos se alimentaran y, por ello, lo probó y, como le gustara, cuando el pueblo ignoraba de qué se trataba y pensaba que lo que pasaba era una nevada propia de la estación del año en que se encontraban, les demostraba que estaban en un error y que el rocío caído del cielo no se correspondía con lo que ellos se imaginaban, sino que estaba destinado a su salvación y manutención, al tiempo que, probándolo, se lo daba para que le creyeran. Y ellos, siguiendo los pasos de su caudillo, se deleitaban con aquel manjar. Pues allá se iba en lo dulce y en el sabor con la miel, en lo que se parecía a la planta aromática llamada *bdelion,* y en el tamaño a una semilla de coriandro. Entonces se lanzaron ávidos a hacer acopio de él. Pero se les comunicó a todos por igual que recogieran un *assarón* (palabra que designa una medida) para cada día, ya que no les faltaría esa comida, y se les dio esa orden para que los inválidos no se vieran impedidos de conseguirlo si los más fuertes conseguían recoger demasiado valiéndose de la fuerza. Ahora bien, los que recogieron más de la cantidad asignada no consiguieron más que pasarlo mal, pues no conservaban más que el *assarón,* ya que el reservado para el día siguiente no les servía de nada, al estropearlo el gorgojo y ponerse amargo. ¡Tan divino e insólito manjar era! Y constituye para los que habitan esa región un medio de defensa ante la falta de los demás productos, y todavía en el día de hoy cae del cielo en todo aquel lugar, exactamente igual que también en aquel entonces lo envió Dios a la tierra como sustento para favorecer a Moisés. Y los hebreos llaman *maná* a este manjar. Pues en hebreo la forma *man*

es un interrogativo, que pregunta: «¿Qué es esto?» Y los hebreos que eran conducidos por Moisés no paraban de alegrarse por este manjar que Dios les enviaba, y tomaron este alimento durante todos los cuarenta años que pasaron en el desierto.

33. *Agua de la roca (Ex.* 17, 1). 7. Pero cuando, tras partir de allí, llegaron a Rafidín, agotados en extremo por la sed, ya que, mientras en los días anteriores se habían topado con pequeños manantiales, en cambio entonces encontraron las tierras completamente faltas de agua, se hallaban en una situación calamitosa y de nuevo hacían a Moisés objeto de su cólera. Entonces él, tras reducir un poco el arrebato de la masa, dirigió oraciones a Dios, exhortándolo a que, de la misma manera que les había dado comida cuando estaban faltos de ella, así también les ofreciera agua para beber, habida cuenta de que se estaba perdiendo el agradecimiento hacia Él por la comida al no haber agua para beber. Y Dios no retrasó su concesión por mucho tiempo, sino que prometió a Moisés concederle una fuente y caudales de agua de donde menos se lo hubieran esperado, y a continuación le mandó que, tras golpear con su cayada la roca que veía situada allí al lado, tomaran de ella la cantidad de agua que necesitaran, puesto que Él se preocupaba de que el agua potable se les apareciera sin esfuerzo y sin trabajo. Y Moisés, tras recibir esta promesa de Dios, se presentó ante el pueblo, que lo esperaba atento a él, pues habían visto que bajaba ya de la cima de la montaña. Y cuando llegó, les dijo que Dios les iba a librar también del presente agobio y que les había concedido una forma de salvación inesperada, pues les dijo que se encontrarían con un río de agua que fluiría de la roca. Y cuando ellos se quedaron asustados al oírle decir esto, pensando que se verían obligados a golpear la roca en un momento en que se encontraban exhaustos por la sed y la larga caminata, Moisés la golpeó con su cayada y, al abirse, brotó agua en abundancia y sumamente transparente. Y ellos quedaron impresionados por lo insólito del fenómeno, y con sólo ver el agua se les calmaba ya la sed, y luego, al beberla, la notaban agradable y dulce y como tenía que ser, dado que era un don de Dios. Y entonces admiraban a Moisés, al ser tan apreciado por Dios, y con sacrificios correspondían a las atenciones que Dios tenía con ellos. Por otro lado, una escritura depositada en el Templo indica que Dios predijo a Moisés que brotaría agua de la roca en la manera dicha.

39. *Los amalecitas se preparan para la guerra (Ex.* 17, 8). 2.1. Y como la fama de los hebreos se difundiera ya extensamente por todos los pueblos y estuviera en boca de todos, consecuentemente con ello ocurrió que los pueblos vecinos estaban inmersos en un temor no pequeño y, enviándose mutuamente embajadas, se animaban unos a otros a hacer frente e intentar aniquilar a aquellos hombres. Y quienes casualmente los incitaban a ello eran los pueblos que habitaban Gobolitis y Petra, que son conocidos por el nombre de amalecitas y que resultaban ser los más belicosos de los pueblos de aquella región. Pues bien, los reyes de estas dos ciudades a través de emisarios se llamaban el uno al otro, y también a los pueblos del contorno, a la guerra contra los hebreos diciendo que «un ejército extranjero y que huyendo había escapado a la esclavitud de los egipcios se les estaba echando encima, lo que no está bien consentírselo, sino que antes de que coja fuerza y llegue a la plenitud de recursos e inicie él las hostilidades contra nosotros, envalentonados por el hecho de que nosotros no le hacemos frente en absoluto, lo seguro y prudente es que lo destruyamos, exigiéndole el pago merecido por atravesar el desierto y por lo que en él hicieron, y no cuando pongan sus manos sobre nuestras ciudades y bienes. Pues los que intentan destruir a las fuerzas enemigas en sus inicios son más inteligentes que los que evitan que se hagan mayores cuando ya han llegado bastante adelante, ya que estos últimos dan la impresión de que se irritan porque los otros los superan, mientras que los primeros no permiten que aquéllos den un solo paso contra ellos». Estos dos pueblos, mediante el envío de embajadas entre sí y a las naciones limítrofes en las que hacían este tipo de consideraciones, decidieron entrar en guerra con los hebreos.

43. *Moisés anima a los hebreos.* 2. Y a Moisés, como no esperaba ningún ataque enemigo, la actitud de los pueblos del lugar le infundió perplejidad y turbación, y cuando los enemigos se presentaron dispuestos ya a la lucha y había que jugarse la vida, lo inquietaba tremendamente la situación del pueblo hebreo, que estaba falto de todo y que iba a entrar en combate con hombres equipados perfectamente con todos los elementos. Por todo ello Moisés les dirigió una arenga y los exhortaba a cobrar ánimos confiando en el dictamen divino, por el que, una vez alcanzada la libertad, habían vencido a los que habían entrado en combate con

ellos por arrebatársela, y a imaginarse que el ejército hebreo era numeroso y provisto de todo (armas, medios económicos, provisiones, etcétera), pues debían pensar que disponían de todo esto al contar con la ayuda de Dios, mientras que tenían que imaginarse que el ejército de los enemigos era pequeño, débil y desarmado, y de una condición tal que Dios no quiere ser vencido por tal suerte de individuos como Él sabe que son. Y les decía qué clase de aliado es Dios, por haberlo experimentado en numerosas ocasiones más difíciles incluso que la propia guerra, ya que en ésta se enfrentan a hombres, mientas que ellos se las habían tenido que ver, carentes de recursos, contra el hambre y la sed y, cuando no tenían vía de escape, con montañas y el mar, pero que todos esos obstáculos habían sido vencidos por ellos gracias a la benevolencia divina. Y, por otro lado, los exhortaba a que estuvieran en aquel momento animadísimos para el combate, porque la posibilidad de disponer ellos de todo en abundancia dependía de que se impusieran a los enemigos.

47. *Moisés pone a Josué al frente de sus hombres (Ex.* 17, 9). 3. Moisés elevó los ánimos de la masa con esta suerte de consideraciones y luego, tras convocar a los jefes de las tribus y a los mandos, individual y colectivamente, exhortó a los jóvenes a que obedecieran a los mayores, y a éstos a que prestaran oído a las órdenes del general. Y todos ellos estaban con el ánimo exultante ante el peligro y, prestos a enfrentarse a esa horrible situación, confiaban verse libres al fin de las penalidades y, así, mandaron a Moisés que los condujera ya contra los enemigos y que no se retrasara más, convencidos de que la demora frenaba su ímpetu. Pero él, tras escoger de entre la multitud de todos los hombres hábiles para la lucha, puso al frente de ellos a Josué, hijo de Naveco, de la tribu de Efraim, sumamente valeroso, con entereza suficiente para aguantar contratiempos, dotado de las más excelsas facultades mentales y oratorias, extraordinariamente devoto de Dios y de Moisés, convertido en maestro de la piedad debida a Él y estimado entre los hebreos. Y dispuesto en torno al agua de la fuente un número reducido de soldados para protección de niños, mujeres y de todo el campamento. Pasaron toda la noche en preparativos, reparando todo lo que estaba estropeado y atentos a los mandos, dispuestos a emprender la lucha en el momento en que se lo ordenara Moisés. Pero también Moisés velaba, instruyendo a Josué

sobre la manera en que debía disponer sus fuerzas. Y cuando empezaba a amanecer el nuevo día exhortó de nuevo a Josué, diciéndole que no debía mostrarse en la realidad de los hechos inferior a lo que se esperaba de él, sino que con el actual mando supremo militar que ostentaba tenía que ganar fama entre sus subordinados por sus hazañas, y luego en conversaciones privadas exhortó a los hebreos de más alto rango, para pasar a continuación a animar a la totalidad del ejército, cuando ya estaba armado. Y él, tras disponer de esta manera al ejército para el combate, no sólo con la palabra, sino también con la realidad de los preparativos, se retiró a la montaña, después de poner el ejército en manos de Dios y de Josué.

53 *Victoria de los hebreos (Ex.* 17, 11). 4. Entonces los enemigos se enzarzaron con ellos y se inició un combate cuerpo a cuerpo. Los soldados de uno y otro ejército se daban aliento y ánimo unos a otros [1], y ocurrió que, mientras Moisés mantenía en alto las manos, entonces los hebreos derrotaban a los amalecitas. Consecuentemente, como Moisés no podía aguantar el esfuerzo de tener levantadas las manos, ya que tantas veces como las bajaba otras tantas coincidía que llevaban la peor parte los suyos, mandó a su hermano Arón y al marido de su hermana Mariame, que se llamaba Ur, que se colocaran uno a cada lado de él y que en esa posición sostuvieran sus manos y no dejaran que se le cansaran con la ayuda que ellos le prestaban. Y, hecho esto, los hebreos vencieron con autoridad a los amalecitas, y habrían perecido todos ellos si los hebreos no se hubieran abstenido de matarlos al echárseles la noche encima. Fue ésta la victoria más hermosa y más oportuna que ganaron nuestros antepasados, pues no sólo se impusieron a las fuerzas atacantes, sino que también atemorizaron a los pueblos vecinos, al tiempo que gracias a su esfuerzo obtuvieron grandes y deslumbrantes bienes al apoderarse del campamento enemigo, donde consiguieron abundantes riquezas, colectiva e individualmente, cuando antes no disponían siquiera de la comida necesaria. Por otro lado, el éxito logrado en el combate citado resultó ser la causa de sus bienes no sólo para aquel momento, sino también para el período de tiempo posterior, pues redujeron a la esclavitud no sólo a los individuos atacantes, sino también su

[1] Laguna (Niese).

orgullo, y además, después de la derrota sufrida por aquellos ejércitos tan poderosos, resultaron temibles para todos los pueblos circundantes, aparte de que ellos mismos obtuvieron gran cantidad de riqueza. En efecto, en el campamento fueron capturadas enormes cantidades de plata y oro y también vajillas de plata utilizadas en las comidas, una masa enorme acuñada de ambos metales citados, y gran número de telas y ornamentos para las armaduras, y el resto de utensilios y objetos de aquéllos, y un botín de todo tipo de ganado, y todo cuanto es costumbre que siga a los ejércitos expedicionarios. Y los hebreos se llenaron de orgullo por su bravura y adoptaron grandes aires de valía, de suerte que estaban siempre prestos a trabajar, porque pensaban que con ello se puede conseguir todo. Y éste fue el resultado del referido combate.

59. *Celebración de la victoria y llegada al Monte Sinaí (Ex.* 17, 14 y ss.). 5. Al día siguiente Moisés despojó los cadáveres de los enemigos de sus armaduras, recogió el equipo militar completo de los fugitivos, concedió honores a los soldados más destacados y elogió a su general, Josué, cuyas hazañas fueron atestiguadas por todo el ejército. De los hebreos no murió ninguno, pero de los enemigos un número tan elevado que resultaba imposible conocer. Y, tras ofrecer un sacrificio en acción de gracias, levantó un altar en honor de Dios, a quien dio el título de «Vencedor», y predijo que los amalecitas sufrirían un aniquilamiento total y que no quedaría ninguno de ellos para la posteridad por haber atacado a los hebreos pese a que se encontraban en terrenos desérticos y extenuados, y luego recuperaba con toda suerte de festines las fuerzas de su ejército. Y éste fue el primer combate que los hebreos libraron después de su salida de Egipto contra quienes llevaron su osadía hasta despreciarlos y así se emplearon en la lucha. Y después de celebar una fiesta en honor de la victoria conseguida, Moisés, que después de la batalla había dado descanso a los hebreos durante unos cuantos días, los llevó adelante, dispuestos en formación táctica. Y ahora ya el número de sus hombres armados era enorme. Y, avanzando por etapas cortas, tres meses después de iniciar el movimiento de salida de Egipto llegó al Monte Sinaí, en el que, según dijimos [2], le había ocurrido el milagro de la zarza y las restantes apariciones.

[2] *Ant. judías* 2, 264 y ss.

63. *Visita de Ragüel (Ex.* 18, 1 y ss.). 3. Y Ragüel, su suegro, al enterarse de su éxito, lleno de contento vino a visitarlo, abrazando a Moisés, a Safora y a sus hijos. Y Moisés recibió una gran alegría con la llegada de su suegro y, ofreciendo un sacrificio, agasajó con un banquete al pueblo en las proximidades de la zarza que había evitado ser quemada por el fuego. Y mientras el pueblo compartía el banquete distribuido por grupos de familias, Arón, acompañado de su séquito y sumando a Ragüel al grupo, entonaban himnos en honor de Dios, por entender que Él había sido el responsable de su salvación y libertad, y celebraban al general, convencidos de que gracias a sus excelsas virtudes todo les había salido lo mejor que podían imaginarse. También Ragüel dispensó grandes elogios al pueblo por lo agradecido que estaba a Moisés, y mostró su admiración a Moisés por la hombría demostrada en el intento de salvar a su pueblo amado.

66. *Consejo de Ragüel a Moisés.* 4.1. Y, al día siguiente, al ver Ragüel a Moisés ocupado en multitud de asuntos (pues resolvía los pleitos a quienes se lo pedían, ya que todos acudían a él por creer que obtendrían justicia únicamente si era él el que mediaba en su asunto, puesto que hasta a los mismos que salían derrotados les parecía llevadero el fracaso, por cuanto comprendían que sufrían el descalabro con toda razón y no por agravio), de momento se quedó quieto, por no querer ser un obstáculo para las personas que pretendían utilizar el prestigio del general, pero cuando puso fin a tanto ajetreo lo tomó aparte y, quedándose a solas con él, le instruía sobre lo que debía hacer. Y le aconsejó que dejara a otros ocuparse de las cuestiones menores, mientras él debía preocuparse de los asuntos más importantes y singularmente de la salvación del pueblo, indicándole que podría encontrarse entre los hebreos otras personas de excelentes cualidades para administrar justicia, mientras que cuidar de la salvación de tantos millares de hombres no lo podía hacer ningún otro, a no ser Moisés. Y a continuación le dijo las siguientes palabras textuales: «Por tanto, date cuenta de las facultades que posees y cómo has sido dotado por la naturaleza para, en colaboración con Dios, salvar a tu pueblo y, en consecuencia, debes dejar que las gentes encomienden a otros la mediación en sus disputas, y tú, en cambio, dedicándote exclusivamente a servir a Dios, no dejes de buscar la manera de librar a tu gente de las presentes dificultades. Y, si has de seguir mis consejos sobre

cuestiones humanas, deberás pasar revista rigurosa al ejército y designar mandos por cada diez mil hombres, luego por cada mil, que dividirás a continuación en grupos de quinientos, luego de cien, y finalmente de cincuenta. Y a éstos les asignarás jefes, que organizarán grupos numéricos de treinta hombres, de veinte y de diez. Y al frente de los respectivos grupos citados debe haber alguien, uno que tome el título pertinente del número de sus subordinados, mandos que habrán recibido del conjunto de la masa la aprobación de ser buenos y justos, quienes fallarán las diferencias que surjan en ella y que, si se trata de algún asunto de nivel superior, remitirán el correspondiente dictamen a los soldados de más alta graduación y, si también a éstos escapa el asunto por su gravedad, te lo reexpedirán a ti. Pues de esta manera se darán estos dos hechos: los hebreos obtendrán la justicia que solicitan y tú, dedicándote a Dios, podrás hacer que mire con mejores ojos al ejército.»

73. *Moisés sigue los postulados de Ragüel (Ex.* 18, 24). 2. Moisés, tras esta exhortación de Ragüel, acogió con satisfacción sus consejos y actuó de acuerdo con las sugerencias que le había hecho Ragüel, sin ocultar a quién se le ocurrió esta táctica ni apropiándosela, sino haciendo patente al pueblo la identidad de su autor. Pero es que incluso inscribió en los libros el nombre de Ragüel como autor de la disposición táctica citada, por considerar que era una cosa que estaba bien testimoniar la verdad de los hechos a quienes se lo merecían, aunque los inventos efectuados por otros habían de reportar fama a la persona que mandó inscribirlos. Así, pues, de esta actitud de Moisés cabe comprender su nobleza de espíritu. Pero, en fin, de ésta daremos cumplida cuenta en otras partes de esta obra.

75. *Moisés sube al Monte Sinaí (Ex.* 19, 2 y ss.). 5.1. Y Moisés, tras convocar al pueblo, le dijo que él se iba al Monte Sinaí para reunirse con Dios y, una vez que hubiera recibido algo bueno de Él, regresar junto a ellos, y a ellos les mandó que trasladaran sus tiendas a las proximidades del Monte, prefiriendo la vecindad de Dios a cualquier otra cosa. Tras pronunciar estas palabras subió al Sinaí, que resulta ser el más alto de los montes de aquella región y que por lo colosal de sus dimensiones y lo abrupto de sus precipicios los hombres no sólo no consiguen escalar sus cumbres, sino ni siquiera verlas sin un esfuerzo visual, pero es que además lo

consideran terrible e inaccesible por el rumor que corre de que Dios mora en él. Los hebreos, por su parte, conforme al encargo de Moisés cambiaron el emplazamiento de las tiendas y ocuparon las faldas del monte, exultantes en la idea de que Moisés regresaría con la promesa divina de grandes bienes que les había presentado. Y, entretenidos en fiestas, esperaban a su caudillo cumpliendo las demás reglas de purificación y singularmente la que manda ausencia de contactos sexuales con las mujeres durante tres días, como él les había advertido, y rogando a Dios que contactara benévolo con Moisés y que le concediera el don con el que hubieran de vivir bien. Y, como es natural, tomaban alimentos más lujosos y se ataviaban con una suntuosidad fuera de lo común, y con ellos también sus esposas e hijos.

79. *Los truenos del Sinaí (Ex.* 19, 16). 2. Pues bien, pasaron dos días en fiestas y banquetes, pero al tercero antes de la salida del sol se posó una nube encima del total del campamento de los hebreos, cosa que nunca antes habían visto que sucediera, y ocupó el espacio en que habían levantado las tiendas y, mientras todo el resto del lugar se encontraba claro, empezaron a soplar vientos huracanados que traían lluvias impetuosas, surgieron relámpagos que causaban pavor a quienes los veían, y rayos que se precipitaban al suelo y que demostraban que Dios se ofrecía benévolo y propicio a las súplicas de Moisés. Y los lectores deben interpretar estos hechos como guste cada cual, pero, por lo que a mí respecta, estoy obligado a referirlos según los encontré anotados en las Sagradas Escrituras. Ahora bien, a los hebreos los conturbaba de una manera espantosa el espectáculo y el estruendo que zumbaba en sus oídos, ya que estaban desacostumbrados a ello y, por otro lado, el rumor que circulaba entre ellos relativos al Monte y que hablaba de que Dios visitaba precisamente este Monte los sacaba de quicio. Pero se mantenían angustiados en las tiendas, creyendo que Moisés había perecido víctima de la cólera de Dios y esperando de un momento a otro que a ellos les pasara lo mismo.

83. *Regreso de Moisés y su discurso ante el pueblo.* 3. Y cuando ellos se encontraban en una situación tan tensa, hete aquí que apareció Moisés, ufano y satisfecho. Y, por supuesto, con sólo ser visto les quitó el miedo y les infundió mejores esperanzas para el futuro, al tiempo que, nada más presentarse Moisés, el cielo se

puso claro y limpio de las anteriores tribulaciones. Tras esto, pues, convocó al pueblo a una asamblea para que éste oyera lo que Dios le había dicho a él y, una vez reunidos, se puso en pie en un altozano, desde donde todos habían de oírle, y les dijo: «Dios, queridos hebreos, me ha acogido con la mejor intención, como antes, y, después de dictarme las normas para que vosotros paséis una vida feliz y las reglas de vuestro comportamiento como ciudadanos, ha venido incluso personalmente Él al campamento. Consecuentemente, en nombre de Él y de las acciones que gracias a Él hemos realizado ya nosotros, no despreciéis lo que ahora ha dicho, al ver que soy yo, un simple mortal, quien os las transmito, y porque es una lengua humana la que os las comunica. Al contrario, si os dais cuenta del alto valor que ellas encierran, comprenderéis también la grandeza de quien las discurrió y no escatimó decírmelas a mí para bien vuestro. Pues no es Moisés, hijo de Amaram y de Jocabad, sino el que obligó al Nilo a que trajera aguas convertidas en sangre para bien de vosotros y que con diversos castigos domeñó el orgullo de los egipcios, el que os abrió a vostros un camino por el mar, el que se las arregló incluso para que os cayera comida del cielo cuando carecíais de ella, el que hizo brotar agua potable de una roca cuando andabais escasos de ella, aquél por el que Adán compartió con Él los productos de la tierra y del mar, por el que Noé escapó del diluvio, por el que Abram, nuestro padre, tras una vida errante ocupó la tierra de Canán, por el que Isac les nació a sus padres cuando eran ancianos, por el que Jacob fue agraciado con las excelencias de sus doce hijos, por el que José se hizo el amo del poderío de los egipcios, quien os obsequia a vosotros con estos mandamientos por medio de mí, su intérprete. Mandamientos que vosotros debéis venerar y defender más que a vuestros propios hijos y esposas, ya que, si los seguís, pasaréis una vida feliz e incluso resultaréis temerosos para los enemigos, disfrutando de unas tierras fructíferas, de un mar tranquilo y de unos hijos nacidos conforme a las exigencias naturales de la raza [3]. Y es que, tras entrevistarme con Dios, mis oídos oyeron palabras imperecederas. ¡Hasta tal punto se preocupa Él de nuestra raza y de su perpetuación!»

[3] Lo que ocurre cuando los pueblos siguen los dictados de la Justicia: cf. Hesíodo, *Trabajos*, 235, y, por contra, *Trabajos*, 244, y Sófocles, *Edipo Rey*, 27.

89. *Entrega del Decálogo (Ex.* 17, 17 y ss.). 4. Tras pronunciar estas palabras, condujo hacia adelante al pueblo, incluidos mujeres y niños, para oír a Dios, quien les iba a hablar de sus normas de conducta, para que no se perdiera la sustancia de su mensaje como ocurriría de serles transmitido defectuosamente por lengua humana. Y todos oyeron su voz que, procedente del cielo, llegaba absolutamente a todos, de suerte que no se les escapó ninguno de los diez mandamientos que Moisés dejó escritos en las dos tablas y que a nosotros no nos está permitido enunciar explícitamente y al pie de la letra, por lo que indicaremos su significado.

91. *El Decálogo.* 5. Pues bien, el primer mandamiento nos enseña que Dios es uno y que debemos adorarlo sólo a Él. El segundo nos manda que no hagamos la imagen de criatura alguna, ni nos postremos ante ella. El tercero, no jurar por Dios a propósito de ningún asunto insignificante. El cuarto, guardar el último día de la semana, descansando de todo trabajo. El quinto, honrar a nuestros padres. El sexto, abstenernos de matar. El séptimo, no fornicar. El octavo, no robar. El noveno, no levantar falso testimonio. Y el décimo, no desear ninguno de los bienes ajenos.

93. *Los hebreos piden un código.* 6. Y la multitud, tras haber oído al propio Dios aquello de lo que Moisés les había hablado, abandonó la asamblea, contento por lo que se les acababa de decir, pero en los siguientes días, acudiendo una y otra vez a la tienda de Moisés, le pedían que les trajera de parte de Dios también leyes. Y Moisés no sólo les instituyó las leyes, sino que además en fechas posteriores les indicó de qué manera deberían comportarse en cualquier circunstancia, a lo que me referiré en su debido momento. Pero las más de estas ordenanzas las pospongo para otra obra, porque quiero dedicarles un tratado especial.

95. *Otra nueva ausencia de Moisés durante cuarenta días hace circular la especie de su muerte.* 7. Cuando ellos se encontraban en estos negocios, Moisés subió de nuevo al Monte Sinaí, tras advertírselo antes a los hebreos, y efectuaba la subida a la vista de ellos. Y como consumiera mucho tiempo en ello, ya que pasó ausente de ellos cuarenta días, los hebreos cogieron miedo de que a Moisés le hubiera ocurrido algo malo, y de todas las desgracias con que se tropezaron no hubo ninguna que los atormentaba

tanto como la idea de que hubiera perecido Moisés. En efecto, las gentes sostenían opiniones encontradas, pues mientras unos argumentaban que había perecido víctima de las fieras (y los que más ardorosamente afirmaban esto eran todos aquéllos que se encontraban enemistados con él), otros mantenían que había subido a los cielos a unirse con Dios. Por otra parte, en cuanto a los dotados de mente fría y que no tomaban con particular satisfacción ninguna de las dos opiniones citadas, hacía, sin embargo, que sobrellevaran con calma los hechos la idea de que, si había muerto víctima de las fieras, ello era humano, a la vez que consideraban verosímil que a instancias de Dios hubiera pasado a vivir con Él por las virtudes de que estaba adornado. Pero todos, al dar por sentado que habían quedado huérfanos de un patrón y protector como no podrían conseguir otro alguno, no paraban de atormentarse en extremo, y ni les dejaba llorar el esperar alguna buena nueva acerca de aquel hombre, ni tampoco podían evitar estar tristes y abatidos. Y no se atrevían a levantar el campamento, al haberles advertido Moisés que esperaran allí.

99. *Moisés regresa con las tablas de la Ley (Ex.* 22, 15 y ss.). 8. Pero, cuando habían transcurido ya cuarenta días y otras tantas noches, se presentó, sin haber probado alimento alguno de los habituales entre los hombres. Y su aparición llenó de alegría a las masas. Y luego les indicó que Dios velaba por ellos y también les dio a conocer de qué manera deberían comportarse para ser dichosos, argumentando que Dios se lo había sugerido durante aquellos días, y que Dios quería que se le levantara un tabernáculo, al que poder bajar a reunirse con ellos, «para que, aunque nos traslademos a otros sitios, lo llevemos con nosotros y no necesitemos ya subir al Sinaí, sino que Él, acudiendo al tabernáculo, pueda atender a nuestras súplicas. Y el tabernáculo citado será de las dimensiones y formato que Él indicó, a cuya ejecución vosotros os aplicaréis resueltamente». Tras haber pronunciado estas palabras, les mostró dos tablas, en las que estaban escritos los diez mandamientos, cinco en cada una, y la mano de Dios en el momento de escribirlos.

102. *El tabernáculo: sus materiales (Ex.* 35, 5 (y 25, 2). 6.1. Y ellos, contentos con lo que veían y con lo que oían al caudillo, no dejaban de poner todo el ardor de que eran capaces, sino que,

por el contrario, aportaban plata, oro y bronce, troncos de la madera más hermosa y que no podían sufrir deterioro alguno por efecto de la podredumbre, pelos de cabras y pieles de ovejas, aquéllos teñidos de azul, éstas de carmesí, unas mostrando florituras de púrpura y otras de color blanco. Traían además lana teñida con las florituras citadas y telas finas de lino con piedras incrustadas en ellas, piedras que las gentes prenden con objetos de oro y que usan como adorno especialmente lujoso, y montones de especias también. De material tan excelente construyó, pues, el tabernáculo, el cual, por lo demás, no difería lo más mínimo de un templo transportable e itinerante. Así, pues, reunido esto a toda prisa, en lo que rivalizaron todos y cada uno por encima incluso de sus posibilidades, puso, siguiendo el mandato divino, arquitectos al frente de las obras y que el mismo pueblo habría podido elegir si se le hubiera dado facultades para ello. Y sus nombres, que están escritos también en las Sagradas Escrituras, son los siguientes: Basael, hijo de Urí, de la tribu de Judá, y nieto de Mariame, la hermana del caudillo, y Elibaz, hijo de Isamac, de la tribu de Dan. Y las gentes acudieron con tanto ardor a la tarea que Moisés se vio obligado a contenerlos, haciendo público que bastaba ya con los que había, como le habían advertido los especialistas, quienes, por tanto, emprendieron la construcción del tabernáculo, mientras Moisés les informaba punto por punto de las dimensiones y tamaño del tabernáculo y de cuantos objetos necesarios para los sacrificios debía acoger, todo ello siguiendo las instrucciones de Dios. Pero hasta las mismas mujeres rivalizaban entre sí por aportar los mejores vestidos sacerdotales y todos los demás atavíos y útiles que exigía la obra para el culto divino.

108. *El recinto del tabernáculo* (*Ex.* 40, 17 (27, 9 y 16). 2. Cuando estaba a punto todo, el oro, el bronce y las telas, Moisés, después de prefijar la fecha para hacer una fiesta y sacrificios, cada uno según sus posibilidades, se dispuso a levantar el tabernáculo, tras delimitar previamente un terreno al aire libre, de cincuenta codos de ancho y cien de largo. Luego colocó postes de bronce, de cinco codos de altura, en número de veinte en cada uno de los dos lados más largos, y de diez en el lado posterior de los anchos. Y todos y cada uno de los postes disponían de argollas. Los capiteles de las columnas eran de plata, y su base de oro, semejantes a puntas de lanza, y de bronce, fijadas en el suelo. De

las argollas estaban prendidas cuerdas, sujetas en la parte primera a clavos de bronce de un codo de largos, los cuales, al hundirse en el suelo en todas y cada una de las columnas, habían de mantener el tabernáculo inmóvil pese a la violencia de los vientos. Y una tela de lino fijo, de los más abigarrados colores, cubría todas las columnas, bajando desde el capitel hasta la base, con gran vuelo, tapado todo el espacio en derredor, de suerte que no parecía diferenciarse lo más mínimo de una pared. Esta disposición tenían los tres lados citados del recinto. Pero en el cuarto lado, que al tener, en contraposición al lado parejo, cincuenta codos de largo, era la fachada de toda la estructura, había un espacio de veinte codos abierto, correspondiente a las puertas, en las que se levantaban dos postes, que semejaban una puerta de entrada. Estos dos postes eran en toda su extensión de plata, recubierta de bronce, salvo la base, que era sólo de bronce. Y a uno y otro lado de esta entrada se levantaban tres postes, que, al fijarse, penetraban en los dinteles, y de los que colgaba una cortina corrida, de fina textura. Y el espacio de las puertas, que tenía veinte codos de largo y cinco de alto, lo ocupaba un tapiz, hecho de púrpura y carmesí con aditamentos de azul y tejido fino, floreteado además con las más diversas formas, siempre que no representaran figuras de animales [4]. Y por la parte de dentro de las puertas de entrada había una pila de bronce, provista de una base del mismo metal, y con el agua contenida en ella los sacerdotes podían lavarse las manos y mojar los pies. El recinto tenía esta disposición.

115. *El tabernáculo mismo: el exterior.* 3. En la parte central de él levantó el tabernáculo, orientado hacia el naciente, para que el sol, nada más salir, desplegara sus rayos sobre él. Su longitud alcanzaba los treinta codos y su anchura llegaba a los diez, y una de las paredes quedaba al sur, y la otra estaba orientada al norte, y a la trasera del tabernáculo sólo quedaba el poniente. Y su altura debía ser proporcional a lo que alcanzara de anchura. Y en cada uno de los dos lados había veinte columnas, construidas en forma cuadrangular, y dotadas de una anchura de un codo y medio, y de un grosor de cuatro dedos, las cuales estaban guarnecidas tanto por dentro como por fuera por planchas de oro. Y cada una de ellas estaba provista de dos cojinetes, encajados en dos peanas, que eran

[4] Cf. también cap. 126.

de oro, contando cada una de éstas con un portón, por el que entraba el cojinete. La pared de poniente tenía seis columnas y ensamblaban todas tan perfectamente entre sí que, una vez tapadas las juntas, su ensamblaje aparentemente constituía sólo una pared, que era de oro tanto por dentro como por fuera. El número de columnas, pues, era proporcional, ya que en los dos lados más largos había veinte, de una anchura de codo y medio [5], cada una de ellas, y de un grosor de la tercera parte de un palmo, de suerte que con el conjunto de ellas se completaban treinta codos. Pero en la pared de atrás, donde el conjunto de las seis columnas cubren nueve codos, hicieron dos columnas más, cada una de medio codo, que colocaron en los ángulos y adornaron igual que las otras más grandes. Todas y cada una de las columnas tenían argollas de oro, insertadas por la cara exterior y pegadas a ellas por una especie de raíces, y formando una serie de círculos paralelos. Y a través de ellas pasaban varillas doradas, de cinco codos de largo cada una, utilizadas para atar unas con otras las columnas, cada varilla penetrando por el extremo en la siguiente por medio de un cojinete bien ingeniado, construido en forma de concha. En la pared trasera había una sola barra, que atravesaba todas las columnas, y en la que penetraban lateralmente las varillas últimas de las dos paredes más largas, las cuales eran sujetadas por tornillos, al encajar el macho en la hembra. Esto, claro está, hacía que el tabernáculo no se tambaleara ni por efecto de los vientos ni por otros motivos, sino que había de mantenerlo inmóvil, en la más completa estabilidad.

122. *El interior.* 4. Y, tras dividir la longitud del tabernáculo en tres partes, justo a una distancia de diez codos del fondo levantó cuatro columnas, construidas en igual forma que las otras y descansando sobre bases similares, pero a poca distancia unas de otras. La zona situada dentro de estas columnas era el *santasanctórum,* pero el resto del tabernáculo estaba abierto a los sacerdotes. Ahora bien, semejante distribución del tabernáculo resultaba ser también una imitación del Universo [6]. En efecto, el sector tercero de él, el que estaba situado por la parte de dentro de las cuatro columnas, y al que no podían acceder los sacerdotes, constituía una especie de cielo reservado para Dios, mientras que en el sector

[5] Texto de la tradición latina, que falta en la griega.
[6] Cf. cap. 180 y ss.

de los veinte codos podían entrar sólo los sacerdotes, igual que los hombres están facultados para recorrer tierras y mares. Pero en la fachada principal, por la que habían hecho la entrada, se levantaban columnas de oro, que descansaban en bases de bronce, en número de cinco.

124. *Las cortinas (Ex.* 36, 31 y ss.). Y cubrieron el tabernáculo con cortinas de lino fino, en las que estaban mezclados los colores púrpura, azul y carmesí. La primera de estas cortinas tenía unas dimensiones de diez codos en todos los sentidos, con la que cubrieron las columnas que, al dividir el templo, aislaban en su interior el santuario. Esta era la cortina que hacía que nadie pudiera verlo. Y todo el templo en su conjunto se llamaba el *Lugar Santo,* pero el sector situado por la parte de dentro de las cuatro columnas y al que nadie podía entrar recibía el nombre de *Santa-sanctórum.* Este tapiz era un primor, al estar adornado con toda clase de flores que produce la tierra y entretejido con todos los otros motivos que habían de darle realce, salvo con figuras de animales. Y una segunda cortina, muy parecida a ésta en tamaño, textura y color, abarcaba las cinco columnas de la entrada, desde la punta de arriba hasta la mitad de la columna, dándose la circunstancia de que en el extremo de cada columna había una anilla que la sujetaba. El sector que resta estaba reservado para que entraran en él los sacerdotes que pasaban al templo. Y encima de él había una cortina de lino, de las mismas dimensiones, estirada por cuerdas a uno y a otro lado, al tiempo que las anillas colaboraban con el tapiz y la cuerda tanto para desplegar la cortina como para que, al contraerla, se quedara fija en el extremo y no constituyera un obstáculo para la contemplación, sobre todo en los días más señalados. En cambio, en los restantes días y especialmente cuando nevaba era desplegada y así ponía bajo cubierto el tapiz de los colores. Precisamente de aquí viene la costumbre, conservada incluso después de haber construido nosotros el Templo, consistente en recubrir la entrada con un lienzo fino de similares características. Y otros diez tapices, de cuatro codos de ancho y veintiocho de largo, provistos de cojinetes de oro, estaban tan unidos entre sí por el contacto de la hembra y del macho que parecía tratarse de uno solo. Y luego, cuando se extendían por encima del templo, cubrían con su sombra tanto la parte de arriba como las paredes situadas a los lados y en la parte posterior, éstas hasta una

altura del suelo de aproximadamente un codo. También otras piezas de lino, iguales de anchas, pero una más en número y de superior longitud, ya que tenían treinta codos, tejidas con pelo pero confeccionadas con tanta finura como las de lana, cuando se desplegaban llegaban hasta el cielo, y en la puerta producían la impresión de un frontón y un porche, cuando era recogido sobre este punto el tapiz undécimo. Pero por encima de las telas citadas se extendían otras piezas, hechas de pieles, las cuales servían de protección y ayuda de las cortinas de tela tanto en los calores ardientes como cuando llovía. Y los que las contemplaban desde lejos recibían una fuerte impresión, ya que en el color no parecían diferenciarse lo más mínimo de los colores que aparecen en el cielo. Y las piezas hechas de pelo y de pieles bajaban igual que el velo de la puerta, para defenderlo del ardor del sol y de los efectos perniciosos de las lluvias. El tabernáculo fue construido en la manera dicha.

134. *El arca (Ex.* 25, 10 y ss., y 37, 1). 5. Y fue hecha para Dios también un arca de una madera de condición fuerte e imposible de sufrir putrefacción. El arca se llama *erón* en nuestra lengua, y su construcción fue más o menos de este tenor. Su longitud era de cinco palmos, mientras que su anchura y altura eran de tres palmos cada una. Y toda su superficie había recibido una mano de oro, y la tapadera la tenía pegada a ella mediante cojinetes de oro, de una manera maravillosa, tapadera que era igual por todas partes, sin estropear por ninguno de sus dos lados su perfecto acoplamiento con salientes. Y a cada una de las dos paredes más largas fueron fijadas dos anillas de oro, que atravesaban toda la madera, a través de las cuales fueron introducidas varillas doradas, por una y otra pared, para que los hebreos pudieran llevarla y moverla siempre que fuera menester, ya que no era arrastrada por una yunta, sino que cargaban ellos con ella. Y su tapadera tenía dos figuras, que los hebreos llaman querubines, y que son criaturas aladas, pero en su forma nada parecidos a ninguno de los seres contemplados por los hombres, y que Moisés asegura haberlos visto esculpidos en el trono de Dios. En este arca instaló las dos tablas en las que había escrito los diez mandamientos, cinco en cada una de las dos, y dos y media en una y otra cara. Luego la depositó en el *Santasanctórum.*

139. *La mesa de los panes (Ex.* 25, 23 y ss., y *Levítico,* 24, 5). 6. Y en el templo se situó una mesa parecida a las de Delfos, de

dos codos de larga, de uno de ancha y de tres palmos de alta. Y sus patas presentaban la más cabal perfección, desde la mitad hasta abajo, siendo de un porte parecido a las patas que los dorios ponen a sus camas, mientras que en la parte superior eran de estructura cuadrangular. Y cada lado de la mesa estaba provisto de un agujero hasta una profundidad aproximada de lo que mide la palma de la mano. Un borde en espiral rodeaba la parte superior e inferior del cuerpo de la mesa, y también aquí, en cada una de sus partes, tenía fijadas argollas, situadas a no mucha distancia de la tapadera, por las que pasaban unas varillas doradas, que por dentro eran de madera, y que no eran removibles, ya que la parte de la pata donde las argollas se unían a las varillas estaba hueca. Y las argollas tampoco forman un todo continuo, sino que antes de completar el círculo terminan en unas lengüetas, una de las cuales penetra en el entrante de la mesa, y el otro en la pata. Y por estas argollas se transportaba en los desplazamientos. Y encima de ella, que estaba situada en el templo no lejos del fondo y orientada al norte, dispusieron doce panes no tratados con levadura, en dos filas contrapuestas de seis cada una, elaborados con harina muy pura que pesaba dos *assarones,* medida hebrea que equivale a siete *cotylas* áticas [7]. Y sobre los panes fueron colocadas dos vasijas de oro llenas de incienso. Y eran traídos de nuevo otros panes [8] siete días después, coincidiendo con el día que nosotros llamamos *sábado,* ya que al séptimo día lo llamamos *sábado.* Y en otro lugar indicaremos el motivo por el que idearon este ritual.

144. *El candelabro (Ex.* 25, 31). 7. Y enfrente de la mesa, cerca de la pared orientada al mediodía, había un candelabro de oro puro, hueco, que pesaba cien minas, pero que los hebreos denominan *cínchares,* palabra que, traducida al griego, significa *un talento.* Constaba de pequeñas esferas y lirios, además de granadas y pequeños vasos, setenta en total, conjunto que se elevaba a partir de una sola base. El artífice del candelabro lo dotó de tantas partes como las atribuídas a los planetas y al sol [9]. Y terminaba en siete extremos, dispuestos en series iguales. Y sobre estos extremos descansaban siete lámparas, una sobre cada uno, imitando el

[7] Medida de aproximadamente medio cuartillo.
[8] Que sustituían a los primeros.
[9] Cf. cap. 182.

número de planetas, las cuales miraban al naciente y al mediodía, quedando el candelabro entrecruzado por ellas.

147. *El altar del incienso (Ex.* 30, 1). Y entremedias del candelabro y de la mesa, situados, como ya dije [10], en el interior del templo, se alzaba el altar del incienso, de madera, de la misma de la que estaban fabricados también los objetos ya citados que no se pudrían, pero por su superficie se había extendido una lámina de sólida consistencia. Cada uno de los lados de este altar tenía la anchura de un codo, pero doble de altura. Y encima de él sobresalía un brasero de oro, provisto en cada ángulo de una corona, también ésta de oro toda en derredor. Era por aquí por donde el altar estaba dotado de anillas y varillas, que los sacerdotes agarraban cuando la llevaban al caminar. Y se instaló también delante del tabernáculo un altar de bronce, también él de madera por dentro, el cual medía en cada lado cinco codos y tres de alto, adornado igual que los demás objetos de oro, provisto de láminas de bronce y con un brasero de un porte parecido al de una red. En efecto, como la base del brasero no quedaba debajo de todo el altar, era el suelo el que recogía el fuego que se caía del brasero. Y enfrente del altar había jarras y copas, además de incensarios, vasijas y demás utensilios que hicieron para tantos sacrificios, todos ellos de oro. Así era el tabernáculo y así los objetos de que estaba provisto.

151. *Vestimenta de los sacerdotes (Ex.* 38). 7.1. Y fueron confeccionados vestidos también tanto para los otros sacerdotes, que designan con el nombre de *caananeas,* como específicamente también para el Sumo Sacerdote, que llaman *anarabaches,* palabra que significa sumo sacerdote. Pues bien, la vestimenta de los sacerdotes comunes resultó ser del tenor siguiente. Cuando el sacerdote procede a cumplir los oficios sagrados después de haber llevado a cabo la purificación que la ley prescribe, lo primero que se pone es el llamado *machanases,* palabra que quiere significar *calzoncillos,* y se trata de unos pantalones hilados con tela de lino fino que cubren las partes pudendas y en los que se introducen las piernas como en los calzones. Termina por encima de la mitad del cuerpo y cuando muere al llegar a los muslos se ata alrededor de ellos.

[10] En cap. 139.

153. *La túnica (Ex.* 28, 39). 2. Y encima de la vestidura citada lleva una indumentaria de lino, de doble textura de tejido fino, llamada *chethomene,* palabra que significa *de lino,* pues nosotros el lino lo llamamos *cheton.* Y esta indumentaria es una túnica que llega hasta los pies cubriendo el cuerpo y atando estrechamente las mangas en torno a los brazos, y que se ciñen a la altura del pecho rodeándola un poco por encima de las axilas con una faja de unos cuatro dedos de ancho y de tejido calado, con lo que da la impresión de ser la piel de una serpiente, y que, al ser tejida, la adornaron con flores pintadas de carmesí y púrpura y también de azul y tejido fino. Y es atada cuando emprende el inicio de la vuelta a la altura del pecho y otra vez más al terminar y, cayendo con mucho vuelo, llega hasta los tobillos mientras el sacerdote no ejerce, ya que toma este formato para llamar la atención a los que la ven bien y, en cambio, cuando el sacerdote debe interesarse por los sacrificios y cumplir su ministerio, la lleva recogida sobre el hombro izquierdo, para que no le impida la realización de los oficios, como ocurriría si se le moviera. En fin, Moisés la llamó *abaneth,* pero nosotros la llamamos *hemían,* forma que tomamos de los babilonios, quienes la designan así. La túnica no tiene vuelo en parte alguna, pero presenta floja la boca del cuello y es atada por encima de ambos hombros con cordones que cuelgan del borde tanto de la parte del pecho como de la espalda. Se llama *massabazanes.*

157. *El turbante.* 3. Y encima de la cabeza el sacerdote lleva un gorro sin pico que no la cubre por completo, sino que llega un poco por arriba de la mitad. Se llama *masuaephthés,* y su estructura es tal que parece una corona hecha de una banda gruesa tejida con lino, ya que es hilada infinidad de veces con pliegues superpuestos. Luego, lo cubre, cayendo de arriba, un tejido fino que llega hasta la frente, cubriendo los hilados de la banda y su fealdad, y convirtiéndose en una superficie plana sobre todo el cráneo. Y está ajustado sólidamente, para que no se resbale cuando el sacerdote está ejerciendo su santo ministerio. Con esto hemos indicado cómo es la vestimenta específica del común de los sacerdotes.

159. *Vestimenta del Sumo Sacerdote: la túnica (Ex.* 28, 31). 4. El Sumo Sacerdote está ataviado también así, sin prescindir de ninguno de los atuendos citados, pero se pone además una túnica hecha de material azul, que también llega hasta los pies y que en

nuestra lengua se llama *meeír*. Y está ceñida por una faja pintada con los colores con que florecía la anterior túnica, y está elaborada con hilos de oro. Y en el borde de abajo tenía cosidas unas borlas, que imitaban por el color la forma de las granadas y que colgaban, como también campanillas de oro, dispuestas con gran primor, tanto que una granada estaba separada por un par de campanillas y una campanilla por las granadas. Pero esta túnica no consta de dos piezas ni, por tanto, está cosida en los hombros y en los costados, sino que se trata de una sola pieza larga y tejida y que dispone de una boca cortada no en transversal, sino rasgada todo a lo largo, desde la boca del cuello hasta el pecho y hasta la espalda. Y le ha sido cosida una orla para que no se vea el feo de la rasgadura. Y está abierta también de igual forma en el punto en que se separan los brazos.

162. *El efod* (*Ex.* 28, 6). 5. Y sobre estas piezas el Sumo Sacerdote se pone una tercera, el llamado *efod,* que se parece al manto griego de cubrir las espaldas, pues se hace de la siguiente manera. Se trata de una tela de un codo de fondo, pintada con todo tipo de colores y bordada en oro, que deja al descubierto la mitad del pecho, provista de mangas y consiguiendo constituir por toda su disposición una túnica. Pero con el espacio vacío que deja esta vestimenta coincide una pieza de un palmo de tamaño, bordada en oro y floreteada con los mismos colores que el *efod.* Se llama *essén,* palabra que en griego significa *oráculo.* Y llena especialmente la parte que dejaron libre por el pecho al tejer el *efod,* y está unido por anillas de oro que en cada ángulo comunican a la vez con él y con aquél, atados entre sí con anillas por un hilo de material azul que se coge. Y para que no esté flojo el espacio que queda en medio de las anillas idearon coserlo con hilos azules. Y este manto que cubre la espalda se abrocha en los hombros con dos sardónices que tienen de oro los dos cabos respectivos que desembocan en ellos, por ser un material adecuado a los broches. En las sardónices están escritos los nombres de los hijos de Jacob, en caracteres vernáculos y en nuestra lengua, seis en cada una de las dos piedras, y los nombres de los hijos mayores están en el hombro derecho. Pero también el pectoral está cubierto por doce piedras, de excepcional tamaño y hermosura, ornato que no pueden adquirir los hombres por lo desorbitado de su precio. Ahora bien, estas doce piedras, dispuestas en cuatro líneas a razón de tres por

cada fila, están insertadas en el tejido, y el material que las cubre es oro, que introduce sus espirales en el tejido y que adopta este formato para que no se corra. Y la primer serie de tres piedras está compuesta por sardónice, topacio y esmeralda, la segunda presenta rubí, jaspe y zafiro, la tercera serie el primer lugar lo ocupa el jacinto, le sigue la amatista, y la ágata está en tercer lugar, que equivale al noveno dentro del total, mientras que la cuarta fila la preside el crisólito, seguido de la ónice y a continuación por el berilo, que es el último de la serie. Y sobre las piedras han sido trazadas letras con los nombres de los hijos de Jacob, que también llamamos jefes de las tribus, siendo honrada cada una de las piedras con el nombre de uno de ellos, siguiendo el orden que cada uno de ellos ocupó al nacer. Pues bien, como las anillas eran demasiado débiles para hacer recaer sobre ellas el peso de las piedras, confeccionaron con el tejido otras dos anillas mayores incrustadas en el borde mismo del pectoral que sube hasta el cuello, anillas llamadas a enganchar en sí cadenas bien forjadas que se unían en los extremos de los hombros y que estaban lazadas con cuerdas trenzadas en oro, cuyos extremos penetraban convergentes en una varilla que sobresalía del borde de atrás del *efod.* Lo que daba seguridad al pectoral y evitaba que se corriera. Y, cosida al pectoral, hay una faja, parecida a los colores que antes mencioné y también en el oro, la cual, una vez que había terminado la vuelta, era atada otra vez a la altura del cosido, para luego colgar. Y unas fundas de oro guardan todas las borlas tras recogerlas en uno y otro extremo de la faja.

172. *La corona de oro.* 6. Y el Sumo Sacerdote tenía un gorro confeccionado igual que el del común de los sacerdotes y, sobre él, llevaba otro más, bordado de jacinto, rodeado por una corona de oro forjado en tres filas. Y sobre ésta emerge un cáliz de oro, que recuerda la planta llamada entre nosotros *saecharon* y que denominan *haba de cerdo* los griegos expertos en cortes de raíces. Pero por si hay personas que o bien desconocen el haba de cerdo e ignoran la naturaleza de esta planta aunque la hayan visto o bien no la reconocerían al verla aunque conozcan su nombre, voy a indicar su forma a quienes se encuentren en esta situación. Es una planta que alcanza muchas veces una altura superior a tres palmos y, por lo que a la raíz respecta, es parecida a un nabo [11] (y no erra-

[11] *Brassica rapa* (Thackeray).

ría quien la comparara a éste), pero en lo que atañe a las hojas, son parecidas a las de la mostaza [12]. De las ramas, sin embargo, saca un cáliz pegado a ellas, recubierto por una vaina que se separa por sí sola cuando el cáliz empieza a transformarse en fruto. El cáliz es del tamaño de la articulación del dedo pequeño, y su contorno parecido al de una copa. Pero indicaré también lo siguiente para quienes no lo saben: el cáliz tiene una de las dos secciones de una esferita cortada en dos junto al tronco y brota redondo de su base. Luego va convergiendo poco a poco, pero distendiéndose con elegancia a medida que se relaja, y vuelve a ensancharse ligeramente a la altura del labio, donde está cortado con el centro de una granada. Y la vaina hemisférica está adherida a él tan meticulosamente que cabría decir de ella que ha sido metida a torno, provista de unas incisiones que sobresalen por arriba y que dije que brotaban como una granada, espinosas y terminando en punta sumamente aguda. Y debajo de la vaina la planta guarda en toda la extensión del cáliz el fruto, similar a la semilla de la hierba *sideritis* [13], y echa una flor que puede parecer que guarda similitud con los anchos pétalos de la amapola. Sobre el modelo de esta planta fue forjada la corona que se extiende desde la nuca hasta ambas sienes. Pero la frente no la cubre la *ephielís* (llamamos así al cáliz), sino que quien la cubre es una lámina de oro, que tiene grabadas a cincel el nombre de Dios en caracteres sagrados. Tal es el ornato del Sumo Sacerdote.

179. *Simbolismo del tabernáculo y de la vestimenta.* 7. Pero cabría extrañarse de la aversión que hacia nosotros sienten las gentes y que han mantenido siempre en la creencia de que nosotros degradamos al Dios que estas gentes gustan venerar. Pues si se entendiera la estructura del tabernáculo y se viera la vestimenta del sacerdote y los objetos que utilizamos para el servicio sagrado, se descubriría que nuestro legislador fue un hombre enviado por Dios y que los denuestos lanzados por el resto de los hombres y que llegan a nuestros oídos no tienen razón de ser, porque cualquiera que quisiera examinar todos y cada uno de los detalles referidos sin mezquindad y con altura de miras descubriría que fueron hechos para imitar y representar el Universo. En efecto, al dividir Moisés

[12] *Brassica eruca* (Thackeray).
[13] Significado ignoto.

el tabernáculo, que tiene unas dimensiones de treinta codos, en tres partes y asignar dos de ellas a todos los sacerdotes en calidad de lugar público y transitable, significó la tierra y el mar, ya que también éstos son accesibles a todos. Y, en cambio, la tercera parte la circunscribió sólo para Dios porque también el cielo es inaccesible a los humanos. Y al poner sobre la mesa los doce panes significó con ello el año, que se divide en otros tantos meses. Y al hacer que el candelabro estuviera compuesto por setenta partes insinuó los diez signos de los planetas, al igual que al hacer las siete lámparas que hay sobre el candelabro significó con ello la trayectoria de los planetas, ya que suman ese número. Y los tapices tejidos con cuatro materiales denotan la naturaleza compuesta por cuatro elementos, ya que el lino semeja significar la tierra por brotar de ella, y la púrpura el mar por teñirse éste de rojo con la sangre de los peces, mientras que el azul quiere denotar el aire, y el carmesí podría ser prueba del fuego. Pero también la túnica del Sumo Sacerdote denota la tierra, por ser de lino, y el azul la bóveda celeste, al asemejarse por las granadas a los relámpagos y por el ruido de las campanillas a los truenos. Y con la prenda superior [14] quiso significar la naturaleza universal, la cual Dios decidió que estuviera formada con cuatro elementos, y al hacer que la citada prenda fuera tejida con oro pretendió captar, creo, el resplandor que invade la naturaleza entera. Y el pectoral, que ocupa el centro de la prenda superior, lo colocó a la manera de la tierra, ya que también ésta ocupa el centro mismo, y con la faja con que lo rodeó da a entender el océano, ya que también éste abarca toda la tierra. Y el sol y la luna son significados por las dos sardónices con que abrochó la vestimenta del Sumo Sacerdote. Y la docena de piedras si uno quisiera considerar que son los doce meses o, a su vez, igual número de constelaciones, que los griegos llaman círculo del zodíaco, no erraría la intención de Moisés. Por otro lado, también el gorro me parece simbolizar el cielo, al ser hecho de jacinto, ya que en otro caso no habría sido puesto sobre él el nombre de Dios, adornado con una corona y ésta de oro, determinada por el brillo que produce y que es el que más agrada a Dios. Y baste con las demostraciones presentadas hasta aquí, ya que nuestra obra nos permitirá pasar revista muchas veces y en muchos hechos a la valía del legislador.

[14] *Ephaptis*, otro término para designar lo que antes, en el cap. 162, fue llamado el *ephod* o *eponis*.

188. *Arón nombrado Sumo Sacerdote (Ex.* 28,1, y *Lev.* 8,1). 8.1. Y cuando la obra antes dicha estuvo terminada pero las ofrendas todavía no habían sido consagradas, Dios se le apareció a Moisés y le ordenó que concediera el Sumo Sacerdocio a su hermano Arón por merecer a causa de sus virtudes obtener este honor más que cualquier otro. Y Moisés, tras haber convocado a una asamblea al pueblo, pasó revista a sus propias virtudes, a su afecto y a los peligros que había corrido por defenderlos a ellos. Y, al estar los hebreos de acuerdo con él en todo y testimoniarle su buena disposición, les dijo: «Israelitas, la obra ya ha alcanzado el fin que más agradaba al propio Dios y que nosotros podíamos darle, pero puesto que debemos acogerlo a Él en el tabernáculo necesitamos antes de nada a la persona que actuará de sacerdote y que atenderá a los sacrificios y a las súplicas en favor nuestro. Y al menos yo, si se me hubiera encomendado a mí la resolución de esta cuestión, me habría considerado a mí mismo merecedor de este honor, no sólo porque todo el mundo quiere por naturaleza lo mejor para sí, sino también porque en el fondo de mi corazón estoy convencido de haberme esforzado mucho por vuestra salvación. Pero ocurre que Dios mismo ha considerado merecedor de este honor a Arón y a éste lo ha elegido sacerdote, y Dios conoce mejor que nadie al que de entre nosotros es más justo, por lo que será Arón quien se pondrá la vestimenta consagrada a Dios, atenderá a los altares, velará por los sacrificios y orará por nosotros a Dios para que nos escuche propicio, no sólo porque se preocupa por nuestra raza, sino también porque acogerá de buen grado las súplicas que le dirija al venir del hombre que Él mismo eligió para sí.» Y los hebreos quedaron satisfechos con estas palabras y aprobaron la elección de Dios, ya que Arón era más adecuado que nadie para este honor por el parentesco y por la facultad profética y las virtudes de su hermano. Y él tenía en aquella fecha cuatro hijos: Nabad, Abiú, Eleazar, Itamar.

193. *Ornamentos para cubrir el tabernáculo.* 2. Y todos los recursos que sobraron de los aportados para la construcción del tabernáculo mandó emplearlos en tapices destinados a cubrir el propio tabernáculo, el candelabro, el altar del incienso y los demás objetos, para que durante el viaje no fueran dañados lo más mínimo ni por la lluvia ni por el polvo. Y, después de reunir el total, mandó que le aportaran una nueva contribución, a razón de medio

siclo por cabeza (el siclo es una moneda hebrea que, al cambio, equivale a cuatro dracmas áticas). Y ellos obedecieron prestos a lo que les mandó Moisés, siendo el total de los contribuyentes seiscientos cinco mil quinientos cincuenta. Y los que aportaron el dinero fueron los hombres libres de entre veinte y cincuenta años de edad. Y la cantidad reunida se empleó para las necesidades del tabernáculo.

197. *El óleo de unción y los perfumes de purificación (Ex.* 30, 22, y *2 Crónicas* 13,11). 3. Y consagró la tienda y a los sacerdotes, efectuando su santificación con el siguiente ritual. Mandó machacar y mojar quinientos siclos de mirra selecta e igual número de la planta iris y la mitad del peso de las anteriores especias de canela y caña aromática (también esta última es una especie de perfume), y luego, tras mezclar con esos productos un *hin* de aceite de oliva (el *hin* es una medida de la región que, al cambio, equivale a dos *chóes* áticos) y hervirlo todo, preparó por la habilidad de los perfumeros un ungüento de la más olorosa fragancia. Y a continuación, luego de cogerlo en sus manos, procedió a ungir y a consagrar así a los propios sacerdotes y todo el tabernáculo. Y los perfumes, de los que había muchos y variados, y que eran muy caros, los amontonó en el tabernáculo, encima del altar de oro de los inciensos, y cuya naturaleza omito explicar para no resultar pesado a los lectores. Y dos veces al día, antes de salir el sol y al ponerse, había que ofrecer incienso y consagrar aceite, que era menester guardar para las lámparas, tres de las cuales debían lucir sobre el sagrado candelabro en honor a Dios durante todo el día, mientras las restantes [15] las encendían al anochecer.

200. *Los artífices de la obra.* 4. Y, cuando todas las obras habían tocado ya a su fin, fueron considerados los mejores artistas Beselel y Eliab, en atención a que habían aspirado en sus obras a mejorar los inventos descubiertos por los antepasados y a que habían demostrado ser los más capacitados para concebir la manera de efectuar cosas antes ignoradas. Sin embargo, el más sobresaliente de los dos resultó ser considerado Beselel. Y el total de tiempo empleado en la obra fue de siete meses, y a su terminación se cumplió el primer año contando desde que habían abandonado

[15] Cuatro. Cf. cap. 146.

Egipto. Y consagraron el tabernáculo y todos los objetos que, según señalé, estaban relacionados con él en la luna nueva de principios del año segundo, en el mes de Jántico según los macedonios y de Nisán según los hebreos.

202. *Manifestación de la presencia de Dios (Ex.* 40, 34). 5. Y Dios evidenció que se hallaba satisfecho con la obra de los hebreos y que ellos no se habían esforzado en vano porque Él desdeñara utilizarla, sino que se hospedó y se alojó en este templo. Y manifestó su presencia de la siguiente manera: todo el cielo estaba claro, y se extendió la niebla sólo por encima del tabernáculo, encerrándolo con una nube ni tan profunda y espesa que pareciera propia del invierno, ni tampoco tan fina que la vista pudiera observar algo a través de ella, sino que fluía de ella una lluvia suave y que evidenciaba la presencia de Dios a quienes así lo querían y creían.

204. *Ceremonias inaugurales (Ex.* 29,1; *Lev.* 8,1 y 9, 24). 6. Y Moisés, tras recompensar con los debidos regalos a los operarios que habían construido obra tan hermosa, sacrificó en el atrio del tabernáculo y conforme al mandato divino, un toro, un carnero y un cabrito como víctimas propiciatorias por los pecados cometidos y luego (pues me propongo referir en el tratado sobre los sacrificios el ritual seguido en estas ceremonias sagradas, con el fin de indicar qué parte de las víctimas ordena la ley ofrecer en holocausto y qué partes permite comer), pues bien, luego, con la sangre de las víctimas roció y consagró la vestimenta de Arón, al propio Arón y con él a sus hijos, utilizando agua de manantial y ungüento, para que pasaran a pertenecer a Dios. Pues bien, durante siete días más trató tanto el tabernáculo como los objetos correspondientes con aceite previamente incensada, según dije [16], y con la sangre de los toros y carneros, que eran sacrificados a razón de uno por especie cada día, y al octavo anunció una fiesta para el pueblo y le impuso la obligación de ofrecer sacrificios según las posibilidades de cada uno. Y ellos obedecieron sus órdenes, compitiendo y rivalizando entre sí para que las ofrendas que cada uno aportara superaran a las de los otros. Y, cuando las víctimas habían sido depositadas sobre el altar, un súbito fuego

[16] Cap. 199.

prendió espontáneamente en ellas y, adoptando un aspecto semejante al resplandor de un relámpago, consumió con su llama todo lo que había en el altar.

208. *Muerte de los dos hijos de Arón (Lev.* 10,1). 7. Pero a causa de este fuego le aconteció una desgracia a Arón, que le afectó como es natural que le afectara tratándose de un hombre y de un padre, pero que fue sobrellevada por él con gran entereza de ánimo, porque era fuerte de espíritu en las desgracias y creía que el percance le había sucedido por voluntad de Dios. Ocurrió lo siguiente: de los cuatro hijos que, como dije, tenía, los dos mayores, Nabad y Abiú, al llevar al altar el incienso, pero no el que había indicado Moisés, sino el mismo que utilizaban antes, se quemaron, al lanzar el fuego contra ellos una chispa, con lo que empezó a quemarles el pecho y la cara, sin que nadie pudiera apagarlo. Estos murieron así, pero Moisés mandó a su padre y a sus hermanos que levantaran los cadáveres y que, tras llevarlos fuera del campamento, los enterraran con gran suntuosidad. Pero el pueblo los lloró amargamente, al estar afectado terriblemente por una muerte sobrevenida tan inesperadamente. Sólo a sus hermanos y a su padre pidió Moisés que no se preocuparan de sufrir por ellos, porque debían anteponer el culto de Dios a estar abatidos por ellos. Y es que Arón estaba ya revestido con el atuendo sagrado.

212. *Moisés escribe las Leyes (Números* 7, 89). 8. Moisés, por su parte, tras declinar todos los honores que veía que el pueblo estaba decidido a conferirle, se dedicaba en cuerpo y alma sólo al trato con Dios. Desistió de subir al Sinaí y, penetrando en el tabernáculo, se ocupaba de los asuntos por los que pedía a Dios, comportándose como uno más del común y conduciéndose en la forma de vestir y en todo lo demás como uno más del pueblo y no queriendo parecer distinto del común de las gentes por ninguna otra cosa más que por ser visto que velaba por ellos. Y todavía escribió la constitución y las leyes, conforme a las cuales vivirían de una manera grata a Dios, sin tener nada que objetarse los unos a los otros. Ahora bien, Moisés compuso estos tratados al dictado de Dios. Pasaré revista, pues, a la constitución y a las leyes.

214. *Resplandor oracular de las piedras.* 9. Quiero exponer, sin embargo, lo que omití en relación con la vestimenta del Sumo

Sacerdote. Y es que Moisés no dejó ni dio pie a los maleficios de los profetas, contando con que hubiera algunos dispuestos a manejar pérfidamente la voluntad de Dios, sino que dejó a Dios totalmente libre de participar en las ceremonias sagradas siempre que quisiera y de no asistir a ellas, y quiso que ello pudiera ser observado no por los hebreos solamente, sino también por los extranjeros que asistieran a estos actos. En efecto, de las piedras que, según dije antes [17], llevaba el Sumo Sacerdote sobre los hombros y que eran sardónices (considero superfluo señalar las facultades de estas piedras por ser conocidas de todos) ocurría, siempre que Dios asistía a los sacrificios, que resplandecía la de la izquierda, la que estaba abrochada en el hombro derecho, saltando de ella una luz visible incluso para los que estaban muy lejos y que nunca antes había tenido la piedra. Y, aunque este hecho es, por consiguiente, admirable para los que no han ejercitado su sabiduría en el menosprecio de las cosas divinas, voy a decir lo que es todavía más admirable que eso: Dios presagiaba la victoria a los que se disponían a entrar en guerra a través de las doce piedras que el Sumo Sacerdote lleva en el pecho, insertadas en el pectoral. En efecto, el brillo dimanante de ellas destelleaba unos fulgores tan grandes cuando el ejército todavía no se había puesto en movimiento que era evidente a toda la masa que Dios se hallaba presente dispuesto a prestarles su concurso. De aquí viene que los griegos que aprecian nuestras costumbres al pectoral lo llaman *oráculo,* por no poder refutar en modo alguno estos hechos. Pues bien, dejaron de emitir destellos el pectoral y la sardónice doscientos años antes de que yo compusiera esta obra [18], al tomar Dios a mal la contravención de las leyes, de lo que hablaremos en su justo momento. Pero ahora tornaré a reanudar la narración.

219. *Ofrendas de los jefes de tribu (Números* 7, 1). 10. En efecto, una vez consagrado el tabernáculo y dispuesto lo concerniente a los sacerdotes, el pueblo entendió que Dios habitaba con él el tabernáculo y tornó a los sacrificios y a las fiestas, en el convencimiento de haber alejado ya toda amenaza de calamidad y, mirando al porvenir muy animados por considerarlo mejor que el pasado, ofrendaron distribuidos por tribus dones a Dios, unas

[17] Cap. 165.

[18] Josefo ultimó la obra en el año 93-94 d. C.

veces todos juntos, y otras cada uno en particular. En efecto, los jefes de tribu, tras reunirse en grupos de dos, aportaron un carro y dos bueyes. Consiguientemente, los carros, reunidos por esta vía, fueron seis, los cuales transportaban en los desplazamientos el tabernáculo. Y cada uno de los jefes de la tribu, además de eso, trajo una copa, un plato y un incensario: este último valiendo diez dáricos y lo traían lleno de perfumes para el incienso, mientras que el plato y la copa, ésta de plata, valían entre las dos piezas doscientos siclos, de los que habían sido gastados para la copa sólo setenta, y ambos estaban llenos de salvado empapado en aceite, utilizado en el altar para los sacrificios. Y trajo también un ternero, un carnero, más un cordero de un año, para ser quemados íntegros, y con ellos un cabrito como víctima propiciatoria de sus pecados. Pero cada uno de los jefes trajo también otras víctimas, llamadas *salvadoras:* cada día dos bueyes y cinco carneros junto con corderos y cabritos de año. Pues bien, estos jefes hacían sacrificios durante doce días, uno durante un día entero. Moisés, por su parte, ya no subiendo al Sinaí, sino penetrando en el tabernáculo, se enteraba por medio de Dios de lo que debía hacer y de la composición de las leyes, que, al ser superiores a lo que la inteligencia humana puede concebir, vinieron a ser observadas firmemente durante todo el tiempo, dando la impresión de ser un don de Dios, hasta el punto de que los hebreos no transgredieron ninguna de las leyes, ni en tiempo de paz por molicie ni en guerra a la fuerza. Pero de este tema dejo de hablar, por haber decidido componer otro tratado acerca de las leyes.

224. *Sacrificios de varios tipos. Holocaustos (Lev.* 1, 1 y ss.). 9.1. Pero ahora mismo aludiré a unas pocas disposiciones concernientes a las purificaciones y a los sacrificios, y eso porque me ha llegado el momento de hablar de las ofrendas. Hay, en efecto, dos tipos de sacrificios, uno de los cuales es celebrado por simples particulares y el otro por el pueblo entero, y se efectúan conforme a dos rituales distintos: en el primer caso se quema por completo toda la ofrenda y por eso ha recibido tal denominación [19], y el otro es una acción de gracias y se celebra con un banquete de los oferentes. Pero hablaré del primero de los dos. Un individuo, simple particular, que va a ofrecer un holocausto, sacrifica un buey, un

[19] *Holocausto.*

corderillo y un cabrito, estos dos últimos de año, mientras que los bueyes se permite sacrificarlos incluso de edad avanzada. Pero las víctimas destinadas al holocausto deben ser machos. Y, una vez que éstas han sido sacrificadas, los sacerdotes mojan con sangre el redondel que forma el altar, y luego, después de limpiar las víctimas, las descuartizan y, una vez que las han salpicado con granos de sal, las colocan sobre el altar, lleno ya de astilla y de fuego que arde. Las patas y las vísceras de las víctimas las limpian meticulosamente y luego las juntan con las demás partes para ser consagradas, mientras que las pieles se las llevan los sacerdotes. Este es el ritual de un holocausto.

228. *Sacrificios en acción de gracias (Lev.* 3,1). 2. Cuando realizan sacrificios en acción de gracias, los oferentes inmolan los animales mismos, pero éstos perfectos y mayores de un año, machos y hembras por igual. Y, una vez que los han inmolado, salpican de sangre el altar, y los riñones, el redaño y toda la grasa más el lóbulo del hígado y con ellos el rabo del cordero los colocan encima del altar. Y después de entregar a los sacerdotes el pecho y la pierna derecha, se dan un banquete con el resto de la carne, y lo que sobre de ello lo queman.

230. *Ofrendas por sus pecados (Lev.* 4, 27 y ss.). 3. Pero ofrecen también por los pecados sacrificios, y el ritual que siguen en este sacrificio se realiza de manera similar a la anteriormente dicha. Ahora bien, los que no tienen posibles para ofrecer víctimas grandes ofrecen dos palomas o dos tórtolas, de las que una es ofrecida a Dios en holocausto, mientras que la otra la entregan a los sacerdotes para que se la coman. Pero en el tratado sobre los sacrificios hablaremos más detalladamente acerca del sacrificio de estos animales. En efecto, quien por ignorancia haya incurrido en pecado aporta un cordero y un cabrito hembra de los mismos años, y luego el sacerdote moja con sangre el altar, pero no como antes, sino los extremos de las esquinas, y una vez que ellos ponen encima del altar los riñones y el resto de la grasa, más el lóbulo del hígado, los sacerdotes se llevan las pieles y la carne para consumirla aquel mismo día en el templo, ya que la ley no permite dejarla para el siguiente. En cambio, el que pecó y lo sabé él solo en su fuero interno pero no hay nadie que pueda denunciarlo, sacrifica un carnero, que es lo que manda la ley, con cuya carne se

alimentan igualmente los sacerdotes en el templo el mismo día. Y los jefes de tribu que hacen un sacrificio por los pecados que hayan cometido aportan los mismos animales que los particulares, pero difieren en que llevan al templo como víctimas un toro y un cabrito machos.

233. *Ofrendas de harina, aceite y vino (Núm.* 15,4-10, y *Lev.* 2,1; 6,14 y ss.). 4. Por otro lado, la ley prescribe que se aporte harina finísima para los sacrificios públicos y privados: un *assarón* cuando la víctima es un cordero, dos cuando es un carnero, y tres cuando se trata de un toro. Esta harina, después de mezclada con aceite, la consagra sobre el altar, pues hay que decir que los oferentes traen también aceite: para un buey medio *hin,* para un carnero la tercera parte de esta medida, y una cuarta parte para un cordero. Y el *hin,* que es una medida antigua de los hebreos, equivale a dos *chóes* áticos [20]. Y aportaban también vino en la misma cantidad que aceite, pero el vino lo derraman en torno al altar. Y si uno, sin que celebre un sacrificio, trae en cumplimiento de una promesa harina finísima, entonces echa sobre el altar como primicia un puñado de ella, y el resto la toman los sacerdotes para su alimentación, o cocida, ya que es empapada de aceite, o convertida en pan. En cambio, si es un sacerdote el que trae alguna ofrenda, es necesario quemarla toda entera. Pero la ley prohibe sacrificar un animal el mismo día y a la vez que a su padre y, además, tampoco antes de cumplir ocho días de vida. Y se hacen otras ofrendas por haber escapado de alguna enfermedad o por otros motivos, para las que se emplean tortas junto con las víctimas, de lo que la ley manda no dejar nada para el día siguiente, mientras los sacerdotes se toman para sí una parte.

237. *Sacrificios diarios: sábados y luna nueva (Núm.* 28, 3-15, y *Ex.* 29, 38 y ss.). 10.1. Hay una ley que ordena que sea sacrificado a costa del erario público un cordero de un año todos los días, al empezar y al terminar el día, pero en el día séptimo, que recibe el nombre de *sábado,* sacrifican dos, siguiendo en ambos casos el mismo procedimiento ritual. Y el día de luna nueva, además de los sacrificios cotidianos, ofrecen dos bueyes, más siete corderos de año, y un carnero, y además un cabrito, éste para el perdón de un posible pecado, cometido por olvido.

[20] Cf. cap. 197.

239. *Sacrificios del séptimo mes: el primer día (Núm.* 29, 1). 2. Y en el mes séptimo, que los macedonios llaman *Hiperbereteo,* además de lo dicho sacrifican un toro, un carnero y siete corderos, y un cabrito, éste especialmente por sus pecados.

240. *Sacrificios del día diez (Núm.* 29,7). *La víctima propiciatoria y otras ceremonias (Lev.* 16,5 y ss.). 3. Y el día diez del mismo séptimo mes según el cómputo lunar ayunan hasta el anochecer y sacrifican en este día un toro, dos carneros y siete corderos, más un cabrito como ofrenda por sus pecados. Pero además de estos animales ofrecen dos cabritos, uno de los cuales es arrojado vivo al desierto transfronterizo, a fin de que sirva como medijo de evitar los males y de que sean perdonados a todo el pueblo sus pecados, mientras que al otro, tras llevarlo a un lugar limpísimo de los suburbios, lo queman allí mismo con piel y todo, sin haberlo limpiado nada en absoluto. Y al mismo tiempo que él es quemado un toro, no aportado por la comunidad, sino ofrecido por el Sumo Sacerdote a sus propias expensas. Y, sacrificado éste, el sacerdote, tras introducir en el templo algo de su sangre y también de la del cabrito, rocía con el dedo el techo siete veces y, con la misma sangre igualmente, el suelo del interior del templo y de alrededor del altar de oro otras tantas veces, y el resto lo lleva al atrio y lo emplea en rociar el altar mayor [21]. Además de lo citado, ponen encima del altar las extremidades, los riñones y la grasa, más el lóbulo del hígado. Pero el Sumo Sacerdote ofrece también un carnero para ser dedicado en holocausto a Dios.

244. *El día quince: la fiesta de los tabernáculos.* 4. Y en el día quince del mismo séptimo mes, cuando el tiempo se encamina ya hacia el invierno, Moisés mandó, por un lado, que cada grupo formado por una familia construyera una tienda, previendo el frío y para resguardarse de las inclemencias propias de esa época del año y, por otro, que, cuando tuvieran la suerte de alcanzar la tierra de sus padres y llegar a la ilustre ciudad que a causa del Templo considerarían la metrópoli, celebraran durante ocho días una fiesta en la que debían ofrecer holocaustos y hacer sacrificios a Dios en acción de gracias, llevando en las manos un manojo compuesto de mirto y mimbre, más una rama de palmera y, sumado a ello, una

[21] Cap. 149.

manzana del árbol llamado *perséa.* Y mandó también que en el primero de los días citados el sacrificio del holocausto constara de trece bueyes, de un número de corderos superior al anterior en uno, y de una cifra de carneros superior en dos, más un cabrito, y éste para el perdón de sus pecados. Y en los días siguientes se sacrifica el mismo número de corderos y carneros, más el consabido cabrito, pero en el caso de los bueyes van restando uno cada día hasta reducirse a siete. Y el día octavo se abstienen de todo trabajo y, conforme hemos dicho anteriormente, ofrecen a Dios un sacrificio compuesto por un ternero, un carnero y siete corderos, más un cabrito por el perdón de sus pecados. Y celebrar los hebreos estas ceremonias cuando construyen las tiendas es un rito transmitido de padres a hijos.

248. *La Fiesta de Pascua y de los ázimos (Lev.* 23, 5 y ss., *Núm.* 28, 17). 5. Y en el mes de Jántico, llamado entre nosotros Nisán y con el que empieza el año, el día catorce según el cómputo lunar, cuando el sol se halla en Aries, en honor a que en este mes fuimos liberados de la esclavitud a que estábamos sometidos bajo los egipcios dictaminó por ley que ofreciéramos también año tras año el sacrificio llamado Pascua, que anteriormente dije que ofrecimos nosotros en el momento de salir de Egipto y, por cierto, lo celebramos por fratrías, sin que ninguna parte de lo ofrecido sea guardado para el día siguiente. Y a la Pascua le sigue, el día quince, la fiesta de los ázimos, que dura siete días durante la cual se alimentan con pan no tratado con levadura y son sacrificados cada día dos toros, un carnero y siete corderos. Y estos animales son ofrecidos en holocausto, siendo sumado a este total también un cabrito, que es ofrecido por sus pecados y que es utilizado para el banquete de los sacerdotes celebrado en cada uno de estos días. Y en el segundo día de los ázimos, que corresponde al dieciséis del mes, los frutos del campo que previamente han cosechado pero que todavía no han tocado los cogen y, entendiendo que es justo antes de nada honrar a Dios porque gracias a Él han obtenido abundancia de ellos, le ofrecen las primicias de cebada conforme a un ritual del tenor siguiente. Después de secar un manojo de espigas, majarlas y dejar limpia la cebada hasta ser convertida en harina, ofrecen a Dios un *assarón* de ella que colocan sobre el altar y, una vez que han arrojado sobre él un puñado de harina, el resto lo dejan para el uso de los sacerdotes. Y entonces ya está permitido

proceder a cosechar, pública o individualmente. Pero junto a las primicias de los frutos ofrecen a Dios en holocausto un corderillo.

252. *La Fiesta de Pentecostés (Lev.* 23, 15 y ss., y *Núm.* 28, 27 y ss.). 6. Transcurrida la séptima semana a contar de este sacrificio (los días de estas siete semanas suman cuarenta y nueve) y llegado el día quincuagésimo, que los hebreos llaman *Asarthá,* palabra que significa *día quincuagésimo,* ofrecen en él a Dios un pan de harina de trigo tratada con levadura, de dos *assarones* de peso, y dos corderos para ser sacrificados. Y ello se hace así porque está mandado por la Ley ofrecer a Dios estos dones, que son preparados para el banquete de los sacerdotes, sin que nada de ello se les permita dejarlo para el día siguiente. Y además ofrecen en holocausto tres terneros, dos carneros y catorce corderos, más dos cabritos por sus pecados. Y no hay fiesta alguna en la que no ofrezcan víctimas en holocausto y no se den descanso en sus trabajos y quehaceres, sino que en todas es obligado por Ley un tipo de sacrificio y la apacibilidad del descanso, y en todas ellas andan de fiesta después de haber ofrecido los sacrificios.

255. *El pan ázimo (Lev.* 24, 5). 7. A cuenta del erario público, sin embargo, es ofrecido pan cocido falto de levadura, en lo que se emplean veinticuatro *assarones.* Los panes son cocidos separadamente y de dos en dos la víspera del sábado, y el sábado por la mañana son llevados y colocados en la santa mesa en dos filas contrapuestas de seis cada una. Y, tras ser colocadas encima de ellos dos fuentes de oro repletas de incienso, allí quedan hasta el sábado siguiente. Y, llegado éste, son traídos otros en sustitución de ellos, que son entregados a los sacerdotes para su alimentación e, igualmente, quemado el incienso en el santo fuego en el que queman también las víctimas en su integridad, es colocado encima de los panes otro incienso en sustitución de aquél. El sacerdote, por su parte, ofrece a costa suya (y lo hace dos veces al día) harina fina mezclada con aceite y endurecida por un breve cocimiento, y la cantidad de harina que ofrece es un *assarón,* la mitad de la cual la echa al fuego por la mañana y la otra mitad por la tarde. Otra vez daremos cuenta más precisa de estas cuestiones, pues por ahora me parece que ha sido dicho ya bastante acerca de ello.

258. *Leyes sobre la pureza. Consagración de los levitas (Núm.* 3, 5). 11.1. Y Moisés, después de segregar de la comuni-

dad general la tribu de Leví, la purificó, para hacerla sagrada, con agua de manantial siempre corriente y con los sacrificios que la Ley obliga a ofrecer a Dios en tales circunstancias, tras lo cual los encargó del tabernáculo, de los utensilios sagrados y de todos los demás que habían sido hechos para cubrir el tabernáculo, a fin de que colaboraran con los sacerdotes bajo la dirección de éstos, quienes ya habían sido consagrados a Dios.

259. *Leyes sobre la comida.* 2. Pero también en relación con los animales determinó Moisés lo que, de cada uno de ellos debían comer, y de lo que, por el contrario, debían abstenerse por siempre, cuestiones de las que trataremos en la primera ocasión que el escrito nos ofrezca, añadiendo los motivos por los que Moisés fue impulsado a ordenarnos que podíamos comer algunos de ellos, mientras que nos impuso la obligación de abstenernos de otros. En todo caso, prohibió utilizar cualquier sangre para comerla, por considerarla alma y espíritu, y también impidió comer la carne del animal que hubiera muerto de muerte natural, y advirtió que se abstuvieran del redaño y de la grasa de la cabra y de la del ganado vacuno.

261. *Leyes concernientes a los leprosos e impuros (Lev.* 13-15, y *Núm.* 19, 11 y 31, 19). 3. Y desterró de la ciudad no sólo a los que padecen en sus cuerpos la enfermedad de la lepra, sino también a los que sufren gonorrea. Y a las mujeres a las que les venga su flujo natural las aisló durante siete días, tras los cuales les permite que vivan entre la gente, al considerarlas ya puras. Y lo mismo ocurre con el que tuvo contacto con un cadáver, quien, después de pasar ocho días aislado, luego ya es legal que viva entre la gente. Pero el que se mantenga incurso en la impureza durante un número de días superior al indicado la Ley lo obliga a sacrificar dos corderillas, una de las cuales debe ofrecer en holocausto, y la otra se la llevan los sacerdotes. Y en las mismas circunstancias sacrifican también en el caso del que sufre gonorrea. Pues quien secreta esperma durante el sueño, se zambulle en agua fría igual que los que de forma legal tienen contacto sexual con su mujer, y así ya obtienen permiso para vivir con el resto de la gente. A los leprosos, en cambio, los expulsó definitivamente de la ciudad, no pudiendo relacionarse con nadie y sin diferenciarse lo más mínimo de un muerto. Pero si alguno de ellos, tras vehementes súplicas a

Dios, se ve libre de la enfermedad y vuelve a tener fuerte la piel, ése tal corresponde a Dios con diversos sacrificios, de los que hablaremos más tarde.

265 *Leyendas absurdas sobre la posible lepra de Moisés y los suyos.* 4. De ahí que sería un ridículo cualquiera que dijera que Moisés había sido desterrado de Egipto por padecer él la enfermedad de la lepra y que había conducido a los expulsados de allí por el mismo motivo, llevándolos a Canán. Pues si esto fuera cierto, Moisés no habría impuesto por Ley para su propio daño castigos tan fuertes, a los que era razonable que se hubiera opuesto él, a instancias incluso de otros, sobre todo cuando en muchas naciones había leprosos que hasta gozaban de honores, ya que no sólo estaban libres de toda ofensa y destierro, sino que incluso conducían famosísimas expediciones militares, tenían confiado el mando político y disponían de la facultad de entrar en los lugares sagrados y en los templos [22]. De manera que nada impedía que también Moisés, si él o el pueblo que le acompañaba hubiera padecido tan infausta enfermedad de la piel, hubiera dictado por ley las condiciones más benignas para los leprosos y no haber determinado castigo tan cruel. Al contrario, es claro no sólo que los que dicen esto de nosotros lo hacen impulsados por la envidia, sino también que Moisés dictó leyes sobre estos enfermos encontrándose él limpio de esta enfermedad en medio de sus compatriotas, que se hallaban igualmente limpios, obrando así en honor de Dios. Pero, en fin, cada cual interprete esto según le parezca.

269. *Impureza de las mujeres que han dado a luz (Lev.* 12,2). A las mujeres cuando han dado a luz les tiene prohibido entrar en el templo y tocar ofrendas hasta los cuarenta días si lo traído al mundo es varón, pues se da la circunstancia de que los días son el doble en caso de dar a luz una hembra. Pero, cumplido el período de tiempo señalado, entran y llevan ofrendas, que los sacerdotes asignan a Dios.

270. *Ordalías en caso de sospecha de adulterio (Núm.* 5, 12). 6. Y si uno sospecha que su mujer le ha sido adúltera, lleva un

[22] Cf. 2 Reyes V, 18.

assarón de harina de cebada y, después de ofrecer a Dios un puñado de ella, el resto lo entrega a los sacerdotes para su alimetnación. Y uno de los sacerdotes, después de situar a la mujer en cuestión en la puerta que mira al templo y de quitarle el velo de la cabeza, escribe sobre una piel el nombre de Dios, tras lo cual le ordena que jure que no ha faltado nada en absoluto a su marido y que, si ha violado la decencia, le resulte descoyuntada la pierna derecha y muera luego de hinchársele el vientre, y que si el marido hubiera actuado precipitadamente llevado de un excesivo amor y del celo que éste conlleva, impulsado por ciertas sospechas, ella pueda dar a luz al niño varón a los diez meses. Y, una vez que ha sido realizado el juramento, el sacerdote borra de la piel el nombre de Dios y lo exprime en una copa y, tras sacar del templo tierra, si es que puede conseguir algo de ella, y espolvorearla en ella, se la da a beber. Y la mujer, si fue acusada injustamente, queda encinta y lleva a feliz término el fruto de su vientre, pero, si ha engañado al marido en el matrimonio y a Dios en el juramento, acaba la vida en medio de la ignominia, ya que no sólo se le descoyunta la pierna, sino que también la hidropesía se apodera de la barriga. Estas son las prescripciones que Moisés inventó a favor de sus compatriotas para las ofrendas y la purificación consiguiente, y éste es el tipo de leyes que estableció.

274. *Leyes varias. Matrimonios prohibidos (Lev.* 20, 10 y ss.). 12.1. El adulterio lo prohibió terminantemente, considerando una suerte que los maridos llevaran una vida sana circunscritos al matrimonio y que a las ciudades y a las familias les convenía que los hijos fueran legítimos. Pero la Ley prohibió también tener relaciones sexuales con la madre, e igualmente también ha aborrecido el hecho de unirse con la madrastra, con las tías, con las hermanas y con las nueras, por considerar que ello conlleva un deshonor descomunal. Y prohibió a los maridos legítimos tener relaciones sexuales con su propia mujer cuando ésta todavía mancha, y que los hombres recurran al contacto sexual con los animales domésticos, y que muestren interés por unirse con los varones, buscando un placer anormal en la belleza que les asiste. E impuso la pena de muerte a los que cometen estas villanías.

276. *Leyes especiales para los sacerdotes (Lev.* 21, 7 y ss.). Y, por lo que a los sacerdotes respecta, les impuso el doble

de pureza. En efecto, no sólo les vedó igual que a los demás los hechos citados, sino que, además de ello, les prohibió casarse con una mujer que hubiera sido hetera, con una esclava, cautiva y con cualquiera que se hubiera ganado la vida regentando una taberna o un hostal, y con la que se hubiera separado por la razón que fuera de su anterior marido. Sin embargo, en lo que se refiere al Sumo Sacerdote exigió que no se casara tampoco con una mujer viuda, permiso que concedió a los demás sacerdotes, y sólo le permitió casarse con una doncella, y ésta de su misma tribu. De este rigor de pureza viene que el Sumo Sacerdote no se acerca tampoco a un cadáver, mientras a los restantes sacerdotes no se les impide acercarse a los hermanos, padres y a sus propios hijos cuando han pasado a mejor vida. Y ellos deben ser íntegros de toda integridad, y el sacerdote que no posea todos sus miembros Moisés mandó que entre en el reparto de las ofrendas con los demás sacerdotes, pero le prohibió subir al altar y entrar en el templo. Y deben estar puros no sólo en lo que concierne a las sagradas ceremonias, sino que deben procurar además estar atentos a su conducta cotidiana, con objeto de que resulte irreprochable. Y por esta razón las personas que llevan vestimenta sagrada son intachables, limpias en todo y sobrias, ya que tienen prohibido beber vino mientras llevan prendas sagradas. Pero hay todavía más: las víctimas que sacrifican han de tener todas sus partes, sin mutilación alguna.

280. *El año sabático (Lev.* 25, 1). El año del jubileo *(Lev.* 25, 8 y ss.). 3. Así pues, éstas son las normas que, en vigor ya mientras Moisés vivió, entregó a la posteridad, pero además de ellas y pese a que moraba en el desierto, discurrió estas otras, con objeto de que las pusieran en práctica una vez que se hubieran apoderado de Canán. En este sentido, cada siete años da Moisés descanso a la tierra, sin que en este tiempo puedan arar la ni hacer plantaciones, de la misma manera que les prescribió también cada siete días el descanso y ausencia de todo trabajo. También prescribió que el uso de los frutos nacidos espontáneamente de la tierra fuera común para todos los que quisieran, tanto compatriotas como extranjeros, sin que pudieran guardar ninguno de estos frutos. Y ordenó que hicieran también lo mismo cumplidas siete semanas de años. Estos suman un total de cincuenta años, y el año quincuagésimo los hebreos lo llaman el *año del jubileo,* en el que los deudores son liberados de las deudas contraídas y son dejados

libres los que vivían en la esclavitud. Se trataba de personas que eran compatriotas suyos, pero que al contravenir alguna norma legal Moisés los castigó reduciéndolos a la condición de esclavos, al no caber en ellos ser condenados a muerte. Y en este año del jubileo la Ley de Moisés devuelve también las fincas a sus primitivos dueños, por el siguiente procedimiento. Cuando se echa encima el año jubilar, palabra que significa *libertad,* se reúnen el que vendió la tierra y el que la compró y, calculando los frutos que ha producido y los gastos tenidos con la tierra, si se halla que son más los frutos, se hace cargo de la finca el que la vendió, pero si superan los gastos y el vendedor de la finca no abona la suma correspondiente a la diferencia entre ingresos y gastos es despojado de la propiedad y, si suman la misma cantidad los ingresos y los gastos, el legislador devuelve la finca a los que la cultivaban anteriormente. También el legislador quiso que rigiera la misma norma en el caso de las casas vendidas situadas en las aldeas, ya que falló de manera distinta cuando se trataba de casas vendidas en la ciudad. En este último caso, si el dueño primero abona el precio de la casa antes de cumplirse un año, el legislador obliga al comprador a devolvérsela, pero si se cumpliera el año sin abonar este importe, el legislador confirma definitivamente la propiedad para el comprador. Estas disposiciones legales Moisés las aprendió de Dios, cuando detuvo sus huestes al pie del Sinaí y las transmitió a los hebreos por escrito.

287. *Moisés contabiliza el número de sus efectivos (Núm.* 1, 1 y ss.). 4. Una vez que a Moisés le pareció que estaba bien lograda la cuestión relativa a la legislación, tornó luego a pasar revista a sus fuerzas, al poder ya prestar atención a los asuntos bélicos y, consecuentemente, encargó a todos los jefes de tribu, excepto a los de la tribu de Leví, que tomaran nota exacta del número de efectivos capacitados para formar parte del ejército. La tribu de Leví quedó al margen porque los levitas eran sagrados y estaban exentos de toda contribución. Y, una vez pasada la revista, encontró que eran seiscientos tres mil seiscientos cincuenta los que estaban en condiciones de ser soldados, con una edad comprendida entre los veinte y los cincuenta años. Y en lugar de Leví incluyó entre los jefes de tribu a Manasés, hijo de José, y a Efraim en vez de José. Así se cumplió la petición que Jacob había hecho a José en el sentido de que le concediera que

los hijos de José se convirtieran en hijos adoptivos suyos, como ya dije anteriormente [23].

289. *Disposición del campamento (Núm.* 2,1). 5. Al levantar el tabernáculo lo colocaron aisladamente en medio del campamento, situando sus tiendas tres tribus a cada lado. Luego se abrieron calles entremedias de ellas. También se construyó una preciosidad de mercado, en el que ocupaban sus respectivos lugares todas y cada una de las mercancías. Asimismo había operarios de todos los oficios en los distintos talleres, de suerte que el campamento no parecía ninguna otra cosa más que una ciudad que emigraba o que se aposentaba. El espacio primero situado en derredor del tabernáculo lo ocuparon los sacerdotes, y el siguiente los levitas, que sumaban en total (pues fueron incluidos también todos los varones que tenían treinta días de vida, y de ahí en adelante) veintidós mil ochocientos ochenta. Y mientras la nube se mantenía fija encima del tabernáculo, tomaron la determinación de estarse quietos, entendiendo que Dios se encontraba con ellos y, al contrario, cuando la nube se cambiaba para otro sitio, optaban por levantar el campamento.

291. *Las trompetas de plata y sus señales (Núm.* 10,1 y ss.). Pero Moisés inventó una especie de clarinete, que hizo de plata, y su formato es el siguiente: tiene una longitud de poco menos de un codo, su tubo es estrecho y un poco más grueso que el de una flauta, y está provisto de una boquilla de anchura suficiente para recoger el aire del músico en la campanilla, con un final parecido al de las trompetas. En hebreo se llama *asosra.* Se hicieron dos de estos clarinetes. Y utilizaban uno de los dos para llamar y reunir al pueblo en asambleas. Y, si se daba una señal sólo con uno, las autoridades debían reunirse para examinar los asuntos domésticos, pero si se daba una señal con ambos clarinetes eso significaba reunión del pueblo. Y cuando el tabernáculo iba a cambiar de lugar se hacía lo siguiente: a la primera señal de clarinete se ponían en pie los que acampaban al naciente, y a la segunda señal hacían lo propio los que se hallaban al sur. Y a continuación era desmontado el tabernáculo y transportado en

[23] Libro II, 195.

medio, precedido de seis tribus y seguido de otras seis, mientras que todos los levitas se hallaban en torno a él. Y, cuando se daba la tercera señal de clarinete, se ponía en movimiento el sector de los que estaban acampados en dirección oeste y, cuando se daba la cuarta, el sector situado al norte. Y utilizaban los clarinetes citados también para las ceremonias sagradas, en el momento en que acercaban las víctimas al altar, tanto los sábados como en los restantes días. Éste fue el primer sacrificio de nombre Pascua que celebró Moisés, allá en el desierto, tras su salida de Egipto.

295. *Partida del Sinaí. Vuelven las críticas a Moisés (Núm.* 11, 1 y ss.). 13. Tras un breve intervalo de tiempo Moisés partió del Monte Sinaí y, después de dejar atrás algunas localidades, de las que trataremos, llegó a un lugar llamado Esermot, donde el pueblo empezó otra vez a soliviantarse y a acusar a Moisés, por un lado, de las desgracias que había experimentado durante el viaje y, por otro, de que, después de haberlos persuadido a que abandonaran una tierra feraz y emigraran, aquélla la habían perdido y ahora, en vez de la felicidad que les había prometido que les ofrecería, vagaban envueltos en aquellos sufrimientos, escasos de agua y a punto de perecer definitivamente si les llegaba a faltar el maná. Y, cuando todos lanzaban numerosos y tremendos reproches contra aquel hombre, uno del montón los exhortó a que ni se olvidaran de Moisés y de los esfuerzos que él había desplegado por la salvación de todo el pueblo ni desesperaran del concurso divino. Pero el pueblo, como reacción a esto, se revolvió aún más y, armando alborotos, adoptaba una postura todavía más intransigente contra Moisés. Pero Moisés, después de reconfortarlos cuando estaban tan desesperados, les prometió, y eso que había sido ofendido en los términos más vejatorios por ellos, que les ofrecería gran cantidad de carne, y no para un solo día, sino para bastantes más. Y como ellos no le creyeran lo que les prometía y hasta hubiera uno que le preguntó de dónde sacaría las provisiones indicadas para tantos miles de millares de personas, les dijo: «Dios y yo, a pesar de que nuestros oídos se llenan de vuestros reproches, no desistiríamos de luchar por vosotros, y estas promesas se cumplirán sin tardanza.» Y al mismo tiempo que decía esto se llenó el campamento entero de codornices, que el pueblo rodeaba y recogía. Dios, sin embargo, no tardó en castigar a los hebreos por la osadía e insolencia con que lo trataron. En efecto, murió una cantidad no pequeña de ellos,

y todavía hoy día el lugar en cuestión se llama *cabrotabá,* nombre que recuerda aquel suceso, pues podría traducirse por *sepulturas de la gula.*

300. *Discurso de Moisés en las fronteras de Canán (Núm.* 13, 1). 14.1. Y Moisés, después de subirlos desde allí a un lugar llamado *Barranco,* situado en las proximidades de las fronteras de Canán y dotado de unas condiciones que hacían difícil pasar la vida allí, reunió al pueblo en asamblea y, tras ocupar su lugar, les dijo: «De los dos bienes que decidió Dios ofreceros, la libertad y la posesión de una tierra dichosa, la primera ya os la dio y la tenéis, y la segunda la conseguiréis de un momento a otro. Nos hallamos, en efecto, junto a las fronteras de Canán y nuestro avance inmediato no lo impedirá, no digo ni su rey ni su ciudad, sino ni siquiera todo su pueblo reunido en masa. Preparémosnos, pues, para poner manos a la obra, ya que no nos concederán su territorio sin luchar, sino que se lo tendremos que arrebatar tras fuertes combates. Pero enviemos exploradores, que tomarán nota de la feracidad de sus tierras y del número de fuerzas de que disponen ellos. Pero, antes de nada, adoptemos una postura unánime y rindamos honores a Dios, que es nuestro auxiliar y aliado en todo momento.»

303. *Informe de los exploradores (Núm.* 13, 3). 2. Al decir Moisés estas palabras, el pueblo le correspondió con su estima y eligió doce exploradores entre los personajes más significados, uno por cada tribu, los cuales, después de cruzar desde las tierras próximas a Egipto todo Canán, llegaron a la ciudad de Amate [24] y al Monte Líbano y, tras informarse de las condiciones de las tierras y de los hombres que las habitaban, regresaron ante su pueblo, después de haber empleado en toda esta operación cuarenta días, y trayendo además frutos de los que producían aquellas tierras. Y por la excelencia de estos frutos y por la abundancia de los bienes que, según explicaban, encerraban aquellas tierras incitaban al pueblo a combatir, pero luego lo amedrentaban por la dificultad de la conquista de aquel territorio, hablándoles de ríos imposibles de cruzar por lo enorme tanto de su anchura como también de su profundidad, de montañas intransitables para los caminantes y de ciu-

[24] A orillas del Orontes, en el norte de Siria (Thackeray).

dades fortificadas con murallas y sólidas cercas. Además, aseguraban una y otra vez haberse topado en Hebrón con los descendientes de los mismos gigantes. Y los exploradores, al ver que las cosas de Canán eran superiores a todo lo que habían encontrado desde la salida de Egipto, no sólo se asustaron ellos, sino que intentaban que también el pueblo estuviera así de amedrentado.

306. *Desánimo y revuelta de los hebreos (Núm.* 14,1). 3. Y los hebreos, a juzgar por lo que habían oído, consideraron imposible la conquista de aquel territorio y, disolviendo la asamblea, pasaban el tiempo entre lamentaciones, y con ellos también sus mujeres e hijos, pensando que Dios de hecho no les prestaba ayuda alguna y que lo único que hacía era darles promesas de palabra. Y de nuevo acusaban a Moisés y lanzaban imprecaciones contra él y contra su hermano Arón, el Sumo Sacerdote. Y pasaron una noche entre amenazas y reproches a estos hombres, y por la mañana corrieron a reunirse en asamblea, teniendo en su mente la intención de regresar a Egipto después de lapidar tanto a Moisés como a Arón.

308. *Esfuerzos de Josué y Caleb por calmarlos (Núm.* 14,6). 4. Pero, entre los exploradores, Jesús, hijo de Navec, de la tribu de Efraim, y Caleb, de la tribu de Judá, aterrorizados, se presentaron en medio y trataban de contener a la masa, pidiéndoles que tuvieran confianza y que ni acusaran a Dios de mentiroso ni creyeran a quienes los habían asustado al no decir la verdad sobre la situación de Canán, sino a los que los incitaban a la prosperidad y a la conquista de los bienes que aquellas tierras encerraban, ya que ni la altura de las montañas ni la profundidad de los ríos habían de constituir para los curtidos en el valor un impedimento en su actuación, y más cuando Dios estaba con ellos animándolos y defendiéndolos. Y terminaron con las siguientes palabras textuales: «Marchemos, pues, contra los enemigos sin reserva alguna, confiando en Dios, nuestro guía, y siguiéndonos a nosotros, que os enseñaremos el camino.» Ellos intentaban con estos argumentos aplacar la cólera de la masa, al tiempo que Moisés y Arón, hincándose de rodillas en el suelo, dirigían oraciones a Dios, pero no por su salvación particular, sino para que librara de la ignorancia a la masa y restableciera su sano juicio, perturbado por las contrariedades y calamidades que los atenazaban. Entonces se

presentó la nube y, fijándose encima del tabernáculo, señalaba la presencia de Dios.

311. *Moisés anuncia que Dios los castigará a los cuarenta años de vida errante (Núm.* 14, 11-39). 15.1. Y Moisés, reconfortado con ello, se presentó ante el pueblo y le hizo saber que Dios, a causa de la insolencia con que había sido tratado, tomaría represalias contra ellos, no tan graves como se merecían sus pecados, sino como los castigos que los padres imponen a sus hijos en son de amonestación. Les dijo, en efecto, que cuando él hubo pasado al interior del tabernáculo y estaba lamentando la inminente destrucción de su pueblo, Dios le había recordado que, después de haber recibido de Él multitud de favores y de haber obtenido extraordinarios beneficios, habían sido luego desagradecidos con Él, y que, dejándose arrastrar por la reciente cobardía de los exploradores, habían considerado más verídicas las palabras de aquéllos que las promesas que Él les había hecho. Y continuó diciéndoles que por este motivo, aunque no acabaría con todos ellos ni haría desaparecer su raza, a la que tenía en más estima que al resto de los pueblos, no les permitiría, sin embargo, conquistar la tierra de Canán, ni tampoco alcanzar la prosperidad que ella les depararía, sino que los obligaría a que, sin hogar y sin ciudad, vivieran durante cuarenta años en el desierto, pagando este castigo por sus desafueros. Y terminó con estas palabras textuales: «Prometió, sin embargo, que entregaría ese país a vuestros hijos y que serían ellos a los que haría dueños de los bienes que vosotros rehusásteis obtener para vosotros mismos por vuestra incapacidad para dominar las situaciones.»

315. *El pueblo suplica en vano.* 2. Pero cuando Moisés acabó de comunicarles estas cosas, que eran acordes con las intenciones de Dios, el pueblo se sumió en la tristeza y el abatimiento, por lo que invitaba a Moisés a que los reconciliara con Dios y a que los librara de una vida errante por el desierto y les diera ciudades. Él, sin embargo, insistió una y otra vez en que Dios no admitiría tan grosero intento de soborno, ya que Dios, según Moisés decía, no había sido arrastrado a montar en cólera contra ellos con la ligereza con que lo hacen los hombres, sino que los había castigado tras una profunda reflexión. Y nadie debe dudar de que Moisés, aunque fuera un solo individuo, aplacara a tantos miles de millares de personas irritadas y los volviera más suaves, ya que fue Dios quien con

su asistencia hizo que las masas se rindieran a sus argumentos y, después de desobedecerle infinidad de veces, fue por Él por quien reconocieron, a causa de los aprietos en que se vieron envueltos, que tal desobediencia había sido perjudicial para ellos.

317. *El prestigio de Moisés: dos ejemplos recientes.* 3. Pero este hombre resultó ser admirable por sus virtudes y por su capacidad de convicción en lo que decía, no únicamente mientras vivió, sino incluso hoy día. Tanto es así que no hay ningún hebreo que no preste obediencia a las normas legales dictadas por él, aunque pueda pasar inadvertido, convencido de que él le acompaña y podría castigar su quebrantamiento. Aparte de otros muchos testimonios que podrían aducirse de la fuerza sobrehumana que posee Moisés, destaquemos que ya se dio el caso de unas gentes de más allá del Eúfrates que, después de haber hecho un viaje de cuatro meses para rendir honores a nuestro Templo, durante el que corrieron incontables peligros y tuvieron numerosos gastos y después de haber hecho la ofrenda, no pudieron participar del sacrificio, porque Moisés se lo tiene prohibido a todos aquéllos que no se conducen ni se relacionan con nosotros de acuerdo con las costumbres heredadas de nuestros antepasados. Y han tenido que darse la vuelta algunas gentes sin ni siquiera poder hacer la ofrenda, otros dejando las ofrendas a medio hacer, y muchos sin haber podido, ya para empezar, entrar en el Templo, prefiriendo obedecer los mandatos de Moisés más que hacer su propia voluntad, y no porque temieran a alguien que pudiera denunciar su comportamiento, sino únicamente porque observaban el dictado de su conciencia. ¡Hasta tal punto esta legislación, que pasa por ser obra de Dios, ha hecho que este hombre sea considerado superior a su propia condición humana! Pero no terminan ahí las pruebas de su poder, sino que hay todavía más. En efecto, un poco antes de esta guerra, en ocasión en que Claudio era el emperador de los romanos e Ismael nuestro Sumo Sacerdote, el hambre se apoderó de nuestro país, hasta tal extremo que el *assarón* de harina se vendía a cuatro dracmas, pero aunque con motivo de la fiesta de los ázimos se reunieron setenta *cors* de harina (esta medida equivale a treinta y un medimnos sicilianos y a cuarenta y uno áticos) ningún sacerdote se atrevió a tragarse una miga, a pesar de tanta carestía como sufría el país, todo ello porque temían la ley y la cólera que suscitan siempre en la divinidad las iniquinades aunque no sean delatadas. De

manera que no debemos extrañarnos de los hechos ocurridos entonces, cuando incluso hasta el día de hoy los escritos que dejó Moisés conservan tanta fuerza que incluso los mismos que nos aborrecen confiesan que quien fijó nuestra constitución es Dios a través de Moisés y de su excelsa valía. Pero cada cual interpretará estos hechos según su mejor entender.

Libro IV

RESUMEN

1. Combate de los hebreos contra los cananeos en contra de la opinión de Moisés y la consiguiente derrota.
2. Levantamiento de Core y la multitud contra Moisés y su hermano por la cuestión del Sumo Sacerdocio.
3. Las vicisitudes de los hebreos en el desierto durante treinta y ocho años.
4. Cómo Moisés, después de vencer a Sión y a Og, reyes de los amoritas, y de aniquilar su ejército, adjudicó su territorio a dos tribus y media de los hebreos.
5. Constitución de Moisés y de qué manera desapareció de la faz de la tierra.

Este libro abarca un período de treinta y ocho años.

1. *Los hebreos atacan a los cananitas en contra de la opinión de Moisés (Núm.* 14, 40). 1.1. A los hebreos la vida desagradable y dura del desierto los obligaba, pese a la oposición de Dios, a vérselas con los cananitas, ya que no se dignaban estarse quietos, obedeciendo las órdenes de Moisés, sino que, convencidos de que vencerían a los enemigos ellos solos aun sin contar con la aprobación de él, lo acusaban y sospechaban que hacía todo lo posible

porque ellos continuaran sin recursos, para que necesitaran siempre su concurso, y por eso se lanzaron a atacar a los cananitas, argumentando que Dios acudía en su ayuda no por hacer un favor a Moisés, sino que cuidaba de su pueblo de una manera general en atención a sus antepasados por los que veló y que, en atención a las virtudes de aquéllos, primero les había concedido la libertad y ahora, si querían luchar, les prestaría en todo momento su concurso y alianza. Y aseguraban una y otra vez que además eran capaces por sí solos de vencer a aquellos pueblos, aunque Moisés quisiera hurtarles a Dios y, en suma, que a ellos les convenía actuar por su propia cuenta y no, satisfechos por el solo hecho de haber escapado de las vejaciones de los egipcios, soportar la tiranía de Moisés y vivir a merced de su voluntad por la creencia errónea de que sólo a él la Divinidad le revelaba nuestro futuro por afecto a él, como si no fueran todos vástagos de Abram, sino que Dios le hubiera otorgado sólo a él la capacidad de saber y conocer por Él todo el porvenir. Y decían además que cobrarían fama de inteligentes si, despreciando la petulancia de Moisés y confiando en Dios, se decidían a conquistar el territorio que Éste les había prometido, sin plegarse a quien trataba de impedírselo alegando el nombre de Dios precisamente por ello. Pensando, pues, en la penuria que padecían y en el desierto, precisamente el cual hacía que les pareciera aquélla todavía peor para ellos, se decidieron a emprender la lucha contra los cananitas, proponiendo a Dios como su general y sin aguardar a la colaboración del legislador.

7. *Su derrota (Núm.* 14, 44). 2. Así, pues, al interpretar que esta decisión favorecía más a sus intereses y atacar a los enemigos, éstos, sin asustarse ante su ataque ni ante su multitud, les presentaron cara valientemente, con lo que murió una gran cantidad de los hebreos, mientras el resto de su ejército, rotas sus líneas y perseguido, se refugió desordenadamente en el campamento y, enteramente desanimado por el inesperado revés, ya no esperaba nada bueno, considerando que también el reciente desastre lo habían sufrido por la cólera de Dios, al preferir ellos lanzarse a la guerra más que acatar su voluntad.

9. *Moisés los devuelve al desierto.* 3. Pero Moisés, al ver que los suyos estaban acobardados por la derrota y temer que los enemigos, envalentonados por la victoria y ambicionando más gran-

des cosas, vinieran contra ellos, entendió que debía llevar el ejército al desierto y, así, separarlo más de los cananitas. Y como el pueblo se volcara de nuevo en él (pues había comprendido que, si él no velaba por ellos, no podría salir airoso de las dificultades), después de poner en marcha al ejército, prosiguió el camino hasta llegar al desierto, en la creencia de que allí se tranquilizarían y no trabarían combate con los cananeos hasta que Dios les concediera la oportunidad de ello.

11. *La gran sedición.* 2.1. Y justo lo que en ocasiones sucede a los grandes ejércitos, sobre todo ante los descalabros, a saber, hacerse insubordinados e indisciplinados, esto mismo les sucedió también a los judíos. En efecto, eran seiscientos mil y, dado que a causa de ese elevado número no acatarían jamás quizá ni siquiera en los momentos de éxito las órdenes superiores, con mucha más razón entonces por la penuria y calamidad en que se veían envueltos estaban fuera de sí no sólo entre ellos, sino también contra el jefe. Y, así, prendió en ellos una insurrección de una gravedad tal como estamos seguros no se ha dado ni entre griegos ni entre bárbaros. Y, cuando a causa de ella corrían peligro de perecer en su totalidad, los salvó Moisés, sin tener en cuenta la afrenta de haber estado a punto de morir lapidado por ellos. Pero tampoco Dios se desentendió de que ellos no sufrieran nada espantoso, sino que aunque, pese a que aunque ellos se habían burlado del legislador y de los mandatos que Él mismo les había transmitido a través de Moisés, los salvó de las calamidades tremendas que de la insurrección podrían haberse derivado para ellos si no hubiera estado atento. Pues bien, daré cuenta de la insurrección, de las medidas políticas que después de ella adoptó Moisés, pero previamente expondré el motivo por el que se produjo.

14. *Envidia de Core (Núm.* 16,1). 2. Un tal Core, que destacaba entre los que más tanto por su linaje como por su riqueza, muy bien dotado para la oratoria y sumamente persuasivo en sus alocuciones a la masa, al ver a Moisés situado en lo más alto de los honores, lo soportaba difícilmente por envidia, ya que acertaba a ser no sólo de su misma tribu, sino también pariente suyo, molesto porque él mismo habría gozado de esa fama con más razón que aquél por aventajarle en riqueza sin irle a la zaga en abolengo. Y ante los levitas, que eran de su misma tribu, y sobre todo ante sus

parientes, gritaba contra él, argumentando que era espantoso permitir que Moisés se dedicara a obtener fama para sí y a conseguirla por procedimientos indignos so pretexto de Dios, ya que había concedido el Sumo Sacerdocio a su hermano Arón infringiendo las leyes, al otorgárselo no por la decisión general del pueblo, sino él solo, quien, siguiendo las maneras de los tiranos, regalaba los honores al que le daba la gana. Y continuaba diciendo que eran todavía más irritantes sus vejaciones cometidas en secreto que si empleara la fuerza bruta, ya que con ello los había privado de la capacidad de defenderse no sólo sin contar con su aquiescencia, sino no enterándose siquiera de sus maquinaciones. Pues todo aquél que está convencido en su fuero interno de merecerse obtener algo procura conseguirlo por la vía de la persuasión y sin osar, claro está, recurrir a la fuerza, mientras que aquéllos a quienes les está negado en pura justicia obtener honores no emplean para sus fines la violencia, deseosos de aparentar ser buenas personas, pero sí cometen malas acciones arteramente, ávidos de parecer bien dotados en argucias. Y siguió diciéndoles que convenía que el pueblo castigara a seres de tan mezquina condición cuando todavía creían que pasaban desapercibidos y no tener enemigos declarados si se les dejaba pasar a ocupar el poder. Y terminó con las siguientes palabras textuales: «¿Pues qué explicaciones puede dar Moisés para otorgar el Sumo Sacerdocio a Arón y a sus hijos? En efecto, si Dios decidió otorgar ese honor a alguien de la tribu de Leví, yo me merezco obtenerlo más que aquél, ya que en abolengo estoy a la altura de Moisés, mientras que lo aventajo en riqueza y edad, pero si optó por concedérselo a la tribu más antigua, entonces naturalmetne tendría que obtener ese honor la de Rubel, ocupándolo Datam, Abiram o Fálao, ya que ésos son los más viejos entre los pertenecientes a la tribu citada, y poderosos por aventajar a los demás en riquezas.»

20. *Propagación de la insurrección.* 3. Core pretendía con estos alegatos aparentar que se preocupaba por el bien general, pero en realidad ambicionaba traspasar para sí mismo los honores que otorgaba el pueblo. Y él presentaba a los miembros de su tribu estos alegatos pérfidamente so capa de nobleza. Pero al llegar paulatinamente su alegato a la mayoría de la gente y sumarse los que lo oían a la maledicencia contra Arón, se llenó de ésta la totalidad del ejército. Y los coligados con Core eran doscientos cincuenta

individuos de la clase más distinguida, anhelosos de sustraer el Sumo Sacerdocio al hermano de Moisés y de deshonrar al propio Moisés. Y soliviantaron al pueblo y lo incitaron a apedrear a Moisés. Y luego se reunieron en asamblea atropelladamente, entre ruidos y alborotos y, deteniéndose delante del tabernáculo de Dios, gritaban a la masa que persiguieran al tirano y se liberaran de la esclavitud que él les imponía al darles órdenes despóticas so pretexto de que era Dios quien así lo mandaba, ya que Dios, si de verdad hubiera sido Él quien eligió al llamado a ser Sumo Sacerdote, habría llevado a ocupar ese alto puesto al que se lo merecía y no se lo habría ofrecido ni otorgado a quienes no alcanzan a otros muchos a la suela de los zapatos, al tiempo que, si optaba por otorgárselo a Arón, habría puesto en manos del pueblo el hecho de llevar a cabo ese don, todo antes que dejarlo en manos de su hermano.

24. *Moisés dirige un discurso a la asamblea (Núm.* 16,4-11). 4. Pero Moisés, pese a que conocía desde mucho atrás las calumnias de Core y veía al pueblo excitado, no temió, sino que, seguro de haber tomado correctas decisiones en sus actuaciones y convencido de que su hermano había obtenido el Sumo Sacerdocio porque lo había preferido Dios y no por su personal favoritismo, llegó a la asamblea. Y no dirigió palabra alguna a la multitud, pero a Core, gritándole con toda la fuerza posible, le dijo, dado que era ducho y excelentemente dotado para todos los demás menesteres pero singularmente para hablar a las masas: «A mí, querido Core, me parecéis tanto tú como todos y cada uno de éstos» (y señalaba a los doscientos cincuenta individuos) «dignos de honores, y tampoco privaré de iguales honores de una manera general a los miembros de esta asamblea, aunque no lleguen a alcanzar la posición que vosotros ocupáis y que os viene de vuestra riqueza y demás dignidades. Pero resulta que concedí a Arón el Sumo Sacerdocio no porque aventajara en riqueza a los demás, ya que tú nos superas incluso a nosotros dos en cantidad de bienes, ni ciertamente tampoco por la nobleza de linaje, ya que Dios nos la otorgó igual al darnos el mismo progenitor a todos nosotros, ni tampoco por pasión de hermano. Por ninguna de estas razones le conferí un honor que en estricta justicia pudiera haber alcanzado otro. En efecto, si yo hubiera regalado este honor a mi antojo, sin preocuparme de Dios ni de las leyes, no se lo hubiera entregado a otro y

hubiera dejado de concedérmelo a mí mismo, habida cuenta de que familiarmente estoy vinculado a mí mismo más que a mi hermano y de que me encuentro más cerca de mí mismo que de él. Pues, además, no sería un comportamiento inteligente exponerme yo a los riesgos derivados del acto de transgredir las leyes y regalar a otro los beneficios conseguidos por esa vía. Nada de eso: no sólo yo estoy por encima de toda perversidad, sino que además Dios no habría consentido que nadie se burlara de Él ni que vosotros ignorárais qué es lo que teníais que hacer para tenerlo contento, sino que, al elegir Él a la persona que se consagraría a Él, nos libró a nosotros de cualquier inculpación en ello. Y Arón, pese a que en él no se han dado ninguna de estas dos cosas, una, haber recibido este honor por favoritismo mío y, otra, no haberlo alcanzado por decisión divina, renuncia él y lo pone a disposición de todos los que quieran optar a él, sin que por haber sido elegido ya antes de ahora para este cargo y haberlo ocupado pretenda que se le recomiende que aspire también ahora a él, sino por preferir antes que tener ese privilegio veros a vosotros no enfrentados, pese a ocuparlo de conformidad con vuestra decisión, pues lo que le dio Dios no erramos si interpretamos que lo consiguió también con vuestra aquiescencia. Por lo demás, lo mismo que sería un comportamiento impío que no hubiéramos admitido ese honor cuando era Él quien lo entregaba, de la misma manera también sería totalmente incomprensible que pretendiéramos mantenerlo durante toda la vida si Dios no nos confirmaba la segura posesión de él. Así, pues, será Él quien decidirá de nuevo quiénes quiere que le dediquen los sacrificios ofrecidos en beneficio vuestro y que presidan el culto, pues sería absurdo que Core, por pretender alzarse con este honor, intente sustraerle a Dios la facultad de otorgárselo a quien le plazca. Cesad, pues, de enfrentamientos y disensiones por este motivo, y mañana al amanecer presentaos todos aquí los que aspiráis a conseguir el Sumo Sacerdocio, trayendo cada cual de vuestra tienda un incensario con incienso y fuego. Y tú, Core, concede a Dios la facultad de decidir y espera el fallo consiguiente, y no te consideres a ti mismo superior a Dios, sino preséntate y opta al premio en estas condiciones. Por otra parte, no suscita irritación alguna, a mi juicio, aceptar que también Arón opte como uno más a este cargo, toda vez que pertenece al mismo linaje que Core y no se le puede reprochar nada por su actuación durante el ejercicio de Sumo Sacerdote. Así, pues, reunidos todos quemaréis incienso a la

vista de todo el pueblo, y aquél de entre vosotros los que ofrecéis el incienso cuyo sacrificio considere Dios más agradable, ése será elegido Sumo Sacerdote por vosotros, quien me librará con ello de las calumnias de que me habéis hecho objeto a cuenta de mi hermano, al alegar que fui yo quien le favoreció con ese honor.»

35. *Celebración de una asamblea (Núm.* 16,18 y ss.). 3.1. Tras haber pronunciado Moisés este alegato, la multitud cesó en su alboroto y en su enojo hacia Moisés, y aprobó sus proposiciones, ya que no sólo lo eran, sino que también parecían favorables al pueblo. Disolvieron, pues, la asamblea en aquel momento, pero al día siguiente se reunieron de nuevo en asamblea para asistir al sacrificio y a la consiguiente elección entre los que competían por el Sumo Sacerdocio. Y ocurrió que la asamblea fue tan ruidosa, al estar sobresaltada la masa a la espera de acontecimientos, y mientras unos recibían con gusto ver a Moisés convicto de crimen los sensatos tomaban con agrado verse libres de problemas y de inquietudes, ya que temían que, si las disensiones continuaban, desaparecería cada vez más el orden de su sistema. Por su parte, la masa en general, que se complace por naturaleza en prorrumpir en gritos contra las autoridades y que se inclina a aprobar lo que diga el orador de turno, sea lo que sea, alborotaba. Y Moisés, a través de unos criados que envió junto a Abiram y Datam, les mandó que se presentaran, en conformidad con el acuerdo tomado, y que esperaran la consagración. Y como ellos aseguraran a los mensajeros que ni obedecerían ni consentirían que Moisés acrecentara su poder a base de una conducta criminal y a costa de todo el pueblo, Moisés, al oír su respuesta, después de pedir a los representantes del pueblo que le acompañaran, se dirigió al grupo de Datam, sin considerar que fuera infamante acudir junto a los que lo habían ofendido. Y los citados representantes lo acompañaron, sin protestarle lo más mínimo. Y los grupos de Datam, al enterarse de que venía hacia ellos Moisés, acompañado por los notables del pueblo, salieron con sus mujeres e hijos delante de sus tiendas y observaban con atención qué se proponía hacer Moisés. Y más aún: en torno a ellos estaban sus criados, dispuestos a defenderlos si Moisés les ofrecía el menor amago de violencia.

40. *Moisés solicita la intervención de Dios (Núm.* 16,15 y ss.). 2. Y éste, después que llegó cerca de donde ellos se encontraban,

levantó sus manos al cielo y, después de lanzar un grito muy agudo, para que lo oyera toda la multitud, dijo: «Señor de todo lo que hay en el cielo, en la tierra y en el mar: puesto que Tú eres el testigo más valioso de que dispongo yo sobre mi conducta, por lo que sabes, por un lado, que todo ha sido resultado de tu decisión y, por otro, que me proporcionaste los medios para hacerlo, al compadecerte de los hebreos en todas sus aflicciones, ven y escucha estas mis explicaciones, habida cuenta de que a ti no se te oculta comportamiento ni pensamiento alguno, de manera que no me rehusarás tu testimonio, anteponiendo a mi verdad la ingratitud de estos individuos, aquí presentes. Pues bien, los hechos anteriores a mi nacimiento los conoces Tú mismo mejor que nadie, no porque te enteraras de ellos por oídas, sino por verlos directa y personalmente en el momento mismo en que se producían. En cambio, asísteme como testigo de los hechos sucedidos con posterioridad a los mencionados y que éstos, aunque los conocen de una forma meridianamente clara, los interpretan torcidamente con aviesa intención. Yo, que logré una situación económica incuestionable por mi hombría de bien y por tu voluntad y que me dejó mi suegro Ragüel, renuncié al disfrute de tan excelentes bienes y me entregué de lleno a la lucha en defensa de este pueblo. Y sostuve enormes esfuerzos anteriormente en defensa de su libertad y ahora de su salvación, llegando incluso a contraponer mi invitación a la esperanza frente a toda situación angustiosa. Así, pues, ahora, habida cuenta de que individuos que han conseguido sobrevivir gracias a mis esfuerzos sospechan de que yo actúo criminalmente, bien me podrías ayudar, Tú que me mostraste aquel espectacular fuego en el Sinaí y que en aquel momento facultaste que escuchara tu propia voz e hiciste que contemplara todos los prodigios que me permitió ver aquel renombrado lugar, Tú que me ordenaste que marchara a Egipto y manifestara a este pueblo la decisión que habías tomado, Tú que derribaste la prosperidad de los egipcios y a nosotros nos concediste los medios para escapar de su esclavitud y pusiste el mando militar del Faraón por debajo de mí, Tú que nos convertiste las llanuras marinas en tierra cuando ignorábamos qué camino seguir y que colmaste el espacio de mar que se había abierto para nosotros de olas para perdición de los egipcios, Tú que nos proporcionaste la seguridad de las armas cuando estábamos desprovistos de ellas, Tú que te las arreglaste para que manantiales corrompidos destilaran corrientes de agua potable y

que te las ingeniaste para que nos brotara de las rocas agua potable cuando nos encontrábamos totalmente faltos de ella [1], Tú que, cuando carecíamos de los frutos de la tierra para comer, nos mantuviste con los procedentes del mar [2], Tú que hasta del mismo cielo nos enviaste una comida hasta entonces desconocida [3], Tú que nos inspiraste la idea de unas leyes y las disposiciones de la constitución. Por todo ello acude a fallar en favor mío y a testimoniar incorruptiblemente que yo ni acepté regalos de hebreo alguno para dictar sentencia en contra de la justicia ni por dinero condené a ningún pobre que tuviera posibilidades de ganar el pleito ni en detrimento del bien general adopto decisiones totalmente extrañas a mi conducta, como creen los que piensan que concedí el Sumo Sacerdocio a Arón no porque Tú así lo mandaras, sino por favoritismo mío. Y ahora pon de manifiesto que todo es regulado por tu voluntad y que te preocupas de los intereses de los hebreos, para lo cual debes castigar a Abiram y a Datam, quienes te acusan de estupidez al alegar que te dejas dominar por artificios míos. Y evidenciarás que tomas represalias contra ellos por haber mostrado tanta demencia contra tu gloria llevándolos de este mundo no en la forma común a todos ni viéndoseles dejar la vida según la ley humana, por haber muerto, sino si la tierra que pisan los engullera con su familia y sus pertenencias. Pues esto sería para todos una demostración de tu fuerza y enseñaría prudencia a los que conciban opiniones impías acerca de ti, por miedo a sufrir los mismos castigos, ya que de esta manera se pondría de manifiesto que yo soy un simple servidor de tus órdenes. Pero si son ciertas las acusaciones que han vertido contra mí, te pido que a ellos los mantengas indemnes a todo castigo y que, en cambio, lleves a efecto contra mí la ruina que supliqué contra ellos. Y tomando represalias contra el que quiso perjudicar a tu pueblo e imponiendo de aquí en adelante la concordia y la paz, salva a la masa que sigue tus mandatos manteniéndola indemne y libre del castigo que sufran los que han pecado. Pues Tú por ti mismo sabes que no es justo que todos los israelitas en general paguen penas por la iniquidad de ellos.»

51. *La tierra engulle al grupo de Datam (Núm.* 16,31). 3. Después de pronunciar estas palabras y mientras vertía copiosas

[1] III, 35.
[2] III, 25.
[3] III, 26.

lágrimas, la tierra experimentó súbitamente una sacudida y, al producirse en ella un temblor igual al oleaje azotado por la violencia del viento, el pueblo entero cogió miedo y, tras estallar un estruendo y ruido sordos, se resquebrajó la tierra por la zona que ocupaban las tiendas de aquellos individuos y engulló dentro de sí a todos sus seres y objetos queridos. Y después de haber desaparecido hasta tal punto que no hubo nadie que consiguiera saber lo que había pasado, la sima de la tierra que se había abierto en torno a ellos volvió a cerrarse y a restablecerse, de suerte que ni siquiera los que lo habían visto estaban en condiciones de demostrar que había pasado algo de lo antes dicho. Y ellos perecieron en la forma dicha, convertidos en demostración de la fuerza de Dios. Pero uno tendría que llorarlos no sólo por las circunstancias desgraciadas de su muerte, ya dignas por sí solas de compasión, sino especialmente porque, a pesar de haber sufrido desgracia tan tremenda, sus familiares se alegraron con ello, ya que, olvidándose por entero de aquéllos con los que estaban coligados, confirmaron a la vista de lo sucedido el juicio que de ellos tenían y, al interpretar que Datam y los suyos habían perecido por bellacos, ni siquiera sufrieron.

54. *Core y los suyos consumidos por el fuego (Núm.* 16,2-18). Y Moisés llamó a los que competían por obtener el Sumo Sacerdocio en razón de la elección de Sumo Sacerdote, para que aquél cuya ofrenda recibiera Dios con más agrado fuera proclamado para ocupar ese cargo. Y una vez que se hubieron reunido doscientos cincuenta hombres, quienes gozaban de gran estima entre el pueblo tanto por el prestigio de sus padres como por el suyo propio, en el que superaban incluso a sus antepasados, avanzaron hasta reunirse con los anteriores también Arón y Core, y delante del tabernáculo procedieron todos a consagrar con sus incensarios todas las ofrendas que habían traído. Y de pronto flameó un fuego tan grande que nadie tenía conocimiento de ninguno parecido a éste ni hecho por las manos del hombre ni surgido de la tierra a causa de una corriente subterránea de calor ni producido espontáneamente por las ramas de los árboles al frotarse unas con otras impulsadas por vientos violentos, sino que era como podría ser uno que a instancias de Dios prendiera resplandeciente y con llamas poderosísimas. Por obra del cual todos, no sólo los doscientos cincuenta, sino también Core, a quienes alcanzó, fueron consumidos, tanto que incluso desaparecieron de la vista sus cadáveres.

Sólo consiguió salvarse Arón, sin que el fuego le causara el más leve daño, y eso porque era Dios quien había mandado el fuego a quemar a los que se lo merecían. Y Moisés, una vez que éstos hubieron perecido, deseoso de que el recuerdo del castigo sufrido por ellos fuera transmitido a la posteridad y de que las generaciones futuras lo conocieran, mandó a Eleazar, el hijo de Arón, depositar los incensarios de los muertos junto al altar de bronce, para que a las sucesivas generaciones futuras les sirviera de aviso de los castigos que sufrieron aquéllos por creer que la fuerza de Dios podía ser eludida por el engaño. Y Arón, que ya no pasaba por ocupar el Sumo Sacerdocio por el favoritismo de Moisés, sino por la manifiesta decisión de Dios, disfrutó ya tranquilamente de ese cargo conjuntamente con sus hijos.

59. *Continuación de la insurrección (Núm.* 16,41). 4.1. La insurrección, sin embargo, ni aun así cesó, sino que se acrecentó todavía mucho más y cobró mayor peligro y encontró, además, motivos para hacerse cada vez peor, los cuales hacían esperar que esta situación espantosa no había de cesar nunca, sino que permanecería durante tiempo. Ocurrió lo siguiente: las gentes, aunque convencidas ya de que no se hacía nada sin la Providencia divina, no querían admitir que los acontecimientos ocurridos se habían producido sin que Dios quisiera con ellos favorecer a Moisés, y por eso lo acusaban de que la cólera de Dios hubiera sido así de grande no tanto por la iniquidad de los castigados como porque Moisés lo había inducido a ello. También le decían que aquéllos habían perecido sin haber cometido otro pecado más que haberse preocupado por el culto divino, a diferencia de él, que con la muerte de tan excelentes varones, y todos ellos excelentes en grado máximo, había perjudicado al pueblo para no tener que sostener pleito alguno ya y entregar a su hermano el Sumo Sacerdocio sin que nadie se lo disputara, puesto que ya no lo reivindicaría ningún otro, al ver que incluso los de la clase más alta habían perecido de mala manera. Y más aún: los propios parientes de las víctimas pedían insistentemente a la masa que mermara la jactancia de Moisés, dado que eso era algo que les convenía.

63. *El brote del bastón de Arón calma a los rebeldes (Núm.* 16, 1). 2. Y Moisés, como desde hacía mucho tiempo venía escuchando el alboroto que se estaba formando, tuvo miedo de que

volvieran a provocar una subversión y ocurriera una tragedia de vastas dimensiones y grave, y por ello convocó a la multitud a una asamblea, en la que no se puso a defenderse de las acusaciones que había escuchado, para no exasperar a la multitud, sino que lo único que hizo fue advertir a los jefes de tribu que se preocuparan de traer los nombres de las tribus grabados en bastones, porque obtendría el Sumo Sacerdocio aquél en cuyo bastón pusiera Dios una señal. Y así, como aprobaran esta propuesta, todos los otros trajeron los nombres de su tribu grabado en los bastones y también Arón, quien había grabado en el suyo la palabra *Levita,* bastones que Moisés depositó en el tabernáculo de Dios. Y al día siguiente sacó al exterior los bastones de las respectivas tribus, los cuales se distinguían porque los habían marcado no sólo los hombres que los habían traído, sino también el pueblo. Y comprobaron que los otros permanecían en el mismo estado en que se encontraban cuando Moisés se había hecho cargo de ellos, mientras observaron que del de Arón habían brotado yemas y ramas y fruto maduro (eran almendras, ya que el bastón había sido forjado de un tronco de ese árbol). Entonces, impresionados por lo inexplicable del fenómeno, si había todavía algunos a quienes les resultaban odiosos Moisés y Arón depusieron esa actitud y empezaron a admirar la distinción con que Dios los trataba y, de allí en adelante, aprobaron la decisión de Dios y convinieron con Arón en que éste ocupaba el Sumo Sacerdocio con toda razón. Y Arón, tras haberlo nombrado Dios por tres veces, ocupó el cargo sin problemas, y la insurrección de los hebreos, agudizada durante mucho tiempo, cesó de la manera dicha.

67. *Ciudades y diezmos para los levitas (Núm.* 18,2 y ss.). 3. Y Moisés, después que la tribu de los levitas fue eximida de la guerra y del servicio militar con objeto de que rindiera culto a Dios, para que no descuidaran el templo ni por falta ni por búsqueda de los recursos necesarios para vivir, ordenó a los hebreos por voluntad de Dios que, una vez que hubieran conquistado Canán, asignaran a los levitas cuarenta y ocho ciudades, prósperas y hermosas, y que de las tierras situadas delante de ellas cercaran una extensión de dos mil codos a partir de las murallas y las reservaran para ellos. Y, además de esto, ordenó también al pueblo que pagara a los propios levitas y a los sacerdotes el diezmo del producto anual de la tierra. Esos son los dones que esa tribu recibe del pue-

blo. Pero consideré obligado indicar los privilegios que todo el pueblo otorga a los sacerdotes en particular.

69. *Deberes para con los sacerdotes (Núm.* 18,12 y ss., etcétera). De las cuarenta y ocho ciudades ordenó Moisés a los levitas que cedieran trece para los sacerdotes y del diezmo que recibían anualmente del pueblo destinaran la décima parte para ellos. Más aún: Moisés dictaminó que el pueblo debía ofrecer a Dios las primicias de todos los frutos nacidos de la tierra, y de los cuadrúpedos utilizados para los sacrificios presentar a los sacerdotes el nacido en primer lugar, si era macho, para que lo sacrificaran y se alimentaran con él en la ciudad santa [4] ellos y toda su familia, mientras que, en el caso de los cuadrúpedos no usados por ellos para comerlos conforme las leyes heredadas de sus antepasados mandaban, los dueños debían reportarles siclo y medio. Y ordenó asimismo que a los sacerdotes se les debía proporcionar también las primicias de la lana esquilada a las ovejas y que los que amasaban la harina de trigo y hacían pan tenían que suministrarles algunas tortas. Por su parte, todos los que, en cumplimiento de un voto, se sacrifican a dejarse crecer el pelo y a no tomar vino, quienes reciben el nombre de naziritas, deben entregar a los sacerdotes los cabellos cuando los consagran y los cortan para el sacrificio. Y los que se denominan a sí mismos *corbán* a Dios, palabra que en griego significa *doron* (don), si quieren quedar exentos de ese menester, deben aportar dinero a los sacerdotes, la mujer treinta siclos y el hombre cincuenta. Y cuando se trata de personas cuyas propiedades son inferiores a las cantidades de dinero prescritas, los sacerdotes están facultados para entender en este caso a su libre voluntad. Y, a su vez, los que en su casa sacrifican una víctima para celebrar una fiesta particular y no para rendir culto a Dios están obligados a llevar a los sacerdotes las tripas, un trozo de pecho y la espalda derecha de la víctima. Así de abundantes fueron los recursos con que proveyó Moisés a los sacerdotes, y eso sin contar los que la gente les da cuando hacen un sacrificio por sus pecados. Y ordenó que participaran de todas las ofrendas entregadas a los sacerdotes también todos sus criados, hijos y esposas, salvo en el caso de víctimas ofrecidas por sus pecados, ya que éstas tienen que ser consumidas el mismo día

[4] Que deberá ser edificada: cf. cap. 200.

en el interior del templo sólo por los varones que participan en el sacrificio.

76. *El rey de Idumea les niega el paso por sus tierras (Núm.* 20,14). 5. Una vez que Moisés dispuso estas obligaciones después de la insurrección, tras levantar el campamento llegó con todo el ejército a los confines de Idumea y a través de unos embajadores que envió ante el rey de los idumeos le pidió, por un lado, que le permitiera el paso por su territorio, comunicándole que le daría todas las garantías que él quisiera recibir de que con ello no sufriría daño alguno y, por otro, que proporcionara mercados a su ejército, y se comprometió a pagar el precio que él fijara por el agua. Pero el rey, a quien no le gustó lo que le solicitaba Moisés a través de sus embajadores, no le concedió el paso por su territorio y, poniendo en marcha a sus fuerzas armadas, salió al encuentro de Moisés, dispuesto a impedirles el paso si lo intentaban llevar a cabo por la fuerza. Y Moisés, como ante su petición Dios no le aconsejara que iniciara las hostilidades, retiró el ejército, dando un rodeo por el desierto.

78. *Muerte de Mariam e institución de la ceremonia de la Ternera Roja (Núm.* 19, 1 y ss.). 6. Y precisamente entonces el final de sus días sorprendió a su hermana Mariam, quien acababa de cumplir cuarenta años a contar desde que había dejado Egipto, en la luna nueva del mes de Jántico según el cómputo lunar. Y la enterraron a costa del erario público y con toda suntuosidad en la cima de una montaña llamada Sin, y al pueblo, que le había guardado luto durante treinta días, Moisés lo purificó con un ritual del tenor siguiente: el Sumo Sacerdote, después de sacar un poco lejos del campamento y llevar a un lugar limpísimo a una ternera, inexperta todavía en el arado y en la agricultura e incólume, roja toda ella, la sacrificó y con el dedo en el que había cogido algo de su sangre roció el terreno que quedaba en dirección al tabernáculo de Dios. A continuación, según se iba quemando la ternera toda entera como estaba con piel y entrañas, arrojaron en medio del fuego un tronco de cedro, un hisopo y lana roja. Y el sacerdote, después de recoger la totalidad de la ceniza, la depositó en un lugar limpísimo. Y, así, después de arrojar en una fuente un poco de ceniza y mojar un hisopo, rociaron a las personas contaminadas por el cadáver en los días tercero y séptimo, y a partir de ahí ya estaban lim-

pios. Y este mismo ritual les impuso también la obligación de cumplir también cuando hubieran descendido a la tierra prometida.

82. *Muerte de Arón (Núm.* 20, 22 y ss.). 7.5.1. Y después de la purificación, realizada en la manera dicha al final del luto por la muerte de la hermana del caudillo, condujo al ejército a través del desierto y, tras llegar a un lugar de Arabia que los árabes consideran su metrópoli, anteriormente llamado Arce, pero ahora denominada Petra, donde había una montaña elevada que la rodeaba, Arón, conociendo por Moisés que iba a morir, subió a ella, mientras lo observaba la totalidad del ejército, ya que era un terreno en pendiente, y allí se despojó de la indumentaria propia del Sumo Sacerdote y, tras entregársela a su hijo Eleazar, a quien por razón de edad correspondía pasar el cargo de Sumo Sacerdote, murió a la vista del pueblo, acabando sus días el mismo año que se llevó también a su hermana y habiendo vivido un total de ciento veintitrés años. Y murió, de acuerdo con el cómputo lunar, en la luna nueva, en el mes llamado Hecatombeón por los atenienses, Loo por lo macedonios y Abbá por los hebreos.

85. *Sión, rey de los amoritas, les niega el paso (Núm.* 21,13 y ss.). 5.1. El pueblo le guardó luto durante treinta días y, cuando éste acabó, Moisés recogió de allí el ejército y se presentó con él a orillas del río Arnón, el cual, luego de partir de las montañas de Arabia y recorrer todo el desierto, viene a dar en el lago Asfaltitis, delimitando los territorios de los moabitas y de los amoritas. Estas son unas tierras fértiles y capaces de alimentar con sus productos a una multitud de hombres. Pues bien, Moisés envió emisarios a Sión, el rey de esta región, pidiéndole permiso para el paso del ejército por su territorio y comprometiéndose con todas las garantías que quisiera, por un lado, a no dañar lo más mínimo ni a sus tierras ni a sus habitantes, súbditos de Sión y, por otro, a comprarles sus productos en condiciones favorables a ellos, incluso el agua, si querían vendérsela. Pero Sión, negándose a ello, armó su ejército y estaba totalmente dispuesto a impedir a los hebreos cruzar el Arnón.

87. *Derrota de los amoritas y conquista de su territorio (Núm.* 21, 24). 2. Pero Moisés, al ver que el amorita adoptaba una postura hostil a ellos, entendió que no debía tolerar este desdén y, deci-

dido a librar a los hebreos de la inactividad y de la consiguiente falta de recursos, por culpa de lo cual ya antes se habían sublevado y en el momento presente se encontraban disgustados, preguntó a Dios si le daba permiso para iniciar la guerra. Y, como Dios le augurara incluso la victoria, él se animó a la lucha e incitó a ella a los soldados, invitándolos a que disfrutaran del placer del combate ahora cuando la Divinidad les concedía recurrir a él. Y los soldados, tras conseguir el ansiado permiso y recoger su equipo militar, marcharon directos a las operaciones. Y el amorita, cuando los hebreos venían contra él, ya no era el mismo que antes, sino que no sólo se asustó él de los hebreos, sino que también sus fuerzas, que al principio parecían dar la impresión de ser valientes, revelaron entonces que estaban muertas de miedo. Y, así, sin soportar resistir el primer choque ni aguantar a los hebreos, se dieron la vuelta, en la idea de que este su proceder y no el luchar les proporcionaría la salvación, ya que confiaban en las ciudades, que estaban fortificadas. Las cuales no les sirvieron de nada, al ser perseguidos hasta ellas. Pues los hebreos, en cuanto vieron que se retiraban, los acosaron y, desbaratando su orden táctico, les infundieron pavor. Y los amoritas, rotas sus filas, huían en dirección a sus ciudades, pero los hebreos no se cansaban de perseguirlos, sino que, aceptando sumar las presentes penalidades a las que ya habían sufrido antes, como tenían la suerte de ser sumamente hábiles en el manejo de las hondas y diestros en el manejo de todo tipo de proyectiles y corrían raudos en la persecución por llevar armamento ligero, perseguían a los enemigos, y a los que habían llegado demasiado lejos para ser capturados los alcanzaban con las hondas y las flechas. Con ello se produjo una gran mortandad y los que lograban escapar lo pasaban mal con las heridas recibidas, pero estaban más agotados por la sed que por ningún arma de guerra, ya que estos sucesos ocurrían en la estación del verano. Y, así, a la inmensa mayoría de ellos y que eran precisamente los que huían agrupados, al arrojarse al río por el ansia de beber agua, los hebreos, tras cercarlos, les disparaban y con sus dardos y flechas acabaron con todos ellos. Y entre ellos murió incluso el rey Sión. Y los hebreos despojaron a los cadáveres, consiguieron botín y obtuvieron gran abundancia de frutos de la tierra, de los que todavía estaba repleta, y el ejército recorrió todo el país sin miedo alguno en plan de saqueo, siendo tomadas incluso las propias ciudades, ya que éstas no representaron impedimento alguno, al haber perecido

todos los combatientes. Así de tremendo fue, pues, el desastre sufrido por los amoritas, quienes ni resultaron de fina inteligencia ni valientes en las operaciones de guerra, mientras los hebreos se apoderaron de su país. Es una región que, al encontrarse situada entremedias de tres ríos, resulta tener unas condiciones naturales que la convierten en una especie de isla, limitándola el Arnón por el mediodía, y rodeando su flanco norte el Jobac, que como desemboca en el Jordán lo hace partícipe también de un elemento de su nombre. Sin embargo, la zona que queda al Poniente de esta región la rodea el Jordán.

96. *Derrota de Og (Núm.* 21, 33 y *Deut.* 3,1 y ss.). 3. Pues bien, en estas circunstancias a los israelitas los atacó con su ejército Og, el rey de Galadene y Gaulanitis, quien había acelerado la marcha con intención de combatir al lado de Sión, que era su amigo, pero al encontrarse con que aquél ya había muerto, aun así decidió entrar en combate con los hebreos, dando por sentado que los vencería y deseoso de someter a prueba su valor. Pero al fracasar en sus esperanzas no sólo murió él en el combate, sino que también su ejército pereció en bloque. Y Moisés, tras cruzar el río Jobac, recorrió el reino de Og, sometiendo las ciudades y matando a todos sus habitantes, quienes también en prosperidad superaban a todos los que vivían en esas tierras interiores por la fertilidad de sus tierras y la abundancia de riquezas. Y Og tenía una altura y hermosura como muy pocos poseen, pero era también todo un tipo valiente por la fuerza de sus brazos, de suerte que eran iguales sus hazañas que sus excelencias representadas por su altura y gallardía. Y los hebreos comprobaron su fuerza y estatura al encontrar en la ciudad de Rabatá, la capital del reino amonita, su cama, forjada en hierro, y de cuatro codos de ancha, pero de un codo más del doble de larga. Pues bien, el descalabro de éste no sólo contribuyó al bienestar de los hebreos por el momento, sino que además con su muerte resultó ser el causante para ellos de una prosperidad futura, pues aparte de tomar sesenta ciudades tributarias de él y muy brillantemente amuralladas consiguieron todos, individual y colectivamente, abundante botín.

100. *Acampan enfrente de Jericó (Núm.* 22, 1). 6.1. Tras esto Moisés bajó sus fuerzas y acampó a orillas del Jordán en una extensa llanura, enfrente de Jericó, ciudad próspera, excelente en la pro-

ducción de palmeras y suministradora de bálsamo. En estas circunstancias los israelitas empezaron a estar sumamente orgullosos de sí mismos y exacerbaban su pasión por las guerras. Y Moisés, después de haber ofrecido primeramente en el término de unos pocos días sacrificios en acción de gracias a Dios y de haber agasajado al pueblo, envió una división de sus tropas a devastar el territorio de los madianitas y a tomar sus ciudades al asalto. Pero tuvo motivos del tenor siguiente para emprender la guerra contra ellos.

102. *Embajada de Balac a los madianitas y a Balam (Núm.* 22, 2). 2. Balac, el rey de los moabitas, como era amigo y aliado de los madianitas desde los tiempos de sus antepasados, al ver que los israelitas estaban creciendo tanto se preocupó sobremanera por su situación personal y, como no se había enterado de que los hebreos no aspiraban a ocupar ningún otro país una vez que hubieran conquistado Canán por prohibición expresa de Dios, decidió emprender conversaciones, con más prisa que sensatez. En este sentido, no se decidió a iniciar las hostilidades contra los hebreos tras los éxitos recientes de éstos y cuando ya estaban bastante animados después de haber sido víctimas de anteriores descalabros, pero sí a enviar embajadores ante los madianitas para hablar de los hebreos, en un intento de conseguir, si podía, impedir que se convirtieran en una gran potencia. Y los madianitas, como a continuación del Eúfrates vivía un tal Balam, el más sobresaliente de los adivinos de la época y que se encontraba en excelentes relaciones de amistad con ellos, enviaron en compañía de los embajadores de Balac a algunos de sus hombres más notables a proponer al adivino que viniera, con objeto de que pudiera efectuar maldiciones para el exterminio de los israelitas. Y, cuando los embajadores se presentaron, los recibió hospitalaria y amablemente y, después de ofrecerles un banquete, inquiría el pensamiento de Dios, cuál era ése en relación con lo que le proponían los medianitas. Pero como Dios se erigiera en obstáculo a las pretensiones de aquéllos, Balam volvió junto a los embajadores, indicándoles que contaran para todo lo que necesitaran con su particular buena disposición y deseo, pero haciéndoles ver que Dios, que era quien lo había llevado tan lejos en el camino de la fama por adivinar la verdad y declararla, alegaba razones en contra de su personal preferencia, y todo porque el ejército que le proponían ir a maldecir gozaba del aprecio divino. Y por este motivo les aconsejó que se reintegraran

a sus lugares de origen, dando por liquidado el odio que tenían a los israelitas. Y, tras estas palabras, despidió a los embajadores.

107. *Segunda embajada: viaje de Balam, y su burra (Núm.* 22, 15). 3. Pero los madianitas, ante la vehemente insistencia y empecinadas peticiones que les llevaba Balac, volvieron a enviar embajadores ante Balam. Quien, deseoso de conseguir algún favor para aquellos hombres, interrogó a Dios, pero éste, molesto incluso por la prueba a que se le sometía, le ordenó que no les contradijera lo más mínimo a los embajadores. Entonces Balam, que no captó que Dios se lo había ordenado para inducirlos a error, se puso en camino acompañado de los embajadores. Y como durante el camino un ángel de Dios lo atacara a la altura de un lugar estrecho cercado por una pared a cada lado, la burra sobre la que cabalgaba Balam, al percibir el espíritu de Dios que se le ponía delante, ladeó a Balam contra una de las dos cercas, insensible a los palos que le daba Balam, dolorido al ser oprimido contra la cerca. Y como la burra ante el acoso del ángel doblara con tanto palo, por voluntad de Dios emitió un lenguaje humano y reprochó a Balam que le diera tantos palos pese a que no podía imputarle una conducta injusta en sus servicios anteriores, sin comprender que era la mano de Dios la que le impedía a ella prestarle el servicio que él ansiaba. Y, cuando él estaba confuso por el lenguaje humano de la burra, el propio ángel se le manifestó diáfanamente y le censuró lo de los palos, indicándole que el haberío no tenía culpa alguna, sino que era él quien le cerraba el paso de acuerdo con la decisión tomada por Dios. Y Balam, aterrorizado, se disponía a darse la vuelta, pero Dios lo instó a que prosiguiera el viaje proyectado, ordenándole que anunciara únicamente lo que Él mismo le infundiera en la mente.

112. *Balam predice la futura grandeza de Israel (Núm.* 22, 1 y ss.). 4. Y Balam llegó a presencia de Balac con este encargo de Dios. Y, después de ser recibido deslumbrantemente por el rey, pidió ser conducido a una montaña para observar cómo se encontraba el campamento de los hebreos. Y el propio Balac, conduciendo al adivino acompañado del servicio real y con honores excepcionales, llegó a una montaña situada encima de sus cabezas y distante del campamento sesenta estadios. Y Balam, después de ver a los hebreos, mandó al rey que construyera siete altares y que trajera otros tantos toros y corderos. El rey cumplió su mandato con

toda rapidez y, tras ello, Balam, después de sacrificar estos animales, los ofreció en holocausto y, cuando vio al inexorable Destino que le hacía señales, dijo: «Dichoso el pueblo al que Dios otorga la posesión de innumerables bienes y le ha prometido la asistencia de su propia Providencia como aliada y guía en todos sus actos. Porque no hay raza humana alguna a la que por vuestras virtudes y por el celo que ponéis en una conducta honestísima y limpia de vicios no se os considerará superiores, herencia que dejaréis a vuestros hijos, quienes serán todavía mejores que vosotros mismos, dado que vosotros sois el único pueblo por el que vela Dios, quien os proporciona los recursos necesarios para que seáis más prósperos que cualquier otro pueblo que hay bajo el Sol. Y, así, conseguiréis ocupar la tierra a la que os envió, la cual estará por siempre sometida a vuestros hijos, y toda tierra y mar se llenará de su fama, y vosotros solos bastaréis al mundo para proporcionar a todos y cada uno de los países colonizadores entre los miembros de vuestra raza. ¿Te extraña entonces, oh bienaventurado ejército, llegar a ser tan grande a partir de un solo antepasado? No te extrañe, ya que la tierra de Canán será suficiente para dar cabida a vuestra actual insignificancia, pero debéis saber que la tierra entera ha sido destinada para ser vuestro habitáculo eterno, y viviréis en islas y continentes alcanzando vosotros una cantidad de gente tan numerosa como ni siquiera suma el número de estrellas que hay en el firmamento. Y, a pesar de que seáis tantos, la Divinidad no se negará a suministraros abundantes bienes de todo tipo en la paz, y la victoria y el triunfo en la guerra. ¡Y ojalá que la pasión por entrar en guerra con vosotros se apoderara de los hijos de vuestros vecinos y enemigos y su osadía fuera tal que acudieran a las armas y a combatir contra vosotros! Pues, si eso llegara, no volvería ni uno solo vencedor ni tan venturoso que llevara la alegría a sus hijos y esposas. ¡Tan grande es el exceso de valentía que pende sobre vosotros gracias a la Providencia de Dios, quien tiene poder tanto para quitar lo que sobra como para proporcionar lo que falta!»

118. *Balam se defiende de Balac, y posteriores predicciones (Núm.* 23, 11 y 13). 5. Balam profetizó tan excelentes novedades sin ser dueño de sus propios actos, sino obligado [5] a ello por inspi-

[5] Pero algunos manuscritos en vez de la forma *νενιχημένος* traen *κεκτημένος*, lectura preferida por A. Piñero Sáenz, «Nota crítica a *Antiqu.* IV, 118 de Flavio Josefo», *Emerita* 44, 1976, 121-128.

ración divina. Y, como Balac hiciera grandes aspavientos y lo acusara de contravenir los acuerdos pactados con él a cambio de grandes regalos aportados por los aliados, ya que, según le decía, después de venir para lanzar imprecaciones contra los enemigos los estaba ensalzando a aquéllos mismos y los estaba revelando los más afortunados de los hombres, Balam le dijo: «Querido Balac, ¿opinas de todo y crees que está en nuestras manos callar o decir algo acerca de hechos de este tipo cuando la inspiración divina se apodera de nosotros? Nada de eso, sino que debes saber que, en esas situaciones, la inspiración divina emite las palabras y significaciones que quiere sin que nosotros nos enteremos de nada. Yo, no obstante, recuerdo no sólo lo que tú y los madianitas me pedísteis y para lo que me trajísteis anhelosamente aquí, sino también los motivos por los que efectué mi venida, y estaba en mi deseo no faltar lo más mínimo a tus pretensiones. Pero Dios se impuso a mis pretensiones de favoreceros. Y los que se figuran que pronostican con entera libertad el futuro de los hombres se muestran completamente incapaces para no declarar lo que les apunta la Divinidad y para forzar su santa voluntad. Pero desde el momento que Dios ha penetrado en nosotros ya no hay nada en nuestro interior que dependa de nosotros. Pues bien, yo al menos no me había propuesto ni alabar a ese ejército ni enumerar los bienes para los que preparó Dios a esta raza, sino que lo que ocurrió fue que, al ser *Él* favorable a ellos y estar interesado en proporcionarles una vida dichosa y una fama eterna, me asignó a mí la obligación de hacer público tal comunicado. Pero ahora, como tengo sumo interés en haceros algún favor tanto a ti mismo como a los madianitas, cuya petición no me honra rechazar, ¡ea!, levantemos de nuevo otros altares y ofrezcamos sacrificios parecidos a los anteriores, a ver si pudiera persuadir a Dios a que me permita sujetar a estos hombres a mis imprecaciones.» Y como Balac accediera a ello y Balam ofreciera un sacrificio por segunda vez, Dios no aprobó sus proyectadas imprecaciones contra los israelitas [6] y, en lugar de eso, cayendo en el suelo boca abajo, predijo todos los desastres que acontecerían a los reyes y todos los que sucederían a las ciudades más importantes (algunas de las cuales resultaba que ni siquiera estaban todavía fundadas ni por asomo) y otros que surgieron y ocurrieron a los hombres en fechas anteriores a la actual por tierra o por mar y que han

[6] Sigue una glosa.

sido recordados hasta nuestra época. Y, en vista de que todas estas profecías han tenido el resultado mismo que Balam había predicho, cabría deducir qué es lo que ocurrirá también en el futuro [7].

126. *Advertencia de Balam, al despedirse.* 6. Entonces Balac, sobreexcitado porque los israelitas no habían sido sujetos a imprecaciones, despidió a Balam, sin dignarse concederle pago alguno. Y éste, cuando ya estaba en camino y se disponía a cruzar el Eúfrates, después de mandar venir a Balac y a los jefes de los madianitas, les dijo: «Balac y madianitas aquí presentes, puesto que conviene que os conceda algún favor incluso en contra del querer de Dios, os diré que, aunque la raza hebrea no podrá sufrir una ruina total con motivo ni de guerras ni de pestes y escasez de los frutos de la tierra ni acabará con ella ninguna otra causa inverosímil, ya que Dios, que está pendiente de ellos, se preocupa de preservarlos de toda calamidad y de no dejar en absoluto que les venga una catástrofe tal que por ella puedan perecer todos, sin embargo, sí podrán sucederles reveses pequeños y de corta duración y, aunque creerán que van a ser abatidos por estos descalabros, luego florecerán con el consiguiente terror para los que les infligieron daños. Pero vosotros, si ansiáis ganarles una victoria, aunque sea poco duradera, podríais obtenerla si hacéis lo siguiente: enviad de entre vuestras hijas, para que se sitúen cerca de su campamento, a las más distinguidas y más capaces por su hermosura de forzar y vencer la sensatez de los que las contemplen, luego de haber sometido a un tratamiento su hermosura para hacerla todavía más deseada. Tenéis que ordenarles que acepten tener con ellos relaciones íntimas cuando se las soliciten. Y, cuando vean que los enemigos son juguete de sus apetencias, deben dejarlos plantados y, aunque les pidan que esperen, no deben hacerles caso hasta persuadirlos a abandonar las leyes heredadas de sus padres y al Dios que se las dictó para que las tuvieran en alta estima y veneren, por el contrario, la de los madianitas y moabitas, ya que así Dios se enfurecerá con ellos.» Y él, después de haberles sugerido estas medidas, se alejó.

131. *Seducción de los jóvenes hebreos por las mujeres madianitas (Núm.* 25, 1). 7. Y como los madianitas enviaran a sus hijas

[7] Otra referencia misteriosa véase en *Ant. judías* 10, 210.

siguiendo la exhortación de personaje tan significativo, los jóvenes de los hebreos quedaron prendados de la excepcional belleza de aquellas mujeres y, entrando en conversación con ellas, les pedían que no les negaran el goce de su hermosura ni la simpatía de su trato. Y ellas, que recibieron con gran contento su proposición, se juntaron con ellos. Y, después que los tenían rendidos por el amor que sentían hacia ellas, se disponían a despedirse precisamente en el momento en que su pasión estaba más exacerbada. Y entonces se apoderó de ellos una desilusión tremenda ante la perspectiva del regreso de las mujeres y con pertinaz insistencia les pedían que no los dejaran abandonados, sino que se quedaran allí para convertirse en sus esposas y ser designadas dueñas de todas sus pertenencias. Les proponían esto entre juramentos y designando a Dios mediador de sus promesas, no sólo derramando copiosas lágrimas, sino también recurriendo a todas las argucias para atraer la compasión de las mujeres. Y éstas, cuando comprendieron que aquéllos estaban a merced de ellas y totalmente prendados de su simpatía, empezaron a decirles:

134. *Condiciones impuestas por ellas.* 8. «Nosotras, queridos jóvenes los mejores de todos, tenemos casas paternas, bienes y propiedades sin tasa y el afecto y cariño de nuestros padres y familia, y no hemos entablado conversación, viniendo aquí, en busca de nada de esto, ni tampoco hemos aceptado vuestra invitación al diálogo con intención de traficar con nuestro cuerpo tan en sazón, sino que os hicimos caso por suponeros hombres honestos y justos que nos pedíais que os honráramos con tales muestras de hospitalidad. Y ahora, cuando aseguráis que os habéis encariñado con nosotras y que sufrís al disponernos a regresar junto a los nuestros, os diremos que tampoco nosotras mismas rechazamos vuestra proposición, pero sólo una vez que hayamos obtenido la única prueba de vuestro afecto que nosotras consideramos digna de ser tenida en cuenta gustaremos de pasar la vida con vosotros, en calidad de esposas. Pues existe el temor de que llegue un día en que os hartéis de nuestra compañía y luego nos ultrajéis y nos devolváis deshonradas a nuestros padres.» Y les rogaban que comprendieran que tomaran estas precauciones. Y, como ellos se comprometieran a darles la garantía que quisieran y no se opusieran a nada por la pasión que sentían hacia ellas, les dijeron: «Ya que habéis tomado esta decisión y adoptáis unas costumbres y un género de vida lo

más distinto de todo el mundo, hasta tal punto que incluso vuestra alimentación sigue derroteros propios y la bebida no es la misma que la de los demás, estáis obligados, si deseáis de veras compartir casa con nosotras, a rendir culto a nuestros dioses, y no podría haber otra prueba del afecto que aseguráis tener ahora hacia nosotras y del que continuaréis teniendo en el futuro más que adorando a los mismos dioses que adoramos nosotras. Y nadie podría reprocharos que os cambiéis a los dioses propios del país al que habéis llegado, sobre todo cuando los nuestros son comunes a todos los hombres, mientras que el vuestro no coincide ser igual que ninguno.» Por ello, les decían que debían, una de dos, o tener las mismas creencias que todos o buscar otra tierra en que habitar y vivir ellos solos, siguiendo sus propias normas.

139. *La corrupción se extiende (Núm.* 25, 2). 9. Y entonces ellos, presumiendo, llevados del amor que sentían por ellas, que lo que decían era totalmente razonable, se rindieron a su proposición y transgredieron las normas heredadas de sus padres y, considerando que había más dioses de uno y proponiéndose ofrecerles sacrificios de acuerdo con las leyes locales propias de las poblaciones asentadas allí, se deleitaron con comidas extrañas y continuamente hacían todo, con vistas a halagar a aquellas mujeres, en forma contraria a lo que mandaba su ley, de tal manera que, por un lado, la ilegalidad iniciada por los jóvenes invadía ya a todo el ejército y, por otro, se abatió sobre ellos una sedición mucho peor que la anterior, hasta el extremo de que se corrió el peligro de la destrucción completa de sus instituciones particulares. Pues una vez que la juventud gustó de los comportamientos extranjeros se atiborraba de ellos insaciablemente y, si había algunos hombres del grupo social más alto ilustres por los méritos de sus padres, también ellos se dejaron corromper.

141. *Apostasía de Zambrías: amonestación de Moisés (Núm.* 25, 14 y ss.). 10. Zambrías, el jefe de la tribu de Simeón, que estaba casado con la madianita Cosbia, hija de Sur, un príncipe local, a instancias de su mujer procuraba hacer aquello que redundara en placer para ella más que las normas dictadas por Moisés. En este estado de cosas, como Moisés temiera que ocurriera algo peor y convocara al pueblo a una asamblea, no acusó a nadie nominalmente, por no querer acorralar y obligar a refugiarse en la

insania a los que, amparados en el secreto, podían arrepentirse, pero les decía que no seguían un comportamiento propio ni de sí mismos ni de sus propios padres al estimar en más el placer que a Dios y que vivir conforme a Él, y que les convenía enmendarse mientras todavía podían hacerlo en honrosas condiciones, convencidos de que la hombría consistía no en violar las leyes, sino en no ceder a las pasiones. Y, además de eso, insistía en decirles que tampoco se entendía que, después de haberse comportado sobriamente en el desierto, vinieran ahora, cuando se encontraban en la prosperidad, a delirar de puro ebrios, ni que desperdiciaran a causa de la abundancia de bienes los conseguidos por la falta de ellos. Él con esta serie de argumentos intentaba corregir a los jóvenes y llevarlos a arrepentirse de lo que hacían.

145. *Réplica de Zambrías.* 11. Pero, a continuación de su actuación, levantándose Zambrías dijo: «nada de eso: tú, Moisés, sigue las leyes a las que personalmente instas y a las que has proporcionado vigencia por la ingenuidad de éstos, porque, de no ser ellos de esta condición, ya te habrías enterado infinidad de veces por los golpes recibidos de que los hebreos no son fáciles de engañar. Pero por lo que a mí respecta jamás me encontrarás esclavo de tus tiránicas imposiciones, puesto que hasta el momento presente no haces otra cosa más que, con el pretexto de las leyes y de Dios, urdir la esclavitud para nosotros y el mando para ti, privándonos a nosotros del placer y de tomar en la vida decisiones propias, como compete a las personas libres y no están sometidas a ningún amo. En ese caso serías para los hebreos más duro que los propios egipcios, al pretender de acuerdo con las leyes castigar el deseo de cada cual a hacer lo que le venga en gana. Con mucha más razón tendrías que sufrir tú castigo, al empeñarte en hacer desaparecer las ideas y costumbres que cada grupo humano conviene en que son buenas y al dotar de vigencia a tus propios absurdos en contra de la opinión general. Y yo perdería todo derecho a hacer lo que ahora hago si, después de considerarlo bueno, me retrajera de confesarlo así en medio de la asamblea aquí presente. Y, como tú dices, he tomado por esposa a una joven mujer extranjera (ya que vas a oír de mi propia boca, como persona libre que soy, las cosas que hago y que en modo alguno me propuse que pasaran inadvertidas) y ofrezco sacrificios a los dioses que considero justo, partiendo de la idea de que la verdad ha sido elaborada para mí por

muchos investigadores y de que no debo vivir como en una tiranía, haciendo depender de una sola persona el conjunto de preferencias de toda mi vida. Y no lo pasará bien nadie que pretenda mostrarse árbitro de lo que yo debo hacer pisoteando mi libertad personal.»

150. *Zambrías es matado por Finés: castigo de los pecadores (Núm.* 25, 7 y ss.). 12. Después que Zambrías hubo pronunciado estos alegatos en defensa de las iniquidades propias y de las de algunos otros, el pueblo se quedó quieto no sólo por miedo al futuro amenazador, sino también y, sobre todo, al ver que el legislador no quería agravar todavía más la insania de Zambrías con un enfrentamiento frontal, ya que se contuvo por miedo a que fueran muchos los que, poniéndose a imitar la desvergüenza de los argumentos de aquél, conturbaran a la masa. Tras esto se disolvió la asamblea. Pero la realidad de aquella depravación habría llegado a más de no haber muerto antes Zambrías por la razón siguiente. Finés, un tipo superior a los más jóvenes por los demás conceptos y que superaba a los de su edad por la consideración social de su padre (pues era el Sumo Sacerdote Eleazar), extremadamente dolido por la conducta seguida por Zambrías y, antes de que la insolencia cobrara más cuerpo por la seguridad de que no pasaría nada, decidió tomar contra él por la vía de los hechos las debidas medidas e impedir que sus aberraciones pasaran a más gente por no ser castigados sus iniciadores y, como por su osadía y hombría de espíritu y cuerpo fuera tan lanzado que, si chocaba con una situación difícil, no la dejaba hasta vencerla y exigir responsabilidades por ello, se presentó en la tienda de Zambrías y, golpeándolos con la lanza a él y a Cosbia, los mató. Luego, todos los jóvenes que pugnaban por llevar a cabo grandes gestas y por su empeño en ejecutar hermosas acciones, imitando la valentía de Finés, acabaron con la vida de los que habían incurrido en responsabilidades por los mismos motivos que Zambrías. Y, por consiguiente, perecieron por la hombría de bien de éstos muchos de los que habían transgredido las leyes y, todos los que no, se consumieron por una peste, calamidad que Dios lanzó contra ellos, y también murieron, por considerarlos Dios cómplices, todos los que por su condición de parientes de ellos debían haberles impedido su injusto proceder y, sin embargo, los incitaban a ello. Y, así, perecieron de los que estaban en filas no menos de catorce mil hombres.

156. *Nobleza de Moisés al tomar nota de las profecías de Balam.* 13. Moisés, espoleado por este motivo, envió para acabar con los madianitas al ejército, a cuya marcha contra aquéllos nos referiremos un poco más tarde, una vez que hayamos expuesto primero lo que habíamos pasado por alto, pues es de justicia no pasar de largo y dejar sin encomiar la decisión del legislador a este respecto. Se trata de lo siguiente: después de haber sido acogido Balam por los madianitas con objeto de que lanzara imprecaciones a los dioses contra los hebreos y, cuando no logró esto a causa de la Providencia divina, haberles sugerido un plan que, al ponerlo en práctica los enemigos, por poco consiguió destruir al pueblo hebreo, al corromper algunos de ellos su conducta en este contexto, Moisés lo encumbró sobremanera al tomar nota de sus profecías y, cuando estaba en sus manos la posibilidad de apropiarse de la gloria inherente a ellas y hacerla suya al no haber ningún testigo que pudiera refutársela, aportó su testimonio a que la paternidad de ellas le correspondía a Balam, por lo que lo consideró digno de recordarlo. Y cada cual debe interpretar este hecho según su buen entender.

159. *Derrota de los madianitas (Núm.* 25, 6 y ss., y 31, 1 y ss.). 7.1. Moisés, por los motivos que ya señalé anteriormente, envió contra Madián un ejército compuesto por un total de doce mil hombres, habiendo reclutado de cada tribu igual número, y designó general de estas fuerzas a Finés, a quien un poco antes mencioné por haber preservado para los hebreos sus leyes y haber tomado represalias contra Zambrías, que era quien las transgredía. Los madianitas, por su parte, tan pronto como se enteraron de que el ejército hebreo venía contra ellos y de que se presentaría de un momento a otro, formaron un todo compacto y, después de asegurarse los puntos de acceso a su territorio, por donde suponían que entrarían, se quedaron esperándolos. Y, al llegar y entablarse combate, cayeron de los madianitas una multitud incalculable e innumerable y la totalidad de sus reyes, que eran cinco: Oco y Sur, más Robes y Ur, y un quinto, Recem, cuya ciudad, homónima y que gozaba de la más absoluta consideración dentro del territorio árabe, hasta el día de hoy incluso todo el pueblo árabe la designa con el nombre del rey que la fundó, Recem, mientras los griegos la denominan Petra. Y, una vez que los enemigos volvieron la espalda, los hebreos saquearon sus territorios y, después de tomar abun-

dante botín y de aniquilar a los habitantes junto con sus mujeres, dejaron únicamente a las doncellas, como Moisés había ordenado hacer a Finés. Quien regresó con un ejército indemne y botín sin tasa: cincuenta y dos mil reses de ganado vacuno, seiscientas setenta y cinco mil ovejas, sesenta mil asnos, y una cantidad inmensa de utensilios de oro y de plata, usados para el servicio doméstico, ya que a causa de su prosperidad habían adoptado un género de vida sumamente refinado. Y fueron traídas también las doncellas, en número de treinta y dos mil. Y Moisés, tras dividir el botín en dos lotes, de uno de ellos dio a Eleazar y a los sacerdotes la quincuagésima parte, y del otro otra quincuagésima parte a los levitas mientras que el resto lo adjudicó al pueblo. Y a partir de entonces vivieron felices, al conseguir por sus virtudes bienes sin tasa, sin que ningún contratiempo les impidiera disfrutar de ellos.

165. *Moisés nombra a Josué como su sucesor (Núm.* 27, 18). 2. Moisés, que ya se encontraba viejo, designó a Josué como su sucesor no sólo para emitir profecías, sino también para que actuara como general si era menester, siendo el propio Dios quien le mandó que otorgara la jefatura del Estado a éste. Y Josué era versado en toda suerte de ciencia política y relativa a las leyes y a la Divinidad, que le había enseñado Moisés.

166. *El país de los amoritas asignado a dos tribus y media (Núm.* 32, 1 y ss.). 3. Y, en esto, dos tribus, la de Gad y la de Rubel, y media de la de Manasé, prósperas por la abundancia de cuadrúpedos y por todo lo demás, después de haber llegado a un acuerdo entre las partes, invitaron a Moisés a que les otorgara a ellos fuera de reparto la tierra amorita, ganada a golpe de lanza, alegando que era excelente para alimentar a sus ganados. Pero él, imaginándose que ellos se habían inventado el hermoso pretexto de su preocupación por los ganados por miedo a luchar contra los cananeos, los tildaba de ser los más cobardes y, luego de urdir ellos un pretexto especioso para ocultar su cobardía, de querer llevar una vida muelle y pasarla cómodamente, cuando todos habían soportado multitud de sufrimientos por conquistar las tierras solicitadas por ellos, y de negarse, por un lado, a contribuir con su esfuerzo a sobrellevar las pruebas que restaban y, por otro, a conquistar las tierras que Dios les había prometido que les entregaría, una vez que hubieran cruzado el Jordán y después de someter a los

enemigos que Él les señaló. Entonces ellos, al verlo irritado y admitir que se había enfadado con toda razón ante la petición que ellos le habían formulado, alegaron que no habían hecho la petición por miedo a peligro alguno ni por flojedad para los trabajos, sino con objeto de dejar en lugar idóneo el botín y poder así marchar más sueltos a las luchas y a los combates, y decían que estaban prestos, una vez que hubieran fundado ciudades para la protección de sus hijos, esposas y las riquezas conseguidas, si él se lo permitía, a partir con el ejército. Entonces Moisés, satisfecho con la explicación, después de reclamar la presencia de Eleazar, el Sumo Sacerdote, de Josué y de todas las autoridades, les concedió la tierra amorita con la condición de tomar parte en la lucha al lado de sus congéneres, hasta que hubieran sometido todo. Y, así, una vez que recibieron con estas condiciones el país y fundaron ciudades fortificadas, depositaron en ellas a sus hijos, esposas y todos los demás objetos que les hubieran impedido trabajar de haber tenido que llevarlos consigo de un lugar a otro.

172. *Las ciudades que servían de refugio (Deut.* 4,41 y ss., y *Núm.* 35, 9 y ss.). 4. También Moisés edificó las diez ciudades que estarían incluidas en el número de las cuarenta y ocho, tres de las cuales las asignó a los que tuvieran que huir a consecuencia de un homicidio involuntario, y dictaminó que la duración del destierro fuera el mismo que durara el Sumo Sacerdote durante cuyo ejercicio hubiera huido uno por haber cometido el homicidio. Y le concedió la vuelta a casa una vez muerto el citado Sumo Sacerdote, con la particularidad, mientras tanto, de que los parientes de la víctima tenían permiso para matar al homicida si lo sorprendían fuera de los límites de la ciudad en la que se había refugiado. Y las ciudades designadas para refugio fueron las siguientes: Bósora junto a la frontera de Arabia, Arímano en Galadene, y Gaulaná en Batanea. Y, una vez que hubieron conquistado ellos también Canán, tres más de las ciudades de los levitas debían ser ofrecidas a los fugitivos para que habitaran en ellas, por orden de Moisés.

174. *Regulación concerniente a la herencia (Núm.* 36, 1). 5. Y, habiéndose acercado a Moisés los principales de la tribu de Manasé, indicándole que había muerto un varón distinguido miembro de la tribu, llamado Solofantes, sin dejar hijos varones pero sí

hijas y preguntándole si la herencia pasaría a éstas, él les contestó que, si decidían casarse con algún hombre de la tribu, podían unirse a sus maridos con la herencia, pero que, si se casaban con alguno de otra tribu, la herencia debía quedar en la tribu paterna. Fue en esta ocasión cuando Moisés determinó que la herencia de todos y cada uno permaneciera en su respectiva tribu.

176. *Asamblea en Abile, a orillas del Jordán (Deut.* 1, 13). Cumplidos cuarenta años descontados treinta días, Moisés convocó una asamblea a orillas del Jordán, donde ahora se encuentra Abile, en una región poblada de palmeras y, una vez reunido todo el pueblo, le habló así:

177. *Moisés exhorta al pueblo antes de su muerte (Deut.* 31, 2). 2. «Camaradas y compañeros de esta larga tribulación, habida cuenta de que, en atención a que Dios ya lo decide así y mi ancianidad ha cumplido la edad de ciento veinte años, debo partir de este mundo y no he de ser vuestro colaborador ni aliado en las empresas que se llevarán a cabo al otro lado del Jordán, porque Dios me lo impide, consideré justo no perder tampoco ahora el ánimo que me asiste y que vela por vuestra prosperidad, sino procuraros a vosotros el disfrute eterno de los bienes, y a mí el recuerdo vuestro, cuando alcancéis abundancia de otros mejores. ¡Ea, pues: Una vez que os haya aconsejado la forma en que vosotros podréis alcanzar la prosperidad y dejar a vuestros hijos la posesión eterna de bienes, luego ya deje este mundo! Y merezco vuestra confianza no sólo por mi anterior ambición en pro de vosotros, sino también porque las almas que se encuentran al borde de la muerte se expresan con total honradez. Queridos hijos de Israel, el único medio que tienen todos los hombres para adquirir bienes es Dios benevolente, pues sólo Él es capaz de darlos a los que se los merecen y de quitárselos a los que le faltan a Él. Si os entregáis a Él como Él quiere y yo, perfecto conocedor de sus intenciones, os aconsejo que lo hagáis, no dejaríais nunca de ser bendecidos y envidiados por todos, sino que permanecerá segura la posesión de los bienes que ahora os asisten y pronto tendréis en vuestras manos aquellos de los que no disponéis. Obedeced únicamente a los preceptos que Dios quiere que sigáis, y ni prefiráis otras disposiciones a las normas actuales, ni despreciando el culto que ahora rendís a Dios pasaos a otras formas. Si actuáis así, seréis los más fuertes de

todos para sostener combates y no caeréis fácilmente prisioneros de los enemigos, ya que, si contáis con la ayuda de Dios, es totalmente comprensible que miréis por encima del hombro a todos los demás. Y están depositados a vuestro alcance grandes premios a la virtud y que podréis conseguir durante toda la vida. En efecto, ella es, para empezar, el más noble de todos los bienes y, además de eso, nos obsequia con un cúmulo de los demás, de tal manera que, si la practicáis en vuestras relaciones mutuas, hace que vuestra vida sea dichosa, que alcancéis una gloria incontestablemente superior a la de los pueblos extranjeros y que contéis con una excelente fama entre las generaciones futuras. Y conseguiríais alcanzar estos bienes si fuérais obedientes y guardianes de las leyes que redacté, apuntándomelas Dios, y os ejercitaríais en captar su significado. Me voy contento por haberos provisto de bienes que os convienen a vosotros tales como la prudencia de las leyes, la armonía de la constitución y las excelencias de los caudillos, quienes tendrán cuidado de aportaros lo que os favorece. Y Dios, que hasta ahora os ha guiado a vosotros, por cuya voluntad también yo os he sido útil, no detendrá en el momento presente su Providencia que vela por vosotros, sino que podréis contar con sus desvelos durante todo el tiempo que queráis tenerlo de patrono continuando en la práctica de la virtud. Y os indicarán los consejos mejores, al seguir los cuales alcanzaréis la prosperidad, el Sumo Sacerdote Eleazar, Josué, el Consejo de ancianos y la autoridad de las tribus, a quienes deberéis escuchar sin causarles dificultades, conscientes de que todos los que saben obedecer dignamente también sabrán mandar cuando ocupen el poder, y empezad por pensar que la libertad consiste en no tomar a mal los encargos que los jefes consideren justo que cumpláis. Porque ahora en ultrajar a vuestros bienhechores es en lo que fijáis vuestro libre albedrío, vicio del que si os guardáis en el futuro las cosas os irán mejor. Tampoco los tratéis nunca a ellos con la misma cólera con que osásteis maltratarme a mí, ya que sabéis que corrí peligro muchas veces de morir a vuestras manos más que a manos de los enemigos. Y os he dirigido estas palabras no con intención de insultaros, pues no considero justo, cuando estoy a punto de partir de este mundo, dejaros disgustados al traeros esto a la memoria, cuando ni siquiera me enfadé durante el período de tiempo en que lo sufrí, sino para que seáis sensatos en el futuro, en lo que radica precisamente vuestra seguridad, y no insultéis lo más mínimo a los que

entre vosotros ocupan los primeros puestos por culpa de la riqueza que os sobrará a montones, una vez que hayáis cruzado el Jordán y conquistado Canán. Porque si por culpa de ella sois inducidos al desprecio y desconsideración de la virtud, perderéis también la benevolencia divina y, si hacéis a Dios vuestro enemigo, seréis dominados por las armas y os veréis privados, por otros que vendrán después, de la tierra que conquistaréis, lo que redundará en las mayores afrentas para vosotros y, dispersos por el mundo, llenaréis tierras y mares de vuestra esclavitud. Y, si llegáis a hacer realidad esto, os será inútil el arrepentimiento y el recuerdo de las leyes no observadas. De donde se colige que, si quisiérais que éstas estén en vigor entre vosotros, no quedaríais por debajo de ningún enemigo, puesto que los venceríais, sino que entenderíais que convenía destruirlos a todos para no gustar, en caso de que ellos vivieran, de sus usos y costumbres y perdiérais así la constitución patria. Más aún: os exhorto a que derribéis también todos los altares, recintos sagrados y templos que pudieran tener, y a que consumáis en el fuego su raza y recuerdo, ya que sólo así resultaría sólida la seguridad de vuestros propios bienes. Pero para que nuestra naturaleza no nos incline a lo peor por ignorancia de lo mejor os compuse, según me lo apuntó Dios, tanto unas leyes como una constitución y, si guardáis el ordenamiento de ésta, seréis considerados los más dichosos de todos.»

194. *Moisés entrega su libro a los hebreos: su profunda emoción (Deut.* 31, 9). 3. Después de pronunciar estas palabras les entregó en un libro las leyes y las disposiciones de la constitución puestas por escrito. Y ellos no sólo lo lloraban, sino que también mostraban una profunda nostalgia de su caudillo, acordándose tanto de los peligros que había corrido como del interés que había mostrado por la salvación de ellos, y estaban desesperados en lo que a su futuro concernía, convencidos de que no encontrarían otro jefe tan excelente y de que Dios velaría menos por ellos por ser Moisés quien con sus invocaciones hacía que estuviera de su parte. Y se dolían arrepintiéndose de lo mal que lo habían tratado en el desierto presos de cólera, de tal manera que todo el pueblo en masa rompió a llorar y sufría tanto que no había palabras para consolarlo. Pero Moisés trataba de consolarlos y, quitándoles la idea de que él se mereciera esas lágrimas, los invitaba a que pusieran en práctica la constitución. Y luego se disolvieron con ese estado de ánimo.

196. *Observaciones sobre el resumen siguiente de la Ley.* 4. Quiero referirme primero a la constitución, la cual responde a las excelencias y virtudes de Moisés, y también por medio de ella ofrecer a los lectores la posibilidad de conocer qué tipo de leyes teníamos originariamente, para luego volver a la exposición del otro tema. Aquí todo está escrito como él lo dejó, sin que nosotros hayamos añadido nada en son de embellecimiento ni cosa alguna que no nos haya dejado Moisés. La única novedad que nosotros hemos introducido es haber ordenado los diversos temas por familias, ya que fueron dejados por él escritos de forma dispersa y según Dios le iba informando de cada uno. Dato que consideré obligado advertirlo por la razón siguiente, esto es, no fuera que los compatriotas nuestros que leyeran esta obra nos lanzaran alguna suerte de reproche, convencidos de que habíamos cometido un error descomunal. Y las disposiciones de nuestras leyes referidas a la constitución son del tenor siguiente (aunque debo advertir que las leyes que nos dejó para uso general de todos nosotros y de nuestras relaciones mutuas las he pospuesto para la edición del tratado titulado *Sobre costumbres y causas,* que me he propuesto componer, Dios mediante, una vez finalizada la obra presente).

199. *El Código de Moisés, la ciudad santa, el templo, el altar (Deut.* 12, 5, y *Ex.* 20, 25). 5. «Una vez que hayáis conquistado Canán y, con tiempo para disfrutar de sus bienes, optéis ya de allí en adelante por fundar ciudades, haréis lo que es grato a Dios y obtendréis una prosperidad sólida si cumplís los siguientes mandatos:

"Ciudad santa no habrá más que una, situada en el lugar más hermoso de Canán y notable por su prestancia y que Dios escogerá para sí por un oráculo profético. Y en ella habrá un solo templo, y un solo altar, de piedras no talladas, sino ensambladas coherentemente, que, al recibir una mano de cal, puedan estar espléndidas y limpias a la vista. El acceso al altar se realizará no por peldaños, sino que habrá una rampa en pendiente hasta él. En ninguna otra ciudad habrá altar ni templo, pues Dios es uno y la raza de los hebreos una.

202. *La blasfemia (Lev.* 24, 16, y *Deut.* 21, 22 y ss.). 6. El que blasfeme contra Dios morirá lapidado y luego permanecerá colgado por el día, y finalmente será enterrado sin honores e ignominiosamente.

203. *Tres peregrinaciones anuales a la Ciudad Santa (Deut.* 16,16). 7. Se reunirán en la ciudad a la que asignen el templo tres veces al año los hebreos de los confines de las tierras que dominen, con objeto de agradecer a Dios los beneficios obtenidos, pedirle que se los conceda en el futuro y hacerse amigos entre sí, al juntarse unos con otros y celebrar juntos la fiesta (pues debe ser considerada cosa buena y hermosa no ser desconocidos unos de otros, al ser congéneres y compartir las mismas costumbres), lo que les vendrá de un contacto del tipo indicado, al fijar dentro de sí por la contemplación y charla el recuerdo mutuo, ya que, si permanecen sin relacionarse unos con otros, se considerarán sumamente extraños entre sí.

205. *El diezmo de los frutos (Deut.* 14, 22 y ss.). 8. Vosotros aportaréis también un diezmo de vuestros frutos especial, aparte del que dispuse que fuera dado a los sacerdotes y levitas, que deberá ser vendido en el lugar nativo de cada cual y cuyo importe servirá para los banquetes y sacrificios que se realizarán en la ciudad santa, ya que debe ser considerado justo disfrutar de los productos de la tierra que Dios les permitió conquistar en honor del que se la concedió.

206. *Ganancias que no pueden ser gastadas para sacrificios (Deut.* 23,18). 9. No hay que celebrar sacrificios con las ganancias obtenidas por una mujer en el ejercicio de la prostitución, ya que la Divinidad no encuentra satisfacción en nada que proceda de la infamia, y no habría cosa peor que la indignidad en el trato del cuerpo. Igualmente tampoco, si uno obtiene ganancias al utilizar un perro, bien de caza o bien guardián de ganados, para cubrir perras, debe ofrecer sacrificios a Dios con esas ganancias.

207. *Cultos extranjeros (Ex.* 22, 28, *Deut.* 7, 25). 10. Nadie blasfemará de los dioses que otras ciudades veneren. Tampoco se saquearán los templos extranjeros ni se apoderará nadie de un tesoro que haya sido dedicado a algún dios.

208. *Ropa prohibida (Deut.* 22,11). 11. Nadie de vosotros usará ropa tejida con lana y lino, ya que esa clase de ropa deberá quedar reservada sólo para los sacerdotes.

209. *Lectura de las Leyes cada siete años (Deut.* 31,10 y ss.). 12. Reunida la multitud en la ciudad santa para celebrar los sacrificios cada siete años, con motivo de la fiesta de los tabernáculos, el Sumo Sacerdote, poniéndose en pie sobre una tribuna elevada, desde la que pueda hacerse oír, leerá las Leyes a todo el mundo, de suerte que ni a las mujeres ni a los niños se les podrá impedir oírlas, más aún, ni siquiera a los esclavos, ya que es hermoso que las Leyes, grabadas en el alma, sean conservadas y recordadas, sin que puedan ser borradas de ella jamás. De esta manera, pues, las gentes tampoco pecarán, al no poder alegar ignorancia de lo que está determinado en las Leyes, al tiempo que éstas mostrarán absoluta sinceridad a los pecadores, ya que les advierten los castigos que sufrirán y por el hecho de oírlas graban en su alma lo que ordenan, de suerte que permanentemente se encuentra en el fondo de su corazón la posibilidad de optar por ellas, mientras que, si hacen caso omiso de esa posibilidad, delinquen y se hacen responsables del castigo que pesa sobre ellos. Pero también los niños aprenderán antes de nada las Leyes, aprendizaje sumamente hermoso y factor de felicidad.

212. *Oraciones diarias, y símbolos en la casa y en el individuo (Deut.* 6, 8 y ss., y 11, 18 y ss.). 13. Dos veces al día, al amanecer y cuando es hora de ir a dormir, testimoniarán a Dios los dones que les ha concedido desde la salida de Egipto, al ser cosa justa por naturaleza el agradecimiento y tener su razón de ser en corresponder a los beneficios ya obtenidos y en invitar a la concesión de otros en el futuro. Pero inscribirán también en sus puertas los beneficios más significativos con que Dios les haya favorecido y cada uno los hará patentes en sus brazos y, además, todo lo que pueda revelar el poder de Dios y su benevolencia hacia ellos lo llevarán escrito en la cabeza y en el brazo, para que el desvelo con que Dios los cuida resulte visible absolutamente a todos.

214. *Administración de justicia (Deut.* 16, 18 y ss.). 14. Estarán al frente de cada ciudad siete hombres que hayan practicado antes no sólo la virtud, sino también la lucha por la justicia. Y a cada autoridad le serán dados dos auxiliares de la tribu de los levitas. También aquéllos a los que les toca administrar justicia en las respectivas ciudades serán tenidos en la mayor consideración, de tal manera que, en presencia suya, no le estará permitido a nadie ni

blasfemar ni ser descarado, porque el respeto con que ellos tratan a los más altos dignatarios los vuelve más tímidos, lo que los lleva a no despreciar a Dios. Los jueces estarán dotados de capacidad para pronunciar la sentencia que determinen, salvo en el caso de que alguien los haya denunciado por haber recibido dinero por prevaricación o presente contra ellos algún otro cargo con que evidencia que ellos han pronunciado sentencia no honestamente, ya que lo procedente era que hicieran públicas las sentencias sin dejarse influir ni por el lucro ni por el rango, sino poniendo la justicia por encima de todo. Pues en caso contrario daría la impresión de que Dios es menospreciado y considerado más débil que aquéllos a quienes alguien por miedo a su poder otorgue el voto. Pues la justicia se identifica con el poder de Dios. Y quien indebidamente favorece con ella a los que ocupan un alto cargo los hace más poderosos que a Dios. Y, si los jueces no alcanzan a pronunciarse sobre los asuntos asignados a ellos (hechos de esta naturaleza se presentan con suma frecuencia a los hombres), el caso lo remitirán íntegro a la ciudad santa, donde reunidos el Sumo Sacerdote, el profeta y el Consejo de ancianos pronunciarán su veredicto.

219. *Testigos (Deut.* 17, 6 y 19, 15 y ss.). 15. No se dará crédito a un solo testigo, sino a tres o lo mínimo a dos, cuyo testimonio será verificado por la conducta seguida por ellos en su vida anterior. Pero no valdrá el testimonio de mujeres por la frivolidad y temeridad propias de su sexo. Tampoco se aceptará el testimonio de esclavos por la degeneración de su alma, de quienes cabe esperar que no testimonien la verdad bien por lucro bien por miedo. Y, si de alguien se sospecha que ha prestado falso testimonio y resulta convicto de ello, sufrirá todos los castigos que iba a padecer el que fue objeto de su falso testimonio.

220. *El asesino no descubierto (Deut.* 21, 1). 16. En caso de que, cometido un asesinato en un lugar, no sea descubierto el criminal y tampoco se sospeche de nadie que pueda haber matado por odio, se le buscará con gran celo y ofreciendo una recompensa a quien lo denuncie. Pero, si no lo denuncia nadie, las autoridades de las ciudades próximas al lugar en que se llevó a cabo el asesinato, reunidas con el Consejo de ancianos, medirán la distancia que hay desde el sitio en que yace el cadáver a las diversas ciudades citadas. Y los poderes públicos de la ciudad que resulte ser la más pró-

xima comprarán una ternera y, después de llevarla hasta un barranco, que sea un sitio inhábil para siembra o plantaciones, cortarán los tendones de la res, y los sacerdotes, los levitas y el Consejo de ancianos de la ciudad en cuestión, después de lavarse las manos sobre la cabeza del animal, proclamarán que tienen las manos limpias de aquel asesinato y que ni lo cometieron ni lo presenciaron cuando se cometió, y que invocan la benevolencia de Dios y le piden que la tierra no vuelva a verse envuelta en una desgracia tan tremenda.

223. *Mejor régimen político (Deut.* 17, 14). 17. Por consiguiente, el mejor régimen político es la aristocracia y el consiguiente estilo de vida. Por ello, no se apodere de vosotros el deseo de ningún otro régimen, sino encariñáos con éste y, teniendo a las leyes por vuestros amos, haced todas y cada una de las cosas conforme al dictado de ellas, ya que os basta con que Dios sea vuestro guía. Pero si deseárais apasionadamente contar con un rey, ése será congénere vuestro, y velará continuamente por la justicia y las otras virtudes. Él concederá que las leyes y Dios piensan más y mejor que él, y no hará nada sin contar con el Sumo Sacerdote y la opinión del Consejo de ancianos. No tomará demasiadas esposas, ni perseguirá masas de riquezas ni de caballos, ya que si consiguiera esto podría mirar las leyes con desdén. Pero si mostrara un interés desmedido por conseguir cualquiera de estas cosas, se le impedirá alcanzar un poder que vaya más allá de vuestros intereses.

225. *Respeto a las lindes (Deut.* 19,14). 18. No estará permitido mover los mojones de las tierras, ni de las propias ni de las de los vecinos con quienes vosotros estéis en paz, sino que deberéis guardaros de arrancarlos, haciéndoos a la idea de que son piedras de Dios fijadas y destinadas a ser eternas, ya que de aquí vienen guerras y motines por culpa de quienes, llevados de la ambición, quieren ir más allá de lo que marcan los mojones. Y es que debéis considerar que no están lejos de transgredir también las leyes los que desplazan los mojones.

226. *Frutos del cuarto año (Lev.* 19,23). 19. El que haya plantado una tierra de árboles frutales, si éstos dan fruta antes de los cuatro años, no deberá ofrecer a Dios primicias de ella ni aprovecharla él mismo, ya que esta fruta no ha sido producida por ellos

en el tiempo debido y, como la naturaleza ha violado sus propias reglas, es inadecuada para convenirle a Dios y para aprovecharla su propio dueño. En el cuarto año, en cambio, éste cosechará toda la fruta que se logre, ya que entonces se produce a su debido tiempo y, después de reunirla, deberá llevarla a la ciudad santa y la gastará, junto con el diezmo de los otros frutos, en fiestas con los amigos y también con huérfanos y viudas. Y al quinto año será libre de usar para sí de los árboles frutales.

228. *Prohibición de unir cosas distintas (Deut.* 22, 9 y ss., *Lev.* 19, 19). 20. La tierra plantada de viñedo no será sembrada, pues basta con que ella críe esta planta y por ello deberá estar exenta de ser labrada con el arado. Araréis las tierras con bueyes, sin emparejar con ellos al yugo ningún otro animal, sino que efectuaréis la arada con ellos, formando parejas de la misma especie. La simiente estará limpia e incontaminada, y no sembraréis dos o tres simientes juntas, ya que a la naturaleza no le gusta la mezcla de cosas distintas. Tampoco cubriréis animales con otros que no sean congéneres, pues existe el temor de que de aquí pase también a la especie humana el desprecio por la unión entre seres de la misma naturaleza, partiendo de cosas anteriores pequeñas y baladíes. No debe ser consentido nada cuya imitación conlleve una perversión de los principios constitucionales, sino que ni siquiera en cosas de poca monta se infringirán las leyes, que saben velar por mantenerse irreprochables.

231. *Derecho de los pobres a participar de la cosecha (Deut.* 24, 19 y *Lev.* 19, 9). 21. Cuando seguéis y recojáis las mieses, no respigaréis, sino que dejaréis incluso algunas gavillas para los faltos de recursos, las cuales constituirán un feliz hallazgo que servirá para su sustento. E igualmente también en la vendimia dejaréis los gajos para los pobres, y en los olivares pasaréis por alto algunas aceitunas para que las recojan los que no pueden disponer de las suyas propias. Porque con una recolección exhaustiva de los frutos los propietarios no acrecentarán tanto sus recursos económicos como lo agradecerán los necesitados, y la Divinidad volverá más predispuestas a criar fruto no aquellas tierras cuyos propietarios miran exclusivamente por sus propios intereses, sino las de aquéllos que tienen en cuenta también el mantenimiento de los demás. Tampoco pondréis bozal a los bueyes cuando trillan las mieses en

la era, pues no es justo negar el fruto a los que han colaborado y se han esforzado en su consecución. Tampoco se prohibirá a los que van de camino tocar la fruta madura, sino que se les permitirá hartarse de ella como si fuera suya, ya se trate de paisanos ya de forasteros, alegrándose uno por ofrecerles la posibilidad de compartir la fruta del tiempo. En cambio, no les estará permitido llevarse ninguna. Tampoco los vendimiadores impedirán a las personas con quienes se crucen en el camino comer algunas uvas de las que llevan a los lagares, ya que es injusto negar los bienes que se han criado por voluntad de Dios a quienes anhelan conseguir una pequeña parte de ellos, sobre todo cuando esa fruta de la época se encuentra en plena madurez y está a punto de pasarse. Porque a Dios le gustaría que se les invitara a cogerla incluso a quienes por vergüenza no se atrevieran a tocarla, por considerarlos, en caso de tratarse de israelitas, copartícipes y condueños de la fruta citada en virtud de la comunidad de parentesco y, a su vez, por pedirles, si se trata de personas que han llegado del extranjero, que acepten los dones de hospitalidad que les ha ofrecido Dios en aquel momento. Y es que no se deben considerar pérdidas los bienes que uno por bondad permita a la gente tomarlos, porque Dios concede abundancia de bienes no para que los dueños disfruten ellos solos de aquéllos, sino para que los distribuyan generosamente con los demás, y porque de esa manera quiere manifestar también a las otras gentes su particular afecto para con el pueblo israelita y su concesión de prosperidad al mismo, si de lo mucho que le sobra reparte una parte también con aquéllos. Y el que actúe al margen de estos términos recibirá con la correa oficial treinta y nueve latigazos, porque, esclavo del lucro, ultrajó su rango, aunque continuará libre, como era. Todo ello porque está bien que vosotros, que sufrísteis aflicciones en Egipto y por el desierto, tengáis presentes a los que se encuentren en iguales situaciones y, dado que vosotros obtuvísteis recursos por compasión y desvelo de Dios, esos mismos los repartáis, imbuidos del mismo sentimiento, entre los necesitados.

240. *Diezmo trienal para viudas y huérfanos (Deut.* 24, 28, y 26, 12). 22. Junto y además de los dos diezmos que, según dije antes, pagaréis cada año, uno para los levitas y otro para los banquetes, aportaréis un tercero cada tres años para distribuir entre viudas y huérfanos aquellos bienes de que anden faltos. Y llevarán

al templo todos los primeros frutos maduros que cada uno obtenga y, después de bendecir a Dios por la tierra que los produjo y que Él permitió que conquistaran, celebrarán los sacrificios que la ley les manda hacer y ofrecer y entregarán a los sacerdotes. Y una vez que el interesado, después de hacer esto y de ofrecer el diezmo de todos los frutos y, además de los otros diezmos para los levitas, los banquetes, se disponga a partir para su propia casa, se detendrá delante del recinto sagrado y dará rendidas gracias a Dios por haberlos librado de las iniquidades de los egipcios y haberles dado una tierra feraz y extensa para su disfrute y, después de atestiguar que ha pagado los diezmos prescritos por las leyes de Moisés, pedirá a Dios que le sea a él por siempre benévolo y propicio y que así permanezca para todos los hebreos en general, conservándoles los bienes que les dio y concediéndoles la gracia de sumar todos los bienes que pueda.

244. *Leyes matrimoniales (Deut.* 22, 22, y *Lev.* 21, 7, y *Deut.* 22, 13 y ss.). 23. Los jóvenes que han llegado a la edad del matrimonio tomarán por esposas a doncellas libres, hijas de padres honrados, pero el que no piense tomar esposa no tendrá relaciones íntimas con la esposa de otros, pervirtiéndola ni ofendiendo a su actual marido. Y las esclavas no podrán casarse con los hombres libres ni aunque algunos de éstos las fuercen a ello impulsados por el amor que sientan por ellas, sino que lo honroso y conveniente para su rango es dominar esa pasión. Además, tampoco podrá casarse la mujer que ha practicado la prostitución, ya que Dios, a causa de la afrenta infligida a su cuerpo, no aceptaría los sacrificios nupciales. Pues de esta manera el estado de ánimo de los hijos será abierto y correcto para darse a las virtudes, al no ser fruto de un matrimonio infame ni contraído por una pasión ofuscada. Si uno, después de haberse prometido a una mujer por considerarla virgen, luego no la encontrara tal, entablará un proceso judicial y la acusará, utilizando para demostrarlo todas las pruebas que tenga, pero aportará alegaciones en favor de la muchacha su padre o un hermano o el que pase por ser, después de los citados, el familiar más próximo. Y si el fallo de los jueces determina que la muchacha es inocente, continuará conviviendo con el que la acusó, sin que éste tenga facultad alguna para repudiarla, salvo únicamente que ella le diera poderosos motivos para ello y no pudiera negarlos. Y por hacer contra ella una imputación y calumnia de

forma temeraria y precipitada pagará una multa consistente en recibir treinta y nueve latigazos y en que tendrá que abonar al padre de la muchacha cincuenta siclos. Pero si prueba que la muchachita llegó a él con la virginidad perdida, ésta, si es una más del pueblo, será lapidada por no haber guardado honradamente la virginidad hasta contraer matrimonio, pero si es hija de algún sacerdote, será quemada viva. Cuando un hombre tiene dos esposas y una de ellas es tenida por él en muy alta estima y afecto, bien por su amor y belleza o bien por cualquier otro motivo, mientras que la otra se encuentra en una situación inferior, si el hijo nacido de la favorita, aun siendo más joven que el que es fruto de la otra, pide, en razón del afecto que su padre siente por su madre, obtener los derechos de primogenitura, lo que implica obtener del capital paterno el doble que el otro hermano, no le será concedido, pues esto es lo que dispuse en las leyes, ya que es injusto que el de mayor edad sea privado de lo que se le debe por el simple hecho de que las circunstancias en que se halla la madre ante las opciones del padre le son desfavorables. El que estropeó a una muchacha prometida con otro, si lo hizo por vía de seducción y logrando su asentimiento al vicio, morirá con ella, pues uno y otro son igualmente perversos, él por haber persuadido a la muchacha a que aceptara voluntariamente ese acto el más infame de todos y a que lo prefiriera al noble matrimonio, y ella por haberse dejado llevar a cometer un ultraje por placer o por lucro. Pero si la violó, al toparse en algún lugar a solas con ella y sin que hubiera nadie que pudiera correr en ayuda de ella, morirá él solo. El que estropeó a una doncella todavía no prometida con nadie se casará él con ella. Pero si al padre de la muchacha no le parece bien que se case con él, le abonará cincuenta siclos en castigo por el ultraje cometido. El marido de una mujer casada que quiera divorciarse por cualesquiera motivos (podrán ser muchos con los que se encuentran los hombres) confirmará por escrito no haber tenido jamás relaciones íntimas con ella, pues así la mujer obtendría permiso para casarse con otro, ya que sin ese requisito no se le permitirá hacerlo. Pero si también por este segundo marido fuera maltratada o, muerto él, aceptara casarse con ella su primer esposo, no se le permitirá que vuelva con él.

Cuando se trata de una mujer sin hijos cuyo marido muere, el hermano de éste la tomará por esposa, y al hijo que le nazca imponiéndole el nombre del difunto lo criará como heredero de su

hacienda, pues este proceder no sólo contribuirá al bien común por no desaparecer las casas y por mantenerse los bienes en la familia, sino que también aliviará la aflicción de las mujeres al casarse con los hombres más próximos a los anteriores maridos. Pero si el hermano se niega a casarse con ella, la mujer acudirá al Consejo de ancianos y dará fe de lo siguiente, de que aquel hombre, pese a que ella deseaba permanecer en la casa y tener hijos con él, no la acepta, ofendiendo con ello la memoria de su difunto hermano. Cuando el Consejo le pregunte por qué razón era contrario a aquel matrimonio, valdrá lo mismo que la alegue de poco o de más peso: la mujer del hermano, después de desatarle las sandalias y escupirle en la cara, dirá que eso es lo que él se merece de ella, por haber ofendido la memoria del fallecido. Entonces él abandonará el Consejo de ancianos, llevando ese baldón para toda su vida, mientras que ella se casará con el pretendiente de su gusto. Y si uno consigue una cautiva, lo mismo da que sea doncella como casada, y desea casarse con ella, no le será permitido tocar su lecho y tener relaciones íntimas hasta que ella, después de rasurarse el cabello y ponerse un traje de luto, haya prorrumpido en lamentos por los parientes y amigos muertos en la lucha, para una vez que se haya hartado de llorarlos luego ya pueda encaminarse a la fiesta y a la boda, puesto que es bello y hermoso que el hombre que la toma para que le dé hijos atienda a sus deseos y no que, persiguiendo únicamente su particular satisfacción, se despreocupe de lo que a ella le proporciona alegría. Y, transcurridos treinta días de luto (pues este número de días son suficientes para que las mujeres discretas lloren a sus seres más queridos), ya entonces contraerán matrimonio. Pero si su dueño, satisfecha la pasión que sentía por ella, desdeñara hacerla su esposa, entonces ya no tendrá la facultad de reducirla a la esclavitud, sino que ella se marchará adonde quiera irse con total libertad.

260. *Hijos rebeldes (Deut.* 21, 18). 24. «Todos los jóvenes que desprecien a sus progenitores y no les rindan los honores debidos, ofendiéndolos por desvergüenza o por insensatez, los padres primero los reprenderán de palabra, ya que ellos son jueces dotados de la suficiente autoridad para entender en cuestiones relacionadas con sus hijos, haciéndoles saber que se unieron en matrimonio no por buscar placer ni acrecentamiento de sus riquezas al juntarse las que tenían antes uno y otro, sino para tener hijos que, por un lado, los

cuiden de viejos y, por otro, obtengan de sus padres todo lo que necesiten.» Y concluirán la reprensión con estas palabras textuales: «Cuando tú naciste, te cogimos en brazos en medio de la más grande alegría y del más sentido agradecimiento a Dios y luego te criamos sin escatimar nada que pareciera útil para tu salud e instrucción en los más nobles saberes. Y ahora, pues es cosa de concederos el perdón por vuestros pecados de jóvenes, ya tienes bastante con la escasa consideración mostrada en respetarnos, y por consiguiente cambia y adopta una postura más sensata, porque debes pensar que el propio Dios se siente disgustado con los que tratan a sus padres con desparpajo, porque como también Él es padre de todo el género humano parece ser despreciado conjuntamente con los que tienen el mismo título de padres que Él, al no obtener de sus hijos los honores que les eran debidos. Y además hay una ley que castiga tales conductas de una manera inexorable y cuyo rigor quiera Dios que no pruebes tú.» Y, si con esto se le quitan los caprichos propios de la juventud, se abstendrán de reprocharle su necia conducta, ya que así el legislador sería bueno y los padres dichosos de no ver a su hijo o hija castigados. En cambio, aquel hijo que dé muestras de que para él los consejos de sus padres y la enseñanza que éstos le dan para que sea sobrio son una pura tontería, y que, por contra, se concita la hostilidad implacable de las leyes por los antiguos agravios hacia sus progenitores, será llevado por éstos mismos fuera de la ciudad, seguidos del pueblo, y allí morirá lapidado y, después de permanecer durante el día entero expuesto a la contemplación de todos, será enterrado a la llegada de la noche. El mismo procedimiento se seguirá con los que hayan sido condenados a muerte por las leyes en cualquier circunstancia. Y serán enterrados también los enemigos caídos en guerra y ni un solo cadáver quedará sin recibir su porción de tierra, pagando un castigo que sobrepasa los límites de lo justo.

266. *La usura (Deut.* 23, 19). 25. Ningún hebreo está autorizado a prestar comida o bebida con intereses, pues no es justo traficar con las desventuras de un compatriota, sino que lo justo es socorrer sus necesidades y considerar que es una buena ganancia el agradecimiento de los favorecidos y la recompensa que le dará Dios a uno por su bondad.

267. *Préstamos y prendas (Deut.* 24, 10 y ss.). 26. Los que hayan tomado prestadas monedas de plata o algún producto líqui-

do o seco, cuando por la gracia de Dios las cosas les salgan como pensaban, cogerán el préstamo recibido y lo devolverán a los que se lo hayan concedido, llenos de contento, haciéndose a la idea de que es un depósito que hacen a su favor y para volver a contar con él si lo necesitan. Y si tienen el descaro de no devolverlo, el acreedor no rondará su casa ni tomará una prenda antes de que se celebre el pertinente juicio. Cumplido este trámite, el acreedor pedirá desde fuera de la casa del deudor la prenda correspondiente y el deudor la entregará, por sí mismo y sin negarse, al que se ha presentado a él acompañado del concurso de la ley. Y si el dador de la prenda es rico, el prestamista la retendrá hasta la devolución del préstamo, pero si es pobre, el prestamista la restituirá antes de la puesta del sol, sobre todo si la prenda consiste en un manto, para que el referido pobre pueda contar con ella para dormir, ya que Dios por su propia naturaleza se compadece de los pobres. En cambio, no estará permitido tomar como prenda de garantía el molino y sus correspondientes utensilios, para que los pobres no se vean privados de los útiles de hacer el pan ni por falta de ello sufran una de las peores calamidades.

271. *Robo (Ex.* 21, 16 y ss.). 27. El secuestro de una persona será castigado con la pena de muerte, y el que sustrae oro o plata pagará el doble de lo sustraído. Quien mata a los que roban en su casa quedará indemne, aunque sea en el momento en que el ladrón está perforando la pared. El que robe ganado pagará una multa del cuádruple de lo robado, salvo cuando se trata de una res bovina, pues en este caso abonará el quíntuple. Y el que carece de recursos para saldar el importe de la multa se convertirá en esclavo del que le haya quitado el juicio.

273. *Esclavitud y emancipación (Ex.* 21, 2 y *Deut.* 15, 12). 28. Quien haya sido vendido a un compatriota será su esclavo durante seis años, pero al séptimo quedará libre. Pero si por tener hijos con una esclava desea por afecto y cariño hacia los suyos continuar esclavo en casa del que lo compró, a la llegada del año jubilar, que tiene lugar cada cincuenta, obtendrá la libertad, llevándose consigo libres tanto a sus hijos como a su mujer.

274. *Restitución de la propiedad perdida (Deut.* 22, 1). 29. Si uno encuentra en la vía pública oro o plata, lo devolverá a su

dueño después de buscarlo y hacer público el lugar en que lo encontró, actuando así porque debe considerar innoble la ganancia obtenida con el perjuicio del prójimo. Las cosas serán igual cuando se trata de ganado que encuentre uno vagando por el desierto. Y en ambos casos, si no se halla al dueño inmediatamente, el que encontró lo uno o lo otro lo guardará en su casa, poniendo a Dios por testigo de que no pretende apropiarse de lo ajeno.

275. *Ayuda a animales (Deut.* 22, 4). 30. Quedará prohibido pasar de largo quien encuentre una res que ha tenido la desgracia por culpa de una tromba de agua de caer en un lodazal, sino que contribuirá a salvarla y correrá a ayudarla, convencido de que trabaja por una cosa propia.

276. *Indicación de la dirección buscada (Deut.* 27, 18, y *Lev.* 19, 14). 31. Indicaréis el camino a quien lo ignora, y no estorbaréis los negocios del prójimo induciéndolo a error por buscar poder reíros vosotros.

Respeto al ciego y mudo (Lev. 19, 14). 32. Asimismo tampoco insultará nadie al ciego ni al mudo.

277. *Luchas y lesiones físicas (Ex.* 19, 12 y ss.). 33. Cuando se trata de alguien que haya sido golpeado en un enfrentamiento, en el que no haya habido por medio arma blanca, si muere en el mismo instante será vengado con que el que lo golpeó sufra el mismo castigo. Pero si muere después de haber sido llevado a su casa y de haber padecido durante bastantes días más, el que lo golpeó quedará indemne, mientras que, si se salva después de haber gastado mucho dinero en la recuperación abonará todo lo que la víctima gastó durante el tiempo que guardó cama y lo que pagó a los médicos. Cuando se trate de uno que dio una patada a una mujer embarazada, si la mujer aborta será castigado por los jueces con una multa por haber reducido la población al destruir el fruto de su vientre, pero además él pagará dinero al marido de la víctima. Pero si la embarazada muere por efecto del golpe, también él morirá, porque la ley dictamina que hay que pagar una vida con otra vida.

279. *Prohibición de poseer venenos.* 34. Ningún israelita tendrá en su poder venenos mortales ni de los elaborados para

cometer daños distintos, y si es sorprendido en posesión de ellos morirá, sufriendo el castigo que habría dado al traste con aquéllos contra quienes había sido preparado el veneno.

280. *Ley del talión (Ex.* 21, 24, y *Lev.* 24, 19). 35. El que mutila a otro sufra otro tanto, siendo privado del mismo miembro del que privó él al otro, salvo que el mutilado aceptara recibir dinero, ya que la ley autoriza a la víctima a valorar la lesión sufrida y acepta su propuesta, si no desea ser más severo.

281. *El buey bravo (Ex.* 21, 28 y ss.). 36. Cuando un buey cornea a las personas, el dueño deberá sacrificarlo. Y, si el buey matara en la era a alguien a base de cornadas, morirá lapidado y su carne será desdeñada sin poder ser usada para comer, pero si se prueba que también el dueño conocía de antemano su condición y no había tomado las debidas precauciones, también él morirá, como responsable de la muerte de la víctima del animal. Y si el buey mata a un esclavo o a una criada, el animal morirá lapidado y el dueño pagará treinta siclos al amo de la víctima. Cuando se trata de un buey que muere corneado por otro, serán vendidos tanto el muerto como el que lo corneó y sus dueños se repartirán el importe pagado a uno y otro.

283. *Protección para pozos y tejados (Ex.* 21, 33). 37. Los que abren un pozo o una cisterna tendrán cuidado de dejarlos cerrados, tapándolos con tablones, no para que la gente se vea impedida de sacar agua, sino con objeto de que nadie corra peligro de precipitarse a ellos. Y aquél en cuyo hoyo de esta naturaleza se precipite una res de alguien por no estar tapado y perezca, abonará su importe al dueño. También los tejados serán rodeados de algo que haga las veces de una pared y que impedirá que alguien perezca al caer rodando.

285. *Depósitos (Ex.* 22, 7 y ss.). 38. En lo que a los depósitos respecta, el que se haya hecho cargo de uno de ellos le prestará igual custodia que si se tratara de un utensilio sagrado y divino, y nadie, hombre ni mujer, se atreverá a defraudar a quien confió en él, ni aunque fuera a ganar oro en cantidad infinita, ni tampoco hará caso omiso de él porque no haya nadie que lo declare. Pues todo el mundo debía obrar correctamente simplemente por convic-

ciones propias de conciencia y, teniendo a ésta por suficiente testigo, hará todo lo que le proporcionará el aplauso de los demás, pero sobre todo conociendo a Dios, a quien nadie por malvado que sea le pasa inadvertido. Pero si la persona a quien se le confió el depósito lo perdiera sin urdir ninguna maquinación, se presentará a los siete jueces y jurará por Dios que la pérdida no obedeció en modo alguno a voluntad y maldad propias, y sin haber utilizado para sus negocios parte alguna del depósito y, si ello es así, quedará exento de toda responsabilidad. Pero si ha utilizado una parte del depósito que le fue confiado por muy pequeña que sea y tiene la desgracia de perder el resto, será condenado a devolver todo lo que recibió. E, igual que en el caso de los depósitos, también si uno niega la paga a los que se ganan la vida con el sudor de sus cuerpos, será aborrecido, de donde resulta que nadie podrá negar la paga a un pobre, porque hay que saber que Dios se la ofrece a manera de sustituto de la posesión de tierras y de otras propiedades. Pero es que tampoco le retrasará el pago, sino que se lo abonará el mismo día, porque Dios no quiere que el que lo ha ganado no alcance el fruto de su trabajo.

289. *Responsabilida personal (Deut.* 24, 16). 39. No castigaréis a los hijos por culpas de los padres, sino que, impulsados por su propia virtud, los consideraréis más bien dignos de compasión, por ser hijos de padres malvados, que de odio, por haber nacido de unos seres de baja estofa. Claro que, tampoco, se debe imputar a los padres los pecados de los hijos, ya que los jóvenes se permiten muchos vicios contrarios a nuestras enseñanzas, con menosprecio de lo que se les ha enseñado.

290. *Destierro de los eunucos (Deut.* 23,1). 40. Eludiréis a los eunucos y rehuiréis todo trato con aquéllos que se han desprendido de la virilidad y del instrumento de la reproducción humana, que Dios concedió a los hombres para acrecentar nuestra raza. Debéis, por el contrario, expulsarlos, como reos de asesinato de niños y, además de eso, por destruir el aparato de reproducción. Pues es claro que, en la medida en que se ha afeminado su alma, en ese mismo grado alteran también su cuerpo. El mismo reproche se dirigirá también contra todo lo que sea considerado una monstruosidad por quienes lo vean. También estará prohibido castrar a los hombres y a las otras criaturas.

292. *Previsiones para la guerra y súplicas para la paz.* 41. Así, pues, éstas son las disposiciones legales inmersas en la constitución y que vosotros cumpliréis en tiempos de paz. Y Dios benevolente mantendrá intactas sus regulaciones, y ojalá que no llegue tiempo alguno que altere algo de esto y lo sustituya por su contrario. Pero como la humanidad necesariamente cae también en desconciertos y peligros involuntarios o premeditados, ¡ea!, dictemos también sobre ello unas cuantas disposiciones, para que, sabiendo de antemano lo que hay que hacer, dispongáis de los instrumentos necesarios de salvación para cuando los necesitéis y no que, al buscar entonces lo que se debe hacer, lleguéis indefensos a esos momentos.

«Ojalá que Dios os conceda ocupar en paz y dueños de ella la tierra que Él os dio por no rendiros ante los esfuerzos y por haber ejercitado vuestras almas en la virtud, sin que pueblos extraños la invadan con los consiguientes perjuicios y sin que las discordias internas prendan en vosotros, por obra de las cuales, al hacer lo contrario que vuestros propios padres perderéis sus instituciones. Atenéos, por el contrario, continuamente a las leyes que Dios os entregó por considerarlas buenas. Y ojalá que toda operación bélica que se produzca bien ahora o bien posteriormente, en tiempos de vuestros hijos, tenga lugar más allá de nuestras fronteras.»

296. *Actuaciones previas al combate (Deut.* 20, 10). «Cuando estéis a punto de entrar en guerra, enviaréis ante los que la buscan voluntariamente embajadores y heraldos, ya que antes de tomar las armas es bueno recurrir al diálogo con ellos, para hacerles ver que, a pesar de contar con un ejército numeroso, caballería y armamento y sobre todo con el favor y auxilio divino, pedís no veros obligados a entrar en guerra con ellos ni a quitarles sus propiedades y sumar a las vuestras unas ganancias no deseadas. Y, si os hacen caso, lo correcto será que vosotros preservéis la paz, pero si, jactándose de sobrepasaros en poderío, optaran por cometer una iniquidad, llevaréis contra ellos el ejército, valiéndoos de Dios como general dotado de poderes absolutos, y nombrando lugarteniente suyo a uno solo que descuelle por la virtud, porque una multitud de jefes [8] con iguales poderes, además de constituir un impedimento para los que tienen necesidad de llevar a cabo una opera-

[8] Lo mismo en *Ilíada* 2, 204.

ción rápida, reúne en sí todas las condiciones necesarias para perjudicar a sus usuarios. Llevaréis un ejército genuino, excluyendo de las fuerzas que sobresalen por el vigor de sus cuerpos y decisión de alma a los hombres cobardes, no sea que durante las operaciones se den la vuelta para huir y favorezcan así a los enemigos. Y dejaréis que continúen en su sitio a los que acaban de edificar su casa sin haber podido disfrutar de ella todavía un período de un año, y a los que plantaron árboles frutales sin haber participado luego de la fruta producida por ellos, y asimismo a los que, después de haberse prometido, acaban de casarse, no sea que, al añorar estas cosas tan queridas, se reserven y se guarden para disfrutar de ellas y, así, se comporten cobardemente por voluntad propia.

299. *Prohibición de hacer barbaridades (Deut.* 20, 19). 42. Cuando acampéis, procurad no hacer cosa alguna intolerable. A su vez, cuando asediéis una ciudad y carezcáis de madera para la construcción de máquinas de guerra, no asolaréis los campos talando árboles frutales, sino que los respetareis, pensando que ellos se han hecho para beneficio de los hombres y que, si estuvieran dotados del lenguaje humano, pleitearían con vosotros, alegando que, sin haber tenido culpa alguna en la guerra, eran maltratados por vosotros contra toda justicia, y haciéndoos saber que, si tuvieran posibilidades, habrían emigrado y pasado a otras tierras. Y, cuando ganéis una batalla, matad a los que se os enfrentaron, pero a los otros les respetaréis la vida para que os paguen tributos, salvo a la nación cananita, ya que a éstos convendrá que los hagáis desaparecer a todos ellos en masa.

301. *Vestimenta de los sexos (Deut.* 22, 5). 43. Cuidaréis, especialmente en la batalla, de que ni la mujer use equipo varonil ni el hombre vestimenta femenina.

302. *Moisés entrega las Leyes y otros escritos al pueblo (Deut.* 28 y ss.). 44. Tal es la constitución que dejó Moisés, pero además entregó a su pueblo las Leyes, redactadas cuarenta años antes, de las que hablaremos en otra obra [9]. Y en los días siguientes (pues los convocaba a asamblea continuamente) les dio las correspondientes fórmulas de bendición y de impreca-

[9] En la proyectada y tantas veces recordada *Sobre las costumbres y las causas*, pero no escrita.

ción, estas últimas contra los que no fueran a vivir conforme a las leyes, sino que contravinieran lo determinado en ellas. Luego les recitó un poema escrito en hexámetros, que también dejó en un libro conservado en el templo y que contiene una predicción de los hechos futuros, conforme a la cual se cumplieron y se están cumpliendo todos, sin que Moisés hubiera errado en lo más mínimo la verdad. Así, pues, entregó a los sacerdotes estos libros y el arca, en la que depositó también los diez mandamientos escritos en dos tablas, y también el tabernáculo. Y exhortó al pueblo a que, una vez que se apoderara de aquellas tierras y se asentara en ellas, no tomara en olvido la insolencia de los amalecitas, sino que, mandando el ejército contra ellos, les exigieran responsabilidades por lo mal que los trataron cuando se encontraban en el desierto, y a que, después de hacerse cargo de Canán y de acabar con toda su población, según conviene, erigieran un altar orientado hacia el Naciente no lejos de la ciudad de Sicima, en un lugar situado entremedias de dos montañas, la Garizín, que queda a la derecha, y la llamada Consejo, a la izquierda, y a que, repartido el ejército en dos divisiones, se instalara en la cima de estas dos montañas, seis tribus en cada una, y junto con el ejército los levitas y sacerdotes. Y los exhortó también a que, de los dos grupos de tribus, las situadas en el Garizín fueran las primeras en elevar al cielo los mejores votos de felicidad para los que se afanen en el culto a Dios y en la observancia de las leyes y no desoigan los mandatos de Moisés, y a que las tribus situadas en la otra montaña aplaudieran esos votos, y a que, al pronunciar, a su vez, este segundo grupo de tribus iguales votos de felicidad, los aprobaran las primeras. Y los exhortó también a que luego los dos grupos de tribus formularan asimismo imprecaciones contra los que fueran a transgredir esos mandatos, y a que lo hicieran en recíproca correspondencia, ratificando sus mutuos alegatos. Pero estas fórmulas de bendición y de imprecación las puso él también por escrito, para que junca jamás faltara por el largo tiempo transcurrido la posibilidad de conocerlas. Y finalmente las escribió también en el altar, en uno y otro lado, precisamente donde, según dijo, puesto en pie el pueblo debería celebrar sacrificios y holocaustos y no ofrecer con posterioridad a esa fecha más víctimas, ya que ello iría contra las leyes. Estas fueron, pues, las disposiciones que Moisés dictó, y la nación hebrea continúa actuando consecuente con ellas.

309. *Juramento de lealtad a la Ley (Deut.* 29, 2 y ss.). 45. Y al día siguiente, después de reunir en asamblea al pueblo incluidas mujeres y niños, con la obligación de asistir también los esclavos, les hizo jurar que guardarían las leyes y que, siendo fieles intérpretes del pensamiento de Dios y comprometiéndose firmemente a que no tratarían con favoritismo a los miembros de su familia ni cederían al miedo ni atribuirían a ningún otro motivo en absoluto una autoridad superior que la atribuida a la observancia de las leyes, no las transgredería lo más mínimo, sino que, tanto si es uno de su misma sangre el que intenta confundir y liquidar la constitución correspondiente como si es una ciudad, las defendería conjunta e individualmente y, si podían con ellos, arrancarían de cuajo sus moradas, sin dejar tampco, si ello era factible, huella de los infieles o, por lo menos, si eran incapaces para tomar represalias, mostrarían que ello no se correspondía con sus deseos.

311. *Exhortaciones y advertencias (Núm.* 28,1, y *Deut.* 28). 46. Y les enseñó también cómo sus sacrificios serían más gratos a Dios y de qué manera las fuerzas expedicionarias consultarían las piedras oraculares cuando se dispusieran a partir, según indiqué ya anteriormente [10]. Pero hizo súplicas también Josué en presencia de Moisés. Luego, éste, después de pasar revista a todo lo que había hecho en favor de la salvación de su pueblo tanto en las guerras como en tiempo de paz, redactando las leyes y procurándoles a la vez las disposiciones constitucionales, predijo, porque Dios se lo había anunciado, que, si contravenían el deber de rendir culto a Dios, sufrirían calamidades, de suerte que su país se llenaría de armas hostiles, sus ciudades serían asoladas, su templo sería incendiado y que ellos, después de ser vendidos como esclavos, servirían a hombres que no tendrían ninguna compasión de sus congojas, y que luego se arrepentirían sin que este sentimiento les sirviera de nada. «No obstante, Dios, que fundó vuestro pueblo, os devolverá las ciudades para que volváis a habitarlas vosotros y también el templo, pero los perderéis no una sola vez, sino muchas.»

315. *Moisés da gracias a Dios: sus últimas palabras (Deut.* 31, 7 y ss.). 47. Y, después de exhortar a Josué a que emprendiera una expedición contra los cananeos, porque Dios colaboraría en todas sus empresas, y de dirigir palabras de buen agüero a la multi-

10 Libro III, 216 y ss.

tud, dijo: «Puesto que estoy a punto de partir al encuentro de los fundadores de nuestro pueblo y es éste el día que Dios fijó para que yo me presentara a ellos, confieso mientras estoy con vida y me hallo entre vosotros, que le doy gracias por los cuidados que desplegó en favor vuestro y que prestó no sólo para libraros de las calamidades que os afligían, sino también para proporcionaros una situación mejor, y porque me aportó su concurso cuando yo me afanaba y con toda perspicacia me ponía a cavilar sobre la manera de pasaros a una situación mejor, y porque en todo se mostró favorable a mí. Más aún: Él fue quien no sólo daba cuenta de los problemas, sino que también nos favorecía con el éxito, utilizándome a mí como lugarteniente y realizador de los beneficios con que quiso honrar a nuestro pueblo. En justa correspondencia a todo ello entendí que era correcto, cuando me dispongo a dejar este mundo y antes de que ello ocurra, bendecir el poder de Dios, quien también en el futuro estará pendiente de vosotros, por lo que a mí respecta pagándole con esta recompensa, que le era debida, y dejando en vuestra memoria la idea de que a vosotros os conviene venerarlo y honrarlo y guardar las leyes, el don más hermoso de todos los que os otorgó y otorgará, si continúa todavía honrándonos con su benevolencia. Porque debéis tener en cuenta que un legislador, aunque sea un mero hombre, resulta un enemigo terrible cuando sus leyes son vejadas y establecidas para nada, pero no os las veáis con Dios en el momento en que monta en cólera cuando son menospreciadas las leyes que Él mismo engendró y os dio a vosotros.»

320. *La emoción del pueblo (Deut.* 33, 1). 48. Cuando Moisés al final de su vida hubo dicho esto y, entre bendiciones, hubo profetizado su futuro a las diversas tribus, una por una, la multitud prorrumpió en lágrimas hasta el punto de que incluso las mujeres mostraban el dolor por su inminente muerte golpeándose el pecho. Y hasta los mismos niños con sus lamentaciones evidenciaban todavía más, por cuanto que eran más incapaces de dominar su aflicción, que habían captado, más allá de lo que correspondía a su propia edad, la virtud y magnificencia de aquel hombre. Y los jóvenes y mayores competían en el dolor de su corazón, pues estos últimos, como sabían qué clase de guía perdían, se quejaban amargamente por su futuro, mientras que los primeros, aparte de lamentarse también por eso, se dolían por la desgracia de quedarse

huérfanos de él cuando todavía no habían disfrutado lo suficiente de sus excelentes prendas. Y lo excesivo de los ayes y lamentos de la multitud podría deducirse de lo que le pasó al legislador. En efecto, él, que en todo momento había intentado persuadir a los suyos de que no debían dejarse abatir cuando se les acercara el final de la vida, sabedores de que lo sufrían por voluntad de Dios y por ley natural, se echó a llorar vencido por el comportamiento de su pueblo. Y le acompañaban desde allí al lugar en que había de desaparecer envueltos todos en lágrimas, tanto que Moisés mandaba a los que estaban más separados de él, agitando su mano hacia abajo, que estuvieran tranquilos, mientras que a los que se encontraban más cerca los exhortaba a que con su acompañamiento no hicieran lúgubre su partida. Entonces ellos, decididos a concederle este favor, la posibilidad de dejar este mundo según sus propios deseos, se contuvieron las lágrimas por mutuos consejos. Y a partir de allí lo acompañó únicamente el Consejo de ancianos, el Sumo Sacerdote y el caudillo Josué. Y cuando llegó a la montaña elevada llamada Abaris, que queda enfrente de Jericó y que a los que se encuentran en ella les permite contemplar allá abajo las más feraces y más extensas tierras de Canán, se despidió del Consejo de ancianos. Y, mientras abrazaba a Eleazar y a Josué y charlaba todavía con ellos, una vez que se hubo fijado de pronto encima de él una nube, desapareció en el fondo de un barranco [11]. Pero en las Sagradas Escrituras dejó escrito de sí que estaba sometido a la muerte, por miedo a que por el carácter insuperable de las virtudes que lo adornaban se atrevieran a decir de él que había regresado junto a la Divinidad.

327. *Elogio de Moisés (Deut.* 34, 7). 49. Y vivió en total un período de ciento veinte años, durante la tercera parte de los cuales, menos un mes, estuvo al frente del pueblo judío. Y murió en el último mes del año, llamado Distro por los macedonios y Adar por nosotros, concretamente el día uno de la luna nueva, aventajando en perspicacia [12] a los hombres de todos los tiempos y poniendo en práctica sus ideas mejor que nadie, de oratoria y conversación con las masas gratas, y dueño absoluto de los demás sentimientos pero

[11] En muy similares circunstancias desapareció Edipo, según refiere Sófocles en su *Edipo en Colono,* 1505 y ss.

[12] Una semblanza similar es la de Temístocles según Tucídides, I, 138, 3 y ss.

singularmente de las pasiones, de suerte que parecía no anidar en su alma ninguna de ellas y que únicamente conocía su nombre por verlas en otros más que en sí mismo. Era un general como pocos, y profeta incomparable, de tal manera que cualquier palabra que pronunciara creían, cuando la decía él, estar escuchándosela a Dios. Luego, el pueblo le guardó luto durante treinta días, y nunca se había apoderado de los hebreos otra pena tan grande como la que sufrieron entonces cuando murió Moisés. Y lo añoraban no solamente los que lo habían tratado, sino que también los estudiosos de sus leyes las sometían a un escrupuloso análisis, deduciendo por ellas la excelencia de sus virtudes. Con esto dejamos constancia del final de Moisés, que ocurrió en los términos señalados.

Libro V

RESUMEN

1. Cómo Josué, el caudillo de los hebreos, tras entrar en guerra con los cananeos y vencerlos, los aniquiló a ellos y, tras dividir en lotes sus tierras, las distribuyó entre las tribus.
2. Cómo, muerto el caudillo, los israelitas por transgredir las leyes tradicionales experimentaron grandes desgracias y cómo, tras la correspondiente guerra civil, fue aniquilada la tribu de Benjamín a excepción de seiscientos hombres.
3. Cómo después de esta calamidad Dios los hizo esclavos de los asirios por sus impiedades.
4. La libertad obtenida para ellos por Cenizo, hijo de Atniel, quien gobernó durante cuarenta años y fue calificado por griegos y fenicios de juez.
5. Cómo nuestro pueblo fue de nuevo esclavo, esta vez de los moabitas, durante ochenta años, y cómo fue liberado de la esclavitud por un tal Judas, que ocupó el poder durante otros ochenta años.
6. Cómo ellos, después de haberlos tenido los cananeos sometidos a la esclavitud durante veinte años, fueron liberados por Barac y Débora, quienes los gobernaron durante cuarenta años.
7. Cómo los amalecitas en la guerra que emprendieron contra los israelitas los vencieron y devastaron su territorio durante siete años.
8. Cómo Gedeón los liberó de los amalecitas y gobernó al pueblo durante cuarenta años.

9. Cómo los numerosos gobernantes que sucedieron a Gedeón estuvieron en guerra bastante tiempo con las naciones circundantes.
10. Sobre la valentía de Sansón y cuántas calamidades causó a los filisteos.
11. Cómo los hijos del sacerdote Elí fueron aniquilados en la batalla contra los filisteos[55].
12. Cómo su padre, al llegar a sus oídos la noticia, murió arrojándose de su asiento[56].
13. Cómo los filisteos vencieron en esta guerra a los hebreos y capturaron incluso su arca.
14. Cómo todos los que gobernaron a continuación de Cenizo fueron llamados jueces.

Este libro abarca un período de cuatrocientos setenta años.

1. *Josué envía espías a Jericó y llega hasta el Jordán (Josué* 1, 10 y ss.). 1.1. Josué, después que Moisés se había ido de este mundo en las circunstancias antes dichas y cuando las ceremonias celebradas en su honor habían llegado a su término y el luto había concluido, comunicó al pueblo que estuviera preparado para emprender una expedición militar, al tiempo que envió espías a Jericó para que se informaran de sus fuerzas y qué actitud mental tenían sus habitantes, mientras él pasó revista al ejército, dispuesto a cruzar el Jordán en la primera oportunidad. Y, después de reclamar la presencia de los jefes de la tribu de Rubel [1] y de los prebostes de las tribus de Gad y de Manasés (ya que también a la mitad de esta última tribu le había permitido establecerse en la tierra amorita, la cual constituía la séptima parte de Canán) les recordó lo que habían prometido a Moisés y los exhortó a que, en atención, por un lado, a los desvelos mostrados por aquél hacia ellos y que ni siquiera decayeron cuando estaba a punto de morir y, por otro, al bien común, se entregaran animosos a cumplir sus órdenes. Y, seguido de éstos, con cincuenta mil soldados partió de Abele y recorrió sesenta estadios hasta llegar al Jordán.

5. *Los espías y Rahab (Jos.* 2, 1). 2. Y, nada más acabar de instalar el campamento, se presentaron los espías, sin ignorar

[1] Rubén.

nada del estado en que se encontraban los cananeos. En efecto, como al principio pasaron desapercibidos examinaron tranquilamente todas las partes de su ciudad, en lo que a las murallas respecta cuántas eran sólidas y cuántas no ofrecían igual seguridad que las otras y, en lo tocante a las puertas, cuáles eran las que por su inconsistencia convenían para la entrada del ejército. Y los que se topaban con ellos no daban importancia a su inspección, figurándose que fisgoneaban meticulosamente todos los elementos de la ciudad por la curiosidad propia de los forasteros y en modo alguno con intenciones hostiles. Pero cuando, al caer la tarde, se retiraron a cenar en la posada a la que se habían dirigido desde el momento de la llegada, situada en las proximidades de la muralla, y cuando su idea era ya la de partir, se puso en conocimiento del rey en el momento de la cena que se encontraban en la ciudad procedentes del campamento hebreo unos individuos con intención de espiar la ciudad y que, hospedados en la posada de Rahab, andaban con todas las precauciones para pasar inadvertidos. Entonces el rey envió inmediatamente emisarios hasta ellos, ordenándoles que los prendieran y se los llevaran, para, tras someterlos a interrogatorio, enterarse de qué es lo que pretendían con su presencia allí. Pero Rahab, cuando se enteró de su venida, como tenía en la terraza unos brazados de lino, ocultó a los espías en ellos, y a los emisarios del rey les argumentó que unos forasteros, desconocidos de ella, habían partido un poco antes de ponerse el sol, después de cenar en su posada, y que si ellos eran considerados temerosos para la ciudad o habían venido para poner en peligro la figura del rey, se les podía prender fácilmente si corrían en su persecución. Y los emisarios, embaucados así por aquella mujer, sin sospechar engaño alguno se marcharon sin inspeccionar siquiera la posada. Y desistieron de su empeño al no encontrar rastro de ellos después de precipitarse a la carrera por las calles por las que creían que se habían alejado principalmente y por las que llevaban al río. Y, calmado el alboroto, Rahab, después de bajar a aquellos hombres de la terraza y de hacerles saber el riesgo que corría por salvarlos a ellos, ya que si era sorprendida intentando ocultarlos no escaparía a las represalias del rey, sino que perecería de mala manera ella con toda su familia y, después de exhortarlos a que se acordaran de ella cuando, tras hacerse los amos de Canán y establecerse allí, pudieran pagarle una recompensa por su reciente salvación, les mandó que volvieran junto a

los suyos después de jurar solemnemente que la salvarían a ella y sus pertenencias cuando, tras la toma de la ciudad, aniquilaran a todos sus habitantes conforme a la decisión adoptada por su pueblo (pues les dijo que sabía esto, informada de ello por los portentos divinos). Y ellos no sólo confesaban agradecerle su comportamiento presente, sino que también juraban que la retribuirían efectivamente con una recompensa en el futuro. En este sentido, le aconsejaron que, en el instante en que se enterara de la inminente toma de la ciudad, depositara y guardara en la posada sus pertenencias y a todos sus familiares, después de hacer flamear delante de sus puertas unas colgaduras de púrpura, con objeto de que, al reconocer la casa el general, se guardara de hacerle daño. Y le aseguraron lo siguiente: «Pues le haremos saber que nos salvamos por tu decisión. Pero si alguno de los tuyos cayera en la lucha, tú no podrás echarnos la culpa a nosotros y pedimos a Dios, por quien hemos jurado, que no nos lo tome nada a mal como si hubiéramos contravenido los juramentos.» Y ellos, tras haber adoptado este compromiso, se pusieron en camino descolgándose por la muralla y, después de llegar sanos y salvos junto a los suyos, les contaron todo lo que habían hecho en la ciudad antes del regreso. Y Josué dio a saber al Sumo Sacerdote Eleazar y al Consejo de ancianos las promesas que bajo juramento habían dado los espías a Rahab. Y aquéllos dieron su conformidad al juramento.

16. *Cruzan el Jordán (Jos.* 3, 2 y ss.). 3. Y como el ejército temiera el cruce, porque el río era caudaloso e imposible de pasar por algún puente, ya que nunca antes se había tendido ninguno sobre él, y porque suponían que, si pretendían montar un puente, los enemigos no se lo consentirían, y además no contaban con barcas, les prometió Dios que les pondría el río en disposición de ser cruzado, reduciendo su caudal. Y, tras un intervalo de dos días, Josué se dispuso a cruzar el río con el ejército y la multitud entera de la siguiente manera: precedían los sacerdotes con el arca, a continuación iban los levitas con el tabernáculo y los objetos utilizados en los sacrificios, y a los levitas los seguía, dividida en las respectivas tribus, toda la multitud con los niños y las mujeres en medio, porque temían no sea que fueran arrastrados por la corriente. Y, cuando a los sacerdotes, que fueron los primeros en adentrarse en el agua, les pareció que se podía pasar el río, porque su

hondura había sido reducida y era arena la que hacía las veces de firme por no ser la corriente excesiva ni rápida como para arrastrarla por su violencia, entonces ya todos cruzaban confiadamente el río, observando que estaba en las condiciones que Dios les había predicho que lo pondría. Y los sacerdotes se pararon en mitad del río hasta que lo hubo cruzado la multitud y hubo conseguido ponerse a salvo. Y, cuando la habían cruzado todos, salieron también los sacerdotes, dejando ya libre la corriente para marchar en la forma habitual. Y el río, nada más que los hebreos lo dejaron atrás, creció y recobró su caudal natural.

20. *Levantan un altar y celebran la Pascua (Jos.* 4, 1 y ss.). 4. Estos, después de avanzar cincuenta estadios, instalaron su campamento a una distancia de diez estadios de Jericó, y Josué, tras construir con las piedras que cada uno de los jefes de tribu había recogido del lecho del río como el profeta había mandado un altar destinado a servir de prueba de que la corriente se había retirado a su paso, hizo sobre él un sacrificio a Dios, y en aquel lugar celebraron la fiesta de la Pascua, provistos entonces abundantemente de todo lo que antes habían echado en falta desgraciadamente, y esto, por un lado, porque recolectaban los trigos de los cananeos, ya maduros y, por otro, porque los restantes bienes los llevaban como botín. Fue entonces, en efecto, cuando empezó a faltarles el alimento del maná, después de haberlo tomado durante cuarenta años.

22. *El sitio de Jericó (Jos.* 6, 1). 5. Y como los cananeos, pese a que los israelitas llevaban a cabo todas estas operaciones, no salían a su encuentro, sino que se mantenían quietos, Josué decidió sitiarlos. Y en el primer día de la referida fiesta los sacerdotes, portando el arca (en torno a la cual iba una sección de soldados dándole guardia, mientras otros sacerdotes, que le precedían haciendo sonar sus siete cuernos, llamaban al ejército a la resistencia) dieron una vuelta alrededor de la muralla, seguidos del Consejo de ancianos y, después de hacer sonar los cuernos únicamente los sacerdotes, ya que no cumplían ninguna función más que ésta, se retiraron al campamento. Y, después de hacer ellos esta operación durante seis días, al séptimo Josué, después de reunir a las fuerzas armadas y a todo el pueblo, les comunicó la buena nueva de la inminente conquista de la ciudad, porque Dios se la entregaría aquel mismo día, ya que sus murallas se desplomarían por sí

solas y sin necesidad de esfuerzo alguno. Los exhortó, sin embargo, a que mataran a todo ser viviente que cogieran y a que ni por cansancio desistieran de matar a los enemigos ni cediendo a la compasión les perdonaran la vida ni, por dedicarse al saqueo, consintieran que escaparan los enemigos, sino que lo que debían hacer ellos era acabar con todos los seres vivos sin tomar nada para su peculio particular, mientras les ordenó que, haciendo acopio de toda la plata y el oro que hubiera, lo guardaran para ofrecerlo a Dios como primicia especial por el éxito tenido, después de haberlo obtenido con la primera conquista de una ciudad, y que respetaran únicamente la vida de Rahab y la de su familia a causa de los juramentos que los espías le habían hecho a ella.

27. *Caída de Jericó (Jos.* 6, 15). 6. Después de pronunciar estas palabras y de disponer al ejército en orden de combate, lo llevó contra la ciudad. Y dieron de nuevo la vuelta a la ciudad, yendo a la cabeza el arca y los sacerdotes exhortando a las fuerzas con los cuernos a emprender las operaciones. Y, después de dar siete vueltas alrededor y de estar quietos durante un momento, se derrumbó la muralla sin que los hebreos hubieran empleado contra ella ni ingenios militares ni otra violencia alguna.

28. *Carnicería de sus habitantes, exceptuada Rahab (Jos.* 6, 21). 7. Ellos, tras penetrar en la ciudad de Jericó, mataron a sus habitantes, asustados ante el inesperado derrumbamiento de la muralla y quedar inutilizada para la defensa su disposición de ánimo. Consiguientemente, eran sacrificados, degollados en las calles y apresados dentro de sus casas. Y nada los libraba, sino que perecieron todos hasta las mismas mujeres y niños pequeños, de suerte que la ciudad estaba repleta de cadáveres sin que ninguna criatura escapara a la muerte. Y prendieron fuego a toda la ciudad y al país. Pero a Rahab, que con sus familiares se había refugiado en la posada, la salvaron los espías, y Josué, tras ser llevada a su presencia, le confesó que le agradecía que hubiera salvado la vida de los espías y le aseguraba firmemente que él, al recompensarle ese favor, no se le vería que quedaba por debajo de ella. E inmediatamente le regaló tierras y la tenía en alta estima.

31. *Destrucción de la ciudad e imprecación de Josué (Jos.* 6, 6, 26). 8. Y, por lo que a la propia ciudad respecta, si alguna parte

de ella escapó al fuego la arrasó y contra aquél que en el futuro osara refundarla y reconstruirla después de haber sido asolada, lanzó imprecaciones, deseándole que, cuando echara los cimientos de las murallas, se viera privado de su hijo mayor y, al terminarlas, perdiera al más joven de ellos. Y la Divinidad no se despreocupó de esa maldición, sino que más tarde referiremos la tragedia que tuvo lugar cerca de ella.

32. *El botín es dedicado a Dios.* 9. Y a la toma de la ciudad se reunió una masa infinita de plata y oro y también de bronce, sin que nadie hubiera contravenido el decreto correspondiente ni arrebatara metales para su beneficio particular, sino que se abstuvieron de ellos, dándolos por consagrados ya a Dios. Y Josué los entregó a los sacerdotes para que los depositaran entre los tesoros. Y Jericó pereció de la manera dicha.

33. *El pecado de Acar (Jos.* 7, 1). 10. Pero un tal Acar, hijo de Zebedeo y de la tribu de Judá, como hubiera encontrado un manto real, tejido todo él de oro, y una masa de oro, que arrojaba un peso de doscientos siclos, y hubiera considerado intolerable sustraerse él al disfrute personal de aquella ganancia que había encontrado con gran riesgo de su vida para llevarla y dársela a Dios, que tampoco la necesitaba, hizo un hoyo profundo en su tienda y la enterró en él, haciéndose a la idea de que pasaría inadvertido a Dios con la misma facilidad con que pasaba a los hombres.

34. *Josué en Gálgala (Jos.* 5, 9). 11. Y el lugar en que Josué instaló el campamento fue llamado Gálgala, palabra que significa *Campo de la libertad,* ya que, una vez que hubieron cruzado el río, se veían ya libres de los egipcios y de los sufrimientos del desierto.

35. *Derrota en Naya (Jos.* 7, 2). 12. Pero pocos días después de la caída de Jericó Josué envió tres mil soldados para tomar la ciudad de Naya, situada por encima de Jericó, los cuales, derrotados en el combate que entablaron con ellos los habitantes de Naya, perdieron treinta y seis hombres. El anuncio de este descalabro produjo en los israelitas un gran pesar y un tremendo desánimo, no tanto por la personalidad de los muertos, y eso que todos los fallecidos eran hombres valientes y merecedores de estima, cuanto por desesperación, ya que cuando creían que ya controlaban el país y

que tendrían a salvo el ejército en los combates como Dios les había prometido previamente, veían cómo los enemigos habían recuperado inesperadamente los ánimos. Por eso, tras recubrir su vestimenta con sacos, se pasaron el día entero entre lágrimas y lamentos, sin preocuparse lo más mínimo de comer y, apesadumbrados, daban a lo sucedido una importancia demasiado grande.

38. *Oración de Josué (Jos.* 7, 7). 13. Josué, al ver al ejército abatido y con la esperanza en todo su futuro ya rota se tomó la libertad de hablarle a Dios con franqueza, pues le dijo: «Nosotros fuimos inducidos a someter por las armas este país no por autosuficiencia nuestra, sino porque Moisés, tu esclavo, nos incitó, a quien por numerosas señales prometiste que nos permitirías a nosotros conquistar este país y que a nuestro ejército lo harías siempre superior a los enemigos en las armas. Y, efectivamente, algunos hechos nos salieron como Tú habías prometido, pero ahora, al haber fracasado contra toda esperanza y haber perdido a algunos miembros de nuestras fuerzas, estamos consecuentemente afligidos, figurándonos que no son seguras tus promesas ni lo que predijo Moisés y, lo que es todavía peor, lo que nosotros esperamos del futuro nos entristece, al comprobar que nuestra primera experiencia nos ha resultado tan desastrosa. Pero Tú, soberano, ya que tienes poder para encontrar remedio a este estado de cosas, danos una victoria y quita con ella de nuestro pensamiento nuestra actual tristeza y nuestra desesperanza en el futuro, tan caída ahora por los suelos.

42. *Descubrimiento y muerte del pecador Acar (Jos.* 7, 6 y ss.). Josué, tumbado en el suelo boca abajo, inquiría a Dios una respuesta a estas cuestiones. Y como Dios le respondiera que se levantara y que purificara al ejército del sacrilegio ocurrido en él y del temerario robo de las riquezas consagradas a Él, ya que ésa era la causa por la que se habían encontrado con la reciente derrota, y que, una vez que fuera buscado y castigado el autor, ellos siempre vencerían y superarían a los enemigos, Josué puso esto en conocimiento del pueblo, y llamando al Sumo Sacerdote Eleazar y a las autoridades sometió a sorteo a todas y cada una de las tribus. Y, una vez que este sorteo reveló que la referida temeridad era obra de la tribu de Judá, propuso de nuevo el sorteo entre las fratrías de la mencionada tribu. Y se descubrió que la realidad del crimen se

circunscribía al ámbito de la familia de Acar. Y, practicada la investigación entre los varones de esta familia, cogieron a Acar. Y éste, que no tenía argumentos para negarlo, porque Dios le había cerrado sagazmente todas las posibles salidas, no sólo confesó el robo, sino que además presentó a la vista de todos los objetos robados. Y éste, que fue ejecutado inmediatamente, obtuvo al anochecer un entierro despreciable y adecuado a un ajusticiado.

45. *Conquista de Naya (Jos.* 8, 3). 15. Josué, después de purificar al ejército, lo sacó contra Naya y, después de tender emboscadas por la noche en derredor de la ciudad, al alba contactó con los enemigos. Y, como éstos atacaran a las fuerzas hebreas temerariamente por su anterior victoria, Josué, haciendo como que cedía, por esta argucia arrastró a los enemigos lejos de la ciudad, en la creencia de que eran ellos los que perseguían y despreciaban a los hebreos por la victoria obtenida. A continuación, tras darse la vuelta, puso a sus fuerzas de cara a los enemigos al tiempo que, dando a los emboscados la señal convenida, los levantó también a ellos a la lucha. Y estos últimos irrumpieron en la ciudad, cuando sus ocupantes se encontraban en los alrededores de las murallas y algunos de ellos incluso estaban absortos, pendientes de contemplar a los que habían salido fuera. Y, mientras los que irrumpieron en la ciudad, la tomaban y mataban a todos los que caían en sus manos, Josué forzó y obligó a huir a las fuerzas enemigas que llegaron al cuerpo a cuerpo con las suyas, y estas fuerzas enemigas derrotadas que intentaban refugiarse en la ciudad imaginándola intacta, al observar que también ella estaba tomada y al encontrarla que estaba siendo incendiada con sus mujeres e hijos, se dispersaron y marcharon por los campos, sin poder defenderse al andar cada uno por su lado. Así de terrible fue el descalabro que sufrieron los mayetianos y, pese a ello, fueron hechos cautivos multitud de niños, mujeres y esclavos, y también una cantidad infinita de material. También los hebreos se apoderaron de rebaños de ganado y de abundantes riquezas, ya que aquel lugar era también rico, y Josué, una vez en Gálgala, distribuyó todo entre los soldados.

49. *Argucia de los gabaonitas (Jos.* 9, 3). 16. Y cuando los gabaonitas, que habitaban muy próximos a Jerusalén, al ver el descalabro sufrido por los habitantes de Jericó y el padecido por las gentes de Naya, y sospechar que el horror volvería sus pasos

sobre ellos, en cuanto a la posibilidad de apelar a Josué optaron por no pretenderlo, ya que tenían para sí que ellos no conseguirían moderación alguna de quien combatía para el aniquilamiento de toda la raza cananea. Pero, en cambio, invitaron a los ceferitas y a los cariatiarimitas, que eran sus vecinos, a concertar una alianza con ellos, argumentándoles que tampoco aquéllos escaparían al peligro, si antes caían ellos en poder de los israelitas, mientras que, si combatían al lado de ellos, estaban convencidos de que escaparían a su dominio. Pero, cuando aquéllos aceptaron sus proposiciones, enviaron ante Josué para pactar con él un tratado de amistad embajadores y precisamente aquéllos que consideraban, sobre cualquier otro de sus conciudadanos, capacitados para conseguir los resultados favorables a la masa de su pueblo. Y estos embajadores, empezando por juzgar arriesgado confesarse cananeos e imaginándose que evitarían el peligro inherente a este hecho si sostenían que ellos no tenían nada que ver con los cananeos, sino que habitaban muy lejos de aquéllos, aseguraban a Josué una y otra vez que habían llegado impulsados por las informaciones que hablaban de su prestigio y después de realizar un viaje interminable, y le mostraban su atuendo como prueba de su aserto, indicando que su vestimenta, que estaba nueva en el momento de partir, se les había estropeado por el largo tiempo transcurrido en el viaje, ya que intencionadamente habían cogido una vestimenta deteriorada para que los hebreos les creyeran lo que les decían. Y, luego, plantándose en medio de los hebreos, les aseguraban que habían sido enviados por los gabaonitas y las ciudades vecinas, situadas a gran distancia del país que pisaban, a firmar con ellos un pacto de amistad en los términos tradicionales a los hebreos. Y justificaban la petición de este pacto diciendo que, al enterarse de que a los hebreos les había sido concedido por la gracia y el don de Dios el derecho a conquistar para sí la tierra de Canán, se complacían con ello y les pedían convertirse en conciudadanos suyos. Y ellos, al tiempo que les decían esto y les mostraban las señales del supuesto largo viaje, invitaban a los hebreos a concertar con ellos un pacto de amistad. Y Josué, creyendo lo que decían, que no eran de la estirpe cananea, concertó con ellos un pacto de amistad, a la vez que el Sumo Sacerdote Eleazar junto con el Consejo de ancianos juró que los tendría como amigos y aliados y que no urdiría contra ellos maquinación injusta alguna, con la consiguiente ratificación del pueblo. Pero

Josué, tras haber llevado a cabo una expedición militar hasta las estribaciones de Canán y enterarse de que los gabaonitas habitaban no lejos de Jerusalén y que pertenecían a la raza cananea, mandó venir a las autoridades de ese pueblo y les reprochó este engaño. Y como los gabaonitas alegaran en su defensa que para poder salvarse no tenían otra salida más que ésa y que por ese motivo se habían visto obligados a recurrir a ella, Josué convocó al Sumo Sacerdote Eleazar y al Consejo de ancianos y, en vista de que los gabaonitas les pedían que los nombraran esclavos oficiales para no contravenir el juramento prestado, los designó para esa función. Por este procedimiento encontraron ellos garantía y seguridad ante la desgracia que los atenazaba.

58. *Derrota de la coalición de reyes. El día se prolonga (Jos.* 10, 1). 17. Como el rey de Jerusalén se irritara tremendamente al abandonar los gabaonitas su bando y pasarse a Josué y exhortara a los reyes de las naciones próximas a que le ayudaran a sobrellevar la guerra contra ellos, los gabaonitas, cuando vieron que los citados reyes vecinos se presentaban con el rey de Jerusalén, en total cuatro, y que, después de establecer el campamento cerca de una fuente situada no lejos de la ciudad, se preparaban para el asedio de la ciudad, llamaron en su ayuda a su aliado Josué. Pues su estado de cosas era tal que daban por descontado que por sí solos perecerían a manos de estos reyes, mientras que suponían en razón del pacto de amistad que serían salvados por quienes habían emprendido una expedición militar para el aniquilamiento de la estirpe cananea. Y Josué acudió presuroso con todo su ejército en su ayuda y, tras una marcha ininterrumpida durante el día y durante la noche, al amanecer contactó con los enemigos y, una vez puestos en fuga, los siguió, persiguiéndolos por terrenos escarpados de la región llamada Bétora. Allí se enteró de que Dios le prestaba su colaboración, la cual le indicó por medio de truenos, descarga de rayos y caída de granizo en cantidades superiores a la habitual. Más aún: sucedió que el día se dilató más de lo normal, para que la noche no los sorpendiera y así no reprimiera el ardor belicoso de los hebreos, con lo que Josué consiguió incluso coger a los reyes, ocultos en cierta cueva de Maquida, y castigarlos a todos. Y que en aquella fecha la longitud del día se incrementó y superó su duración normal, está demostrado por las Escrituras que hay dedicadas en el Templo.

62. *Derrota en Galilea de las huestes cananeas y filisteas (Jos.* 10, 43 y ss.). 18. Sometidas de esta manera las fuerzas de los reyes que habían emprendido una expedición militar para atacar a los gabaonitas, Josué subió de nuevo a la zona montañosa de Canán y, después de causar una gran mortandad entre los habitantes de aquellos lugares y de obtener un gran botín, llegó al campamento situado en Gálgala. Y como a los pueblos del contorno llegaran abundantes testimonios del valor de los hebreos, el abatimiento se apoderó de quienes oían las elevadas cifras de muertos, y por eso los reyes de la región del Monte Líbano, que eran cananeos, emprendieron una expedición contra ellos y, a su vez, los cananeos que habitaban en las llanuras, tomando consigo a los palestinos, establecieron su campamento junto a Berote, ciudad de la alta Galilea, no lejos de Cedesa, también éste un lugar de Galilea. El total del ejército estaba constituido por trescientos mil soldados de infantería, diez mil de caballería y veinte mil carros de guerra. Y esta masa de enemigos abatió el ánimo del propio Josué y de todos los israelitas, de suerte que reprimieron bastante sus esperanzas de victoria, sobrecogidos de miedo. Pero como Dios les reprochara el miedo de que eran presa y también que añoraran alguna ayuda superior a la suya, a la vez que les prometió que vencerían a los enemigos y les ordenó que inutilizaran los caballos enemigos y prendieran fuego a los carros de aquéllos, recuperó la confianza a la vista de las promesas de Dios e impulsado por ello se lanzó contra los enemigos y, llegando junto a ellos en el transcurso del quinto día de marcha, trabó combate con ellos. La batalla fue encarnizada, y se produjo tal mortandad entre los enemigos que los que oían su cifra no se la podían creer. Y Josué salió tras ellos, persiguiéndolos hasta una enorme distancia, y aniquiló a la totalidad de los soldados enemigos a excepción de unos pocos, y también cayeron todos los reyes, hasta el punto de que, al no quedar ya hombres que matar, Josué destruyó sus caballos y prendió fuego a sus carros, al tiempo que recorría tranquilamente el país sin que nadie se atreviera a presentarle batalla, en vista de lo cual Josué recurrió al asedio para tomar las ciudades, operación en la que asesinaba a toda criatura que cayera en sus manos.

68. *Erigen el tabernáculo en Silo. Ceremonias en Sicima (Jos.* 18, 1 y ss.). 19. Habían transcurrido cinco años y ya no quedaba ningún cananeo a no ser, si acaso, unos cuantos que habían escapa-

do amparándose en la solidez de sus murallas. Entonces Josué, que de Gálgala subió a la región montañosa para acampar allí, levantó el sagrado tabernáculo en la ciudad de Silo (pues por su hermosura parecía un lugar idóneo), hasta que la situación les permitiera edificar un templo. Y, después de pasar desde allí a Sicima con la totalidad del pueblo, levantó un altar donde había predicho Moisés y, dividiendo el ejército, destacó en el Monte Garizín la mitad, y en el Monte Ebel, donde se encontraba también el altar, la otra mitad, junto con los levitas y los sacerdotes. Y, después de ofrecer sacrificios y pronunciar imprecaciones, que dejaron grabadas sobre el altar, se retiraron a Silo.

71. *Josué dirige la palabra al pueblo en Silo (Jos.* 13, 1 y ss.). 20. Y Josué, que ya era anciano y observaba que las ciudades de los cananeos no eran fácilmente expugnables no sólo por la seguridad propia de los lugares en que se hallaban, sino también por la solidez de las murallas, las cuales, al añadirlas a la preeminencia natural de las ciudades, esperaban que harían desistir a los enemigos de un asedio por el convencimiento de la imposibilidad de tomarlas, ya que también los cananeos, al enterarse de que los israelitas habían efectuado la salida de Egipto con la intención de exterminarlos a ellos, estuvieron durante todo aquel tiempo ocupados en convertir las ciudades en fuertes, tras reunir al pueblo en Silo anunció una asamblea y, después de acudir la gente a toda prisa, le habló de los éxitos ya alcanzados y de las hazañas habidas, haciendo constar que eran magníficas y estaban a la altura de la Divinidad, que se las había ofrecido, y de la excelencia de las leyes a las que ellos se atenían, al tiempo que les indicaba, por un lado, que treinta y un reyes que habían osado entablar combate con ellos habían sido domeñados y, por otro, que todo ejército que, al concebir las mejores esperanzas de victoria sobre las fuerzas hebreas, había trabado combate con ellos en alguna ocasión, había sido aniquilado por entero, tanto que no les había quedado descendencia. A su vez, en vista de que unas ciudades habían sido conquistadas y para conseguir lo mismo con otras se requería tiempo y un asedio prolongado por la solidez de las murallas y la consiguiente seguridad de sus habitantes, pidió al pueblo, por un lado, que los contingentes militares del otro lado del Jordán, que habían emprendido la lucha y sobrellevado los peligros con ellos por su condición de miembros del mismo pueblo, los licenciara ya y

enviara a sus casas, tras confesarles su agradecimiento por las fatigas que compartieron con ellos y, por otro, que enviara doce hombres, uno por cada tribu, de quienes estuviera atestiguado que sobresalían por su virtud, quienes, una vez que hubieran medido las tierras fielmente y sin perfidia alguna, «deberán declararnos a nosotros su tamaño noblemente».

76. *Se ponen en marcha los agrimensores (Jos.* 18, 8 y ss.). 21. Josué, al efectuar estas propuestas, obtuvo la aprobación de la multitud y, en consecuencia, despidió a los hombres llamados a medir el territorio, poniendo a su disposición un número indeterminado de expertos en agrimensura, a los que en razón de sus conocimientos profesionales no había de escapárseles la verdad, y encargándoles que tasaran por separado el área de la tierra feraz y el de la tierra menos buena. Pues la condición de la tierra de Canán es de una naturaleza tal que allí uno podría ver grandes llanuras sumamente aptas para producir frutos y que, comparadas con la tierra de otro lugar, sería considerada el *súmmum* de la feracidad, pero que, parangonadas con los campos de Jericó y los de Jerusalén, no destacarían lo más mínimo. Y, aunque ocurre que la tierra de estos dos últimos pueblos es sumamente poca y la mayoría de ella montañosa, sin embargo no se deja superar de ninguna otra en lo que a rendimiento de frutos y hermosura respecta. Esta es la razón por la que Josué entendió que debía ser tenido en cuenta el valor de los distintos lotes más que sus dimensiones, ya que muy a menudo una sola fanega puede equivaler incluso a mil. Y los hombres que fueron enviados a esta misión, diez en total, una vez que terminaron de estudiar y de tasar la tierra, al séptimo mes de su partida regresaron junto a Josué a la ciudad de Silo, donde habían levantado el tabernáculo.

80. *Sorteo de las tierras entre nueve tribus y media (Jos.* 18, 10 y ss.). 22. Y Josué, habiendo tomado consigo a Eleazar y al Consejo de Ancianos junto con los jefes de las tribus, procedió a distribuir la tierra entre las nueve tribus y la mitad de la de Manasés, después de haber dado a cada lote unas dimensiones proporcionales al tamaño de cada una de las tribus [2]. Y en el sorteo que el

[2] Parece que esta frase, en la que se hace referencia a las dimensiones de los distintos lotes, sobra. Tal vez sea una glosa.

propio Josué efectuó, la tribu de Judá, a la que le correspondió elegir en primer lugar, eligió la Idumea Superior, que se prolonga hasta Jerusalén y que de ancha baja hasta el lago [3] de Sodoma. Dentro de este lote se encontraban las ciudades de Ascalón y Gaza. A la de Simeón, que intervino en segundo lugar, le correspondió la región de Idumea colindante con Egipto y Arabia. A los benjamitas les correspondió la región que llega de larga desde el río Jordán hasta el mar, y que de ancha está limitada por Jerusalén y Betel. Este lote era el más reducido de todos, a causa de la feracidad de su tierra, ya que consiguieron Jericó y la ciudad de Jerusalén. A la tribu de Efraim le correspondió la tierra que desde el río Jordán se prolonga hasta Gazara y que de ancha empieza en Betel y va a morir en la Gran Llanura. Y la mitad de los miembros de la tribu de Manasés obtuvieron en el sorteo la tierra que se alarga desde el Jordán hasta la ciudad de Dora [4] y se ensancha hasta Betesana, actualmente llamada Escitópolis. A continuación de éstas, la tribu de Isacar puso como término de la longitud de su tierra el Monte Carmelo y el río, y de largo el Monte Tabor. Los zabulonitas obtuvieron en el sorteo la tierra que se alarga hasta el lago de Genezaret y que baja hasta las proximidades del Carmelo y del mar. Los aseritas se llevaron toda la extensión de tierra que empieza en el Carmelo y que mira hacia Sidón y que es llamada el *Valle,* por reunir todas las condiciones de tal. Y cayó en su lote la ciudad de Arce, también llamada Ecdipus. Por su parte, los neftalitas obtuvieron las tierras que miran al Naciente y que llegan hasta la ciudad de Damasco junto con la Alta Galilea hasta el Monte Líbano y las fuentes del Jordán, las cuales son surtidas por el citado Monte. A los danitas les correspondió toda la extensión del Valle orientada hacia el Poniente, teniendo por frontera las ciudades de Azoto y Dora, y también les correspondió Jamnia, Gita y lo que va de Acarón hasta el Monte, a partir del cual empezaba ya la tierra de la tribu de Judá.

88. *La tierra amorita.* 23. Así fue cómo dividió Josué seis naciones portadoras del nombre de los hijos de Cananeo, y entregó su tierra en propiedad a las citadas nueve tribus y media, ya que la

[3] El mar Muerto.

[4] Ciudad marítima, a 16 millas al sur del Carmelo, la actual *Tanturah* (Thackeray).

tierra amorita, también ella llamada así por uno de los hijos de Cananeo, Moisés la había ocupado anteriormente y la había asignado ya a las dos tribus y media referidas, hecho que ya hemos señalado anteriormente [5]. En cambio, la región de Sidón, y de los aruceos, amateos y arideos, quedó indivisa.

90. *Ciudades de los levitas y de asilo: reparto del botín (Jos.* 23, 1). 24. Y Josué, como la vejez le impedía ya realizar todo lo que se le ocurría y los que se habían hecho cargo, en rango inferior al suyo, de la dirección del pueblo judío prestaban escasa atención al bien común, comunicó a todas y cada una de las tribus, por un lado, que no dejaran rastro alguno de la raza cananea en la tierra que les hubiera correspondido en el sorteo, ya que su personal seguridad y la salvaguardia de las costumbres patrias el propio Moisés [6] les había predicho que radicaban exclusivamente en eso, en lo que también él estaba de acuerdo y, por otro, que entregaran a los levitas las treinta y ocho ciudades, ya que anteriormente habían recibido ya las otras diez en Amorea [7]. De ellas asignó tres a los desterrados para que habitaran en ellas (ya que tomaba todas las precauciones para no dejar incumplida ninguna de las disposiciones de Moisés): de la tribu de Judá Hebrón, de la de Efraim Sicima, y de la de Neftalí Cedese. El lugar citado el último pertenece a la Galilea Superior. Y repartió también todo el botín que quedaba todavía sin distribuir y que alcanzaba vastas proporciones. Y con él todos en general y cada uno en particular recaudaron grandes riquezas, consistentes en oro, plata, ropa y otro material, más una cantidad innumerable de ganado.

93. *Josué despide a las dos tribus y media (Jos.* 22, 1 y ss.). 25. Y, después de reunir a continuación en asamblea al ejército, dijo lo siguiente a los que se habían asentado en Amorea al otro lado del Jordán y que habían compartido con el resto de los hebreos la guerra, en número de cincuenta mil soldados de infantería: «Dado que Dios, padre y soberano del pueblo hebreo, nos ha concedido la posesión de esta tierra y nos ha prometido, una vez en nuestro poder, que la conservaremos en nuestras manos para siem-

[5] Cf. cap. IV, 166 y ss.
[6] Cf. IV, 191 y ss.
[7] Cf. IV, 67 y 172.

pre, y dado también que, cuando os hemos pedido por encargo divino vuestra colaboración, os habéis entregado animosos a cualquier requerimiento, es justo que vosotros, puesto que ya no nos amenaza ninguna inquietud, obtengáis en este momento descanso con el consiguiente ahorro de vuestro impulso ardoroso, para que si volvemos nosotros a necesitarlo podamos disponer de él sin vacilaciones para cualquier urgencia futura y no demasiado tarde luego por agotarse ahora. Consecuentemente, pues, agradeceremos los riesgos que corrísteis con nosotros y no exclusivamente en este momento, sino siempre y en todo momento, ya que tenemos buena memoria para acordarnos de los amigos y para conservar en nuestro pensamiento todos los bienes con que gracias a vosotros hemos encontrado, y de una manera concreta os agradecemos, por un lado, que por nosotros hayáis demorado el disfrute de los bienes de que disponíais vosotros y, por otro, que hayáis luchado por la consecución de aquéllos otros que por la benevolencia divina hemos alcanzado y decidido participar de ellos. Y a los bienes con que contábais hay que agregar, por un lado, riquezas sin tasa, surgidas de vuestra lucha al lado nuestro, puesto que llevaréis con vosotros un botín cuantioso, más oro y plata y, por otro, una cosa que vale todavía más que eso, nuestro afecto y el correspondiente ofrecimiento para todo lo que gustéis. Todo ello porque ni dejásteis sin cumplir nada de lo que dijo en su día Moisés, haciendo caso omiso de él, una vez que se fue de este mundo, ni hay nada que no tengamos que agradeceros. Os permitimos, pues, que llenos de contento partáis para las tierras que os correspondieron en el sorteo y os exhortamos a que consideréis que no hay barrera alguna que separe nuestro parentesco, y por el simple hecho de que entre vosotros y nosotros se encuentre este río tampoco debéis considerarnos a nosotros diferentes y no hebreos. Pues somos hijos de Abram absolutamente todos, tanto los que habitamos aquí como los que habitan allá, y Dios no hay más que uno, quien trajo a la vida a nuestros antepasados igual que a los vuestros. Cuidad de venerarlo y prestad la máxima observancia a la constitución que Él mismo dispuso a través de Moisés, porque si os atenéis a sus preceptos también Dios os ofrecerá su afecto y alianza, mientras que si tornáis a imitar a otras naciones dará la espalda a vuestro pueblo.» Después de pronunciar estas palabras y de despedirse de las autoridades de aquellas tribus, una por una, y de toda su gente globalmente, él se quedó allí, pero el pueblo los acompañó durante un

buen trecho del camino no sin lágrimas, costándole mucho trabajo separarse unos de otros.

100. *Las tribus que se van levantan un altar: embajada de Finés (Jos.* 22, 10 y ss.). 26. Una vez que cruzaron el río las tribus de Rubel y de Gad más los miembros de la tribu de Manasés que los acompañaban, levantaron un altar a la orilla misma del Jordán, monumento destinado a las generaciones futuras en señal de parentesco con los pueblos que iban a establecerse al otro lado del río. Pero los pueblos situados al otro lado, al oír que las gentes que acababan de ser despedidas por ellos habían levantado un altar con una intención que no se correspondía con la que aquéllos lo habían erigido, sino que lo hacían por mor de esnobismo e introducción de dioses extranjeros, no se resignaron a desconfiar de esos rumores, sino que, considerando plausible la calumnia que afectaba al culto divino, tomaron las armas, con la intención de cruzar el río para defenderse de los que habían levantado el altar y para castigarlos por la perversión de las costumbres patrias. Pues no les parecía que ellos debieran tener en cuenta el parentesco entre las gentes que eran víctima de esa acusación y ellos ni tampoco el rango de aquéllos, sino únicamente la voluntad de Dios y de qué manera le gusta ser honrado. Pues bien, éstos montaron una expedición militar imbuidos de furor, pero fueron contenidos por Josué, el Sumo Sacerdote Eleazar y el Consejo de ancianos, aconsejándoles que pulsaran primero sus intenciones por medio de conversaciones con ellos y que sólo después recurrieran a las armas contra ellos si comprendían que sus pensamientos se habían depravado. Enviaron, pues, como embajadores ante ellos a Finés, hijo de Eleazar, más otros diez, que gozaban de alta estima entre los hebreos, para que se informaran con qué intención habían levantado el altar a orillas del río después de cruzarlo. Y cuando, tras pasar el río y presentarse a ellos, se reunió la asamblea, poniéndose en pie Finés dijo que ellos habían cometido pecados demasiado graves como para ser obligados a entrar en razón para su comportamiento futuro, limitándose a un simple reproche verbal, pero que, pese a ello, no habían corrido a empuñar las armas y a tomar represalias por la tremenda, fijándose en la gravedad del desafuero cometido, sino que habían llevado a cabo aquella embajada en atención al parentesco que los unía y a la posibilidad de que acaso pudieran recuperar la cordura sólo por el uso de la palabra, «para enterarnos del

motivo que os impulsó a construir el altar y no dar así la impresión de atacaros precipitadamente con las armas si habíais edificado el altar de acuerdo con santas consideraciones y, por el contrario, para daros la merecida réplica si se demostraba cierto el rumor. Pues no concebíamos que vosotros, después de empaparos del conocimiento de Dios por pruebas personales y después de escuchar las lecciones que trataban de las leyes que Él mismo nos dio, cuando os habéis desvinculado de nosotros y habéis tomado posesión de las propiedades particulares que obtuvísteis por la gracia de Dios y por su desvelo para con nosotros, lo toméis a Él en olvido y, abandonando el tabernáculo y el arca y también el altar heredado de nuestros padres, importéis dioses extranjeros acordes con los vicios de los cananeos. En cambio, no pareceréis haber cometido iniquidad alguna si os arrepentís y no vais más lejos en vuestra locura y si, por el contrario, tomáis en consideración y acordáis de las leyes patrias. Pero si insistís en vuestras acciones pecaminosas no renunciaremos al empleo de la fuerza en defensa de las leyes, sino que, cruzando el Jordán, correremos en ayuda de ellas y, antes que de ellas, de Dios, por consideraros a vosotros nada diferentes de los cananeos y, por consiguiente, intentando aniquilaros igual que a ellos. Pues no creáis que por haber cruzado el Jordán os habéis situado fuera del alcance del poder de Dios. Al contrario, en cualquier sitio en que os encontréis, estaréis en manos de Él y os será imposible escapar a su arbitrio y al consiguiente castigo. Y si creéis que vuestra estancia aquí constituye un impedimento para llevar vosotros una vida sobria, nada impide que nosotros procedamos de nuevo a redistribuir la tierra y que dejéis ésta para el pastoreo de ovejas. En todo caso, haríais bien si emprendiérais una vida sobria y cambiáis de conducta cuando vuestros pecados son recientes. Y os pedimos en el nombre de vuestros hijos y esposas que no nos obliguéis a tomar represalias. Así, pues, convencidos de que vuestra propia salvación y la de vuestros seres más queridos depende de esta asamblea decidid en consecuencia, dando por sentado que os conviene más rendiros a nuestras sugerencias verbales que aguantar la cruda realidad de los hechos y de la guerra».

111. *Las tribus proclaman su inocencia (Jos.* 22, 21). 27. Una vez que Finés hubo concluido esta perorata la propia multitud entera empezó a presentar alegatos referentes a las imputaciones de que se les había hecho objeto y a asegurar que no habían levan-

tado el altar ni para distanciarse del vínculo familiar que los unía con ellos ni por afán de esnobismo, sino que reconocían un solo Dios, común para la totalidad de los hebreos, y un solo altar, el de bronce situado delante del tabernáculo, al que y donde rendirían sacrificios, y que, claro está, el altar levantado últimamente, precisamente por el cual eran objeto de sospecha, no había sido establecido con vista a dar culto a Dios, «sino para que constituyera una señal y una prueba eterna del parentesco que nos une con vosotros y nos obligara a llevar una vida sobria y a mantenernos en nuestras tradiciones patrias, y en modo alguno, como os imagináis, como el inicio de la transgresión. Y presentamos en defensa de nuestro aserto de que hemos construido el altar por el motivo señalado un testigo de suficiente garantía, Dios. De donde se deduce que debéis formaros de nosotros un mejor concepto y no imputarnos ni por asomo esas veleidades por las que merecerían ser exterminados todos los descendientes de Abram que adoptan costumbres novedosas y apartadas del estilo habitual».

114. *Discurso de Josué antes de su muerte (Jos.* 23-24). 28. Finés, después de aprobar su discurso, regresó junto a Josué y refirió al pueblo las intenciones de las tribus del otro lado del Jordán. Y Josué, contento de que no hubiera necesidad alguna que los obligara a reclutar un ejército ni de llevar sus fuerzas a derramar sangre y a emprender una guerra contra sus congéneres, ofreció sacrificios a Dios en acción de gracias por ello. Y, tras disolver después de esto la agrupación de las fuerzas hebreas y enviarlas a los territorios que les correspondieron en el sorteo, el propio Josué moró en Sicima. Y veinte años después, cuando se encontraba ya en la más acusada ancianidad, mandó venir a reunirse con él a las personas de rango superior en las diversas ciudades, a las autoridades, al Consejo de ancianos y a cuanta gente pudo conseguir y, una vez que llegaron, procedió a recordarles todos los beneficios que habían recibido de Dios (y, por cierto, fueron numerosos los obtenidos por quienes pasaron de una situación humilde a tal grado de gloria y prosperidad), y los exhortaba a que preservaran su devoción a Dios por tantos beneficios como les reportaba y a que sólo por la piedad mantuvieran a Dios de su parte. Pues les hacía saber que, por lo que a él tocaba, era una tarea hermosa dejarles, cuando estaba a punto de expirar, una invitación de ese carácter y, en cuanto a ellos, les pedía que mantuvieran presente en su mente esos consejos.

117. *Muerte de Josué y de Eleazar (Jos.* 24, 29 y ss.). 29. Una vez que terminó de exponer todo este comunicado a los presentes murió, a la edad de ciento diez años, cuarenta de los cuales los pasó en compañía de Moisés, escuchando sus útiles enseñanzas, y a la muerte de aquél fue caudillo de los hebreos durante veinticinco. Se trataba de un hombre no falto de perspicacia ni torpe para exponer claramente a la masa sus ideas, sino cabal en ambas cualidades, animoso e ilimitadamente osado para cualquier empresa y para arrostrar peligros, sumamente diestro en la administración de los asuntos en tiempos de paz y dotado de una eficiencia ajustada a cualquier tipo de circunstancia. Fue enterrado en la ciudad de Tamna [8], de la tribu de Efraim. Y hacia la misma época murió también el Sumo Sacerdote Eleazar, dejando la dignidad del Sumo Sacerdocio a su hijo Finés. Su monumento funerario se encuentra en la ciudad de Gabata.

120. *La tribu de Judá, con la de Simeón, toma el mando de las fuerzas que atacan a los cananeos (Jueces* 1,1). 2.1. Tras la muerte de Josué y de Eleazar, Finés anunció al pueblo que, conforme a la voluntad de Dios, debía otorgar el mando para el aniquilamiento de la estirpe cananea a la tribu de Judá (pues el propio pueblo hebreo estaba ávido por conocer también cuál era la opinión de Dios). Y la tribu citada, tomando consigo a la de Simeón, con la condición de aniquilar a los cananeos súbditos de su tribu una vez que se hubiera llevado a cabo esa misma operación con los que residían en la de los otros [9]...

121. *Derrota de Adonizebec y sitio de Jerusalén (Jueces* 1,4). 2. Pero los cananeos, que en aquel momento se encontraban en una situación de lo más próspera, les esperaron con un numeroso ejército a la altura de Zebece, tras confiar el mando al rey de los zebecenos Adonizebec, nombre que significa *soberano de los zebecenos,* ya que *adoní* en hebreo es *soberano.* Y concebían esperanzas de que domeñarían a los israelitas al haber muerto ya Josué. Pero los israelitas, que los atacaron con las dos tribus anteriormente dichas, combatieron brillantemente y mataron de ellos a más de diez mil y, después de derrotar al resto del ejército y perseguirlos,

[8] Tal vez, la actual *Tibueh.*

[9] Texto incierto. Tal vez haya aquí una laguna textual.

capturaron a Adonizebec, quien, tras sufrir a manos de ellos la amputación de las extremidades, afirmó: «En contra de lo que suponía, bien se ve que no había de pasar inadvertido indefinidamente a Dios, por cuanto que el castigo que acabo de recibir ahora es el mismo que no tuve empacho en infligir en tiempos pasados a setenta y dos reyes.» Y todavía vivo lo llevaron a Jerusalén, donde a su muerte lo enterraron. Y las dos tribus hebreas recorrieron el territorio de extremo a extremo capturando sus ciudades y, después de conquistar un número infinito de ellas, pusieron sitio a Jerusalén. Y, cuando al cabo de mucho tiempo tomaron la parte baja, mataron a todos los que habitaban en este distrito, pero les resultó imposible la captura de la parte alta por la solidez de sus murallas y la naturaleza del terreno.

125. *Captura de Hebrón (Jueces* 1, 10 y ss.). 3. De aquí levantaron el campamento y lo llevaron a Hebrón y, tras capturarla, mataron a todos sus habitantes, aunque todavía quedó la raza de los gigantes, quienes por el tamaño de sus cuerpos y por su formato nada parecido al del resto de los hombres constituían un espectáculo sorprendente, al tiempo que producía espanto oír su voz. Pero incluso todavía actualmente se puede contemplar su osamenta nada parecida a la de los otros hombres de los que hemos tenido conocimiento en nuestras investigaciones. Y esta ciudad la entregaron a los levitas como recompensa especial, más los consiguientes dos mil codos de terreno [10], pero el país se lo regalaron, conforme al mandato de Moisés, a Caleb, quien fue uno de los espías que Moisés había enviado a Canán. Pero también entregaron tierras en propiedad a los descendientes del madianita Jetró, por su condición de yerno de Moisés, ya que, después de abandonar aquéllos la tierra de sus padres, los habían acompañado y compartido con ellos la estancia en el desierto.

128. *Otras conquistas de las dos tribus citadas (Jueces* 1, 9 y ss.). 4. La tribu de Judá con la de Simeón capturaron las ciudades de la región montañosa de Canán y, entre las situadas en la llanura y a orillas del mar, las ciudades de Ascalón y Azoto. Pero escaparon a su dominio Gaza y Acarón, porque como estaban en la llanura y disponían de inmensas cantidades de carros de guerra dejaban

[10] Cf. IV, 67.

malparados a los invasores. Y las tribus en cuestión, después de adquirir grandes fortunas con la guerra, se retiraron a las ciudades de su propiedad y allí depusieron las armas.

129. *Paz general con los cananeos (Jueces* 1,21 y ss.). 5. Y los benjamitas, como el distrito de Jerusalén les pertenecía a ellos, concedieron a sus colonos cananeos que les pagaran tributos. Y, de esta manera, cesando todos, unos de matar y otros de vivir entre peligros, disponían de todo el tiempo que querían para cultivar la tierra. También las restantes tribus, imitando el proceder de la tribu de Benjamín, hicieron lo mismo y, satisfechos con los tributos que les pagaban los cananeos, les consintieron a éstos vivir en paz.

Captura de Betel por la tribu de Efraim (Jueces 1, 22). 6. Pero la tribu de Efraim, que sitiaba la ciudad de Betel, conseguía un resultado en modo alguno equivalente al tiempo y a los sufrimientos que exigía el asedio, mientras que los habitantes de esta ciudad, aunque molestos por el asedio, resistían. Pero posteriormente, tras apresar a uno de la ciudad que había salido a procurarse víveres, le dieron garantía de que, si les entregaba la ciudad, no sólo lo salvarían a él, sino también a sus familiares. Y él juró con esas condiciones que pondría en manos de ellos la ciudad. Y, consecuentemente, él, después de entregarles a traición la ciudad, se salvó con los suyos, al tiempo que los hebreos tomaron la ciudad, matando a la totalidad de ellos.

132. *La paz lleva a la corrupción (Jueces* 2, 11 y ss.). 7. Posteriormente los israelitas, que actuaban blandamente contra los enemigos, atendían a sus tierras y al cultivo de ellas. Y, como se acrecentaban sus riquezas, llevados de la molicie y los placeres prestaban escasa atención al ordenamiento constitucional y ya no obedecían escrupulosamente a las leyes. Entonces Dios, exasperado por ello, declaró, primero, que en contra de su opinión ellos habían respetado a los cananeos y, segundo, que los propios cananeos los tratarían a ellos con suma crueldad si encontraban oportunidad. Y ellos se quedaron con el ánimo abatido ante los reproches de Dios y disgustados ante la eventualidad de reiniciar las hostilidades, dado que, por un lado, habían percibido de los cananeos grandes ganancias y, por otro, se encontraban ya flojos para la lucha a causa de su vida muelle. Y hasta se había dado ya la cir-

cunstancia de que sus mejores gobernantes se habían corrompido, y además no habían designado a los miembros del Consejo de ancianos ni autoridad otra alguna de las vigentes hasta entonces, mientras vivían en sus haciendas obsesionados con el placer de ganar. Y por tanta permisividad volvió a apoderarse de ellos una discordia tremenda, tanto que fueron arrastrados a una guerra civil por el siguiente motivo.

136. *El levita de Efraim y el ultraje de que fue víctima su esposa (Jueces* 19, 1 y ss.). 8. Un levita de los más vulgares, perteneciente al distrito de la tribu de Efraim y con residencia en él, tomó por esposa a una joven de Belén, lugar de la tribu de Judá. Y enamorado locamente de aquella mujer y rendido a su hermosura era un desdichado al encontrar en el corazón de ella sentimientos distintos a los suyos. Y como ella adoptara aires de distanciamiento y él precisamente por ello ardiera todavía más de pasión, tenían lugar entre ellos frecuentes riñas, hasta que por fin la mujer, agobiada por ellos, abandonó a su marido y se presentó en casa de sus padres al cuarto mes de casada. Pero el marido, que llevado de su amor difícilmente soportaba el comportamiento de la mujer, llegó a casa de sus suegros y, tras solucionar el asunto de las riñas, se reconcilió con ella. Y permaneció allí cuatro días, disfrutando del afecto de los padres de su mujer, pero al quinto, después de tomar la resolución de volver a su casa, emprendió la marcha por la tarde, ya que los padres tardaron en soltar a su hija, y con esa actitud perdieron una buena parte del día. Les acompañaba un solo criado y contaban con un asno, en cuyos lomos viajaba su joven esposa. Y, cuando llegaron a la altura de Jerusalén y llevaban ya recorridos treinta estadios [11], el criado les aconsejaba alojarse en algún punto de por allí, no fuera que, si viajaban de noche, los sorprendiera a lo mejor algún disgusto, tanto más cuanto que andaban no lejos de los enemigos, habida cuenta de que las horas de la noche convierten muy a menudo una situación favorable a uno en peligrosa y enojosa. Pero al marido no le agradó la idea de hospedarse entre individuos de raza distinta, ya que esa ciudad pertenecía a los cananeos. Se inclinaba, en cambio, por avanzar veinte estadios más y alojarse en una ciudad de su misma raza e, imponiendo su criterio, llegó a Gaba, ciudad de la tribu de

[11] Unos 5 kilómetros y medio.

Benjamín, ya a la caída de la tarde. Y, cuando ninguno de los que se encontraban en la plaza les ofrecía hospitalidad, un viejecito que llegaba del campo, perteneciente a la tribu de Efraim pero que residía en Gaba, al encontrarse con el levita, le preguntó quién era y por qué motivo iba de camino y hacía acopio de provisiones ya anochecido para la cena. Y él le dijo que era levita y que regresaba a su casa llevando a su joven esposa de casa de los padres de ella, y le indicó que su morada se encontraba en el distrito de Efraim. Y el viejecillo lo invitó a hospedarse en su casa no sólo por compartir la misma estirpe y pertenecer a la misma tribu, sino también por el feliz encuentro entre ellos. Pero unos jóvenes gabaenos, que en la plaza habían visto a la joven esposa y admirado su prestancia, cuando se enteraron de que estaba alojada en casa del viejecillo, burlándose de su debilidad y poca cosa se presentaron en su puerta. Y cuando el viejecillo los invitaba a que se alejaran de allí y no emplearan la violencia ni malos modos, le exigieron la entrega de la forastera si quería verse libre de problemas. Y aunque el viejecillo les argumentaba que quien se alojaba en su casa era de su misma estirpe y levita y que ellos cometerían un crimen si por darse una satisfacción faltaban a las leyes, prestaban escasa consideración a la justicia del caso, riéndose de ella, y le amenazaron con matarlo si trataba de impedir sus apetencias sexuales. Al verse acorralado por la fuerza y no querer consentir que sus huéspedes fueran vejados, les cedía en su lugar a su propia hija, argumentando que así ellos satisfarían su apetencia sexual de una manera más legal sin vejar a sus huéspedes, al tiempo que él, según pensaba, de esta forma no ofendería lo más mínimo a las personas que había recibido en su casa. Y como no cedían nada en su interés por la forastera, sino que insistían en sus exigencias de hacerse con ella, el viejecillo les suplicó que no osaran cometer una ilegalidad, pero ellos, tras raptar a la mujer y entregarse todavía más violentamente a sus placeres, la llevaron consigo y, después de hartarse de ofenderla durante toda la noche, la soltaron al romper el día. Y ella, con el ánimo abatido por lo sucedido, llegó a casa de su huésped y, de pena por lo que le había pasado y no atreverse por vergüenza a presentarse ante su marido (pues se imaginaba que él, más que nadie, se encontraba desconsolado por lo ocurrido) se desplomó al suelo y así expiró. Pero su marido, que creía que su mujer era presa de un sueño profundo y que no sospechaba que ocurriera nada triste, intentó

levantarla dispuesto a consolarla, haciéndole ver que no se había entregado a aquellos violadores por voluntad propia, sino que la habían raptado cuando ellos vinieron a casa de su huésped. Y, cuando se enteró de que estaba muerta, consiguiendo mantener la mente fría pese a la magnitud de la desgracia, cargó sobre el haberío el cadáver de su esposa y lo llevó a su casa y ciudad y, tras dividirlo, miembro a miembro, en doce partes, envió uno a cada tribu, después de encargar a los que los llevaban que dijeran el nombre de los culpables de la muerte de su mujer y la borrachera de la tribu en cuestión.

150. *Los israelitas exigen en vano la entrega de los culpables (Jueces,* 20, 1 y ss.). 9. Y los habitantes de las otras tribus, traspasados de dolor al ver y escuchar aquellos violentos hechos dado que nunca antes habían experimentado algo tan cruel, llevados de una rabia incontenible y justificada se reunieron en Silo y, aglomerándose delante del tabernáculo, decidieron tomar inmediatamente las armas y tratar a los gabaenos como enemigos. Pero los contuvo el Consejo de ancianos, llevándolos al convencimiento de que no debían declarar la guerra a sus hermanos tan precipitadamente sin antes haberles dicho de palabra las imputaciones que se les hacía, dado que la ley no permite llevar el ejército ni siquiera contra los extraños sin antes haber enviado embajadores y haber intentado por esta vía conseguir el arrepentimiento de los que aparentemente han delinquido. Agregaron que lo correcto, por tanto, era que obedecieran a las leyes y, en consecuencia, despacharan embajadores ante los gabaenos para que exigieran la entrega de los culpables, y que, si éstos los entregaban, se consideraran satisfechos con el castigo de éstos, pero que, si hacían caso omiso, entonces tomaran represalias contra ellos por la vía de las armas. Enviaron, pues, ante los gabaenos unos embajadores con el encargo de reprochar a los jóvenes su comportamiento con aquella mujer y de reclamar, para recibir el correspondiente castigo, la entrega de quienes habían cometido un acto ilegal y que, en virtud de eso mismo, se habían hecho acreedores a la muerte. Pero los gabaenos no sólo no les entregaron a los jóvenes, sino que además consideraban intolerable obedecer a imposiciones extrañas por miedo a una guerra, porque se inclinaban a creer que no iban a la zaga de nadie en el asunto de las armas, ni en número de efectivos ni en brío. Consecuentemente, se embarcaron en toda suerte de preparativos en unión incluso

de los demás miembros de la tribu, quienes estaban locos por unirse a ellos y repeler a los que recurrían al uso de la fuerza.

155. *Derrota de Israel (Jueces* 20, 15 y ss.). 10. Como fuera comunicada a los israelitas tal suerte de decisión de los gabaenos, juraron que ninguno de ellos entregaría una hija suya en matrimonio a un benjamita y que enviarían contra ellos una expedición militar, irritados con ellos más de lo que estuvieron nuestros antepasados con los cananeos, según las referencias que han llegado hasta nosotros. Y al instante llevaron contra ellos un ejército integrado por cuatrocientos mil soldados de infantería. En cambio, el contingente armado de los benjamitas era inferior a los veinticinco mil seiscientos soldados, entre los que había unos quinientos sumamente expertos en manejar la honda con la mano izquierda, de donde resultó que, entablada batalla junto a Gaba, consiguieron incluso los benjamitas derrotar a los israelitas, de los que cayeron unos veintidós mil, pero hubieran perecido quizá aún más, si la noche no hubiera contenido a los enemigos y disuelto a los contendientes. Y los benjamitas se retiraron, llenos de contento, a la ciudad, y los israelitas, con el ánimo abatido por la derrota, al campamento. Y en el combate que volvieron a entablar al día siguiente vencieron nuevamente los benjamitas, y murieron entre los israelitas dieciocho mil, y los demás, por miedo a perecer también, abandonaron el campamento. Y, tras llegar a la ciudad de Betel, que quedaba muy cerca, y ayunar aquel día, al siguiente suplicaban a Dios a través del Sumo Sacerdote Finés que pusiera fin a la cólera con que los trataba y que, satisfecho con sus derrotas, les concediera la victoria y el triunfo en su enfrentamiento con los enemigos. Y Dios se lo prometió a través de Finés, su intérprete.

160. *Derrota de los benjamitas: represalias de los israelitas (Jueces* 20, 29 y ss.). 11. Así, pues, tras hacer del ejército dos partes, la mitad la utilizaron en tender emboscadas por la noche en torno a la ciudad, y la otra mitad entabló combate con los benjamitas, pero arteramente cedía ante su empuje, mientras los benjamitas los acosaban y perseguían en su retirada, porque los hebreos los rehuían suavemente, deseosos sobre todo de que los enemigos se alejaran lo más posible de la ciudad, hasta el punto de que los mismos viejecillos y niños que se habían quedado en la ciudad por su

incapacidad para la lucha salieron y a la carrera se unieron a los suyos con el mayor de los ímpetus, ansiando someter a los enemigos. Pero cuando se habían alejado un buen trecho de la ciudad, los hebreos dejaron de huir y, dándose la vuelta, se dispusieron a la lucha, al tiempo que dieron la señal concertada a los de las emboscadas. Entonces éstos se levantaron y con griterío atacaron a los enemigos. Y éstos se dieron cuenta de que habían sido víctimas de un engaño a la vez que les constaban las escasas vías de salvación de que disponían, tanto que, obligados a concentrarse en una hondonada llena de barrancos, los hebreos los rodearon y los alcanzaban con sus dardos, de suerte que perecieron todos salvo seiscientos. Éstos, apelotonados y apretujados, lograron forzar el paso por entremedias de los enemigos y así huyeron a las montañas próximas, donde, tras ocuparlas, asentaron sus reales. Pero todos los otros, que rondaban los veinticinco mil hombres, murieron. Los israelitas prendieron fuego a la ciudad de Gaba y acabaron con sus mujeres y los varones no adultos, y trataron con igual rigor a las demás ciudades de los benjamitas. Y tenían los ánimos tan exacerbados que llegaron incluso a enviar a la ciudad de Jabes, de la región de Galadit, veintidós mil hombres de las filas de su ejército, a quienes les ordenaron que la demolieran por no haberles ayudado en su lucha contra los benjamitas. Y las fuerzas expedicionarias mataron a todos los hombres de la ciudad aptos para la lucha y con ellos a sus hijos y esposas, salvo a cuatrocientas doncellas. ¡A adoptar medidas tan extremas fueron arrastrados, impulsados por la cólera que les invadía, ya que al sufrimiento por la mujer del levita sumaron también el derivado del aniquilamiento de sus soldados!

166. *Reconciliación con los benjamitas: cómo les encontraron esposas (Jueces* 21, 2 y ss.). 12. Pero se apoderó de ellos el arrepentimiento por los sufrimientos de los benjamitas y se propusieron la necesidad de ayunar en honor de ellos, aunque entendían que los benjamitas habían pagado su merecido por faltar a las leyes y, en consecuencia, procedieron a llamar, a través de embajadores, a los seiscientos de ellos que habían logrado escapar, puesto que habían asentado sus reales en lo alto de una peña llamada Roa[12], allá en el desierto. Y los embajadores, que se lamentaban

[12] Forma griega, que significa *granada,* traducción del hebreo *Rimmon,* identificada generalmente con la actual *Rammun.*

haciéndoles ver a los benjamitas que la catástrofe ocurrida no les afectaba únicamente a ellos, sino también a los israelitas porque los muertos eran sus congéneres, intentaban convencerlos de que debían, por un lado, sobrellevar con calma su sufrimiento y unirse con ellos y, por otro, no condenar, al menos en lo que de ellos dependía, a la tribu de Benjamín a su aniquilamiento total y absoluto. Y terminaron su discurso con estas palabras textuales: «Además, os cedemos para vosotros todas las tierras de la tribu y la cantidad de botín que podáis llevaros.» Y los benjamitas, obligados a reconocer que la tragedia que les afectaba se había producido por decisión de Dios y por las iniquidades de ellos, bajaron de nuevo a la tribu de sus padres, siguiendo las instrucciones de los israelitas. Y éstos les dieron como esposas las cuatrocientas doncellas de Jabes [13], y para los doscientos restantes miraban la manera de conseguir que también ellos, provistos de esposas, pudieran procrear. Pero como antes de la guerra ellos se habían comprometido bajo juramento a no casar a sus hijas con ningún benjamita, el común de los israelitas aconsejaban hacer caso omiso del juramento, entendiendo que, llevados de la cólera, lo habían formulado sin reflexión ni deliberación, mientras sostenían, por un lado, que no harían nada contrario a Dios si conseguían salvar a una tribu que corría peligro de extinción en masa y, por otro, que los perjurios son peligrosos y arriesgados no cuando son fruto de una imperiosa necesidad, sino cuando se cometen para hacer daño a alguien. Pero como el Consejo de ancianos se soliviantara ante la sola mención de la palabra *perjurio* se levantó uno, quien aseguró estar en condiciones de declarar la manera de proveer de mujeres a los benjamitas y de preservar los juramentos. Y, como le preguntaran qué era lo que se le había ocurrido, dijo: «Nuestras esposas e hijas nos acompañan a nosotros cuando acudimos tres veces al año a Silo a la fiesta nacional. Séales permitido a los benjamitas casarse por el recurso del rapto con aquéllas de ellas que puedan alcanzar, sin que nosotros lo propiciemos ni lo impidamos. Y a los padres de las raptadas que lo consideren intolerable y exijan tomar represalias les contestaremos, por un lado, que los culpables son ellos mismos por despreocuparse de sus hijas y, por otro, que debemos mitigar nuestra cólera contra los benjamitas, por cuanto ya antes hicimos uso de ella desmesuradamente. Los israelitas aceptaron esta pro-

[13] Cf. V, 165.

puesta y votaron a favor del derecho de los benjamitas a contraer matrimonio por el procedimiento del rapto. Y, cuando llegó la fiesta, los doscientos benjamitas, en grupos de dos o tres, tendieron asechanzas a las doncellas que venían dispuestas a asistir a ella, ocultos entre viñedos y terrenos en los que pensaban pasar inadvertidos, mientras ellas, entretenidas en sus bromas, caminaban desprevenidamente, sin sospechar nada de lo que les esperaba. Y ellos, tras levantarse de sus escondrijos, las atraparon, aprovechando que iban en grupos dispersos. Y estos benjamitas, tras casarse por este procedimiento, se entregaron al cultivo de la tierra, y pusieron todo su empeño en alcanzar de nuevo su anterior prosperidad. Así, pues, la tribu de los benjamitas, que corrió peligro de ser exterminada por completo, logró salvarse de la manera antes dicha gracias a la argucia de los israelitas, e incluso floreció inmediatamente y consiguió un rápido ascenso en población y en todos los demás bienes. Así fue, pues, cómo terminó esta guerra.

175. *Los danitas son obligados a emigrar más al Norte (Jueces* 1, 34 y ss.). 3.1. También a la tribu de Dan le tocó pasar por una prueba similar a ésta, arrastrada a ella por el siguiente motivo. Como los israelitas habían abandonado ya la práctica de la guerra y estaban consagrados a las labores de la tierra, los cananeos los menospreciaron y, por ello, unificaron sus efectivos militares, no porque esperaran que ellos iban a sufrir algún ataque, sino que, habiendo concebido el firme propósito de causar daño a los hebreos, pretendían ya habitar las ciudades con toda tranquilidad. Y, así, prepararon carros de guerra, unían sus fuerzas de infantería, sus ciudades actuaban todas con unanimidad de criterio, a la tribu de Judá sustrajeron las ciudades de Ascalón y Acarón y otras muchas de la llanura, y a los danitas los obligaron a refugiarse en la montaña, sin dejarles pisar siquiera un poco de terreno de la llanura. Y éstos, como eran incapaces de emprender una guerra contra ellos y no disponían de tierra suficiente, enviaron cinco hombres de la tribu a las tierras del interior para ver a qué lugar podrían emigrar. Y estos exploradores, como hubieran avanzado hasta un punto no alejado del Monte Líbano y de las fuentes del Jordán más pequeño[14], situado en la Gran Llanura y a un día de camino de la ciudad de Sidón, y hubieran observado una tierra excelente y que producía

[14] Cf. *Guerra judía,* III, 509 y ss.

toda suerte de frutos, lo pusieron en conocimiento de su pueblo. Y éste, corriendo allá con su ejército, fundó en aquel lugar la ciudad de Dan, nombrada así para hacerla coincidir con el nombre del hijo de Jacob, nombre que también designaba a su propia tribu.

179. *Israel bajo los asirios (Jueces* 3, 5 y ss.). 2. Y, por lo que a los israelitas respecta, sus vicios ganaban terreno no sólo por su impericia en el trabajo, sino también por su desatención hacia la Divinidad, pues una vez que se desviaron del ordenamiento constitucional pasaron a vivir siguiendo los dictados de su gusto y particular albedrío, de suerte que se saturaron de los vicios corrientes entre los cananeos. Entonces Dios se irritó con ellos y, por ello, aquella dicha que habían conquistado con trabajos infinitos, la tiraron por la borda por la molicie. En efecto, como hubiera mandado contra ellos su ejército Cusarsates, el rey de los asirios, perdieron un elevado número de combatientes y, sitiados en su ciudad, fueron hechos prisioneros al asalto, y los hubo que por miedo se pasaron voluntariamente a él, con lo que se les impuso la obligación de pagar tributos superiores a sus posibilidades y soportaron toda suerte de afrentas durante ocho años, tras los cuales se libraron de estas calamidades de la siguiente manera.

182. *Su liberación por Ceniaz (Jueces* 3, 9). 3. Cierto individuo de la tribu de Judá de nombre Ceniaz, hombre enérgico y de recios sentimientos, como le hubiera sido profetizado que no consintiera que los israelitas yacieran en tales aprietos, sino que debía atreverse a llevarlos a la libertad, exhortó a unos cuantos a abrazar con él los peligros (aunque eran pocos los que sentían vergüenza por la situación en que se encontraban entonces y ardían en deseos de cambio) y, así, primero aniquiló a la guardia de Cusarsates estacionada entre ellos y, luego, como se sumaran muchos más combatientes al no fracasar en la primera embestida, trabaron combate con los asirios y, tras rechazarlos contundentemente, los obligaron a cruzar el Eúfrates. Y Ceniaz, como hubiera dado pruebas reales de su hombría de bien, recibió del pueblo en recompensa por ella el cargo de ser juez de su pueblo.

185. *Israel bajo Eglón, rey de Moab (Jueces* 3, 12). 4.1. Pero, muerto él, la situación de los israelitas volvió a quebrantarse por desgobierno, y padecían todavía más por no rendir culto a

Dios ni obedecer a las leyes, de suerte que Eglón, el rey de los moabitas, al despreciarlos por su insubordinación a los dictados de la constitución, les declaró la guerra y, después de vencerlos en numerosas batallas y de reducir a los que abrigaban sentimientos más osados que los demás, anuló por completo su poderío y les impuso la obligación de pagar tributos. Y, estableciendo en Jericó un palacio real para sí, no renunció a ningún medio de infligir castigos al pueblo hebreo, tanto que los tuvo sometidos a la indigencia durante dieciocho años. Pero Dios, que tuvo compasión de los israelitas por lo que sufrían y en quien hicieron mella sus súplicas, los apartó de la insolencia de los moabitas. Se libraron de la siguiente manera.

188. *Judas mata a Eglón (Jueces* 3, 15). 2. Un joven de la tribu de Benjamín, de nombre Judas e hijo de Gera, sumamente valiente y osado y extraordinariamente dotado de fuerza física para enfrentarse a cualquier empresa y, por lo que al uso de las manos respecta, mejor con la izquierda, con la que lograba dominar cualquier cosa, también él residía en Jericó, y se hizo amigo de Eglón, agasajándolo y ganándoselo con continuos regalos, de suerte que por ello consiguió también hacerse amigo de los cortesanos regios. Y una vez, acompañado de dos criados y portando regalos para el rey, llegó hasta su presencia, con un puñal adherido ocultamente a su muslo derecho. Era la época del verano y, al ser ya la hora del mediodía, la guardia estaba relajada no sólo por el bochorno, sino también por estar entretenida con el almuerzo. El joven, pues, tras entregar los regalos a Eglón (por cierto, pasaba el tiempo en un salón muy idóneo para el verano), pasó a conversar amigablemente con él. Y estaban solos, ya que el rey había ordenado incluso a los criados con acceso a él que se marcharan por causa de la charla íntima que tenía con Judas. Pero como se hallaba sentado en el trono, a Judas le invadía el temor de que a lo mejor fallara y no le propinara un golpe mortal. Y, así, consiguió que se levantara, al decirle que tenía que revelarle una visión que tuvo en sueños por mandato divino. El rey, ante la alegría que le causó la idea del sueño, saltó del trono, momento que Judas aprovechó para asestarle una puñalada en el corazón y dejarle clavado el puñal. Luego salió, cerrando la puerta tras de sí. Y los criados se estaban quietos, creyendo que el rey se había echado a dormir.

194. *Derrota de Moab y gobierno de Judas (Jueces* 3, 26). 3. Y Judas, que explicó en secreto a los habitantes de Jericó lo ocurrido, los exhortaba a que reivindicaran su libertad. Y ellos, que lo oyeron con agrado, acudieron gustosos a las armas al tiempo que enviaron a las distintas partes del país emisarios con el encargo de anunciar el hecho con cuernos de carneros, pues era una costumbre heredada de sus padres convocar al pueblo con ellos. Y los cortesanos que servían a Eglón durante mucho tiempo ignoraban la tragedia de que había sido víctima, pero cuando se hizo de noche, por miedo a que le hubiera ocurrido algo insólito, penetraron en el salón y, al encontrarlo muerto, se quedaron perplejos, pero antes de que la guardia se uniera fue atacada por la multitud de los israelitas. De la guardia de Eglón, unos fueron aniquilados inmediatamente, y otros volvieron la espalda y se lanzaron a la huida con intención de alcanzar la tierra de Moab para salvarse, los que superaban la cifra de diez mil hombres. Pero los israelitas, que habían ocupado previamente el vado del Jordán, los iban matando según los perseguían y allá en el vado aniquilaron a un gran número de ellos, sin que ni uno solo lograra evitar caer en sus manos. Y mientras los hebreos se vieron libres de la sumisión a los moabitas, Judas, honrado por ese motivo con la dirección de todo su pueblo, murió después de haber ocupado el mando durante ochenta años, hombre, aun prescindiendo de su hazaña antes mencionada, digno de todo elogio. Y Sanagar, hijo de Anat, que fue elegido para sucederle en el mando, dio al traste con su vida en el primer año de gobierno.

198. *Israel oprimido por Jabín, rey de Canán (Jueces* 4, 1). 5.1. Pero los israelitas, que no aprendían a comportarse mejor con ninguna de sus anteriores desventuras por no venerar a Dios ni obedecer a las leyes, cuando todavía no llevaban más que un poco de tiempo respirando de la esclavitud a que los tuvieron sometidos los moabitas, volvieron a ser reducidos a la condición de esclavos por Jabín, rey de los cananeos. Éste, en efecto, que procedía de la ciudad de Asor, la cual queda por arriba del lago Semaconitis, se proveyó de un ejército integrado por trescientos mil soldados de infantería y diez mil de caballería, y disponía de tres mil carros de guerra. Pues bien, Sisares, que era de entre los generales de estas fuerzas el que ocupaba el primer rango junto al rey, cuando los israelitas reunieron un ejército y marcharon contra él, los batió de mala manera, hasta el punto de obligarlos a pagarles tributos.

200. *Débora y Barac dirigen una revuelta (Jueces* 4, 3). 2. Pues bien, veinte años fueron los que pasaron sufriendo estas calamidades, sin que ellos fueran favorables a aprender de sus desventuras, al tiempo que Dios estaba dispuesto a doblegar aún más su insolencia a causa de la poca atención que le prestaban a Él, para que cambiaran y en el futuro recobraran la sensatez. Pero enterados de que las desgracias les habían venido por su menosprecio de las leyes, suplicaron a cierta profetisa de nombre Débora, palabra que en hebreo significa *abeja,* que le pidiera a Dios que se apiadara de ellos y que no consintiera que fueran aniquilados por los cananeos. Y Dios les prometió la salvación y eligió general a Barac, perteneciente a la tribu de Neftalí. Barac equivale a *rayo* en hebreo.

3. Y Débora, tras mandar llamar a Barac, le ordenó que eligiera diez mil jóvenes y marchara contra los enemigos, puesto que Dios no sólo había predicho que bastaba este número, sino que también le había revelado la victoria. Y como Barac asegurara que no se pondría al frente del ejército si ella no compartía también el mando de la expedición con él, excitándose le dijo: «Tú cedes a una mujer una parte de la dignidad que te concedió Dios y que yo no declino». Y, tras reclutar un ejército de diez mil hombres, acamparon al pie del Monte Tabor. También Sisares salió a su encuentro, por orden del rey, y sus fuerzas acamparon no lejos del campamento enemigo. Y como los israelitas y Barac se asustaran ante la multitud de los enemigos y hubieran concebido la determinación de retirarse, Débora los retuvo, mandando entablar combate aquel mismo día, porque así ellos vencerían y Dios les ayudaría.

205. *Victoria de Israel: muerte de Sisares y de Jabín (Jueces* 4, 15). 4. Así, pues, entablaron combate ambos ejércitos y, al llegar al cuerpo a cuerpo, sobrevino una tromba impresionante y cayó agua a mares y granizo, pero en forma tal que el viento llevaba el agua de la lluvia contra la cara de los cananeos, cegándoles los ojos, de suerte que los disparos de sus flechas y de sus hondas eran vanos, al tiempo que sus soldados de infantería no podían manejar las espadas por el frío. A los israelitas, en cambio, les perjudicaba menos el aguacero, por venir de atrás y, además, al percatarse de la ayuda de Dios, recobraban la confianza, hasta el punto de que, cargando sobre el centro de las formaciones enemigas,

mataron a un elevado número de soldados enemigos. De ellos, unos cayeron ante el empuje de los israelitas y otros atropellados por su propia caballería, tanto que entre ellos fueron muchos los que murieron bajo sus carros de guerra. Y Sisares, que se apeó del carro al ver que se producía la derrota de los suyos, en su huida llegó a casa de una mujer cenita, de nombre Jale, la cual, cuando él le pidió que lo escondiera, lo aceptó y, al pedirle algo de beber, le dio leche ya corrompida. Y él, al beber una cantidad superior a la debida, cayó en un profundo sueño. Entonces Jale, mientras yacía dormido, tras hacer pasar con ayuda de un martillo un clavo de hierro por la boca y el labio, lo atravesó hasta el suelo, y a los soldados de Barac, que llegaron poco depsués, les mostró a Sisares pegado al suelo por el clavo. De esta manera esta victoria se achacó, como Débora había dicho [15], a una mujer. Y Barac, tras llevar el ejército contra la ciudad de Asor, mató a Jabín, al hacerle frente y, una vez caído el general, arrasó la ciudad y dirigió el ejército israelita durante cuarenta años.

210. *Saqueo de los madianitas (Jueces* 6, 1). 6.1. Pero, una vez muerto Barac, y también Débora, ambos hacia la misma época, a continuación los madianitas, tras llamar en su ayuda a los amalecitas y a los árabes, marcharon contra los israelitas y no sólo vencieron en batalla a los combatientes enemigos, sino que además asolaron sus mieses y se llevaron su ganado. Y, como ellos efectuaron estas operaciones durante siete años, el conjunto de los israelitas se replegó a las montañas y abandonaron las llanuras y, tras construir galerías subterráneas y cuevas, guardaban en ellas todo lo que había escapado a los enemigos. Pues los madianitas, que mandaban su ejército contra ellos en el verano, permitían a los israelitas en el invierno cultivar sus tierras, para tener algo en que perjudicarles, al trabajarlas aquéllos. A consecuencia de ello hubo hambre y falta de alimentos entre los israelitas, por lo que volvieron sus oraciones a Dios, exhortándolo a que los salvara.

213. *La figura de Gedeón (Jueces* 6, 11). 2. Y Gedeón, el hijo de Jas, que se encontraba en el grupo más selecto de la tribu de Manasés, se llevaba ocultamente manojos de espigas al lagar y allí las majaba, ya que temía hacer esta faena en la era a la vista de

[15] Cf. *Jueces* IV, 9.

los enemigos. Y como se le apareciera un fantasma en forma de jovencito y le asegurara que era dichoso y amado por Dios, interrumpiéndole le dijo: «¡Efectivamente, así es, y la prueba más grande de su estima hacia mí es ésta: tener que utilizar el lagar en vez de la era!» Y, como lo exhortara a que tuviera confianza e intentara recobrar la libertad, Gedeón le contestó que le resultaba imposible, ya que la tribu de la que procedía era inferior a los enemigos en número de soldados y, además, que él era joven y más débil de lo que exigía una empresa de tal envergadura. Pero Dios le prometió que Él completaría la diferencia y otorgaría la victoria a los israelitas si era él quien se ponía al frente del ejército.

215. *Lo paradójico de la selección del ejército (Jueces* 6, 34 y ss.). 3. Así, pues, Gedeón fue creído por algunos jóvenes cuando les explicó esta aparición, e inmediatamente estaba dispuesto al combate un contingente militar de diez mil hombres. Pero Dios, presentándose en sueños a Gedeón, le hacía saber, por un lado, que los hombres son por naturaleza egoístas y sólo miran por ellos, mientras que aborrecen a los que les sobrepasan en valía y, por otro, que, aun admitiendo que la victoria parece obra de Dios, se la adjudican a sus méritos propios, alegando que constituían un ejército muy numeroso y de valía suficiente para hacer frente a los enemigos. Por tanto, para que se vieran obligados a reconocer el efecto de su ayuda, le aconsejaba que a eso del mediodía, a la hora en que el calor es agobiante, condujera el ejército hasta el río y que a los soldados que se echaran de bruces y bebieran agua en esa posición los tomara por valientes y que, en cambio, a cuantos se pusieran a beber ansiosamente y entre alborotos a ésos los considerara cobardes y asustadizos ante los enemigos. Como Gedeón actuara conforme a las sugerencias de Dios, fueron trescientos los hombres que, según se vio, se habían llevado el agua a la boca con las manos llenos de miedo e inquietud, tras lo cual Dios le dijo que llevara consigo precisamente a estos últimos y que con ellos atacara a los enemigos. Y, así, acamparon encima mismo del Jordán, dejando para el día siguiente cruzarlo.

218. *Sueño de un soldado madianita (Jueces* 7, 9). 4. Como Gedeón estuviera sumido en el mayor de los temores, ya que Dios le había advertido que atacara de noche, éste, deseoso de librarlo del miedo, le mandó que, tomando consigo a un soldado, se acer-

cara a las tiendas de los madianitas, puesto que por ellos mismos recobraría bríos y confianza. Y, así, siguiendo sus instrucciones, se puso en camino, tras tomar consigo a su propio ayudante, Fruras y, tras acercarse a una tienda, encontró a sus dos ocupantes despiertos y a uno de ellos interpretándole a su camarada el sueño nocturno que éste había tenido, con una altura de voz tal que podía oírle Gedeón. El sueño había sido del tenor siguiente: el que tuvo la visión creyó en ella observar que una torta de cebada, incomible por las personas a causa de su ordinariez, derribaba, rodando por el campamento, la tienda del rey y las de todos los soldados. Y el camarada que le explicaba el sueño interpretaba que la visión presagiaba la ruina del ejército, indicándole los argumentos por los que se le había ocurrido intuirlo, a saber, que todo el mundo convenía en que, de todas las semillas, la titulada cebada resultaba ser la más ordinaria, para terminar con las siguientes palabras textuales: «Ahora bien, de todas las naciones asiáticas cabe observar que la de los israelitas se ha convertido actualmente en la más despreciable, igual, por consiguiente, a la índole de la cebada. Y, entre los israelitas, esos grandes bríos actuales no serían otros, sino Gedeón y el ejército que le acompaña. Consiguientemente, puesto que aseguras haber visto que la torta derrumbaba nuestras tiendas, mucho me temo no sea que Dios haya prometido a Gedeón la victoria sobre nosotros.»

222. *Derrota de los madianitas (Jueces* 7, 15 y ss.). 5. Cuando Gedeón oyó el sueño, lo invadió la mejor esperanza y confianza y, así, dispuso que los suyos cogieran las armas, tras explicarles también la visión que en sueños habían tenido los enemigos, y ellos estaban prestos a cumplir sus mandatos, llenos de entusiasmo por los datos que les habían sido revelados. Y hacia la cuarta guardia nocturna Gedeón llevó contra los enemigos su propio ejército, tras dividirlo en tres partes, integrada cada una de ellas por cien hombres. Y todos ellos portaban vasijas vacías y antorchas prendidas en el interior de ellas, con objeto de que su ataque no fuera captado por los enemigos, y en la mano derecha un cuerno de carnero, objeto que utilizaban con función equivalente a la de una trompeta. Por su parte, las fuerzas expedicionarias enemigas ocupaban un espacio extenso, ya que se daba la circunstancia de que ellas contaban con vastas cantidades de camellos y, aunque distribuidas por naciones, todas se encontraban amparadas por una sola

cerca. Y los hebreos, a los que se les había advertido, por un lado, que, cuando estuvieran cerca de los enemigos, a una determinada señal hicieran ruido con las trompetas y rompieran las vasijas, y se lanzaran a correr con las antorchas, gritando «¡a por ellos, a por ellos!» y, por otro, que iban a vencer, porque Dios correría en ayuda de Gedeón, actuaron así. Y la turbación y el espanto se apoderaron de los enemigos, todavía somnolientos, ya que era de noche, como Dios quería. Y fueron muertos pocos por los hebreos, y la inmensa mayoría lo fue a manos de sus propios camaradas por hablar lenguas distintas, pues una vez que se estremecieron mataban a todo lo que caía a su alcance, tomándolo por enemigo y, así, se produjo una mortandad infinita. Y, como a los israelitas hubiera llegado el rumor de la victoria de Gedeón, también ellos cogieron las armas y, tras lanzarse en persecución de los enemigos, los cogieron en una hondonada rodeada por torrenteras imposibles de sobrepasar y, cercándolos, mataron absolutamente a todos los soldados de aquel grupo y a los dos reyes, Oreb y Zeb. Y los restantes jefes, empujando a los soldados supervivientes, que sumaban aproximadamente dieciocho mil hombres, acamparon a gran distancia de los israelitas. Pero Gedeón no renunciaba a proseguir la lucha, sino que, tras lanzarse en persecución de los enemigos con todo su ejército y trabar combate con ellos, los aniquiló y, tras hacer prisioneros a los jefes restantes, Zebes y Zarmunes, los llevó consigo. Y en la batalla misma murieron unos ciento veinte mil hombres, entre madianitas y los árabes, sus aliados, y fue obtenido por los hebreos un botín inmenso: oro, plata, paños, camellos y acémilas. Y Gedeón, una vez que llegó a Efra, su lugar nativo, mató a los reyes de los madianitas.

230. *Susceptibilidad de los efraimitas* (*Jueces* 8, 1). 6. Pero la tribu de Efraim, molesta con el éxito de Gedeón, había decidido llevar el ejército contra él, imputándole no haberlos puesto al corriente del ataque contra los enemigos. Gedeón, por su parte, que era moderado y cabal en toda suerte de virtudes, les argumentaba que no había cargado contra los enemigos sin contar con ellos por decisión personal y siguiendo impulsos dictatoriales, sino por mandato de Dios, pero insistía en asegurarles que la victoria les pertenecía no menos a ellos que a las fuerzas militares intervinientes. Y el apaciguamiento de su enfado por Gedeón con estos argumentos favoreció a los hebreos más que el éxito logrado a costa de

los enemigos, ya que los salvó cuando estaban a punto de iniciar una guerra civil. Sin embargo, la tribu pagó en su momento el justo castigo por este agravio infligido a Gedeón, castigo que pondremos de manifiesto en su debido momento [16].

232. *Gedeón juez (Jueces* 8, 22 y ss.). 7. Gedeón, aunque deseaba deponer el mando que ejercía, se vio obligado a mantenerlo durante cuarenta años, administrándoles justicia y, cuando las gentes acudían a él para dirimir sus diferencias, todos los dictados pronunciados por él eran soberanos. Y él, que murió ya anciano, fue enterrado en Efrán, su lugar de origen.

233. *Abimelec el tirano (Jueces* 8, 30 y ss.). 7.1. Gedeón tuvo setenta hijos legítimos, ya que estuvo casado con numerosas mujeres, y uno solo bastardo, habido con una concubina llamada Druma, el cual, habiendo regresado a la muerte de su padre a Sicim junto a sus parientes por vía materna, ya que él era de allí, y habiendo recibido dinero de ellos (quienes eran famosos por el gran número de sus iniquidades)... [17], llegó con ellos a la casa paterna, donde mató a todos sus hermanos, a excepción de Jotam, ya que éste se salvó al lograr escapar. Entonces Abimelec transformó el gobierno en una tiranía, arrogándose a sí mismo la facultad de hacer lo que le viniera en gana en detrimento de las leyes y enfureciéndose tremendamente contra quienes propugnaban el respeto a los dictados del reglamento jurídico.

235. *Parábola de Jotam a los sicimitas (Jueces* 9, 7 y ss.). 2. Y una vez que se celebraba en Sicim una fiesta popular y con motivo de ella se había congregado allí todo el pueblo, Jotam, el hermano de Abimelec, precisamente quien ya dijimos que había logrado escapar, después de subir a lo alto del monte Garizín, situado encima de la ciudad de Sicim, lanzó un grito para que lo pudiera oír el pueblo y, una vez que éste le correspondió quedándose quieto, le pidió que prestara atención a sus palabras. Y, hecho silencio, dijo que los árboles, emitiendo lenguaje humano articulado con ocasión de una convención que ellos celebraban, pidieron a la higuera que los gobernara. Y como ella rechazara la

[16] En cap. 250.

[17] Parece que aquí hay una laguna textual.

oferta por disfrutar ya de honores propios inherentes a sus frutos, sin que le fueran asignados por otros por una vía impropia, los árboles no abandonaron la idea de ser gobernados, y consecuentemente decidieron ofrecer ese alto honor a la vid. También la vid, cuando iba a ser elegida a mano alzada, utilizó los mismos argumentos que la higuera y, por tanto, excusó el mando. Y, como hubieran hecho lo mismo los olivos, el espino (pues los árboles le habían pedido que ocupara el trono, porque es un árbol excelente para producir brasas con sus troncos) prometió que ocuparía el poder y no se arredraría ante él, pero que para ello debían los árboles sentarse a su sombra, asegurándoles que, si tramaban su ruina, serían aniquilados por el fuego consustancial a él. Y Jotam terminó con las siguientes palabras textuales: «Y esto no lo digo en son de broma, sino porque, después de haber disfrutado gracias a Gedeón de innumerables bienes, consentís que Abimelec ocupe el poder absoluto y habéis matado a mis hermanos unidos a él, quien no se diferenciará lo más mínimo del fuego». Y él, tras pronunciar estas palabras, se retiró y vivió oculto en las montañas durante tres años por miedo a Abimelec.

240. *Expulsión de Abimelec (Jueces* 9, 23 y ss.). 3. Pero no mucho después de esta fiesta los sicimitas (pues se arrepintieron del asesinato de los hijos de Gedeón) expulsaron a Abimelec de la ciudad y de la tribu. Pero éste puso todo su pensamiento en hacer daño a la ciudad. Por eso, cuando llegó la época de la recolección, temían salir a recoger los frutos, no fuera que Abimelec cometiera contra ellos alguna barbaridad. Pero como estuviera destacado allí con soldados y sus parientes uno de los jefes militares llamado Gual, los sicimitas le pidieron que les ofreciera protección hasta que hubieran concluido la recolección. Entonces, al acoger de él de buen grado su petición, salieron al campo, acompañándolos Gual con sus fuerzas armadas. Y, así, no sólo se recogieron los frutos tranquilamente, sino que los sicimitas osaron ya públicamente, mientras comían divididos en compañías, hablar mal de Abimelec, y hasta los jefes militares, ocupando los alrededores de la ciudad y tendiendo allí emboscadas, apresaron y aniquilaron a un elevado número de soldados de Abimelec.

243. *La suerte de Sicim (Jueces* 9, 30 y ss.). 4. Pero un tal Zabul, comandante sicimita y viejo amigo de Abimelec, a través

de mensajeros que enviaba a éste le revelaba todas las iniciativas con que Gual trataba de excitar al pueblo, y lo exhortaba a que tendiera emboscadas en las afueras de la ciudad, ya que él persuadiría a Gual a que marchara contra él, y que a partir de ahí dependía del propio Abimelec tomar represalias contra él, ya que, si ello ocurría, él procuraría reconciliarlo con el pueblo. Consecuentemente, Abimelec se agazapó en una emboscada, mientras Gual se entretenía bastante incautamente en los arrabales de la ciudad y Zabul con él. Y Gual, al ver que algunos soldados venían lanzados le dijo a Zabul que hombres armados venían contra ellos. Y como éste le asegurara que aquello no era más que sombras de las peñas, cuando ya estaban cerca y comprendió la verdad exacta le dijo que aquello no eran sombras, sino que se trataba de una emboscada de hombres. Y Zabul le dijo: «¿Pero no eras tú quien acusaba de cobardía a Abimelec? ¿Por qué entonces no le muestras la grandeza de tu espíritu entablando combate con él?». Y Gual, aturdido, trabó combate con las fuerzas de Abimelec, en el que cayeron algunos de los hombres de Gual, mientras él huyó a la ciudad llevándose consigo a los otros. Y Zabul intrigó para que Gual fuera expulsado de la ciudad, acusándolo de haber luchado cobardemente contra los soldados de Abimelec. Abimelec, por su parte, enterado de que los sicimitas iban a salir de nuevo a recoger la cosecha, sembró de emboscadas los alrededores de la ciudad y,cuando los sicimitas habían avanzado bastante fuera de ella, la tercera división del ejército de Abimelec se apoderó de las puertas para privar a los ciudadanos de la posibilidad de penetrar en ella, mientras las otras divisiones del ejército los acosaron cuando se encontraban dispersos, de suerte que en todas partes hubo muertos. Y Abimelec arrasó la ciudad, ya que no hizo frente a un posible asedio y, tras esparcir granos de sal por sus ruinas, prosiguió su camino. Y así perecieron todos los sicimitas de la ciudad, y cuantos de ellos esquivaron el peligro, por encontrarse dispersos por el campo, éstos, tras congregarse en una roca sólidamente defendida, se asentaron en ella y se disponían a amurallarla. Pero Abimelec, que se enteró de sus intenciones, se anticipó a éstas marchando contra ellos con sus fuerzas y, tras empezar a rodear el lugar aquel con haces de leña seca que llevó él personalmente, exhortó al ejército a que hiciera lo mismo. Y, cercada rápidamente todo alrededor la roca, prendieron fuego a la leña que tenía las mejores condiciones para prender y que levantaba las llamas más grandes. Y no escapó

de la roca ni un solo hombre, sino que perecieron todos, incluidas mujeres y niños, hombres sobre los mil quinientos, y del resto de la gente bastantes. Así de espantosa fue la catástrofe que sobrevino a los sicimitas, la cual resultó demasiado grave para ser llorada como ella se merecía, únicamente reducida en la medida en que respondió a un acto de justicia por ir dirigida contra gentes que efectuaron un daño tan grande [18] a un hombre que había sido su bienhechor [19].

251. *Muerte de Abimelec (Jueces* 9, 50). 5. Pero Abimelec, que asustó a los israelitas con los males infligidos a los sicimitas, era evidente que aspiraba a alcanzar cotas más altas y que no iba a reducir su violencia a un punto determinado hasta que no hubiera aniquilado a todos. Consiguientemente, llevó el ejército contra Tebas, y no sólo tomó la ciudad al asalto, sino que además, como había en ella una torre enorme, en la que se había refugiado todo el pueblo, se preparó para ponerle sitio. Y, cuando él se precipitó cerca de las puertas, una mujer acertó a alcanzarlo en la cabeza con un fragmento de una piedra de molino, y entonces Abimelec, que cayó al suelo, exhortaba a su escudero a que lo rematara, para que su muerte no pareciera obra de una mujer. Y el escudero cumplió la orden recibida. Abimelec pagó tan duro castigo por el crimen cometido contra sus hermanos y por sus atrocidades contra los sicimitas. Pero la desgracia que sobrevino a éstos se cumplió conforme al oráculo de Jotam. Sin embargo, las fuerzas expedicionarias que seguían a Abimelec, una vez muerto él, se dispersaron y se retiraron a sus casas.

254. *El gobierno de Jair (Jueces* 10, 3). 6. Y heredó el gobierno de los israelitas Jair de Galad, perteneciente a la tribu manasita, hombre dichoso por otros muchos conceptos pero singularmente por haber procreado hijos excelentes en número de treinta, los mejores en el arte de dominar los caballos y que tenían encomendado el gobierno de las ciudades de Galad. Jair, después de ocupar el poder durante veintidós años, murió ya anciano y obtuvo el honor de ser enterrado en la ciudad galadita de Camón [20].

[18] Cf. caps. 239-240.
[19] Gedeón.
[20] Tal vez la actual *Kumeim,* al sudeste de Gádara.

255. *Israel bajo los amonitas y filisteos (Jueces* 10, 6). 7. Pero el estado de cosas de los hebreos se hundió por completo en el desconcierto y ultraje a Dios y a las leyes, por lo que los amonitas y filisteos, que se formaron un concepto bajo de ellos, con un ejército ingente saquearon sus campos y, después de ocupar la Perea [21] entera, osaron pasar incluso a la conquista del resto. Pero los hebreos, que aprendieron cordura con las calamidades sufridas, volvieron a elevar súplicas a Dios y le ofrecían sacrificios, exhortándolo a que fuera moderado con ellos y a que, dejándose llevar de sus ruegos, pusiera fin a su enfado. Y Dios, que se tornó más suave, se dispuso a correr en su ayuda.

257. *Los israelitas llaman a Jeftá (Jueces* 10, 17 y ss.). 8. Y como los amonitas hubieran emprendido una expedición militar contra Galad, los nativos de este lugar salieron a su encuentro hasta la montaña, necesitados del general que los dirigiera. Había un tal Jeftá, personaje influyente por el prestigio paterno y por su propio ejército, que él nutría de mercenarios. Y, así, por medio de emisarios que enviaron hasta él le pedían que los acompañara en la guerra, prometiendo entregarle de por vida el mando de aquel pueblo. Pero él se negaba a su invitación, acusándolos de no haberle prestado su concurso cuando era perjudicado flagrantemente por sus hermanos. En efecto, como no era hermano carnal de ellos, sino adulterino, nacido de una madre que les había sido impuesta por su padre llevado de la pasión amorosa hacia ella, lo expulsaron de casa, por desprecio a su origen humilde. Y él moraba en el país llamado Galaditis, tomando a sueldo a todos los que se le presentaban, llegaran de donde llegaran. Pero como ellos insistieran y le juraran que pondrían de por siempre el poder en sus manos, se colocó al frente del ejército.

261. *Negociaciones entre Jeftá y los amonitas (Jueces* 11, 11). 9. Y Jeftá, tras llevar a cabo prestamente el arreglo de la situación y sentar al ejército en la ciudad de Masfat, envió una embajada al amonita para reprocharle las conquistas de terreno hebreo. Pero él le replicó con el envío de otros embajadores, por medio de los cuales reprochaba a los israelitas su salida de Egipto y les exigía que abandonaran Amorea, habida cuenta de que había pertenecido a sus

[21] La actual Transjordania.

antepasados desde el origen de los tiempos. Entonces Jeftá, tras responderles que las acusaciones de los amonitas a los antepasados de los hebreos no eran razonables y que debían, más bien, agradecerles que hubieran renunciado a ocupar la tierra amonita, ya que Moisés había podido conquistarla también y, tras decirles que abandonaran el país de su propiedad y que los hebreos venían ocupando desde hacía trescientos años, les aseguró que los atacaría.

263. *Victoria de Jeftá: el trágico sino de su hija (Jueces* 11, 30 y ss.). 10. Y, tras pronunciar estas palabras, despidió a los embajadores amonitas. Luego, él, tras rezar por la victoria y prometer que ofrecería un sacrificio si regresaba sano y salvo a casa y que sacrificaría a la primera criatura que se topara con él, quienquiera que fuere, trabó combate, obteniendo una victoria aplastante, y persiguió al enemigo produciendo en él una verdadera matanza hasta la ciudad de Maniat y, habiendo pasado a tierra amonea, arrasó numerosas ciudades, se llevó botín y libró a su pueblo de la esclavitud que había soportado durante dieciocho años. Pero al regresar a su país se vio envuelto en una desgracia en nada pareja a los éxitos que acababa de obtener. Y es que le había salido al encuentro su hija, que era la única criatura que tenía, y que todavía era una doncella. Y él, tras prorrumpir en gritos por la magnitud de la tragedia, porque la tenía que sacrificar a Dios, reprochó a su hija su apresuramiento en acudir al encuentro. Pero a la joven no le supuso disgusto la desgracia que le esperaba, morir por la victoria de su padre y la libertad de sus conciudadanos, sino que exhortó a su padre a que le concediera dos meses para llorar su juventud en compañía de sus conciudadanos y que luego cumpliera ya su promesa. Y, como le hubiera concedido el plazo de tiempo antes dicho, una vez que éste se cumplió sacrificó a la muchacha y la ofreció en holocausto, celebrando un sacrificio ni legítimo ni grato a Dios, al no haber analizado mentalmente las consecuencias y, si éstas se cumplían, qué opinión merecerían a los que habían oído su juramento.

267. *Guerra de Jeftá con Efraim (Jueces* 12, 1). 11. Y, como la tribu de Efraim hubiera mandado el ejército contra él porque no los había puesto al corriente del ataque contra los amonitas, sino que, lejos de ello, sólo él obtuvo el botín y la gloria por sus gestas, les argumentó, primeramente, que sus compatriotas no habían

entrado en guerra a espaldas de ellos, al contrario, que, al ser invitados a que les prestaran su concurso, no se habían presentado, cuando debían haber corrido en su ayuda incluso antes de que se lo hubieran pedido, por cuanto que conocían su situación, en segundo lugar, que emprendían una empresa injusta cuando, después de no haberse atrevido a meter mano a los enemigos, se habían lanzado en cambio contra sus compatriotas. Y los amenazaba con tomar represalias contra ellos con la ayuda de Dios, si no entraban en razón. Pero como no los convenció, entonces entabló combate con ellos, cuando se presentaron con el ejército, que había sido llamado desde Galad, y no sólo llevó a cabo en la batalla una gran matanza de hombres enemigos, sino que además los persiguió una vez que fueron derrotados y, habiendo ocupado con una sección de su ejército enviada por delante el río Jordán antes de que los enemigos pudieran cruzarlo, mató a unos cuarenta y dos mil hombres cuando llegaron allí.

270. *Su muerte (Jueces* 12, 7). 12. Y Jeftá, tras ejercer el poder durante seis años, murió y fue enterrado en su lugar de nacimiento, Sebee, la cual forma parte de Galad.

271. *Apsán (Jueces* 12, 8). 13. Y muerto Jeftá, tomó el mando Apsán, quien era de la tribu de Judá y oriundo de la ciudad de Belén. Éste tuvo sesenta hijos, treinta varones e hijas las restantes, todos los cuales vivían cuando él murió, después de haber dado marido a las hijas y de haber traído esposas para los hijos. Y sin haber realizado, en un período de siete años que duró su mandato, nada digno de consideración y mención, murió ya anciano y fue enterrado en su lugar de nacimiento.

272. *Elón (Jueces* 12, 11). 14. Y, muerto Apsán en las circunstancias señaladas, el que después de él se hizo cargo de la dirección política y que la mantuvo durante diez años, Elón, perteneciente a la tribu de Zabulón, tampoco hizo nada digno de interés.

273. *Abdón (Jueces* 12, 13). 15. Abdón, hijo de Elón, de la tribu de Efraim pero oriundo de la ciudad de Faratón [22], designado caudillo con poderes absolutos después de Elón, podría ser recor-

[22] La actual *Fer'atha,* cerca de Schechem.

dado únicamente por sus facultades prolíficas, sin que tampoco él efectuara ninguna acción espléndida a pesar de la paz y seguridad nacional entonces reinantes. Pero, en cambio, tuvo cuarenta hijos y, como éstos hubieran tenido a su vez treinta vástagos, cabalgaba con los setenta, convertidos todos ellos en los hombres más duchos en el arte de manejar los caballos, y murió ya anciano, dejándolos a todos los citados vivos en este mundo, y obtuvo unas exequias fúnebres brillantes en Faratón.

275. *Israel bajo los filisteos (Jueces* 13, 1). 8.1. A la muerte de éste los filisteos dominaron a los israelitas y recibieron de ellos tributos durante cuarenta años. Y se libraron de esta obligación de la manera siguiente.

276. *Anuncio del nacimiento de Sansón (Jueces* 13, 2). 2. Un tal Manoc, que destacaba entre los danitas como pocos y que era el primero, según la opinión general, de su lugar de nacimiento, tenía una joven esposa admirada por su notable belleza, en la que sobrepasaba a todas las mujeres de su edad. Pero como a Manoc no le nacieran hijos, molesto por la falta de descendencia acudía continuamente con su mujer a los suburbios (que conforman una llanura enorme), y allí suplicaba a Dios que les diera descendencia legítima. Manoc estaba además locamente enamorado de su mujer y por lo mismo inconteniblemente celoso. Y en un momento en que se encontraba sola su mujer tuvo una aparición, concretamente un ángel de Dios, de aspecto estrechamente parecido al de un joven hermoso y alto, para transmitirle la excelente nueva del nacimiento, gracias a la Providencia divina, de un niño hermoso y notable por su fuerza física, a manos del cual, cuando se hiciera hombre adulto, lo pasarían mal los filisteos. Y le recomendó que no le cortara los cabellos. Y, por orden de Dios, él debería abstenerse de beber cualquier líquido que no fuera agua, sólo a la cual tendría que mostrar apego. Y el ángel, una vez que hubo pronunciado estas palabras, se alejó, después de haberse presentado conforme a los planes de Dios.

279. *La segunda visita del ángel (Jueces,* 13, 6). 3. Y ella, cuando se presentó su marido, le explicó pormenorizadamente la visita del ángel, admirando la hermosura y la altura del joven, tanto que él, influido por tantas alabanzas, resultó afectado por los celos y

se volvió suspicaz a resultas de tal estado anímico. Y ella, deseosa de que acabara la angustia absurda de su marido, pidió a Dios que volviera a enviar al ángel, para que pudiera ser visto también por su marido. Y el ángel por la gracia de Dios volvió a presentarse cuando se encontraban en los suburbios, pero se dejó ver de la mujer en un momento en que había sido dejada sola por su marido. Y como ella le pidiera que esperara hasta que hubiera traído a su marido y el ángel se lo hubiera concedido, corrió a buscar a Manoc. Y éste, pese a verlo, ni aun así puso fin a sus sospechas[23], y le reclamaba que le manifestara también a él todo lo que había anunciado a su esposa. Pero como el ángel le hubiera indicado que bastaba con que lo supiera exclusivamente la mujer allí presente, Manoc le mandó que le dijera quién era, a fin de ofrecerle obsequios y regalos una vez que hubiera nacido el niño. Pero el ángel le contestó que no necesitaba ninguna recompensa, dado que no había transmitido la excelente nueva del nacimiento de un niño por lucro y, cuando Manoc le animó a que esperara y compartiera con ellos los dones debidos a su visita, no convino en ello, aunque sí le hizo caso ante su insistencia a que esperara para que pudiera ofrecerle algún obsequio. Cuando Manoc hubo sacrificado un cabrito y mandado a su mujer que lo asara, el ángel, una vez que estaba todo dispuesto, ordenó que depositaran encima de la roca los panes y la carne, sin los vasos. Y, tras cumplir ellos este mandato, tocó con la vara que llevaba la carne, la cual, al refulgir el fuego, ardió junto con los panes, al tiempo que ellos pudieron contemplar cómo el ángel ascendía a los cielos por entre el humo, como si lo hiciera montado en un carro. Y como Manoc temiera que les sobreviniera algo peligroso de la visión de Dios, su mujer lo animó a que estuviera tranquilo, ya que Dios se había dejado ver de ellos para bien de sí mismos.

285. *Nacimiento de Sansón (Jueces,* 13, 24). 4. Y ella, que quedó embarazada, prestaba el más escrupuloso cuidado al cumplimiento de los encargos recibidos. Y, cuando nació el niñín, le pusieron de nombre Sansón, palabra que significa *forzudo.* Y el niño crecía sin parar y era claro, a juzgar por la sensatez superior a su edad de que hacía gala y por la flaccidez de sus cabellos, que se convertiría en profeta.

[23] La sospecha o desconfianza ante un anuncio del ángel de estas características es un motivo convencional: cf. Mateo 1, 18 y ss.

286. *Su noviazgo y encuentro con un león (Jueces,* 14, 1). 5. Y llegó en compañía de sus padres a la ciudad filistea de Tamna [24], conde con ocasión de la celebración de una fiesta se enamoró de una doncella del lugar, pidiendo a sus padres que consiguieran darle en matrimonio a aquella joven. Ellos se opusieron por no ser ella de la misma tribu que él, pero como Dios por bien de los hebreos inspirara este matrimonio, Sansón impuso su criterio de pretender a la doncella. Y una vez que acudía a visitar a los padres de su amada, cosa que hacía continuamente, se topó con un león y, aunque estaba desarmado, le hizo frente, y consiguió estrangularlo con sus manos. Tras ello, arrojó a la fiera al interior de un terreno boscoso, bastante más adentro del camino.

288. *El enigma de Sansón (Jueces,* 14, 8). 6. Y, otra vez que volvió a visitar a la muchacha, encontró un enjambre de abejas que habían anidado en el pecho del famoso león y, tras coger los panales de miel, se los dio a la joven junto con los restantes regalos que le llevaba. Los tamnitas, por su parte, con ocasión del banquete celebrado con motivo del desposorio (pues los había invitado absolutamente a todos) entregaron al joven, por miedo a su fuerza, treinta hombres, los más desarrollados, para que fueran aparentemente sus compañeros, pero en realidad para que lo vigilaran, no fuera que pretendiera cometer algún desaguisado. Y como la bebida hubiera corrido y se produjeran bromas, cosas habituales en tales ocasiones, Sansón dijo: «Dejando de lado estas diversiones, si yo os propongo un enigma y vosotros conseguís resolverlo empleando en su estudio siete días, os regalo a cada uno de vosotros telas y vestidos en premio a vuestra sagacidad». Y como ellos ambicionaran obtener fama de inteligentes al tiempo que ganancia y le pidieran que se lo propusiera, les dijo: «¿Cuál es la criatura omnívora que produce por sí misma, pese a ser muy desabrida, un alimento sabroso?». Como ellos no fueran capaces en tres días de acertar con la criatura imaginada, exhortaron a la joven a que se enterara por su marido de cuál era y que se lo indicara a ellos, llegando incluso a amenazarla con prenderle fuego si no se lo comunicaba. Sansón, cuando la joven le pedía que se lo dijera, al principio se resistía, pero como ella insistiera y, echándose a llorar, pusiera como prueba de su despecho hacia ella el que no se lo

[24] La actual *Tibueh* (Thackeray).

decía, le reveló el tema del aniquilamiento del león y cómo había cogido y llevado a ella tres panales de miel nacidos del propio león. Sansón le explicó todo sin sospechar traición alguna, pero ella dio cuenta del enigma a los que se lo habían exigido, Y, así, justo el día séptimo, que era cuando ellos debían aclararle el enigma propuesto, se reunieron con Sansón antes de la postura del sol, y le dijeron: «Ni hay nada más desabrido que un león para quienes se topan con él ni más sabroso que la miel para quienes la toman». Y Sansón dijo que no había criatura más traicionera que la mujer, «que fue quien os explicó el enigma que os propuse». Y a ellos les dio lo que les había prometido, tras despojar a los ascalonitas (también ellos filisteos) que se cruzaron con él en el camino, pero renunció a aquel matrimonio. Y la joven, que trató de tonto a Sansón por enfadarse, se casó con un amigo de él, que le había servido de padrino de boda.

295. *Sansón destruye las mieses de los filisteos (Jueces,* 15, 3). 7. Exasperado con esta afrenta, Sansón concibió el propósito de tomar represalias de la totalidad de los filisteos, incluida la joven. Y, así, como fuera verano y las mieses estuvieran ya en sazón para proceder a la siega, apresó trescientas zorras y, tras atar a sus colas teas incendiarias, las soltó en los sembrados de los filisteos. De esta manera fue destruida su cosecha, y los filisteos, al enterarse de que ello había sido obra de Sansón y el motivo por el que lo había hecho, enviaron a sus jefes a Tamna, y a la que había estado prometida con Sansón y a los familiares de ésta los quemaron vivos, como responsables de sus calamidades.

297. *Sus hazañas con la quijada del asno (Jueces,* 15, 8). 8. Sansón, después de matar en la llanura a numerosos filisteos, estableció su residencia en Eta, que era una roca segura de la tribu de Judá. Pero los filisteos mandaron su ejército contra esta tribu. Y, aunque los habitantes de la tribu citada alegaron que los filisteos tomaban injustamente represalias contra ellos por los crímenes cometidos por Sansón dado que ellos les pagaban los tributos debidos, les aseguraron que, si querían verse libres de inculpaciones, debían entregarles a Sansón atado de pies y manos. Entonces ellos, deseosos de verse libres de todo reproche, se presentaron en la citada roca con tres mil soldados y, tras censurar a Sansón las fechorías que había osado cometer contra los filisteos, hombres

capaces de producir una catástrofe sobre la raza entera de los hebreos, luego de decirle que habían venido a detenerlo y ponerlo en manos de los filisteos, le pidieron que lo aceptara voluntariamente. Y él, tras obtener de ellos garantía jurada de que no harían nada más que eso, sino que se limitarían únicamente a ponerlo en manos de sus enemigos, bajó de la roca y se puso a disposición de los hombres de su tribu, quienes, después de atarlo con dos cuerdas, lo llevaron para entregarlo a los filisteos. Y cuando llegaron a un lugar, que ahora se llama *Quijada* por la hazaña que llevó a cabo Sansón en él, pero que antiguamente carecía de nombre, no lejos del cual habían acampado los filisteos, sino todo lo contrario, ya que habían salido a su encuentro llenos de alegría y gritería ante el supuesto logro de sus deseos, Sansón, tras romper las ligaduras y coger una quijada de asno que se encontraba a sus pies, se lanzó contra los enemigos y, golpeándolos con la quijada, mató a mil, y a los otros los obligó a volver la espalda estremecidos.

301. *La fuente milagrosa (Jueces,* 15, 16). 9. Y Sansón, más orgulloso de lo que debía por esta hazaña, aseguraba que ella no se debió a la colaboración de Dios, sino que atribuyó el éxito a su particular valía, jactándose de que, de los enemigos, unos habían caído por los golpes de la quijada y otros se habían dado la vuelta y puesto en fuga por miedo a él. Pero al darse cuenta, al apoderarse de él una sed fuerte, de que la capacidad humana no vale nada, atribuía todo a Dios por experiencia propia y le suplicaba encarecidamente que no tomara a mal nada de lo que él había dicho y que, en consecuencia, no lo entregara atado de pies y manos a los enemigos, sino que, por el contrario, le prestara su concurso ante la situación tremenda en que se encontraba y lo salvara de aquella difícil prueba. Entonces Dios, desgarrado el ánimo con aquellas súplicas, hizo brotar de la roca una fuente de agua dulce y abundante. Llevado de este grato recuerdo, Sansón puso a aquel lugar el nombre de *Quijada,* nombre con que hasta el día de hoy es designado.

304. *Sansón escapa de noche de Gaza (Jueces,* 16, 1). 10. Después de esta batalla, Sansón, que despreciaba ya a los filisteos, llegó a Gaza y se alojó en un hostal. Y, al enterarse las autoridades de Gaza de su presencia allí, le tendieron emboscadas en el área situada delante de la puerta del hostal, para que, al salir, no les

pasara inadvertido. Pero Sansón, a quien no le pasaron desapercibidos los manejos que aquéllos se traían, tras levantarse a eso de la medianoche, cargó contra las puertas y, tras levantarlas a hombros con los propios dinteles, cerrojos y todo el armazón de madera de que constaban, se las llevó y depositó en el monte situado encima de Hebrón.

306. *Dalila lo entrega a los filisteos (Jueces,* 16,4). 11. Pero Sansón contravenía ya las normas tradicionales y desvirtuaba su propia conducta por imitación de hábitos foráneos, lo que se tradujo en el origen de su desgracia. En efecto, tras enamorarse de una mujer, de nombre Dalila, que ejercía la prostitución entre los filisteos, se decidió a convivir con ella. Entonces los presidentes del colectivo filisteo, tras presentarse a ella, la convencieron con el halago de ciertas promesas, a que se enterara por Sansón de la razón de su fuerza, que lo hacía inexpugnable a los enemigos. Y ella, aprovechando un momento en que estaban bebiendo y la franqueza que en tales circunstancias reina, admiraba sus gestas, ardid por el que trataba de enterarse de la forma en que había conseguido tan altas facultades. Pero Sansón (pues todavía era capaz de pensar) correspondió al engaño de Dalila con otro, asegurándole que, si era atado con siete varas adheridas todavía a la cepa y que pudieran ser enroscadas, se convertiría en el más débil de todos. Y ella de momento se quedó quieta, pero luego, tras revelárselo a las autoridades filisteas, le tendió una emboscada metiendo algunos soldados en casa y, cuando ya estaba borracho, procedió a atarlo con las varas con toda fuerza y, a continuación, tras despertarlo, le comunicó que había en casa algunos individuos con aviesas intenciones hacia él. Entonces Sansón, después de romper las varas, se dispuso a defenderse, como si alguien fuera a atacarlo. Y la mujer, con quien departía amigablemente Sansón continuamente, argumentaba que consideraba intolerable que, desconfiando de su afecto hacia él, no le dijera lo que le preguntaba, como si pensara que ella no iba a callar todo lo que sabía que a él le convenía que no se conociera. Y, como la engañara otra vez al asegurarle que, si era atado con siete cuerdas, perdería la fuerza, le indicó, por tercera vez, cuando ella tampoco consiguió nada al efectuar esa segunda operación, que para ello debía rizarle los cabellos. Y como, cumplido esto, tampoco se descubriera la causa verdadera del fenómeno y ella continuara preguntándoselo, al fin Sansón (pues estaba

condenado a ser víctima de una desgracia), deseoso de agradar a Dalila, le dijo: «Yo soy objeto de los cuidados de Dios y, después de haber sido engendrado por intervención de la divina Providencia, crío esta cabellera que Dios me ha exigido no cortarla, ya que mi fuerza depende de su crecimiento y mantenimiento». Y Dalila, una vez que se enteró de esto y lo privó de la cabellera, lo entregó a los enemigos, cuando ya no era capaz de defenderse de su ataque. Y ellos, tras sacarle los ojos, lo entregaron atado para que se lo llevaran.

314. *Fin de Sansón (Jueces,* 16, 22). 12. Pero a medida que pasaba el tiempo le crecía la cabellera a Sansón. Y con ocasión de una fiesta popular filistea celebraban un banquete en un mismo lugar las autoridades y los personajes más notables. Se trataba de una casa de dos columnas que sostenían su techo, y a esta celebración fue llevado, reclamado por las citadas autoridades, Sansón, para que ellos pudieran burlarse de él mientras bebían. Y Sansón, que consideraba peor que cualquier otra desgracia no poder vengarse de las ofensas de que era objeto, logró convencer al esclavo que lo llevaba de la mano, diciéndole que necesitaba descansar un poco por lo cansado que estaba, a que lo acercara a las columnas. Y, cuando se aproximó, cargó sobre ellas y de esta manera, al ser derribadas las columnas, tumbó la casa sobre tres mil hombres, todos los cuales murieron, y entre ellos el propio Sansón. Éste fue el triste final que tuvo Sansón, después de haber gobernado a los israelitas durante veinte años. Pero es justo admirar a este hombre por su valía, fuerza y la magnanimidad con que arrostró la muerte y por la cólera que guardó contra los enemigos hasta su muerte. Que fuera atrapado por una mujer hay que achacarlo a la naturaleza humana, que está sujeta a errores, pero en cambio es él a quien hay que atribuir sus insuperables virtudes en todo lo demás. Y sus familiares llevaron su cadáver y lo enterraron en Sarasa, su lugar de nacimiento, al lado de los suyos.

318. *La viuda de Noemí regresa a Belén con Rut (Rut,* 1, 1). 9. 1. Tras la muerte de Sansón se puso al frente de los israelitas el Sumo Sacerdote Elí. En tiempos de éste el país fue víctima del hambre, y a consecuencia de ella, Abimelec, al no poder resistir ese tormento, tomó consigo a su mujer Noemí y a los hijos habidos con ella, Quelión y Malaón, y emigró de la ciudad de Belén, que

pertenece a la tribu de Judá, a la región de Moab. Y, como allí les fueran los negocios a pedir de boca, Abimelec dio a sus hijos esposas moabitas, Orfa a Quelión y Rut a Malaón. Transcurridos diez años murieron Abimelec y sus hijos, éstos poco después que él, y Noemí, que sobrellevaba con amargura esta desgracia y no podía soportar la pérdida de sus seres más queridos, siempre presentes ante sus ojos, por quienes había salido incluso de su lugar de nacimiento, se dispuso a regresar de nuevo a él, pues además estaba informada de que las cosas de allá ya marchaban bien. Pero sus nueras no consentían separarse de ella, ni tampoco, pese a sus excusas, podía persuadirlas, deseosas como estaban de partir con ella, a que no lo hicieran. Entonces, ante su insistencia, ella, tras pedir a Dios para ellas un matrimonio más dichoso que aquél en el que habían fracasado, al casarse con sus propios hijos, y la consecución de los demás bienes, las exhortaba a que, comprendiendo la situación en que ella se encontraba, se quedaran allí y no se empeñaran en compartir con ella situaciones desconocidas, abandonando el país de nacimiento. Con estos consejos Orfa se quedó, pero Noemí tuvo que llevar consigo a Rut, que no se dejó convencer, dispuesta a acompañarla en todos los avatares.

323. *Rut, la espigadora (Rut,* 2, 1). 2. Cuando Rut llegó con su suegra a Belén, Boaz, que era pariente de Abimelec, las recibió con amabilidad. Y Noemí, como las gentes se dirigieran a ella por su nombre, les dijo: «Sería más justo que me llamarais Mara». Pues en hebreo Noemí significa *dicha* y, en cambio, Mara *dolor.* Y, al llegar la época de la siega, Rut, con permiso de su suegra, salió a respigar, para procurarse un poco de comida, y afortunadamente llegó a un campo de Boaz. Y como Boaz se presentara un poco después y viera a la muchacha, preguntó al capataz por ella. Y éste, que poco antes se había enterado por la joven de todo, se lo dio a saber al amo. Entonces éste, por el afecto que sentía hacia su suegra y también por recuerdo al hijo de aquélla con quien Rut estuvo casada, la saludó afectuosamente y, tras expresarle sus deseos de que obtuviera grandes bienes, no aceptó que ella respigara, sino que le dio permiso para que recolectara y cogiera todas las mieses que pudiera, encargándole al capataz que no le pusiera obstáculo alguno, y que le ofreciera el almuerzo y también bebida, cada vez que llevara la comida a los segadores. Pero Rut el pan que recibió de él lo guardó para su suegra, a quien se presentó

ya bastante tarde, llevándole el pan y con él las espigas. Ahora bien, también Noemí había guardado para ella parte de ciertos alimentos con que la mimaban los vecinos. Y Rut le dio cuenta de lo que le había dicho Boaz. Y como ella le hubiera aclarado que era pariente y que probablemente se preocupaba de ellas por piedad, Rut salió de nuevo en los días siguientes a recoger espigas con las criadas de Boaz.

328. *Boaz y Rut en la era (Rut,* 3, 1). 3. Y Boaz dormía una noche en la era, después de haber ido allí no muchos días después, cuando la cebada ya había sido aventada. Enterada de ello Noemí, procuró que Rut se acostara con él, pues pensaba que sería negocio para ellas que Boaz tuviera relaciones íntimas con la joven. Y, en consecuencia, envió a la muchacha para que se echara a dormir a los pies de él. Y ésta, que no consideraba piadoso oponerse a nada de lo mandado por su suegra, llegó junto a Boaz y de momento Boaz no se dio cuenta de ello por estar profundamente dormido, pero al despertarse a eso de la medianoche y notar que una mujer estaba acostada a su lado le preguntó quién era. Y como ella dijera su nombre y le propusiera que la aceptara como amo de ella, Boaz de momento se quedó quieto, pero al venir el día, antes de que los criados empezaran a bullir para ir al trabajo, la despertó y le mandó que, tras coger la cantidad de cebada que pudiera, volviera junto a su suegra antes de que alguien la viera durmiendo allí, porque lo prudente era evitar la maledicencia consiguiente a tales situaciones, especialmente cuando no había pasado nada. Y terminó con estas palabras textuales: «De todas formas, lo mejor será esto, preguntar al hombre que me aventaja en grado de parentesco contigo si te tomará como esposa y, si dice que sí, te irás con él, pero si lo declina te llevaré como mi consorte, de acuerdo con la ley».

332. *Matrimonio de Boaz y Rut: sus descendientes (Rut,* 3, 16 y ss.). 4. Al dar cuenta de esto a su suegra, el contento las embargó, concibiendo la esperanza de que Boaz las tomaría a su cargo. Y él, ya al mediodía, después de bajar a la ciudad reunió al Consejo de ancianos y, tras mandar venir a Rut, llamó también a su cuñado y, una vez que éste hubo llegado, dijo Boaz: «¿Posees tú la propiedad de las herencias de Abimelec y de sus hijos?» Y como él confesara que sí y alegara que las leyes se las concedían por ser su pariente más cercano, le contestó Boaz: «Pero es que no hay

que acordarse de las leyes a medias, sino hacer todo según sus dictados. Se trata de lo siguiente: ha llegado aquí la joven viuda de Maalón y, si quieres poseer la propiedad de sus campos, debes tomarla por esposa, de acuerdo con los preceptos legales». Pero él cedió sus derechos tanto sobre la herencia como sobre la mujer a Boaz, quien también era pariente cercano de los difuntos, alegando que tenía mujer y hasta hijos ya. Entonces Boaz, poniendo por testigo al Consejo de ancianos, mandó a Rut que, acercándose, desatara a su cuñado el zapato y le escupiera en la cara, de acuerdo con el precepto legal [25]. Cumplido este requisito, Boaz tomó a Rut por esposa, y a este matrimonio le nació un bebé varón al cabo de un año. Y Noemí, que se ocupó de la crianza, por consejo de un grupo de mujeres le puso por nombre Obed, por estar destinado a ser criado para cuidarla en su vejez, ya que en hebreo Obed significa *uno que ayuda.* Y de Obed nació Jesé y, de Jesé, David, el que llegó a rey y que, al morir, dejó a sus hijos el poder, retenido en esta casa durante veintiuna generaciones. Pues bien, la historia de Rut me vi en la necesidad ineludible de referirla porque quería demostrar el poder de Dios, esto es, que a Él le es asequible pasar a una categoría espléndida a cualquiera, como fue aquélla a la que elevó a David, nacido de padres tan humildes.

338. *La iniquidad de los hijos de Elí (1 Samuel,* 2, 12 y ss.). 10. 1. Y los hebreos, cuya situación había decaído, volvieron a declarar la guerra a los filisteos por un motivo del tenor siguiente[26]: Elí, el Sumo Sacerdote, tenía dos hijos, Hofnies y Finés. Estos, que eran insolentes con los hombres e impíos con Dios, no se abstenían de desafuero alguno y, así, de las ofrendas llevadas a los sacrificios, arramblaban con unas, aduciendo para ello su dignidad, y se apoderaban de otras a manera de robo, y a las mujeres que acudían a rendir culto a Dios las agraviaban con la corrupción, en unos casos empleando la fuerza contra ellas, y en otros seduciéndolas con regalos. En una palabra, su estilo de vida no carecía de ningún ingrediente de la tiranía. Y, claro, no sólo su propio padre se encontraba disgustado por este su proceder, esperando que de un momento a otro recaería la venganza divina sobre ellos por su conducta, sino que también el pueblo estaba incomodado, y

[25] *Deuteronomio* 25, 9, y *Ant. judías* 4, 256.
[26] Cf. caps. 340 y 350.

una vez que Dios informó a Elí y al profeta Samuel, quien entonces era todavía un niño, de la catástrofe que se avecinaba, a partir de aquel momento Elí lloraba abiertamente por sus hijos.

341. *Elí anuncia el nacimiento de Samuel (1 Samuel,* 1, 1). 2. Pero prefiero contar antes la historia del profeta y luego ya referirme al suceso tocante a los hijos de Elí y a la desdicha en que se vio envuelto todo el pueblo hebreo. Alcanes, que era levita, hombre de una categoría media entre sus conciudadanos, perteneciente a la tribu de Efraim, y que habitaba en la ciudad de Armatá, tenía dos esposas: Ana y Fenana. Precisamente esta última le dio hijos, pero la otra era la que, pese a ser estéril, él quería, y no dejaba de hacerlo. Y con ocasión de haber ido Alcanes con sus mujeres a la ciudad de Silo, pues en ella era donde había sido construido el tabernáculo, según advertimos [27], y una vez más hubiera asignado durante el banquete raciones de carne a las mujeres y a los niños, Ana, al ver a los hijos de la otra sentados en derredor de su madre, se echó a llorar y se quejaba de su falta de hijos y de su soledad. Y, como su pena fuera superior a los consuelos de su marido, entró en el tabernáculo a suplicar a Dios que le diera descendencia y la hiciera madre, prometiendo consagrar a la primera criatura que le naciera al servicio de Dios, para que así llevara un género de vida diferente al llevado por los particulares. Y como pasara mucho tiempo en sus oraciones, el Sumo Sacerdote Elí, que estaba sentado delante del tabernáculo, le ordenó que saliera, tomándola por una borracha. Pero al asegurarle ella que no había bebido más que agua y que lo que ocurría era que, dolida por la falta de hijos, se los estaba pidiendo a Dios, el Sumo Sacerdote Elí la animó a que recobrara los ánimos anunciándole que Dios le daría hijos.

346. *Nacimiento y consagración de Samuel (1 Sam.* 1, 18 y ss.). 3. Y, volviendo junto a su marido llena de las mejores esperanzas, tomó comida con gran contento y, una vez que hubieron regresado a su lugar de nacimiento, empezó a hinchar el vientre y luego les nació un bebé, al que pusieron por nombre Samuel, que más o menos significa *obtenido de Dios.* Consecuentemente, volvieron a ofrecer sacrificios en acción de gracias por el nacimiento

[27] Cf. cap. 68, del libro V.

del niño y llevaron los diezmos. Y la mujer, en recuerdo del voto que había formulado a propósito del niño, lo entregó a Elí, dedicándolo a Dios para que se convirtiera en profeta. Por ello se le dejó que le creciera la cabellera y su bebida era el agua. Y Samuel moraba y era criado en el templo, pero a Alcanes le nacieron de Ana otros hijos y tres hijas.

348. *Dios llama a Samuel (1 Sam.* 3, 3). 4. Y Samuel, nada más cumplir doce años [28], profetizaba. Y, en una ocasión en que yacía dormido, Dios lo llamó por su nombre, y él, que creyó que era llamado por el Sumo Sacerdote, se presentó a él. Y como el Sumo Sacerdote le asegurara que él no lo había llamado, Dios lo hizo hasta tres veces. Y Elí, tras encender la luz, le dijo: «Yo, querido Samuel, en contra de lo que crees, me mantenía callado como antes, y quien te llama es Dios. Pero contéstale *"aquí estoy a tu disposición"*». Y, como Dios lo hubiera llamado de nuevo, Samuel, que lo oyó, le pidió que le dijera lo que quería, ya que él no sería remolón en cumplir cualquier menester que le encargara. Y Dios le dijo: «Ya que estás a mi disposición, sábete, por un lado, que a los israelitas les ocurrirá una desgracia inenarrable e increíble para quienes se enteren de ella y, por otro, que los hijos de Elí morirán el mismo día y el sacerdocio pasará a la casa de Eleazar, ya que Elí ha amado a sus hijos más que rendirme culto a mí y más de lo que debía». Y Elí, tras obligar al profeta mediante un juramento a que le revelara esto, ya que él no quería hacerle sufrir diciéndoselo, ya tenía más segura la convicción del aniquilamiento de sus hijos. Y la gloria de Samuel crecía cada vez más [29], al verse que era cierto todo lo que profetizaba.

352. *Victoria de los filisteos (1 Sam.* 4, 1). 11. 1. Justo por esta época los filisteos, tras emprender una expedición militar contra los israelitas, acamparon a la altura de la ciudad de Anfecas [30]. Y, como los israelitas hubieran contactado con ellos de pronto, al día siguiente trabaron combate, en el que vencieron los filisteos, quienes mataron cuatro mil hebreos, persiguiendo hasta el campamento a la masa restante.

---

[28] Cf. Lucas 2, 42 y ss.

[29] Cf. Lucas 2, 52.

[30] Tal vez la actual *el Mejdel* (Thackeray).

353. *Posterior derrota de los hebreos y captura del arca (1 Sam.* 4, 3). 2. Y los hebreos, que temieron lo peor, enviaron emisarios ante el Consejo de ancianos y el Sumo Sacerdote, encargándoles que trajeran el arca de Dios, para en presencia suya enfrentarse a los enemigos y vencerlos, ignorando que quien los había condenado al desastre era superior al arca y los hijos del Sumo Sacerdote, a quienes les encargó su padre que, si era capturada el arca y ellos querían continuar con vida, no se presentaran ante su vista. Y Finés ya actuaba incluso de Sumo Sacerdote, cargo que su padre le había cedido a causa de su vejez. Entonces a los hebreos les entró una gran confianza, convencidos de que con la llegada del arca superarían a los enemigos, mientras que los enemigos se asustaron, llenos de miedo al acompañar el arca a los israelitas. Sin embargo, las cosas no sucedieron iguales a las expectativas de unos y de otros, sino que, trabando combate, la victoria que esperaban los hebreos fue de los filisteos, al tiempo que la derrota que temían éstos la sufrieron los hebreos, con lo que comprendieron haber confiado vanamente en el arca. En efecto, volvieron la espalda nada más entrar en combate y en contacto con los enemigos, y perdieron treinta mil hombres, entre quienes cayeron los propios hijos del Sumo Sacerdote, al tiempo que el arca se la llevaron los enemigos.

357. *Muerte de Elí (1 Sam.* 4, 12). 3. Transmitida a la ciudad de Silo la noticia de la derrota y de la captura del arca (ya que un joven benjamita, que había sido testigo de lo ocurrido, corrió a comunicarlo), toda la ciudad se llenó de gemidos. Y el Sumo Sacerdote Elí, al oír los ayes de dolor, pues se encontraba sentado en un asiento elevado enfrente de una de las dos puertas, y suponer que había ocurrido algo insólito a los suyos, mandó llamar al joven y, cuando se enteró del resultado de la batalla, estaba un tanto tranquilo con el destino de sus hijos y con lo ocurrido al ejército, por haber conocido por boca de Dios lo que iba a suceder y porque se lo había advertido, ya que son las desgracias acontecidas inesperadamente las que más duelen. Pero cuando oyó que también el arca había caído en manos de los enemigos, transido de dolor por este trance inesperado para él, cayó rodando del asiento y murió, habiendo vivido un total de noventa y ocho años y de éstos habiendo ocupado el poder durante cuarenta.

360. *Muerte de la esposa de Finés (1 Sam.* 4, 19). 4. Por aquéllos días murió también la mujer de su hijo Finés, al no soportar vivir tras el infortunio de su esposo. Le había sido comunicado el percance de su esposo cuando estaba encinta, y dio a luz un niño sietemesino, que logró sobrevivir y al que le impusieron el nombre de Jocabes, palabra que significa *indignidad,* a causa de la ignominia que sobrevino entonces al ejército.

361. *Sucesión en la línea de los Sumos Sacerdotes (1 Crónicas,* 6, 4 y ss., y *1 Reyes,* 2, 27-35). 5. Elí fue el primer Sumo Sacerdote de la casa de Itamar, uno de los dos hijos de Arón. Pues primeramente fue la casa de Eleazar la que nutría el cargo de Sumo Sacerdote, pasando esa dignidad de padres a hijos. En efecto, Eleazar la transmitió a su hijo Finés, al que sucedió en el cargo su hijo Abiezer, quien, a su muerte, lo dejó a su hijo, de nombre Boci, de quien lo heredó su hijo Ozis, a quien sucedió en el cargo de Sumo Sacerdote Elí, de quien ahora estamos hablando, y luego a continuación de él sus descendientes, hasta los tiempos del rey Salomón, momento en que los descendientes de Eleazar volvieron a recuperar el cargo.

Libro VI

RESUMEN:

1. Destrucción de los filisteos y de su país por la cólera de Dios a causa de haber capturado ellos el arca, y de qué manera la devolvieron a los hebreos.
2. Expedición militar de los filisteos contra ellos y victoria de los hebreos mandados por el profeta Samuel.
3. Cómo Samuel, debilitado por la vejez, puso en manos de sus hijos la administración de los asuntos del Estado.
4. Cómo ellos no dirigieron el gobierno acertadamente y cómo el pueblo, irritado por ello, pidió ser gobernado por reyes.
5. Cómo Samuel tomó muy a mal esta iniciativa y cómo les nombró rey a uno llamado Saúl, siguiendo el mandato de Dios.
6. Expedición militar de Saúl contra la nación amonita, victoria y saqueo a que los hebreos sometieron a los enemigos.
7. Cómo los filisteos fueron derrotados cuando volvieron a atacar a los hebreos.
8. Guerra de Saúl contra los amalecitas y victoria.
9. Cómo al transgredir Saúl los mandatos del profeta Samuel éste designó a escondidas otro rey, llamado David, por encargo de Dios.
10. Cómo los filisteos emprendieron de nuevo una expedición militar contra los hebreos cuando todavía reinaba Saúl.
11. Singular combate habido una vez entre David y Goliat, el mejor de los filisteos, con la consiguiente muerte de Goliat y derrota de los filisteos.

12. Cómo Saúl, admirado de la valentía de David, casó con él a su hija.
13. Cómo después de esto, al hacerse sospechoso David a los ojos del rey, éste intentó matarlo.
14. Cómo David, aunque corrió peligro numerosas veces de morir a manos de Saúl, lo evitó y cómo no acabó con la vida de Saúl pese a haber estado dos veces a merced de él matarlo.
15. Cómo, cuando los filisteos volvieron a emprender una expedición militar contra los hebreos, éstos fueron derrotados en la batalla y su rey Saúl murió en la lucha junto con sus hijos.

Este libro abarca un período de treinta y dos años.

1. *El arca en poder de los filisteos y las plagas consiguientes (1 Sam.* 5, 1). 1.1. Los filisteos, una vez que tomaron a punta de lanza el arca de los enemigos, como señalamos un poco antes, la transportaron a la ciudad de Azoto y la colocaron en son de trofeo al lado de su dios, de nombre Dagón. Y todo el pueblo, que al amanecer del día siguiente entró en el templo a rendir culto a su dios, lo encontró a él haciendo eso mismo al arca, ya que yacía tendido en el suelo, tras haberse caído del pedestal sobre el que permanecía enhiesto. Y, después de levantarlo, lo volvieron a colocar sobre él, molestos con lo ocurrido. Y como una y otra vez acudieran a visitar a Dagón y lo encontraran igual, yaciendo en el suelo, en actitud de rendir culto al arca, cayeron en una tremenda perplejidad y confusión. Y al final la Divinidad descargó sobre la ciudad de los azotios y sobre su país ruina y peste, pues morían de disentería (enfermedad terrible que provoca en la persona afectada una descomposición interna rapidísima, antes de que el alma se separe del cuerpo con una muerte dichosa), echando fuera las entrañas recomidas y consumidas completamente por la enfermedad. Y, por otro lado, bandadas de ratas aparecieron y destrozaron todo lo que había en el campo, sin abstenerse de las plantas ni de los frutos. Los azotios, al ser víctimas de estas calamidades y no poder resistir tanta desgracia, comprendieron que ellas les venían del arca, y que la victoria y la captura de ella no habían venido para bien. Por ello, enviaron emisarios a los ascalonitas, pidiéndoles que eran ellos y no los propios azotios quienes debían recibir el arca. Y a los escalonitas no les resultó desagradable la petición

de los azotios, sino que aceptaron el obsequio que les hacían, pero al hacerse cargo del arca cayeron en las mismas calamidades que aquéllos, ya que el arca llevó consigo los sufrimientos de los azotios a los que la recibieron de aquéllos. En vista de ello los ascalonitas la remitieron a otros. Pero tampoco quedó en aquéllos, pues al ser sacudidos por las mismas calamidades se deshicieron de ella y la pasaron a las ciudades contiguas. Y de esta manera el arca recorrió las cinco ciudades de los filisteos, como si cada una de ellas exigiera en pago a su visita las desgracias que ella les ocasionaba.

7. *Deliberación y decisión de los filisteos (1 Sam.* 6, 1). 2. Los filisteos que habían experimentado estos sufrimientos, abrumados por ellos y convertidos en enseñanza para los que oían sus calamidades, de suerte que nadie aceptaba ya acoger en su ciudad el arca a un precio y pago tan gravoso, buscaban entonces la manera y el procedimiento de librarse de ella. Y, reunidas las autoridades de las cinco ciudades, Gita, Acarón y Ascalón, más Gaza y Azoto, examinaban qué debían hacer. Y al principio opinaban que debían remitir el arca a sus legítimos dueños, convencidos de que Dios la estaba reclamando y de que las calamidades les habían llegado en compañía de ella por eso mismo, y recordando también que los dueños del arca habían invadido de la mano de ella sus ciudades. Pero hubo quienes proponían no hacer eso ni engañarse respecto a la verdadera causa de los males achacándolos a ella, ya que, según decían éstos, en ella no residía tanto poder y fuerza, puesto que, si Dios cuidaba de ella, nunca jamás habría caído en manos de nadie. Los defensores de esta tesis exhortaban a sus colegas a estar tranquilos y a tomar con calma lo sucedido, considerando responsable de ello a ninguna otra cosa más que exclusivamente a la naturaleza, la que produce tales mutaciones cada cierto período de tiempo en los cuerpos de los hombres, en la tierra, en las plantas y en todos los seres que se nutren de ellas. Pero sobre las opiniones antes dichas se impuso el parecer de hombres que se habían distinguido en fechas anteriores por su inteligencia y prudencia y que entonces más que nunca pareció que hablaban en la forma más ajustada a las circunstancias presentes, quienes propusieron ni desprenderse del arca ni retenerla, sino dedicar cinco imágenes de oro, una por cada ciudad, a Dios en acción de gracias por haberse preocupado por su salvación y haberlos mantenido con

vida cuando las calamidades, a las que ya no podían hacer frente, pretendían quitársela, y, asimismo, igual número de ratas de oro, de porte semejante al de aquéllas que infestaron y consumieron su país, y luego, tras haber metido todas estas ofrendas en un cofre y colocarlas sobre el arca, preparar un carro nuevo para ella, y, después de uncir a él vacas recién paridas, encerrar y retener en la cuadra a las terneras, no fuera que, de acompañar a las madres, las obstaculizaran, y para que éstas, por el contrario, llevaran una marcha más rápida al echarlas en falta. También propusieron que, después de llevar a la yunta de vacas portando el arca, las dejaran solas en un cruce de caminos, permitiéndoles tomar cualquiera de ellos, y que, si seguían el que llevaba a los hebreos y subían al país de éstos, debían presumir que el arca era la culpable de sus males, para terminar diciendo que «si, por el contrario, se dirigen por otro, correremos tras ella, seguros de que no tiene facultad alguna tan poderosa».

13. *Retorno del arca a Betsemes (1 Sam.* 6, 10). 3. Y todos determinaron que su propuesta era correcta e inmediatamente ratificaron su opinión con los hechos. En efecto, tras hacer lo que se les había sugerido, condujeron el carro hasta el cruce de caminos y, dejándolo allí, se retiraron, pero al tomar las vacas el camino empinado como si alguien las guiara por allí, las autoridades de los filisteos las siguieron, deseosas de saber qué punto sería donde se detendrían y qué gentes serían aquéllas adonde llegaran. Pues bien, hay una aldea de la tribu de Judá, llamada Betes [1]. Ésta fue adonde llegaron las vacas, y, aunque allí habían tomado una llanura extensa y fácil de recorrer por ellas, se abstuvieron de proseguir el camino, deteniendo el carro en aquel punto. Ello constituyó un espectáculo para las gentes de la aldea, quienes desbordaban alegría. En efecto, al encontrarse en la época del verano todos estaban en los campos dedicados a la recolección de las mieses, y, al ver el arca, embargados de contento dejaron la faena que traían entre manos y corrieron inmediatamente al carro. Y, tras recoger el arca y el recipiente que contenía las imágenes y las ratas, los depositaron sobre una peña que había en la llanura y, después de ofrecer un espléndido sacrificio a Dios y celebrar un banquete, le dedicaron en holocausto

[1] La actual *Ain Shems.*

tanto el carro como las vacas. Y las autoridades de los filisteos, al verlo, regresaron a su país.

16. *El arca en la ciudad de Cariatiarim (1 Sam.* 6, 19). 4. La ira y la cólera de Dios persiguió a setenta hombres de la aldea de Betes, a quienes, sin ser dignos de tocar el arca, ya que no eran sacerdotes y, sin embargo, se acercaron a ella, mató de un golpe. Y las gentes de la aldea los lloraron por la desgracia que sufrieron, y prorrumpieron en gemidos por ellos, como era natural ante un castigo enviado por Dios, y cada familia lloraba a los suyos. Entonces, al demostrarse indignos de que el arca permaneciera entre ellos, por unos emisarios que enviaron al común de los hebreos les hacían saber que el arca había sido devuelta por los filisteos. Entonces ellos, al saberlo, la transportaron a Cariatiarim, ciudad próxima a la aldea de Betes. Allí llevaron el arca a casa de cierto individuo de la tribu de Leví, llamado Aminadab, que tenía fama de justo y que llevaba una vida piadosa, convencidos de que la llevaban a un lugar apropiado para Dios en el que habitaba un hombre justo. Y sus hijos cuidaron el arca, y prestaron este servicio durante veinte años, pues ésos fueron los que permaneció en Cariatiarim, después de pasar entre los filisteos cuatro meses.

19. *Samuel exhorta a los hebreos y los reúne en Masfat (1 Sam.* 7, 2). 2. 1. Y como todo el pueblo durante el tiempo en que la ciudad de los cariatiarimitas tuvo el arca se hubiera volcado en oraciones y sacrificios a Dios y manifestara gran veneración y consideración hacia Él, el profeta Samuel, al ver esta su predisposición y entender que era un excelente momento para hablar a los que se encontraban tan ansiosos de la libertad y de los bienes inherentes a ella, utilizó los argumentos con los que más creía que atraería y persuadiría sus sentimientos, pues les dijo: «Hombres, a quienes todavía ahora vuestros enemigos filisteos os resultan molestos, mientras que Dios os empieza a volverse favorable y amigo, no debéis ansiar únicamente la libertad, sino hacer además aquello por lo que podría llegaros a vosotros, ni tampoco desear libraros de los amos, mientras que continuáis haciendo lo que favorece su permanencia. Cambiad de proceder y sed justos, y, tras expulsar la maldad de vuestras almas, cuidadlas y dedicaros con el pensamiento entero a Dios, sin dejar de honrarlo. Porque si vosotros hacéis esto os vendrán los bienes, la liberación de la

esclavitud y la victoria sobre los enemigos, bienes que no os resulta posible obtener ni con las armas ni con la fuerza de vuestros cuerpos ni con masas de aliados, ya que Dios promete que os los entregará no por esos medios, sino por ser buenos y justos. Y garante de estas sus promesas soy yo». Cuando terminó este discurso, el pueblo prorrumpió en gritos de aprobación, satisfecho con su exhortación, y asintió que se entregaría contento a Dios. Y Samuel los reunió en una ciudad llamada Masfat, nombre que en hebreo significa *lugar espiado*. A continuación, tras proveerse de agua, ofrecieron libaciones a Dios y se volcaron en oraciones, guardando ayuno el día entero.

23. *Victoria hebrea sobre los filisteos (1 Sam.* 7, 7 y ss.). 2. Pero a los filisteos no les pasó inadvertido que los hebreos se habían reunido allí. Al contrario, al enterarse ellos de su asamblea, con un gran ejército y poderosos efectivos marcharon contra los hebreos, en la esperanza de caer sobre unos enemigos que ni se lo esperaban ni estaban preparados. Este proceder los asustó, infundiéndoles turbación y miedo, y por ello, corriendo a Samuel, insistían en asegurarle que sus ánimos estaban decaídos por el miedo y la anterior derrota y que por eso se estaban quietos, «para no soliviantar a las fuerzas enemigas, pero, al subirnos tú a orar, ofrecer sacrificios y efectuar juramentos, los enemigos nos han atacado cuando estábamos desprovistos de todo y desarmados. Por ello, no nos queda otra esperanza de lograr la salvación más que únicamente la que se deriva de ti y de Dios, si con tus oraciones lo convences a que nos conceda la gracia de escapar de los filisteos». Y Samuel no sólo los exhortó a que estuvieran tranquilos, sino que además les prometió que Dios los socorrería, y, tras coger un cordero lechal, lo sacrificó en favor de su pueblo y exhortó a Dios a que extendiera su mano derecha en ayuda de ellos durante la batalla contra los filisteos, y que no consintiera que los hebreos sufrieran un segundo descalabro. Y Dios prestó oído a sus súplicas y, acogiendo con espíritu propicio y amigo el sacrificio, les prometió la victoria y el triunfo. Y cuando Dios tenía aún el sacrificio sobre el altar y todavía no se había hecho cargo de todo él a través de la llama sagrada, avanzaron desde el campamento las fuerzas enemigas y formaron para la batalla, con la esperanza de obtener la victoria, al ver que los judíos se encontraban con la salida cortada, sin armas y sin haberse presentado

allí con intención de entablar combate, pero resultó que los filisteos cayeron envueltos en una situación tan infausta que aunque se lo hubieran advertido no lo habrían creído fácilmente. Pero Dios, primeramente, los zarandeó con un terremoto y, al sacudir la tierra, la hizo estremecer y que los amenazara, de tal manera que en medio de estas sacudidas de la tierra los filisteos según pisaban venían al suelo y, al separarse la tierra y formar algunas aberturas, se precipitaban por ellas. Luego, tras ensordecerlos con los ruidos de los truenos, envolverlos en los destellos de los refulgentes rayos con intención de quemar sus ojos y hacer caer de sus manos con estas vibraciones las armas, los obligó a emprender la huída desarmados. Pero Samuel, acompañado de la masa, salió tras ellos y, después de apuñalar a gran cantidad de ellos, los siguió hasta Correa,un lugar conocido por este nombre, y, tras fijar allí en el suelo, una piedra a manera de mojón, que definiera el lugar en que se produjo la victoria de los hebreos y la huida de los enemigos, denominó *Fuerte* a aquel lugar, en señal de la fuerza que les prestó Dios contra los enemigos.

29. *Samuel recupera el territorio hebreo conquistado (1 Sam.* 7, 13). 3. Los filisteos después de aquel descalabro ya no lanzaron sus ejércitos contra los israelitas, sino que se estaban quietos por miedo y recuerdo de lo que les había acontecido. Y la confianza que antes tenían los filisteos contra los hebreos ésa se puso de parte de éstos después de la victoria. Y Samuel, en una expedición militar que lanzó contra ellos, aniquiló a un gran número, abatió por completo su orgullo y les arrebató el territorio que habían arrebatado antes a Judea, cuando triunfaron en la batalla. Este territorio se extendía desde las fronteras de Gita hasta la ciudad de Acarón. Y por aquella época los cananeos supervivientes eran amigos de los israelitas.

31. *Samuel como juez (1 Sam.* 7, 15). 3.1. Y el profeta Samuel, tras reordenar el pueblo hebreo y asignar una ciudad a cada grupo de ellos, les mandó que, acudiendo a ellas, resolvieran sus mutuas diferencias, y él mismo, visitando estas ciudades todos los años, les administraba justicia y durante mucho tiempo dictó en abundancia excelentes fallos. Luego, pesado por la vejez e impedido de cumplir sus prácticas habituales, delegó en sus dos hijos el mando y patrocinio del pueblo, de los cuales el mayor se llamaba

Julo y el pequeño Abira. Y determinó que uno se sentara en la ciudad de Betel y allí juzgara los casos que le presentaran y el otro en Bersubi, tras distribuir la gente que había de obedecer a cada uno de ellos dos. Éstos fueron claro ejemplo y prueba de que algunos hijos no nacen iguales en carácter a sus progenitores, sino que a veces se manifiestan buenos y comedidos, a pesar de haber nacido de padres malvados, mientras que otras veces resultan unos viles, aun siendo de padres excelentes. En efecto, desviándose del comportamiento de su padre y siguiendo un camino contrario, sometieron la justicia a la corrupción y al lucro vergonzoso, y emitían fallos no acordes con la verdad, sino que los pronunciaban en función de la ganancia que pudieran obtener con ellos, y, así, inclinándose a la molicie y a un género de vida lujosísimo, se comportaban en forma contraria, primero, de Dios, y, en segundo lugar, del profeta y, a la vez, padre de ellos, quien había aportado para que el pueblo fuera justo numerosas iniciativas y desvelos.

35. *El pueblo exige un rey (1 Sam.* 8, 4). 3. El pueblo, al ver que los hijos del profeta atentaban contra la constitución y régimen anteriores, andaban molestos con este proceder y acudieron a Samuel, quien residía en la ciudad de Armata, y le referían no sólo los desafueros de sus hijos, sino también que el propio Samuel, al ser en aquel entonces viejo y estar débil por culpa de la edad para dirigir la política, ya no podía estar al frente de ellos igual que antes. Y, por ello, le pedían y suplicaban que nombrara a uno de ellos rey, quien había de gobernar al pueblo y tomar represalias contra los filisteos, quienes todavía les debían el correspondiente pago por sus iniquidades anteriores. Estas propuestas afligieron tremendamente a Samuel por su innato sentido de la justicia y su odio a los reyes, pues era un ferviente partidario del gobierno aristocrático por considerarlo divino y que hace felices a los que ponen en práctica su constitución. Y por la preocupación y tormento que le produjeron estas propuestas no se acordaba ni de comer ni de dormir, sino que resistía noches enteras dándole vueltas en su cabeza a este asunto.

38. *Dios encarga a Samuel que elija un rey (1 Sam.* 8, 7). 4 Cuando se encontraba en esa situación, se le apareció Dios y lo exhortó a que no sufriera por la petición que le había formulado el pueblo, porque no era Samuel a quien trataban de humillar, sino a

Él, para que no fuera el único rey. Y continuó diciéndole que estaban tramando esta operación desde el día en que los había sacado de Egipto, pero que, sin embargo, no tardarían mucho en arrepentirse penosamente «aunque este arrepentimiento no conseguirá evitar que no ocurra nada de lo que ahora vaya a ocurrir, pero en cambio resultarán convictos de habernos despreciado y de adoptar resoluciones ingratas para mí y los servicios que tú les prestaste con tus profecías. Te mando, en consecuencia, que les nombres rey a quien yo te indique, advirtiéndoles previamente cuán grandes desgracias experimentarán gobernados por un rey y protestando contra el tipo de cambio que propugnan».

40. *Samuel advierte al pueblo de los males de la monarquía (1 Sam.* 8, 10). 5. Samuel, tras oír esto y convocar con el alba a los judíos, confesó que les nombraría un rey, pero afirmó que primero debía darles cuenta de lo que les proporcionarían los reyes y de las calamidades en que se verían envueltos. Y les habló así: «Sabed, pues, que en primer lugar os arrancarán a los hijos y ordenarán que algunos de ellos sean conductores de carros de guerra, otros soldados de infantería y escoltas, otros más corredores, comandantes y capitanes, pero harán también artesanos que fabriquen armas, que construyan carros de guerra e inventen utensilios,y agricultores que cuiden de las fincas propias del rey y que caven sus viñas, y no hay nada que no hagan cuando se les mande, a manera de esclavos comprados por dinero. Y, en lo que a vuestras hijas respecta, las declararán perfumadoras, cocineras y panaderas, y se verán obligadas, por miedo a los golpes y a los tormentos, a cumplir todos los menesteres que prestan las esclavas. Y se apropiarán de vuestras riquezas, que regalarán a los eunucos y a sus escoltas, y vuestros rebaños de ovejas los agregarán a los suyos. En una palabra: vosotros, más todos los vuestros, serviréis al rey igual que sus propios criados. El cual, una vez que alcance ese cargo, os traerá el recuerdo de estas advertencias y hará que, arrepentidos al sufrir estas calamidades, supliquéis a Dios que se compadezca de vosotros y que os conceda una rápida liberación de los reyes. Pero Él no admitirá tales peticiones, sino que, desatendiéndolas, dejará que sufráis el justo castigo por este vuestro despropósito».

43. *Samuel se rinde a su insistencia (1 Sam.* 8, 19). 6. Pero resultó que la masa se mostró no sólo torpe para comprender esta

premonición de lo que sucedería, sino también reacia a arrancar ya de su cabeza aquella idea obsesiva asentada en su pensamiento, ya que ni cambiaron de actitud ni les importó un bledo el discurso de Samuel, sino que insistían tercamente y le pedían que les nombrara ya el rey y que dejara de preocuparse del futuro, puesto que para tomar represalias contra los enemigos era obligado disponer de quien los atacara, acompañado de ellos, añadiendo que, si las naciones vecinas eran gobernadas por reyes, no estaba fuera de lugar que también ellos tuvieran el mismo régimen político. Viendo Samuel que ellos no habían cambiado de opinión ni siquiera con las advertencias que les enunció, sino que continuaban en la misma idea, les dijo: «Marchad ahora cada cual a vuestras casas, que ya os mandaré venir a su debido tiempo, cuando Dios me haya comunicado quién es la persona que os da como rey.»

45. *Saúl se encuentra con Samuel (1 Sam.* 9, 1). 4.1. Había un hombre de la tribu de Benjamin, de noble familia y magnífica condición, llamado Cis, a quien le había nacido un hijo, que entonces era un joven de excelente hermosura y fornido de cuerpo, pero de una sensatez e inteligencia superiores a su aspecto. Se llamaba Saúl. El referido Cis, con motivo de habérsele extraviado y escapado del pasto unas borricas preciosas con las que disfrutaba más que con ninguna otra parte de su ganado, envió a su hijo en compañía de un criado en busca del haberío. Y Saúl, después de haber recorrido la tribu a que pertenecía siguiendo el rastro de las borricas, se adentró en las otras tribus, pero al no encontrarlas tampoco en éstas, tomó la determinación de regresar, para evitar que su padre se preocupara ya por él. Y, como el criado que le acompañaba le hubiera asegurado, al llegar a la altura de la ciudad de Armata, que en ella había un verdadero profeta y le aconsejara que acudiera a él, porque por él conocería lo que había sido de las borricas, le contestó que, si iban, no tenía absolutamente nada con que pagarle la predicción, puesto que se encontraba ya vacío de provisiones. Pero al asegurarle el criado que le quedaba un cuarto de siclo y que se lo daría (aunque estaban equivocados, por ignorar que el profeta no aceptaba pago alguno), se dirigieron a la ciudad y, al llegar a sus puertas y encontrarse con unas doncellas que iban a acarrear agua, les preguntaron por la casa del profeta. Y ellas se la indicaron y los animaron a que se diesen prisa antes de que él se reclinara a la mesa para comer, ya que tenía muchos invitados a la

mesa y se reclinaba en ella antes que los invitados. Samuel había reunido entonces a muchos a la mesa por el siguiente motivo: en efecto, como él pidiera todos los días a Dios que le anunciara a quién iba a hacer rey y se lo hubiera comunicado la víspera, ya que le había dicho que Él enviaría a la misma hora en que estaban hablando a un jovencito de la tribu de Benjamín, Samuel, sentado en la parte alta de su casa, esperaba a que se hiciera la hora, y, una vez que hubo llegado ésta, bajó y se dirigía a comer. Pero entonces se encontró con Saúl y Dios le indicó: «Ahí tienes al que ha de ocupar el poder». Saúl se acercó a Samuel y, dirigiéndose a él, le pidió que le indicara la casa del profeta, ya que dijo ignorarlo por ser forastero. Y como Samuel le contestara que era él y lo invitara a comer, tras hacerle saber que las borricas en busca de las cuales había sido enviado estaban a salvo y que tenía asegurado un cúmulo de bienes, Saúl, interrumpiéndole, le dijo: «Pero yo, señor, estoy demasiado abajo para concebir esas esperanzas y soy de una tribu bastante pequeña como para hacer reyes a alguno de sus miembros, y de una familia más insignificante que las demás familias. Pero tú te burlas y te ríes de mí, hablándome de cosas superiores a las que convienen a mi posición». El profeta, tras conducirlo al banquete, los hizo tumbarse, a él y a su acompañante, en la parte superior de los invitados, que ascendían a la cifra de setenta. Y ordenó a los sirvientes que ofrecieran a Saúl una porción regia. Y cuando llegó la hora de acostarse, los otros se levantaron y partieron, cada uno a su casa, mientras que Saúl se quedó a dormir con su criado en casa del profeta.

53. *Samuel unge a Saúl (1 Sam.* 9, 26 y ss.). 2. Y al amancer del día siguiente Samuel, tras levantarlo de la cama, lo acompañó un trecho de camino en el regreso a casa y, cuando hubo llegado fuera de la ciudad, le mandó que obligara al criado a que se adelantara, y que él se quedara detrás porque tenía que comunicarle una cosa sin que hubiera delante ningún otro. Saúl se despidió de su acompañante, y el profeta, tras coger la redoma, vertió óleo sobre la cabeza del joven y besándolo le dijo: «Sábete que has sido elegido rey por Dios para atacar a los filisteos y para defender a los hebreos. Y en prueba de ello te encontrarás con una señal que quiero que conozcas de antemano: cuando partas de aquí encontrarás a tres hombres que van camino de Betel a adorar a Dios. Verás que el primero de ellos lleva tres panes y el segundo un cabrito, y

les seguirá un tercero con un odre de vino. Ellos te saludarán, procurarán tratarte con amabilidad y te darán dos panes, que tú cogerás. Y de allí llegarás al lugar llamado *Monumento funerario de Raquel,* donde coincidirás con uno que te dará la buena noticia de que tus borricas están a salvo. Luego, llegándote de allí a Gabata, te encontrarás con profetas reunidos en asamblea y, volviéndote inspirado, profetizarás con ellos, de suerte que todo el que te vea quedará impresionado y te admirará, diciendo: «¿De dónde le viene al hijo de Cis llegar a tal grado de ventura?» Y, cuando te hayan ocurrido estas señales, sabrás que Dios está contigo, y deberás saludar a tu padre y a tus familiares. Luego llegarás a Gálgala, llamado por mí, para ofrecer a Dios sacrificios en acción de gracias por estos dones». Tras anunciarle y poner al joven en antecedentes de estos hechos, lo despidió. Y a Saúl le salió todo conforme a lo que Samuel le había advertido.

58. *Discreto silencio de Saúl (1 Sam.* 10, 13). 3. Cuando Saúl llegó a casa, al preguntarle por el viaje y lo sucedido en él su pariente Abenar (y eso que era precisamente éste al que Saúl quería más que a cualquier otro de los suyos), de lo demás no le ocultó nada, ni cómo había llegado a casa del profeta Samuel, ni cómo aquél le había hecho saber que las borricas estaban a salvo, pero el tema del trono y asuntos concernientes a él, cuestiones que creía que, de ser oídas, producirían envidia e incredulidad, se las calló a él, y no consideró seguro ni discreto comunicárselo ni siquiera a quien parecía apreciarlo profundamente y a quien él quería más que a los que compartían su misma sangre, pensando, según creo, cómo reacciona la naturaleza humana ante la verdad y cómo no hay nadie, ni amigo ni pariente, que conserve tampoco su sentimiento afectuoso firme ante la concesión de brillantes dones por Dios, sino que ante la superioridad se muestran ya malos y resentidos.

60. *Asamblea en Masfata (1 Sam.* 10, 17). 4. Samuel convocó al pueblo en la ciudad de Masfata y le dirigió las siguientes palabras, que, según él, se las decía por encargo de Dios: que, después de haberles dado Dios la libertad y sometido a sus enemigos, se habían olvidado de estos beneficios, y que a Dios lo habían depuesto de su condición de rey, sin saber que lo mejor es ser protegido por el mejor de todos y que el mejor de todos es Dios, mientras que preferían tener a un hombre como rey, quien trataría

a sus subordinados como reses, según quisiera, apeteciera y lo impulsara cualquier otro sentimiento, harto de un poder sin tasa, pero que no se esforzaría por conservar a la raza humana, como haría de ser una creación y un aparato propios, a diferencia de Dios, que justo por ese motivo cuidaría de ellos. Y terminó con estas palabras textuales: «Pero puesto que vosotros habéis tomado esta determinación y ha triunfado la injuria a Dios, ordenaos todos por tribus y dignidades, y echad suertes».

62. *Saúl elegido rey (1 Sam.* 10, 20). 5. Tras cumplir los hebreos este mandato, le tocó en suerte a la tribu de Benjamín, y, sorteada ésta, le correspondió a la familia llamada Matris, y, sorteados todos los hombres de ésta, salió rey Saúl, el hijo de Cis. Pero el joven, al enterarse de ello, antes de que se lo comunicaran se alejó, por no querer, según creo, parecer que recibía con gusto el mando, sino que mostró tan gran dominio de sí y tanta prudencia que, mientras la inmensa mayoría no pueden contener la alegría por insignificantes éxitos, sino que corren a hacerse ver de todo el mundo, éste, sin embargo, no sólo no evidenció nada de esto por haber conseguido hacerse rey y por haber sido designado soberano de tan numerosas y tan importantes tribus, sino que incluso se sustrajo a la contemplación de los que iban a ser sus súbditos y los obligó a buscarlo y que pusieran todo su empeño en ello. Y, como ellos estuvieran perplejos y dieran vuelta en su cabeza sobre cuál era la razón por la que había desaparecido Saúl, el profeta suplicó a Dios que les indicara dónde se encontraba y que sacara a la luz al joven. Y, como hubiera sabido por Dios el lugar donde estaba oculto Saúl, envió a unos emisarios con el encargo de traerlo, y, una vez que llegó, lo colocó en medio del pueblo. Y Saúl destacaba de todos y por su altura era el más digno rey.

66. *Saúl es aclamado rey* (años 1050-1012 a. C.) *y regresa a su casa (1 Sam.* 10,24). 6. Y el profeta dijo: «Este es el rey que Dios os ha dado. Y observad cómo es no sólo superior a todos, sino también digno del cargo.» Y como el pueblo hubiera prorrumpido en gritos de «¡Dios salve al rey!», el profeta, tras poner por escrito los sucesos que habían de ocurrir, procedió a dar lectura a ellos, a los que el rey prestaba oídos, y luego depositó el libro en el tabernáculo de Dios, como prueba para las futuras generaciones de su predicción. Samuel, una vez que hubo cumplido esta operación,

disolvió la asamblea. Y, por lo que a él respecta, pasó a la ciudad de Armata, ya que era su lugar de nacimiento, al tiempo que a Saúl, en su regreso a Gabata, de la que era oriundo, le acompañaron muchos hombres honrados, tributándole los honores convenientes a su condición de rey, pero también muchos más malvados, los que, llevados del desprecio hacia él, no sólo se mofaban de los demás, sino que además ni le ofrecían obsequios ni ponían interés ni esmero en atraerse a Saúl.

68. *Guerra con Naás, el amonita (1 Sam.* 11, 1), 5. 1. Pero, un mes después, la guerra contra Naás, rey de los amonitas, dio origen a que todos lo estimaran. En efecto, el citado Naás infligió cuantiosos daños a los judíos que habitaban al otro lado del río Jordán, tras haberlo cruzado con un poderoso y aguerrido ejército para atacarlos. Y sometió a la esclavitud sus ciudades, de momento subyugándolos por la fuerza y violencia, y mediante el ingenio y la astucia haciéndolos débiles para que en el futuro no pudieran tampoco proceder a la defección y escapar a la esclavitud que le debían. En este sentido, a los que o bien llegaban a él bajo garantía de seguridad o bien eran hechos prisioneros de acuerdo con las normas vigentes en la guerra, les sacaba el ojo derecho. Y lo hacía para que quedaran completa y absolutamente inútiles para la guerra, dado que también la visibilidad del ojo izquierdo estaba tapada por el escudo. Y el rey de los amonitas, tras infligir este castigo a las gentes de allende el Jordán, llevó el ejército contra los habitantes de Galad y, después de acampar junto a la capital de los enemigos, que era Jabis, envió a presencia de ellos embajadores para mandarles que se entregaran inmediatamente con la aceptación de que él les sacara el ojo derecho, pues de lo contrario les amenazaba con poner cerco a la ciudad y arrasar sus ciudades. También les dijo que en sus manos estaba la elección entre aceptar prescindir de una pequeña parte del cuerpo o perder la vida. Pero los habitantes de Galad, asustados, no se atrevieron a hacer la más mínima alusión ni a lo uno ni a lo otro, ni si se entregaban ni si optaban por la guerra, pero pidieron obtener una tregua de siete días, para enviar embajadores a sus compatriotas y solicitarles que se hicieran sus aliados y, si acudían en su ayuda, entrar en guerra, mientras le aseguraban que, si la respuesta de aquéllos era negativa, se entregarían, comprometiéndose a aceptar todas sus condiciones.

73. *Saúl se entera de los apuros de los habitantes de Galad (1 Sam.* 11, 4 y ss.). 2. Y Naás, infravalorando a las gentes de Galad y su respuesta, no sólo les concedió la tregua solicitada, sino que además les permitió enviar embajadores en busca de los aliados que quisieran. Consecuentemente, por embajadores que enviaron inmediatamente a las distintas ciudades difundían a los israelitas el peligro que entrañaba Naás y el trance en que se encontraban. Y ellos prorrumpieron en lágrimas y lamentos al oír la situación desesperada en que estaban envueltos los habitantes de Jabis, pero el miedo no los dejaba hacer ninguna otra cosa más que eso. A su vez, cuando los emisarios se presentaron también en la ciudad del rey Saúl y dieron a conocer los peligros que amenazaban a los habitantes de Jabis, el pueblo experimentó la misma sensación que los anteriores, pues se lamentaba del infortunio de sus congéneres. Pero, en cambio, Saúl, al llegar a la ciudad de vuelta de las faenas agrícolas, se encontró con que sus conciudadanos estaban llorando y, habiéndoles preguntado por el motivo de su confusión y abatimiento, se enteró de la noticia transmitida por los mensajeros. Y, entrando en trance, despidió a los embajadores de la ciudad de Jabis, después de haberles prometido que llegaría en su ayuda tres días después y que habría triunfado sobre los enemigos antes de la salida del sol, para que éste, al asomar, los viera ya victoriosos y libres de todo temor. Pero luego mandó que se quedaran algunos de ellos para que le enseñaran el camino.

77. 3. Y, deseoso de forzar al pueblo a que, por miedo a un castigo, se volcara en la guerra contra los amonitas y se reuniera más deprisa, tras cortar los tendones de algunos bueyes de su propiedad amenazó con hacer lo mismo con los bueyes de todos ellos si al día siguiente no se presentaban armados a orillas del Jordán y le seguían a él y al profeta Samuel adondequiera que los condujesen. Y como ellos por precaución ante el castigo con que les amenazó se hubieran reunido a la hora fijada, Saúl pasó revista a las tropas en la ciudad de Bala [2], y se encontró con que el número de los congregados ascendía a los setecientos mil hombres, prescindiendo de la tribu de Judá, pues los de esta tribu sumaban setenta mil. Y, tras cruzar el Jordán y recorrer en marcha ininterrumpida

[2] Tal vez la actual *Khirbet Ibzig* (Thackeray).

un trayecto de diez *schoenos*[3] llegó antes de la salida del sol, y, después de dividir el ejército en tres partes, cayó desde todos los ángulos y de repente sobre los enemigos, quienes no se lo esperaban, y, tras trabar combate, mató a otros muchos amonitas y entre ellos al rey Naás. Esta brillante hazaña fue obra de Saúl, cuya fama se extendió por todas partes y puso en boca de todos los hebreos, siendo aplaudido por ellos y obteniendo una admirable gloria por su valentía. Pues incluso si había algunos que lo despreciaban antes, pasaron entonces a apreciarlo y a tenerlo por el mejor de todos. Y es que él no se había contentado únicamente con haber salvado a los habitantes de Jabís, sino que incluso, tras llevar sus tropas contra el país de los amonitas, lo sometió todo él y regresó radiante a su tierra con abundante botín. Y el pueblo, contento con los éxitos de Saúl, se alegraba de haber elegido rey a uno como él, y contra los que habían sostenido que Saúl no valdría lo más mínimo para llevar los asuntos de Estado gritaban: «¿ Dónde están ahora ésos?» y «que paguen su merecido» y todas esas expresiones que una turba, exaltada con los éxitos, suele pronunciar contra los que recientemente vilipendiaban a los autores de ello. Y, si por un lado saludó alborozado Saúl al pueblo por el afecto y el cariño que mostraba hacia él, juró, sin embargo, que no consentiría que ninguno de sus compatriotas fuera aniquilado aquel día, alegando en pro de su punto de vista que estaba fuera de lugar pretender manchar la victoria otorgada por Dios con la sangre y la muerte de gentes que eran de su misma raza, y que convenía más celebrar una fiesta en un espíritu de mutua concordia.

83. *Samuel proclama rey a Saúl por segunda vez (1 Sam.* 11, 14). 4. Y, como Samuel hubiera asegurado que era menester ratificar a Saúl la dignidad de rey con una segunda proclamación, se reunieron todos en la ciudad de Gálgala, ya que éste era el lugar adonde había mandado que acudieran. Y en presencia del pueblo el profeta volvió a ungir a Saúl con el santo óleo y lo proclamó rey por segunda vez[4]. Y de esta manera el régimen político de los hebreos se transformó en monarquía. En efecto, en tiempos de Moisés y de su discípulo Josué, que fue caudillo del ejército, per-

[3] Medida de longitud que oscila entre treinta y cuarenta estadios (el estadio tiene unos 185 metros).

[4] Cf. cap. 54.

manecieron bajo régimen aristocrático, mientras que a la muerte del último la anarquía se adueñó del pueblo durante un período de diez años más otros ocho. Pero al cabo de esta espacio de tiempo volvieron al régimen anterior, encomendando el poder judicial absoluto a la persona que pasara por haber sido el más destacado en la guerra y en valentía. Y por este motivo a este período de régimen lo llamaron *la época de los Jueces.*

86. *Samuel se dirige al pueblo (1 Sam.* 12, 1). 5. Y Samuel, el profeta de los hebreos, celebrando una asamblea, dijo: «Os conmino, por Dios poderosísimo, quien trajo a este mundo a aquellos excelentes hermanos, es decir, a Moisés y Arón, y a nuestros padres los arrancó de las garras de los egipcios y de la sumisión que les prestaban, a que, sin la menor concesión al respeto y sin retraeros por miedo y sin ceder a ningún otro sentimiento, digáis si yo he hecho algo torpe e injusto, ya por lucro, ya por ambición, ya por favoritismo a otros, y a que probéis si he aceptado algo de esas características, un ternero o una oveja (a pesar de que recibir estos animales para comer parece algo irreprochable), o si molesté a alguien arrebatándole para mi uso particular su bestia de carga, y a que me acuséis, aquí en presencia de vuestro rey, de haber cometido uno solo de estos crímenes». Y ellos proclamaron que no se había producido nada de esto por iniciativa suya, sino que él había dirigido a su pueblo con un comportamiento santo y justo.

88. *Samuel protesta contra su elección de un rey (1 Sam.* 12, 7). 6. Y Samuel, una vez que contó con este testimonio otorgado por todo el pueblo, dijo: «Dado que me habéis concedido el don de que vosotros ya no podéis atribuirme a mí desafuero alguno disponeos a escucharme, porque os digo con total sinceridad que cometisteis un grave sacrilegio contra Dios, al exigir un rey. Os había convenido tener presente en la mente, por un lado, que el padre de nuestros padres, Jacob, acuciado por el hambre, llegó a Egipto acompañado únicamente de setenta personas de nuestra raza,y, por otro, que, después de haber nacido allí infinitos miles de millares de los nuestros, a los que los egipcios sometieron a la condición de esclavos y a intolerables vejaciones, Dios, ante los ruegos de nuestros antepasados, les concedió la gracia de librar al pueblo, sin necesidad de rey alguno, de aquel avasallamiento, al enviarles a los hermanos Moisés y Arón, quienes os trajeron a la tierra que

ahora ocupáis. Y, después de haber obtenido de Dios estos bienes, abandonásteis su culto y veneración. No obstante, todavía cuando caísteis en manos de los enemigos os liberó de ellos, primero habiéndoos hecho superiores a los asirios y a su poderío, y luego concediéndoos el don de triunfar sobre los amonitas, moabitas y, en último lugar, sobre los filisteos. Y obtuvisteis estos éxitos sin contar con rey que os dirigiera, sino con Jeftá y Gedeón, generales del ejército. ¿Qué insensatez, pues, se apoderó de vosotros para que huyerais de Dios y quisiérais estar bajo un rey? De todas formas yo designé rey al que el propio Dios había elegido. Sin embargo, para poneros de manifiesto que Dios está irritado y molesto por vuestra elección de una persona para la dignidad de rey, procuraré que Dios os lo muestre claramente por medio de señales. En efecto, el fenómeno que ninguno de vosotros había visto que haya ocurrido aquí nunca jamás antes de ahora, concretamente un temporal invernizo en pleno verano, conseguiré, tras la correspondiente petición a Dios, que vosotros lo veáis ahora.» Y, cuando Samuel hubo terminado de pronunciar estas palabras al pueblo, la Divinidad confirmó con truenos, relámpagos y una tromba de granizo la verdad más absoluta en las palabras del profeta, de suerte que, quedándose estupefactos y sobrecogidos de miedo, confesaban que habían pecado y que habían caído en ese error por ignorancia, y suplicaban al profeta que, como padre bueno y clemente, restableciera el tradicional afecto de Dios hacia ellos y consiguiera que Dios les perdonara el pecado que habían cometido y que había que sumar a sus otros pecados de insolencia y transgresión de la ley. Y él prometió no sólo que invitaría a Dios a que comprendiera este fallo de ellos, sino incluso que lo convencería, pero les aconsejaba, sin embargo, que fueran justos y buenos y que se acordaran siempre de los males que les habían sobrevenido por faltar a la virtud, y también de los milagros de Dios y de la legislación de Moisés, si es que aspiraban a salvarse y a ser dichosos ellos y con ellos su rey. Les aseguraba, en cambio, que, si hacían caso omiso de estos consejos, recaería tanto sobre ellos como sobre el rey un tremendo escarmiento. Y Samuel, tras haber hecho estas advertencias a los hebreos, los soltó para que se fueran a sus casas,tras haber ratificado a Saúl la dignidad de rey por segunda vez.

95. *Saúl se prepara para la guerra con los filisteos (1 Sam.* 13, 2). 6.1. Saúl, tras escoger entre el pueblo a unos tres mil hom-

bres, fijó su residencia en la ciudad de Betel, habiendo tomado a dos mil de ellos como escolta, y a su hijo Jonatán lo envió a Gebala, después de entregarle los restantes para que guardaran su persona. Y Jonatán logró rendir cierta fortaleza de los filisteos, situada no lejos de Gebala. Y es que los filisteos, como tenían sometidos a los judíos, no sólo los habían privado del armamento y habían ocupado con guarniciones los fuertes situados en su país, sino que además les habían prohibido terminantemente llevar armas de hierro y hacer uso del hierro, y a causa de esta prohibición los agricultores hebreos, siempre que debían reparar algún apero, ya una reja, ya un azadón, ya algún otro útil de labranza, acudían a los filisteos para cumplir ese menester. Por eso, cuando llegó a oídos de los filisteos la noticia del aniquilamiento de la referida guarnición, lo tomaron por la tremenda y, considerando el desprecio de que fueron objeto una terrible afrenta, emprendieron una expedición militar contra los judíos, llevando contra ellos trescientos mil soldados de infantería, treinta mil carros de guerra y seis mil hombres de caballería. Acamparon junto a la ciudad de Macma, y Saúl, el rey de los hebreos, cuando lo supo, bajó a la ciudad de Gálgala y lanzó una proclama por todo el país, llamando al pueblo a la guerra contra los filisteos para conseguir la libertad, minimizando la capacidad de sus fuerzas y motejándolas de cosa que no merecía la pena tener en cuenta ni de temer correr peligro alguno al enfrentarse a ellas. Pero los hombres de Saúl, al pensar en el elevado número de las fuerzas filisteas, se asustaron, y algunos de ellos se ocultaron en las cuevas y galerías subterráneas, pero los más huyeron a las tierras del otro lado del Jordán, tierras que pertenecían a Gad y Rubel.

100. *Sacrificio prematuro de Saúl (1 Sam.* 10, 8 y ss.). 2. Y Saúl por medio de emisarios que envió al profeta lo llamó junto a sí para que le ayudara a analizar el tema de la guerra y el estado general de la situación presente. Y Samuel le mandó que lo esperara allí mismo y que fuera preparando víctimas para el sacrificio, pues llegaría junto a él seis días después, para ofrecer ellos un sacrificio el séptimo y luego ya trabar combate con los enemigos. Y Saúl esperó como el profeta le había encargado, pero sin embargo ya no observó el mandato indefinidamente, sino que cuando vio que el profeta se retrasaba y que él mismo iba siendo abandonado por los soldados, cogió las víctimas y celebró el sacrificio. Luego, cuando oyó

que Samuel venía de camino, salió a recibirlo. Pero éste le aseguró que no había obrado correctamente, al desobedecer los encargos que le había hecho y actuar sin contar con su presencia, a la que se había anticipado, cuando ella iba a estar dedicada, por voluntad de Dios, a rogarle y ofrecerle sacrificios en pro de su pueblo, por lo que había hecho un mal sacrificio y había procedido precipitadamente. Y, como Saúl se defendiera y alegara, por un lado, que había esperado los días que había fijado, y, por otro, que se había apresurado a efectuar el sacrificio obligado por la imperiosa necesidad que implicaba la deserción de sus soldados por miedo y el establecimiento del campamento de los enemigos en Macma, y también el haber oído que la bajada de aquéllos a Gálgala tenía como objetivo atacarlo a él, Samuel, replicándole, le dijo: «De todas formas, tú debes saber que, si hubieras sido justo y no me hubieras desobedecido ni hubieras desatendido las sugerencias que Dios me había hecho acerca de la situación presente, actuando con más premura de lo que convenía al Estado hebreo, te habría sido dado, no sólo a ti mismo, sino también a tus descendientes, ser rey de este pueblo durante un período de tiempo larguísimo.» Y Samuel, molesto por lo sucedido, regresó a sus lares, mientras que Saúl, acompañado de su hijo Jonatán, llegó a la ciudad de Gabaón, llevando consigo únicamente seiscientos hombres. Pero, además, la mayoría de ellos no disponían de armas, ya que el país carecía de hierro y de los artesanos que pudieran forjar las armas, pues los filisteos no permitían que las hubiera, como hemos señalado un poco antes[5]. Y los filisteos, después de dividir el ejército en tres partes y avanzar por otras tantas vías de penetración, procedieron a asolar el territorio de los hebreos, cosa que veían Saúl, su rey, y su hijo Jonatán, pero sin que pudieran defender su tierra, dado que contaban únicamente con seiscientos hombres. Al contrario, sentados en lo alto de una colina el propio Saúl, su hijo y el Sumo Sacerdote Aquias, que era descendiente del Sumo Sacerdote Elí, y viendo su tierra saqueada,fueron presa de una tensión tremenda. Pero el hijo de Saúl propuso al soldado que portaba sus armas llevar a cabo, después de avanzar por vías recónditas, una incursión en el campamento de los enemigos e infundirles así inquietud y desasosiego. Y como el susodicho soldado que portaba sus armas le hubiera asegurado que lo seguiría decididamente adondequiera que lo condujera aunque fuera preciso

[5] Cap. 96.

morir, aceptó la colaboración del joven y, tras bajar de la colina, se dirigía hacia los enemigos. Ahora bien, el campamento enemigo se encontraba en lo alto de un risco, inexpugnable porque una roca lo protegía todo en derredor con tres salientes que, a manera de baluartes, se estrechaban y reducían hasta gran distancia. De ahí venía que estuviera descuidada la vigilancia del campamento, porque al lugar en cuestión por gracia de la naturaleza le sobraba seguridad y porque creían que era de todo punto imposible a cualquiera no sólo subir por aquellos salientes, sino incluso acceder hasta ellos. Pues bien, cuando llegaron al campamento, Jonatán animó al soldado encargado de portar sus armas y luego le dijo: «Lancémonos contra los enemigos, y si, al vernos, nos invitan a que subamos hasta ellos, recíbelo como señal de victoria, pero si no dicen nada, adoptando la apariencia de no invitarnos, debemos darnos la vuelta». Y, como ellos se acercaran al campamento de los enemigos cuando el día clareaba ya un poco, los filisteos, al verlos, se comunicaron unos a otros que los hebreos, saliendo de las galerías subterráneas y de las cuevas, avanzaban hacia ellos, al tiempo que dijeron a Jonatán y al soldado que portaba sus armas: «Subid aquí, hasta donde estamos nosotros, para que podamos tomar contra vosotros las represalias que os merecéis por este atrevimiento». Y como el hijo de Saúl interpretara la frase en el sentido de que le indicaba victoria, de momento se retiraron del lugar en que habían sido vistos por los enemigos, y, soslayándolo, llegaron hasta la roca, que estaba carente de vigilancia por la seguridad que ofrecía. Y desde allí, trepando con enorme esfuerzo, lograron superar las dificultades naturales del terreno hasta subir junto a los enemigos, y luego, cayendo sobre ellos que estaban dormidos en la cama, mataron como cosa de unos veinte, pero infundieron a todos ellos tanto azoramiento y susto que algunos huyeron después de arrojar lejos de sí todo su equipo militar, aunque los más, al no conocerse entre sí por pertenecer a muy diferentes naciones y considerarse mutuamente enemigos (pues se imaginaban que los hebreos que habían subido hasta ellos no eran solamente dos) se aprestaron a la lucha unos contra otros. Y, de ellos, unos perecieron por golpes de otros, pero algunos alcanzaron la muerte al despeñarse desde lo alto de las rocas, empujados en su huida.

115. *Derrota de los filisteos (1 Sam.* 14,16). 3. Y como los espías de Saúl hubieran hecho saber al rey que el campamento de

los enemigos estaba inquieto, Saúl procedió a interrogar a sus hombres, no fuera que alguno de los suyos hubiera desertado. Y, al oír que se había marchado su hijo y, con él, el soldado que portaba sus armas, mandó al Sumo Sacerdote que, revestido con el atuendo propio del Sumo Sacerdote, procediera a profetizarle el futuro. Y como él le hubiera hecho saber que obtendría la victoria y el triunfo sobre los enemigos, marchó contra los filisteos y los atacó en el momento en que estaban inquietos y matándose unos a otros. Y afluyeron también a él los que antes se habían refugiado en las galerías subterráneas y en las cavernas, al oír que iba venciendo Saúl. Y, cuando los hebreos sumaban ya unos diez mil, persiguió a los enemigos, que se encontraban desperdigados por toda la región. Y, bien fuera de alegría por la victoria conseguida tan inesperadamente (pues ocurre que quienes obtienen éxitos en esas condiciones no conservan la razón), bien por ignorancia, Saúl incurrió en una acción tremenda y sujeta a un gran reproche. En efecto, deseoso de vengarse y exigir el debido castigo a los filisteos, lanzó imprecaciones contra los hebreos, para que si alguno de ellos, absteniéndose de matar enemigos, comía antes de que la llegada de la noche los obligara a suspender la matanza y la persecución de los adversarios, ése quedara incurso en la maldición. Una vez que Saúl hubo pronunciado esa imprecación y los hebreos habían llegado a cierto bosque espeso y repleto de abejas, perteneciente al distrito de Efraim, el hijo de Saúl, que no había oído la imprecación de su padre ni la conformidad que a ella había dado el pueblo, tras exprimir un panal, comió miel. Y como en este medio tiempo se hubiera enterado de que su padre había prohibido con una terrible imprecación que nadie probara bocado antees de que se pusiera el sol, paró de comer, y aseguró que la prohibición de su padre no era correcta, ya que, si tomaban una ración de comida, al perseguir a los enemigos con mayor fuerza y coraje, alcanzarían y matarían a un número muy superior de ellos.

120. *Saqueo del campamento filisteo (1 Sam.* 14, 31). 4. Pues bien, después de haber pasasado a cuchillo a decenas de millares de filisteos, se dirigieron a la caída de la tarde al saqueo del campamento filisteo y, habiéndose hecho con abundante botín y mucho ganado, lo degollaron y lo comieron con sangre. Y por los intérpretes de la ley le fue comunicado al rey que el pueblo pecaba contra Dios con ese tipo de sacrificios y que comían las víctimas

antes de expurgar perfectamente la sangre y de poner la carne en estado de pureza. Y Saúl mandó que se hiciera rodar una pieda grande entre medias de todos y a su vez hizo público que a continuación la masa sacrificara las víctimas y que la carne no se comiera con sangre, porque ésta no era grata a Dios. Y, tras actuar así todos conforme a la orden del rey, Saúl levantó allí un altar y sobre él ofreció un holocausto a Dios. Éste fue el primer altar que construyó.

122. *Saúl descubre el error de Jonatán (1 Sam.* 14, 36). 5. Y como Saúl deseara llevar inmediatamente el ejército contra la empalizada de los enemigos para proceder al saqueo de las riquezas contenidas dentro de ella antes de que se hiciera de día y los soldados no vacilaran seguirle, sino que mostraran absoluta predisposición de ánimo a cumplir lo que les encomendaba, el rey, después de llamar al Sumo Sacerdote Aquitob, le mandó averiguar si Dios les autorizaba y concedía marchar contra el campamento de los enemigos para aniquilar a los que se encontraran en él. Y, al decirle el sacerdote que Dios no respondía, Saúl dijo: «Está claro que no sin motivo Dios no da respuesta a nuestra pregunta, ya que se trata de alguien que hasta ahora nos ha advertido todo por su propia iniciativa y nos lo ha dicho aun antes de que se lo preguntáramos. En estas circunstancias, es evidente que algún pecado que nosotros hemos cometido contra Él y que nos pasa desapercibido es el culpahle de este su silencio. Y, en consecuencia, juro por el mismo Dios y afirmo solemnemente que, aunque sea mi propio hijo Jonatán quien ha cometido este pecado, lo mataré y de esta manera intentaré volver a Dios propicio para nosotros, actuando con él como si exigiera castigo por el referido pecado a una persona extraña que no tuviera nada que ver conmigo». Y, como la masa aplaudiera este su proceder, inmediatamente mandó a todos formar juntos, y formó también el propio Saúl y, con él, su hijo, separados de los demás, y luego buscó conocer al delincuente recurriendo al sorteo. Y salió que ése parecía ser Jonatán. Y, preguntado por su padre en qué había delinquido y qué falta se había permitido cometer a lo largo de su vida incorrecta e impíamente, le contestó: «Padre, ninguna otra salvo que ayer, al ignorar la existencia de tu imprecación y del juramento, degusté la miel de unos panales mientras perseguía a los enemigos». Pero Saúl juró matarlo y estimó en más el juramento prestado que el cariño entre hijo y

padre. Y Jonatán no se asustó ante la amenaza de su padre de matarlo, sino que, arrostrándola con entereza y magnanimidad, dijo: «Tampoco yo voy a suplicarte, padre, que me perdones, sino que la muerte es dulcísima para mí, al producirse en bien de tu piedad hacia Dios y en honor a una brillante victoria, ya que supone un consuelo grandísimo dejar a los hebreos triunfadores sobre los filisteos». Con esto todo el pueblo sufrió y se compadeció, y juró que no consentiría que muriera el autor de la victoria. Y, así, lo sustrajeron de la maldición de su padre, al tiempo que hicieron votos a Dios por el joven para que lo exonerara de su pecado.

121. *Victorias de Saúl (1 Sam.* 14, 46). 6. Y Saúl volvió a la ciudad, tras haber aniquilado a unos sesenta mil soldados enemigos. Su reinado fue dichoso, y en las guerras que llevó a cabo contra los pueblos vecinos sometió a los amonitas, moabitas, filisteos, idumeos, amalecitas y al rey de Soba. Tuvo tres hijos varones, Jonatán, Jesús y Melquis, y mujeres, Merobe y Mical. Y como comandante en jefe tuvo a Abenar, el hijo de su tío. Éste se llamaba Ner. Ner y Cis, el padre de Saúl, fueron hermanos, hijos de Abelios. Saúl tuvo también multitud de carros de guerra y soldados de caballería, y salió victorioso de todas las guerras que entabló. Y a los hebreos los llevó a altas cotas de bienestar y felicidad, y los hizo más poderosos de lo que eran las otras naciones. Y nombró escoltas de su persona a los jóvenes que descollaban por su altura y belleza.

131 *Samuel envía a Saúl a acabar con los amalecitas (1 Sam.* 15, 1). 7. 1. Y Samuel, tras presentarse a Saúl, le dijo que había sido enviado a él por Dios, para recordarle que lo había designado rey, prefiriéndolo a cualquier otro, pero que debía obedecerle y prestar oídos a sus dictados por lo siguiente, porque Saúl tenía el poder sobre su pueblo, mientras que Dios lo tenía no sólo sobre el propio Saúl, sino también sobre todas las cosas. Samuel, pues, le insistía en asegurarle que Dios, a través de él, le encargaba lo siguiente: «Puesto que los amalecitas causaron numerosos males a los hebreos en el desierto, cuando, tras salir de Egipto, se dirigían a su territorio actual, te mando que inicies una guerra contra los amalecitas para vengarte de ellos y que, después del triunfo, no dejes señal de ellos, sino que los pases a cuchillo a todos de cualquier edad y los mates, empezando por las mujeres y los niños, y

que tomes tan duras represalias por lo que hicieron a vuestros antepasados, sin respetar ni animales de uncir ni otro ganado alguno para provecho y posesión particular, sino que debes ofrendarlos todos a Dios y, siguiendo los mandatos de Moisés [6], borrar el nombre de Amalec».

134. *Saúl pasa revista a sus tropas en Gálgala (1 Sam.* 15, 4). 2. Y Saúl prometió cumplir el mandato y, pensando que la obediencia a los dictados de Dios no se reducía únicamente a efectuar una expedición militar contra los amalecitas, sino todavía más a mostrar en ello presteza y rapidez sin dar lugar a retraso alguno, concentró todas sus fuerzas y, tras pasar revista a ellas en Gálgala, comprobó que sumaban cuatrocientos mil israelitas, excluida la tribu de Judá. Pues esta tribu por sí sola representaba treinta mil hombres. Y Saúl, después de invadir el territorio de los amalecitas, tendió numerosas insidias y asechanzas en torno al torrente, para no sólo hacerles daño en lucha abierta, sino también para aniquilarlos, cayendo sobre ellos inesperadamente por los caminos y cercándolos. Y, efectivamente, tras trabar combate con los enemigos, los obligó a darse la vuelta y los destruyó a todos, persiguiéndolos en su huida. Y como esta operación le salió según le había anunciado Dios, atacó a las ciudades de los amalecitas y, tras rendir y tomar, a unas con máquinas de guerra, a otras con excavaciones subterráneas y con murallas construidas desde fuera para anular las de las ciudades, a otras por hambre y sed, y a las demás por distintos procedimientos, pasó a cuchillo a mujeres y niños, pensando que con ello no hacía nada cruel ni de una dureza superior a lo propio de la naturaleza humana, primero porque eran enemigos contra quienes operaba, y luego porque lo hacía por mandato de Dios y no obedecerle conllevaba sus riesgos. Pero hizo prisionero incluso a Agag, el rey de los enemigos, a quien lo juzgó merecedor de que se le respetara la vida al quedar maravillado de la hermosura y altura personal, hecho que ya no realizó como quería Dios, sino dominado por un sentimiento personal y concediendo inoportunamente por compasión un favor para el que no tenía facultad, a no ser con grave riesgo suyo. En efecto, Dios cogió tal aborrecimiento a la nación amalecita que había mandado no respetar siquiera a los niños de la más tierna edad, quienes más que ningún

[6] Cf. *Ant. judías* 3, 60.

otro era natural que suscitaran compasión, mientras que Saúl salvó al rey de este pueblo y responsable máximo de los males causados a los hebreos, poniendo la belleza del enemigo por delante del encargo que Dios le había encomendado. Pero también el pueblo cometió pecado como Saúl, ya que también él respetó y usurpó animales de yugo y otro ganado, cuando Dios había mandado no preservarlos, al tiempo que se apropiaron de los otros bienes y riquezas, mientras que sólo alguna pequeñez que no mereciera la pena poseer fue lo que destruyeron.

140. *Más conquistas de Saúl (1 Sam.* 15, 6-7). 3. Saúl venció y luego aniquiló a todos los enemigos que se extendían desde Pelusium de Egipto hasta el Mar Rojo, exceptuando al pueblo de los sicimitas, pues éstos habitaban en el corazón del territorio madianita. Y por unos emisarios que les envió antes de la batalla les comunicó que se retiraran, a no ser que quisieran recibir el mismo trato que los amalecitas, haciéndoles saber además que él tenía motivos para salvarlos, dado que eran parientes de Ragüel, el suegro de Moisés.

141. *Irritación de Dios por la transgresión de Saúl (1 Sam.* 15, 10). 4. Y Saúl, convencido de no haber desobedecido ninguno de los encargos que el profeta le había encomendado cuando se disponía a llevar a cabo la guerra contra los amalecitas, sino creyendo que había vencido a los enemigos tras haberlos observado escrupulosamente, regresó a casa, junto a los suyos, contento con el éxito logrado. Pero Dios estaba molesto no sólo con la salvación del rey de los amalecitas, sino también con la usurpación que del ganado había cometido el pueblo, ya que esto se había hecho sin que Él hubiera accedido a ello. En efecto, consideraba intolerable que ellos hubieran vencido y triunfado sobre los enemigos, siendo Él quien les dio la capacidad para ello, mientras que Él era despreciado y desobedecido más que un simple hombre que fuera rey. Y, así, le aseguró al profeta Samuel que se arrepentía de haber elegido rey a Saúl, quien no cumplía nada de lo que Él mandaba, sino que actuaba según su real gana. Samuel, al oírle esto cayó en la mayor de las confusiones y durante la noche entera procedió a rogar a Dios que se reconciliara con Saúl y que no se irritara con él. Pero Dios no prestó su aquiescencia al profeta que intercedía por Saúl, pensando que no era justo que los pecados fueran favore-

cidos con la exculpación, alegando que por ninguna otra causa se producen más que por la blandenguería de las víctimas de las injusticias, ya que, al buscar obtener fama de personas amables y bondadosas, no se dan cuenta de que son ellos quienes están generando los pecados. Y, así, como Dios se negara a acceder a la petición del profeta y fuera claro que se arrepentía, al amanecer del día siguiente Samuel se presentó a Saúl en Gálgala. El rey, al verlo, corrió a él y, después de saludarlo, le dijo: «Agradezco a Dios que me concediera la victoria, pero quede claro que fueron cumplidos todos sus mandatos». Pero Samuel, cortándole en este punto, le dijo: «¿Cómo es entonces que oigo ruido de ganado y animales de yugo en el campamento?». Y él respondió que el pueblo los había conservado para los sacrificios, pero que, sin embargo, debía quedar claro que la estirpe de los amalecitas había sido borrada por completo de la faz de la tierra, conforme al encargo recibido, y que no sobrevivía ningún otro, sino únicamente su rey, cuya vida él había conservado y llevado consigo, añadiendo que ellos dos debían decidir qué procedía hacer con él. Pero el profeta argumentó que no era con sacrificios con lo que se alegraba la Divinidad, sino con los hombres buenos y justos, y que hombres buenos y justos eran los que seguían la voluntad y mandatos de Dios y creían que ninguna otra cosa sería realizada bien por ellos más que aquélla que hicieran la llevaran a cabo porque Dios la había ordenado, ya que se le ofendía no cuando uno no le ofrece sacrificios, sino cuando uno decide no hacerle caso. Y continuó con las siguientes palabras textuales: «En cambio, a los que no acatan sus mandatos ni tampoco rinden culto verdadero y único a Dios, como a Él le gusta, aunque sacrifiquen víctimas en gran número y bien gordas, y aunque le ofrezcan una preciosidad de regalos hechos de plata y oro, no se las recibe con agrado, sino que las rechaza y las considera manifestaciones de su perversidad, no devoción a Él. En cambio, se deleita con los que guardan en su mente única y exclusivamente lo que Él haya dicho y mandado y prefieren incluso morir a contravenir algo de eso, y no pretende de ellos sacrificios, pero si se los hacen, aunque sean insignificantes, recibe con más satisfacción el homenaje de su pobreza que los sacrificios lujosos de los muy ricos. Consecuentemente, tú debes saber de ti mismo que te has concitado la cólera de Dios, ya que despreciaste y te desentendiste de sus mandatos. ¿Pues con qué ojos crees que Él miraría ese sacrificio formado por cosas que había condenado

Él a morir? ¡Salvo que consideres que sacrificar estas víctimas a Dios equivale a su muerte! Hazte a la idea, pues, de que de un momento a otro serás despojado de la condición de rey y de los poderes inherentes a este cargo, ya que a raíz de ellos has dejado de lado a Dios, que fue quien te los otorgó». Saúl estaba de acuerdo en que había faltado y no negaba su pecado, ya que había contravenido los mandatos del profeta, pero por contra alegaba en su defensa no haberse opuesto ni contenido a los soldados que usurpaban el botín por temor y miedo a ellos. Y, así, le dijo: «Consecuentemente, perdóname y séme propicio», alegando que en el futuro se guardaría mucho de pecar, al tiempo que rogaba al profeta que, regresando a casa del propio Saúl, ofreciera sacrificios a Dios en acción de gracias. Pero Samuel, al observar que Dios no se reconciliaba con Saúl, volvió a su tierra.

152. *Samuel condena a muerte a Agag (1 Sam.* 15, 26). 5. Saúl, deseoso de retener a Samuel, lo asió por el manto, y como el tirón fue violento por salir Samuel de estampía, le rasgó la prenda de vestir. Y como el profeta le asegurara que la dignidad de rey que Saúl ocupaba era así como había sido rasgada y que pasaría a ocuparla un hombre bueno y justo, ya que Dios se mantenía en la decisión que había adoptado respecto a él, habida cuenta de que el cambiar y variar de opinión era un sentimiento humano y en modo alguno una facultad divina, Saúl reconocía haberle faltado al respeto, pero aseguraba que no podía hacer que lo hecho dejara de ser. Y rogaba tenazmente a Samuel que le concediera el honor de acompañarle, a la vista del pueblo, a rendir culto a Dios. Y Samuel se lo concedió y, acompañándole, rindió culto a Dios. Y fue traído a su presencia también el rey de los amalecitas, Agag. Y como éste le preguntara qué grado de amargura tendría su muerte, le contestó: «Como tú hiciste que numerosas madres hebreas lloraran y sufrieran por sus hijos, así harás padecer a tu madre por tu propia defunción». Y ordenó que se procediera inmediatamente a darle muerte en Gálgala. Y, por lo que a él respecta, partió para la ciudad de Armata.

156. *Samuel unge rey en Belén a David, hijo de Jese (1 Sam.* 15, 34). 8.1. El rey Saúl, consciente de los males en que había incurrido al hacer enemigo suyo a Dios, subió a la capital del reino, Gaba, palabra que, traducida, significa *Colina,* y a partir de aquel día ya no volvió a dejarse ver del profeta. Y Dios mandó a

Samuel, quien sufría por Saúl, que dejara de preocuparse por él y que, cogiendo el santo óleo, fuera a la ciudad de Belén y, concretamente, a casa de Jese, hijo de Obed, y que ungiera a aquél de sus hijos que Él mismo le indicara como futuro rey. Y Samuel, tras asegurarle que había que andar con cuidado, no fuera que Saúl, sabedor de ello, lo matara, tendiéndole una emboscada o incluso abiertamente, al sugerirle y otorgarle Dios un procedimiento seguro, llegó a la ciudad citada. Y los habitantes de la ciudad lo saludaban afectuosamente y le inquirían el motivo de su llegada, y él les decía que había venido a hacer un sacrificio a Dios. Y, así, tras efectuar el sacrificio, llamó a la ceremonia sagrada a Jese con sus hijos y, al ver al mayor de ellos sumamente alto y hermoso, se figuró a juzgar por su bella estampa que ése era el futuro rey. Pero no acertó con la intención de Dios, ya que Él, al preguntarle Samuel si procedía a ungir con el óleo al joven que él había admirado y lo juzgaba digno de la dignidad de rey, le contestó que los hombres no se fijaban en los mismos atributos que Dios, para terminar con estas palabras textuales: «Al contrario, tú, como has mirado a la hermosura del joven, precisamente por eso lo consideras que merece ser rey, pero yo pongo la dignidad de rey como premio no a la belleza de los cuerpos, sino de las virtudes del alma, y para ello busco al que destaque cabalmente por ellas y esté adornado por la piedad, justicia, valentía y obediencia, por ser estas las virtudes de que se compone la hermosura del alma. Y Samuel, al darle Dios cuenta de estos sus pensamientos, mandó a Jese que le mostrara a todos sus hijos. Y éste hizo que vinieran otros cinco, de los cuales el mayor se llamaba Eliab, el segundo Aminadab, Samal el tercero, el cuarto Natanael, Rael el quinto, y el sexto Asam. Y el profeta, al ver que también éstos no eran en absoluto inferiores al mayor de todos en belleza, inquirió a Dios a cuál de ellos elegía rey. Y, como le contestara que a ninguno, preguntó a Jese si además de aquéllos tenía él otros hijos más. Y, al decirle que tenía uno llamado David, pero que era pastor y se ocupaba de guardar los ganados, le mandó que lo hiciera venir urgentemente, ya que no podían reclinarse a la mesa para el banquete mientras no llegara él. Y cuando, al haber sido mandado venir por su padre, llegó David, joven de tez rubia, de mirada chispeante y además hermoso, Samuel, tras decir quedamente para sí «éste es el que le ha agradado a Dios que sea rey», se reclinó a la mesa, y reclinó junto a él al citado joven y a su padre y con él también a

sus otros hijos. Luego, cogiendo a la vista de David el óleo, lo ungió y le habló bajo, al oído, y le indicó lo siguiente: que Dios lo había elegido para ser rey. Y lo exhortaba a ser justo y obediente a sus mandatos, ya que así permanecería en el trono durante mucho tiempo, su casa sería ilustre y sumamente famosa, sometería también a los filisteos y, al vencer y superar en las batallas a todas las naciones con las que entrara en guerra, alcanzaría en vida una fama cantada en coplas, que legaría a sus descendientes.

166. *Saúl toma a David como músico y portador de sus armas (1 Sam.* 16, 13). 2. Samuel se despidió de él, después de darle estos consejos, y Dios, que dejó a Saúl, pasó a David. Y éste empezó a profetizar, al haber pasado a morar en él el espíritu de Dios. A Saúl, en cambio, le rondaban ciertos padecimientos y demonios que le producían sofocos y ahogos, de tal manera que los médicos no discurrieron ningún otro remedio más que mandar que buscaran a ver si había alguien capaz de entonar cánticos y de tañer el arpa y hacer que, cada vez que los demonios lo atacaran y turbaran, la tañera y escogiera canciones apropiadas al caso, situado de pie al lado de su cabeza. Y Saúl no lo echó en saco roto, sino que ordenó que fuera buscado un hombre de ese tenor. Y como uno de los presentes le hubiera asegurado que había visto en la ciudad de Belén a un hijo de Jese, que estaba todavía en la edad infantil, pero que era bien parecido y hermoso, e interesante por los demás conceptos y singularmente porque sabía tañer el arpa y entonar canciones y porque era un guerrero consumado, tras enviar un emisario a Jese le mandó que le remitiera a David, después de sustraerlo de su obligación de guardar los rebaños, porque deseaba verlo, por haber oído hablar de la hermosura y de la valentía del joven. Y Jese le envió a su hijo, tras entregarle incluso dones de hospitalidad para que se los llevara a Saúl. Y éste se alegró con su llegada y, nombrándolo portador de sus armas, lo trató con suma estima, porque estaba encantado con él y era el único que le curaba la inquietud provocada por los demonios, cada vez que éstos lo atacaban, cosa que lograba escogiendo canciones, tañéndolas al arpa y consiguiendo así que Saúl volviera en sí. En estas circunstancias Saúl envió un emisario a Jese, el padre del muchacho, para pedirle que dejara a David con él, ya que se alegraba con su contemplación y presencia. Y resultó que Jese no se opuso a la petición de Saúl, sino que accedió a que se quedara con él.

170. *Goliat reta a los hebreos a un combate (1 Sam* 17, 1). 9. 1. No mucho después, los filisteos, tras volver a reunirse y concentrar fuerzas ingentes, marcharon contra los israelitas y acamparon en el territorio situado entre Soco y Azeco, que habían ocupado. Pero también Saúl llevó contra ellos su ejército y, al acampar en lo alto de cierta montaña, obligó a los filisteos a abandonar su primer campamento y a acampar en lo alto de otra montaña situada enfrente de la ocupada por Saúl. Y ambos campamentos estaban separados por un valle situado en medio de las montañas en cuyas cimas ellos se encontraban. En esta situación, bajó del campamento filisteo un individuo, llamado Goliat y oriundo de la ciudad de Gita, un tipo de estatura gigantesca. En efecto, medía cuatro codos y un palmo, y estaba recubierto por una armadura de unas dimensiones proporcionales a la complexión de su cuerpo, ya que estaba revestido de una coraza que arrojaba un peso de cinco mil siclos y de un casco y unas grebas de bronce tan voluminosas como era natural que lo fueran para poder cubrir las piernas de un hombre de una estatura tan descomunal. Su lanza arrojaba un peso nada ligero para poder ser aguantado por la mano derecha, y por eso la llevaba cargada sobre los hombros. Tenía también una espada que pesaba seiscientos siclos, y le acompañaban muchos hombres portando su armamento. Pues bien, tras detenerse el citado Goliat entre ambas formaciones lanzó un grito espantoso y dijo a Saúl y a los hebreos: «Os eximo de la lucha y los consiguientes peligros de muerte. Porque, ¿qué necesidad hay de que vuestro ejército sufra calamidades tras la derrota que os espera? Presentad a uno de vosotros que esté dispuesto a luchar conmigo, y de esta manera todo el asunto de la guerra será resuelto por un solo individuo, por el vencedor, en forma tal que los vencidos pasarán a ser esclavos del bando al que pertenezca el vencedor. Pues creo que es mucho mejor y más sensato que alcancéis con la muerte de uno solo de vosotros lo que estáis deseando que con la muerte de todos vosotros». Tras pronunciar estas palabras retrocedió a su propio campamento. Pero al día siguiente volvió a venir y a presentar los mismos alegatos y durante cuarenta días no dejó de desafiar con los citados discursos a los enemigos, con lo que se asustó no sólo el propio Saúl sino también el ejército. Y a lo largo de este tiempo los ejércitos formaban frente a frente en disposición de combate, pero sin llegar a las manos.

175. *David pide permiso a Saúl para enfrentarse a Goliat (1 Sam.* 17, 13). 2. Cuando se reanudó la guerra entre los hebreos y los filisteos Saúl despidió a David para que volviera con su padre Jese, al estar satisfecho con los tres hijos que éste había enviado para compartir con Saúl la lucha y los peligros. Y David al principio volvió de nuevo con los rebaños y al pastoreo de los ganados, pero no mucho después llegó al campamento de los hebreos, enviado allá por su padre para llevar provisiones a los hermanos y para saber cómo les iba. Y, como Goliat volviera allá de nuevo, desafiándolos y motejándolos de que entre ellos no había ningún valiente que se atreviera a bajar a luchar con él, David, que en ese medio tiempo estaba charlando con sus hermanos acerca de lo que le había encargado su padre, al oír al filisteo injuriando e insultando al ejército, lo tomó muy a mal y dijo a sus hermanos que estaba dispuesto a enfrentarse al enemigo en singular combate. Pero Eliab, el mayor de los hermanos, le reprendió este su desatino tildándolo de ser demasiado osado para su edad y más ignorante de lo debido, y le ordenó que volviera con los rebaños y con su padre. Y, sumamente avergonzado ante su hermano, se retiró y declaró a un grupo de soldados que estaba dispuesto a luchar con el provocador. Y como ellos hubieran hecho saber inmediatamente a Saúl la decisión del muchacho, el rey mandó llamarlo y, al preguntarle qué es lo que pretendía, David le dijo: «Que nuestro orgullo no se deje amilanar ni sea tímido, oh rey, puesto que abatiré yo la brabuconería de ese enemigo, entrando en combate con él y derribando a mis pies a ese altón y gigantón. Ese individuo caerá en el mayor de los ridículos y tu ejército se cubrirá de gloria en el supuesto siguiente, si ese tipo muriera no a manos de un hombre capacitado ya para luchar y a quien se le ha encomendado la obligación de enfrentarse y atacar al enemigo, sino a manos de uno que pareciera todavía un niño y que tuviera efectivamente esa edad».

181. *David contesta a las dudas de Saúl (1 Sam.* 17, 33). 3. Y, como Saúl, aunque admiraba su audacia y disposición de ánimo, no confiaba en él por la edad, sino que le decía que era demasiado débil por culpa de ella para hacer frente a quien conocía las artes marciales, David le contestó: «Estas mis promesas se fundan en que confío en Dios, que está conmigo, ya que he comprobado su concurso. En efecto, en una ocasión en que un león atacó mis rebaños y me llevaba un cordero, tras lanzarme en perse-

cución de él lo alcancé y arranqué el cordero de la boca de la fiera, y luego, al lanzarse él contra mí, lo agarré por la cola y, estrellándolo contra el suelo, acabé con él. Y lo mismo hice con un oso del que me defendí. Pues bien, también ese enemigo debe ser tenido por una de estas fieras, ya que desde hace mucho tiempo está injuriando a nuestro ejército e insultando a nuestro Dios, quien hará que caiga en mis manos».

184. *David marcha al encuentro de Goliat (1 Sam.* 17, 37). 4. Y, así, Saúl, tras suplicar a Dios que el resultado fuera igual a la vehemencia y osadía del muchacho, le dijo: «Sal a luchar». Y, después de cubrirlo con su coraza, de ceñirle la espada y de ajustarle el casco, lo mandó allá. Y David, molesto con la armadura, ya que no estaba entrenado ni había aprendido a llevarla, le dijo: «Esta armadura, oh rey, es para ti, que puedes llevarla. En cambio, permíteme a mí, como esclavo tuyo que soy, que luche como yo quiera». Y, así, depositó la armadura en el suelo y, luego, tras coger su cayado, echó en su zurrón de pastor cinco piedras recogidas del torrente y con la honda en la mano derecha marchó contra Goliat. Y el enemigo, al verlo venir de esta guisa, lo despreció y se burló de él, porque las armas que llevaba no eran las adecuadas para ir a enfrentarse con un hombre, sino que eran ésas con que ahuyentamos y nos protegemos de los perros. Y Goliat se expresó así: «¡No será que me considera un perro y no una persona!». Pero David le respondió que en modo alguno lo consideraba eso, sino peor incluso que un perro. Esta actitud de David suscitó la cólera de Goliat, quien, procediendo a invocar a Dios, profirió imprecaciones contra él y amenazó con entregar su carne a las bestias del campo y a las aves del cielo para que las hicieran añicos. Y David le replicó: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y coraza, mientras que yo voy contra ti armado con Dios, quien destruirá con mis manos a ti y a todo vuestro ejército. Pues hoy mismo te cortaré la cabeza y el resto de tu cuerpo lo arrojaré a tus congéneres los perros, con lo que todos sabrán que la Divinidad protege a los hebreos y que es ella la que, pendiente de nosotros, se convierte en nuestra arma y coraza, mientras que el resto de aparatos y fuerzas son inútiles si Dios no le asiste a uno». Y el filisteo, al verse impedido por el peso de las armas de avanzar deprisa y corriendo, marchaba contra David al paso, despreciándolo y convencido de que lo aniquilaría sin dificultad alguna, ya que estaba desarmado y al mismo tiempo se encontraba todavía en la edad infantil.

189. *David mata a Goliat, mientras los filisteos huyen (1 Sam.* 17, 49). 5. El muchacho marchó a su encuentro con un aliado que no era visto por el enemigo. Ese aliado era Dios. Y, tras haber sacado del zurrón una de las piedras que había cogido del torrente y echado en él y haberla encajado en la honda, la lanzó contra Goliat, alcanzándolo en la frente. Y el proyectil penetró hasta el cerebro, a consecuencia de lo cual Goliat, que perdió el sentido en el acto, cayó al suelo boca abajo. Y David se plantó a la carrera encima del enemigo, que estaba despatarrado, y le cortó la cabeza con el propio espadón de aquél, al no tener espada David. La caída de Goliat se trocó en derrota y huida para los filisteos, pues al ver al que era la honra y prez de su ejército caído en el suelo, temieron lo peor y, en consecuencia, decidieron ya no esperar más, sino que, entregándose a una huida vergonzante y desordenada, intentaban sustraerse al peligro. Pero Saúl y el total del ejército hebreo, tras entonar el ritual grito de guerra, saltaron contra ellos y los persiguieron matando a muchos hasta los confines de Gita y las puertas de Ascalón. Murieron unos treinta mil filisteos y el doble que éstos resultaron heridos. Y Saúl, que volvió al campamento de los enemigos, destruyó la empalizada y le prendió fuego. Y, en lo que a la cabeza de Goliat respecta, David la llevó a su propia tienda, y el espadón lo ofrendó a Dios.

193. *Saúl envidia el triunfo de David (1 Sam.* 18, 6). 10. 1. Las mujeres concitaron la envidia y el odio de Saúl contra David, porque, al salir al encuentro del ejército victorioso con címbalos, tambores y toda suerte de alegría, cantaban, las mujeres que Saúl había matado muchos miles de filisteos, y las doncellas que David había mandado al otro mundo a decenas de millares de ellos. El rey, al oír esto, que él recibía una aprobación menor mientras que al muchacho se le asignaba innumerables decenas de millares de víctimas enemigas, y pensar que, después de una aprobación tan brillante a David no le faltaba ningún honor sino la dignidad de rey, empezó a temer y a mirar con desconfianza a David. Y, tras relevarlo del primer puesto, ya que el miedo le hacía pensar que David estaba próximo y demasiado cerca de él, pues lo había nombrado su porta-armas, lo designó jefe de mil hombres, confiándole un puesto más honorífico pero también más peligroso, a su entender. Pues deseaba ardientemente mandarlo contra los enemigos y a las guerras, para que encontrara la muerte en estos trances.

196. *Melca, hija de Saúl, se enamora de David (1 Sam.* 18,20). 2. David, que llevaba consigo a todas partes adondequiera que fuera a Dios, tenía éxito, y se veía que las cosas le salían bien, de tal manera que por la excelencia de su valentía le tomaron cariño no sólo el pueblo, sino también la propia hija de Saúl, que todavía era una doncella, y, como la pasión la dominara por completo, dejó traslucir sus sentimientos, y su proceder fue censurado ante su padre. Pero éste, al pensar que de esta manera iba a disponer de un pretexto para poder maquinar contra David, oyó la noticia con agrado y, así, a los hombres que le habían revelado el amor de su hija les aseguró que le daría decididamente a la joven, para que ese amor fuera causa de su perdición y de su muerte, si él lo aceptaba. Y terminó dirigiéndoles las siguientes palabras textuales: «En efecto, garantizo que le daré en matrimonio a mi hija si me trae seiscientas cabezas de los enemigos. Y él, como se le ofrece un premio tan espléndido y está deseoso de alcanzar fama por una hazaña arriesgada e increíble, correrá a poner manos a la obra, pero será aniquilado por los filisteos y mi maquinación contra él me saldrá perfecta, ya que me veré libre de él matándolo por medio de otros y en absoluto por mi propia mano». Y, así, mandó a los criados que sondearan las intenciones de David en relación con la idea de casarse con la joven. Y ellos entablaron con él una conversación cordial, diciéndole que Saúl y el pueblo entero lo querían y que Saúl deseaba ardientemente unir en matrimonio a su hija con él. Pero él les dijo: «¿Pero es que a vosotros os parece que convertirse en yerno del rey es cosa de poca monta? A mí, en cambio, no me lo parece tal, y más que soy de condición humilde y desprovisto de gloria y honores». Y Saúl, al comunicarle los criados la respuesta de David, les dijo: «Hacedle saber que yo no pretendo dote alguna, ya que actuar así equivale a vender a una hija más que a casarla, sino un yerno dotado de valentía y de todas las otras virtudes que veo le asisten, y que lo que yo deseo conseguir de él a cambio de concederle la mano de mi hija no es oro ni plata ni tampoco que vea la manera de traerme esos bienes de casa de su padre, sino el castigo de los filisteos y seiscientas cabezas de ellos, ya que para mí no habría regalo alguno ni más añorado ni más espléndido, al tiempo que para mi hija sería mucho más apetecible que la habitual dote casarse con un hombre así y que contara en su haber con haber conseguido derrotar a los enemigos».

203. *David consigue a Melca, matando a seiscientos filisteos (1 Sam.* 18, 26). 3. Cuando fue llevada a David esta información, se alegró, convencido de que Saúl estaba solícito por emparentar con él, y, sin esperar a formarse una opinión ni reflexionar en su pensamiento si la empresa propuesta era factible o difícil, se lanzó al punto con sus huestes en contra de los enemigos y para llevar a cabo la operación indicada para conseguir la mano de la hija del rey, y (hay que tener en cuenta que era Dios quien le hacía a David todo sencillo y fácil), después de matar a montones de ellos y de cortar a seiscientos las cabezas, se presentó al rey, exigiéndole con la presentación de éstas la correspondiente mano de su hija. Y Saúl, al no encontrar la manera de esquivar lo prometido (pues consideraba vergonzoso cobrar fama bien de mentiroso o bien de que había sido prometida la mano de su hija con el malvado propósito de que muriera David al emprender una empresa imposible), le dio a su hija, que se llamaba Melca.

205. *Jonatán advierte a David de una conspiración de Saúl (1 Sam.* 19, 1). 11. 1. Pero resulta que Saúl no había de contentarse con este estado de cosas por mucho tiempo. En efecto, al ver a David bien considerado por Dios y las gentes, le cogió miedo, y, como no podía evitar el miedo por afectarle en cosas importantes como eran el reino y la vida, ya que ser privado de cualquiera de las dos significaba para él una desgracia tremenda, decidió matar a David y encomendó su aniquilamiento a su hijo Jonatán y a los más fieles de sus criados. Pero Jonatán, que se extrañó del cambio experimentado por su padre respecto a David al pasar de tenerle un gran afecto a imponerle no un castigo módico, sino la muerte, como le tenía cariño al muchacho y miraba con respeto su valía, le refirió el secreto y el plan de su padre. Y, claro, le aconsejó guardarse de él y poner tierra por medio ausentándose al día siguiente, al tiempo que le hizo saber que él iría a saludar a su padre y, cuando se le presentara la ocasión, le hablaría de él, se enteraría del motivo y no le daría importancia, haciéndole ver que no debía por una causa tan simple matar a quien había hecho tantas veces tantas cosas buenas al pueblo y había sido bienhechor de él mismo, por todo lo cual hubiera merecido conseguir con razón perdón aun en el supuesto de haber cometido los más grandes pecados. Y David, haciendo caso de consejo tan bueno, se alejó de la vista del rey.

209. *Jonatán persuade a Saúl a traer de nuevo a David (1 Sam.* 19, 4). 2. Y Jonatán, que al día siguiente fue a visitar a Saúl, como lo encontrara alegre y contento, empezo a hablarle de David así: «¿De qué crimen, insignificante o demasiado grave, lo acusas, para haber ordenado, padre, matar a este hombre que ha representado un extraordinario papel en tu propia salvación y todavía mayor en tomar represalias contra los filisteos, y que, a su vez, libró al pueblo hebreo de las vejaciones y mofas que durante cuarenta días soportó sin que nadie tuviera la valentía de aceptar el reto del enemigo, y que después de eso trajo todas las cabezas de enemigos que se le ordenó y que en premio a esa gesta obtuvo la mano de mi hermana, con lo que su muerte nos produciría dolor a nosotros no por sus virtudes solamente, sino también por el parentesco que nos une? Pues su muerte comporta un perjuicio para tu propia hija, al verse obligada a sufrir viudedad antes de haber llegado al disfrute del matrimonio. Teniendo en cuenta esto, adopta sentimientos más suaves y no hagas ningún daño a un hombre que ha hecho grandes beneficios, en primer lugar a nosotros, a quienes ha favorecido con tu propia salvación, cuando con ocasión de haberte poseído el espíritu maligno y los demonios los expulsó de ti y con su alejamiento procuró paz a tu alma, y en segundo lugar cuando nos favoreció con tomar represalias de los enemigos. Y la verdad es que resulta vergonzoso olvidarse de esto». Con estas palabras se aplacó Saúl y juró a su hijo que no causaría daño alguno a David, haciéndole saber que su razonamiento era justo y podía más que su cólera y temor. Y Jonatán, tras mandar venir a David, no sólo le informó de la bondadosa y saludable actitud de su padre, sino que además lo llevó hasta él, tras lo cual David permaneció al lado del rey como antes.

213. *Saúl vuelve a la carga contra David (1 Sam.* 19). 3. Como por esta época volvieran los filisteos a atacar a los hebreos, Saúl envió a David con un ejército para luchar contra los filisteos, y éste, trabando combate, mató a muchos de ellos y regresó victorioso junto al rey. Pero Saúl lo recibió no como David esperaba en vista del triunfo, sino dolido con su éxito, por suponer que él corría más peligro ahora que antes a causa de sus hazañas. Por eso, cuando el espíritu demoniaco, volviendo a atacarlo, lo inquietaba y conturbaba, llamó a David a la habitación en que yacía y, asiendo la lanza, le ordenó que procediera a cantarle himnos, acompañados

del arpa. Y, mientras David hacía lo que se le había mandado, Saúl arrojó la lanza contra él con toda su fuerza. Pero David, que la vio venir, la esquivó, e inmediatamente escapó a su propia casa y durante todo el día permaneció en ella.

215. *Una estratagema de Melca salva a David (1 Sam.* 19, 11). 4. Pero el rey envió de noche emisarios y les ordenó que lo vigilaran hasta el amanecer, no fuera a ser que desapareciera definitivamente en secreto, con intención de matarlo tras presentarse al tribunal de justicia y someterlo a juicio. Pero Melca, que si era hija del rey era también esposa de David, al enterarse de las intenciones de su padre, se puso de parte de su marido, temiendo lo peor respecto al porvenir de él y angustiada en su propia alma, porque no soportaría vivir privada de él. Y le dijo: «Procura que el sol no te sorprenda aquí, ya que, en ese caso, el astro rey ya no volvería a verte con vida. Huye, mientras la presente noche puede permitírtelo. ¡Y ojalá que Dios te la haga más larga! Pues debes saber que, si eres encontrado por mi padre, tú morirás». Y lo puso a salvo descolgándolo por la ventana. Luego, tras preparar la cama como si estuviera ocupada por un enfermo y meter debajo de la colcha un hígado de cabra, como su padre hubiera enviado a casa de ella al amanecer emisarios en busca de David, dijo a los que llegaron que su marido había tenido molestias por la noche, mostrándole la cama cubierta y haciéndoles creer, por las palpitaciones del hígado que movían la colcha, que quien yacia allí era David, y que era él quien producía aquellos efectos al respirar. Y como los emisarios le hubieran comunicado que David había estado bastante mal por la noche, les ordenó que le fuera llevado aun en ese estado, indicándoles que quería matarlo. Y ellos fueron allá y, tras abrir la cama y descubrir la argucia de la mujer, se lo comunicaron al rey. Y, como su padre le reprochara haber salvado a su enemigo personal y haberle engañado a él, la esposa de David ideó una defensa convincente. En efecto, le aseguró que David había conseguido que ella colaborara en su salvación sólo por miedo, al amenazarla en caso contrario con matarla, y le decía que era bueno que la perdonara por haberle prestado esta ayuda, dada a la fuerza y no libremente. Y terminó con estas palabras textuales: «Pues, según creo, no pretendías tanto que muriera tu enemigo como que yo me salvara». Y Saúl, claro está, perdonó a la joven. Por su parte, David, tras haber escapado al peligro, se

presentó al profeta Samuel, en Armata, y le informó de la maquinación que el rey había tramado contra él y singularmente de que había estado a punto de morir alcanzado por la lanza que le había arrojado aquél, sin que se hubiera portado mal en su trato con él ni hubiera sido un cobarde en las luchas habidas contra los enemigos, sino que en todas las acciones había estado acompañado de Dios y afortunado. Pero esto era precisamente el motivo del aborrecimiento que Saúl sentía por David.

221. *Saúl y sus hombres son poseídos y profetizan (1 Sam.* 19,18). 5. Al enterarse el profeta de la iniquidad del rey, abandonó la ciudad de Armata y, llevando consigo a David a cierto lugar llamado Galbuat, moró allí con él. Pero como le fuera comunicado a Saúl que David se encontraba con el profeta, envió emisarios allá y les ordenó que lo apresaran y lo condujeran a su presencia. Y éstos, tras partir para Samuel y encontrar allí una asamblea de profetas, participaron del espíritu de Dios y empezaron a profetizar. Saúl, al oír lo sucedido, envió otros emisarios en busca de David. Y como también a ellos les pasara lo mismo que a los primeros, volvió a despachar otros. Pero como también los terceros empezaran a profetizar, finalmente se lanzó él allá, enfurecido. Y cuando ya estaba cerca, Samuel, incluso antes de verlo, hizo que también él profetizara. Y Saúl llegó junto a él, pero zarandeado por un poderoso espíritu perdió el sentido y, desprendiéndose de su vestimenta, cayó al suelo y allí estuvo tumbado durante todo el día y toda la noche, a la vista de Samuel y de David.

224. *David se queja a Jonatán de la enemistad de Saúl (1 Sam.* 20, 1). 6. Y Jonatán, el hijo de Saúl, como David hubiera llegado hasta él procedente de allí, lamentándose de la inquina que le tenía su padre y diciéndole que su padre pretendía matarlo cuando él no le había perjudicado ni faltado lo más mínimo, lo exhortaba a que no creyera ni las ideas que sobre el particular tenía el propio Jonatán ni las que tuvieran los calumniadores, si es que había algunos que practicaban ese oficio, sino que se atuviera a sus propias ideas y que confiara en ellas, indicándole que su padre no discurría en absoluto tales maquinaciones contra él, ya que, de ser así, lo habría puesto a él al corriente de ello y habría solicitado su consejo, dado que en todos los demás casos actuaba tras llegar con él a un común acuerdo. Pero David le juró que con

toda certeza era así como el propio David sostenía, y le pidió que confiara en su palabra y, en consecuencia, velara por él, antes de que, por no hacerle caso, comprendiera la verdad que había realmente en sus palabras cuando viera con sus propios ojos o se enterara que él había sido asesinado. Además, aseguraba a Jonatán que su padre no le decía a él nada de ello, porque conocía la amistad que le unía a él.

226. *Jonatán se compromete a informar a David secretamente de las intenciones de Saúl (1 Sam.* 20, 4). 7. Y Jonatán, dolido de no haber convencido a David al darle seguridades de los planes de su padre, le preguntó qué quería de él. Y David le contestó: «Sé, en efecto, que estás dispuesto a concederme cualquier favor y a ofrecérmelo. Mañana es uno de mes, y en este día tengo costumbre de acompañar a la mesa al rey. Pues bien, si te parece, marcharé fuera de la ciudad y permaneceré oculto en el llano, y tú, cuando él me busque, dile que marché a mi patria chica, Belén, porque mi tribu celebra una fiesta, debiendo añadir que tú me diste permiso para ausentarme. Y si dice «¡Buen viaje!», como es natural y habitual decir a los amigos en el momento de partir, sábete que no hay que temer de él ninguna intención virulenta ni hostil, pero si responde de cualquier otra manera, eso será prueba de que trama algo contra mí. Y deberás revelarme los sentimientos de tu padre, en atención a la compasión que sientes por mí y a nuestro común afecto, por el que aceptaste recibir fidelidad de mi parte y otorgármela tú mismo a mí, tú como señor a mí como tu esclavo. Pero si encuentras alguna perversidad en mí, mátame tú mismo y no esperes a que lo haga tu padre».

229. *Jonatán jura amistad a David (1 Sam.* 20, 9). 8. Y Jonatán, que se disgustó con la última parte del párrafo, prometió hacer lo que le prometía y que se lo revelaría todo, aunque su padre le respondiera algo desagradable y que fuera exponente claro de su aborrecimiento hacia David. Y, para que éste confiara más en él, tras sacarlo al aire abierto y puro, le juró que no renunciaría a nada que fuera en beneficio de su persona. Y terminó con estas palabras textuales: «En efecto, a este Dios que ves que inunda e impregna todo y que conoce mi pensamiento ya antes de que yo lo traduzca a palabras, lo pongo por testigo de que te prometo que no dejaré en paz a mi padre con mis reiterados intentos de comprender sus

intenciones hasta enterarme de cuáles son ellas y penetrar en los secretos de su alma. Y, cuando me entere de ello, no te lo ocultaré, sino que te daré detallada cuenta de los sentimientos de mi padre, tanto si está amable contigo como si su disposición hacia ti es hostil. Pero este Dios sabe cómo le suplico que Él esté contigo durante toda tu vida. En efecto, lo está ahora y nunca te abandonará, sino que hará que triunfes sobre tus enemigos, bien sea mi propio padre, bien lo sea yo. Tú acuérdate únicamente de este momento, y, si tengo que morir, cuida de mis hijos y págales a ellos la deuda que contraes conmigo por esto». Después de ratificar esto con un juramento, se dispuso a despedir a David, advirtiéndole que partiera para determinado lugar del llano, en el que Jonatán solía hacer ejercicio. Además, le aseguró que vendría a reunirse con él en aquel sitio, una vez que conociera las intenciones de su padre, trayendo consigo un solo esclavo. Y le hizo la siguiente advertencia: «Si disparo tres flechas al blanco y ordeno al esclavo que me las traiga, indicándole que han caído delante de ti mismo, hazte a la idea de que no hay nada que temer de mi padre, mientras que, si me oyes decir lo contrario de esto, espera también lo contrario del rey. Pero en todo caso contarás con mi salvaguardia, por lo que no hay razón para temer que te pase nada anómalo. Al contrario, procura acordarte de esto en el momento en que alcances el éxito y pórtate bien con mis hijos». Así, pues, David, tras recibir de Jonatán estas garantías, marchó para el lugar convenido.

235. *Jonatán excusa la ausencia de David al banquete (1 Sam.* 20, 24). 9. Al día siguiente, como era día uno de mes el rey se purificó, como era de ritual, y acudió al banquete, y, al sentarse con él, su hijo Jonatán a la derecha, y el comandante en jefe del ejército al otro lado, aunque vio vacío el asiento de David no se inmutó, por imaginarse que él faltaba al no estar limpio de contacto sexual. Pero como también el segundo día de la fiesta de primeros de mes no asistiera, preguntó a su hijo Jonatán por qué razón el hijo de Jese había faltado al banquete y a su invitación tanto la víspera como aquél día. Y Jonatán, como habían convenido, le aseguró que se había ido a su lugar de origen porque su tribu celebraba una fiesta y él le había dado permiso. Y Jonatán aseguró, además, que David lo había invitado también a él a que fuera a aquella fiesta sacramental y, que si Saúl le daba permiso, partía para allá. Y añadió estas exactas palabras: «Pues te consta

el afecto que le guardo». Entonces comprendió Jonatán la inquina que su padre le tenía a David y vio paladinamente y de una manera total su intención, ya que Saúl no contuvo su cólera, sino que con expresiones groseras tildaba a Jonatán de pertenecer a la raza de los traidores y de enemigo, y lo calificaba de cómplice y colaborador de David, y decía de él que no lo respetaba ni a él ni a su madre, al tener esas ideas y no querer convencerse de esto, de que, mientras David estuviera con vida, la seguridad de su dignidad de rey, que les pertenecía a ellos, corría serio peligro. Y añadió: «Manda, pues, a buscarlo, para que pague su merecido». Y como Jonatán le replicara: «¿Pero qué delito ha cometido para que quieras castigarlo?» Saúl ya no redujo su furia a meras palabras y denuestos, sino que, echando mano a la lanza, saltó contra él, dispuesto a matarlo. Y aunque no llevó a cabo sus intenciones porque los amigos se lo impidieron, sin embargo resultó claro para su hijo que odiaba a David y que ansiaba acabar con él, tanto que por culpa de él estuvo a punto de convertirse en asesino de su propio hijo.

239. *Jonatán se reúne en secreto con David para despedirse (1 Sam.* 20, 34). 10. Entonces el hijo del rey abandonó precipitadamente el banquete sin haber podido de pena llevarse a la boca ni un simple bocado, y pasó la noche llorando por sí mismo, por haber estado a punto de perecer, y por David, por estar condenado a muerte. Y al amanecer salió a la llanura fuera de la ciudad, aparentemente para hacer ejercicio, pero en realidad para dar cuenta a su amigo, como había convenido, de la disposición de ánimo de su padre. Y Jonatán, después de efectuar la operación acordada, dejó libre al esclavo que le acompañaba para que volviera a la ciudad, con lo que David no tuvo problemas para acercarse abiertamente a él y dirigirle unas palabras. Y, así, éste, dejándose ver, cayó a sus pies y, postrado ante él, lo llamaba *salvador de su vida.* Pero Jonatán lo hizo levantar del suelo, y, abrazados el uno al otro, procedieron a una despedida, que se prolongó mucho tiempo y estuvo envuelta en lágrimas, doliéndose por su camaradería, su envidiable compañerismo y su inminente separación, que, a su parecer, no se diferenciaba lo más mínimo de la muerte. Y, tras conseguir muy a duras penas recuperarse de sus lamentaciones y de animarse mutuamente a tener presentes siempre en su mente los juramentos intercambiados, se separaron.

242. *David recibe ayuda del Sumo Sacerdote Abimelec en Naba (1 Sam.* 21 ,1). 12. 1. David, huyendo del rey y de la muerte que pretendía causarle aquél, se presentó en la ciudad de Naba, ante el Sumo Sacerdote Abimelec, quien se extrañó de verlo llegar solo y sin que lo acompañara ni un amigo ni un criado, y quiso saber el motivo de que no lo acompañara nadie. Pero él le aseguró que le había sido encomendada una operación secreta, para la que no necesitaba compañía, ya que deseaba hacerla a escondidas. Y añadió estas precisas palabras: «Sin embargo, a los criados les ordené que vinieran a encontrarse conmigo en este lugar». Por otro lado, consideraba justo el hecho de recibir provisiones del Sumo Sacerdote, alegando que, si se las daba, actuaría como un amigo que colabora en un proyecto. Y habiéndolas obtenido, le pidió también un arma que tuviera a mano, un espadón o una lanza pequeña. De todo esto era testigo un esclavo de Saúl, oriundo de Siria y de nombre Doeg, quien estaba encargado de cuidar las mulas del rey. Y el Sumo Sacerdote le dijo que él personalmente no tenía arma alguna de ese tipo, pero que allí estaba el espadón de Goliat que el propio David había ofrendado a Dios, después de matar al filisteo.

245. *David huye a Gita, donde finge locura y es expulsado (1 Sam.* 21, 10). 2. David, tras cogerlo, huyó lejos del territorio hebreo a la ciudad filistea de Gita, cuyo rey era Anco. Pero como fuera reconocido por los criados del rey y le fuera comunicada a éste su presencia, dado que los referidos criados le hicieron saber que era David, el que había matado decenas de millares de filisteos, tuvo miedo de morir a manos de él y de sufrir de parte de él el castigo al que había escapado cuando Saúl le amenazaba, y, así, fingió una locura furiosa, de tal manera que los espumarajos expulsados por la boca y los demás síntomas que componen la locura resultaron ser para el rey de Gita garantía de la referida enfermedad. Y el rey, que se enfadó con los criados por haberle traído un demente, mandó que expulsaran inmediatamente a David.

247. *David en la cueva de Adulam (1 Sam.* 21, 10). 3. David, tras haber logrado salir con esta argucia sano y salvo de Gita, se presentó en la tribu de Judá y, fijando su residencia en una cueva situada junto a la ciudad de Adulam, envió mensajeros a sus hermanos para indicarles dónde se encontraba. Y éstos, acompañados de toda la familia, llegaron junto a él. También confluyeron donde

él se encontraba todos los otros que pasaban necesidades o tenían miedo al rey Saúl, y le decían a David que estaban prestos a hacer lo que él decidiera. Y el total de ellos ascendió a unos cuatrocientos. Y, habiendo recobrado la confianza al considerar que ya contaba con brazos para actuar y con colaboración, partió de allí y llegó ante el rey de los moabitas, a quien rogó que recibiera en su país a sus padres y los tuviera allí hasta que conociera lo que iba a ser de él, favor que el rey moabita le concedió, y no sólo eso, sino que distinguió a los padres de David con toda suerte de honores durante el tiempo que estuvieron con él.

249. *David en Judá. Saúl exige lealtad a los suyos (1 Sam.* 22, 5). 4. Y él, como el profeta le mandara que abandonara el desierto y, pasando al territorio de la tribu de Judá, fijara su residencia allí, le hizo caso y, presentándose en la ciudad de Saris, se quedó a vivir en ella. Y Saúl, al oír que David había sido visto con tropas, cayó en una inquietud y turbación no de poca monta, sino que, como conocía la bravura y la audacia de aquel hombre, sospechó que de él saldrían acciones en modo alguno pequeñas, que necesariamente lo harían llorar y padecer. Y, tras convocar a los amigos, a los mandos y a la tribu a la que él pertenecía, para que vinieran a reunirse con él en la colina donde se encontraba su palacio, se sentó en Arura (se trataba de un lugar designado con ese nombre), rodeado de los dignatarios oficiales y del cuerpo de su guardia, y les dijo: «Hombres compañeros de tribu, tenéis presente en vuestras mentes, bien lo sé, los favores que os he hecho, esto es, no sólo que a algunos os hice dueños de campos, sino también que os distinguía con honores y dignidades oficiales. Por ello, pregunto si esperáis del hijo de Jese dones más grandes y más numerosos que ésos. Os digo esto porque sé que todos estáis de parte de él, dándose la circunstancia de que mi propio hijo Jonatán no sólo defiende él esa idea, sino que también os ha persuadido a vosotros a lo mismo. Porque no ignoro los juramentos y los acuerdos a que ha llegado con David, ni que Jonatán es amigo y colaborador de los que se han coligado contra mí, mientras que a vosotros no os importa nada de esto, sino que con toda tranquilidad miráis a ver en qué termina ello». Cuando el rey hubo callado, no respondió ninguno de los presentes salvo Doeg el sirio, el encargado de apacentar las mulas de Saúl, quien dijo que había visto que David, después de llegar a la ciudad de Naba a visitar al Sumo Sacerdote

Abimelec, había conocido por las profecías de aquél su futuro, y que, tras conseguir provisiones y el espadón de Goliat, había sido enviado seguro al pueblo adonde quería llegar.

255. *Saúl reprende a Abimelec, y éste se excusa (1 Sam.* 22,11). 5. Y, así, Saúl, después de mandar a buscar al Sumo Sacerdote y a toda su familia, le dijo: «¿Qué daño o qué malestar te he causado yo para que acogieras en tu casa al hijo de Jese y le dieras provisiones y armas, cuando está conspirando contra mi trono, y cuál fue el oráculo que le dictaste respecto a su porvenir? Puesto que,en verdad, no ignorabas que huye de mi y que odia mi casa». Y el Sumo Sacerdote no evitó negar lo ocurrido, sino que confesó con total franqueza que le había proporcionado lo que decía Saúl, pero en modo alguno por hacer un favor a David, sino al propio Saúl. Pues dijo: «No sabía que fuera enemigo tuyo, sino todo lo contrario, que era tu esclavo fiel como nadie, que lo habías nombrado jefe de mil hombres y, lo que es todavía más importante que esto, que era ya tu yerno y formaba parte de tu misma familia. Y estos honores los hombres no los conceden a los enemigos, sino a los que sobresalen por su afecto y aprecio hacia ellos. Y en cuanto a lo de dictarle oráculos, no es ésta la primera vez que se los he pronunciado, sino que se lo he hecho también en otras ocasiones y montones de veces. Al contrario, al asegurarme él que había sido enviado por ti con mucha urgencia a realizar una operación, el no proporcionarle lo que solicitaba consideraba yo que iba más en contra de ti que de él. Por ello, no te formes ninguna idea mala de mí, ni, influido por lo que ahora oyes que pretende David, veas mala intención en un comportamiento que me pareció entonces un simple hecho de amor al prójimo, que hice a un amigo, a tu propio yerno y a una autoridad que mandaba en mil hombres, no a un enemigo».

259. *Muerte de Abimelec y su familia (1 Sam.* 22, 16). 6. El Sumo Sacerdote no convenció a Saúl con las explicaciones que le dio (pues su temor era tan tremendo que no le permitía creer siquiera en una defensa que se atenía a la pura verdad), y por ello ordenó a los soldados que lo protegían que lo mataran y con él a toda su familia. Pero como aquéllos no se atrevían a tocar al Sumo Sacerdote, sino que temían más a la Divinidad que desobedecer al rey, encomendó su muerte al sirio Doeg. Y aquél, tomando consigo a

otros criminales iguales a él, mató a Abimelec y a su familia. Y el total de ellos sumaban unos trescientos cinco. Y Saúl, por medio de emisarios que mandó también a Naba, la ciudad de los sacerdotes, mató a todos sus habitantes, sin respetar a mujeres ni niños ni a las personas de cualquiera otra edad, y prendió fuego a la ciudad. Solamente logró salvarse un hijo de Abimelec, llamado Abiatar. No obstante, esto sucedió como Dios había indicado al Sumo Sacerdote Elí a través de un oráculo, ya que le dijo que por los desafueros cometidos por sus dos hijos perecerían sus descendientes [7].

262. *Reflexiones sobre el cambio de carácter que provoca el poder. 7.* El rey Saúl, al llevar a cabo una acción tan cruel y degollar a la familia entera de los dignatarios de más alto rango sacerdotal, sin tener compasión de los niños ni respeto a los ancianos, y al arrasar, por otro lado, la ciudad que la propia Divinidad no sólo había escogido como patria chica y nodriza de los sacerdotes y profetas, sino que también le había asignado en exclusiva el encargo de producir hombres de tan alta consideración, concedió al total de los seres humanos la oportunidad de conocer y comprender la condición humana: que los hombres, mientras son unos simples particulares insignificantes, como no pueden dar rienda suelta a sus instintos naturales ni se atreven a poner en práctica todo aquello de que son capaces, se muestran afables, mesurados y sólo persiguen la justicia y a ella dedican su afecto e interés, y, en lo que toca a Dios, en aquella fase de su vida creen que es testigo de todo lo que ocurre en el mundo y que no ve únicamente los hechos que se hacen, sino que ya conoce claramente aquellos pensamientos a instancias de los que van a producirse los referidos hechos. En cambio, cuando consiguen carta blanca y alcanzan el poder, entonces, tras desprenderse de todo aquel ropaje y de despojarse de sus comportamientos habituales y de sus modales como si fueran máscaras de teatro, los sustituyen por la osadía, insensatez y desprecio de todo lo humano y lo divino, y justo cuando ellos necesitan más que nunca mostrarse piadosos y justos, por encontrarse en la situación óptima para ser mirados con envidia y por ocupar un puesto desde el que traslucen al mundo entero todo lo que piensan o hacen, es precisamente entonces cuando cometen estos crímenes tan propios de borrachos,

[7] Cf. *Ant. judías* 5, 350.

como si Dios ya no los viera o como si los temiera por el poderío de que disponen. En cambio, los temores que experimentan cuando oyen una mala noticia, los odios que conciben contra alguien arbitrariamente o los afectos que sienten hacia alguien sin razón, eso lo consideran decisivo, firme, verdadero y grato a los hombres y a Dios, mientras que al futuro no le dedican ni una sola reflexión. Al contrario, conceden honores a los que bregan mucho, pero al concederles esos honores los miran con envidia, y así, después de otorgarles altos puestos, no sólo los despojan de ellos a quienes los habían obtenido, sino que por culpa de ellos les quitan también la vida con inculpaciones maliciosas y que la gravedad de las mismas hace increíbles. Y castigan a los hombres no por acciones merecedoras de castigo, sino como consecuencia de calumnias y acusaciones indemostrables, y tampoco exclusivamente a las personas que deban pagar con su vida el crimen cometido, sino al mayor número de hombres que puedan matar. Esto nos lo hizo evidente Saúl, hijo de Cis, el primer rey de los hebreos después del régimen aristocrático y del gobierno bajo los jueces, al matar a trescientos sacerdotes y profetas llevado de sus sospechas contra Abimelec y arrasarles, además, la ciudad, de esta manera haciendo todo lo posible por dejar vacía de sacerdotes y profetas la ciudad que en cierto modo constituía su templo, al eliminar a tan elevado número de hombres y no dejar siquiera que permaneciera en pie su lugar de nacimiento para que después de ellos hubiera otros sacerdotes y profetas más.

269. *Abiatar, hijo del Sumo Sacerdote, huye junto a David (1 Sam.* 22, 20). 8. Y Abiatar, hijo de Abimelec, el único que consiguió salir con vida de la familia de los sacerdotes asesinados por Saúl, tras huir junto a David le dio cuenta del infortunio de los suyos y de la ejecución de Abimelec. Pero David le aseguró no ignorar que les sucedería esto, al ver allí a Doeg, indicándole que ya entonces había sospechado que el citado Doeg difamaría al Sumo Sacerdote ante el rey, y se acusaba a sí mismo de ser el culpable de su final tan desventurado. Y le pedía que se quedara allí a vivir con él, haciéndole ver que en ningún otro sitio pasaría tan inadvertido.

271. *David salva la ciudad de Cila (1 Sam.* 23, 1). 13.1. Al oír David por esta época que los filisteos habían irrumpido en el

territorio de los cilios y que lo estaban saqueando, se ofreció a emprender una expedición militar contra ellos, después de preguntar a Dios a través del profeta si le otorgaba la victoria. Y como éste le hubiera asegurado que le declaraba que sí, se lanzó contra los filisteos acompañado de sus seguidores y en esta operación no sólo produjo una gran matanza de ellos, sino que también arrampló con un rico botín. Y, como permaneciera al lado de los habitantes de Cila hasta que hubieron recogido tranquilamente las mieses de las eras y el grano, es denunciada al rey Saúl su presencia entre ellos, y eso porque la operación y el triunfo no quedaron circunscritos al ámbito de las gentes en que se produjeron, sino que fue llevada a todas partes no sólo a oídos de todos los demás, sino también del rey información del hecho en si y de su autor. Y Saúl se alegró al oír que David se encontraba en Cila, y, tras decir: «Dios lo ha puesto ya en mis manos, puesto que lo ha obligado a entrar en una ciudad provista de murallas, puertas y palancas», ordenó a todo el pueblo que se lanzara contra Cila y que, después de ponerle sitio y tomarla, matara a David. Pero éste, al enterarse de ello y tener conocimiento venido de Dios de que, si permanecía junto a los habitantes de Cila, éstos lo entregarían a Saúl, llevándose consigo a sus cuatrocientos hombres partió de la citada ciudad para el desierto situado por encima del lugar llamado Engedón.Y el rey, al llegar a sus oídos la noticia de que David había huido de la ciudad de Cila, suspendió la proyectada expedición militar contra él.

275. *Jonatán reitera sus promesas a David en Zif (1 Sam.* 23,16). 2. David, tras partir de allí, llegó a cierto lugar de la región de Zifene llamado Cene [8], adonde vino a encontrarse con él Jonatán, el hijo de Saúl, quien, después de abrazarlo, lo exhortó a recuperar la confianza, a mantener buenas esperanzas respecto al porvenir y a no incomodarse con el estado de cosas presente, diciéndole que llegaría a ser rey y que tendría bajo su férula a todas las fuerzas hebreas, y que, por otro lado, tan altos dones suelen presentarse acompañados de grandes cuitas. Y, tras volver a prestar juramento del afecto y fidelidad que mutuamente se guardarían durante toda la vida y tras llamar a Dios como testigo de las imprecaciones que lanzó contra sí mismo para el caso de que contraviniera lo acordado y adoptara una posicion contra-

[8] Esto es, *Nuevo.*

ria, dejó allí mismo a David, habiendo conseguido aliviar un poco sus preocupaciones y temores, mientras él regresó a su casa. Pero los habitantes de Zifene por halagar a Saúl le delataron que David residía entre ellos y le aseguraron que se lo entregarían si venía a por él, haciéndole saber que, si eran ocupados los desfiladeros, él ya no podía escapar a otro lugar. Y el rey aplaudió su proceder, comunicándoles su agradecimiento por haberle delatado al enemigo, y, tras prometerles que no tardaría mucho en corresponder a su afecto, envió a los hombres encargados de buscar a David y de rastrear el desierto, y a los habitantes de Zifene les respondió que él en persona seguiría a los hombres que había mandado por delante. Los habitantes de Zifene indujeron al rey a la caza y captura de David pretendiendo no solamente delatar a su enemigo, sino también hacerle más evidente su afecto al ponerlo en sus manos. Pero resultó fallida la intención inicua y perversa de estos hombres (quienes no habían de correr peligro alguno por no declarar eso a Saúl, sino que la pura verdad fue que por adulación y por esperar obtener del rey grandes ganancias delataron y prometieron que le entregarían a un hombre devoto a Dios, que no sólo era buscado para matarlo contra toda razón, sino que además podía muy bien pasar inadvertido), pues, al tener conocimiento David de la perversidad de los habitantes de Zifene y de la agresión del rey, abandonó los desfiladeros del territorio de esas gentes y escapó para la gran roca que hay en el despoblado de Simón.

281. *Una invasión filistea impide a Saúl perseguir a David (1 Sam.* 23, 36). 3. Saúl se lanzó contra ella, en persecución de su enemigo, ya que, al enterarse por el camino de que David se había retirado de los desfiladeros, se trasladó a la otra parte de la roca. Pero a Saúl lo distrajeron de la persecución de David cuando ya estaba a punto de ser apresado los filisteos, al llegar a oídos del rey noticias de que habían invadido de nuevo el territorio hebreo, pues volvió contra ellos, por su condición de enemigos naturales, al entender que era más perentorio rechazarlos a ellos que, en su afán de hacer prisionero a un enemigo personal, consentir que su país fuera saqueado.

282. *David perdona la vida a Saúl en Eugedene (1 Sam.* 23, 29). 4. David, tras haber escapado al peligro de esta manera tan

incomprensible, llegó a los desfiladeros de Eugedene[9]. Y, cuando Saúl había expulsado a los filisteos, llegaron a él unos individuos para anunciarle que David moraba en territorio de Eugedene. Entonces, cogiendo tres mil soldados selectos, corrió contra él y, al llegar no lejos del lugar en cuestión, observó a la vera del camino una cueva profunda y amplia, donde casualmente se había ocultado David con sus cuatrocientos hombres. Pues bien, Saúl, apremiado por las necesidades de carácter fisiológico, entró en ella solo, pero siendo visto por uno del grupo de David. Y como el que lo vio indicara a David que Dios le concedía la oportunidad de desembarazarse de su enemigo y le aconsejara que le cortara la cabeza a Saúl, y que así se librara de tanto vagabundeo y sufrimiento, David, levantándose, se llevó por delante únicamente la pelusa de lana del manto con el que estaba revestido Saúl, pues arrepintiéndose enseguida de lo que iba a hacer, dijo: «No es justo matar al propio soberano de uno, y mucho más cuando ha sido honrado por Dios con la dignidad de rey, ya que, aunque éste es un malvado con nosotros, yo, sin embargo, no debo ser igual con él». Cuando Saúl hubo abandonado la cueva, David se asomó fuera y gritó, buscando que lo oyera Saúl. Y, al darse la vuelta Saúl, se postró ante él con la cara inclinada hacia abajo, como era la costumbre, y le dijo: «No debes, oh rey, al prestar tus oídos a malvados y a quienes inventan falsas calumnias, concederles a ellos la gracia de creerles, mientras a los que más te quieren los tienes bajo sospecha, sino que lo que debes hacer es juzgar los sentimientos de unos y otros por sus obras. Pues la calumnia engaña, mientras que los hechos son el claro exponente del afecto. Y la palabra vale para ambas cosas, según sea verdadera o falsa, mientras que los hechos ponen a la vista la cruda realidad de la intención. Sábete, pues, por este mi comportamiento que soy bueno para ti y para tu casa, y por ello debes confiar en mí y no perseguir a mi persona, por dejarte llevar de los que me acusan de algo que ni pasó por mi mente ni puede pasar, cuando día y noche no tienes otra preocupación alguna más que mi aniquilamiento, que persigues inicuamente. ¿Pues cómo no va a ser falsa la idea que tienes de mí de que estoy dispuesto a matarte? Y otra cosa: ¿cómo no vas a ser impío con Dios cuando ansías aniquilar y consideras enemigo a un hombre que hoy día

[9] La actual *'Ain Jidy*, una altura rocosa en la orilla occidental del mar Muerto.

puede vengarse y exigirte a ti el justo castigo y que, sin embargo, no acepta llegar a eso ni aprovecharse de una ocasión que, si se te hubiera presentado a ti contra mí, no la habrías dejado escapar? Pues cuando corté el borde de tu manto, entonces pude hacer lo mismo con tu cabeza». Y, mostrándole el trozo de tela rasgado, se lo ponía delante de los ojos para que le creyera. Y terminó con estas exactas palabras: «Pero yo me abstuve de una justa defensa, mientras que tú no te avergüenzas de alimentar un odio injusto contra mí. Que Dios juzgue esto y ponga en claro la actitud de cada uno de nosotros dos». Y Saúl, maravillado por lo inesperado de su salvación e impresionado por la mesura y condición natural del joven, prorrumpió en lamentos. Y, como también David hiciera lo mismo, Saúl le respondió que él era el único que tenía razones para lamentarse, diciéndole así: «Porque tú me has hecho a mí más que bien, y, en cambio, yo a ti mal. Y hoy mismo has demostrado que llevas en tu sangre el sentimiento de justicia de los antiguos, quienes, después de sorprender a los enemigos en lugares solitarios, les comunicaban que respetaban su vida. Ahora ya estoy convencido de que Dios guarda la dignidad de rey para ti y de que te espera el dominio sobre todos los hebreos. Dame ahora mismo garantía jurada de que no vas a hacer desaparecer a mi familia ni, por resentimiento hacia mí, destruirás a mis descendientes, sino de que vas a velar por mi casa y a preservarla». Y David, tras jurar como aquél le había pedido, despidió a Saúl para que volviera a su reino, mientras que él subió con sus seguidores al desfiladero de Mastera.

292. *Muerte y funerales de Samuel (1 Sam.* 25, 1). 5. Por esta época murió el profeta Samuel, un hombre que gozó entre los hebreos de un aprecio no al alcance de cualquiera. En efecto, evidenció su prestigio y el afecto que la gente le tenía no sólo el luto que el pueblo le guardó durante mucho tiempo, sino también el ardor y la pasión desplegada en su entierro y en el cumplimiento del ritual habitual en estos casos. Y, así, lo enterraron en su lugar de nacimiento, en la ciudad de Armata y lo lloraron durante muchísimos días, representando para ellos esto no un dolor vulgar como si se tratara de la muerte de un extraño, sino que lo tomaron como cosa propia, porque todos y cada uno de ellos añoraban a Samuel como si fuera de su familia. Fue él un hombre justo y bueno de condición, y ésta era la razón principal por la que lo quería Dios. Mandó y estuvo al frente del pueblo después de la muerte del Sumo

Sacerdote Elí, él solo durante doce años y con el rey Saúl durante dieciocho. Con esto toca a su fin la historia de Samuel.

295. *El rico Nabal niega regalos a David (1 Sam.* 25, 2). 6. Había uno perteneciente al pueblo de los zifitas y oriundo de la ciudad de Emán, rico y dueño de muchísimas cabezas de ganado, ya que contaba con un rebaño de tres mil ovejas y otro de mil cabras. David ordenó a sus hombres que preservaran indemnes e ilesos estos ganados y que no les hicieran daño ni impulsados por la gula ni por el hambre ni aprovechándose de encontrarse solos y poder pasar inadvertidos, sino que pusieran por encima de todas estas consideraciones el no cometer injusticia alguna y el considerar tremendo y contrario a Dios tocar los bienes ajenos. Les impartía estas enseñanzas en la idea de que favorecía con ello a un hombre bueno y digno de contar con esta protección. Pero Nabal, pues así es como se llamaba, era cruel y malvado en su proceder, llevando una vida sometida a los principios de la escuela cínica, mientras que tuvo la suerte de conseguir una mujer buena, discreta y atractiva de aspecto. Pues bien, David, tras enviar diez de sus hombres al referido Nabal en el justo momento en que esquilaba las ovejas, le transmitió a través de ellos sus saludos y sus votos por poder saludarlo así durante muchos años. Y, a su vez, lo exhortaba a que le suministrara algo de lo que estuviera en sus manos, porque, según le decía, podía informarse por sus pastores de que sus hombres no les habían perjudicado lo más mínimo, sino que se habían convertido en protectores de los propios pastores y de sus rebaños, y eso que llevaban ya mucho tiempo en la soledad del campo, añadiéndole que nunca se arrepentiría de haberle dado algo a David. Pero cuando los emisarios transmitieron este mensaje a Nabal, éste se enfrentó a ellos con unos modales sumamente inhumanos y duros. En efecto, tras preguntarles quién era David, cuando oyó que se trataba del hijo de Jese, dijo: «Resulta ahora que los desertores que han abandonado a sus amos alardean de ello y se dan tono». Y David, cuando ellos le dieron cuenta de esto, se enfureció y, tras ordenar a cuatrocientos hombres armados de los suyos, que le siguieran y dejar doscientos para la custodia de los bagajes (pues ya tenía seiscientos), marchó contra Nabal, jurando que aquella misma noche destrozaría su casa y todas sus posesiones, pues estaba molesto no sólo porque Nabal había sido desagradecido con ellos al no haberles dado ningún obsequio después de

haberlo tratado con tanta amabilidad, sino también porque lo había insultado y hablado mal de él sin que hubiera sido mortificado lo más mínimo por aquéllos.

300. *Abigail, esposa de Nabal, aplaca a David con presentes. (1 Sam.* 25, 14). 7. Y como cierto esclavo de los que guardaban los rebaños de Nabal hubiera anunciado a la que era su ama y, a la vez, esposa de aquél, que David, a pesar de haber enviado emisarios a su marido, no había obtenido ninguna respuesta mesurada, sino que incluso y por añadidura había sido ofendido con tremendos insultos, después de haberles prestado toda protección a ellos y custodia a los rebaños, y que este comportamiento de su marido iba a traer consecuencias desastrosas para el propio amo y para ella misma, pues bien, cuando el referido esclavo le hubo dado cuenta de esto, Abigail, pues así es como se llamaba, tras aparejar los asnos y cargarlos con obsequios de todo tipo, y sin decir nada a su marido, pues no se enteraba de nada de puro borracho que estaba, marchó al encuentro de David. Y cuando ella bajaba los desfiladeros de la montaña, la encontró David, quien con sus cuatrocientos hombres citados se dirigía contra Nabal. Y la mujer, al verlo, saltó al suelo e, inclinando la cabeza, se postró ante él, y al tiempo que le pedía que no tuviera en cuenta las palabras de Nabal, porque no debía ignorar que aquél era de un carácter igual a su nombre (pues Nabal en hebreo significa *insensatez),* por lo que a ella misma respecta, alegaba en su propio descargo no haber visto a los hombres que habían sido enviados por David. Y, así, continuó con estas precisas palabra: «Por ello, comprende mi situación y da gracias a Dios por impedir que tus manos se manchen con sangre humana. Pues si tú permaneces limpio de culpa, Él mismo te vengará exigiendo el correspondiente castigo a los malvados. ¡Y ojalá que los que esperan a Nabal caigan sobre las cabezas de tus enemigos! Y tú sé amable conmigo considerándome digna de que me aceptes estos obsequios, y renuncia en mi honor a la irritación y enfado que sientes hacia mi marido y su casa, pues te prestigia mostrarte amable y humano, y más cuando vas a ser rey». Y David, tras aceptar sus dones, le dijo: «En fin, ha sido Dios benévolo quien, oh mujer, te ha traído en el día de hoy ante nosotros, ya que, en otro caso, no habrías llegado a ver el amanecer de mañana, porque yo había jurado destruir en la noche próxima la casa de Nabal y no dejar ninguno de vosotros a un hombre que se condujo de una manera perversa

y desagradecida conmigo y con mis seguidores. Pero resulta que ahora te me has anticipado y con ello has conseguido aplacar mi irritación, con lo que se demuestra que Dios cuida de ti. Pero Nabal, aunque ahora quede exento gracias a ti de venganza, no escapará al justo castigo, sino que su carácter lo echará a perder, al contraer cualquiera otra culpa».

306. *Muerte de Nabal. David se casa con Abigail (1 Sam.* 25, 36). 8. Tras pronunciar estas palabras, despidió a la mujer. Y ella, al llegar a casa y encontrar a su marido que andaba de jarana con un grupo numeroso de hombres y que tenía ya la cabeza atontada por el vino, de momento no le reveló nada de lo ocurrido, pero al darle cuenta de todo al día siguiente, ya sobrio, hizo con sus palabras y el dolor consiguiente que todo su cuerpo flaqueara y se volviera cadavérico. Y, cuando Nabal no había sobrevivido diez días más, dejó este mundo. Por su parte, David, al llegar a sus oídos la noticia de su muerte, dijo de sí mismo que había sido vengado por Dios de una manera hermosa, porque Nabal había muerto por su propia maldad y a él le había pagado lo que le debía manteniendo limpias sus manos. También entonces comprendió que los malvados son perseguidos por Dios, a quien no le pasa desapercibido nada de lo que ocurre entre los hombres, sino que a los buenos les da premios iguales a ellos, mientras que a los malos les inflige un castigo rápido. Luego, por medio de emisarios que envió a su mujer, la invitó a convertirse en su cónyuge y a casarse con él. Y ella argumentó a los emisarios que se presentaron a ella que no era digna de tocarle los pies [10], pero, no obstante, llegó junto a él acompañada de todo el servicio. Y se convirtió en su cónyuge, habiendo obtenido este alto honor por ser de una condición no sólo discreta, sino también justa, aunque también su hermosura contribuyó a alcanzarlo. David tenía ya antes una esposa, a quien trajo de la ciudad de Abisar para casarse con ella. Y, por lo que respecta a Melca, la hija del rey Saúl y que fue prometida de David, su padre la unió en matrimonio con Feltias, hijo de Liso y oriundo de la ciudad de Getla.

310. *David perdona la vida a Saúl por segunda vez (1 Sam.* 26, 1). 9. Después de esto ciertos habitantes de la región de Zife-

[10] Cf. Mateo 3, 11, y Lucas 3, 16.

ne comunicaron a Saúl que David se encontraba de nuevo en su país y que podían capturarlo si él quería ayudarles. Y Saúl marchó contra él con tres mil soldados y, al echárseles la noche encima, acampó en cierto lugar llamado Sicela. Y, al llegar a oídos de David la noticia de que Saúl había venido contra él, despachó espías para que le dieran cuenta a qué punto del país había llegado ya Saúl. Y, como ellos le hubieran informado de que pernoctaba en Sicela, sin que los suyos se enteraran se presentó en el campamento de Saúl, habiendo llevado consigo a Abisai, el hijo de su propia hermana Sarvia, y a Abimelec, el hetita. Y, mientras Saúl yacía dormido en el lecho y en derredor de él estaban tumbados los soldados y su comandante en jefe Abener, David penetró en el campamento real, pero ni acogotó él a Saúl, cuyo dormitorio reconoció por la lanza, que estaba fijada en el suelo a su lado, ni se lo permitió a Abisai, quien deseaba ardientemente matarlo y ya se había abalanzado para llevarlo a cabo, sino que le contuvo el impulso, asegurándole que era una cosa horrorosa matar al que había sido elegido rey por Dios, ya que a él le llegaría con el tiempo el justo castigo por quien le había otorgado el mando. Y, habiéndose apoderado (en señal de que, pese a haber podido matarlo, se había abstenido de hacerlo) de la lanza y de la bota del agua, que estaba puesta a la vera del propio Saúl, salió sin que lo sintiera ninguno de los hombres del campamento, todos los cuales dormían a pierna suelta, después de llevar a cabo tranquilamente contra los hombres del rey todas estas vejaciones que le permitió no sólo la oportunidad del momento, sino también su propio arrojo. Y, después de haber cruzado el arroyo y haber subido a la cumbre de una montaña desde donde había de conseguir hacerse oír de ellos, lanzó contra los soldados de Saúl y su comandante en jefe Abener un grito atronador con que los despertó del sueño, dirigiéndose luego al propio comandante y al ejército. Y, como el comandante en jefe hubiera oído su voz y preguntara quién era el que lo llamaba, David contestó: «Yo, el hijo de Jese y vuestro desertor. ¿Pero cómo tú, siendo importante y ocupando el primer rango en la casa del rey, proteges tan descuidadamente la persona del soberano y el sueño es para ti más dulce que su salvación y defensa? Por este comportamiento os merecéis la muerte y que se tomen represalias con vosotros, por no haberos enterado de que hace un momento penetraron unos individuos en vuestro campamento, atentando contra la vida del rey y de todos los otros.

Busca, pues, la lanza del rey y la bota del agua y comprenderás qué gran amenaza estuvo ahí dentro sin que vosotros os diérais cuenta». Y Saúl, al reconocer la voz de David y comprender que, a pesar de haberlo tenido a merced de él por estar dormido y por el descuido de su guardia, no lo había matado, sino que había respetado su vida cuando había podido acogotarlo con toda justicia, dijo que le agradecía haberle perdonado la vida y lo exhortó a que, recobrando la confianza y sin miedo a sufrir ya ningún daño por obra de él, regresara a su casa, haciéndole saber que él, Saúl, estaba convencido de no amarse a sí mismo tanto como era querido por David, ya que perseguía a la persona que podía ser su guardia personal y que le había ofrecido numerosas pruebas de afecto y lo había obligado, en medio de huidas y esfuerzos por salvarse, a vivir durante tanto tiempo privado de amigos y familiares, mientras que él no paraba de ser salvado una y otra vez por David ni de recuperar la vida, claramente ya perdida. Pero David le mandó que enviara alguien a recoger la lanza y la bota del agua, añadiendo la siguiente frase: «Dios será juez de nuestra particular condición y de los consiguientes hechos realizados por cada uno de nosotros dos, quien sabe que una vez más en el día de hoy pude matarte y sin embargo me abstuve de hacerlo».

319. *David es bien recibido por Anco, estableciéndose en tierras filisteas (1 Sam.* 27, 1). 10. Saúl, después de escapar por segunda vez de las manos de David, volvió a su palacio y posesiones, mientras que David, temiendo no fuera que, si continuaba allí, pudiera ser capturado por Saúl, entendió que le convenía bajar a tierras filisteas y quedarse a vivir en ellas, y, así, acompañado de los seiscientos hombres que le seguían, se presentó a Anco, el rey de Gita, la cual era una de sus cinco ciudades. Y como el rey lo recibiera a él y con él a sus hombres y le diera vivienda, fijó su residencia en Gita, junto con sus dos esposas, Aquima y Abigail. Y Saúl, a pesar de que llegó a sus oídos noticia de ello, ya no consideró la posibilidad de enviar contra él a su gente o de salir él, por cuanto que por dos veces había estado a punto de caer en sus manos, cuando había sido él quien había corrido a capturarlo. Pero David decidió no continuar en la ciudad de Gita, sino que pidió a su rey que, habida cuenta de que lo había recibido con toda amabilidad, le concediera también el siguiente favor, darle un lugar de su territorio para vivir, ya que le daba vergüenza que su estancia en la

ciudad representara una molestia y una carga para el rey. Y Anco le dio una aldea, llamada Secela, a la que David, al hacerse rey, como le tenía gran cariño, distinguió con el honor de ser su propiedad particular, y lo mismo sus hijos. Pero de esto trataremos en otros lugares [11]. Y el período de tiempo durante el que vivió David en Secela de tierras filisteas fue de cuatro meses y veinte días. Y, llevando a cabo desde allí incursiones secretas contra los serritas y amalecitas, vecinos de los filisteos, saqueaba su territorio y regresaba con abundante botín de ganado y camellos, pues se abstenía de hacer daño a las personas [12], por miedo a que lo denunciaran al rey Anco, aunque le envió una parte del botín como regalo. Y como el rey le hubiera preguntado quiénes eran a los que había atacado y sustraído el botín, le contestó que a los judíos de la región del mediodía, habitantes de la llanura, y con ello convenció a Anco, quien lo dio por cierto. Y es que esto le hizo concebir esperanzas de que David aborrecía a su propio pueblo y de que él lo tendría por esclavo, quedándose a vivir entre su gente por el resto de sus días.

325. *Anco alista a David en el ejército filisteo (1 Sam.* 28, 1). 14. 1. Y como hacia esta misma época los filisteos hubieran decidido emprender una expedición contra los israelitas y hubieran enviado mensajeros por todas las zonas y a todos sus aliados, con el encargo de que se unieran a ellos para la guerra en Rega, desde donde habían de lanzarse en masa contra los hebreos, Anco, el rey de Gita, mandó a David que, acompañado de los suyos, se uniera a él con vistas a la lucha. Y, al ponerse él decididamente a su disposición y le hubiera asegurado que se había presentado la oportunidad de devolverle el beneficio y pagarle la hospitalidad prestada, Anco prometió nombrarlo incluso su escolta personal después de la victoria y la lucha contra los enemigos, si las cosas les salían como pensaban, aumentando aún más el ardor de David al prometerle este puesto de confianza y de tan alto rango.

327. *Saúl y la ventrílocua de Endor (1 Sam.* 28, 3). 2. En Saúl se daba la circunstancia de haber expulsado del país a los adivinos, ventrílocuos y toda profesión de ese tenor, a excepción de los profetas. Pero al llegar a sus oídos noticia de que los filisteos estaban

[11] Cf. 356 y ss.

[12] Justamente todo lo contrario dice *1 Sam.* 27, 11.

ya cerca y de que habían acampado en la llanura, a escasa distancia de la ciudad de Sune [13], se lanzó contra ellos acompañado de sus fuerzas. Y, al llegar a una montaña llamada Gelbué [14], instaló su campamento enfrente de los enemigos. Pero al ver las fuerzas enemigas, que no sólo eran numerosas, sino que también eran consideradas superiores a las propias, se asustó no así como así, y por ello preguntó a Dios a través de los profetas para que le diera una información previa acerca de la batalla y del resultado de ella. Y, como Dios no respondiera, Saúl se hundió todavía más en el temor y se le cayó el alma a los pies, al prever el desastre, como era natural cuando la Divinidad no se ponía de su parte. Y mandó que le fuera buscada una joven ventrílocua y evocadora de las almas de los muertos, para así conocer por dónde iban a salirle las cosas, ya que la raza de los ventrílocuos suben a este mundo las almas de los muertos y a través de ellos predicen a quienes solicitan sus servicios el porvenir. Y, al serle indicado por uno de sus criados que en la ciudad de Dor había una joven mujer de esa profesión, pasando desapercibido de los hombres de su campamento y desprendiéndose de la vestimenta regia, tomó consigo a dos criados, cuya fidelidad extrema conocía, y llegó a Dor, presentándose a la mujer, a quien pidió que procediera a adivinar y a traerle a este mundo el alma del muerto que él le dijera. Y como la mujer se rebelara y le argumentara que no faltaría al respeto al rey, quien había desterrado a la raza de los adivinos a la que ella pertenecía, y que tampoco él actuaba correctamente cuando, sin haber recibido de ella el menor daño, le estaba tendiendo, sin embargo, una emboscada para cogerla en lo que estaba prohibido y así tener ella que pagar el justo castigo, juró que no lo sabría nadie y que no iría con el cuento de su adivinación a ninguna otra persona, sino que no correría peligro alguno. Y, una vez que con este juramento la persuadió a que no tuviera miedo, mandó a la mujer que le trajera a este mundo el alma de Samuel. Y ella, que ignoraba quién podía ser ese tal Samuel, lo llamó para que viniera del Hades. Y, como éste se le apareciera, la joven mujer, al contemplar a un hombre venerable y distinguido como un dios, se turbó e, impresionada con la visión, se volvió a Saúl y le dijo: «¿No eres tú el rey Saúl?». Pues Samuel le había revelado quién era el desconocido que estaba

[13] La actual *Salam* en la llanura de Esdrelón.

[14] La actual *Jebel Fuku'a*.

al lado de ella. Y, tras mover él la cabeza en sentido afirmativo y preguntarle cuál era el motivo de su turbación, ella le contestó que era porque estaba viendo a uno que había subido a este mundo cuyo aspecto era parecido a Dios. Y como Saúl le hubiera mandado que le diera cuenta del parecido y atuendo de la persona que ella veía y también de su edad, le significó que se trataba de un hombre ya anciano y envuelto en un halo de gloria y revestido de una sobrepelliz sacerdotal. Y el rey conoció por estos rasgos que era Samuel, y, cayendo al suelo, lo saludó y veneró. Y, al preguntarle el alma de Samuel por qué la removía y la había obligado a subir a este mundo, se quejó amargamente de su destino, diciéndole que los enemigos le amenazaban gravemente, mientras él no encontraba salida a su situación presente, al haber sido abandonado por Dios y no obtener tampoco informe del futuro que le esperaba ni a través de los profetas ni a través de los sueños. Y concluyó con estas exactas palabras: «Por esto me refugié en ti, porque velarás por mí». Y Samuel, al ver que Saúl estaba ya alcanzando el punto decisivo del tránsito de este mundo al otro, le dijo: «Es superfluo tu deseo de conocer todavía el futuro por mí, cuando Dios te ha abandonado. De todas formas presta oídos a lo que voy a decirte: David debe ser rey y enderezar la guerra y tú, en cambio, perder no sólo el poder, sino también la vida, por haber desobedecido a Dios en la guerra contra los amalecitas y no haber observado sus mandamientos, como ya te predije en vida. Sábete, pues, que el ejército caerá en manos de los enemigos y que tú, mañana mismo, después de caer junto con tus hijos en la batalla, pasarás a estar conmigo.»

337. *La ventrílocua de Endor socorre a Saúl (1 Sam.* 28, 20). 3. Saúl, al oír esto,se quedó sin habla de pena, y, desplomándose al suelo, ya por el dolor que le sobrevino por esta información, ya por debilidad, pues llevaba sin tomar bocado todo el día y noche pasadas, se quedó inerte como un cadáver. Luego, cuando volvió en sí, lo que le costó mucho, la mujer lo obligó a probar un poco de comida, al exigirle esta recompensa a cambio de la adivinación que le había prestado y ofrecido a pesar del riesgo que entrañaba para ella por cuanto que no debía prestársela por el miedo que él le inspiraba al ser desconocida su identidad. En pago a ello lo exhortó a que le permitiera ofrecerle mesa y comida, para que una vez que hubiera recuperado las fuerzas pudiera llegar sano y salvo a su campamen-

to. Y, aunque se resistía y se negaba terminantemente a ello por lo desanimado que estaba, lo obligó y convenció. Y a pesar de que tenía un solo ternero, con el que estaba encariñada y que recibía de ella, allá en su casa, toda suerte de atenciones y alimentos, cosa comprensible dado que se trataba de una mujer que se ganaba el sustento con el esfuerzo de sus manos y que no tenía sino únicamente esta res en que holgarse, no dudó en sacrificarlo y, tras preparar la carne, se la presentó en la mesa a sus criados y al propio Saúl. Posteriormente Saúl llegó por la noche a su campamento.

340. *Elogio de la ventrílocua de Endor.* 4. Es un acto de estricta justicia rendir homenaje a esta mujer en atención a su honorabilidad, ya que, a pesar de haberle sido prohibido por el rey ejercer su profesión (con la que su situación doméstica hubiera sido mejor y más sobrada) y no haberlo visto antes nunca jamás, no le guardó rencor por haber reprobado su disciplina ni le volvió la espalda por tratarse de un forastero y no haberla tratado jamás, y no sólo se compadeció de él y lo consoló y lo animó a enfrentarse a una situación que no le agradaba lo más mínimo, sino que además el único bien con que ella contaba, dada la situación de pobreza en que se encontraba, se lo ofreció resuelta y amablemente, sin que con ello correspondiera a ningún beneficio que hubiera recibido ni pretendiera un futuro agradecimiento, ya que le constaba que él estaba a punto de morir, cuando lo natural en los hombres es o bien honrar a quienes les hayan hecho algún favor o bien ganar a aquéllos de quienes puedan recibir alguna ayuda. Es hermoso, pues, no sólo imitar a esta mujer y hacer bien a todos los que se encuentran necesitados, sino también no considerar ningún acto mejor ni que conviene más que éste al género humano ni que hay otro alguno por el que más que con éste tendremos a Dios de nuestra parte y nos favorecerá con bienes. Queda suficientemente demostrado con esto el noble comportamiento de esta mujer.

343. *Reflexiones sobre el heroísmo de Saúl.* Procedo, en cambio, a hacer una reflexión fructífera para ciudades, pueblos y naciones, y conveniente para los hombres de bien, porque por ella serán inducidos todos a perseguir la virtud y anhelar las cosas que puedan procurarles gloria y fama eternas, ya que esta reflexión no sólo infundirá enorme pasión e interés por lo hermoso tanto a reyes de naciones como a autoridades de ciudades, sino que tam-

bién los llevará a enfrentarse a los peligros y a la muerte por su tierra patria y les enseñará a despreciar por ella todas las situaciones tremebundas. El pretexto para esta reflexión me lo ofrece el rey Saúl. En efecto, este hombre, aunque sabía la desgracia que le rondaba y la muerte que le acechaba porque el profeta se lo había profetizado, decidió no rehuirla ni por amor a la vida entregar traidoramente los suyos a los enemigos y con ello lesionar y lastimar la dignidad inherente a la condición de rey, sino que, entregándose él con toda su casa e hijos a los peligros, consideró que era hermoso caer con ellos defendiendo a sus súbditos, y, por lo que a sus hijos respecta, juzgó preferible que murieran siendo unos valientes a que le sobrevivieran sin saber cómo habían de comportarse, pensando que así él tendría por sus sucesores y descendientes la aprobación de su conducta y la fama inmarcesible. Este, por consiguiente, es el único que se merece, al menos a mi juicio, el calificativo de justo, valiente y cabal, y digno de granjearse de todo el mundo un testimonio de aprobación por su valía como el que más, caso de que haya existido o llegue a existir otro como él. Pues cuando se trata de hombres que marchan a la guerra convencidos de que no sólo triunfarán, sino también de que volverán sanos y salvos, caso de conseguir un éxito brillante, no me parece que hagan bien llamándolos valientes todos aquéllos que en las historias y otros escritos los califican de tales, pues aunque también ellos se merecen el don de nuestro reconocimiento, son, sin embargo, exclusivamente los que hayan seguido los pasos de Saúl los únicos que en estricta justicia podrían ser calificados de valientes, temerarios y despreciadores de las situaciones tremebundas. Pues cuando los hombres no saben qué va a sucederles en la guerra y, sin embargo, no desmayan ante ella, sino que, después de entregarse a un futuro incierto, quedan a merced de los vaivenes de ella, su actuación no es todavía heroica, aunque tengan la suerte de llevar a cabo numerosas hazañas. En cambio, cuando los hombres, a pesar de no concebir nada bueno en sus reflexiones y saber de antemano, por el contrario, que tienen que morir y experimentar esa desgracia en el combate, resulta que no temen ni se acobardan ante ese futuro espantoso, sino que marchan a él, conociendo por anticipado adónde van, eso yo lo interpreto como prueba auténtica de valentía. Pues bien, esto fue lo que hizo Saúl, demostrando con ello que todos los que aspiran a la fama después de la muerte deben realizar el tipo de hechos por los que puedan dejar tras de sí

tal timbre de gloria, pero especialmente los reyes, por cuanto que a ellos a causa de la magnitud de su rango no les está permitido no ya ser malvados con sus subordinados, sino ni siquiera medianamente buenos. De Saúl y su coraje podía decir todavía más, ya que el tema nos ofrece bastante materia, pero para no parecer que lo alabamos desmañadamente, procedo a volver de nuevo al asunto que dejé para hacer esta digresión.

351. *Los filisteos obligan a Anco a despedir a David del ejército (1 Sam.* 29, 1). 5. En efecto, cuando los filisteos, como dije antes [15], habían acampado y estaban pasando revista a las fuerzas por naciones, reinos y satrapías, llegó el último de todos el rey Anco con su particular ejército, a quien acompañaba David con sus seiscientos soldados. Y los generales filisteos, al verlo, preguntaron al rey Anco de dónde eran los hebreos que habían llegado y quién los había llamado. Y él contestó que era David, a quien él había recibido, al huir de Saúl, su soberano, y presentarse a él, y que ahora venía a ayudarles en la lucha deseoso de corresponderle y pagarle el favor y de vengarse de Saúl. Entonces recibió los reproches de los generales por haber llevado a participar en la lucha a un enemigo, y por ello le aconsejaban que lo despidiera, no fuera que sin darse cuenta hiciera por culpa de él un gran daño a sus amigos, «ya que vas a ofrecerle la oportunidad de reconciliarse con su soberano, lo que logrará perjudicando a nuestras fuerzas». Como esto era algo que ellos preveían, ya que se trataba de David a quien cantaban las doncellas por haber matado muchas decenas de millares de filisteos, mandaron al rey Anco que lo despidiera a él y a sus seiscientos soldados para que fuera a vivir al lugar que le había dado. Y el rey de Gita, al oírles estos razonamientos y pensar que eran acertados, tras llamar a David, le dijo: «Yo soy testigo de la enorme pasión y afecto que sientes por mí, y ésa es la razón por la que te traje a participar en la guerra. Pero los generales no tienen la misma opinión. Por ello, marcha mañana al lugar que te concedí, sin figurarte que ocurre nada extraño, y una vez allí guárdame el país, no sea que algún enemigo lo invada. Pues también esta misión es una suerte de ayuda militar». Y David, de conformidad con la orden del rey de Gita, llegó a Secela. Pero había ocurrido que el pueblo de los amalecitas, aprovechándose de que David se había

[15] Cap. 327.

ausentado de ella para ayudar a los filisteos en la lucha, habían atacado y tomado al asalto la ciudad de Secela, de la que se habían retirado después de prenderle fuego y llevándose gran cantidad de botín de la propia ciudad y del resto del territorio filisteo.

357. *Los israelitas lloran a sus esposas y niños hechos cautivos (1 Sam.* 30, 4). 6. David, al encontrar devastada la ciudad de Secela, saqueadas todas sus riquezas y hechas cautivas sus propias esposas, que eran dos, y las esposas de sus camaradas junto con los niños, se desgarró al punto las vestiduras. Y llorando y doliéndose por estos seres queridos junto con sus amigos desfalleció tanto por estas calamidades que llegó un momento en que le faltaron ya las lágrimas. Y hasta estuvo a punto de morir lapidado por sus compañeros, dolidos por la captura de sus esposas e hijos, pues lo hacían responsable de lo ocurrido. Pero, tras recuperarse del dolor y levantar su pensamiento a Dios, exhortó al Sumo Sacerdote Abiatar a que se pusiera la indumentaria sacerdotal y, tras preguntárselo a Dios, le declarara si, caso de perseguir él a los amalecitas, le concedía Dios el don de alcanzarlos y, así, recuperar sanos y salvos a sus mujeres e hijos y vengarse de los enemigos. Y, como el Sumo Sacerdote le mandara que los persiguiera, lanzándose acompañado de los seiscientos soldados, fue tras los enemigos. Y, al llegar a cierto torrente llamado Basel y toparse con un individuo de raza egipcia que andaba errante y que estaba desfallecido de debilidad y hambre, pues llevaba tres días sin comer, errante por el desierto, tras restaurar y recuperar sus fuerzas con comida y bebida, le preguntó quién era y de dónde. Y él le hizo saber que era de raza egipcia y que había sido abandonado por su amo al no poder seguirle por una enfermedad. Y, más aún, reveló que él era uno de los que habían incenciado y saqueado, aparte de otros lugares de Judea, la ciudad de Secela. En estas condiciones, David lo utilizó como guía en su marcha contra los amalecitas y, tras sorprenderlos echados en el suelo y a unos almorzando y a otros ebrios ya y deshechos por efecto del vino y disfrutando de los despojos y del botín, cayó de improviso sobre ellos y les causó una gran mortandad. Pues como estaban desarmados y no esperaban ningún ataque de esa índole, sino que se encontraban todos dedicados a beber y a pasarlo bien, eran fáciles de reducir. Y algunos de ellos que fueron sorprendidos todavía tumbados a la mesa fueron aniquilados junto a ellas y la sangre les arrastraba el pan y

la comida, a otros los aniquiló mientras se dedicaban brindis unos a otros con sus copas, y a algunos cuando se habían echado a dormir bajo los efectos del vino. Y cuantos consiguieron cubrirse con la armadura y enfrentarse a David, también a éstos los destrozó tan fácilmente como a los que estaban tumbados y desarmados. Y los hombres de David permanecieron también ellos acogotando enemigos desde la hora primera hasta el anochecer, de suerte que no quedaron con vida más de cuatrocientos amalecitas. Y éstos fueron los que escaparon montando camellos de carrera. Y recuperó no sólo todas las otras cosas que los enemigos les habían arrebatado, sino también a sus propias esposas y las de sus compañeros. Y cuando llegaron de vuelta al lugar en que habían dejado al cuidado de los bagajes a doscientos de los suyos que no podían seguirles, los otros cuatrocientos se negaban a compartir con ellos el resto de ganancias y de botín, pues argumentaban que como no los habían acompañado, sino que habían flojeado en la persecución de los enemigos ya podían estar contentos al recuperar sanas y salvas a sus mujeres, pero David manifestó que esta su decisión era malvada e injusta, ya que merecían participar en las ganancias, sobre todo cuando habían permanecido al cuidado de los bagajes, en igual medida que todos los que tomaron parte en la expedición militar, habida cuenta de que Dios les había concedido la gracia de vengarse de los enemigos y recuperar todas sus pertenencias. Y gracias a él prevaleció entre ellos esta ley: que los que quedan al cuidado de los bagajes obtengan los mismos beneficios que los combatientes. Y David, de vuelta a Secela, envió a todos sus conocidos y amigos pertenecientes a la tribu de Judá una porción de los despojos. Esta fue la historia concerniente a la devastación de Secela y al aniquilamiento de los amalecitas.

368. *Los filisteos derrotan a los israelitas en Gelboe. Mueren los hijos de Saúl (1 Sam.* 31, 1). 7. Los filisteos, como hubieran trabado combate [16] y éste hubiera resultado tenaz, consiguieron la victoria y aniquilaron a un elevado número de los adversarios. Por su parte, Saúl, el rey de los israelitas, y sus hijos, quienes lucharon encarnizadamente y pusieron en acción todo su coraje, en la idea de que toda su gloria residía únicamente en el hecho de morir valientemente y de lanzarse temerariamente en medio del peligro

[16] Continúa la narración de cap. 327 y ss., y 351.

enemigo, pues era lo único con que contaban, atrajeron contra sí a todas las líneas enemigas y cercados por ellas murieron, después de abatir a un elevado número de filisteos. Y los referidos hijos de Saúl fueron Jonatán, Aminadab y Melquis. Caídos éstos, fueron derrotadas las tropas hebreas, con lo que se produjo el desconcierto, la confusión y la muerte por efecto del acoso de los enemigos. Pero Saúl huyó, rodeado de los hombres más capaces. Y, como los filisteos enviaran contra él a los lanzadores de jabalina y a los arqueros, perdió a todos salvo a unos pocos, al tiempo que él, después de luchar heroicamente y recibir múltiples heridas, hasta el punto de no aguantar ya ni resistir tanto golpe, como no tenía fuerzas para matarse ordenó al portador de su armadura que, desenvainando su espada, lo atravesara con ella, antes de que lo capturaran vivo los enemigos. Y, al no atreverse su portador de armas a matar a su soberano, extrajo él mismo la suya y, poniéndola de punta, se arrojó contra ella. Pero incapaz tanto de empujarse como de apretar y pasar el filo a través de todo su cuerpo, se volvió y, habiendo preguntado a un muchacho que se encontraba allí quién era y sabido que era amalecita, lo invitó a que apretara la espada, por no poder hacerlo él con sus manos, y a que le causara así la muerte tal y como él quería. Y el amalecita, tras hacerlo y quitarle el brazalete de oro y la corona real, puso tierra de por medio. Y el portaarmas de Saúl, al verlo muerto, se suicidó. Y no logró salvarse ninguno de la escolta del rey, sino que cayeron todos en los alrededores de la montaña de nombre Gélboe. Por su parte, los hebreos que habitaban el valle situado al otro lado del Jordán y los que ocupaban las ciudades de la llanura, al llegar a sus oídos que había caído Saúl, y con él sus hijos, y que habían perecido todas sus tropas, abandonaron sus ciudades y se refugiaron en los fuertes. Y los filisteos pasaron a habitar estas ciudades abandonadas que encontraron desiertas.

374. *Las gentes de Jabes de Galad entierran los cuerpos mutilados de Saúl y de sus hijos (1 Sam.* 31, 11). 8. Y los filisteos, cuando al día siguiente procedieron a despojar los cadáveres de los enemigos, se toparon con los cuerpos de Saúl y de sus hijos y, después de despojarlos, les cortaron la cabeza y anunciaron por todos los territorios de la zona la siguiente noticia: *«los enemigos han caído»*. También ofrendaron sus armaduras en el templo de Astarté y colgaron sus cadáveres junto a las murallas de la ciudad de Bet-

sán[17], llamada hoy día Escitópolis. Pero cuando llegó a oídos de los habitantes de la ciudad de Jabes de Galad que el cadáver de Saúl, al igual que los de sus hijos, habían sido mutilados, al considerar que era intolerable consentir que permanecieran insepultos, se pusieron en marcha los más valientes y aventajados en audacia (la ciudad en cuestión es fértil en hombres recios de cuerpo y alma) y, tras una marcha que duró la noche entera, llegaron a Betsán. Y, después de aproximarse a la muralla de los enemigos y de bajar el cadáver de Saúl y los de sus hijos, los llevaron a Jabesa, sin que los enemigos pudieran ni osaran impedírselo por su valentía. Y las gentes de Jabesa en masa, tras llorarlos, enterraron sus cuerpos en el lugar más hermoso de la región, llamado Arura[18], y en compañía de sus mujeres e hijos llevaron luto por ellos durante siete días no sólo golpeándose el pecho y entonando trenos en honor del rey y de sus hijos, sino además no tomando nada de comida ni de bebida.

378. *Breve sumario del reinado de Saúl (1 Crónicas,* 10,1). 9. Este es el fin, profetizado por Samuel, que tuvo Saúl por haber desobedecido los mandatos de Dios relativos a los amalecitas y también porque había destruido de raíz a la familia del Sumo Sacerdote Abimelec y al propio Abimelec y con ellos la ciudad de los Sumos Sacerdotes[19]. Y Saúl reinó dieciocho años en vida de Samuel y, muerto éste, veintidós más. Así fue como Saúl partió de esta vida.

---

[17] La actual *Beisan.*

[18] Término griego que significa *Tierra de labrantío.*

[19] Cf. cap. 336.

RESUMEN:

1. Cómo David reinó sobre una sola tribu en la ciudad de Hebrón, y el hijo de Saúl sobre el resto del pueblo judío.
2. Cómo, al ser asesinado este último por una conspiración de sus amigos, se hizo cargo David de todo el reino.
3. Cómo David, al haber sitiado a Jerusalén y tomado esta ciudad, expulsó de ella a los cananeos y la habitó con judíos.
4. Cómo él venció en Jerusalén a los filisteos en las dos expediciones militares que emprendieron contra él.
5. La amistad que tuvo David con Hiram, el rey de los tirios.
6. Cómo David, al emprender expediciones militares contra las naciones circundantes y someterlas, les impuso el pago de un tributo.
7. La lucha que entabló David contra los habitantes de Damasco, y la consiguiente victoria.
8. Cómo triunfó sobre los habitantes de Mesopotamia en la expedición militar que emprendió contra ellos.
9. Cómo, cuando los miembros de su familia se rebelaron contra él, fue expulsado del poder por su hijo y obligado a pasar al otro lado del Jordán.
10. Cómo Absalón, al emprender una expedición militar contra su padre David, pereció con su ejército.
11. Cómo David recuperó de nuevo el trono, viviendo dichosamente, y cómo, cuando todavía le quedaban años de vida, designó rey a su hijo Salomón.

12. Muerte de David, que dejó a su hijo abundante material de plata, oro y piedras para la edificación del Templo.

Este libro abarca un período de cuarenta años.

1. *David se entera de la muerte de Saúl por el amalecita (2 Sam.* 1, 1). 1. Esta batalla tuvo lugar casualmente el mismo día que David regresó a Secela, después de vencer a los amalecitas. Y, cuando él llevaba ya dos días en Secela, al tercero se presentó allí, tras salir sano y salvo de la batalla, el que había matado a Saúl, con la vestimenta desgarrada y con ceniza derramada sobre la cabeza. Y, tras postrarse ante David, a la pregunta de éste de dónde venía en estado tan lamentable, le contestó: «De la batalla contra los israelitas». Y le indicó que el resultado de ella había sido desafortunado para los hebreos, toda vez que habían sido aniquilados decenas de millares de ellos y había caído incluso su rey Saúl con sus hijos. Y le aseguraba que lo que le refería lo sabía muy bien por haber asistido personalmente a la derrota de los hebreos y ser testigo de la huída del rey, a quien confesaba haber matado él mismo a requerimiento del propio Saúl, cuando estaba a punto de ser capturado por los enemigos, justificando su intervención en esta muerte porque, al caer el rey sobre el filo de la espada, no tenía fuerzas para matarse[1] a causa del cúmulo de heridas recibidas para rematarse. Y como señales de haberlo matado mostraba el brazalete de oro del rey y la corona, objetos que había desprendido del cadáver de Saúl para llevárselos a David. Y David, que ya no podía dudar, sino que ante su vista tenía pruebas evidentes de la muerte de Saúl, se rasgó las vestiduras y pasó la noche entera llorando y gimiendo con sus compañeros. Pero su dolor lo hizo todavía más amargo Jonatán, el hijo de Saúl, por haber sido su amigo más fiel y deberle él la salvación. Y David demostró una hombría tan grande y un afecto a Saúl tal que no sólo sufrió amargamente por su muerte, a pesar de haber estado numerosas veces a punto de perder la vida a manos de él, sino que llegó incluso a castigar a la persona que lo mató. En efecto, tras decirle que él se había acusado a sí mismo de haber acabado con la vida del rey, y enterarse de que era hijo de un amalecita, ordenó su muerte. Escribió, además, cantos y elogios para los funerales de Saúl y de Jonatán, que han llegado incluso hasta el día de hoy.

[1] Cf. *Ant. judías* 6, 371.

7. *Dios pide a David que habite en Hebrón (2 Sam.* 2, 1). 2. Después de rendir estos honores al rey Saúl y de poner fin al luto, preguntó a Dios por medio del profeta qué ciudad de la tribu de Judá le daba como residencia. Y, al enterarse de que le daba Hebrón, dejó Secela y pasó a ella, llevando consigo a sus mujeres, que eran dos, y a los soldados que le acompañaban. Y, tras reunirse con él la totalidad de las gentes de la citada tribu, lo designaron rey[2]. Y, al llegar a sus oídos que los habitantes de Jabes de Galad habían enterrado a Saúl y a sus hijos, les mandó unos emisarios para aplaudir y aprobar su acción, y también para prometerles que les pagaría con algún favor la atención que habían tenido con los muertos, y al propio tiempo para manifestarles que la tribu de Judá lo había proclamado rey.

9. *Abener rescata a Jebosto, hijo de Saúl (2 Sam.* 2, 8). 3. Y el comandante en jefe del ejército de Saúl, Abener, hijo de Ner, varón enérgico y noble de espíritu, cuando se enteró de que había caído el rey, y también Jonatán y otros dos hijos suyos, corrió al campamento y, tras conseguir hacerse con el hijo superviviente de Saúl, que se llamaba Jebosto, lo pasó al otro lado del Jordán y lo designó rey de toda la nación, salvo de la tribu de Judá. E hizo capital de su reino la ciudad que en la lengua vernácula se llama Manalis y en griego *Parembolás*[3]. Y Abener partió a la carrera desde allí con un selecto ejército, dispuesto a trabar combate con los hombres de la tribu de Judá, pues estaba furioso con ellos por haber proclamado rey a David. Pero le salió al encuentro, enviado por David, Joab, hijo de Suri y de Sarvia, ésta hermana del propio David, que era el comandante en jefe del ejército de éste, acompañado de sus hermanos Abisai y Asael y de todos los soldados de David, y, al sorprenderlo al pie de una fuente en la ciudad de Gabaón[4], formó en orden de batalla frente a él. Y, como Abener le hubiera asegurado que quería saber cuál de ellos dos tenía soldados más valientes, convinieron ambos en enfrentar doce combatientes. Y, así, tras avanzar al espacio situado entre ambas formaciones los soldados seleccionados para el combate por uno y otro general y arrojar unos contra otros sus respectivas lanzas,

[2] David reinó en Hebrón entre 1012-1004, aproximadamente.
[3] Esto es, *Campamento.*
[4] Probablemente la actual *el-Jib,* cerca y al noroeste de Jerusalén.

desenvainaron las espadas y, agarrándose fuertemente a las cabezas, se golpeaban mutuamente en los costados y en las ingles con los espadones, hasta que perecieron todos, como si lo hubieran acordado así. Y, caídos éstos, tomó parte en la conflagración también el resto del ejército y tras una encarnizada batalla fueron derrotados los hombres de Abener. Y, una vez puestos en fuga, Joab no dejó de perseguirlos, sino que, en lo que a él respecta, los acosaba animando a sus soldados a que siguieran a sus talones sin dejar de matarlos, al tiempo que sus hermanos tomaron parte en la lucha con todo ardor, aunque se distinguió muchísimo más que los otros el más joven, Asael, quien tenía fama por la rapidez de sus pies, ya que en ello no sólo ganaba a los hombres, sino que incluso cuentan que sobrepasaba a la carrera a un caballo con el que hubiera entrado en liza. Éste perseguía a Abener a la carrera y siguiendo una trayectoria recta, sin inclinarse a uno u otro lado. Y, tras volverse Abener hacia él y, en un intento de zafarse de su persecución, decirle, unas veces, que, dejando de perseguirlo a él, se dedicara a quitar la armadura a uno de sus soldados, y, otras veces, al ver que no conseguía que hiciera eso, exhortarlo a que se contuviera y dejara de perseguirlo no fuera que él lo matara y con ello le desbaratara la posibilidad de charlar con su hermano, Abener, en vista de que no hacía caso de sus consejos, sino que insistía en la persecución, según iba huyendo le disparó la lanza hacia atrás y acabó con su vida inmediatamente y de una forma tajante. Y, entonces, los que con él perseguían a Abener, cuando llegaron al lugar donde yacía Asael, rodearon el cadáver y ya no continuaron la persecución de los enemigos. En cambio, el propio Joab y su hermano Abisai, tras dejar atrás a la víctima y tomar su rabia por el muerto como motivo de una presión mayor contra Abener, se emplearon con una rapidez y pasión increíbles y persiguieron a Abener hasta cierto lugar llamado Amata, cuando el sol estaba ya a punto de ocultarse. Y Joab, después de subir a una colina que hay en aquel lugar situado en medio de la tribu de Benjamín, tenía ante su vista a los benjamitas y a Abener. Y, como éste le hubiera gritado y asegurado que los hombres compatriotas no debían acudir a disputas y combates, y que, por otro lado, su hermano Asael había cometido un error, toda vez que, pese a sus exhortaciones a que dejara de perseguirlo, no le había hecho caso y que por eso había muerto alcanzado por la lanza, Joab, al simpatizar con esta idea y considerar estas palabras una invitacion a la concordia, por

medio de una señal de trompeta llamó a sus soldados a retirada e impidió que prosiguieran la persecución. Y Joab acampó en aquel lugar aquella noche, mientras que Abener, tras una marcha que duró toda ella, cruzó el río Jordán y llegó junto a Jebosto, el hijo de Saúl, allá en *Los Campamentos.* Y al día siguiente Joab, después de contar los cadáveres, les dedicó a todos ellos las honras fúnebres de rigor. En esta batalla cayeron unos trescientos sesenta soldados de Abener y diecinueve de David, más Asael, cuyo cadáver llevaron Joab y Abisai desde allí a Belén, y, tras enterrarlo en el monumento funerario de la familia, fueron a unirse con David en Hebrón. Fue, pues, esta época cuando empezó entre los hebreos una guerra civil que duró muchísimo tiempo, y en la que las tropas de David salían siempre triunfadoras y llevaban la mejor parte en la lucha, mientras que el hijo de Saúl y sus súbditos iban de mal en peor prácticamente día tras día.

21. *Los seis hijos de David nacidos en Hebrón (2 Sam.* 3, 2, y *1 Crónicas,* 3, 1). 4. En este período de tiempo le nacieron a David un total de seis hijos, de otras tantas mujeres, el mayor de los cuales, cuya madre fue Aquina[5], se llamaba Amnón; el segundo, y que era hijo de su esposa Abigail, Daniel; el nombre del tercero, que había nacido de Macame, hija de Tolomeo, rey de los geseritas, era Absalón; al cuarto, hijo de su esposa Agite, David puso por nombre Adonías; al quinto, nacido de Abitale, le impuso el nombre de Safatias, y al sexto, hijo de Eglas, Jétroas. Cuando estalló la guerra civil y los seguidores de uno y otro rey trababan combate y operaciones bélicas, Abener, el comandante en jefe de las tropas del hijo de Saúl, como era inteligente y tenía al pueblo muy adicto a su persona, se las arregló para que todos se pusieran del lado de Jebosto. Y permanecieron durante bastante tiempo fieles a él. Pero posteriormente Abener, como fuera objeto de ciertas imputaciones y acusado de tener relaciones íntimas con la que había sido concubina de Saúl, cuyo nombre era Resfa, hija de Sibato, y como se doliera e irritara sobremanera con los reproches que le dirigió Jebosto, pensando que éste no le hacía justicia después de haberle prestado toda suerte de protección, le amenazó con transferir el título de rey a David y demostrarle que gobernaba a las gentes del otro lado del Jordán en modo alguno por su propia

[5] Cf. *Ant. judías* 6, 309 y 320.

capacidad e inteligencia, sino porque él, Abener, era su comandante en jefe y le permanecía fiel. Y, así, por intermedio de unos emisarios que envió a Hebrón a conferenciar con David, pidió recibir juramentos y garantías seguras de que David lo tendría por compañero y amigo una vez que hubiera persuadido al ejército a abandonar al hijo de Saúl y lo hubiera designado a él rey de todo el país. Y, como David ratificara su proposición, dado que le satisfizo lo que Abener le había comunicado por sus emisarios, y le pidiera que le recuperara y ofreciera como primera prueba del pacto concertado entre ellos dos a la mujer que había ganado con grandes peligros y las seiscientas cabezas de filisteos que para obtenerla había traído a su padre Saúl, Abener le envió a Melca[6], tras quitársela a Ofeltias, quien en aquel entonces estaba casado con ella, asunto para el que contó con la colaboración de Jebosto, a quien David había comunicado por escrito que reclamaba la devolución de su mujer, cuestión en la que la justicia estaba de su parte. Y Abener, tras convocar a los ancianos del pueblo y a los jefes y oficiales les dijo lo siguiente, que si bien era cierto que, cuando ellos habían estado prestos a abandonar a Jebosto y a pasarse a David, él había frenado su intento, ahora sin embargo les permitía marchar adonde quisieran, añadiéndoles que lo hacía porque sabía que Dios lo había proclamado por mediación del profeta Samuel rey de todos los hebreos y había advertido por medio de un oráculo que sólo él se vengaría de los filisteos y los sometería, tras triunfar sobre ellos. Los ancianos y mandos militares, al oír esto y comprender que la opinión de Abener era acorde con la que ellos tenían antes acerca del asunto en cuestión, pasaron a ser adictos a David. Y, una vez que éstos fueron convencidos, Abener convocó a la tribu de los benjamitas, porque todos los miembros de ella eran escolta de Jebosto. Y, al comunicarles a ellos lo mismo y observar que en absoluto rechazaban la idea, sino que aceptaban lo que él les proponía, tras tomar consigo a unos veinte de sus compañeros llegó a David, para recibir personalmente los juramentos de aquél (pues todos y cada uno de nosotros consideramos que ofrece más garantía lo que hacemos directamente nosotros mismos que lo que se hace a través de un tercero) y, además de ello, para comunicarle las propuestas que él había hecho tanto a los mandos militares como a la totalidad de la tribu. Y, después que David lo

[6] Cf. 6, 203, y 309.

hubo recibido amablemente y agasajado con espléndidos banquetes y muy lujosos durante numerosos dias, le pidió permiso para marchar y traer al pueblo, con objeto de entregarle el mando a David delante y en presencia de aquél.

31. *Joab siente celos de Abener (2 Sam.* 3, 23). 5. Pero cuando no había transcurrido un instante desde que David había despedido a Abener, llegó a Hebrón Joab, el comandante en jefe de las fuerzas de David, y, al enterarse de que Abener había estado conferenciando con él y de que se había alejado tras concertar un pacto y acuerdo sobre la soberanía, por miedo, por un lado, a que David colmara de honores a Abener y lo situara en el primer puesto para que colaborara con él en el gobierno del reino, dado que se trataba además de un individuo que era conocedor de los asuntos de Estado y que sabía aprovecharse de las oportunidades, y, por otro, a que él perdiera rango y fuera desposeído del generalato, emprendió un camino perverso y malvado. En efecto, primeramente intentó calumniarlo ante el rey, exhortándolo a éste a que se anduviera con cuidado y no se prestara a las componendas de Abener, porque éste era capaz de hacer cualquier cosa para asegurar el mando al hijo de Saúl y, después de haber venido a visitarlo para despistarlo y engañarlo, había partido entre la esperanza de haber conseguido lo que se proponía y la urdimbre de sus planes. Pero como no convencía a David por esos medios ni lo veía excitado, tomó un camino más temerario que el anterior. En efecto, habiendo concebido la determinación de matar a Abener envió a unos hombres detrás de él, a quienes ordenó que, cuando lo hubieran alcanzado, lo llamaran, recurriendo para ello a citar el nombre de David, e indicándole que éste tenía que decirle algunas cosas que había olvidado señalarle cuando estuvo con él. Y Abener, cuando oyó el encargo que le comunicaron los mensajeros, sin la menor sospecha de lo que iba a ocurrir volvió a Hebrón, ya que lo habían alcanzado en un lugar llamado Besera, distante veinte estadios de Hebrón. Y Joab, tras esperar a la puerta de la ciudad a encontrarse con él y haberlo saludado lo más afectuosa y cariñosamente posible (pues los que maquinan acciones criminales simulan con harta frecuencia el comportamiento de las personas auténticamente buenas con el fin de evitar toda sombra de sospecha de sus maquinaciones) lo distrajo de los suyos aparentando que iba a comunicarle algún secreto, y, tras llevarlo a la zona más solitaria de la puerta, donde estaba él solo con su her-

mano Abisai, desenvainó la espada y lo hirió en los bajos de la ingle. Y Abener murió, víctima de esta suerte de insidia de Joab, quien lo hizo, según él alegaba, por vengar a su hermano Asael, a quien, cuando corría en persecución de Abener, éste lo había matado en la batalla habida junto a Hebrón, pero, de acuerdo con la pura verdad, por miedo a perder el generalato y los honores concedidos por el rey, no fuera que él viniera a ser desposeído de ellos y Abener, en cambio, ocupara el primer puesto, otorgado por David. Partiendo de este dato uno podría comprender cuán numerosos y qué grandes crímenes osan llevar a cabo los hombres llevados de la ambición y del amor al mando y para no cederlos a nadie, ya que, ansiosos de conseguirlos, los alcanzan aunque para ello tengan que pasar por infinidad de fechorías, pero, temerosos de perderlos, se procuran la seguridad de continuar con ellos por medios todavía mucho más detestables, convencidos de que no conseguir dimensiones tales de poder no constituye una desgracia de iguales proporciones que perderlo después de acostumbrarse uno a los bienes que el referido poder depara. Y como este último supuesto conlleva en sí el *súmmum* de la desgracia, por esa razón todos aquéllos a los que les invade el temor de perderlo urden y traman acciones aun más terribles que en el primer caso. Pero basta esta breve indicación acerca de esta cuestión.

39. *David se declara inocente de la muerte de Abener y lo llora (2 Sam.* 3, 28). 6. Y David, cuando llegó a sus oídos la noticia de la muerte de Abener, experimentó un dolor que le llegó al alma y, levantando su mano derecha a Dios y gritando, puso a todos por testigos de que ni había sido cómplice del asesinato de Abener ni había muerto por mandato y deseo de su propia persona. Luego, lanzó imprecaciones terribles contra el que lo había asesinado, y a la casa entera de éste y a sus colaboradores los declaró incursos en los castigos que había que exigir por el muerto. Esta actitud de David se explica porque estaba interesado en no transmitir la impresión de haberle hecho esta mala jugada a Abener contraviniendo la palabra y el juramento que le había dado. Y más aún: ordenó al pueblo entero que llorara y guardara luto por aquel hombre y que honrara su cadáver con los rituales de costumbre, rasgándose las vestiduras y vistiéndose con sacos, y que actuaran así mientras acompañaban al féretro a la sepultura. Y él lo seguía, acompañado de los ancianos y de los que ocupaban los diferentes

mandos, golpeándose el pecho y evidenciando con sus lágrimas no sólo el afecto que sintió por él cuando estaba vivo y el dolor que le inspiraba una vez muerto, sino también que había sido aniquilado no a instancias suyas. Y, después de enterrarlo en Hebrón con gran suntuosidad, David, puesto en pie junto a la tumba de Abener, le dedicó entre llantos unos trenos que él mismo había compuesto y luego se los pasó a los demás para que hicieran lo mismo. Y la muerte de Abener lo acongojó hasta tal punto que no tomaba comida, a pesar de que los compañeros trataban de obligarlo a ello. Al contrario, juró que no probaría bocado alguno hasta que se hubiera puesto el sol. Esto le concitó el afecto del pueblo. Pues no sólo los que tenían cariño a Abener apreciaron extraordinariamente la estima en que tenía su persona, a pesar de haber muerto, y su preservación de la fidelidad prestada, ya que le había dedicado todos los rituales de rigor, tratándolo como pariente y amigo, mientras que, por el contrario, no lo había ultrajado con un entierro desorganizado y descuidado, como si fuera un enemigo, sino que también todo el resto de la gente se deleitaba con él, considerándolo una persona buena y de entrañas buenas y manso de corazón, ya que cada uno pensaba que en tales circunstancias habría recibido del rey la misma atención que veía estaba obteniendo el cadáver de Abener. Además, era natural que David, dado su interés por obtener una noble fama, se preocupara de que a nadie le asaltara la idea de que Abener había sido asesinado a instancias de él. Por otro lado, dijo también al pueblo que, si él sentía no una pena cualquiera por la muerte de un excelente varón, esta muerte ocasionaba no un daño pequeño para los intereses de Estado de los hebreos, al verse privados de la persona que podía dominarlos y preservarlos con sus planes excelentes en la paz y con la fuerza de sus brazos en las operaciones bélicas. Y terminó con estas exactas palabras: «Pero Dios, que cuida de todo, no nos lo dejará sin vengar. Por lo que a mí toca, os consta que no está en mis manos hacer nada a Joab y Abisai, los hijos de Sarvia, porque pueden más que yo, pero la Divinidad les dará el pago correspondiente a su canallada». De esta manera encontró Abener el fin de sus días.

46. *Asesinato de Jebosto, hijo de Saúl (2 Sam.* 4, 1) .2. 1. Y Jebosto, el hijo de Saúl, al enterarse de la muerte de Abener, no lo soportó fácilmente, al haber perdido a un hombre pariente suyo y que le había procurado el reino, sino que la muerte de Abener le

afectó tremendamente y le causó un dolor enorme. Pero tampoco él le sobrevivió mucho tiempo, sino que murió víctima de una conspiración tramada por los hijos de Eremnón, llamados el uno Bana y el otro Taeno. En efecto, éstos, que eran de estirpe benjamita y ocupaban el primer rango, pensaron que, si mataban a Jebosto, obtendrían de David grandes mercedes y su acción obligaría a David a concederles el generalato o algún otro cargo de confianza, y por ello, al encontrar a Jebosto dormido, por ser el mediodía, y que la guardia no estaba allí y que la portera no estaba despierta, sino que también ella estaba sumida en un sueño profundo a causa no sólo de la fatiga y de la faena que traía entre manos, sino también del bochorno que hacía, pasaron a la habitación en que descansaba el hijo de Saúl y lo mataron. Y, tras cortarle la cabeza y efectuar una marcha ininterrumpida durante todo el día y la noche como si huyeran del crimen para refugiarse en la persona que iba a resultar beneficiada con esta gracia y que les ofrecería seguridad, llegaron a Hebrón. Y, mostrándole la cabeza de Jebosto a David, se arrogaban el título de amigos suyos, que habían aniquilado a su enemigo y competidor del reino. Pero él no acogió su acción en la forma que ellos esperaban, sino que les dijo lo siguiente: «Oh vosotros los más perversos y que acto seguido pagaréis el justo merecido, ¿no sabíais cómo castigué yo al asesino de Saúl y que me trajo su corona de oro, y eso que le había hecho el favor de matarlo para que los enemigos no lo capturaran? ¿O es que sospechábais que yo había cambiado y ya no era el mismo, de suerte que iba a agradecer esto a hombres perversos y a considerar motivo de agradecimiento vuestro crimen de lesa majestad, cuando matasteis en su propio lecho a un hombre justo y que no había hecho a nadie mal alguno, aparte de teneros a vosotros sumo afecto y aprecio? Por ello, con el castigo a que vais a ser sometidos pagaréis la pena a que estáis obligados para con él y el justo merecido que me debéis a mí por haberlo matado creyendo que su muerte me produciría contento, ya que no pudísteis perjudicar más mi buen nombre que con esa impía suposición». Tras pronunciar estas palabras acabó con su vida después de infligirles toda suerte de castigos, mientras que la cabeza de Jebosto la enterró en la tumba de Abener, habiéndole rendido toda suerte de honores.

53. *Los jefes de tribu rinden homenaje a David en Hebrón (2 Sam.* 5, 1, y *1 Crónicas,* 11, 1). 2. Tras sufrir éstos este tipo de

muerte, vinieron a presentarse a David en Hebrón la totalidad de las autoridades hebreas con los jefes y mandos del ejército, y se ofrecieron a él, recordándole el afecto que le tenían cuando todavía vivía el propio Saúl y que no dejaron de prestarle cuando llegó a jefe militar, y manifestándole que había sido proclamado rey, él y sus hijos, por Dios a través del profeta Samuel y que Dios le había concedido el don de salvar el territorio hebreo con su victoria sobre los filisteos. Y David los felicitó por la predilección que sentían hacia él y, después de exhortarlos a que continuaran así porque no se arrepentirían de tal proceder, y agasajarlos con banquetes y tratarlos con gran cordialidad, los despidió para que le trajeran a todo el pueblo. Y, efectivamente, vinieron a reunirse con él los siguientes pueblos: de la tribu de Judá unos seis mil ochocientos soldados, quienes portaban su armadura, constituida por largos escudos y lanzas (éstos habían permanecido fieles al hijo de Saúl, ya que la tribu de Judá había designado rey a David sin su aquiescencia); de la tribu de Simeón seis mil cien; de la de Leví cuatro mil setecientos, con su jefe Jodamo, y entre ellos estaba el Sumo Sacerdote Sadoc, acompañado de veintidós jefes, parientes suyos; de la tribu de Benjamín cuatro mil soldados, ya que esta tribu había permanecido a la expectativa, a la espera todavía de que algún miembro de la familia de Saúl se convirtiera en rey; de la tribu de Efraím veinte mil ochocientos, quienes estaban entre los más poderosos y sobresalientes en fuerza; de la mitad de la tribu de Manasés dieciocho mil; de la tribu de Isacar doscientos que predecían el futuro y veinte mil soldados; de la tribu de Zabulón cincuenta mil soldados selectos, ya que ésta fue la única tribu que se unió a David toda entera (todos ellos portaban el mismo armamento que los de la tribu de Judá); de la tribu de Neftalí mil notables y mandos militares, quienes utilizaban como armas escudos grandes y lanzas, seguidos de la tribu en número incalculable; de la tribu de Dan veintisiete mil seiscientos soldados selectos; de la tribu de Aser cuarenta mil; de las dos tribus del otro lado del Jordán y del resto de la tribu de Manasés, armados con escudos grandes, lanza, yelmo y espadón, ciento veinte mil. Pero también las tribus restantes usaban espadones. Pues bien, toda esta masa fue a Hebrón a reunirse con David con grandes provisiones de pan y vino y todo lo necesario para alimentarse, y unánimemente confirmaron rey a David. Y, después de pasar el pueblo tres días en Hebrón entre fiestas y banquetes, David, acompañado de todos ellos, partió de allí y llegó a Jerusalén.

61. *David conquista la ciudad de Jerusalén (2 Sam.* 5, 6; *1 Crónicas,* 11, 4). 3.1. Y, como los gebuseos que habitaban esta ciudad (pertenecientes ellos a la estirpe cananea) le hubieran cerrado las puertas y colocaran en lo alto de la muralla en son de mofa del rey a los que habían perdido la vista y la facultad de andar y a todos los inválidos y le dijeran que le impedirían la entrada los lisiados, cosa que hacían llevados del desprecio hacia ellos a causa de la seguridad que les conferían las murallas, se puso furioso y procedió a poner sitio a Jerusalén. Y, actuando con sumo ardor y pasión, para poner de manifiesto con una rápida conquista de esta ciudad su fuerza y para asustar a cualesquiera otros que tuvieran hacia él la misma disposición de ánimo que los habitantes de Jerusalén, si es que había algunos, tomó al asalto la ciudad baja. Pero como todavía faltara de tomar la ciudadela, el rey decidió poner a sus soldados en disposición más presta a la acción por la promesa de la concesión de honores y privilegios, y, así, comunicó a todos que concedería el mando supremo sobre la totalidad del ejército al que subiera a la ciudadela a través de los barrancos situados debajo de ella y la tomara. Y, aunque todos rivalizaban por subir y no eludían aguantar esfuerzo alguno llevados de su aspiración a obtener el referido mando militar, fue el hijo de Sarvia, Joab, quien se anticipó a los demás, y, tras subir, gritó al rey, exigiéndole el cargo de comandante en jefe.

65. *Jerusalén fortificada por David (2 Sam.* 5, 9). 2. Y el rey, tras expulsar de la ciudadela a los gebuseos y reconstruir él Jerusalén, le impuso el nombre de *Ciudad de David,* y pasó todo el tiempo en ella de rey. Y el período de tiempo que estuvo al frente únicamente de la tribu de Judá en Hebrón fue de siete años y seis meses. Y, como hubiera designado capital del reino a Jerusalén, emprendía actividades cada vez más llamativas, porque Dios se preocupaba de hacerlas cada vez más importantes y de que cobraran más auge. Y el propio Iromo[7], rey de Tiro, por medio de emisarios que envió, firmó con él un pacto de amistad y de asistencia militar. Y le envió también gratis madera de cedro y arquitectos y constructores, expertos en el tema, quienes proyectaron un palacio en Jerusalén. Y David, tras cercar la ciudad baja y conectar con ella la ciudadela, hizo de ambas partes un solo cuerpo. Luego ten-

[7] El *Hiram* de la Biblia.

dió murallas a su alrededor y puso a Joab al cargo de las murallas. Así, pues, David fue el primero que, después de expulsar a los gebuseos de Jerusalén, designó a esta ciudad con un nombre derivado del suyo propio, porque en tiempos de nuestro padre Abram se llamaba *Solima,* pero más tarde se le puso [8] por nombre *Hierosolima,* mientras que al Templo se le llamó entonces *Solima,* esto es, *seguridad.* Y el período de tiempo que va en total desde la expedición militar del caudillo Josué contra los cananeos y desde la guerra que les ganó, a consecuencia de la cual asignó su territorio a los hebreos, sin que los israelitas pudieran ya expulsar a los cananeos de Jerusalén, hasta que David los rindió tras sitiarlos, fue de quinientos quince años [9].

69. *Hijos de David (2 Sam.* 5, 13; *1 Crónicas,* 3, 5 y 14, 4). 3. Pero mencionaré también aquí a Oronas, un jefe gebuseo acaudalado y que en la toma de Jerusalén no fue aniquilado por David por su afecto hacia los hebreos y por cierta especie de simpatía e inclinación hacia el propio rey, y de la que poco después daré cuenta en un lugar más a propósito [10]. Pero David se casó también con otras mujeres además de las anteriores y tuvo concubinas. Y engendró once hijos, que llamó: Amasé, Amnú, Sebá, Natan, Salomón, Jebaré, Eliés, Falnageés, Nafés, Jenaé, Elifalé, más una hija, Tamara. Nueve de ellos le nacieron de esposas legítimas, y los dos citados en último lugar de las concubinas. Tamara era hermana de Absalón por parte de madre.

71. *Los filisteos son derrotados por David (2 Sam.* 5, 17 y *1 Crónicas,* 14, 8). 4. 1. Y los filisteos, al tener conocimiento de que David había sido designado rey por los hebreos, emprendieron una expedición militar contra él y marcharon hacia Jerusalén. Y, después de ocupar el llamado *Valle de los Gigantes* [11], lugar situado no

[8] El responsable de esta denominación pudo ser Homero (cf. Flavio Josefo, *Contra Apión* 1, 172 y ss.), pero, según Niese, pudo ser Melquisedec (cf. Flavio Josefo, *Guerra judía* 6, 438 y ss.).

[9] Lo que se corresponde con *Ant. judías* 8, 61, donde Josefo contabiliza 592 años desde el Éxodo hasta la construcción del Templo en el cuarto año del reinado de Salomón.

[10] Cap. 329 y ss.

[11] Probablemente la actual *el Buqei'a,* la llanura al sudoeste de Jerusalén (Thackeray).

lejos de la ciudad, acamparon en él. Pero el rey (quien no se tomaba la libertad de hacer nada sin recurrir a la profecía y sin que Dios se lo mandara y sin tomarlo a Él como garante del futuro) mandó al Sumo Sacerdote que le profetizara qué pensaba Dios al respecto y cuál sería el resultado de la batalla. Y, al profetizarle la victoria y el triunfo, sacó a sus fuerzas contra los filisteos. Y, al producirse el combate y caer el propio David de improviso sobre los enemigos por la espalda[12], a unos los mató y a otros los puso en fuga. Y nadie debe figurarse que el ejército filisteo que vino contra los hebreos fue pequeño, fundándose para ello en la rapidez de su derrota, ni tampoco que no manifestara ninguna acción de auténtico calibre ni merecedora de citación debe atribuirse a una supuesta desidia y apocamiento, sino que hay que darse cuenta de que tomaron parte al lado de ellos y se les unieron en la guerra no sólo Siria y Fenicia enteras, sino también además de los pueblos citados otras muchas y belicosas naciones. Esta circunstancia es la única que explica que ellos, a pesar de ser vencidos tantas veces y de haber perdido infinitas decenas de millares de hombres, atacaran a los hebreos con fuerzas cada vez mayores. Pero, ¿qué digo yo? Después de haber fracasado en todas las anteriores batallas vino contra David un ejército tres veces mayor, y acampó en el mismo lugar. Y como el rey de los israelitas volviera a preguntar a Dios acerca del resultado de la batalla, el Sumo Sacerdote le advirtió por un oráculo que detuviera su ejército en el llamado *Bosque Llorón,* no lejos del campamento enemigo, y que no lo moviera ni empezara la lucha hasta que las hojas de los árboles se agitaran sin que soplara el viento. Y, cuando se agitaron las hojas de los árboles y llegó el momento que Dios le había advertido, acto seguido salió en pos de una victoria que ya tenía a mano de manera clara. En efecto, las líneas enemigas no aguantaron su empuje, sino que inmediatamente al primer choque fueron derrotadas, acosadas por David, que no paraba de matar enemigos. Y los persiguió hasta la ciudad de Gazara, situada en el territorio de ellos pero en la frontera, y luego saqueó su campamento, en el que encontró abundantes caudales, y destruyó a sus dioses.

78. *El arca es llevada a Jerusalén* (*2 Sam.* 6, 1; *1 Crónicas,* 13, 1). 2. Una vez que también esta batalla tuvo esta suerte de

[12] Según la Biblia fue en la segunda batalla con los filisteos cuando David los atacó por sorpresa y por la espalda.

resultado, decidió David, tras consultar con los ancianos, mandos y jefes militares, mandar venir junto a él del país entero a los compatriotas suyos que se encontraran en plena juventud, y luego ordenó a los sacerdotes y levitas que fueran a Cariatiarim y trajeran el arca de Dios de allí a Jerusalén, donde en adelante debían mantenerla y venerarla con sacrificios y las otras consideraciones que agradan a la Divinidad, en la idea de que, si lo hubieran hecho cuando todavía vivía Saúl, no habrían sufrido desgracia alguna. Pues bien, una vez que estaba reunido el pueblo entero, como habían acordado, se presentó el rey donde estaba el arca, que los sacerdotes se llevaron de la casa de Aminadab [13] y, tras subirla a un carro nuevo, encomendaron a los hermanos e hijos del referido Aminadab tirar de ella con ayuda de una yunta de bueyes. Precedía el rey y todo el pueblo con él, entonando himnos en honor de Dios y coreando todo tipo de canciones locales, y bajando el arca a Jerusalén acompañándola con los abigarrados sones producidos por instrumentos de percusión, y con la algarabía de las danzas, con los cantos entonados al arpa y también con el ruido de la trompeta y los címbalos. Pero cuando llegaron a la *Era de Quidón,* nombre con que era designado cierto lugar, murió Ozas por la cólera de Dios. En efecto, como los bueyes movieran el arca hacia adelante con sus sacudidas de cabeza y Ozas extendiera su mano sobre ella y se atreviera a agarrarla, Dios le causó la muerte por haberla tocado sin ser sacerdote. Y el rey y el pueblo se disgustaron con la muerte de Ozas, y el lugar en que murió recibió el nombre de *Quebrada de Ozas.* Y David, como cogiera miedo y pensara que tal vez le iba a pasar lo mismo que a Ozas si acogía el arca en su casa en Jerusalén, cuando aquél había muerto simplemente por no haber hecho más que alcanzarla con su mano, no la acogió en su casa en la ciudad, sino que, tras desviarse a la finca de un hombre justo llamado Obadar, de estirpe levita, depositó el arca en su casa. Pero en los tres únicos meses que permaneció el arca allí no sólo acrecentó el patrimonio de Obadar, sino que incluso le trajo multitud de bienes. Y el rey, al llegar a sus oídos que a Obadar le había sucedido esto y que de su anterior pobreza y condición humilde se había vuelto de pronto acaudalado y objeto de la envidia de todos los que veían su casa y se enteraban de su nueva situación, seguro de que no iba a experimentar daño alguno mandó

[13] Cf. libro 6, 18.

traer el arca a su casa, cargada sobre sus hombros por los sacerdotes y precedida por siete coros que había organizado el rey, quien tocaba y pulsaba el arpa, lo que llevó a su mujer Mecal, la hija de Saúl, el primer rey, a burlarse de él al verlo hacer eso. Y, tras llevarla a la ciudad, la colocaron debajo de la tienda que David había levantado para ella, quien ofreció en su honor sacrificios por el pueblo entero y por la paz y agasajó a toda la masa de gente, distribuyendo entre mujeres, hombres y niños tortas de pan, tostadas, tortas fritas y un trozo de carne de las víctimas. Después de agasajar al pueblo tan espléndidamente lo despidió y él se fue a su casa.

87. *Mecal reprende a David (2 Sam.* 6, 20). 3. Y su esposa Mecal, hija de Saúl, puesta de pie a su lado, hacía los mejores votos por él y pedía a Dios que David obtuviera el mayor número posible de bienes que Él pudiera concederle con ánimo propicio, pero también censuró a David el desdoro que significaba que un rey tan ilustre danzara y se mostrara desnudo con motivo de la danza no sólo en presencia de esclavos, sino también de sus criadas. Pero él aseguraba no avergonzarse de hacer eso en honor de Dios, quien lo había estimado a él más que al padre de ella y a todos los demás juntos, e insistía en que no se cansaría de hacer chiquilladas y de danzar sin hacer caso alguno de que ello pudiera parecer indigno a las criadas y a ella misma. La citada Mecal no tuvo hijos cuando estuvo prometida con David ni después cuando se unió en matrimonio con el hombre al que la entregó su padre Saúl, pero luego, cuando David volvió a hacerla su esposa, tras quitársela a otro, dio a luz cinco hijos. De esto trataremos en su lugar [14].

90. *David proyecta construir un templo, pero Dios lo desaprueba (2 Sam.* 7, 1; *1 Crónicas,* 17, 1). 4. Al ver el rey que prácticamente cada día que pasaba los asuntos de Estado iban mejor por la voluntad de Dios, consideró que estaba él cometiendo un pecado imperdonable cuando él, que vivía en mansiones hechas de cedro, altas y provistas de otros lujos hermosísimos, consentía que el arca estuviera depositada en una tienda. Por ello pretendió construir un templo para Dios, como Moisés había predicho, y, como hablara de ello con el profeta Natán y éste le ordenara que hiciera lo que él

[14] Pero no volvemos a oír nada de esto.

ansiaba hacer, fundándose para darle este consejo en que Dios le prestaba su colaboración en todo lo que emprendía, estaba ya más animado a la construcción del templo. Pero aquella noche se le apareció Dios a Natán y le mandó hacer saber a David que aceptaba complacido su proyecto e interés, ya que hasta entonces a nadie se le había pasado por las mientes levantarle un templo, mientras que él había concebido esa idea, pero que no era David el llamado a edificarle el templo, ya que a causa de las numerosas guerras en que había combatido estaba manchado por haber matado a enemigos. Además, le comunicó que, sin embargo, tras su muerte, la cual le llegaría tras llegar a viejo y cumplir largos años de vida, cobraría cuerpo el templo en cuestión por la intervención del hijo que le sucedería en el trono, el cual recaería en quien se llamara Salomón, a quien Dios prometía defender y proteger como un padre a su hijo, dispuesto a preservar y transmitir el trono a sus hijos y descendientes, pero también a castigarlo a él con enfermedades y esterilidad de sus tierras, si tenía la desventura de pecar. David, al enterarse de estos extremos por el profeta, se volvió lleno de contento al saber que su liderazgo sería conservado seguro por sus descendientes y que su casa sería ilustre y famosa, y, así, visitó el arca. Y, cayendo en tierra boca abajo, procedió a venerar a Dios y a agradecerle fervientemente no sólo todos los bienes que le había dado ya, al elevarlo de la situación humilde de pastor a cotas tan altas de poder y gloria, y los que había prometido a sus descendientes, sino también la protección que había dispensado a los hebreos y a su libertad. Tras pronunciar estas palabras y entonar cánticos en honor de Dios, regresó a su casa.

96. *Victorias de David sobre los filisteos, moabitas, etc.* (*2 Sam.* 8, 1; *1 Crónicas*, 18, 1). 5. 1. Y David, tras un breve intervalo de tiempo, entendió que debía emprender una expedición militar contra los filisteos y no consentir que en su pauta de comportamiento cobrara cuerpo en absoluto ni la inactividad ni la desidia, para a su muerte dejar a sus descendientes reinando ya en paz, después de someter él a los enemigos como la Divinidad le había anticipado. Y, así, tras volver a reunir al ejército y haberle comunicado que estuviera presto y preparado para la guerra, cuando le pareció que el ejército se encontraba perfectamente a punto, partió de Jerusalén y llegó al país de los filisteos. Y una vez que los hubo vencido en la lucha y escindido una gran parte de su territorio que

anexionó al hebreo, continuó la guerra contra los moabitas y, tras vencerlos en combate, aniquiló a las dos terceras partes de su ejército e hizo cautivo al resto. Y, después de imponerles la obligación de pagar a los hebreos tributos anuales, llevó su ejército contra Adrazar, hijo de Arao y rey de Sofane [15], y, tras trabar combate con él a orillas del río Eúfrates, le aniquiló a unos veinte mil hombres de infantería y a unos cinco mil de caballería. Y se apoderó también de mil carros de guerra, aunque los más de ellos los destruyó, mientras ordenó que le fueran reservados únicamente cien.

100. *Victoria de David sobre el rey de Damasco (2 Sam.* 8, 5; *1 Crónicas,* 18, 5). 2. Y Adad, rey de Damasco y de Siria, al llegar a sus oídos que David había entrado en guerra con Adrazar, corrió en su ayuda con un poderoso ejército por ser su amigo. Pero del combate que trabó con David a orillas del rio Eúfrates no salió en absoluto como él se imaginaba, sino que, al fracasar en el empeño, perdió a un elevado número de soldados, ya que de las fuerzas de Adad cayeron veinte mil hombres, aniquilados por los hebreos, y todos los restantes se vieron obligados a huir. A este rey lo menciona también Nicolás[16] en el libro cuarto de su *Historia,* donde dice así: «Mucho tiempo después de esto un aborigen, de nombre Adad, tras alcanzar un poder superior al de los demás, se convirtió en rey de Damasco y del resto de Siria a excepción de Fenicia. Tras haber declarado la guerra a David, rey de Judea, y haberse distinguido en numerosas batallas, fue precisamente en la última, habida a orillas del Eúfrates, y que perdió, en la que se ganó la reputación de ser el más extraordinario de los reyes en fortaleza y valentía.» Y, además de eso, asegura también, a propósito de sus descendientes, que tras su muerte heredaron unos de otros tanto el trono como el nombre, con estas palabras: «Muerto él, sus descendientes reinaron durante diez generaciones, cada uno de ellos heredando de su respectivo padre conjuntamente el poder y el nombre, exactamente igual que los Ptolemeos en Egipto. Pero fue el tercero el que alcanzó de todos ellos el grado más alto de poder,

[15] Estado arameo situado al noroeste de Damasco, en el valle entre el Líbano y al Antilíbano. Josefo lo confunde con el del mismo nombre, pero ubicado en Armenia.

[16] Nicolás de Damasco, historiador y amigo personal de Herodes el Grande. Cf. *Ant. judías* 1, 94.

y, así, deseoso de reparar la infamia inherente a la derrota sufrida por su bisabuelo lanzó una expedición militar contra los judíos, en la que devastó su territorio, el correspondiente a la actual Samaria.» Y Nicolás no faltó a la verdad, pues efectivamente éste es el Adad que llevó sus tropas contra Samaria en ocasión en que era rey de los israelitas Acab, asunto que trataremos en su lugar[17].

104. *David impone tributos a los sirios (2 Sam.* 8, 6, y *1 Crónicas,* 18, 6). 3. David, tras emprender una expedición militar contra Damasco y el resto de Siria, la sometió toda ella a sus dictados, y regresó a su tierra después de haber establecido guarniciones en el país y de haberles impuesto la obligación de pagar tributos. Y tanto las aljabas de oro como el equipo militar que usaba la guardia personal de Adad lo dedicó a Dios en Jerusalén. De estas armas se apoderó posteriormente el rey de los egipcios, Susaco, en la expedición militar que llevó contra Roboam, nieto de David, quien se llevó de Jerusalén otras muchas riquezas. Este punto lo aclararemos cuando lleguemos a su propio lugar[18]. Pues bien, el rey de los hebreos, a quien el espíritu de Dios asistía y ayudaba a obtener éxito en las guerras, atacó también las más hermosas de las ciudades de Adrazar, que eran Bataya y Macón, y tras tomarlas al asalto las saqueó. Y en ellas se encontró oro en cantidades infinitas, plata y también bronce, del que se decía que era mejor que el oro y con el que Salomón hizo la vasija grande llamada *Mar* y las famosas y hermosísimas pilas de baño cuando construyó el Templo en honor de Dios.

107. *Alianza de David con el rey de Amate (2 Sam.* 8, 9, y *1 Crónicas,* 18, 9). 4. Y como el rey de Amate se enterara del desastre de Adrazar y llegara a sus oídos que sus fuerzas habían sido aniquiladas, temiendo por su propia seguridad y tomando la determinación de atar a David, antes de que éste marchara contra él, por un pacto de amistad y mutua confianza, envió hasta él a su hijo Adoram para a través de él no sólo confesarle que le estaba agradecido por haber atacado a Adrazar, quien era su enemigo, sino también establecer con él un tratado de ayuda militar mutua y de amistad. Y le envió también como regalos utensilios de fabrica-

[17] *Ant. judías* 8, 363 y ss.
[18] *Ant. judías* 8, 253 y ss.

ción antigua de oro, plata y bronce. Y David, después de establecer el referido tratado militar de ayuda mutua con Ten, pues así es como se llamaba el rey de Amate, y de recibir sus regalos, despachó a su hijo con los honores adecuados a uno y otro. Pero David llevó y dedicó a Dios los regalos que le habían sido enviados por Ten y el otro oro y plata que había obtenido de las ciudades y naciones sometidas. Y Dios le otorgaba la victoria y el éxito no únicamente cuando era él quien marchaba personalmente al frente del ejército, sino que también cuando envió con las tropas contra Idumea a Abisai, el hermano del comandante en jefe del ejército Joab, le dio la victoria sobre los idumeos por intermedio del referido Abisai, ya que éste en la batalla acabó con la vida de veintiocho mil enemigos. Y el rey David, que ocupó Idumea entera con guarniciones dispersas, recibía de sus habitantes tributos no sólo a cuenta del país, sino también a título particular de cada uno de los habitantes. Y no sólo llevaba en sus propias entrañas el sentimiento de la justicia, sino que también dirimía los juicios con la mirada puesta en la verdad. Y a Joab lo tenía como comandante en jefe de la totalidad del ejército, a Josafat, hijo de Aquilo, lo nombró su cronista, y a Sadoc, de la casa de Finés, lo designó Sumo Sacerdote junto con Abiatar, por ser su amigo, a Sisa lo hizo su secretario, y a Banaya, hijo de Joad, le entregó el mando de su escolta. También los hijos mayores estaban al cuidado de su persona y de su protección.

111. *Generosidad de David para con el hijo de Jonatán (2 Sam.* 9, 1). 5. Pero David se acordó también del acuerdo que pactó con Jonatán, hijo de Saúl, y de los juramentos y de la amistad y afecto que aquél sentía por él, ya que además de todas las otras virtudes que lo adornaban tenía todavía el don de acordarse constantemente de quienes se hubieran portado bien con él en otros tiempos. Y, así, ordenó indagar a ver si sobrevivía alguien de su familia, a quien poder devolver el pago que debía a Jonatán por su compañerismo. A resultas de esta indagación le fue traído un liberto de Saúl, capaz de conocer a los que quedaran en este mundo de su familia, a quien inquirió si podía decirle si vivía algún allegado de Jonatán, quien pudiera recibir su agradecimiento por los beneficios que el propio David había obtenido de aquél. Y el liberto le aseguró que quedaba su hijo, de nombre Menfibosto, quien estaba tullido de los pies, defecto que le venía de cuando al

cogerlo precipitadamente la nodriza y huir con él tras enterarse de que el padre del niñín y su abuelo habían caído en la batalla, se le había caído de la espalda y se había lastimado los pies. David, cuando supo dónde y en casa de quién se criaba, mandó que viniera junto a él a través de un emisario que envió a la ciudad de Labata, a casa de Maquir, pues éste era con quien se criaba el niño de Jonatán. Y Menfibosto, tras presentarse al rey, cayó rostro en tierra y lo veneró. David, por su parte, lo animó a que estuviera tranquilo y a esperar lo mejor de él. Y, así, le devolvió tanto la casa solariega como todo el capital que su abuelo Saúl había conseguido, y le mandó que fuera su invitado y compañero de mesa y que no dejara ningún día de acompañarle en la comida. Y, como el niño se hubiera postrado ante él agradecido tanto por estas palabras como por los dones con que lo honró, David, tras llamar a Siba, le dijo que al niño aquel le había sido regalada la casa paterna y todas las posesiones de Saúl, y a él le ordenó que cultivara y cuidara de sus tierras, y le trajera a Jerusalén los rendimientos habidos por todos los conceptos, y que llevara al niño todos los días a su mesa, y, aparte de eso, David obsequió al pequeño Menfibosto con el propio Siba, con los hijos de éste, que eran quince, y con sus criados, que ascendían a la cifra de veinte. Una vez que el rey hubo dictaminado esto, Siba, tras postrarse ante él y decirle que cumpliría todo lo que le había ordenado, se retiró, y el hijo de Jonatán fijó su residencia en Jerusalén, gozando de la hospitalidad del rey y recibiendo de él todas las atenciones como un hijo. Y con el tiempo le nació un niñín, a quien puso por nombre Mican.

117. *Los amonitas maltratan a los emisarios de David (2 Sam.* 10, 1; *1 Crónicas,* 19, 1). 6.1. Estos fueron los beneficios que obtuvieron de David los supervivientes de la familia de Saúl y Jonatán. Y, como por aquel tiempo hubiera muerto Nases, el rey de los amonitas (quien era amigo de David) y le hubiera sucedido en el trono su hijo Anón, David le envió emisarios para consolarlo, exhortándolo a que sobrellevara la muerte de su padre con resignación y a que se hiciera a la idea de que con él continuaría en vigor el mismo tratado de amistad que tenía concertado con su padre. Pero los jefes de los amonitas acogieron estas proposiciones malévolamente y no conforme a las intenciones de David, y por ello incitaron al rey contra él al decirle que aquellos hombres eran en realidad espías que David había enviado a tomar nota de su país y

de sus fuerzas so pretexto de amistad, y en consecuencia le aconsejaban que se guardara de él y no se plegara a sus propuestas, no fuera que fallara y se viera envuelto en un desastre del que no pudiera reponerse. Y, así, Anón, el rey de los amonitas, al dar a estas indicaciones de los jefes una creencia superior a lo que tenían de cierto, vejó gravemente a los embajadores enviados por David. En efecto, tras raparles la mitad de la barba y cortarles los vestidos por la mitad, los dejó marchar, llevando la respuesta implícita en hechos, no en palabras. Y el rey de los israelitas, cuando lo vio, lo tomó muy a mal y traslucía que no pasaría por alto aquella vejación e insulto, sino que atacaría a los amonitas y que tomaría represalias contra su rey por el desafuero cometido contra sus embajadores. Pero al comprender los allegados al rey amonita y sus jefes militares que habían violado el pacto y debían pagar ese crimen, se prepararon para la guerra. Y, así, enviando a Siro, el rey de Mesopotamia, mil talentos, le solicitaron, basándose en este estipendio, que se convirtiera en su aliado él y también Suba. Estos reyes contaban con veinte mil soldados de infantería. Pero, además de los anteriores, concertaron los servicios mercenarios del rey del país llamado Mica y de un cuarto, de nombre Istobo, quienes disponían de doce mil soldados.

122. 2. Pero David no se asustó por las alianzas militares concertadas por los amonitas y por sus fuerzas, sino que, confiando en Dios y en que se disponía a atacarlos con toda razón y justicia por los ultrajes de que había sido objeto, envió inmediatamente contra ellos a su comandante en jefe, Joab, tras entregarle lo más granado del ejército. Quien acampó al lado de Rabata [19], capital de los amonitas. También los enemigos salieron y se enfrentaron a las fuerzas de Joab, pero no formando un solo cuerpo, sino dos (en efecto, las fuerzas extranjeas que corrieron en su ayuda formaron independientemente en la llanura, mientras que el ejército amonita lo hizo a las puertas de la ciudad, enfrente de los hebreos). Joab, al ver esta disposición de las tropas enemigas, replicó con otra estratagema: por un lado, tras escoger para sí a los hombres de más coraje, formó enfrente de Siro y de los reyes que le acompañaban, y, por otro, tras entregar el resto del ejército a su hermano Abisai, le mandó que

[19] Llamada en época helenística Filadelfia. Es la actual *Ammán*, capital de la *Transjordania*.

formara sus líneas enfrente de los amonitas, indicándole que, si veía a las fuerzas de Siro presionar e imponerse a las suyas, trasladara allí a sus hombres y le prestara su concurso, y que también él haría lo mismo si observaba que él estaba siendo reducido por los amonitas. Y, así, después de animar a su hermano y exhortarlo a luchar valerosamente con el ahínco propio de hombres que temen el deshonor, lo envió a combatir contra los amonitas, mientras él trabó combate con las fuerzas de Siro. Éstas resistieron tenazmente durante un poco de tiempo, pero luego Joab consiguió matar a un elevado número de sus miembros, y a todos los supervivientes los obligó a darse la vuelta y huir. Los amonitas, al ver esto y cobrar miedo, no aguantaron la presión de Abisai y de su ejército, sino que, siguiendo los pasos de sus aliados, huyeron a la ciudad. Consiguientemente, Joab regresó gloriosamente a Jerusalén para unirse con el rey, después de triunfar sobre los enemigos.

127. 3. Este descalabro no persuadió a los amonitas a que debían estarse quietos ni tampoco a mantener la calma, al darse cuenta de que había otros más poderosos que ellos, sino que a través de emisarios que enviaron ante Calama[20], rey de la Siria situada al otro lado del Éufrates, concertaron por el pago de un dinero la ayuda militar de él, quien tenía como comandante en jefe a Sebec con ochenta mil hombres de infantería y diez mil de caballería. Y el rey de los hebreos, al enterarse de que los amonitas habían vuelto a concentrar contra él unas fuerzas tan numerosas, optó por atacarlos pero ya no por medio de sus generales, sino que fue él mismo quien, después de cruzar el río Jordán y correr a su encuentro, trabó combate con ellos y los venció. Y, de ellos, aniquiló a unos cuarenta mil soldados de infantería y sobre unos seis mil de caballería, pero hirió también a Sebec, comandante en jefe del ejército de Calama, quien murió a resultas de las heridas recibidas. Y los habitantes de Mesopotamia, al ser de este tenor el resultado de la batalla, se entregaron a David y le enviaron regalos. Él regresó a Jerusalén en el invierno, pero al inicio de la primavera siguiente envió a su comandante en jefe Joab a atacar a los amonitas. Y éste invadió y asoló la totalidad de sus tierras, y a sus habitantes, tras obligarlos a encerrarse en la capital Rabata, los sitió.

[20] Josefo ha tomado por error lo que era un nombre de lugar por un nombre propio (Thackeray).

130. *Doble pecado de David (2 Sam.* 11, 2). 7. 1. Pero el propio David cometió un desliz tremendo, pese a su condición de hombre justo, piadoso y guardar escrupulosamente las leyes heredadas de sus antepasados. En efecto, como hubiese visto a la caída de la tarde, desde la terraza del palacio en que solía pasear a esa hora del día, a una mujer mientras se bañaba en su propia casa con agua fría, mujer de aspecto hermosísimo y que descollaba sobre todas, cuyo nombre era Betsabé, se quedó prendado de su hermosura. Y, al no poder contener su pasión, la mandó llamar y copuló con ella. Y como la mujer en cuestión hubiese quedado embarazada y hubiera mandado un recado al rey para que acertara a encontrar algún procedimiento de forma que permaneciera en el mayor de los secretos su pecado, dado que conforme a las leyes heredadas de los antepasados ella debía morir por haber cometido adulterio, David mandó llamar del asedio de Rabata [21] al soldado portador de las armas de Joab y marido de aquella mujer, llamado Urías, y, una vez que llegó a su presencia, le preguntó por la situación del ejército y del asedio. Y, al explicarle que todas las cosas les habían salido a pedir de boca, David tomó de su comida una porción y, tras entregársela a él, le mandó que fuera a reunirse con su mujer y que se holgara con ella. Pero Urías no lo hizo así, sino que durmió en el palacio real con los demás soldados cuyo rango era el de portadores de armas. Y como el rey, al tener conocimiento de ello, le hubiera preguntado por qué razón no había ido a su casa ni a visitar a su mujer después de tanto tiempo de ausencia, dado que todo el mundo siente ese instinto cuando vuelve de viaje, le contestó que no era justo que él se holgara y deleitara con su mujer cuando sus camaradas y el propio comandante en jefe dormían en el campamento y en territorio enemigo. Cuando hubo dado esta respuesta, el rey le mandó que esperara allí aquel día porque al siguiente lo dejaría regresar junto al comandante en jefe. Y Urías fue invitado a comer por el rey y, aunque al beber llegó hasta la embriaguez, porque el rey con toda intención le deseaba suerte con continuos brindis, no por ello dejó de acostarse de nuevo ante las puertas del palacio real, sin concebir pasión alguna por su mujer. Molesto con ello, el rey escribió a Joab, ordenándole que castigara a Urías, pues le manifestaba que había faltado. Y para que no se notara que era el propio rey quien deseaba ardiente-

[21] Cf. cap. 129.

mente que Urías fuese castigado, le sugirió a Joab la manera de castigarlo. En efecto, le mandó que le asignara un puesto frente a la división enemiga más aguerrida, donde su vida hubiera de correr graves peligros al verse obligado a combatir dejado solo. Pues mandó que sus camaradas se retiraran de la lucha una vez iniciada. Tras escribir una carta con este contenido y precintarla con su propio sello, se la entregó a Urías para que se la llevara a Joab [22]. Y éste, al recibir la carta y enterarse, al leerla, del plan del rey, situó a Urías en el lugar en que sabía que los enemigos le habían causado a él mayores dificultades, entregándole algunos de los soldados más bravos del ejército. Y le aseguró que luego correría él mismo en su ayuda con todas las fuerzas, a ver si de esa manera podían abrir una brecha en la muralla y penetrar en la ciudad. Y Joab pidió a Urías, dado que era un bravo soldado y tenía fama de valiente ante el rey y entre todos sus compatriotas, que se alegrara con las dificultades serias que se le encomendaban y que, lejos de ello, no lo tomara a mal. Y, como Urías hubiera aceptado decididamente el encargo, Joab aclaró a los hombres alineados con él que lo dejaran solo cuando vieran a los enemigos saltar contra ellos. Y, así, al atacar los hebreos a la ciudad, los amonitas por miedo a que los enemigos consiguieran escalar las murallas por el lugar en que acertaba a estar situado Urías, colocaron en primera fila a sus fuerzas más valerosas y, tras abrir repentinamente la puerta, marcharon contra los enemigos impetuosamente y a todo correr. Y los compañeros de Urías, al verlos, se retiraron todos a la retaguardia, como Joab les había indicado. En cambio, Urías, a quien le dio vergüenza huir y abandonar su puesto, esperó a los enemigos. Y, tras aguantar su carga, mató a no pocos de ellos, pero rodeado y cogido en medio murió, y con él cayeron también algunos otros de su compañía.

141. *Joab informa a David de la muerte de Urías (2 Sam.* 11, 18). 2. Tras estos hechos Joab envió mensajeros al rey encargándoles decirle que él había puesto el máximo empeño en tomar rápidamente la ciudad, pero que tras atacar la muralla y perder a un elevado número de sus hombres se había visto obligado a retirarse. Pero además de lo anterior les mandó añadir, si lo veían furioso por lo acontecido, la noticia de la muerte de Urías. Y como el rey,

[22] Igual procedimiento es conocido de Homero, en *Ilíada* 6, 167 y ss.

al oír esta información a los mensajeros, lo sobrellevara mal y dijera que habían cometido un error al atacar la muralla cuando debían haber intentado tomar la ciudad recurriendo al uso de excavaciones subterráneas y máquinas de guerra, tanto más cuanto que tenían el ejemplo del hijo de Gedeón, Abimelec, quien cuando pretendió tomar por la fuerza la fortaleza de Tebas había caído alcanzado por un pedrusco arrojado por una vieja y, a pesar de su extrema bravura, había muerto ignominiosamente por lo absurdo de su ataque, por recuerdo de lo cual debieron no haber atacado la muralla de los enemigos, ya que una excelente táctica es tener presente en la memoria, cuando uno se encuentra en los mismos trances, todo lo sucedido en la guerra tanto lo que ha salido bien como lo que ha resultado en sentido contrario, para imitar lo primero y guardarse de lo segundo, pues bien, después que el mensajero que le informaba le hubiera manifestado, al encontrarse tan airado, también la muerte de Urías, el rey dio fin a su cólera y mandó al mensajero que se pusiera en camino y dijera a Joab que lo sucedido era humano porque la guerra es de una condición tal que en ella unas veces las cosas salen bien a uno de los contendientes y otras veces al otro, pero que en el futuro procuraran atenerse al asedio y no sufrir ya otro descalabro en él, sino arrasar la ciudad y acabar con todos sus habitantes tras sitiarla y obligarla con terraplenes y máquinas de guerra. Y el mensajero se apresuró a llevar a Joab las recomendaciones del rey. Por su parte, Betsabé, la mujer de Urías, tras enterarse de la muerte de su marido, le guardó luto durante muchos días, y, cuando hubo puesto fin a su dolor y dejó de llorar por Urías, inmediatamente el rey la tomó por esposa, y de ella le nació un niño varón.

147. *La parábola del cordero de un pobre* (2 *Sam.* 12, 1). 3. Dios no vio con agrado este matrimonio, sino que, como estaba furioso con David, apareciéndose en sueños al profeta Natán lanzó reproches contra el rey. Pero Natán, que era un hombre de trato exquisito y muy sagaz y se daba cuenta de que los reyes cuando montan en cólera se dejan llevar de ella más de lo debido, decidió mantener calladas las amenzas vertidas por Dios contra David, y en su lugar le expuso un cuento apropiado, al tiempo que lo exhortaba a manifestarle qué opinaba de una situación en cierto modo igual al caso en cuestión. He aquí el cuento que le expuso: «En efecto, dos hombres habitaban la misma ciudad, uno de los

cuales era rico y tenía numerosos rebaños no sólo de bestias de carga, sino también de ovejas y vacas, mientras que el pobre sólo contaba con una cordera. La criaba como a uno más de sus hijos, dándole la misma porción de comida que a ellos y tratándola con el mismo cariño con que uno trataría a su propia hija. Y, como le hubiera llegado un huésped al rico, éste no optó por sacrificar oveja alguna de las suyas para agasajar al amigo, sino que por medio de unos emisarios que envió sustrajo al pobre la cordera y, tras prepararla, ofreció con ella un banquete al huésped.» Este relato produjo un dolor incluso al rey, lo que lo llevó a declarar a Natán que el hombre aquel era un malvado, merecedor de pagar por la cordera cuatro veces más de su valor y, además de ello, de ser condenado a muerte. Y Natán, interrumpiéndole, le dijo que él era aquél que había sido juzgado por él mismo como merecedor de sufrir los referidos castigos por haber osado cometer un hecho descomunal y tremendo. Y, luego ya, le reveló y puso al desnudo que Dios estaba irritado con él porque, después de haberlo hecho rey de todas las fuerzas hebreas y señor de todas las numerosas y poderosas naciones del contorno, y de haberse salvado de las manos de Saúl aun antes de los hechos citados, y de haberle dado, por fin, las esposas con las que se había casado justa y legalmente, había sido despreciado y ultrajado por él, ya que ahora tenía por esposa a la mujer de otro hombre, a quien había matado entregándolo a los enemigos. Y le añadió el siguiente mensaje divino: que, a consecuencia de ello, pagaría a Dios el castigo equivalente a su crimen de forma tal que sus mujeres serían violadas por uno de sus hijos y él mismo sería objeto de conspiración por parte del referido hijo y que, aunque él había cometido su pecado en secreto, sufriría a la luz pública el castigo correspondiente a él. «Además, el hijo que te ha nacido de esta mujer se te morirá inmediatamente». Pero como el rey se hubiera quedado turbado al recibir estas noticias y con el ánimo bastante abatido y confesara entre lágrimas y pesares que había sido impío, ya que era, según la opinión general, piadoso con Dios y a lo largo de su vida no había cometido en absoluto pecado alguno más que el relativo a la mujer de Urías, Dios se compadeció y se reconcilió con él, prometiéndole que le preservaría no sólo la vida, sino también el trono. En efecto, le aseguró que, como estaba arrepentido de lo ocurrido, ya no le guardaba rencor. Y Natán, tras profetizar esto al rey, regresó a su casa.

154. *Pena de David por la muerte del niño de Betsabé (2 Sam.* 12, 15). 4. Y al niño que le había nacido a David de la mujer de Urías la Divinidad le infundió una grave enfermedad, por la que disgustado el rey no probó bocado durante siete días pese a la insistencia de los suyos, sino que, tras haberle recubierto el cuerpo con una vestimenta negra, se arrojó al suelo sobre un saco y allí yacía, pidiendo a Dios por la salvación del niño, y ello porque amaba fuertemente a su madre. Y, como a los siete días hubiera muerto el niño, los criados no se atrevían a comunicárselo al rey, no fuera que, al enterarse, se abstuviera aún más no sólo de comer, sino también de tomar otros cuidados, como era de esperar al tratarse de un hijo añorado que había muerto, cuando al encontrarse simplemente enfermo se mortificaba tanto, llevado del dolor que sufría por él. Pero, al percatarse el rey de que los esclavos estaban conturbados y que actuaban exactamente como suelen hacerlo quienes quieren mantener algo oculto, intuyendo que había muerto el niño habló con uno de los criados y, al saber la verdad, se levantó y, tras bañarse y ponerse vestimenta blanca, acudió a la tienda de Dios y, como hubiera mandado que se le llevara comida en abundancia, dejó estupefactos tanto a sus familiares como a los criados por lo incomprensible de su comportamiento, ya que durante la enfermedad del niño no había hecho ninguna de estas cosas y ahora, en cambio, una vez muerto, las hacía todas a la vez. Y, tras solicitarle primero permiso para formularle una pregunta, le rogaban que les dijera el motivo de su conducta. Y él, después de llamarlos ignorantes, les informaba de que, mientras todavía vivía el niño, llevado de la esperanza de salvarlo hacía todo lo que debía hacer, en la creencia de que con esa su conducta haría propicio a Dios, y que, en cambio, una vez muerto, ya no había necesidad de sufrir vanamente. Al expresarse así, alabaron la sabiduría y la perspicacia del rey. Pero luego, tras haberse ayuntado con su mujer Betsabé, la dejó embarazada, y al niñito que nació conforme al mandato del profeta Natán le puso por nombre Salomón.

159. *Joab invita a David al saqueo de Rabata (2 Sam.* 12, 26, y *1 Crónicas,* 20, 1). 5. Joab, por su parte, infligía con el asedio un fuerte castigo a los amonitas, al cortarles el suministro del agua y el aprovisionamiento de otros recursos, de suerte que soportaban muchas penalidades por la falta de agua y comida. En efecto, dependían del agua de un pequeño pozo, y además tasada, con

objeto de que el manantial no se les agotara por completo si lo esquilmaban en exceso. Escribió, pues, al rey, comunicándole estos hechos e invitándolo a venir a la toma de la ciudad, a fin de inscribir él la victoria en su haber. Este fue el contenido de la carta que Joab escribió al rey, quien, tras recibir con agrado su afecto y fidelidad y tomar consigo las fuerzas que estaban con él fue a presenciar la devastación de Rabata, y, después de conquistarla por la fuerza, dejó a los soldados que la saquearan. Y David cogió la corona del rey de los amonitas que arrojaba el peso de un talento de oro y que en medio tenía una piedra preciosa, una sardónice, y que David llevaba continuamente sobre su cabeza. Pero en la ciudad encontró también otros muchos despojos, espléndidos y de gran valor. Y a los hombres los aniquiló, después de infligirles graves tormentos. Y el mismo trato dio también a las otras ciudades de los amonitas, luego de tomarlas por la fuerza.

162. *Incesto de Amnón (2 Sam.* 13, 1). 8. 1. Tras regresar el rey a Jerusalén una desgracia se abatió sobre su casa por el motivo siguiente. Él tenía una hija todavía doncella y de singular belleza, tanto que sobrepasaba en ella a todas las mujeres bellísimas. Su nombre era Tamara y tenía la misma madre que Absalón. De ella se enamoró Amnón, el hijo mayor de David, pero como por su condición de doncella y por la vigilancia a que estaba sometida no podía él satisfacer su apetencia sexual, se puso gravemente enfermo, tanto que no sólo se marchitaba su cuerpo por el dolor que lo recomía, sino que también cambió de color. Pero un tal Jonatán, pariente y amigo suyo, le notó estos síntomas. El referido Jonatán era perspicaz como nadie y de inteligencia aguda. Y, así, como observara todas las mañanas que Amnón no presentaba unas condiciones físicas naturales, se acercó a él y le rogó que le indicara el motivo, aunque le dijo que él mismo se imaginaba que se encontraba así por impulsos amorosos. Y, como Amnón le hubiera confesado su estado emocional y, concretamente, que estaba enamorado de quien era casualmente su hermana materna, Jonatán le sugirió un procedimiento y una artimaña para conseguir lo que tanto anhelaba. En efecto, le aconsejó que fingiera una enfermedad, y le mandó que, cuando fuera su padre a visitarlo, lo exhortara a que le mandara a su hermana para atenderlo, ya que, si cumplía lo que le decía, se pondría mejor y se curaría rápidamente de la enfermedad. Y, así, Amnón, tras acostarse en la cama, hizo

como que estaba enfermo, actuando en todo ello conforme a los consejos de Jonatán. Y, al visitarlo su padre e interesarse por su salud, le pidió que le mandara a su hermana. Y él ordenó inmediatamente que le fuera llevada. Y, cuando hubo llegado, Amnón le mandó que le hiciera tostadas, dado que ella tenía buenas manos, ya que, hechas por sus manos, las tomaría con más gusto. Y ella, ante la atenta mirada de su hermano, amasó la harina e hizo tortas, y, tras freírlas, se las acercó. Él, de momento, no las probó, sino que mandó a sus criados que rogaran a todos que salieran de la habitación, porque quería descansar, libre de alboroto e intranquilidad. Y, cuando se hizo lo que había mandado, pidió a su hermana que le llevara la comida a la habitación interior. Y, una vez que hubo cumplido esto la muchacha, la agarró e intentó persuadirla a ayuntarse con él. Pero ella, prorrumpiendo en gritos, le dijo: «Deja de hacer esto y no intentes violarme ni cometas impiedad, hermano, trangrediendo las leyes ni arrojes sobre tu persona un tremendo baldón. Pon freno, por el contrario, a esta pasión tan inicua y repugnante, de la que nuestra casa no obtendrá más que vilipendio e infamia». Y le aconsejaba que hablara del asunto con su padre, quien, sin duda, accedería a que se casara con ella. Pero ella le proponía esta medida deseosa de escapar de momento al ímpetu de sus pretensiones. Él, en cambio, no le hizo caso, si no que, lejos de ello, violó a su hermana, por encontrarse ardiente de pasión y espoleado por los aguijones de sus sentimientos. Pero inmediatamente después de satisfacer los instintos le entró a Amnón una sensación de aborrecimiento hacia ella, tanto que le dirigió severos reproches y le ordenó que se levantara y se marchara. Y, aunque ella calificaba la vejación de que había sido objeto todavía de más grave por cuanto que él, después de haberla violado, no le permitía quedarse allí hasta la llegada de la noche, sino que le ordenaba que se alejara inmediatamente a plena luz del día, para que se encontrara con testigos de aquel deshonor, ordenó al criado que la expulsara. Entonces ella, sumamente dolida por la vejación y violencia ejercidas sobre su persona, tras rasgarse la túnica (pues las doncellas antiguas usaban túnicas provistas de mangas y que llegaban hasta los tobillos para que no se les vieran) y derramar ceniza sobre su cabeza marchó por medio de la ciudad, gritando y llorando la violación de que había sido objeto. Y, al encontrarse con ella su hermano Absalón, le preguntó qué desgracia le había sucedido para encontrarse en tan lamentable estado. Y, como ella le hubiera

referido la vejación que había sufrido, él le aconsejó que se callara y la sobrellevara de una manera comedida y que, al haber sido maltratada por un hermano, no lo interpretara como violación. Y, así, haciéndole caso, dejó de gritar y de hacer pública a la gente la violación, y desolada pasó mucho tiempo en casa de su hermano Absalón.

173. *Absalón mata a Amnón para vengar esta afrenta (2 Sam.* 13, 21). 2. Su padre David, al tener conocimiento de esto, se sintió abrumado por el hecho, pero como amaba intensamente a Amnón, pues era su hijo mayor, se vio forzado a no hacerlo sufrir. Absalón, en cambio, lo odiaba coléricamente y aguardaba en secreto una oportunidad apropiada para tomar represalias contra él por su pecado. Y habían transcurrido ya dos años desde que su hermana sufrió aquel percance cuando él, a punto de partir para el esquileo de las ovejas a la ciudad de Belsefón, la cual está en el territorio de Efraim, invitó a su padre y con él a sus hermanos a acudir a su casa a un banquete. Y, como él hubiera excusado su asistencia alegando que lo hacía para no resultarle gravoso, lo exhortó a que enviara a sus hermanos. Y, como los hubiera enviado, Absalón mandó a sus criados que, cuando vieran a Amnón premioso por la embriaguez y torpor, a una señal suya lo mataran, sin miedo a nadie.

176. *Los hermanos de Amnón escapan a las manos de Absalón (2 Sam.* 13, 29). 3. Y, como éstos hubieran cumplido la orden recibida, el espanto y el estremecimiento se apoderó de los otros hermanos, y, temiendo por su vida, saltaron a los caballos y corrieron junto a su padre. Pero un individuo que se les anticipó a llegar hasta su padre le había anunciado que habían sido asesinados por Absalón todos sin quedar uno. Y él, preso de emoción, como era natural que lo estuviera tras el aniquilamiento simultáneo de tantos hijos y además a manos de un hermano, ni inquirió el motivo del crimen ni esperó a enterarse de algún detalle más (como era natural que hubiera hecho, dada la gravedad e increíble exceso de la calamidad anunciada), sino que, tras rasgarse las vestiduras y arrojarse al suelo, allí se quedó tumbado llorando a todos sus hijos, tanto a los que se le había comunicado que habían muerto como al que los había asesinado. Pero Jonatán, el hijo de su hermana Sama, lo invitó a remitir algo de su dolor, pues le aseguró que en el caso

de sus otros hijos no debía creer que hubieran muerto, ya que, en su opinión, no encontraría razones para ello, mientras que en el caso de Amnón sí que debía indagar, puesto que era probable que Absalón hubiera concebido la osadía de aniquilarlo por la vejación de que había sido objeto Tamara por parte de aquél. Pero en este medio tiempo les hizo volver la cabeza el ruido producido por el trote de caballos y el alboroto de gente que se acercaba. Eran los hijos del rey que habían conseguido escapar del banquete. Y corrió al encuentro de ellos su padre, dado que estaba dolido ante sus lamentos e inesperadamente veía a quienes poco antes había oído que habían perecido. Todos ellos lloraban y gemían, los unos por el hermano muerto, y el rey por el hijo sacrificado. Y Absalón huyó a Gesura [23] junto a su abuelo materno, que mandaba en aquel país, y con quien permaneció durante tres años completos.

181. *Ardid de Joab para reconciliar a David con Absalón* (*2 Sam.* 13, 39 y ss.). 4. Como David tuviera el propósito de enviar emisarios a buscar a Absalón, no para recibir castigo a su regreso, sino para que viviera con él, dado que sus sentimientos coléricos se habían calmado por el tiempo transcurrido, Joab, el comandante en jefe del ejército, lo movió a ello todavía más. En efecto, Joab hizo que una mujercita de edad ya avanzada se acercara a David en traje de luto porque, según decía, como sus dos hijos hubieran discutido en el campo y la discusión derivara en pelea, había muerto uno golpeado por el otro, al no haber aparecido nadie que hubiera podido calmarlos. Y, habida cuenta de que los familiares se habían lanzado contra el asesino y lo buscaran para matarlo, le pedía que le concediera la gracia de salvar a su hijo y que no la privara de las últimas esperanzas que le quedaban de ser atendida en la vejez, diciéndole que le procuraría ese don si contenía a los que deseaban matar a su hijo, ya que aquéllos no pondrían freno a sus impulsos por ninguna razón más que por miedo a él. Y como David hubiera accedido a los ruegos de la mujercita, ésta le dijo: «Esto es ya bastante para agradecerte la amabilidad que has tenido de compadecerte de mi vejez y de verme casi privada de hijos, pero para que sean seguras estas tus promesas y pruebas de humanidad hacia mí, reconcíliate primero con tu propio hijo y deja de guardarle rencor. Pues, ¿cómo podría fiarme de que me has otor-

[23] Reino arameo situado al este del mar de Galilea.

gado de verdad este favor cuando tú mismo por razones semejantes continúas irritado con tu hijo hasta el día de hoy?», añadiendo que el colmo de la necedad consistía en sumar al hijo que había muerto en contra de la voluntad del rey otro que muriera por su decisión particular. Entonces el rey cayó en la cuenta de que todo ello no era sino un pretexto urdido por Joab y su interés en el asunto. Y, una vez que tras preguntar a la ancianita se enteró de que su suposición era acertada, mandó llamar a Joab y no sólo le aseguró que había conseguido de lleno su objetivo, sino que también le mandó que le trajera a Absalón, indicándole que ya no le guardaba rencor, sino que ya había dejado de estar furioso e irritado. Y Joab, después de postrarse ante el rey y de felicitarlo por sus palabras, corrió al instante a Gesura y, tras tomar consigo a Absalón, regresó a Jerusalén.

188. *Vuelta de Absalón, y su extraordinaria belleza (2 Sam.* 14, 24). 5. Pero antes, cuando oyó que Absalón había llegado, le envió un mensaje, en el que le ordenaba que se fuera primero para su propia casa, porque él no se encontraba todavía en condiciones de verlo tras su vuelta. Entonces él, al recibir esta orden de su padre, declinó verlo y se contentaba con ser atendido por los suyos. Y no se había deteriorado su belleza por sufrimiento y por no haber recibido las atenciones propias del hijo del rey, sino que, la verdad, descollaba y sobrepasaba a todos no sólo por la belleza de su cara, sino también por la altura de su cuerpo, en lo que superaba a los que se criaban en medio de grandes lujos. Su cabellera, sin embargo, estaba tan amazacotada que costó trabajo poder cortársela en ocho días, ya que arrojaba un peso de doscientos siclos equivalentes a cinco minas. De todas formas, pasó en Jerusalén dos años durante los cuales tuvo tres hijos varones y sólo una hija, de un tipo extraordinario, a la que más tarde tomó por esposa Roboam, el hijo de Salomón y de la que le nació un niño, llamado Abías.

191. *Absalón pide a Joab que interceda por él ante David (2 Sam.* 14, 29). Y Absalón, por medio de unos mensajeros que envió él mismo a Joab, le pedía que calmara de una vez por todas a su padre y solicitara que le concediera a él ir a verlo y saludarlo. Pero, como Joab se desentendiera de ello, Absalón a través de unos cuantos de los suyos que mandó allá hizo pasto de las llamas el campo colindante con el suyo. Y Joab, enterado del responsable del hecho,

se presentó a Absalón, imputándole la responsabilidad de aquella acción y preguntándole la razón del por qué la había cometido. Y él le contestó: «Esto no es más que una estratagema que urdí, porque es la única que tenía posibilidades de traerte a nuestra casa, dado que has desatendido el encargo que te hice de que reconciliaras a mi padre conmigo. Y, ahora que estás presente, te pido que me calmes a mi progenitor, porque he de decirte que yo por lo menos considero la vuelta más dura que el destierro, al continuar todavía furioso mi padre». Joab le hizo caso y, compadeciéndose de las dificultades en que se encontraba Absalón, medió ante su padre y, al hablarle del hijo, logró ponerlo tan contento que lo llamó inmediatamente junto a él. Y, como Absalón se hubiera arrojado al suelo y le pidiera el perdón de sus pecados, David no sólo lo levantó, sino que también le prometió olvidarse de lo ocurrido.

194. *Intrigas y rebelión de Absalón (2 Sam.* 15, 1). 9.1. Y Absalón, una vez que el encuentro con su padre le salió en la forma indicada, adquirió en muy poco tiempo numerosos caballos y numerosos carros de guerra, y se rodeó de cincuenta hombres armados. Y todos los días se presentaba al amanecer en el palacio real y, al conversar placenteramente con los que habían acudido a los juicios y eran condenados, e insinuarles que posiblemente habían perdido el juicio injustamente por no disponer su padre de honrados consejeros, se ganaba el afecto de todos, diciéndoles que él, si hubiera tenido esa facultad de juzgar, les habría emitido fallos dentro de la más estricta legalidad. Por estos procedimientos seducía a la masa y, cuando consideró que ya tenía seguro el afecto de las turbas y habían transcurrido ya cuatro años desde la reconciliación de su padre con él, presentándose a él le pidió que le permitiera ir a Hebrón a ofrecer a Dios un sacrificio que le debía, porque se lo había prometido en su época de destierro. Y, como David hubiera accedido a su petición, Absalón se puso en camino y una turba infinita afluyó a él, ya que había enviado por todas partes mensajeros a montones de gente para que obraran así.

197. *David se entera de la rebelión de Absalón y huye de Jerusalén (2 Sam.* 15, 12). 2. Y en Hebrón se presentó también el consejero de David, Aquitofel el gelmonita, y unos doscientos de la propia Jerusalén, quienes no conocían el objetivo que pretendía Absalón pero que habían sido invitados al sacrificio. Y Absalón fue

proclamado por todos rey, que es lo que él había urdido que ocurriera. Y como le fuera anunciado esto a David y hubiera llegado a sus oídos este comportamiento de su hijo, que era lo que menos esperaba, lleno de miedo, al tiempo que extrañado por su impiedad y osadía, por cuanto que ni siquiera se acordaba del perdón que él había otorgado a sus pecados, sino que con un comportamiento mucho peor y más inicuo que el primero pretendía alzarse con el trono, que, en primer lugar, no le había concedido Dios y que, en segundo lugar, implicaba quitárselo al hombre que lo había engendrado, decidió huir al otro lado del Jordán. Y, tras convocar a sus amigos más fieles y reflexionar en común acerca de la demencia de su hijo, puso todo en manos de Dios para que decidiera como mejor creyera y, tras dejar el palacio al cuidado de diez concubinas, partió de Jerusalén, y entre la masa numerosa que se lanzó decididamente en su compañía estaban singularmente los seiscientos soldados armados, quienes habían compartido con él también el primer exilio, ocurrido cuando vivía Saúl. En cambio, a los Sumos Sacerdotes Abiatar y Sadoc, que habían decidido partir con él, y a la totalidad de los levitas los persuadió a que se quedaran allí con el arca, en el convencimiento de que Dios la protegería aunque ella no fuera transportada con él. Pero les encargó que le transmitieran secretamente todas y cada una de las noticias que ocurrieran. Y para todo ello encontró fieles servidores en la persona de Aquima, hijo de Sadoc, y de Jonatán, hijo de Abiatar. Etis el gitita, sin embargo, partió con él, tras forzar la voluntad de David, quien trató de convencerlo a que se quedara, y por esto mismo se mostró más adicto al rey. Y, mientras él subía por el Monte de los Olivos con los pies descalzos y todos los que lo acompañaban derramaban copiosas lágrimas, se le anunció que también Aquitofel se encontraba con Absalón y era fiel a sus postulados. Esta noticia, cuando llegó a oídos de David, intensificó su pesar, y por ello invocó a Dios pidiéndole que enfrentara la forma de pensar de Absalón con Aquitofel, porque temía que este último diera a Absalón consejos contrarios a él y, dado que era cabal en sus ideas y agudo en captar aquello que le reportaba alguna utilidad, consiguiera persuadirlo. Y, al llegar a la cumbre del Monte, dirigió la mirada sobre la ciudad y, hecho un mar de lágrimas, como es fácil colegir de uno que era expulsado de su reino, oró a Dios. En este momento se presentó a él un fiel amigo, de nombre Cusis. Al verlo David con las vestiduras rasgadas, la cabeza llena de ceniza y llorando el cambio de situación, lo consolaba y, exhortándolo a que dejara

de sufrir, le mandó por fin que partiera para reunirse con Absalón so pretexto de compartir sus postulados mentales y que, de esta manera, conociera los secretos de sus intenciones y contrarrestara los consejos que le diera Aquitofel, ya que, según le dijo David, su compañía no le favorecía tanto como su estancia al lado de Absalón. Y Cusis, tras hacerle caso y dejarlo, marchó a Jerusalén, adonde no mucho después llegó también Absalón.

205. *Siba, portador de provisiones, se encuentra con David (2 Sam.* 16, 1). 3. Cuando David había avanzado un corto trecho desde allí se encontró con el esclavo de Menfibosto, Siba, a quien David había enviado a cuidar de las posesiones que había regalado al hijo de Jonatán y nieto de Saúl. Traía consigo una pareja de asnos cargados de provisiones, de las que invitó a coger las que necesitaran tanto al propio David como a sus acompañantes. Y, como David le preguntara en qué lugar había dejado a Menfibosto, le contestó que en Jerusalén, donde esperaba ser proclamado rey aprovechándose del alboroto existente y del recuerdo que los habitantes de la ciudad guardaban de los beneficios que habían recibido de Saúl. Y David, como tomara muy a mal este comportamiento de Menfibosto, gratificó a Siba con todos los bienes que había concedido a Menfibosto, porque había comprendido que era mucho más justo que los tuviera él que el otro.

207. *Semeí (Samuis) maldice a David (2 Sam.* 16, 5). 4. Cuando David llegó a la altura de la localidad de Corano[24], como así era llamada, se le presentó un pariente de Saúl llamado Samuis y que era hijo de Gera, quien empezó no sólo a tirarle piedras, sino también a dirigirle reproches. Y como los amigos de David rodearan y cubrieran a éste, Samuis insistía aún más con sus maldiciones, llamándolo sucio asesino y autor de infinitas calamidades. Y le mandaba incluso que saliera del país por impuro y maldito, y confesaba su agradecimiento a Dios por haberlo privado del reino y por haberle exigido a través de su propio hijo el castigo que se merecía por los crímenes que había cometido contra su propio soberano[25]. Y como todos los de David se mostraran exacerbados y furiosos

[24] Queda en el camino de Jerusalén a Jericó, aunque el lugar exacto es ignorado (Thackeray).

[25] Saúl.

contra él y especialmente Abisai, quien ardía en deseos de acabar con la vida de Samuis, David contuvo su furia con las siguientes palabras: «A las desgracias que tenemos ahora no añadamos otro brote de violencia todavía más reciente. Y digo esto porque ni me ruborizo ni me preocupo lo más mínimo por este perro rabioso, sino que pongo mi persona en manos de Dios, por quien éste se ha vuelto loco para atacarnos a nosotros. Además, no es nada extraño que yo reciba este trato de este hombre cuando he sido víctima de la impiedad de mi propio hijo. Pero quizá Dios llegue a compadecerse algo de nosotros y triunfemos sobre los enemigos, si Él así lo quiere.» Luego prosiguió su camino sin hacer caso de Samuis, quien continuaba corriendo al lado de él por la otra parte del Monte sin dejar de maldecirlo. Al llegar David al Jordán, recuperaba allí las fuerzas de los suyos que estaban agotados.

211. *Absalón consulta a Cusai y a Aquitofel (2 Sam.* 16,15). 5. Cuando Absalón y su consejero Aquitofel se hubieron presentado en Jerusalén acompañados de la totalidad del pueblo, también el amigo de David llegó hasta ellos y, postrándose ante Absalón, hizo votos por que su reino durara siempre y todo el tiempo. Y como Absalón le preguntara a qué podía deberse que, habiendo sido el amigo más íntimo de su padre y habiendo parecido serle fiel en todo no estaba con él en aquel momento, sino que lo había abandonado para pasarse a él, le respondió hábil y cuerdamente, por cuanto que le contestó que debía seguir a Dios y al común de las gentes. Y continuó con las siguientes palabras textuales: «Consecuentemente, como estos dos están contigo, oh soberano, también yo te sigo, como es natural, ya que recibiste de Dios el reino. Por otro lado, si recibo la gracia de ser tu amigo mostraré hacia ti la misma fidelidad y afecto que, como sabes, ofrecí a tu padre. Por lo demás, no había razones para molestarse por el estado de cosas presente, ya que el trono no ha pasado a otra casa, sino que ha quedado en la misma, al heredarlo un hijo». Con estos alegatos logró convencer a Absalón, quien antes tenía a Cusaí bajo sospecha. Entonces Absalón llamó a Aquitofel y le consultó qué debía hacer. Y Aquitofel lo animó a acostarse con las concubinas de su padre, «pues con ello», según alegaba Aquitofel, «el pueblo sabrá que puede confiar en ti, porque entre tú y él no cabe reconciliación, y participará en la expedición militar contra tu padre con gran pasión, ya que hasta ahora ha temido concitarse abiertamente su

hostilidad, porque esperaba que de un momento a otro vosotros hiciérais las paces. Entonces Absalón, dejándose llevar de este consejo, mandó a los criados que levantaran en la terraza del palacio una tienda para él y, entrando en ella, a la vista de la gente, se acostó con las concubinas de su padre. Y esto ocurrió conforme a la profecía que Natán había profetizado [26] a David, cuando le reveló el ataque de que sería objeto a instancias de su hijo.

215. *Cusaí persuade a Absalón de que desestime el consejo de Aquitofel (2 Sam.* 17, 1). 6. Y Absalón, después de hacer realidad el consejo que le había dado Aquitofel, le pidió que le diera otro consejo más, esta vez relativo a la guerra contra su padre. Y, como Aquitofel le hubiera reclamado diez mil soldados selectos y le hubiera prometido que con ellos conseguiría no sólo matar a su padre, sino también traerle vivos a los seguidores de aquél, y le asegurara que entonces su trono estaría seguro, al no vivir ya David, Absalón, contento con esta idea, mandó llamar también a Cusaí, el favorito de David (pues así es como lo llamaba aquél), y, tras darle a conocer la idea de Aquitofel, le preguntó qué le parecía también a él ella. Entonces Cusaí, al comprender que, si se hacía lo que Aquitofel le había aconsejado, correría riesgo David de ser apresado y morir, intentó aportar una idea contraria, expresándose así: «Evidentemente no ignoras, oh rey, la valentía de tu padre y de sus seguidores, y que no sólo ha participado en numerosas guerras, sino que también siempre ha salido de ellas triunfante sobre los enemigos. En el momento presente es de pensar que él se encuentra en el campamento, porque está sumamente capacitado para dirigir a un ejército y para prever las posibles trampas que le tiendan los enemigos que marchen contra él. Y no sólo no se dejará sorprender, sino que al anochecer, tras abandonar a los suyos, o bien se ocultará en alguna hondonada o bien tenderá una emboscada amparado en alguna roca. Y, si los nuestros traban combate con sus fuerzas, éstas cederán un poco, pero tras recuperar de nuevo la confianza por encontrarse el rey cerca de ellas, resistirán y, mientras estas fuerzas están enfrascadas en el combate, tu padre, apareciéndose de pronto, a los suyos les infundirá ánimo para enfrentarse a los peligros, mientras que a los tuyos los asustará. Somete, pues, este mi consejo a reflexión y, reconociendo que esto es lo mejor, abandona

[26] Cf. cap. 152.

la idea de Aquitofel y, a través de mensajeros que envíes a todo el territorio de los hebreos, llámalos a participar en la expedición militar contra tu padre, y luego, tras hacerte cargo tú personalmente de las fuerzas, lleva la dirección militar de esta guerra y no se la confíes a otro. Pues debes hacerte a la idea de que lo vencerás fácilmente si lo sorprendes en campo abierto asistido de pocos hombres y tú, en cambio, dispones de numerosos miles de millares de soldados deseosos de mostrar el interés y pasión que sienten por ti. Por otro lado, si tu padre se encierra en una ciudad dispuesto a aguantar un asedio, arrasaremos la ciudad en cuestión con máquinas de guerra y excavaciones subterráneas.» Al expresarse Cusaí en estos términos, su opinión fue mejor acogida que la de Aquitofel, ya que la idea de aquél fue preferida a la de éste por Absalón. Pero fue Dios, sin embargo, el que estableció que el consejo de Cusaí pareciera a juicio de Absalón que era mejor.

222. *Los planes de Absalón son comunicados a David (2 Sam.* 17, 15). 7. Y Cusaí, tras correr junto a los sacerdotes máximos Sadoc y Abiatar y exponerles la idea de Aquitofel y la suya propia y decirles que Absalón había decidido poner en práctica su consejo, les mandó que por medio de emisarios comunicaran y manifestaran a David la decisión tomada por Absalón y que, además, lo exhortaran a cruzar rápidamente el Jordán, no fuera que su hijo, cambiando de opinión, se lanzara en su persecución y consiguiera alcanzarlo antes de llegar a lugar seguro. Y los Sumos Sacerdotes intencionadamente tenían a sus hijos ocultos fuera de la ciudad, con objeto de que transmitieran a David información de lo que pasaba. Y, así, a través de una criada de confianza que les enviaron con la noticia de los planes adoptados por Absalón les ordenaron que se los comunicaran deprisa a David. Y ellos no los pospusieron lo más mínimo con retrasos y demoras, sino que, tras recibir los encargos de los padres, fueron unos colaboradores tan piadosos como fieles. Y, así, entendiendo que la rapidez y la prisa era lo que más convenía a su tarea, corrieron a establecer contacto con David. Pero cuando llevaban recorridos dos estadios desde la ciudad, los vieron unos jinetes y los denunciaron a Absalón, quien mandó al punto a unos hombres para detenerlos. Sin embargo, los hijos de los Sumos Sacerdotes, que lo intuyeron, tras desviarse inmediatamente de su ruta, dieron con sus huesos en cierta aldea no alejada de Jerusalén (el nombre de la aldea era Bocores), donde

pidieron a un mujer que los ocultara y ofreciera protección. Y ella, que bajó a los jóvenes a un pozo, sobre cuya boca echó capas de lana, cuando llegaron sus perseguidores y le preguntaron por ellos y si los había visto, no negó haberlos visto, indicándoles que habían estado en su casa bebiendo agua pero que luego habían marchado. Además, les advirtió que los alcanzarían si efectuaban una persecución rápida. Y ellos, cuando tras llegar en su persecución hasta muy lejos no los encontraron, se volvieron atrás. Y la mujer, al ver que ellos se habían retirado y que ya no había temor alguno a que los jóvenes pudieran ser apresados por los perseguidores, los sacó del pozo y los animó a proseguir el viaje que tuvieran proyectado. Y, tras imprimir a su marcha mucha prisa y rapidez, llegaron junto a David y le dieron cuenta minuciosa de la decisión adoptada por Absalón. Entonces David ordenó a sus seguidores que cruzaran el Jordán aunque ya era de noche, y que no vacilaran lo más mínimo en hacerlo, escudándose en la hora.

228. *Humillación y suicidio de Aquitofel (2 Sam.* 17, 23).8. Y Aquitofel, al ver que su criterio había sido postergado, subió a su haberío y corrió a la localidad donde había nacido, que era Gelmón. Y, después de convocar a todos los paisanos, les refirió lo que había aconsejado a Absalón, y les dijo que éste, al no hacerle caso, era evidente que no tardaría en perecer, mientras que David triunfaría y regresaría al reino. En este estado de cosas afirmó que para él era mejor largarse de este mundo libre y magnánimamente que exponerse a ser castigado por David, contra quien había prestado a Absalón toda su colaboración. Tras haberse expresado así, pasó al fondo de la casa y allí se ahorcó. Y a Aquitofel, quien se impuso a sí mismo este tipo de condena a muerte, sus deudos lo bajaron de la horca y le rindieron honras fúnebres. Y David, tras cruzar, como antes dijimos, el Jordán, llegó a *Campamento,* ciudad hermosísima y muy bien fortificada. Y todas las autoridades de la región lo recibieron con gran contento no sólo por respeto al exilio del momento sino también por consideración a su anterior prosperidad. Las referidas autoridades eran Berzelai el galadita, Sifar, príncipe de Amanitis, y Maquir, jefe de la región de Galad. Éstos le presentaron a él y a sus seguidores en abundancia toda suerte de ofertas de provisiones de tal manera que no les faltaron ni camas para dormir ni pan ni vino, sino que no sólo les suministraron abundancia de animales para ser sacrificados, sino que también les

proporcionaron suficientes provisiones de elementos útiles para el descanso de quienes se encontraban ya exhaustos y para su alimentación.

232. *Los ejércitos de Absalón y de David se preparan para la lucha (2 Sam.* 17, 24). 10. 1. Los hombres de David se encontraban en esta situación. Absalón, por su parte, tras concentrar un gran ejército integrado por hebreos contra su padre y cruzar el río Jordán, se detuvo en territorio galadita, no lejos de Campamento, después de haber nombrado comandante en jefe de todas sus fuerzas a Amasa en lugar de Joab, primo del anterior, ya que el padre de Amasa era Jetra y su madre Abigail, quien al igual que Sarvia, la madre de Joab, eran hermanas de David. Y, como David, al pasar revista al ejército, se hubiera encontrado con que sus seguidores sumaban cuatro mil hombres, entendió que no debía esperar a que Absalón viniera contra él, sino que, después de nombrar para sus huestes jefes y oficiales y de hacer del ejército tres divisiones, una la entregó al general Joab, otra a su hermano Abisai, y la tercera la puso en manos de Etai, quien era su camarada y amigo, y oriundo de la ciudad de Gita. Y, aunque el propio David ardía en deseos de acompañar al ejército, sus amigos no se lo permitieron, obligándolo a quedarse allí con muy buen criterio. En efecto, le decían una y otra vez que, si les acompañaba él y eran vencidos, darían al traste con toda esperanza favorable, mientras que, si una división de las fuerzas militares era derrotada, las otras dos restantes podrían refugiarse en él y él preparar una resistencia más sólida. Alegaron, además, que en este caso lo más probable era que los enemigos se imaginarían que había otro ejército más donde él se encontrara . Y, convencido con este consejo, optó por quedarse él en Campamento, y en el momento de despedir a sus amigos y generales al combate los exhortaba a demostrar su ardor y fidelidad, y a que se acordaran de haber conseguido tal vez gracias a él una situación normal. Y les suplicaba encarecidamente que, si triunfaban, respetaran incluso la vida de su hijo Absalón, no fuera que, si aquél moría, cometiera David un desaguisado contra su propia persona. Luego despidió al ejército, haciendo votos por su victoria.

236. *Derrota de Absalón y sus seguidores (2 Sam.* 18, 6). 2. Cuando Joab formó sus fuerzas enfrente de los enemigos en una llanura extensa rodeada de un bosque por detrás, Absalón le repli-

có sacando su ejército. Y, trabando combate, se vieron por ambos bandos grandes hazañas fruto no sólo de sus brazos, sino también de su audacia, unos arriesgando la vida y actuando con todo ardor en pro de la recuperación del reino por David, y otros rehuyendo causar o sufrir cualquier desgracia para que Absalón no fuera privado de él ni pagara el correspondiente castigo a su padre por el crimen cometido, y además iniciaron una tenaz contienda entre sí, el bando más numeroso para no ser vencidos por los soldados y generales de Joab, que eran pocos, ya que esta posibilidad representaba para ellos el más grande deshonor, y los soldados de David esforzándose por vencer a tantos miles de millares de soldados enemigos. Pero vencieron los hombres de David, porque aventajaban a la parte contraria no sólo en resistencia física, sino también en conocimiento de la guerra. Y los de David, lanzados por bosques y barrancos en persecución de los enemigos que huían, hicieron prisioneros a algunos y mataron a muchos, de tal manera que cayó un número superior de enemigos en la huida que en el combate, ya que aquel día cayeron unos veinte mil. Pero los soldados de David se lanzaron todos contra Absalón, por resultarles reconocible no sólo por su hermosura, sino también por su gran estatura. Absalón, por su parte, por miedo a que los enemigos lo capturaran, montó en la mula real y se dispuso a huir. Pero como iba lanzado a la carrera y se levantaba sobre la mula por la oscilación que ésta producía en su rápido movimiento, se le enredó la cabellera en un árbol rugoso cuyas grandes ramas se extendían sobremanera y allí quedó suspendido inexplicablemente. Y el haberío, impulsado por la rapidez que llevaba, prosiguió el camino como si llevara todavía sobre el lomo a su amo, mientras que éste quedó sujeto de las ramas bamboleándose. Uno de los soldados de David que vio lo que pasaba se lo indicó a Joab, y, como el general le hubiera asegurado que le daría cincuenta siclos si mataba de un disparo a Absalón, le contestó: «Ni aunque fueras a entregarme mil haría yo eso al hijo de mi soberano, más aún cuando todos nosotros oímos a éste pedirnos que respetáramos la vida del joven». Pero Joab, tras ordenarle que le señalara dónde había visto colgando en el aire a Absalón, lo mató alcanzándolo con una flecha en el corazón. Y los soldados que transportaban las armas de Joab, tras rodear todo alrededor el árbol, tiraron del cadáver hasta bajarlo al suelo. Y, después de arrojarlo a una fosa profunda y lóbrega, le echaron piedras encima, de tal manera que se llenó a

tope y tomó la forma y dimensiones de una sepultura. Luego, Joab tocó a retirada y de esta manera impidió a sus soldados que prosiguieran la persecución de las fuerzas enemigas y respetó la vida de sus compatriotas.

243. *El monumento de Absalón, y sus hijos (2 Sam.* 18, 18). 3. Absalón había erigido en el Valle de los Reyes una columna de mármol, distante dos estadios de Jerusalén, a la que puso por nombre *Mano de Absalón,* porque decía que así, si perecían también sus hijos, quedaría su nombre en la columna. En efecto, él tenía, como dijimos antes [27], tres hijos varones y una sola hija, llamada Tamara. Y del matrimonio de ella con Roboam, el hijo de Salomón, nació un niño, Abías, quien heredó de su padre el trono. Pero de esto trataremos más tarde, en un lugar más adecuado a nuestra narración. Después de la muerte de Absalón las gentes se dispersaron y volvieron a sus casas.

245. *Aquimas informa a David de la victoria (2 Sam.* 18, 19). 4. Aquimas, hijo del Sumo Sacerdote Sadoc, se acercó a Joab y le pidió que le permitiera ir a anunciar la victoria a David y a darle la buena nueva de que había obtenido el concurso y la protección divina. Pero Joab, tras contestarle que no convenía que él, dada su condición permanente de mensajero de noticias buenas, fuera ahora a comunicar al rey la muerte de su hijo, le exigía que se quedara allí, y luego, después de llamar a Cusaí, le encomendó la tarea de anunciar al rey justo lo que él había visto. Pero como Aquimas volviera a pedirle que le encomendara a él llevarle la noticia, alegando que se limitaría únicamente a darle cuenta de la victoria, mientras que se callaría hablarle de la muerte de Absalón, le permitió que se presentara a él. Y, al desviarse por el camino más corto de todos, que sólo él conocía, se anticipó a Cusaí. Y, cuando David estaba sentado entremedias de las puertas, esperando a que alguien llegara del campo de batalla y le anunciara el resultado, uno de los centinelas que vio a Aquimas corriendo, aunque todavía no podía distinguir quién era, dijo a David que veía a uno aproximarse. Y, tras asegurar el rey que quien fuera venía a comunicarle buenas noticias, poco después el mismo centinela le hizo saber que al primer mensajero le seguía otro más. Y, tras calificar el rey tam-

[27] Cf. cap. 190.

bién a éste de ser mensajero de gratas noticias, el centinela, cuando vio a Aquimas que llegaba ya cerca, indicó al rey que quien se acercaba corriendo era el hijo del Sumo Sacerdote Sadoc. Y David, poniéndose sumamente contento, aseguró: «Este trae del campo de batalla buenas noticias y algo de aquello por lo que yo hice votos»[28].

250. *Cusaí anuncia a David la muerte de Absalón (2 Sam.* 18, 28). 5. Y, mientras el rey pronunciaba estas palabras, Aquimas, apareciéndose delante de su vista, se postró ante el rey y, como éste le preguntara por el resultado de la batalla, le transmitió la buena nueva de la victoria y del triunfo. Y, como David le preguntara si podía decirle algo también de la situación de su hijo, le contestó que él había corrido a venir hasta David inmediatamente que se produjo la derrota de los enemigos, pero que había oído un gran vocerío de soldados que perseguían a Absalón, pero que no había podido enterarse más que de esto por darse prisa a darle cuenta de la victoria, a lo que había sido enviado por Joab. Luego llegó Cusaí y, tras postrarse ante el rey y comunicarle la victoria, aquél le preguntó por su hijo y Cusaí contestó: «¡Ojalá les pase a los enemigos lo mismo que le ha pasado a Absalón!». Esta frase impidió que tanto David como los soldados continuaran, pese a lo grande que era, con la alegría por la victoria. Pues David, tras subir a la parte más alta de la ciudad, lloraba a su hijo golpeándose el pecho, mesándose la cabellera, torturándose de todas las maneras imaginables y gritando: «¡Hijo, ojalá que me hubiera venido la muerte y hubiera acabado la vida al mismo tiempo que tú!». Pues él, que era cariñoso ya de por sí, sentía especial afecto por Absalón. Y el ejército y Joab, por su parte, al llegar a sus oídos la noticia de que el rey lloraba tan amargamente a su hijo, se avergonzaron de penetrar en la ciudad con aire de vencedores, y por ello entraron todos cabizbajos y llorosos como si vinieran de ser derrotados. Y, como el rey se hubiera ocultado y estuviera gimiendo por su hijo, Joab entró junto a él y en son de consuelo le dijo: «Oh soberano, no te das cuenta de que te estás maltratando con lo que haces, ya que das la impresión de aborrecer a los que te aman y arriesgan sus vidas por ti y también a ti mismo y al resto de tu familia, y de estar encariñado, por el contrario, con tus mayo-

[28] Cf. cap. 235.

res enemigos y de añorarlos cuando ya no viven, quienes murieron con todo merecimiento. Porque si hubiera triunfado Absalón y hubiera retenido seguro el reino, no habría quedado ni rastro de nosotros, sino que todos, empezando por ti y tus otros hijos, habríamos perecido lastimosamente, sin que los enemigos lloraran por nosotros, sino que aparte de alegrarse llegarían incluso a castigar a los que se compadecieran de nuestros infortunios. A ti, en cambio, no te da vergüenza hacer lo que haces por uno que no era más que enemigo, ya que, siendo hijo tuyo, llegó a tal grado de impiedad. Deja, pues, de sufrir injustificadamente y, asomándote, déjate ver de tus soldados y felicítalos por la victoria y la bravura de que hicieron gala en la contienda. Porque yo en el día de hoy, si continúas con tu comportamiento actual, persuadiré al pueblo de que te abandone y entregue el reino a otro, y entonces sí que haré tu llanto más amargo y verdadero». Con estas palabras Joab desvió al rey de su tristeza y lo llevó a pensar en el bien del Estado. En efecto, David, tras cambiar de actitud y adoptar un aire adecuado a la contemplación de la masa, se sentó junto a las puertas, con lo que la totalidad del pueblo, al enterarse de ello, corrió a visitarlo y a mostrarle su afecto. Así fue como ocurrieron estos hechos.

259. *Los rebeldes hacen la paz con David (2 Sam.* 19, 9 y ss.). 11. 1. Por su parte, los hebreos seguidores de Absalón, una vez que se retiraron del campo de batalla y llegaron a sus casas, todos y cada uno de ellos enviaron por las diversas ciudades emisarios para recordarse unos a otros los beneficios que David les había reportado y la libertad que les había dado tras haberlos sacado sanos y salvos de tantas y tan grandes guerras, y para reprocharse, por un lado, haber entregado el reino a otro después de expulsarlo a él del mismo, y, por otro, ahora que había muerto quien había sido designado por ellos como su jefe, no exhortar a David a que abandonara la cólera y se reconciliara con ellos, y a que velara por el bien del Estado justo como antes, tras haber recuperado el trono. Pues bien, información de estos hechos era transmitida con bastante frecuencia a David. Pero él no por ello dejó de encargar a los Sumos Sacerdotes Sadoc y Abiatar que hablaran con los jefes de la tribu de Judá y les dijeran que constituía un deshonor para ellos que otras tribus se anticiparan a aquélla a proclamar rey a David, para terminar con estas textuales palabras: «Y eso que vosotros sois parientes suyos y por vuestras venas corre la misma sangre

que por las suyas». Y lo mismo les ordenó decir también al general Amasa, y por qué, pese a ser hijo de su hermana, no intentaba persuadir al pueblo a devolver el trono a David. También deberían decirle que contara de parte de él no sólo con la reconciliacion, cosa que ya se había producido, sino también con el mando supremo del ejército, que ya Absalón le había otorgado. Y los Sumos Sacerdotes, por un lado, hablaron a los jefes de las tribus, y, por otro, persuadieron a Amasa, al transmitirle el mensaje del rey, a entregarse a la causa de aquél. Y, a su vez, Amasa persuadió a la citada tribu de Judá a enviar inmediatamente emisarios a David con el encargo de invitarlo a tornar a su reino. Y lo mismo hacían tambien todos los demás israelitas a instancias de Amasa.

263. *Las tribus se reúnen a orillas del Jordán para dar la bienvenida a David (2 Sam.* 19, 15 y ss.). 2. Y una vez que los emisarios llegaron junto a David, éste regresó a Jerusalén. Pero antes de que ello ocurriera se adelantó a todos los demás a llegar al encuentro del rey a orillas del río Jordán la tribu de Judá y Samuí, hijo de Gera, acompañado de mil hombres que traía de la tribu de Benjamín, y también Siba, el liberto de Saúl, con sus hijos en número de quince, acompañados de veinte criados. Estos, unidos a la tribu de Judá, tendieron un puente sobre el río, a fin de que el rey y los suyos pudieran cruzarlo con toda facilidad. Y, cuando David llegó a orillas del Jordán, la tribu de Judá le dio la bienvenida, y Samuí, postrándose ante él según subía al puente y cogiéndole los pies, le pidió que le perdonara los pecados que había cometido contra él y que no fuera cruel con él ni tampoco, una vez instalado en el trono, fuera ésa la primera medida en adoptar, tomar represalias contra él, sino que debía tener en cuenta que, después de arrepentirse por los fallos que había tenido, se había esforzado por ser el primero en presentarse a él. Pero mientras Samuí le suplicaba encarecidamente y se lamentaba de sus errores pasados, Abisaí, hermano de Joab, le dijo: «¿Es que por estos alegatos no vas a morir, después de haber maldecido[29] a la persona designada por Dios para reinar?». David, en cambio, revolviéndose contra Abisaí, le dijo: «¿Es que no vais a estaros quietos, queridos hijos de Sarvia? No nos suscitéis otra vez nuevas perturbaciones y contiendas después de las anteriores. Pues convendría

[29] Cf. cap. 207-210.

que no ignorárais vosotros que en el día de hoy empiezo mi reinado. Por ello juro eximir de castigo a todos los que actuaron impíamente y no perseguir a ninguno que haya cometido crímenes. Y tú, Samuí –continuó diciendo– estate tranquilo y no temas en absoluto que vayas a morir». Y éste, tras postrarse ante él, le acompañó en su camino.

267. *Menfibosto pide disculpas por su comportamiento con David (2 Sam.* 19, 24 y ss.). 3. Y vino a su encuentro también el nieto de Saúl, Menfibosto, recubierto de una vestimenta mugrienta y con la cabellera larga y descuidada. Pues desde que el rey marchó al destierro ni se la había cortado de pena, ni se había limpiado la vestimenta, condenándose a este abandono a causa del cambio de rey. Pero había sido calumniado ante David por Siba, su encargado, de forma totalmente injusta. Y, después que él lo hubo saludado y postrado a sus pies, David procedió a preguntarle por qué razón no se había marchado con él y había compartido el destierro. Pero él alegó que ello se debía a la iniquidad de Siba, «ya que cuando recibió el mandato de prepararme lo necesario para la salida no se preocupó de ello, sino que me desobedeció, tratándome como a un vil esclavo. Sin embargo, si yo hubiera tenido fuertes mis pies y hubiera podido usarlos para huir, no habría quedado aquí, lejos de ti. Pero no fue ésta la única iniquidad con que dejó en entredicho mi respeto hacia ti, soberano, sino que además me calumnió y dijo mentiras contra mí, cometiendo con ello auténticas fechorías. Sin embargo, sé que no admite ninguno de estos embustes tu inteligencia, no sólo porque es justa, sino también porque ama la verdad, la cual desea que prevalezca tanto ella como la Divinidad. En efecto, aunque corriste peligro de sufrir serios percances por obra de mi propio abuelo y toda mi familia debía haber perecido por ello, tú, sin embargo, te comportaste comedida y benévolamente, mandando todo aquello al olvido justo entonces cuando el acordarse de ello disponía de la facultad de tomar represalias por lo acaecido. Sin embargo, me consideraste tu amigo y me tenías todos los días a tu mesa, y en tu afecto no me quedé en absoluto a la zaga de aquél de tus parientes que recibiera de ti los más grandes honores». Tras estas palabras de Menfibosto, David decidió ni castigarlo a él ni condenar a Siba por mentiroso, sino que, después de asegurarle que le había concedido todos los bienes a aquél por no haberse presentado él ante el propio David

en compañía de Siba, prometió perdonarle, tras haber ordenado que le fuera devuelta la mitad del capital. Pero Menfibosto le dijo: «Quédese Siba con todo, pues a mí me basta con que tú hayas recuperado el trono».

272. *Berzel declina la invitación de David para vivir con él (2 Sam.* 19, 32). 4. Por otro lado, a Berzel [30] de Galad, un hombre grande, honrado, que había puesto a disposición de David numerosos bienes en Campamento y que lo había seguido hasta el Jordán, David lo invitó a acompañarle a Jerusalén, ya que prometía cuidarlo en su vejez con toda su estima, así como atenderlo y velar por él como si fuera su padre. Pero él excusó vivir con David por sentir añoranza por los que se encontraban en su casa. Y, alegando que su vejez era tan extrema que no disfrutaba de los placeres, al haber llegado a los ochenta años, sino que soñaba ya con soltar el lastre de la vida y con la sepultura, le pidió que, si deseaba corresponder a sus deseos, lo dejara libre para dedicarse a esos menesteres, significándole que a causa de la edad no le sabía ni la comida ni la bebida y que, por otro lado, incluso sus oídos estaban ya cerrados a los sonidos de las flautas y a la música de todos los otros instrumentos que deleitan a los que viven al lado de los reyes. Entonces David, en vista de que Berzel se lo pedía tan tenazmente, le dijo: «A ti te dejo marchar, pero tienes que dejarme a tu hijo, pues compartiré con él todos mis bienes». Y Berzel dejó allí a su hijo y, después de postrarse ante el rey y de hacer votos por el cumplimiento de los pensamientos que aquél tuviera en su corazón, volvió a casa. David, por su parte, llegó a Gálgala, rodeado ya de la mitad de todo el pueblo y de la tribu de Judá entera.

276. *Rivalidad entre Israel y Judá por los favores de David (2 Sam.* 19, 42). 5. Y llegaron a Gálgala a visitar a David las primeras autoridades del conjunto de las tribus acompañadas de un multitud ingente, y lo primero que hicieron fue reprochar a la tribu de Judá que se hubiera presentado a David a escondidas, porque, según ellos, debieron haber salido a su encuentro todos juntos y al unísono. Pero los jefes de la tribu de Judá les pedían que no tomaran a mal el que otros se les hubieran anticipado, alegando que se habían adelantado por ser parientes cercanos de David y a causa de

[30] Llamado Berzelai en cap. 230.

ello preocuparse por él y quererlo de una manera especial, pero que, sin embargo, ellos no habían recibido prebendas por haberles precedido, de forma que pudieran molestarse por ese hipotético beneficio quienes se hubieran presentado a él más tarde. Y, a pesar de que los mandos de la tribu de Judá les dieron esas explicaciones, no se quedaron tranquilos, sino que les contestaron: «Nosotros, queridos hermanos, nos admiramos de oíros calificar al rey de pariente vuestro exclusivamente, y esto porque quien ha recibido de Dios el poder absoluto sobre todos sin excepción se interpreta que es pariente de todos nosotros. Y esta realidad da cuenta de dos hechos: uno, que el resto del pueblo en su conjunto consta de once partes, mientras vosotros no constituís más que una; y otra, que no actuásteis correctamente, al presentaros a David ocultamente y a escondidas.»

278. *Sabai incita a los israelitas contra David (2 Sam.* 20, 1). 6. Una vez que las autoridades citadas se entrecruzaron tales puntos de vista, cierto individuo malvado y que gozaba con provocar disensiones, de nombre Sabai e hijo de Bocori, perteneciente a la tribu de Benjamín, se plantó en medio y, tras lanzar un grito estentóreo a la multitud, le dijo: «Ninguno de vosotros comparte nada con David ni posee herencia alguna colindante con el hijo de Jese.» Y, a renglón seguido de estas palabras, por medio del sonido de su cuerno, dio la señal de guerra contra el rey, y todos le siguieron a él abandonando a David. Y sólo se quedó a su lado la tribu de Judá, que lo restableció en el palacio de Jerusalén. Y el rey pasó a otra casa a las concubinas con las que se había acostado su hijo Absalón, ordenando a los intendentes de su casa que les suministraran todo lo que necesitaran, pero él ya no volvió a yacer con ellas. Por otro lado, al propio Amasa lo designó comandante en jefe del ejército y le otorgó el puesto que ocupaba Joab. Y le ordenó que, tras reclutar de la tribu de Judá el mayor ejército posible, se presentara a él tres días después, para entregarle todas las fuerzas militares y mardarlo luego a combatir al hijo de Bocori. Y Amasa partió para esta misión, pero como llevara con lentitud lo relativo al reclutamiento y no regresara al cabo de los tres días, el rey dijo a Joab que no convenía dar tregua a Sabai, no fuera que, al hacerse con mayores pertrechos militares que Absalón, les causara calamidades y problemas superiores a los que el citado Absalón les había producido. Y terminó con las siguientes palabras textua-

les: «No esperes, pues, a nadie, sino que, tras tomar contigo las fuerzas que haya y a los seiscientos y con ellos a tu hermano Abisai, lánzate en persecución del enemigo. E intenta atacarlo dondequiera que lo encuentres. Pero procura darle el menor tiempo posible, para evitar que pueda ocupar ciudades fortificadas y nos cause cuantiosos disgustos y sudores».

283. *Joab persigue a Sabai y mata a Amasa (2 Sam.* 20, 7). 7. Y Joab decidió no perder más tiempo, sino que tras tomar consigo a su hermano y a los seiscientos y también a todas las fuerzas restantes que había en Jerusalén y ordenarles que le siguieran, corrió contra Sabai. Y, cuando Amasa, llevando consigo numerosos efectivos militares, se encontraba ya en Gabaón (ésta es una aldea distante cuarenta estadios de Jerusalén), Joab salió a su encuentro con la espada suspendida de la cintura y revestido de coraza. Y al acercarse Amasa para saludarlo se las ingenió para que la espada se le cayera de la funda arteramente y, al levantarla del suelo con una mano, con la otra agarró por la barbilla a Amasa como para besarlo, cuando ya estaba próximo a él, y, tras herirlo en el vientre sin que pudiera preverlo, lo mató, llevando a cabo con ello una acción impía y completamente abominable, al sentir envidia de un joven excelente y, además, pariente suyo y que no había cometido iniquidad alguna, por haber alcanzado el rango de comandante en jefe del ejército e igual estima que él ante el rey. Y es que también a Abener lo había matado por este mismo motivo [31]. Pero aquel desafuero parecía hacerlo perdonable un pretexto aparentemente justificable, a saber, la idea de que Asael, el hermano de Joab, quedaba vengado con ello, mientras que no dispuso de singular coartada en el asesinato de Amasa. Y, después de matar a su colega en el generalato, continuó la persecución de Sabai, dejando junto al cadáver a un solo hombre, a quien encargó que gritara al ejército la siguiente expresión: «Este es el cadáver de Amasa, quien murió merecidamente y fue castigado por su culpabilidad. Pero si defendéis la causa del rey, seguid a Joab, su comandante en jefe, y a su hermano Abisai». Y, como el cuerpo de Amasa yaciera en el camino, la multitud entera corría hasta él y, deteniéndose delante de él, se compadecía y admiraba sus virtudes, siguiendo el proceder propio de la masa. Luego, el guardián lo levantó de aquel lugar y, tras

[31] Cf. libro 7, 16-36.

llevarlo a un sitio sumamente apartado del camino, lo depositó allí y lo cubrió con un manto. Una vez hecho esto, todo el ejército siguió a Joab. Y, cuando él había recorrido en su persecución el territorio entero de los israelitas alguien le manifestó que Sabai se encontraba en la ciudad fortificada de nombre Abeloquea. Y, tras presentarse allí, situó al ejército en derredor de la ciudad y, después que hubo levantado en torno a ella una empalizada, ordenó a los soldados que socavaran las murallas y las derribaran. Todo ello porque había concebido gran irritación contra sus habitantes por no abrir las puertas.

289. *Una anciana salva a los sitiados (2 Sam.* 20, 16). 8. Pero una mujercita sensata y perspicaz, al ver que la ciudad se hallaba ya en una situación sumamente angustiosa, subió a lo alto de la muralla y a través de los soldados llamó a Joab a que viniera a hablar con ella. Y, cuando se hubo acercado a ella, lo primero que hizo fue decirle que Dios designaba a los reyes y a los generales para que eliminaran a los enemigos de los hebreos y a éstos les proporcionaran la paz resultante de ello. Y terminó con estas palabras textuales: «Tú, en cambio, te empeñas en arrasar y devastar la ciudad madre de los israelitas sin que haya cometido falta alguna». Y Joab, por su parte, hizo votos por que Dios continuara siéndole propicio, y aseguró que su posición era tan benigna que no pretendía matar a una sola persona del pueblo, cuanto menos destruir una ciudad tan noble. Todo lo contrario, que deseaba dar fin al asedio de la ciudad y llevarse de allí al ejército, cosa que haría una vez que ellos le hubieran entregado al hijo de Bocori, a saber, Sabai, quien, al haberse levantado en armas contra el rey, debía pagar por ello. Cuando la mujer oyó las exigencias de Joab, tras pedirle que esperara un poco, porque enseguida le arrojaría la cabeza del referido enemigo, bajó adonde se encontraban los soldados de la ciudad y, al decirles: «¿Queréis, infortunados, perecer infortunadamente con hijos y esposas por defender a un hombre malvado y de quien no se sabe siquiera quién es, y tenerlo por vuestro rey en vez de a David, que os ha proporcionado tantos beneficios, y, por último, deseáis levantar en pie de guerra a una sola ciudad contra unas fuerzas tan numerosas y tan bravas?», los persuadió de que cortaran la cabeza a Sabai y la arrojaran al ejército de Joab. Una vez producido esto, el general del rey, tras mandar tocar la señal de retirada, levantó el cerco, y, tras presentarse en Jerusalén, fue

designado de nuevo comandante en jefe de las huestes militares. Y el rey estableció también a Banayas al frente de su guardia de corps y de los seiscientos, y a Adoram lo puso al frente de los tributos y a Josafat, hijo de Aquil, al frente de los memoriales, mientras que a Susa lo declaró secretario, y a Sadoc y a Abiatar Sacerdotes.

294. *Dios envía el hambre para vengar a los gabaonitas matados por Saúl (2 Sam.* 21, 1). 12. 1. Y, después de estos hechos, como el país estuviera consumido por el hambre, David pidió a Dios que se compadeciera del pueblo y le manifestara la forma de poner remedio a aquella peste. Y los profetas le contestaron que Dios quería que fueran vengados los gabaonitas con cuya muerte llevada a cabo por el rey Saúl éste había cometido un acto de impiedad al angañarlos y no guardar los juramentos que el general Josué y el Consejo de ancianos les habían jurado, mientras que, sin embargo, les prometió reconciliarse y librar de aquellas calamidades a la masa si entregaba a los propios gabaonitas el pago que ellos aceptaran recibir por sus muertos. Pues bien, cuando por los profetas supo que Dios requería eso, mandó venir a los gabaonitas y les preguntó qué venganza deseaban obtener. Y, como ellos consideraran justo recibir siete niños de la familia de Saúl para tomar venganza y represalias, el rey, tras mandar a buscarlos, se los entregó, pero respetando la vida de Menfibosto, el hijo de Jonatán. Y los gabaonitas, una vez que recibieron a los individuos en cuestión, los castigaron a gusto. E inmediatamente Dios hizo que empezara a llover y que la tierra recuperara la producción de frutos, desligándola de la sequía precedente. Y el país de los hebreos volvió a ser próspero.

298. *Abisai rescata a David de un gigante filisteo (2 Sam.* 21, 15). Y no mucho después el rey emprendió una expedición militar contra los filisteos, y, tras trabar combate con ellos y ponerlos en fuga, se quedó solo durante la persecución y cuando se encontraba exhausto fue visto por uno de los enemigos, de nombre Acmón e hijo de Araf. También él era un descendiente de los gigantes, y, provisto de una lanza cuya empuñadura aseguran que arrojaba un peso de trescientos siclos, de una coraza con cota de malla de cadena, y de un espadón, revolviéndose contra él se lanzó dispuesto a matar al rey de los enemigos, quien estaba desfallecido de

cansancio. Pero Abisai, el hermano de Joab, que apareció de pronto, protegió al rey rodeándolo con su escudo mientras yacía en el suelo y mató al enemigo. Pero las tropas se sintieron molestas con que al rey le faltara poco para jugarse la vida. Y los mandos militares le hicieron jurar que en el futuro ya no volvería a salir con ellos, no fuera a ser que, llevado de su arrojo y valentía, sufriera algo irremediable y con ello privara al pueblo de los bienes inherentes a su persona, tanto de los que ya les había proporcionado como de los que todavía conseguirían si él vivía mucho tiempo.

301. *Proezas de los guerreros de David contra los filisteos (2 Sam.* 21, 18, y *1 Crónicas,* 20, 4). 2. Y, al llegar a oídos del rey que los filisteos se habían concentrado en la ciudad de Gazara, envió contra ellos un ejército. Y en esta ocasión el campeón y quien más destacó fue el hetita Sabreques, uno de los más bravos de las tropas de David, pues mató a un elevado número de los que se jactaban de ser descendientes de los gigantes y alardeaban desmedidamente de bravura, y de esta manera se convirtió en el factor determinante de la victoria hebrea. Y los filisteos volvieron a atacarlos después de aquella sonada derrota. Entonces el rey David envió contra ellos un ejército y en esta batalla el campeón fue su pariente Efán, quien en singular combate con el más bravo de todos los filisteos lo mató y a los demás los puso en fuga, aunque muchos de ellos murieron en el combate. Y tras un corto intervalo de tiempo los filisteos acamparon junto a la ciudad de Gita, no lejos de las fronteras del territorio hebreo. En esta oportunidad ellos contaban con un tipo de seís codos de alto, quien tenía en cada uno de sus pies y de sus manos un dedo más de los normales. Pues bien, al enfrentarse con él en singular combate Jonatán, el hijo de Sama, un miembro del ejército enviado por David contra los filisteos, no sólo lo mató, sino que además, como su actuación resultara decisiva para el conjunto de la victoria, se alzó con la gloria del campeonato, ya que el filisteo en cuestión se jactaba incluso de ser descendiente de los gigantes. Y después de esta batalla los filisteos ya no volvieron a atacar a los israelitas.

305. *Himnos e instrumentos musicales para el servicio divino (1 Crónicas,* 16, 7, y 25, 1). 3. Y David, libre ya de guerras y de riesgos, y disfrutando ya de una paz profunda, compuso cantos e himnos en metros varios en honor de Dios. En efecto, unos los

construyó en trímetros y otros en pentámetros. Y, tras fabricar instrumentos, enseñó a los levitas a entonar himnos en honor de Dios al son de ellos no sólo en los días llamados *sábados,* sino también en las demás fiestas. La forma de los instrumentos es del tenor siguiente: la *cinira,* que consta de diez cuerdas, es percutida con el plectro, mientras que la *nabla,* provista de doce notas, es golpeada con los dedos, al tiempo que los *címbalos* están formados por planchas de bronce, anchas y extensas. Estas breves referencias acerca de estos instrumentos deben bastarnos para este concreto fin, para no ignorar totalmente su estructura.

307. *Los principales guerreros de David y sus hazañas (2 Sam.* 23, 8, y *1 Crónicas* 11, 10). 4. Todos los hombres del ejército del rey eran valientes. Pero de ellos los más notables y esplendorosos en hazañas fueron treinta y ocho. Referiré las gestas solamente de cinco de ellos, pues éstos bastarán para poner de manifiesto también las excelencias de los otros, ya que éstos fueron capaces no sólo de someter países, sino también de imponerse a grandes naciones. Pues bien, el primero fue Iseb, hijo de Aquemai, quien después de saltar una y otra vez sobre las formaciones de los enemigos no paró de atacar hasta que hubo abatido a novecientos de ellos. Después de él fue Eleazar, hijo de Dodeyo, quien estuvo con el rey en Erasamo. Éste, en un momento en que los israelitas estaban asustados de la multitud de filisteos y por ello huyeron, fue el único en aguantar y, trabando combate con los enemigos, mató a tan elevado número de ellos que, por un lado, la espada se le quedó pegada a la mano por la sangre de tantas víctimas, y, por otro, los israelitas, al ver a los filisteos derrotados por él, tras bajar de las montañas, se lanzaron en su persecución y se alzaron entonces con una victoria admirable y famosa, cuando Eleazar era el que mataba a los enemigos y la masa de su ejército quien lo seguía y despojaba a los matados por él. El tercero fue uno llamado Sabai, hijo de Elo. El citado Sabai, con ocasión de las luchas contra los filisteos y en un momento en que ellos habían formado en orden de batalla en un lugar llamado *Quijada* [32], cuando los hebreos una vez más por miedo a las fuerzas enemigas no les hicieron frente, resistió él solo, como si constituyera todo un

[32] Este lugar es conocido ya por la leyenda de Sansón. Cf. *Ant. judías* 5, 300.

ejército en línea de batalla, y de los enemigos abatió a unos y a otros que no aguantaron su fuerza y violencia, sino que se volvieron y lanzaron a la huida, los persiguió. Estas hazañas, fruto de sus brazos y de su denuedo, sacaron a relucir los tres. Además, en otro momento en que el rey se encontraba en Jerusalén y las fuerzas enemigas lo atacaron, David subió a la ciudadela, como ya dijimos [33], para preguntar a Dios sobre el resultado de la guerra. Y como el campamento enemigo estuviera establecido en el valle que se extiende hasta la ciudad de Belén, distante veinte estadios de Jerusalén, David dijo a sus seguidores: «En mi lugar de nacimiento tenemos agua excelente, y la que más me maravilla de ella es la de la cisterna que hay junto a la puerta de la ciudad, la cual si alguien me la trajera para beber de ella lo preferiría a que me diera excelentes riquezas.». Al oírlo los tres hombres citados salieron corriendo y, lanzándose por medio del campamento enemigo, llegaron a Belén y, tras extraer agua, regresaron junto al rey cruzando de nuevo el campamento, con tanta osadía que los filisteos, asustados de su seguridad y su arrojo, se quedaron quietos y sin atreverse a emprender acción alguna contra ellos y a despreciar su escaso número. Pero, una vez traída el agua, el rey no bebió de ella, afirmando que había sido traída con riesgo de que hubiera corrido la sangre y que por ello no procedía que él la bebiera, pero con ella hizo libaciones a Dios y le dio sentidas gracias por la salvación de sus hombres. Después de éstos estuvo Abisai, el hermano de Joab, pues también éste mató en un solo día a seiscientos enemigos. El quinto fue Banayas, perteneciente a una familia de sacerdotes, quien, retado por unos hermanos destacados en el país moabita, se impuso a ellos. Y otra vez que lo retó un individuo nacido en Egipto y de asombrosas dimensiones, a pesar de que él estaba desarmado y el egipcio armado, lo mató, hiriéndolo con la lanza del enemigo. En efecto, tras arrebatarle esa arma arrojadiza y despojarlo de su armadura mientras todavía estaba vivo y luchaba, acabó con él, utilizando para ello las propias armas de la víctima. Pero a sus hazañas antes citadas cabría añadir también la siguiente, que podía ser calificada en punto a valor como la primera de ellas o al menos como no inferior. Fue la siguiente: con motivo de una nevada que cayó del cielo un león resbaló y se hundió en un pozo. Y, como la boca del citado pozo fuera estrecha y se hubiera tapado

[33] Cf. cap. 71 y ss.

con la nieve, era claro que la fiera perdería la vida, la cual, pues, al no ver ninguna vía de escape y salvación, empezó a rugir. Y Banayas, al oír los bramidos de la bestia, ya que en aquel preciso momento pasaba por allí, se dirigió al lugar de donde procedía el rugido y, bajando hasta la boca del pozo, al animal que atacaba lo golpeó con el palo que tenía a mano y lo mató al instante. Pero también los restantes[34] fueron de una valía similar.

318. *David peca al ordenar elaborar el censo del pueblo (2 Sam.* 24, 1, y *1 Crónicas, 21,* 1). 13. 1. Y el rey David, deseoso de conocer a cuántos millares ascendía el número de habitantes del pueblo hebreo y olvidándose del mandato de Moisés, quien advirtió de que si se realizaba el cómputo de habitantes del total del pueblo era menester ofrecer a Dios medio siclo por cada persona, ordenó al general Joab que se pusiera en camino y efectuara el cómputo del total de la masa del pueblo. Y, aunque éste le aseguró que no era necesario hacerlo, no le hizo caso, sino que le ordenó que sin retraso alguno marchara a efectuar el cómputo de los hebreos. Y Joab, tras tomar consigo a los jefes de las tribus y escribas, recorrió el territorio israelita y, una vez que se hubo enterado del número de habitantes que había, regresó a Jerusalén, ante el rey, al cabo de nueve meses y veinte días, momento en que hizo entrega al rey del censo del pueblo exceptuando la cifra de la tribu de Benjamín, ya que no tuvo tiempo para hacer el cómputo del número de sus gentes ni tampoco de la tribu de Leví, porque el rey se había arrepentido del pecado que estaba cometiendo contra Dios. Pero el número de los restantes israelitas que podían llevar armas y ser alistados en el ejército ascendía a novecientos mil, aunque la tribu de Judá por sí sola sumaba cuatrocientos mil.

321. *David elige el castigo por su pecado (2 Sam.* 24, 11, y *1 Crónicas,* 21, 7). 2. Y, al manifestar los profetas a David que Dios estaba irritado con él, procedió a suplicarle y rogarle que le fuera propicio y le perdonara su pecado. Entonces Dios le envió al profeta Gad con tres opciones, para que eligiera de ellas la que prefiriera. Tenía que elegir entre si quería que hubiera hambre en el país durante siete años, o ser vencido durante tres meses por los enemigos en una guerra entablada con ellos, o que atacara a los

[34] Los restantes treinta guerreros. Cf. cap. 37 y ss.

hebreos durante tres días la peste y la enfermedad. Y David, abocado a una elección inexorable de grandes calamidades, sufría y se encontraba sumamente confuso. Y, como el profeta le hubiera asegurado que el asunto en cuestión debía cumplirse necesariamente y le mandara que respondiera deprisa, para comunicar a Dios la opción elegida, el rey, al pensar, por un lado, que, si se decidía a pedir el hambre, los demás creerían que lo había hecho a causa de que ello no implicaba temor alguno para él, porque tenía almacenado trigo en abundancia, pero mucho daño para ellos, y, por otro, que si elegía que ellos fueran vencidos durante los referidos tres meses, creerían que había elegido la guerra porque él estaba rodeado de los hombres más bravos y contaba con fortalezas y a causa de ello no tenía el más pequeño temor, pidió un castigo que afectara por igual a reyes y a súbditos, en el que el miedo fuera común a todos, habiendo declarado que era mucho mejor caer en manos de Dios que de los enemigos.

324. *Descripción de la plaga.* 3. Al oír esto el profeta, se lo anunció a Dios quien envió a los hebreos la peste y la consunción. Y ellos morían pero no con los mismos síntomas ni en forma tal que resultara fácil diagnosticar la enfermedad, sino que aunque el mal era uno, sin embargo los arrebataba por infinitas causas y motivos que ellos ni siquiera eran capaces de alcanzar. En efecto, perecían unos tras otros, y este tremendo mal, que atacaba de improviso, comportaba una muerte rápida: unos expiraban rápidamente con intensos dolores y crueles desazones, mientras que había quienes se iban extinguiendo con los sufrimientos y sin que quedara nada de ellos que llevar a la tumba, sino que se consumían de una forma total y absoluta en el propio agotamiento. Otros, al atacarles la ceguera a la vista, prorrumpían en lamentos llenos de sofoco, y hubo algunos que murieron mientras enterraban a algún pariente, dejando así inconcluso el entierro que estaban realizando. Y desde el alba, en que empezó la enfermedad de la peste, hasta la hora del almuerzo, perecieron setenta mil personas. Pero el ángel extendió su mano también hasta Jerusalén, enviando también allí la terrible peste. Y el rey, utilizando un saco como indumentaria, yacía en el suelo, suplicando y pidiendo a Dios que se calmara y parara ya, satisfecho con los que habían perecido. Y el rey, al mirar al cielo y ver al ángel que a través de él se trasladaba a Jerusalén con la espada desenvainada, dijo a Dios que era él, el pastor,

quien merecía ser castigado, pero que las ovejas debían conservar la vida por no haber cometido ellas pecado alguno, al tiempo que le suplicaba que descargara su cólera contra él y contra toda su familia, pero que respetara la vida del pueblo.

329. *Fin de la plaga. David y Orona el gebuseo (2 Sam.* 24, 18, y *1 Crónicas,* 21, 18). 4. Entonces Dios, que prestó oídos a su súplica, paró la peste y a través del profeta Gad que envió junto a David le ordenó que subiera inmediatamente a la era de Orona, el gebuseo, y que, después de erigir allí un altar a Dios, celebrara un sacrificio. Y David, al oírlo, no se desentendió de ello, sino que corrió al instante al lugar que le había sido indicado. Y Orona, que estaba trillando el trigo, cuando vio que se aproximaba el rey con todos sus hijos, corrió a él y se postró ante su faz. Orona era de estirpe gebusea y amigo íntimo de David. Y precisamente por ello David no le causó el menor daño cuando sometió su ciudad, como poco antes manifestamos[35]. Y, al preguntarle Orona a qué venía el amo junto a su esclavo, le contestó que a comprarle la era, para levantar en ella un altar a Dios y hacerle un sacrificio. Y Orona le dijo que dedicaba en holocausto no sólo la era, sino también los arados y los bueyes, y hacía votos por que Dios aceptara contento el sacrificio. Y el rey le dijo que le agradecía su generosidad y magnanimidad, pero le pidió que aceptara el dinero que valieran todos los objetos mencionados, alegando que no era justo que él ofreciera un sacrificio gratis. Y, como Orona le contestara que hiciera lo que quisiera, David le compró la era por cincuenta siclos. Y, después de edificar en ella un altar, lo consagró, ofreció en holocausto y dedicó un sacrificio por la paz. Con ello se suavizó la Divinidad y volvió a serle propicia. Y se da la circunstancia de que fue ése el lugar al que había conducido Abram a su hijo Isac para ofrecerlo en holocausto, circunstancia en que cuando su hijo estaba a punto de ser sacrificado se apareció de pronto plantado junto al altar un carnero, que Abram sacrificó en sustitución de su hijo, como dijimos[36]. Y el rey David, al observar que Dios había prestado oídos a su súplica y que había recibido contento el sacrificio, decidió llamar todo aquel lugar *altar del conjunto del pueblo* y edificar allí un templo a Dios, frase esta última que él

[35] Cf. *Ant. judías* 7, 69.
[36] Cf. *Ant. judías* 1, 222 y ss., y 226.

pronunció atinadamente en relación con lo que allí ocurriría, ya que Dios a través del profeta que despachó hasta él le hizo saber que en aquel lugar edificaría un templo el hijo suyo que después de él se sentara en el trono.

335. *David reúne hombres y material para construir el Templo (1 Reyes* 5, 15-16 [29-30], *2 Crónicas* 2, 2, 17, y *1 Crónicas,* 22, 2). 14. 1. Después de recibir este anuncio de Dios, David ordenó que se hiciera un censo de los extranjeros residentes en territorio hebreo y se encontró con que ascendían a ciento ochenta mil. A ochenta mil de éstos los designó canteros, y la cifra restante para que acarraeran las piedras, aunque a tres mil quinientos de ellos los puso al frente de los operarios. Y preparó también mucho hierro y bronce para las obras y también troncos de cedro, muchos y de unas dimensiones enormes, que le enviaban los tirios y los sidonios, porque eran ellos a quienes les había encargado el suministro de la madera. Y justificó este proceder ante los amigos diciéndoles que preparaba este material para cuando le llegara la muerte dejar al hijo que debía reinar después de él dispuesto el material que exigía la edificación del Templo y no tuviera que procurárselo al subir al trono, cuando todavía sería joven e inexperto para tales cometidos a causa de su juventud, sino que pudiera efectuar la obra al contar ya con el material almacenado.

337. *Instrucciones de David a Salomón concernientes al Templo (1 Crónicas,* 22, 6). 2. Y David, tras llamar a su hijo Salomón, le ordenó que, cuando heredara el trono, construyera un Templo a Dios, haciéndole saber, por un lado, que había deseado erigirlo él, pero que Dios se lo había impedido por tener las manos manchadas de sangre y de guerras, y, por otro, que Dios le había advertido que el llamado a edificar el Templo sería Salomón, su hijo jovencísimo y que sería designado con ese nombre, a quien prometió proteger Él como un padre y durante su reinado hacer feliz el territorio hebreo aparte de por otros bienes, singularmente por el más preciado de todos, por la paz y liberación de guerras y contiendas civiles[37]. Y añadió estas palabras textuales: «Así, pues, dado que incluso antes de haber nacido fuiste designado rey por Dios, procura mostrarte digno de su protección con los otros rasgos de tu conducta, siendo

[37] Cf. *Ant. judías* 7, 90-95.

piadoso, justo y noble, y singularmente guarda los mandatos y leyes de Dios, que Él nos entregó a través de Moisés, y no permitas a los demás que las transgredan. Y por lo que al Templo respecta, y que prefirió que le fuera erigido por ti cuando seas rey, apresúrate a dárselo sin asustarte de la magnitud de la obra ni acobardándote ante ella, ya que te pondré todo el material a punto antes de mi muerte. Y debes saber ahora mismo que ya están recolectados diez mil talentos de oro y cien mil talentos de plata, que he reunido bronce y hierro en cantidades innumerables y materiales sin tasa como madera y piedras, y que cuentas con numerosas decenas de millares de canteros y artesanos. Y, si necesitas algo más que esto, lo conseguirás tú. Procura, pues, ser el mejor, contando con la protección divina.» Tras esto, exhortó también a los jefes del pueblo a que le echaran una mano a su hijo en la edificación proyectada y que se ocuparan de dar culto a Dios, sin miedo a sufrir calamidad alguna, ya que a cambio de su piedad gozarían de paz y concordia, bienes con que corresponde Dios a los hombres piadosos y justos. También ordenó a Salomón que, cuando estuviera edificado el Templo, depositara en él el arca y los objetos sagrados, ya que mucho tiempo antes debían haber contado con un templo, lo que habría sido una realidad si nuestros antepasados no hubieran desobedecido los mandatos de Dios, puesto que mandó que le edificáramos un templo una vez que hubiéramos ocupado estas tierras. Esto fue lo que David comunicó a los jefes y a su hijo.

343. *Abisac conforta a David anciano (1 Reyes,* 1, 1). 3. Como David fuera ya bastante viejo y su cuerpo se le enfriara por la edad,sentía tanto frío que no entraba en calor ni aunque se le cubriera con muchas mantas. Entonces, como celebraran conferencia los médicos y decidieran de consuno que se acostara con el rey una doncella de buen ver, escogida tras ser buscada por todo el país, pues ello constituiría una ayuda para combatir el frío que él sentía, al darle calor la joven, se encontró en la ciudad una mujer que sobrepasaba a todas las demás en belleza y que se llamaba Abisac, la cual hacía entrar al rey en calor, limitándose a acostarse con él, ya que a causa de la vejez David era débil para los placeres sexuales y para la cópula con una mujer. Pero de esta doncella trataremos un poco después [38].

[38] Cf. *Ant. judías* 8, 5 y ss.

345. *Conjura de Adonías (1 Reyes,* 1,1). 3. Pero el cuarto hijo de David, un joven apuesto y alto, que le había nacido de su esposa Agite y que se llamaba Adonías, al ser de ideas parecidas a las de Absalón [39] aspiraba a alzarse con el trono y en este sentido decía a sus amigos que era él quien debía heredar el poder. Y, así, preparó infinidad de carros de guerra, caballos y cincuenta hombres de escolta. Su padre, pese a que observaba sus manejos, no lo amenazó, ni frenó sus impulsos, ni llegó a preguntarle por qué actuaba así. Y Adonías tenía por colaboradores al general Joab y al Sumo Sacerdote Abiatar, y los únicos que se le oponían eran el Sumo Sacerdote Sadoc, el profeta Natán, el jefe de la guardia de corps Banayas, Simuí, el amigo de David, y todos los hombres de bien. Y, como Adonías hubiera preparado un banquete fuera de la ciudad, en un lugar situado junto a la fuente ubicada en el parque real, al que invitó a todos los hermanos a excepción de Salomón, y como se hubiera hecho acompañar del general Joab y de Abiatar y también de los jefes de la tribu de Judá, y no hubiera invitado a la fiesta, en cambio, ni al Sumo Sacerdote Sadoc, ni al profeta Natán, ni a Banayas, el jefe de la guardia de corps, ni a ninguno del bando contrario, entonces el profeta Natán denunció a Bersab, la madre de Salomón, lo siguiente, que Adonías pretendía ser el rey, cosa que ignoraba David, y le aconsejó que procurara salvarse a sí misma y a su hijo Salomón, y que, presentándose ella sola a David, le recordara que él había jurado que a su muerte reinaría Salomón pero que antes de que llegara ello Adonías ya se había hecho con el poder. Y el profeta le aseguró que cuando ella estuviera diciéndole eso al rey entraría también él y refrendaría sus palabras. Y Bersab, haciéndole caso a Natán, se presentó ante el rey y, tras postrarse ante él y pedirle tomar la palabra, le expuso todo según se lo había sugerido el profeta, denunciándole tanto el banquete de Adonías como las personas que había invitado a él, a saber, el Sumo Sacerdote Abiatar, el jefe del ejército Joab, sus hijos a excepción de Salomón y los amigos íntimos del último.Y le hacía saber que todo el pueblo estaba pendiente de ver a quién proclamaría rey él, y lo exhortaba a que se hiciera a la idea de que, si Adonías era el rey cuando él se hubiera ido de este mundo, la mataría no sólo a ella, sino también a su hijo Salomón.

[39] Cf. *Ant. judías* 7, 194 y ss.

351. *David tranquiliza a Bersab (1 Reyes,* 1, 22). 5. Y, mientras la referida mujer estaba hablando con David, sus ayudantes de cámara le anunciaron que Natán deseaba verlo. Y, como el rey ordenara que lo dejaran pasar, entró y le preguntó si aquel mismo día había designado rey a Adonías y le había entregado el poder, diciéndole que le hacía esta pregunta porque Adonías había preparado un banquete deslumbrante al que había invitado a excepción de Salomón a todos sus hijos y al general Joab, quienes mientras celebraban el banquete entre aplausos y continuos entretenimientos hacían votos porque su liderazgo fuera eterno. Y terminó con estas textuales palabras: «En cambio, no invitó al banquete ni a mí, ni al Sumo Sacerdote Sadoc, ni al jefe de la guardia de corps Banayas. Y entiendo que es justo que todo el mundo sepa lo siguiente, si ello se ha hecho con conocimiento tuyo». Una vez que Natán hubo dicho esto, el rey ordenó llamar a su presencia a Bersab, ya que había salido de la sala al presentarse el profeta. Cuando esta mujer llegó, le dijo: «Te juro por el sumo Dios y te aseguro que tu hijo Salomón será el rey, como ya antes juré, y que él será quien se siente en mi trono. Y esto ocurrirá hoy mismo». Y David, después que esta mujer se hubo postrado ante él y le hubo deseado larga vida, mandó llamar al Sumo Sacerdote Sadoc y a Banayas, el jefe de la guardia de corps, y, una vez que hubieron llegado, les ordenó que se hicieran acompañar del profeta Natán y de los soldados de la corte, y que luego, tras montar a su hijo Salomón sobre la mula real, lo sacaran fuera de la ciudad y lo llevaran a la fuente de nombre Gión, y que, luego de ungirlo con el óleo sagrado, lo designaran rey. Esto fue lo que les encargó hacer al Sumo Sacerdote Sadoc y al profeta Natán. Y les encargó también que acompañaran a Salomón a lo largo y a lo ancho de la ciudad y que, haciendo sonar los cuernos durante esta marcha, gritaran: «Que el rey Salomón se siente por siempre en el trono real», para que todo el mundo comprendiera que él había sido designado rey por su padre. Y, a su vez, a Salomón le mandó que en el ejercicio del poder cuidara de dirigir a toda la nación hebrea y a la tribu de Judá con piedad y justicia. Y, cuando no había transcurrido ni un momento desde que Banayas había hecho votos por que Dios fuera propicio a Salomón, montaron a Salomón a lomos de la mula y, tras sacarlo fuera de la ciudad y llevarlo hasta la fuente, lo ungieron, y luego lo introdujeron en la ciudad entre manifestaciones de buen augurio y deseos de que su reinado durara largo tiempo y,

después de trasladarlo a la morada del rey, lo sentaron en el trono. Tras estos actos todo el pueblo se dirigió inmediatamente a celebrar banquetes y fiestas danzando y disfrutando con la música de las flautas. Y eran tantas las flautas que toda la tierra y el cielo resonaban por la cantidad ingente de estos instrumentos.

359. *Adonías, abandonado por sus amigos, pide perdón a Salomón (1 Reyes,* 1, 41). 6. Pero Adonías y los asistentes al banquete, cuando oyeron el griterío, se quedaron consternados, y el general Joab dijo que no le agradaban nada aquellos estruendos ni la trompeta. Y, cuando estaba servida la comida sin que nadie la hubiera probado, porque todos los comensales estaban en ascuas, llegó hasta ellos corriendo Jonatán, el hijo del Sumo Sacerdote Abiatar. Al ver con alegría Adonías al joven y llamarlo mensajero de buenas noticias, éste les manifestó todo el asunto relativo a Salomón y la decisión del rey David. Luego, Adonías y todos los invitados, tras saltar de la mesa, huyeron cada uno por su lado. Y Adonías, concretamente, como cogió miedo al rey por lo ocurrido, adoptó la posición de suplicante de Dios y, así, aferrándose a los cuernos del altar, concretamente a la parte de ellos que sobresalía, le fue manifestado a Salomón que Adonías actuaba así y que pedía obtener de él garantías de que no le guardaría rencor ni le causaría daño alguno. Y Salomón con una actuación mansa y cuerda lo eximió del delito aquel sin castigarlo, pero tras haber afirmado que el propio Adonías se buscaría represalias contra sí mismo si volvía a ser sorprendido tramando una revolución envió un mensajero a levantarlo de su posición de suplicante. Y, una vez que Adonías se hubo presentado a él y le hubo prestado obediencia, Salomón le ordenó que se retirara a su casa sin recelar de nada y le pidió que en adelante se portara bien, porque ello le interesaba.

363. *David ordena a los sacerdotes y levitas en clases (1 Crónicas,* 23, 1 y ss.). 7. Y David, deseoso de designar a su hijo rey de todo el pueblo, convocó a Jerusalén a las autoridades hebreas y también a los sacerdotes y a los levitas. Y, al realizar antes de nada un censo de los últimos, descubrió que ascendía a treinta y ocho mil el número de ellos entre los treinta y los cincuenta años. De éstos destinó veinticuatro mil para dirigir la edificación del Templo, y también designó como jueces y escribas del pueblo a seis mil, y como guardianes de las puertas a cuatro mil y a otros tantos

como cantores de los himnos en honor de Dios, llamados a cantarlos al son de los instrumentos que David había dispuesto, como dijimos antes [40]. A todos los citados los distribuyó por familias y, por lo que a los sacerdotes respecta, al hacer de ellos un grupo aparte del resto de la tribu, encontró que ellos pertenecían a veinticuatro familias, dieciséis de la casa de Eleazar y ocho de la de Itamar. Y se las arregló para que cada familia se ocupara del servicio divino durante los siete días que van de sábado a sábado. Y a los descendientes de Moisés los honró, pues los hizo guardianes de los tesoros de Dios y de las ofrendas que coincidía que habían dedicado los reyes. Y distribuyó en grupos a todos los miembros de la tribu de Leví y a los sacerdotes para que *sirvieran noche y día* a Dios, como Moisés les había encomendado.

368. *Reglamentación del ejército y del tesoro (1 Crónicas,* 27, 1). 8. A continuación hizo de todo el ejército doce divisiones con sus correspondientes jefes, capitanes y mandos de sección. Cada una de las divisiones constaba de veinticuatro mil hombres, divisiones a las que ordenó que con sus correspondientes jefes y capitanes permanecieran destacadas junto al rey Salomón por un período de treinta días, desde el primero hasta el último. E instituyó jefe de cada división a un hombre caracterizado por su honradez y justicia, y a otros los nombró administradores de los tesoros, aldeas, campos y ganadería, cuyos nombres no consideré necesario mencionar.

370. *David recomienda a Salomón al pueblo (1 Crónicas,* 28, 1). 9. Una vez que David hubo organizado en la manera antes dicha cada una de estas cosas, convocó a una asamblea a las autoridades de los hebreos, a los jefes de tribu, a los mandos de las divisiones y a los que habían sido puestos al frente de cualquier negocio o propiedad del rey y, puesto en pie en un estrado altísimo, el rey dijo a la multitud: «Hermanos y compatriotas, quiero que vosotros sepáis que había decidido edificar un templo a Dios, por lo cual hice acopio de gran cantidad de oro y de cien mil talentos de plata, pero a través del profeta Natán Dios me lo impidió edificar no sólo a causa de las guerras que promoví en defensa vuestra, sino también por tener mi diestra manchada con la sangre

[40] Cf. *Ant. judías* 7, 306.

de enemigos, mientras que ordenó que le deparara el templo el hijo mío que heredara el trono[41]. Ahora, pues, al igual que sabéis que de los doce hijos que tuvo nuestro padre Jacob sólo Judá fue designado rey y que también yo fui preferido a mis seis hermanos al recibir el poder de manos de Dios sin que ninguno de ellos lo tomara a mal, de la misma manera pido también yo a mis propios hijos que no susciten controversias entre sí porque Salomón haya heredado el trono, sino que lo acepten con gusto como soberano, sabedores de que fue Dios quien lo eligió. Pues cuando es Dios quien lo quiere, no es molesto siquiera servir a una autoridad extranjera, y cuando se trata de un hermano que ha alcanzado este rango lo que procede es que ellos se alegren por ello, en la idea de que van a compartirlo con él. Por otro lado, hago votos por que las promesas de Dios se cumplan[42] y por que se extienda por todo el país y permanezca en él durante todos los tiempos la dicha que el propio Dios prometió que nos otorgaría en tiempos del rey Salomón. Estas promesas serán seguras y tendrán un resultado hermoso si te muestras, querido hijo, piadoso, justo y guardián de las leyes heredadas de nuestros padres. En caso contrario, si las transgredes, espera lo peor».

375. *David da a Salomón los planos del Templo (1 Crónicas,* 28, 11 y ss.). 10. Pues bien, el rey terminó su discurso con esas palabras, y luego entregó a Salomón, en presencia de todos, el plano y disposición de la futura edificación del Templo, tanto de los cimientos como de las cámaras y plantas superiores, con indicación, por un lado, del número y de la altura y anchura que tendrían cada uno de estos elementos, y, por otro, del peso que había asignado a los objetos de oro y plata. Y a continuación incitó también con un discurso al propio Salomón a que pusiera todo ardor en la obra y a las autoridades y a la tribu de Leví a que prestaran su concurso al joven rey no sólo a causa de su juventud, sino también por haberlo puesto Dios a él al frente de la edificación del Templo y del reino. Y manifestó que la edificación les sería llevadera y no demasiado penosa, dado que él mismo había hecho acopio ya de muchos talentos de oro y todavía más de plata y también de material y un elevado número de artesanos y canteros y asimismo de esmeraldas y de

[41] Cf. *Ant. judías* 7, 93.
[42] Cf. *Ant. judías* 7, 93.

todo tipo de piedras preciosas. Y añadió que aún ahora regalaría él como contribución de su particular ayuda tres mil talentos más de oro macizo para el sancta sanctórum y para el carro de Dios formado por los querubines, quienes deberían ser instalados encima del arca, cubriéndola. Cuando calló David, los jefes y los sacerdotes y la tribu de Leví mostraron un gran empeño por también ellos contribuir y prometer que regalarían cosas espléndidas y magníficas. En efecto, se comprometieron a aportar cinco mil talentos y diez mil esteros de oro, diez mil talentos de plata y muchas decenas de millares de talentos de hierro. Y todo aquél que contaba con piedras preciosas las trajo y entregó al tesoro, al cargo del cual se encontraba Jal, el descendiente de Moisés.

380. *David reza por Salomón (1 Crónicas,* 29, 9 y ss.). 11. Todo el pueblo se alegró con esto, y David, al observar el interés y el empeño de las autoridades, sacerdotes y todos los demás por colaborar, procedió a bendecir a Dios, llamándole a voz en grito padre y origen del Universo, creador de todo lo humano y lo divino con que se engalanó a sí mismo, y protector y custodio del pueblo de los hebreos así como de la felicidad de ellos y del trono que le había concedido a él. Y, tras pedir a Dios prosperidad para la totalidad del pueblo y una mente sana, justa y robustecida con todos los ingredientes de la virtud, ordenó a continuación a la multitud que también ella bendijera a Dios. Y el público, cayendo al suelo, rindió culto a Dios, pero también dio sentidas gracias a David por todos los bienes de que había disfrutado desde que él se hizo cargo del reino. Y al día siguiente depositaron con vistas a hacer un sacrificio a Dios mil terneros y otros tantos carneros y mil corderos, que ofrecieron en holocausto. E hicieron también sacrificios por la paz, sacrificando al efecto muchas decenas de millares de víctimas. Y el rey junto con todo el pueblo pasó todo el día en fiestas, y a Salomón lo ungieron por segunda vez con el óleo, y a él lo designaron rey y a Sadoc Sumo Sacerdote de todo el pueblo. Y a Salomón lo llevaron al palacio real y, tras sentarlo en el trono paterno, desde aquel día le prestaron obediencia.

383. *David manifiesta sus últimas voluntades a Salomón (1 Reyes 2,* 1 y ss.). 15. 1. Y poco después David cayó enfermo de puro viejo y, dándose cuenta de que iba a morir, llamó a su hijo y le dijo lo siguiente: «Yo, querido hijo, estoy a punto de partir para mi

destino y para reunirme con mis padres y de recorrer el camino por el que tendrán que discurrir por igual todos los hombres actuales y los futuros, del que ya no es posible volver para saber qué pasa en el mundo de los vivos. Por ello, mientras todavía estoy con vida y me encuentro a la vera misma de la muerte, procedo a darte los consejos que ya antes conseguí recomendarte, a saber, que seas justo con tus subordinados y piadoso con Dios, quien te ha concedido el trono, y que guardes sus mandamientos y las leyes que Él mismo nos envió por Moisés y que no te desentiendas de nada de esto, no dejándote influir ni por las dádivas, ni por las lisonjas, ni por el capricho, ni por ninguna otra pasión, ya que si contravienes alguno de sus preceptos perderás el afecto que siente Dios hacia ti y trastocarás la bondadosa protección que Él te brinda y la pondrás en contra. En cambio, si te comportas como debes comportarte y yo te aconsejo, retendrás el trono en nuestra familia y ninguna otra casa hebrea alcanzará el poder sino nosotros sólos por los siglos de los siglos. Pero acuérdate también de la iniquidad cometida por el general Joab al matar por pura envidia a dos generales justos y hombres de bien, Abener, el hijo de Ner, y Amasa, el hijo de Jetra. Cuyas muertes deberás vengar en la manera que mejor te parezca, ya que Joab hasta el día de hoy ha escapado al justo castigo no sólo por ser más poderoso que yo, sino también por disponer de más fuerzas. Y pongo en tus manos también a los hijos de Berzel de Galad, a quienes me harás el favor de tener en toda estima y protección, ya que con ello no somos los primeros en proporcionar un beneficio, sino que nos limitamos a saldar los débitos correspondiendo a los favores anteriores que su padre me prestó durante el exilio. Y, a su vez, a Sumui, el hijo de Gera, y perteneciente a la tribu de Benjamín, quien salió a mi encuentro y me siguió hasta el Jordán maldiciéndome en mi camino al exilio, cuando marchaba a Campamento, y quien obtuvo garantías en aquel entonces de que no le pasaría nada malo, ahora véngate de él, inventando al efecto un pretexto razonable».

389. *Muerte de David (1 Reyes,* 2, 10). 2. Y David, tras haber dado a su hijo estos consejos relativos al Estado en general, a los amigos y a aquéllos de quienes sabía que se habían hecho merecedores de castigo, murió a la edad de setenta años, después de haber sido rey de la tribu de Judá en Hebrón durante siete años y seis meses, y en Jerusalén de todo el país durante treinta y tres. Fue él un hombre magnífico y dotado de todas las virtudes que debían asistir a quien como él era rey y tenía encomendada la salvación y seguridad

de una nación tan grande. Era, en efecto, bravo como ningún otro, y con ocasión de las contiendas entabladas en defensa de sus súbditos era el primero en lanzarse a los peligros, animando a los soldados a ir a las confrontaciones con su propio esfuerzo y capacidad de combate y en modo alguno con ordenar como un déspota, y el más capaz en discurrir y adivinar tanto lo relativo al futuro como a la administración de los hechos presentes, siendo él un hombre cuerdo, accesible, bondadoso con los que se encontraban en apuros, justo y muy humano, virtudes que a los reyes más que a nadie convenía que les fueran asignadas, no habiendo cometido, pese a disponer de un poder tan omnímodo, fallo alguno en absoluto que no fuera el referido a la mujer de Urías[43]. Y a su muerte dejó para sus herederos más riquezas que ningún otro rey hebreo y de cualquier otra nación.

392. *Entierro de David (1 Reyes,* 2, 10). 3. Y su hijo Salomón lo enterró en Jerusalén con todo boato, de suerte que no sólo le rindió todos los demás honores habituales en el funeral de un rey, sino que además enterró junto con su cadáver riquezas cuantiosas y sin tasa cuya demasía se podrá comprobar fácilmente por lo que voy a referir: mil trescientos años después el Sumo Sacerdote Hircano[44] fue sitiado en la ciudad por Antíoco el Piadoso (éste era el sobrenombre con que era conocido), hijo de Demetrio, y, como quisiera darle dinero para que levantara el sitio y alejara de allí al ejército y no pudiera conseguirlo de ninguna otra fuente, abrió una sola de las cámaras existentes en el monumento funerario de David y, llevándose de allí tres mil talentos, le dio una parte a Antíoco y de esta manera resolvió el problema del asedio, como ya hemos señalado en otros lugares[45]. Y después de esto, cuando habían transcurrido muchos años de nuevo el rey Herodes, tras abrir otra cámara, sacó dinero en cantidades insondables[46]. Ninguno de los dos citados, sin embargo, consiguió llegar a los ataúdes de los reyes, porque habían sido enterrados arteramente bajo tierra de suerte que no se dejaran ver de los que penetraran en el monumento funerario. Pero basta con lo que hemos dicho de estos asuntos.

---

[43] Cf. *Ant. judías* 7, 130-146.

[44] El sitio de Jerusalén aquí referido tuvo lugar en 135-134 a. C. Por tanto, Josefo sitúa la muerte de David en 1435 a. C., casi quinientos años antes de la fecha generalmente aceptada, que corresponde al 970 a. C.

[45] Cf. *Ant. judías* 13, 249, y *Guerra judía* 1, 61.

[46] Cf. *Ant. judías* 16, 179.

RESUMEN:

1. Cómo Salomón, al hacerse cargo del reino, aniquiló a los enemigos.
2. Sobre su sabiduría, sagacidad y riqueza.
3. Cómo fue el primero en edificar un templo en Jerusalén.
4. Cómo el pueblo a la muerte de Salomón, tras abandonar a su hijo Roboam, designó rey a Jeroboam, quien era un súbdito más, pero rey de las diez tribus, mientras el citado hijo de Salomón continuó reinando sobre las dos tribus restantes.
5. Cómo Isac, rey de los egipcios, tras emprender una expedición militar contra Jerusalén y ocupar la ciudad, transfirió a Egipto sus riquezas.
6. Expedición militar de Jeroboam, rey de Israel, contra el hijo de Roboam, y derrota.
7. Cómo uno de nombre Basines, después de aniquilar a la familia de Jeroboam, ocupó él el trono.
8. Expedición militar de los etíopes contra Jerusalén cuando reinaba en ella Asán, hijo de Abías, y destrucción del ejército etíope.
9. Cómo, una vez que fue aniquilada la familia de Abesar, reinó en Israel Amaris y su hijo Acab.
10. Cómo Abad, rey de Damasco y de Siria, fue derrotado dos veces cuando emprendió una expedición militar contra Acab.
11. Derrota de los amonitas y moabitas cuando emprendieron una expedición militar contra Josafat, rey de Jerusalén.

12. Cómo Acab en la expedición militar que emprendió contra los sirios fue derrotado y pereció él mismo.

Este libro abarca ciento sesenta y tres años.

1. *Ascención de Salomón al trono (1 Reyes,* 2, 12). 1. 1. En el libro anterior hemos tratado, pues, de la personalidad de David, de su valía y de la suma de bienes con que se encontraron sus compatriotas gracias a su actuación así como de las numerosas guerras y batallas que ganó y de que, al fin, murió de viejo. Y, cuando heredó el reino su hijo Salomón, que todavía se encontraba en edad infantil [1], a quien aún en vida David había declarado soberano del pueblo conforme al deseo de Dios, y se hubo sentado en el trono, la multitud entera, como es habitual cuando un rey empieza su mandato, le deseó a voz en grito que su gestión al frente del Estado terminara con éxito y que su mandato durara hasta alcanzar él una vejez rancia y dichosa en extremo.

3. *Adonías solicita a Abisac como esposa (1 Reyes,* 2, 13). 2. Por su parte, Adonías, quien todavía en vida de su padre había intentado alzarse con el poder, tras presentarse a Bersab, la madre del rey, y saludarla muy afectuosamente, cuando ésta le preguntó si había acudido a ella porque necesitara alguna cosa y lo animara, si ello era así, a que se lo indicara en la seguridad de que ella le concedería con agrado lo que pidiera, procedió a decirle que ella misma sabía que el trono le pertenecía a él no sólo por razón de edad, sino también por preferencia del pueblo, pero que, al pasar a su hijo Salomón conforme a la decisión de Dios, gustaba y quería estar a su servicio y estaba contento con el estado de cosas actual. De acuerdo con ello, solicitaba su intervención ante su hermano para pedirle y persuadirlo de que le diera en matrimonio a Abisac, aquélla que se había acostado con su padre, alegando que a causa de la vejez su padre no había tenido relaciones íntimas con ella, y que todavía permanecía virgen [2]. Y Bersab le prometió no sólo que pondría todo el empeño en servirle, sino también que le conseguiría la boda que pretendía por estas dos razones, porque el rey desearía hacerle cualquier favor y porque ella se lo pediría

[1] Cf. 8, 211.
[2] Cf. 7, 343-344.

porfiadamente. Y, mientras él se alejó de allí con las mejores esperanzas de lograr su pretendido matrimonio, la madre de Salomón corrió al punto junto a su hijo a darle cuenta de la petición de Adonías y de lo que al respecto ella le había prometido. Y su hijo se adelantó a recibirla y la abrazó, y, después de pasarla a la cámara donde se encontraba el trono real y de sentarse, ordenó que le fuera puesto otro trono para su madre a la derecha de él. Y Bersab, una vez sentada, le dijo: «Concédeme, querido hijo, un favor que voy a pedirte y no hagas con una posible negativa ninguna barbaridad ni torpeza». Y como Salomón le contestara que allí estaba para lo que ella quisiera mandar (indicándole que era un precepto sacrosanto conceder cualquier cosa a una madre) y le añadiera que ya para empezar ella se merecía una suerte de reprimenda por hablar sin mostrar ya la convicción firme de conseguir lo que pidiera y no que vislumbraba una negativa, ella lo exhortaba a que diera en matrimonio a la que todavía era virgen, Abisac, a su hermano Adonías.

9. *Salomón ordena a Banayas ejecutar a Adonías (1 Reyes,* 2, 22). 3. Pero el rey, que tomó a mal esta petición, despidió a su madre, tras decirle que Adonías pretendía cosas demasiado grandes y que le extrañaba cómo ella no le sugería que le cediera el mismo trono por ser Adonías mayor que él cuando pedía la mano de Abisac para él, uno que ya contaba con amigos poderosos como eran el general Joab y el Sumo Sacerdote Abiatar. Luego, tras mandar venir a Banayas, el jefe de la guardia de corps, le ordenó matar a su hermano Adonías. Y, habiendo llamado al Sumo Sacerdote Abiatar, le dijo: «Te salva de la muerte no sólo el esfuerzo que compartiste con mi padre, sino también el arca que trasladaste con él. Pero por haberte alineado con Adonías y haber defendido sus ideales te impongo el siguiente castigo: ni continuarás aquí ni volverás a aparecer ante mi vista, sino que, tras regresar a tu lugar de nacimiento, vivirás en el campo y mantendrás ese tipo de vida hasta la muerte, por haber cometido un delito que hace imposible con todo merecimiento que permanezcas en una posición honorable». Con ello fue despojada del rango sacerdotal la casa de Itamar por el motivo antes dicho, como Dios ya había predicho a Elí [3], abuelo de Abiatar, y pasó a la familia de Finés en la persona de

[3] Cf. 5, 338 y ss. = *1 Sam.* 2, 12 y ss.

Sadoc [4]. Y los miembros de la familia de Finés que habían vivido como simples particulares a partir de aquel momento en que la dignidad de Sumo Sacerdote había pasado a la casa de Itamar, cuyo primer representante en hacerse cargo de ella fue Elí, fueron los siguientes: Bocías, el hijo del Sumo Sacerdote Jesús, Jotam, hijo de Bocías, Marayot, hijo de Jotam, Arofai, hijo de Marayot, Aquitob, hijo de Arofai, y Sadoc, hijo de Aquitob, que se convirtió en el primer Sumo Sacerdote en tiempos del rey David.

13. *También Joab es ejecutado por Banayas (1 Reyes,* 2, 28). 4. Por su parte, Joab, al enterarse del asesinato de Adonías, cogió un miedo tremendo, por ser más amigo de aquél que del rey Salomón, y, sospechando a raíz de ello no sin razón que su vida corría peligro por su afecto hacia aquél, se refugió en el altar, y con ello se imaginaba que se procuraría seguridad en virtud de la piedad del rey hacia Dios. Pero éste, cuando le anunciaron la decisión de Joab, ordenó a Banayas, a quien envió junto a Joab, que, tras levantarlo del altar, lo presentara ante el tribunal para que respondiera a los cargos que contra él pesaban. Pero Joab aseguró que no abandonaría el templo, sino que prefería morir allí a hacerlo en cualquier otro sitio. Y, como Banayas hubiera dado cuenta al rey de la respuesta de Joab, Salomón le ordenó que lo decapitara allí mismo, como él quería, y que recibiera ese justo castigo por los dos generales que Joab había matado inicuamente, pero que enterrara su cadáver a fin de que, por un lado, los pecados cometidos por Joab no abandonaran *nunca jamás a su familia,* y, por otro, tanto él como su padre resultaran inocentes de la muerte de Joab. Y Banayas, tras cumplir lo que le fue ordenado, fue designado comandante en jefe de todas las fuerzas, al tiempo que el rey nombró Sumo Sacerdote único a Sadoc en lugar de Abiatar, a quien había removido del cargo.

17. *Sumui es ejecutado por abandonar Jerusalén (1 Reyes,* 2, 36). 5. Y a Sumui [5] le ordenó que edificara una casa en Jerusalén y que se quedara a vivir allí, asentado junto a él, diciéndole que no tenía permiso para cruzar el arroyo Cedrón y que, si desobedecía este mandato, el castigo consiguiente sería la muerte. Y por la mag-

[4] Cf. 5, 361-362, y 7, 110.

[5] Sobre las diversas formas de este nombre cf. *Ant. judías* 7, 207, 388.

nitud de la amenaza le obligó a jurar que así lo haría. Y Sumui, tras asegurar que estaba contento con las obligaciones que le había impuesto Salomón y jurar además que las cumpliría, abandonó su lugar de nacimiento y se dispuso a morar en Jerusalén. Pero al llegar a sus oídos, trascurridos tres años desde este momento, que dos esclavos suyos que se le habían escapado se encontraban en Gita, corrió en pos de los citados criados. Y, cuando regresó con ellos, el rey, al enterarse de que no sólo había hecho caso omiso de sus mandatos, sino también, lo que era más grave, de que no había concedido la menor importancia a los juramentos que había prestado a Dios, lo tomó muy a mal y, llamándolo, le dijo: «¿No juraste tú que no me abandonarías ni saldrías jamás de esta ciudad a otra? Consiguientemente, no escaparás al justo castigo por tu perjurio, sino que por éste y por las insolencias con que ofendiste a mi padre en su camino hacia el exilio tomaré represalias contra ti, por ser perverso, para que aprendas que los malvados no ganan nada con no ser castigados al momento de cometer su crimen, sino que, durante todo el tiempo en que se creen estar seguros por no haber sufrido nada malo, el castigo que pende sobre ellos se incrementa y adquiere unas dimensiones superiores al que habrían pagado en el instante mismo en que delinquieron». Y Banayas mató a Sumui, como le había sido ordenado.

21. *El buen gobierno de Salomón (1 Reyes,* 3, 1 y ss., y 2 *Crónicas,* 1, 3, 5). 2.1. Salomón, cuando ya tenía seguro el reino y los enemigos habían sido castigados, tomó por esposa a la hija del Faraón, el rey de los egipcios. Y, tras hacer las murallas de Jerusalén mucho más grandes y más fuertes de lo que eran antes, atendió ya al estado de cosas general nadando en ríos de paz y sin que su juventud implicara menoscabo alguno para que él actuara justamente, guardara las leyes y se acordara de los encargos que su padre le había dado en el momento de morir, sino que cumplía todo con suma meticulosidad igual que los hombres de edad avanzada y en plenitud de facultades mentales. Luego decidió, tras presentarse en Hebrón, ofrecer un sacrificio a Dios sobre el altar de bronce dispuesto por Moisés y en él hizo un holocausto de víctimas en número de mil. Y con esta acción dio la impresión de haber honrado magníficamente a Dios, ya que Él se le apareció en sueños aquella misma noche y le mandó que eligiera el regalo que debía proporcionarle en premio a su piedad. Y Salomón le pedió lo

más hermoso, más grande y que a Dios más le agradaba conceder y al hombre más provechoso recibir. En efecto, no pidió hacerse ni con oro, ni con plata, ni con las demás riquezas, como pide el común de los hombres y más si son jóvenes (pues para la inmensa mayoría de los hombres éstos son los únicos dones considerados dignos de interés y propios de Dios), sino que le dijo: «Dame, soberano, una mente sana y una inteligencia profunda, con que pueda juzgar los casos que el pueblo me presente provisto de la verdad y la justicia». Dios se deleitó con esta petición y, por ello, prometió que le daría no sólo todos los otros bienes que no había mencionado Salomón en el momento de la elección como eran la riqueza, la gloria y la victoria sobre los enemigos, sino también y ante todo una inteligencia y una sabiduría tal como no había tenido ningún otro hombre, ni rey ni particular. Y prometió que también a sus descendientes les preservaría el trono durante muchísimo tiempo, si continuaba siendo justo y obediente a Él y también imitando a su padre en su comportamiento excelente. Salomón, cuando hubo oído esto a Dios, saltó al punto de la cama y, tras rendirle culto, volvió a Jerusalén, donde después de llevar a cabo grandes sacrificios delante del tabernáculo, honró con un banquete a todos los suyos.

26. *Disputa entablada entre dos heteras que se disputaban un niño (1 Reyes,* 3, 16 y ss.). 2. Por estos días se le presentó un caso judicial difícil, cuya solución resultaba laboriosa de encontrar. Pero el caso del que debía entender la justicia consideré obligado presentarlo aquí para que los lectores tomen nota de lo enrevesado del pleito y comprendan por vía de ejemplo la gran perspicacia del rey y su gran capacidad para esclarecer fácilmente el caso examinado, pese a que el asunto que andaba por medio era tan difícil. Se presentaron a él dos heteras, de las cuáles la que daba la impresión de ser la víctima fue la primera en comenzar a hablar, expresándose así: «Oh rey, vivo con ésta en la misma casita, y coincidió que ambas dimos a luz el mismo día y a la misma hora unos niñines varones. Cuando habían pasado tres días ésta, al acostarse encima de su pequeñín, lo mató y, tras llevarse el mío de mis rodillas, pasó a colocarlo al lado de ella, mientras que puso al muerto en mi regazo, aprovechando que yo estaba dormida. Y por la mañana, cuando me disponía a dar la teta al pequeño, el mío no lo encontré, pero, en cambio, vi el niño muerto de ésta depositado junto a mí.

Y digo esto porque lo reconocí, ya que lo distinguía con precisión. De aquí que le reclamara a mi propio hijo y, al no recuperarlo, he recurrido, soberano, a tu ayuda, porque ella insiste tercamente en negármelo, no haciéndome caso alguno por encontrarnos nosotras dos solas cuando los hechos ocurrieron y, así, no tener miedo de que nadie pueda refutarla». Cuando ésta hubo terminado de hablar, el rey preguntó a la otra qué tenía que alegar a lo dicho por la primera. Y como ella negara haber hecho lo que se le imputaba y sostuviera que el pequeñín que vivía era el suyo, mientras que el de su contrincante era el que había muerto, y no se le ocurriera a nadie el fallo que procedía emitir, sino que todos tuvieran su inteligencia ciega para dar con él en un caso que tenía todas las trazas de un acertijo, sólo al rey se le ocurrió el siguiente plan: tras ordenar que le fueran traídos tanto el niño muerto como el vivo, mandó llamar a un miembro de su guardia de corps, a quien le ordenó que, extrayendo la espada de la vaina, cortara en dos a ambos pequeños, para que cada una de las dos recibiera la mitad tanto del vivo como del muerto. Debido a ello el pueblo entero se mofaba en secreto del rey tildándolo de jovenzuelo, y mientras la demandante y auténtica madre a grito pelado le pedía que no lo hiciera sino que diera por suyo el pequeño a la otra, pues ella se contentaba con que viviera y con sólo verlo aunque pasara por ser de otro, a diferencia de la otra que estaba dispuesta a ver al pequeño abierto en canal y que además pedía incluso que la otra fuera sometida a tortura, el rey, al comprender que las palabras pronunciadas por una y otra respondían a sus verdaderos sentimientos, adjudicó el pequeño a la que gritaba, convencido de que ella era realmente la madre, mientras que a la otra la condenó por su maldad, dado que no sólo había matado al suyo, sino que incluso pretendía ver muerto al de su amiga. La multitud consideró esto una gran muestra y prueba de la inteligencia y sabiduría del rey, y desde aquel día en adelante lo escuchaban como si estuviera dotado de una perspicacia divina.

35. *Los gobernadores provinciales de Salomón (1 Reyes,* 4, 7). 3. Salomón contaba con los siguientes generales y mandos militares del país entero: Ur mandaba la demarcación de Efraim; Diocler estaba al mando de la región de Bitiem; Abinadab, que estaba casado con la hija de Salomón, tenía a su cargo el distrito de Dor y la zona costera; la gran llanura quedaba bajo la jurisdicción de Banayas, hijo de Aquil, pero tenía agregado el mando de toda la región hasta el

Jordán; Gabar tenía bajo su cargo la región de Galad hasta el Monte Líbano y sesenta ciudades, grandes y muy bien fortificadas; Aquinadab era el delegado del rey en Galilea entera hasta Sidón, también él estando casado con la hija de Salomón de nombre Basima; Banacat ocupaba la región costera de la región de Ace; Safat tenía encomendado el Monte Tabor, el Carmelo y toda la región de la baja Galilea hasta el río Jordán; Sumui tenía asignado el distrito de Benjamín, y Gabar ocupaba la región del otro lado del Jordán. Y al frente de todos ellos fue designado otro mando más. Y tanto el pueblo hebreo como la tribu de Judá cobró un incremento impresionante, al volcarse en la agricultura y el cultivo de la tierra, ya que, como disfrutaban de paz y no estaban distraídos por guerras y sublevaciones y se mostraban henchidos absolutamente de libertad, que es la cosa más añorada, cada uno de ellos se dedicaba primordialmente a incrementar su patrimonio y a hacer que valiera más.

39. *Provisiones para la mesa del Rey (1 Reyes,* 5, 1 y ss.). 4. Pero el rey contaba también con otros gobernadores más, que mandaban como delegados suyos no sólo en el territorio sirio, sino también en los territorios extranjeros que se extendían desde el río Eúfrates hasta Egipto, quienes recogían los tributos pagados a él por las distintas naciones. Estos contribuían diariamente para la mesa y comida del rey con treinta coros [6] de la harina más pura, con sesenta de harina normal, con diez bueyes cebados y veinte bueyes alimentados en el pasto, y con cien corderos cebados. Todo esto le era llevado diariamente al rey por estos súbditos extranjeros, aparte de las correspondientes piezas cobradas en la caza y en la pesca, es decir, ciervos, antílopes, aves y peces. Salomón contaba con tal cantidad de carros de guerra que tenía cuarenta mil pesebres para los caballos de tiro. Pero además de ésos tenía doce mil jinetes, la mitad de los cuales asistían al rey en Jerusalén, mientras los restantes permanecían diseminados por las aldeas reales. Y la misma autoridad que tenía confiado sufragar los gastos del rey aportaba también las provisiones para los caballos, llevándolas a la localidad en que residía el rey.

42. *Gran sabiduría la de Salomón (1 Reyes,* 5, 9 y ss.). 5. Tan grande era la inteligencia y sabiduría que Dios otorgó a Salomón

[6] El *coro* equivale a 370 litros.

que no sólo superaba en ello a los antiguos en general sino que incluso los propios egipcios, de quienes se dice que aventajaban a todos en perspicacia, cuando se les compara con Salomón se quedan por detrás pero no por poco, sino que se demuestra que distan un trecho inmenso de la inteligencial de rey. Pero superaba y aventajaba en sabiduría también a los coetáneos del propio Salomón que tenían fama entre los hebreos por su tremenda perspicacia, cuyos nombres no omitiré. Estos eran Atán, Hemán, Calc y Dardan, hijos de Hemaón. Compuso también mil cinco libros sobre canciones y melodías y otros tres mil de parábolas y símiles, ya que escribió una parábola de cada clase de árbol, desde el hisopo hasta el cedro, y lo mismo también sobre los ganados y todos los animales tanto terrestres como nadadores y voladores. Pues no ignoró criatura alguna ni la pasó por alto dejándola sin estudiar, sino que gustó de conocerlas a fondo a todas ellas, y, así, mostró una cabal constitución de las propiedades inherentes a cada una de ellas. Y Dios le concedió también el don de conocer los ardides para combatir a los demonios con vistas a conseguir ayudar y tratar a los hombres enfermos. En este sentido, compuso y nos legó encantamientos con que son aliviadas las enfermedades y distintos tipos de exorcismos, con los que los posesos expulsan tan radicalmente a los demonios que ya no vuelven a apoderarse de ellos. Y este tratamiento inventado por Salomón muestra entre nosotros hasta el día de hoy una eficacia inmensa. En efecto, conocí a un tal Eleazar, compatriota nuestro, quien en presencia de Vespasiano, de sus hijos, de tribunos y también de gran parte del ejército, libraba de los demonios a los que estaban poseídos por ellos. El método del tratamiento de curación era del siguiente tenor: acercaba a la nariz del endemoniado el anillo que tenía debajo del sello una raíz del árbol que Salomón había indicado y luego, al olerla el enfermo, le extraía por las fosas nasales el demonio, y, nada más caer al suelo el poseso, Eleazar hacía jurar al demonio que ya no volvería a meterse en él, mencionando el nombre de Salomón y recitando los encantamientos que aquel había compuesto. Y Eleazar, en su interés por persuadir e infundir a los presentes el convencimiento de que él tenía este poder ponía un poco antes un vaso o una pila llenos de agua y ordenaba al demonio en el momento de salir de la persona posesa que los volcara y permitiera reconocer a los espectadores que había dejado a la persona posesa. Y, como ello ocurría, se constataba con toda

evidencia la perspicacia y sabiduría de Salomón, razón por la que nos vimos impulsados a hablar de este asunto, para que todo el mundo conozca la grandeza de su ser y su amor a Dios y a nadie de los que viven bajo el sol se le oculte la condición insuperable del rey en todo tipo de virtud.

50. *Hiram, rey de Sidón, envía saludos a Salomón (1 Reyes,* 5, 15). 6. Hiram, rey de Tiro, al llegar a sus oídos que Salomón había heredado el trono de su padre, se alegró extraordinariamente, ya que había sido amigo de David, y a través de embajadores que envió a él lo saludó y se congratuló por su presente bonanza. Y Salomón le remitió una carta que manifestaba lo siguiente: «El rey Salomón a Hiram también rey. Sábete que a mi padre, que quiso construir un templo a Dios, se le prohibió hacerlo a causa de las guerras y sus continuas expediciones militares, ya que no paró de abatir a sus enemigos hasta que los hubo obligado a todos ellos al pago de tributos. Y yo, por mi parte, agradezco a Dios la presente paz y, como gracias a ello dispongo de tiempo libre, quiero edificar la casa en cuestión a Dios, ya que además Dios predijo a mi padre que ella sería obra mía. Por ello te ruego que envíes con los míos algunos súbditos tuyos al Monte Líbano a cortar troncos de árboles, ya que en la corta de madera tienen más maestría los sidonios que nuestros hombres. Por otro lado, yo pagaré a los leñadores el sueldo que les fijes».

53. *Hiram conviene en ayudar a Salomón a construir el Templo (1 Reyes,* 5, 7). 7 Hiram leyó la carta de Salomón y, alegrándose por su contenido, le contestó lo siguiente: «El rey Hiram al rey Salomón. Es justo bendecir a Dios por haberte concedido a ti el poder paterno, tú que eres un varón sabio y estás dotado de toda suerte de virtudes. Yo, por mi parte, contento por ello te prestaré todo el concurso a que te refieres en la carta. En efecto, cortaré numerosos y grandes troncos de cedro y ciprés, que por medio de mi gente bajaré al mar y, con una balsa que construyan los míos, les ordenaré que te los lleven por mar y los depositen en el lugar que quieras de tu país. Luego los tuyos los transportarán a Jerusalén. A cambio preocúpate tú de proporcionarnos trigo, del que estamos necesitados por habitar una isla[7]».

[7] O península, como es Tiro.

55. *Conservación de la correspondencia de Hiram y Salomón.* 8. Copias de estas cartas permanecen hasta el día de hoy, conservadas no sólo en nuestros libros, sino también en los de Tiro, de suerte que, si alguien quiere conocer los detalles precisos de ellos, no tiene más que pedir a los funcionarios encargados de los archivos tirios y encontrará que lo que allí consta concuerda con lo dicho por mí. Pues bien, digo esto porque quiero que mis lectores sepan que no decimos nada más que la verdad y que no pretendemos, intercalando en nuestra historia algunos elementos plausibles y atractivos que por su deleite lleven al engaño, escapar a toda verificación ni, por el contrario, exigimos de ellos una inmediata aquiescencia, mientras tampoco nos permitimos el derecho de resultar indemnes cometiendo el delito de eludir las reglas propias de la investigación histórica, sino que los invitamos a que no nos concedan aceptación alguna si no podemos evidenciar la verdad con una demostración y pruebas sólidas».

57. *Aportaciones de Salomón a Hiram (1 Reyes,* 5, 11). 9. Y el rey Salomón, cuando le fue llevada la carta del rey de Tiro, aplaudió no sólo su entusiasmo, sino también su afecto, y le correspondió con la aportación del producto que aquél le había solicitado, suministrándole cada año veinte mil coros de trigo y otros tantos batos de aceite (el bato [8] equivale a setenta y dos *sextarios),* y también de vino aportaba la misma cantidad. Y naturalmente con esto la amistad entre Hiram y Salomón aumentó todavía más y juraron que duraría durante toda la vida. Y el rey Salomón impuso al común de su pueblo una leva de treinta mil operarios, a quienes les hizo cómoda la tarea repartiéndola sagazmente. En efecto, hizo que una tanda de diez mil de ellos estuviera cortando maderas durante un mes en el Monte Líbano y que luego regresara a sus casas, donde descansaban durante dos meses, hasta volver a empezar las tandas una vez que los veinte mil habían cumplido la tarea durante el período de tiempo fijado. Luego ya la tanda de los primeros diez mil operarios volvía al trabajo al cuarto mes. El encargado de esta leva fue Adoram [9]. Y de los extranjeros [10] afincados en tierras hebreas dejados preparados por David a su muerte,

[8] El *bato* equivale, aproximadamente, a 36 litros.
[9] Cf. *Ant. judías* 7, 293.
[10] Cf. *Ant. judías* 7, 335.

eran setenta mil los que transportaban la piedra y los otros materiales, ochenta mil los talladores de piedra, y tres mil trescientos los que estaban al cargo de ellos. Y les había ordenado que tallaran piedras grandes para los cimientos del Templo, y que, ajustándolas y entrelazándolas primero en la montaña, luego ya las bajaran a la ciudad. Y esta era una tarea llevada a cabo no solamente por los constructores del lugar, sino también por los artesanos enviados por Hiram.

61. *Cronología del Templo (1 Reyes,* 6, 1). 3.1. La edificación del Templo la empezó Salomón en el cuarto año de su reinado, en su segundo mes, que los macedonios llaman Artemisio y los hebreos Jar, quinientos noventa y dos años después de la salida de los israelitas de Egipto, mil veinte años después de la llegada de Abram a Canán procedente de Mesopotamia, y mil cuatrocientos cuarenta años después del diluvio. A su vez, desde la creación del primer hombre, Adán, hasta que Salomón edificó el Templo habían transcurrido un total de tres mil ciento dos años. Y en la fecha en que se empezó la edificación del Templo Hiram llevaba ya instalado en el trono de Tiro once años [11], y desde la fundación de esta ciudad [12] hasta la edificación del Templo había transcurrido un período de doscientos cuarenta años.

63. *Cimientos del Templo (1 Reyes,* 6, 2). 2. El rey echó a una profundidad enorme del subsuelo los cimientos del Templo formados por piedras de estructura fuerte y capaz de resistir al tiempo, las cuáles no sólo habían de constituir, al formar un todo compacto con el suelo, base y soporte de la construcción que iba a ser edificada encima, sino que también habían de soportar cómodamente, gracias a la consistencia que les venía de abajo, no sólo la magnitud de los materiales que se les echara encima, sino también la preciosidad de su hermosura, cuyo peso había de resultar no inferior al de los otros elementos concebidos para lograr altura y grosor con vistas a conseguir realce y magnificencia. Y el cimiento del Templo lo elevó hasta el tejado con un material formado por mármol blanco. Pues bien, la altura del Templo fue de sesenta codos,

[11] *Doce,* según Josefo, *Ap.* 1, 126.

[12] Justino, en *Epitome* de Trogo Pompeyo 18, 3, 5, dice que Tiro fue fundada un año antes de la caída de Troya, que el *Mármol de Paros* sitúa en el año 1209/1208 a. C.

la longitud de igual número de codos, y la anchura de veinte. Pero sobre éste fue levantado otro de iguales dimensiones, de suerte que la altura total del Templo fue de ciento veinte codos. Estaba orientado al naciente. Y el pórtico levantado a la entrada del Templo tenía veinte codos de largo, se extendía con la misma anchura del edificio, alcanzaba diez codos de profundidad y se elevaba hasta una altura de ciento veinte codos. Y rodeó el Templo todo alrededor con treinta cámaras de reducidas dimensiones, las cuales estaban llamadas, al rodear el Templo por fuera, a dar consistencia al total del edificio por su solidez y elevado número, y las entradas a ellas las logró pasando de unas a otras. Y cada una de las cámaras tenía cinco codos de anchura, los mismos de longitud, y veinte de altura. Y encima de éstas fueron edificadas otras cámaras y luego otras encima de las segundas, iguales a las primeras tanto en dimensiones como en el número, de suerte que las tres plantas de cámaras alcanzaron una altura total similar a la planta inferior del Templo, ya que el piso superior no fue rodeado de cámaras. El edificio fue cubierto por un tejado de cedro. Y, en el caso de las cámaras citadas, cada una de ellas tenía un tejado propio, no conectado con los tejados vecinos, mientras que el resto del edificio disponía de una cubierta común a todo él, construida por una serie sucesiva de vigas larguísimas que se extendía a lo largo de toda la obra, de tal manera que las paredes medianeras, al resultar consolidadas por esta serie de vigas, adquirían por lo mismo mayor consistencia. Y al techo situado debajo de las vigas del tejado le echó el mismo material, esculpido todo él con artesonado y adherido con oro. Y las paredes las cubrió a trechos con tablas de credro que repujó con oro, de tal manera que el Templo en su totalidad refulgía y la visión de quienes entraban era deslumbrada por el resplandor producido por el oro y que emanaba de todas partes. Y la edificación total del Templo se hizo con suma maestría de piedras talladas cabalmente, unidas tan ajustada y suavemente que quienes se fijaban en ellas no notaban la acción del martillo ni de ningún otro instrumento de trabajo, sino que daba la impresión de que sin la utilización de las referidas herramientas estaba ajustado todo el material tan sutilmente que su ajustamiento parecía espontáneo más que efecto imperioso de los instrumentos de trabajo. Y el rey ideó una escalera de subida a la planta superior aprovechando el grueso de la pared, ya que la planta superior no tenía puerta grande por el lado del naciente como la tenía la inferior, sino que

por los lados había entradas logradas por puertas muy pequeñas. Y adornó el Templo tanto por dentro como por fuera con tablas de cedro entrelazadas con cadenas tan gruesas que hacían las veces de contrafuerte sólido.

El sanctasanctórum (1 Reyes, 6, 16) *y el Querubín (1 Reyes,* 6, 23). 3. Y, dividiendo el Templo en dos partes, el habitáculo interior de veinte codos lo hizo sanctasanctórum, mientras el otro habitáculo de cuarenta codos lo designó *Santo Templo.* Y, tras abrir la pared medianera, puso en aquel lugar puertas de cedro en las que labró oro en abundancia y repujados variopintos. Y las cubrió con telones pintados con muchas flores hechos de jacinto, púrpura y escarlata, pero también del lino más espléndido y suave. Y en el sanctasanctórum, de una anchura de veinte codos y de una longitud de las mismas dimensiones, erigió dos querubines de oro macizo, cada uno de ellos de cinco codos de altos, y cada uno de los dos tenía dos alas abiertas en una extensión de cinco codos. Y alzó los querubines no muy distantes el uno del otro por esta razón, para que con una de las alas tocaran la pared del sanctasanctórum situada al sur y con otra la pared del lado norte, de suerte que las otras dos alas, entrelazadas entre sí, hicieran las veces de tapadera del arca colocada entremedias de ellas. Pero la verdad es que nadie puede decir ni imaginar cómo son en realidad los querubines. Y pavimentó el suelo del Templo con planchas de oro, y a la entrada del Templo colocó puertas de las mismas dimensiones que la altura de la pared y con una anchura de veinte codos, y las repujó de oro. En resumidas cuentas, no dejó parte alguna del Templo, ni por fuera ni por dentro, que no fuera oro. Y estas puertas exteriores las cubrió con cortinas igual que las interiores. La puerta del pórtico, en cambio, no tenía nada de esto.

76. *Los artesanos de Tiro (1 Reyes,* 7, 13). 4. Y Salomón mandó venir de Tiro, de la corte de Hiram, a un artesano llamado Quiromo, quien por parte de madre pertenecía a la estirpe de Neftalí (pues procedía de esta tribu) y por su padre Urías era de estirpe israelita. Éste tenía conocimientos precisos en toda suerte de obras, pero era sobre todo experto en trabajar el oro, la plata y el bronce, y fue él precisamente quien ideó todas las obras del Templo de acuerdo con el proyecto del rey. Este Quiromo construyó también dos pilares de bronce de un grosor de cuatro dedos. La altura de

estas columnas era de dieciocho codos, y el perímetro de doce. Y encima de uno y otro capitel descansaba un lirio de metal fundido, elevándose hasta una altura de cinco codos, en derredor del cual quedaba una red rodeada de un enebro de bronce y que cubría los lirios. Y de este lirio pendían en un par de ristras doscientas granadas. De estas dos columnas, una, que llamó Jaquín, la erigió en el lado derecho del pórtico, y la otra, a la que puso por nombre Abaiz, en el izquierdo.

79. *El mar de bronce (1 Reyes,* 7, 23). 5. Fundió también un *mar* de bronce en forma de hemisferio. Este forjado en bronce fue llamado *mar* por su tamaño, ya que se trataba de un aguamanil de bronce fundido de diez codos de diámetro y un palmo de grosor. Este aguamanil descansaba por el centro mismo de la vasija en una base redonda terminada en diez volutas, que tenía un codo de diámetro y estaba rodeada por doce terneros orientados hacia las cuatro direcciones de los vientos, tres de ellos en cada dirección y con los cuartos traseros bajados, de tal manera que el hemisferio, estrechándose hacia dentro todo alrededor, descansaba sobre ellos. El *mar* tiene una cabida de tres mil *batos.*

81. *Los aguamaniles y sus bases (1 Reyes,* 7, 27). 6. Hizo también diez bases de bronce y cuadrados para aguamaniles. Cada una de ellas tenía cinco codos de largo, cuatro de ancho y seis de alto. Esta obra, repujada en sus diversas partes, estaba cerrada así: había en las esquinas cuatro pequeñas columnas cuadradas, que tenían entrelazados en sí los dos lados de las correspondientes bases. Estos lados estaban divididos en tres zonas, cada una de las cuales era seguida por una línea que llegaba a la *sub-base* en la que había repujado acá un león y allá un toro y un águila, y sobre las pequeñas columnas citadas se habían repujado las mismas obras que en los lados. Y la obra entera se erguía levantada sobre cuatro ruedas. También éstas eran de metal fundido, provistas de cubos y cantos con un diámetro de codo y medio. Uno se maravillaría al ver qué hermosamente estaban repujados los tambores de las ruedas y cuán sutilmente estaban metidos en los cantos, una vez unidos a los lados de las bases. Pero sin embargo así era. Y las esquinas eran cerradas por arriba por unos salientes en forma de manos abiertas, sobre los que descansaba una base situada al fondo del aguamanil, reposando éste sobre las garras de un águila y de un león tan uni-

dos entre sí que parecían un todo compacto a quien los viera. Y entremedias de ellos había palmeras repujadas. Tal era el formato de las diez bases. Y forjó además diez cubos o aguamaniles redondos y de bronce, cada uno de los cuales tenía una capacidad de cuarenta *choes,* ya que tenía una altura de cuatro codos y el diámetro de sus bordes era la misma distancia. Y estos aguamaniles los puso sobre las diez bases llamadas *Meconot.* Y situó cinco aguamaniles al lado izquierdo del Templo, lado que quedaba en dirección al Norte, y otros tantos al derecho, éstos mirando al Sudeste. También el *mar* lo colocó en el mismo sitio. Y, tras llenar de agua los unos y los otros, el *mar* lo destinó para que los sacerdotes lavaran en él las manos al entrar en el Templo y los pies al disponerse a subir al altar, y los aguamaniles para limpiar las vísceras y las patas de los animales llamados a ser ofrecidos en holocausto.

88. *El altar de bronce (2 Crónicas,* 4, 1). 7. Construyó también un altar de bronce para los holocaustos de veinte codos de largo, otros tantos de ancho y diez de alto. Y todos sus pertrechos los hizo de bronce, tanto los trípodes como los cazos. No obstante, además de los citados, Quiromo fabricó no sólo lebrillos y ganchos sino también todo tipo de pertrechos de un bronce igual en brillo y en hermosura al oro. Y el rey ofrendó multitud de mesas, de ellas una de oro, sobre la que se ponían los panes de Dios, y además de las citadas un número infinito de otras parecidas a la de oro pero hechas de otro modo, sobre las que se colocaban los utensilios, tanto vasijas como copas para las libaciones, veinte mil de oro y cuarenta mil de plata. Pero hizo también diez mil palmatorias conforme al mandato de Moisés, una de las cuales la ofrendó para el Templo, para que ardiera todo el día según los dictados de la Ley, y una mesa con panes encima a la parte norte del Templo, enfrente de la palmatoria, ya que la había situado al Sur, mientras que el altar de oro quedaba entremedias de ellas. Todo esto albergaba la cámara de cuarenta codos situada delante de la cortina del sancta-sanctorum, en el que iba a quedar el arca.

91. *Vasijas y cuencos.* 8. El rey fabricó ochenta mil jarras de vino, cien mil vasijas de oro y el doble de plata, y también ochenta mil fuentes de oro para llevar en ellas al altar la masa de harina pura, y el doble que éstas de plata, y asimismo sesenta mil vasijas de oro en las que se amasaba la harina pura con aceite y el doble

que éstas de plata. De las medidas parecidas a las llamadas de Moisés, de nombre *hin* y *assarón* [13], veinte mil de oro y el doble de plata. E incensarios de oro, en los que se llevaba el incienso al Templo, veinte mil, y asimismo otros cincuenta mil incensarios en los que se llevaba fuego del altar grande al altar pequeño; y vestidos sagrados para los Sumos Sacerdotes mil, más manteos, peto oracular y piedras preciosas; y la corona, en la que Moisés escribió la palabra *Dios,* era única y ha pervivido hasta el día de hoy. Los vestidos sagrados los fabricó de lino, y los cinturones de púrpura, en número de diez mil, uno para cada sacerdote; y doscientas mil trompetas, conforme al mandato de Moisés, y otros doscientos mil vestidos de lino para los levitas cantores. Y fabricó de ámbar cuarenta mil instrumentos musicales concebidos para acompañar el canto, llamados *nablas* y *ciniras* [14].

95. *Los recintos sagrados (1 Reyes,* 7, 51). 9. Salomón dispuso lujosa y suntuosamente todos estos objetos en honor de Dios, sin escatimar nada, sino poniendo todo empaque en el adorno del Templo, y los depositó entre los tesoros de Dios. Y rodeó el Templo todo alrededor con una cerca llamada *geision* en la lengua del lugar y *thrincós* en griego, elevándola hasta una altura de tres codos, destinada, por un lado, a impedir al común de las gentes la entrada al recinto sagrado y, por otro, a indicar que la entrada se permitía únicamente a los sacerdotes. Pero por fuera de este lugar edificó otro recinto sagrado más, en forma cuadrangular, levantando en él los pórticos grandes y amplios, provistos de puertas muy altas, cada una de las cuales miraba a cada una de las direcciones del viento y eran cerrados por puertas de oro. A este recinto tenían acceso todos los seglares que sobresalían por su pureza y por la observancia de las leyes. Pero el recinto sagrado que hizo admirable y de unas dimensiones superiores a todo lo que se pudiera decir e incluso, según cabría señalar, oír de él, fue el que construyó por fuera del segundo. En efecto, tras rellenar con tierra enormes barrancos, que por su profundidad infinita no era posible mirar ni asomarse a ellos sin dificultad, y elevarlos a una altura de cuatrocientos codos, consiguió situarlos al mismo nivel de la cumbre de la montaña sobre la que estaba edificado el Templo. Y por esta

[13] Cf. *Ant. judías* 3, 197, y también 29 y 142.
[14] Cf. *Ant. judías* 7, 306.

razón el recinto sagrado exterior, situado a cielo descubierto, se hallaba a igual altura que el Templo. Y lo rodeó de un pórtico de estructura doble apoyado en altas columnas de piedra formada allí mismo y provisto de cubiertas de cedro pulido en paneles. Y dotó a este Templo de puertas todas ellas de plata.

99. *El pueblo se reúne en Jerusalén para contemplar el Templo (1 Reyes,* 8, 1, y *2 Crónicas,* 5, 2). 4. 1. Pues bien, el rey Salomón, después de completar en siete años estas obras así como las dimensiones y hermosuras tanto de las edificaciones como de las ofrendas dedicadas al Templo y de hacer gala de riquezas y de pasión hasta tal punto que las realizaciones que, al verlas uno, le costaría mucho creer que hubieran sido efectuadas en todo el devenir de los tiempos, resulta que fueron completadas en un plazo tan breve comparado con el tamaño del Templo, a través de una carta que escribió a las autoridades y ancianos de los hebreos les ordenó que reunieran a todo el pueblo en Jerusalén no sólo para contemplar el Templo, sino también para transportar a él el arca de Dios. Y, pese a que la orden de acudir a Jerusalén fue propagada por todas partes, muy a duras penas se reunieron allí al séptimo mes, llamado Tisrí por los indígenas y Hiperbeteo por los macedonios. Y ocurrió al mismo tiempo también la fecha de la fiesta de los tabernáculos, de gran devoción e importancia entre los hebreos. Y, así, tras levantar el arca y el tabernáculo que Moisés había construido así como todos los utensilios para el servicio de los sacrificios a Dios, los trasladaron al Templo. Y precedían, provistos de ofrendas para los sacrificios, el propio rey con todo el pueblo y los levitas, regando el camino no sólo con libaciones, sino también con la sangre de infinidad de víctimas, y quemando una cantidad incalculable de incienso, hasta tal punto que toda la atmósfera medioambiental se saturaba de él y su suave fragancia llegaba a las gentes por alejadas que se encontraran, lo que les hacía comprender que se trataba de la llegada de Dios, quien por decisión humana pasaba a habitar en un lugar recién construido y consagrado por Él. Y, en efecto, no se cansaron de cantar himnos ni de danzar hasta que hubieron llegado al Templo. Con este ritual, pues, trasladaron el arca. Pero cuando había que introducirla en el sanctasanctórum, el resto del pueblo se quedó atrás, siendo los sacerdotes los únicos que la transportaron y depositaron entremedias de los dos querubines. Y éstos, que tenían enlazados entre sí los extremos de

las alas (pues así es como habían sido dispuestos por el artista) cubrieron el arca como si quedara debajo de una tienda o de una cámara. Y el arca no contenía ninguna otra cosa más que dos tablas de piedra, las cuales conservaban grabados en ellas los diez mandamientos dictados por Dios a Moisés en el Monte Sinaí. Y la palmatoria, la mesa y el altar de oro los colocaron en el Templo delante del sanctasanctórum, ocupando los mismos lugares respectivos que cuando se hallaban en el tabernáculo, y procedieron inmediatamente a ofrecer los sacrificios cotidianos. El altar de bronce, en cambio, lo colocó delante del Templo y enfrente de la puerta, de tal manera que, al abrirse, quedaba él de cara y se veían los sacrificios y el esplendor de éstos. Pero todo el resto de utensilios los reunió y los depositó dentro, en el Templo.

106. *La manifestación divina en el sanctasanctórum, y oración de Salomón (1 Reyes,* 8, 10 y ss.). 2. Pero una vez que salieron los sacerdotes después de haber dispuesto todo lo concerniente al arca, de pronto se levantó una espesa nube, no bronca ni llena de agua como ocurre en el invierno, sino que se coló en el Templo difusa y temperada, y obscureció tanto la visión de los sacerdotes que ni siquiera se veían unos a otros, mientras que a los pensamientos de todos ellos les ofrecía evidencia y convencimiento de que Dios había bajado al Templo y se había alojado a gusto en él. Los sacerdotes se atenían a esta idea. Y el rey Salomón, por su parte, tras ponerse en pie (pues se encontraba sentado), dirigió a Dios unas palabras que consideraba adecuadas a su condición divina y de tenor correcto para decírselas a Él. Fueron éstas: «Sabemos, oh soberano, que se ha convertido en morada eterna para ti aquello que Tú hiciste, a saber, el cielo, el aire, la tierra y el mar, elementos todos que llenas sin ser contenido por ellos, y por ello te preparé este Templo que lleva tu nombre, para desde él remitirte al aire los votos que formulamos en los sacrificios que se nos muestren favorables y estar siempre persuadidos de que te encuentras a nuestro lado y no a gran distancia. Pues aunque tampoco ahora dejas de estar cerquísimo de todos desde donde habitas por ley natural gracias a tu facultad de observar todo y de oirlo todo, eso ocurrirá más desde ahora en adelante, al acompañar a todos y cada uno de nosotros singularmente en las reflexiones nocturnas y diurnas». Tras dedicar estas palabras a Dios, dirigió otras palabras a la masa, para ponerles de manifiesto el poder de Dios y su protección

hacia ellos, lo que se demostraba en que había manifestado a su padre David todos los acontecimientos futuros exactamente igual que habían resultado ya en gran parte y cómo sucederían los restantes, y en que el mismo Dios le había impuesto el nombre al propio Salomón cuando todavía no había nacido, al advertir cómo había de llamarse y que sería él quien debería edificarle el Templo, una vez convertido en rey tras la muerte de su padre. Y a sus oyentes les pedía que, al ver cumplidos todos estos hechos conforme a la profecía de Dios, lo bendijeran y de ninguna cosa que les hubiera prometido tocante a la felicidad desesperaran como que no fuera a cumplirse, confiando en su realización por las cosas ya vistas.

111. *Oración de Salomón (1 Reyes,* 8, 2, y *2 Crónicas,* 6, 12). 3. El rey, tras dirigir estas palabras a la masa, volvió la vista hacia el Templo y, habiendo levantado la mano derecha hacia el cielo, dijo: «No es con obras con lo que los hombres pueden agradecer a Dios los favores recibidos, ya que la Divinidad no necesita nada en absoluto y está por encima de una satisfacción de esta índole. Pero con el don por el que hemos sido hechos por ti, soberano, superiores a los demás seres, con ése mismo nos es obligado bendecir tu majestad y agradecerte las amables iniciativas que has tenido con nuestra casa y el pueblo de los hebreos. Pues ¿con qué otra cosa nos es más adecuado aplacarte cuando estás irritado y atraer tu benevolencia cuando nos tienes desafecto que con la palabra, que no sólo conseguimos a partir del aire, sino que también sabemos que vuelve a subir por él? Así, pues, por medio de ella confieso agradecerte en primer lugar el trato de favor que dispensaste a mi padre, a quien de ser desconocido lo elevaste a una fama tan grande, y luego el que me dispensaste a mí mismo, al hacerme hasta el presente día todo lo que me habías preconizado. Y, a su vez, te pido que en adelante me aportes todos los bienes que la Divinidad puede otorgar a los hombres estimados por Ti, y que acrecientes nuestra casa en todo, según prometiste a mi padre David tanto en vida como en sus momentos finales, a saber, que el trono permanecería siempre en nosotros y que su familia lo pasaría de unos miembros a otros en innumerables sucesiones. Así, pues, defiéndenos esto a nosotros, y a mis hijos otórgales la virtud en que Tú te deleitas. Y, además de lo anterior, te suplico también que envíes una parte de tu espíritu a vivir en el Templo, a fin de que nos dé la impresión de que estás también en la tierra. En efecto, para Ti

constituye un habitáculo pequeño incluso la bóveda completa del cielo y todo el espacio de los seres que viven bajo ella, cuanto más este insignificante Templo, pero te ruego que lo preserves libre de todo saqueo de los enemigos considerándolo absolutamente como cosa propia y que veles por él, teniéndolo por una posesión particular tuya. Y si el pueblo comete alguna vez algún pecado y luego es castigado por Ti a causa de ello con alguna plaga, como la esterilidad de la tierra, la consunción producida por una peste o alguna de las catástrofes con que persigues Tú a los que transgreden alguna norma divina, y se refugia todo él en masa en el Templo, suplicándote y pidiendo ser salvado, en esas circunstancias escucha sus peticiones, habida cuenta de que estás aquí dentro, y en consecuencia compadécete de él y líbralo de la carga que pese sobre él. Y esta ayuda no te la pido que se la concedas únicamente a los hebreos que hayan cometido un fallo, sino que también, si alguien llega aquí desde los confines de la tierra habitada o desde cualquier otro punto para volcarse en Ti e intentar tenazmente conseguir algún bien, préstale oídos y concédeselo. Pues de esta manera todos comprenderían, por un lado, que Tú mismo deseaste que se te preparara este habitáculo aquí entre nosotros y, por otro, que nosotros no somos de condición inhumana ni nos sentimos extraños de las gentes que no son compatriotas nuestros, sino que desde siempre hemos querido que tu ayuda y el disfrute de los bienes sea común a todos».

118. *Los sacrificios son consumidos milagrosamente (2 Crónicas,* 7, 1). 4. Tras pronunciar esta oración, se arrojó al suelo, rindiendo culto así a Dios durante mucho tiempo, y luego, levantándose, acercó ofrendas al altar, y, cuando lo hubo llenado de víctimas perfectas, comprendió de una forma totalmente clara que Dios acogía con agrado su sacrificio, ya que una llama de fuego que se coló desde el aire exterior y que, a la vista de todos, se lanzó sobre el altar, arrebató el total de las ofrendas y las consumió. Al producirse esta manifestación divina, el pueblo, que dedujo que ello era evidencia de que Dios moraría en el futuro en el Templo y que por ello se puso contento, rindió culto a Dios postrándose en el suelo, mientras el rey procedió a bendecir a Dios al mismo tiempo que incitaba a las gentes a que hicieran lo mismo, por disponer ya de evidencias del afecto de Dios hacia ellos, y a que hicieran votos por que el trato que les dispensase resultara

siempre así, y, por último, a que conservaran su pensamiento limpio de toda perversidad manteniéndose en la justicia, piedad y en la observancia de los mandamientos que Dios les había dado a través de Moisés, indicándoles Salomón que de esta manera la nación hebrea sería afortunada y más dichosa que cualquier otra estirpe humana. Y los exhortaba a recordar que, con los procedimientos por los que habían adquirido los bienes presentes, con esos mismos no sólo los mantendrían seguros, sino que también los harían mayores y más numerosos, ya que convenía que se hicieran a la idea de que la piedad y la justicia eran las virtudes por las que no sólo los habían adquirido, sino que también los conservarían por ellas. Y Salomón les advirtió, además, que para los hombres no era tan importante conseguir algún bien del que carecían como el conservar lo conseguido y no cometer ningún fallo que vaya en detrimento de ello.

122. *Oblación de sacrificios (1 Reyes,* 8, 62). 5. Pues bien, el rey, tras dirigir estas palabras a la multitud, disolvió la asamblea, después de haber llevado a cabo por él y el conjunto de los hebreos un número tan elevado de ofrendas que sacrificó doce mil terneros y ciento veinte mil ovejas. Pues fue entonces la primera vez que dotó al Templo de víctimas para degustar y, así, celebraron un banquete en él todos los hebreos con sus esposas e hijos, y, además, el rey, y con él todo el pueblo, celebró entre banquetes y durante catorce días, espléndida y lujosamente, delante del Templo la llamada fiesta de los Tabernáculos.

124. *Dios se aparece otra vez a Salomón en sueños (1 Reyes,* 8, 66). 6. Cuando ellos se sintieron satisfechos con lo que habían hecho, sin que su veneración hacia Dios necesitara de ningún complemento más, todos y cada uno de ellos, al disolver el rey la asamblea, se dispusieron para la partida hacia sus respectivos lugares de origen, después de haber agradecido al rey no sólo la protección que les brindaba, sino también la obra que les había mostrado, y, tras pedir a Dios que les mantuviera durante mucho tiempo a Salomón como rey, se pusieron en camino entonando himnos en honor de Dios en un ambiente de alegría y contento, de tal manera que, invadidos de ese contento, todos efectuaron tranquilamente el viaje de regreso a casa. Y, así, ellos regresaron a sus respectivas ciudades, después de haber introducido el arca en el Templo, de

haber contemplado el tamaño y la hermosura de él y de haber participado en razón de ello de fastuosos sacrificios y fiestas. Pero una visión que se apareció al rey en sueños les señaló que Dios había prestado oídos a la petición que le había formulado y que no sólo preservaría el Templo, sino que también permanecería en él indefinidamente, siempre que sus descendientes y la multitud entera practicaran la justicia, y, por otro lado, le decía que él mismo sería el primero a quien, si se mantenía fiel a los consejos de su padre [15], lo elevaría a cotas y dimensiones infinitas de felicidad y que los miembros de su familia reinarían por siempre en el país y en la tribu de Judá, mientras que, si abandonaba su cumplimiento, hacía caso omiso de ellos y se pasaba a venerar dioses extraños, lo cortaría de raíz y ni dejaría rastro alguno de su familia ni consentiría que el pueblo de los israelitas se mantuviera incólume, sino que los borraría de la faz de la tierra con guerras y calamidades sin cuento, al tiempo que, luego de expulsarlos de la tierra que dio a sus padres, haría de ellos unos advenedizos en tierra extraña, mientras que el Templo recientemente edificado lo entregaría a los enemigos para que fuera incendiado y saqueado, y la propia ciudad la arrasaría a manos de los enemigos y las calamidades ocurridas entre sus habitantes las haría dignas de ser elevadas a la categoría de mitos y merecedoras de tan grande incredulidad por la naturaleza insuperable de su magnitud que las poblaciones vecinas, al llegar a sus oídos noticias de esa hipotética y futura desgracia, se admirarán y se esforzarán por dar con el motivo por el que los hebreos se habían concitado en grado tal el aborrecimiento de Dios, cuando hasta entonces habían sido llevados por Él a la gloria y a la riqueza, y oirán de labios de los supervivientes la confesión de sus pecados y las contravenciones de las tradiciones y costumbres patrias. Pues bien, según el texto conservado en las Sagradas Escrituras éstas son las advertencias que Dios le dirigió a Salomón en sueños.

130. *La construcción del palacio de Salomón (1 Reyes,* 7, 1). 5. 1. Después de la construcción del Templo, conseguida, como dijimos anteriormente [16], en siete años, Salomón echó los cimientos para la edificación del palacio real, que dejó lista muy a duras

[15] Cf. 7, 384 y ss.
[16] En cap. 99.

penas en trece años. Esta tardanza fue motivada porque no puso en su ejecución el mismo empeño que en el caso del Templo, sino que éste último, pese a ser un edificio grande y que requería una obra admirable e increíble, alcanzó su terminación en los años antes dichos, porque además en su ejecución cooperó Dios, a quien iba destinado. En cambio, el palacio real, aunque era más pobre que el Templo en categoría, se llevó a cabo con más lentitud, por un lado, porque el material para la obra no había sido preparado con tanta antelación y con igual codicia, y, por otro, porque estaba destinado a ser vivienda para los reyes y no para Dios. Pero con todo y con eso también él es digno de mención y fue elevado a la altura de la prosperidad del país de los hebreos y del rey, y por ello es obligado exponer la distribución y disposión completa de sus elementos, para que quienes vayan a hojear esta obra puedan así deducir y conocer sus dimensiones.

133. *Descripción de los edificios del palacio (1 Reyes,* 7, 2). 2. Había en él una sala grande y hermosa, que descansaba en infinidad de columnas y que construyó con objeto de recibir en ella a las multitudes que acudían a oir los dictámenes y a dirimir sus problemas y con objeto también de dar cabida a la afluencia de las personas que se juntaban allí a resolver sus pleitos. Tenía cinco codos de larga, cincuenta de ancha y treinta de alta, se sostenía sobre columnas cuadradas todas de cedro, su techo estaba conformado al estilo corintio, y se mostraba seguro y asimismo embellecido por pilastras de iguales dimensiones y tablones con tres estrías. Y en el centro del edificio había otra sala, que se extendía todo a lo ancho de la sala anterior, cuadrangular, de treinta codos de ancha, con un templo enfrente levantado sobre gruesas columnas. Y dentro de ella había un departamento magnífico, en el que emitía las sentencias sentado el rey, adjunta al cual se hallaba otra sala destinada para la reina y las restantes habitaciones dedicadas al entretenimiento y descanso tras la evasión de los problemas, pavimentadas todas con tablas cortadas de cedros. Y algunas partes de estas salas las hizo de piedras de diez codos, mientras que las paredes las revistió con otro tipo de piedra tallada, que fue extraída para adorno de templos y su contemplación en las mansiones reales en tierras celebradas por los lugares que la producen. Y la belleza que emanaba de esta piedra se urdía en tres filas, mientras una cuarta sección permitía admirar la destreza

de los escultores, quienes habían modelado en ella árboles y plantas de todo tipo, que daban sombra con las ramas y las hojas que pendían de ellos, tan bien hechas que daba la impresión de que se movían por la condición insuperable de su finura, cubriendo la piedra situada debajo de ellas. Pero el resto de la pared hasta el techo estaba pintado y dibujado con colores y tintes. Y, además de las citadas, construyó otras salas para la diversión y también columnatas larguísimas y situadas en una parte hermosa del palacio, y dentro de ellas una sala sumamente espléndida, repleta de oro, destinada a banquetes y celebraciones. También fueron hechos de oro todos los otros utensilios que esta sala debía tener para el servicio de los invitados. Es asunto complicado contar el tamaño y diversidad del palacio: de cuántas salas grandísimas constaba, cuáles de ellas eran más reducidas y cuáles subterráneas y ocultas, así como la belleza de las que emergían al aire y las arboledas destinadas a proporcionar el más grande deleite a la vista y escape y protección contra el calor del estío sobre los cuerpos. En resumidas cuentas, el total del edificio lo hizo por entero de mármol blanco, de cedro, de oro y de plata, habiendo decorado los techos y las paredes con piedras incrustadas en oro de la misma manera que había embellecido el Templo con ellas. Pero además hizo de marfil un trono extraordinariamente grande en forma de estrado y provisto de seis peldaños, flanqueados cada uno de ellos y por ambas partes por dos leones, con otros tantos situados en la parte superior. Y los barrotes de la escalera constituían los brazos del trono para acoger al rey, y se hundían en la cabeza de un ternero que miraba hacia la parte de atrás del trono, el cual estaba entrelazado de oro.

141. *Salomón e Hiram (1 Reyes,* 9, 10). 3. Salomón dejó listos estos edificios en una veintena de años, y como Hiram, rey de Tiro, le había aportado para su construcción mucho oro y más plata, y además también madera de cedro y de pino, también le correspondió con grandes regalos, enviándole todos los años trigo, vino y aceite, productos de los que Hiram estaba siempre más necesitado por habitar una especie de isla, como ya dijimos anteriormente[17].

Y, además de esto, le regaló también ciudades de Galilea en número de veinte, situadas no lejos de Tiro. Pero como Hiram las

[17] En cap. 54.

hubiera visitado y analizado y le desagradara este regalo, por unos emisarios que envió a Salomón le dijo que no necesitaba ciudades. Y desde entonces este conjunto de ciudades fueron llamadas la *Tierra de Cabalón,* ya que la forma *Cabalón* traducida del fenicio significa *no grato.* Y el rey de Tiro transmitió a Salomón sofisterías y expresiones enigmáticas, rogándole que se las aclarara y lo librara de la incomprensión del sentido oculto en ellas. Y nada de ello se substrajo a su habilidad y perspicacia, sino que, venciendo todas las dificultades con su inteligencia y captando la idea ínsita en ellas, se la manifestó.

144. *Escritores fenicios.* A estos dos reyes los menciona también Menandro, quien tradujo los archivos tirios del fenicio al griego, expresándose al respecto así: «A la muerte de Abibal le sucedió en el trono su hijo Hiram, quien de los cincuenta y tres años que vivió, reinó treinta y cuatro. Este levantó el *Campoancho* y erigió la columna de oro que hay en el templo de Zeus [18]. Y, además, fue y cortó madera de los troncos del monte de nombre Líbano para los techos de los templos. Y, tras derribar los templos originales, construyó en su lugar otros nuevos dedicados a Heracles y Astarté, y fue el primero en celebrar la recuperación de Heracles en el mes de Peritio. Y emprendió una expedición militar contra los iticeos por no pagarle los tributos y regresó a su tierra tras imponérselos de nuevo. Durante su reinado vivió Abdemón, un niño demasiado joven, quien resolvía siempre los problemas que le propuso Salomón, rey de Jerusalén». Pero lo menciona también Dio expresándose en los siguientes términos: «Muerto Abibal, reinó su hijo Hiram. Este rellenó la parte de la ciudad que caía al Este y, así, agrandó la ciudad, y el templo de Zeus, que estaba aislado, lo enlazó con la ciudad tras rellenar el espacio intermedio, y lo embelleció con ofrendas de oro. Y, subiendo al Líbano, cortó madera para la construcción de los templos. Y se cuenta que Salomón, soberano de Jerusalén, propuso a Hiram enviarle y recibir de él enigmas, con la condición de que quien no fuera capaz de acertarlos debía pagar dinero al que los resolviera, y que Hiram estuvo de acuerdo en la propuesta, pero como no consiguira resolver los enigmas se vio obligado a gastar una cuantiosa cantidad de dinero como pago, y que luego, gracias a un tal Abdemón, de Tiro, no

[18] Equivalente al Baal fenicio: cf. Josefo, *Ant. jud.* 9, 138.

sólo había conseguido resolver los enigmas propuestos, sino que él le presentó a Salomón otros más, y que éste, al no poder resolverlos, tuvo que pagar a Hiram, a su vez, cuantiosas sumas de dinero». Esto es lo que dice Dio.

150. *Fortificaciones de Salomón (1 Reyes,* 9, 15, y *2 Crónicas,* 8, 1). 6. 1. Al observar el rey que las murallas de Jerusalén necesitaban para su seguridad torres y otras fortificaciones, las reparó y elevó con grandes torres, por considerar que su círculo de murallas debía estar en consonancia con la categoría de la ciudad. Pero fundó también ciudades contadas entre las más importantes, como fueron Asor, Magedó [19] y, en tercer lugar, Gazar, perteneciente al que había sido territorio de los filisteos que Faraón, rey de los egipcios, tomó al asalto, tras atacarla y sitiarla, ocasión en que, después de matar a todos sus habitantes, la arrasó y luego regaló a su hija, casada con Salomón. Por ello volvió a reconstruirla el rey, porque por su disposición natural constituía un fuerte y podía ser útil para cualquier coyuntura. Y no lejos de ella fundó otras dos ciudades: el nombre de una de las dos era Betcor [20] y la otra se llamaba Balet. Pero además de las citadas construyó otras más, situadas a propósito para el placer y molicie, no sólo porque la naturaleza las había favorecido con un clima templado y con sazonados frutos, sino también porque estaban regadas por corrientes de agua. Y, habiendo invadido también el desierto situado por encima de Siria y habiéndolo ocupado, fundó allí una ciudad grandísima, a una distancia de dos días de camino de la Siria Superior, uno del Eúfrates, mientras que el trayecto desde la gran Babilonia hasta ella era de seis dias de viaje. La causa de que esta ciudad fuera construida tan lejos de las regiones habitadas de Siria fue que no había agua en parte alguna de las tierras más bajas y que sólo en aquel lugar se encontró fuentes y pozos. Pues bien, tras fundar esta ciudad y rodearla de murallas solidísimas, la llamó Tadamor, y así es como hoy día la llaman los sirios, mientras que los griegos la conocen por el nombre de Palmira.

155. *El significado del nombre Faraón.* 2. Pues bien, desplegaba esta actividad durante la época en cuestión. Y a los que se ha

[19] La actual *Tell el-Mutesellim* (Thackeray).
[20] La actual Beit *'Ur ettahtā*

preguntado por qué todos los reyes egipcios desde Minayas, el fundador de Menfis, quien vivió muchos años antes de nuestro padre Abram, hasta Salomón (entre los cuales dos transcurrieron más de mil trescientos años) se llamaron Faraones, tomando esta denominación del rey Faraón, que reinó después del período medio[21], consideré obligado decirles (para eximirlos de su ignorancia y poner en claro la razón de ser del nombre en cuestión) que *Faraón* significa *rey* entre los egipcios. Mi opinión es que los reyes egipcios de niños usaban otros nombres, pero que, al convertirse en reyes, sustituían el nombre originario por este otro que en lengua ancestral denotaba el poder del que eran investidos, pues también a los reyes de Alejandría, que antes de subir al trono eran designados con otros nombres, al recibir el título de rey, se les aplicaba el nombre de *Ptolemeos,* palabra venida del primer rey. Pero los mismos emperadores romanos, que desde sus primeros días de vida respondían a otros nombres, son llamados *Césares,* siendo su liderazgo y rango lo que les imponía este título, y no continuando con los nombres con que habían sido llamados por sus padres. Y supongo que Heródoto de Halicarnaso[22], cuando dice que después de Minayas, el fundador de Menfis, hubo trescientos treinta reyes egipcios y, sin embargo, no indica sus nombres, lo hace por esto, porque todos ellos en común se llamaban Faraones. En efecto, de la mujer que reinó a la muerte de los anteriores reyes dice su nombre, llamándola Nicaule[23], con lo que da a entender que los reyes varones podían llevar la misma denominación, mientras que esta mujer ya no estaba en condiciones de compartirla, y por esta razón indicó su nombre propio. Y también yo en nuestros libros locales descubrí que después del Faraón suegro de Salomón ningún rey egipcio fue designado con este título, y que fue posteriormente cuando visitó a Salomón la mujer antes citada, reina de Egipto y Etiopía. Pues bien, de ella trataremos dentro de un momento, pues ahora recordé estos datos para poner de manifiesto que nuestros libros y los de los egipcios concuerdan en numerosos aspectos.

160. *Éxitos militares de Salomón (1 Reyes,* 9, 20, y *2 Crónicas,* 8, 7). 3. El rey Salomón, después de someter bajo su cetro a

[21] Texto corrupto, al parecer.
[22] Heródoto 2, 99 y ss.
[23] El nombre que figura en Heródoto es Nitocris.

los grupos cananeos que todavía no le prestaban obediencia, quienes vivían en el Monte Líbano y se extendían hasta la ciudad de Amat [24], les impuso el pago de tributos y anualmente elegía entre ellos algunos individuos para que le sirvieran y realizaran las tareas domésticas y para que trabajaran los campos. Y ello porque ningún hebreo era esclavo (tampoco era razonable, cuando Dios había convertido en súbditos suyos a infinidad de naciones, por quienes debían ser cumplidos los menesteres propios de esclavos, rebajar a los hebreos a esa condición), sino que todos pasaban la vida en las armas, participando en campañas militares subidos a los carros de guerra o montando caballos más que sirviendo a nadie. Y de los cananeos, que llevó a la esclavitud, designó jefes en número de quinientos cincuenta, quienes recibieron del rey poder omnímodo sobre ellos, de suerte que les enseñaban la realización de los trabajos y deberes para los que los necesitaba el rey.

163. *La flota de Salomón (1 Reyes,* 9, 26, y *2 Crónicas,* 8, 17). 4. Y el rey construyó numerosos barcos en el golfo egipcio [25] del mar Rojo, en una localidad llamada Gasiongabel, situada no lejos de la ciudad de Eliat, actualmente llamada Berenice. Y es que este territorio perteneció antes a los judíos. Y Salomón obtuvo de Hiram, rey de Tiro, los dones precisos para la construcción de las naves, ya que éste le envió timoneles y expertos en asuntos marinos en número suficiente, a quienes Salomón ordenó que, en compañía de sus propios intendentes, navegaran al país llamado antiguamente Sofir y en la actualidad *Tierra de Oro* (perteneciente a la India), y que le trajeran oro. Y, cuando hubieron hecho acopio de unos cuatrocientos talentos, regresaron de nuevo junto al rey.

165. *La reina de Saba visita a Salomón (1 Reyes,* 10, 1, y *2 Crónicas,* 9, 1). 5. Y a la mujer que en aquel entonces reinaba en Egipto y Etiopía [26], sumamente ejercitada en sabiduría y admirable por los demás conceptos, al llegar a sus oídos noticia de la valía e inteligencia de Salomón, la llevó hasta él la pasión por verlo a causa de las excelencias que día tras día le eran referidas acerca de las cosas que en nuestro país ocurrían. En efecto, como quería con-

[24] Cf. *Ant. jud.* 1, 138.
[25] El actual golfo de Acaba.
[26] Cf. Mateo 12, 42.

vencerse por experiencia personal y no de oídas (pues lo que le llega a uno de oídas es natural que venga acompañado de ideas falsas, que luego es menester desechar, pues todo ello depende de la actitud de los informadores), tomó la determinación de visitarlo y, dado que deseaba ardientemente someter a prueba personalmente la sabiduría de Salomón presentándole cuestiones difíciles de entender y pidiéndole que las resolviera, llegó a Jerusalén con gran boato y aparato de riqueza, pues trajo consigo camellos cargados a rebosar de oro, especias diversas y piedras preciosas. Y como el rey la hubiera recibido a su llegada con gran contento, aparte de que se mostraba solícito con ella le resolvía más pronto de lo que cabía esperar los sutiles problemas que le presentaba, captándolos fácilmente con su perspicacia. Y ella se quedó impresionada con la sabiduría de Salomón, al comprobarla por su experiencia personal tan eminente y superior a lo que de ella había llegado a sus oídos, pero lo que más le llamó la atención fue el palacio real por su belleza y tamaño y no menos por la disposición de sus edificios, ya que en esta disposición veía reflejada la gran inteligencia del rey. Y le impresionó especialmente la sala conocida por el nombre de *La arboleda del Líbano,* la magnificencia de las comidas diarias y la manera de su preparación y presentación, la vestimenta del servicio y la distinción y pericia que ellos mostraban al presentar la comida, y no menos también los sacrificios ofrecidos diariamente a Dios y el interés que en ellos ponían los sacerdotes y levitas. Admiraba sobremanera todo esto que ella observaba diariamente y, no pudiendo contener su emoción por las cosas que veía, delató e hizo patentes sus sentimientos de admiración, ya que se vio arrastrada a decir al rey unas palabras por las que dejó traslucir que su espíritu se había rendido totalmente a las excelencias que acabamos de señalar. Sus palabras fueron estas: «Hay que convenir, oh rey, en que todas las informaciones que llegan a conocimiento de uno de oídas se presentan acompañadas de una gran dosis de desconfianza, pero sin embargo está claro que el rumor que nos había llegado a nosotros relativo a tus bienes, tanto de los que tienes dentro de ti mismo, es decir, la sabiduría y la inteligencia, como los que te ha proporcionado tu condición de rey, no es falso, sino que, además de ser cierto, mostró tu dicha muy inferior a la que ahora compruebo personalmente. Y es que el referido rumor que hablaba de tus bienes pretendía únicamente persuadir a nuestros oídos, mientras que no hacía la exactitud de su situación

tan manifiesta como la constata la vista y la presencia directa ante ella. Y, así, yo, que no creía lo que se me comunicaba a causa de la abundancia y grandeza de los hechos de que me enteraba, he verificado mucho más que todo eso. Y por ello entiendo que es afortunado tu pueblo lo mismo que tus esclavos y amigos por disfrutar diariamente de tu contemplación y por escuchar continuamente tus sabias palabras. Y habría que bendecir a Dios por haber amado a este país y a sus habitantes tanto que te convirtió a ti en su rey».

174. *Salomón y la reina de Saba intercambian regalos (1 Reyes,* 10, 10, y *2 Crónicas* 9, 9). 6. Y después de haberle manifestado también por medio de la palabra qué sentimientos le había hecho concebir el rey, todavía con los regalos que le ofreció le hizo patente su pensamiento al respecto, ya que le entregó veinte talentos de oro y una cantidad incalculable de especias y piedras preciosas. Y cuentan que también la raíz del opobálsamo [27], que todavía hoy produce nuestro país, la tenemos porque nos la trajo esta mujer. Pero también Salomón le correspondió dándole numerosos bienes y en especial los que le apetecieron a ella y, por lo mismo, escogió, ya que no hubo ninguno que ella le pidiera y él no le permitiera coger, sino que mostró su magnanimidad ofreciéndole más presto los bienes que ella pedía obtener que aquéllos con los que él la halagaba por decisión propia. Y la reina de Egipto y Etiopía regresó a su tierra después de haber recibido del rey los bienes que acabamos de reseñar y de entregarle a él a su vez una parte de los suyos.

176. *Los productos de Ofir (1 Reyes,* 10, 11, y *2 Crónicas,* 9, 10). 7. 1. Y, como hacía la misma fecha al rey le fueran traídos de la llamada *Tierra del Oro* piedras preciosas y troncos de pino, los troncos los empleó como soportes no sólo del Templo sino también del palacio real y para la fabricación de instrumentos musicales, tanto *ciniras* como *hablas* [28], para que los levitas se sirvieran de ellos para entonar himnos a Dios. Y, de todas las cosas que hasta entonces le habían sido traídas al rey, las que le fueron ofrecidas aquel día fueron las más sobresalientes no sólo por su tamaño, sino también por su hermosura. Y nadie debe suponer que aquellos tron-

[27] Cf. *Ant. jud.* 9, 7, y *Guerra judía* 4, 469.
[28] Cf. *Ant. jud.* 7, 306.

cos de pino tienen algo que ver con los que hoy son llamados pinos y que reciben esa denominación por intereses de los que los venden con vistas a impresionar a los compradores. En efecto, los troncos antiguos de pino son de aspecto parecido a los de higuera, aunque más blancos y más brillantes. Pues bien, dejamos constancia de ello para que nadie ignore la diferencia que hay entre estos dos tipos de pino ni la naturaleza del pino auténtico, convencidos de que señalarlo era oportuno y simpático, habida cuenta de que lo hemos mencionado aprovechando que el rey lo utilizó.

179. *Riquezas de Salomón (1 Reyes,* 10, 14, y *2 Crónicas,* 9, 13). 2. El peso del oro que le fue traído ascendió a seiscientos sesenta y seis talentos, sin contar siquiera el comprado por los comerciantes ni aquél que formaba parte de los regalos que los gobernadores y reyes de Arabia le enviaban. Y este oro lo fundió para la fabricación de doscientos escudos grandes, cada uno de los cuales pesaba seiscientos siclos. Y fabricó también trescientos escudos normales, cada uno de los cuales pesaba tres minas de oro, que llevó y ofreció a la casa de nombre *La arboleda del Líbano.* Pero también las copas para uso de los invitados a las fiestas las fabricó de oro y piedras preciosas, con el mayor esmero y arte, y el resto de objetos en número elevado los forjó todos de oro, ya que no había nada que uno pudiera vender ni tampoco comprar con plata, dado que eran numerosas las naves que el rey estacionó en el mar de nombre *Tartésico* y a las que ordenó que introdujeran en las naciones situadas más al fondo toda suerte de mercancías, con la venta de las cuales se traía para el rey no sólo plata y oro, sino también grandes cantidades de marfil, así como etíopes y monos. Y las naves tardaban en conseguir estas riquezas tres años entre ida y vuelta.

182. *Dones enviados a Salomón (1 Reyes,* 10, 23, y *2 Crónicas,* 9, 22). 3. Informaciones espléndidas recorrían, de acá para allá, todo el país proclamando las excelencias y sabiduría de Salomón, hasta tal punto que los reyes que reinaban en cualquier parte no sólo aspiraban a venir a verlo, al desconfiar de los hechos que se contaban de él por lo extraordinarios que eran, sino que además manifestaban la consideración que le guardaban con grandes regalos. En efecto, le enviaron utensilios de oro y plata, vestidos de púrpura, infinitos tipos de especias, caballos, carros de

guerra y de las mulas para cargar con los equipajes todos los ejemplares selectos que tanto por su vigor como por su hermosura habían de agradar la vista del rey, de tal manera que, al añadir a los carros y caballos con que ya antes contaba él éstos que le fueron enviados, hizo aumentar el número de carros en más de cuatrocientos (pues contaba antes ya con mil), y de los caballos en más de dos mil (pues disponía ya de más de veinte mil). Éstos eran entrenados para dotarlos de una bella estampa y de velocidad, de tal manera que no había ninguna otra manada que pudiera compararse con ellos ni en prestancia ni en velocidad, sino que no sólo eran los de más bella estampa, sino que además su rapidez no admitía parangón. Y resaltaban su belleza también los que los montaban, en primer lugar porque se encontraban en la edad sumamente placentera de la flor de la juventud, y luego también porque eran la envidia de todos por su altura y porque en ella superaban con mucho a los demás, al tiempo que les colgaban larguísimas melenas y por indumentaria llevaban túnicas de púrpura de Tiro. Y diariamente salpicaban su cabellera con polvo de oro, de suerte que sus cabezas emitían destellos al ser refractado contra el sol el fulgor del oro. Flanqueado por estos jinetes, hermosamente ataviados y con los arcos suspendidos, el rey tenía la costumbre de salir a hacer ejercicio, viajando en carro y vistiendo una blanca vestimenta. Había un lugar a una distancia de dos *eschoinos* [29] de Jerusalén, llamado Etán[30] placentero por sus parques y corrientes de agua y al mismo tiempo rico. Pues bien, hasta aquí llegaba el rey haciendo ejercicio montado en el carro.

187. *Pavimentación de los caminos y compra de carros (1 Reyes,* 10, 26, y *2 Crónicas,* 9, 25). 4. Y como Salomón mostraba para todo una inteligencia y diligencia divinas y gustaba sumamente de la belleza, no se desentendió tampoco de los caminos, sino que aquéllos de entre ellos que llevaban a Jerusalén, que era la capital del reino, los pavimentó con piedra negra, no sólo para comodidad de los caminantes, sino también para mostrar la magnitud de su riqueza y poderío. Y, como repartiera los carros de que disponía y los distribuyera de forma tal que en todas y cada una de las ciudades hubiera un número determinado de ellos, él conservó

[29] Entre 10 y 15 kilómetros.

[30] Probablemente la actual *'Ain 'Aṭān*, no lejos de Belén.

en torno a sí muy pocos, mientras que a las ciudades en cuestión las designó con el nombre de los carros asignados. Y de plata hizo un acopio tan grande en Jerusalén el rey como piedras había, y asimismo consiguió de madera de cedro, antes inexistente, una cantidad tan grande como la había del árbol sicamor, del que están a rebosar las llanuras de Judea. Y encomendó también a los comerciantes de Egipto que le trajeran y vendieran el carro con la pareja de caballos a seiscientas dracmas de plata, carros y caballos que el propio rey enviaba a los reyes de Siria y a los del otro lado del Eúfrates.

190. *Esposas extranjeras de Salomón (1 Reyes,* 11, 1 y ss.). 5. Y, habiendo llegado a ser el más famoso de todos los reyes y el más devoto de Dios y asimismo habiendo aventajado en inteligencia y riqueza a todos los que habían gobernado antes que él a los hebreos, no continuó con este proceder hasta el final de sus días, sino que, abandonando la observancia de las costumbres de los antepasados, vino a dar en un resultado en nada parecido al estado de cosas en que, según acabábamos de decir, él se movía. En este sentido, enloquecido por las mujeres e incontinencia sexual, no se contentaba únicamente con las nativas, sino que se casó con infinidad de ellas también de las naciones extranjeras, sidonias, tirias, amanitas e idumeas, y con ello transgredió las leyes de Moisés y, concretamente, la que prohibe casarse con mujeres de otros pueblos, y tras ello empezó a venerar a los dioses a quienes ellas rendían culto, subyugado a sus mujeres y al amor que por ellas sentía, justo lo que había sospechado el legislador y en razón de lo cual había advertido que quedaba prohibido casarse con mujeres extranjeras, para que los hebreos no se apartaran de las costumbres de sus antepasados al entrar en contacto con las extrañas ni veneraran a los dioses de los extranjeros dejando de honrar a su propio Dios. Pero Salomón hizo caso omiso de todo esto, al rendirse a placeres alocados, y, tomando por esposas a las hijas de príncipes y notables, en número de setecientas y trescientas concubinas, a las que hay que agregar la hija del rey de los egipcios, nada más casarse era dominado por ellas, lo que lo llevaba a imitar su conducta, y se veía obligado a ofrecerles como prueba del afecto y cariño que sentía por ellas el vivir conforme a sus costumbres ancestrales. Y a medida que iba ganando años y la razón por motivos de edad era incapaz de oponerse a las imposiciones de sus mujeres, aferrándose al recuerdo de

los comportamientos propios de su país, prestó todavía menos atención a su propio Dios y, en cambio, continuó honrando a los introducidos en su casa por las bodas que había concertado. Pero ya antes de esto se había dado la circunstancia de que Salomón había pecado y fallado en la observancia de las leyes, justo cuando había construido para una ofrenda las imágenes de los bueyes de bronce colocados debajo del *mar* y las de los leones que flanqueaban su propio trono, pues al fabricarlos cometió un acto impío. Y, aunque contaba con un ejemplo hermosísimo y particular de virtud como era su padre y la fama que a aquél asistía y que, al morir, dejó a Salomón por su piedad hacia Dios, no lo imitó y eso que Dios se le había aparecido dos veces en sueños y lo había exhortado a que imitara a su padre, por lo cual murió en la ignominia. Y, así, al no hacer caso de estas advertencias divinas, se presentó a él inmediatamente el profeta, enviado por Dios, diciéndole que sus desafueros no pasaban inadvertidos a Dios y amenazándole con que no se alegraría durante mucho tiempo con su conducta, sino que aunque mientras él viviera no le sería arrebatado el trono porque la Divinidad había prometido a su padre David que lo haría a él su sucesor, sin embargo, una vez muerto, Dios tomaría esa medida contra su hijo, sin llegar a apartar de él a la totalidad del pueblo, pero sí entregando diez tribus a su esclavo [31] y dejando sólo dos de ellas para el nieto de David y gracias al propio David, porque había amado a Dios, y gracias también a la ciudad de Jerusalén, por ser ella en la que había deseado tener su Templo.

199. *Ader, el idumeo, se rebela contra Salomón (1 Reyes,* 11, 14). 6. A Salomón le dolió oír esto y se quedó sumamente confuso al darse cuenta de que casi todos los bienes por los que era envidiado iban a experimentar un cambio desafortunado. Y no había transcurrido mucho tiempo desde que el profeta le había anunciado las desgracias que le sucederían cuando inmediatamente Dios concitó contra él un enemigo, llamado Ader, a quien asistía el siguiente motivo de odio contra Salomón. El asunto remonta a cuando el referido Ader era un muchacho (de raza idumea y de estirpe real). Como en aquel entonces Joab, el comandante en jefe del ejército de David, hubiera sometido al cabo de seis meses a Idumea [32] y

[31] Jeroboam: cf. cap. 205.
[32] Cf. *Ant. jud.* 7, 109.

hubiera aniquilado a todos los idumeos adultos y capaces de llevar armas, Ader huyó y llegó junto al Faraón, el rey de los egipcios. Éste, tras acogerlo amablemente, no sólo le dio casa y tierras para su sustento, sino que además, al hacerse mayor, lo apreciaba extraordinariamente, tanto que le dio en matrimonio a una mujer llamada Tafine, hermana de su propia esposa, de la que le nació un hijo, que se crió con los hijos del rey. Y, así, al llegar a sus oídos, allá en Egipto, la noticia de la muerte de David y de Joab, se presentó al Faraón y le pidió permiso para marchar a su país. Y como el rey le preguntara de qué carecía o qué le pasaba para tener tanto interés en abandonarlo, no obtuvo de momento permiso de partida pese a su tenaz insistencia y ruegos. Pero al concedérselo el Faraón justo en la fecha en que a Salomón empezaban ya a irle mal las cosas a causa de los desafueros antes dichos y a causa de la consiguiente cólera de Dios, llegó Ader a Idumea. Y, al no poder apartarla de Salomón, ya que estaba ocupada por infinidad de guarniciones y, en consecuencia, no cabía una revolución espontánea ni exenta de peligro, marchó de allí y llegó a Siria. Allí entró en contacto con un individuo de nombre Razo, quien había escapado del rey de Sofene [33], con quien trabó amistad. Luego subió, rodeado de una banda de salteadores, y, habiendo ocupado aquella parte de Siria, fue designado rey de ella y, llevando a cabo incursiones contra el territorio israelita, le causaba daño y saqueaba, todavía en vida de Salomón. Estas calamidades sufrían los hebreos a manos de Ader.

205. *El levantamiento de Jeroboam (1 Reyes,* 11, 26). 7. Pero también el hijo de Nabeteo, un tal Jeroboam, compatriota de Salomón, se levantó contra éste, confiando en el éxito de su empresa por una profecía que le había sido comunicada tiempo atrás. En efecto, como de niño hubiera quedado huérfano de padre y se educara al amparo de su madre, Salomón, al ver que era un joven de cuerpo entero y lanzado de ideas, lo puso al frente de la construcción de las murallas cuando dotó a Jerusalén de un círculo de ellas. Y veló tanto por la ejecución de las obras que el rey lo felicitó y en premio le concedió el mando supremo de la tribu de José. Y, como Jeroboam saliera por aquellas fechas de Jerusalén, se encontró con él un profeta de la ciudad de Silo, de nombre Aquías. Y, dirigién-

[33] Cf. *Ant. jud.* 7, 99.

dose a él, lo sacó del camino y lo desvió un poco a un lugar en el que no se encontraba nadie más. Y, tras cortar el manto con que estaba revestido el propio profeta en doce trozos, mandó a Jeroboam que cogiera diez, advirtiéndole que eso era lo que quería Dios, quien, tras recortar el poder de Salomón, daría al hijo de éste a causa de la promesa que le había hecho a David una tribu más la contigua a ella, «mientras a ti te dará las otras diez, por haber pecado Salomón contra Él y haberse entregado a sus mujeres y a los dioses de ellas. Así, pues, una vez que conoces el motivo por el que Dios ha decidido apartar de sí a Salomón, procura ser justo y guarda sus normas, ya que a tu piedad y culto a Dios se le ofrece el premio más grande de todos, conseguir hacerte tan importante como sabes que lo fue David».

209. *Revuelta y huida de Jeroboam (1 Reyes,* 11, 40 y ss.). 8. Exaltado Jeroboam con las palabras del profeta y, dado que era un joven fogoso por naturaleza y anheloso de grandes cosas, no se quedó quieto. Y, al tomar posesión de su cargo de comandante en jefe y acordarse de las indicaciones de Aquias, se dispuso inmediatamente a persuadir al pueblo a que abandonara a Salomón, se sublevara contra él y le entregara el poder a él mismo. Pero Salomón, que se enteró de su intentona y conspiración, inició las pesquisas para detenerlo y matarlo. Pero como Jeroboam tuviera conocimiento de estas intenciones de Salomón antes de que éste pudiera hacerlas realidad, huyó junto a Isac, el rey de Egipto, y, al permanecer allí hasta la muerte de Salomón, consiguió con ello no sólo no sufrir mal alguno a manos de aquél, sino también preservarse para el trono. Y Salomón murió ya de viejo, habiendo reinado durante ochenta años de un total de noventa y cuatro de vida. Fue enterrado en Jerusalén, habiendo aventajado a los reyes de cualquier época y lugar en fortuna, riqueza e inteligencia, si exceptuamos los desafueros que cometió de viejo, engañado por sus mujeres. Para aclarar esto y las calamidades que por culpa de ellas recayeron sobre los hebreos dispondremos de un lugar más oportuno[34].

212. *Roboam sucede a Salomón como rey (1 Reyes,* 11, 43). 8. 1. Como a la muerte de Salomón heredara el trono su hijo Robo-

[34] Cf. cap. 253 y ss.

am, quien le había nacido de una esposa amanita llamada Nooma, los jefes de las masas populares enviaron inmediatamente una delegación a Egipto y a través de ella mandaron a Jeroboam que viniera. Y, como hubiera llegado a reunirse con ellos en la ciudad de Sicima[35], también Roboam se presentó allí, ya que los israelitas habían decidido concentrarse allí para designarlo rey. Pues bien, los jefes del pueblo y Jeroboam, acercándose a él, le dijeron y rogaron que aflojara algo la férrea esclavitud a que estaban sometidos y que admitiera más trato que su padre, ya que, según decían, bajo aquél habían soportado ellos un pesado yugo, añadiendo que sentirían más afecto hacia él y aceptarían mejor la esclavitud si los ganaba por su benignidad más que si se imponía por el terror. Pero, al contestarles él que daría respuesta tres días después a sus peticiones, se les hizo inmediatamente sospechoso, dado que no se avino a sus peticiones ni a darles al instante una respuesta que les agradara, ya que, a su juicio, la bondad y el amor al prójimo son sentimientos que afloran inmediatamente, y más en un joven, pero pese a todo el hecho de que fuera a pensarlo y no se hubiera negado en el mismo momento a la consideración del asunto les parecía que implicaba razones para concebir buenas esperanzas.

215. *Dura respuesta de Roboam al pueblo (1 Reyes,* 12, 6, y 2 *Crónicas,* 10, 6). 2. Roboam, tras convocar a los amigos de su padre, examinaba con ellos qué clase de respuesta debía dar al pueblo. Y ellos, como era de esperar de quienes sentían afecto hacia él y conocían la naturaleza de las masas populares, le aconsejaban que tratara al pueblo con amabilidad y de una forma más llana de lo que conviene a la gravedad de rey, ya que, según decían, de esta manera él mantendría al pueblo adicto a su persona, puesto que es condición natural de los súbditos gustar de la afabilidad de los reyes y ser considerados por ellos casi iguales. Pero él dio la espalda a opinión tan excelente, y útil quizás en cualquier circunstancia y, si no, al menos en aquel preciso momento, cuando debía convertirse en rey, y todo ello, según creo, porque Dios hizo que su utilidad fuera mal interpretada por él. Luego, tras llamar a los muchachos que se habían criado con él y darles cuenta del consejo que le habían ofrecido los mayores, les mandó que le dijeran qué les parecía que debía hacer. Y ellos, que ni su juventud ni Dios

[35] Cf. *Ant. jud.* 5, 69.

les permitía pensar la mejor solución, le aconsejaron que respondiera al pueblo que el dedo meñique de Roboam era más gordo que las nalgas de su padre y que, si habían tenido pruebas de un trato demasiado duro por parte de su padre, se encontrarían con otro todavía mucho más desagradable por parte de él, y además que, si aquél los había hecho entrar en razón a base de latigazos, debían esperar que él lo haría con escorpiones. Contento el rey con esta sugerencia y opinando que esta respuesta convenía a la dignidad de su mando, cuando a los tres días se reunió la multitud para escucharlo, momento en que todo el pueblo estaba en ascuas y ansioso de oir lo que iba a decir el rey, pero inclinándose por creer que diría algo amable, él les dio como respuesta lo que le habían aconsejado los jóvenes, omitiendo el consejo de los amigos. Pero esto se realizaba por decisión de Dios, para que se cumpliera lo que Aquias había profetizado [36].

219. *Las tribus del Norte se rebelan contra Roboam (1 Reyes,* 12, 16, y *2 Crónicas,* 10, 16). 3. Sobrecogidos por la respuesta y dolidos como si la hubieran sufrido en sus propias carnes la tomaron muy a mal y, prorrumpiendo todos en gritos estentóreos, proclamaron que a partir de aquel día ya no había ninguna relación de parentesco entre ellos y David y sus descendientes. Y, tras decirle que le reservaban únicamente el Templo que su abuelo había construido, amenazaron con abandonarlo. Y se sintieron tan heridos y le guardaron tanto odio que, como Roboam les hubiera enviado a Adoram, el que estaba encargado de la recolección de los tributos, para que los calmara y los pusiera más tranquilos y perdonaran lo que les había dicho, si es que en ello hubo alguna precipitación y desdén producto de la juventud del rey, no lo aguantaron sino que lo mataron lapidándolo. Roboam, al ver esto y hacerse a la idea de que había sido él mismo el alcanzado por las piedras con que la multitud había matado a su ministro, cogió miedo a sufrir incluso de hecho aquel tremendo castigo y, por ello, subiéndose inmediatamente a un carro, escapó a Jerusalén. Y la tribu de Judá y la de Benjamín lo proclamaron rey, mientras el resto de la población, que a partir de aquel día procedió a separarse de los descendientes de David, designó a Jeroboam amo y señor de la situación. Pero Roboam, hijo de Salomón, tras celebrar una asamblea de las dos

[36] Cf. cap. 206 y ss.

tribus que mantenía adictas a su persona, se mostró dispuesto a tomar consigo ciento ochenta mil soldados escogidos entre el ejército de que disponían las referidas tribus y marchar con ellos contra Jeroboam y el pueblo que le apoyaba para obligarlos por la fuerza de las armas a ser sus esclavos. Pero como Dios a través del profeta le impidiera llevar a cabo la expedición militar, al decirle éste que no era justo que lucharan hermanos contra hermanos, sobre todo cuando la defección del pueblo se había producido por el plan preconcebido por Dios, ya no salió. Pero expondré primeramente las obras que realizó Jeroboam, rey de los israelitas, para luego, a continuación, pasar a reflejar las efectuadas por Roboam, rey de las dos tribus citadas, ya que así tal vez se preserve por entero la coherencia de este asunto.

225. *Jeroboam construye santuarios en Betel y en Dan (1 Reyes,* 12, 25). 4. Pues bien, Jeroboam edificó un palacio en la ciudad de Sicima [37], en la que fijó su residencia, pero construyó también otro en la ciudad de Fanuel. Y no mucho después, cuando iba a tener lugar la fiesta de los Tabernáculos, al pensar que, si permitía al pueblo ir a Jerusalén a rendir culto a Dios y celebrar la fiesta allí, tal vez cambiara de opinión y, cautivado por el Templo y el culto que en él se rendía a Dios, lo abandonara a él y se pasara al primer rey y corriera peligro, si ello sucedía, de perder la vida, urdió una estratagema del orden siguiente: tras fabricar dos terneras de oro y edificar otros tantos santuarios, uno en la ciudad de Betel y el otro en Dan, ciudad situada junto a las fuentes del Pequeño Jordán [38], depositó las terneras, una en cada uno de los dos santuarios construidos en las citadas ciudades, y después de convocar a las diez tribus sobre las que mandaba les dirigió las siguientes palabras: «Compatriotas, doy por sentado que vosotros sabéis esto, que todos los sitios tienen a Dios y que no le está asignado un lugar único en que residir, sino que en todas partes oye y ve a quienes le rinden culto. De ahí que no me parece bien urgiros ahora a que vayáis a Jerusalén a venerar allí a Dios, viéndoos obligados para ello a recorrer un largo trayecto hasta llegar a esa ciudad habitada por nuestros enemigos, pues si allí construyó el Templo un hombre también yo he fabricado dos terneras de oro,

[37] Cf. *Ant. jud.* 5, 69.
[38] Cf. *Ant. jud.* 5, 178.

portadoras del nombre de Dios, una de las cuales consagré en la ciudad de Betel y la otra en Dan, para que vosotros, acudiendo a la que os quede más próxima de donde vivís, rindáis allí culto a Dios. Además, designaré en beneficio vuestro y entre vosotros mismos algunos sacerdotes y levitas, para que no tengáis necesidad de la tribu de Leví ni de los hijos de Arón. Por ello, quien de vosotros quiera ser sacerdote deberá ofrecer a Dios un ternero y un carnero, cosa que, según dicen, hizo también Arón, el primer sacerdote». Con estas palabras engañó al pueblo e hizo que, absteniéndose de seguir el culto tradicional, transgrediera las leyes. Esto fue el principio de las calamidades para los hebreos y también de que, superados en la guerra por los extranjeros, cayeran en la cautividad. Pero estos extremos los trataremos en su lugar [39].

230. *El profeta Jadón reprende a Jeroboam en Betel (1 Reyes,* 12, 32). 5. Como al séptimo mes de su reinado llegara la fiesta citada y Jeroboam deseara celebrarla en Betel igual que las dos tribus la festejaban en Jerusalén, edificó un altar delante de donde estaba la ternera y, oficiando él de Sumo Sacerdote, subió al altar acompañado de sus propios sacerdotes. Y, cuando se disponía a ofrecer los sacrificios y holocaustos a la vista de todo el pueblo,llegó hasta él, procedente de Jerusalén y enviado por Dios, un profeta de nombre Jadón, quien, puesto en pie en medio de la multitud, desde donde le oía el rey, dijo lo siguiente, dirigiendo sus palabras al altar: «Dios advierte que de la casa de David nacerá uno, llamado Josías, quien sobre ti sacrificará a los falsos sacerdotes que haya en aquella fecha y sobre ti quemará los huesos de esos embaucadores, falsarios e impíos. Pues bien, para que éstos que me escuchan se convenzan de que ello ocurrirá así, voy a predecirles una señal que tendrá lugar: quebrará el altar al instante y toda la grasa de las víctimas sacrificadas que hay sobre él se verterá al suelo». Exacerbado Jeroboam con estas palabras pronunciadas por el profeta, extendió la mano para dar la orden de que lo prendieran. Y su mano, nada más que fue extendida, quedó inerte y Jeroboam ya no pudo retirarla y recogerla, sino que la tenía colgada, insensible y muerta. Pero también quebró el altar y todo lo que había sobre él se cayó al suelo, justo como había predicho el profeta. Entonces Jeroboam, al comprender que aquel hombre era

[39] Cf. *Ant. jud.* 9, 277 y ss.

un auténtico profeta y que estaba dotado del don divino de la profecía, le rogó que le pidiera a Dios que le reavivara y vigorizara su mano derecha. Y él suplicó a Dios que le concediera ese don, y entonces Jeroboam, al recuperar su mano el estado natural, se congratuló por ello y rogó al profeta que comiera con él. Pero Jadón en términos categóricos le aseguró que no soportaba entrar en su casa ni probar pan ni agua en aquella ciudad, alegando que Dios se lo había prohibido y que también le había indicado que procurara no efectuar el regreso a Jerusalén siguiendo el mismo camino por el que había ido, sino que fuera por otro distinto. A consecuencia de todo esto el rey, si por una parte admiraba al profeta por su continencia, por otra estaba aterrorizado, al figurarse por lo que le había sido dicho un cambio infausto de su situación.

236. *El falso profeta de Betel engaña a Jadón (1 Reyes,* 13, 11). 9. Había en aquella ciudad un viejecillo, malvado y falso profeta, a quien Jeroboam tenía en alta estima, al ser víctima de sus engaños, ya que le decía lo que le halagaba. Este individuo guardaba entonces cama por la debilidad derivada de su vejez, pero al darle cuenta sus hijos de la llegada de Jerusalén del profeta y de las señales que habían tenido lugar así como de que Jeroboam había recuperado de nuevo viva, al suplicárselo así el profeta a Dios, la mano derecha que le había quedado inerte, por miedo a que el extranjero lo sobrepasara a él en la aceptación del rey y gozara ante él de mayor estima mandó a sus hijos que le aparejaran el asno y se lo pusieran a punto para salir de viaje. Y, como ellos se hubieran apresurado a cumplir lo que se les había mandado, tras montar en el asno corrió detrás del profeta y, habiéndolo alcanzado cuando descansaba debajo de un árbol espeso y que proyectaba la sombra propia de una encina de grandes dimensiones, primero lo saludó, pero luego le reprochó que no hubiera ido a visitarlo a su casa y recibido de él los debidos honores de hospitalidad. Y, al asegurarle él que Dios le había prohibido comer en casa de algún habitante de aquella ciudad, el falso profeta le contestó: «Pero en mi casa no te ha prohibido en absoluto Dios que se te pusiera la mesa, ya que también yo soy profeta y comparto contigo el rendir el mismo culto a Él, y precisamente ahora estoy aquí enviado por Él a fin de llevarte a mi casa para que seas mi invitado». Y él, confiado en quien le mentía, regresó. Y, mientras ellos estaban todavía almorzando y conversando en forma amigable, se

le apareció Dios a Jadón y le dijo que por haber contravenido sus encargos pagaría la correspondiente represalia, manifestándole cuál sería ella, pues le hizo saber que, cuando regresara de camino, se toparía con él un león, que lo haría añicos y lo privaría de ser enterrado en el monumento funerario de sus antepasados. Todo esto ocurrió, según creo, por voluntad de Dios, para que Jeroboam no hiciera caso de las advertencias de Jadón a causa de la palmaria mentira de que fue víctima. Pues bien, cuando Jadón caminaba de vuelta a Jerusalén, se topó con él un león y, arrojándolo del haberío, lo mató. Pero al asno no le hizo ni el más leve daño, y luego, tumbándose al lado, guardó no sólo al animal, sino también el cadáver del profeta, hasta que unos viandantes que lo vieron fueron a la ciudad y se lo comunicaron al falso profeta. Entonces él, por medio de sus hijos a quienes envió allá, trajo el cadáver a la ciudad y le dispuso un solemne funeral, encargando a sus hijos que, cuando él muriera, lo enterraran con él, al señalarles, por un lado, que era cierto todo cuanto Jadón había profetizado contra la ciudad aquella, el altar, los sacerdotes y los falsos profetas, y, por otro, que él mismo, tras su muerte, no sería objeto de vejación alguna si era enterrado con aquél, puesto que no se distinguirían los huesos suyos de los del otro. Así, pues, tras enterrar al profeta y hacer esos encargos a sus hijos, como era malvado e impío llegó junto a Jeroboam y, después de decirle «¿Por qué te inquietaste por las palabras de ese estúpido?», como el rey le hubiera referido el asunto del altar y de su mano y calificara a Jadón de profeta verdaderamente divino y excelente, empezó a desbaratar esta opinión suya por un proceder malvado, y a anular la verdad de las palabras de Jadón recurriendo a explicaciones convincentes de los hechos acontecidos. En efecto, el falso profeta intentó convencer al rey de que su mano se le había adormecido por cansancio al levantar los sacrificios, mientras que luego, al quedar suelta, había vuelto de nuevo a su estado natural, y que el altar, como de era construcción reciente y había recibido muchos y grandes sacrificios, había quebrado y caído por el peso de las ofrendas. Y le dio cuenta, además, de la muerte de la persona que había advertido de esas señales, indicándole que había perecido a manos de un león, para terminar con esta expresión: «¡Hasta tal punto ni tenía él ni emitió una sola nota propia de un profeta!». Con estas palabras persuadió al rey, y, así, tras conseguir que el pensamiento de Jeroboam diera totalmente la espalda a Dios así como a una conducta santa y justa, lo incitó

a un comportamiento impío. Con ello Jeroboam hasta tal punto agravió a Dios e infringió sus normas que diariamente no buscaba ninguna otra cosa más que ver qué crimen insólito podría hacer y más repugnante que los ya cometidos. Y en relación con el tema de Jeroboam bástenos de momento con lo señalado.

246. *Roboam fortifica su reino (2 Crónicas,* 11, 5). 10. 1. Por su parte, Roboam, el hijo de Salomón, y rey, como señalamos anteriormente, de las dos tribus, edificó las siguientes ciudades de sólida estructura y tamaño: Belén, Etamé, Tecoé, Betsur, Socó, Odolam, Eipán, Márisa, Zifá, Adoraim, Laqueis, Azeca, Saram, Elom y Hebrón. Éstas fueron las primeras que edificó ubicadas en la tribu y departamento de Judá, pero construyó también otras de grandes dimensiones en el departamento de Benjamín y, tras amurallarlas, estableció en todas ellas guarniciones y mandos militares y en todas y cada una de ellas depositó grandes cantidades de trigo, vino, aceite y demás provisiones necesarias para el sustento de la población, y, además de ello, escudos y lanzas hasta alcanzar una cifra de muchos miles y miles. Y fueron a reunirse con él en Jerusalén los sacerdotes y levitas que antes vivían en cualquier parte de Israel así como todos los demás hombres del pueblo que fueran honrados y justos, abandonando sus ciudades, para rendir culto a Dios en Jerusalén, ya que no se sentían a gusto al verse forzados a venerar a las terneras que Jeroboam había fabricado. Y dieron de esta manera auge al reino de Roboam durante tres años Y, después de haberse casado con una prima suya[40] y haber tenido con ella tres hijos, tomó por esposa también a una, llamada Macane, cuya madre era hija de Absalón, también ella siendo prima suya. Y le nació de ella un niño, a quien puso por nombre Abías. Y tuvo hijos también con otras muchas mujeres más, pero a la que quería más de todas fue Macane. Tuvo dieciocho esposas casadas legalmente con él, y treinta concubinas, y le nacieron veintiocho hijos y sesenta hijas. Y designó heredero del trono a Abías, el hijo habido de su matrimonio con Macane, a quien confió los tesoros y las ciudades mejor fortificadas.

251. *Degeneración de Roboam (2 Crónicas,* 12, 1, y *1 Reyes,* 14, 22 y ss.). 2. La causa de las calamidades y desafueros humanos

[40] Según 2 *Crón.* 11, 18, se llamaba Malat, y era nieta de David.

muchas veces es, según creo, la prosperidad de los asuntos y el que estos asuntos se vuelvan cada vez mejores. Esto se comprueba en que Roboam, al ver que su reino adquiría auge en la manera dicha, derivó a un comportamiento inicuo e impío, y no pensó ni por lo más remoto en venerar a Dios, a consecuencia de lo cual el pueblo que estaba a sus órdenes se hizo también imitador de sus deslealtades. Pues los hábitos de los súbditos se corrompen al mismo tiempo que se corrompen las maneras de sus gobernantes, y por ello, omitiendo su cordura por considerarla evidencia del desenfreno de aquéllos, siguen sus vicios teniéndolos por virtudes, ya que no es posible dar la impresión de aprobar la conducta de los reyes si no se actúa igual que ellos. Pues bien, esto mismo les sucedió también a los súbditos de Roboam, quienes, al ser él un impío y no cumplir las leyes, se esforzaban por no chocar con el rey en su deseo de ser justos. Pero Dios envió como instrumento vengador de las ofensas que Roboam cometió contra Él a Isoco [41], rey de Egipto, con el que yerra Heródoto cuando sus hechos los atribuye a Sesostris [42]. En efecto, el citado Isoco en el año quinto del reinado de Roboam emprendió contra él una expedición militar con muchos miles de militares de efectivos, ya que le acompañaron mil doscientos carros de guerra, sesenta mil jinetes y cuatrocientos mil soldados de infantería. La inmensa mayoría de estos efectivos que trajo consigo fueron libios y etíopes. Pues bien, al invadir él el territorio de los hebreos, ocupó sin necesidad de luchar las ciudades más fortificadas del reino de Roboam y, después de asegurárselas, marchó por último contra Jerusalén.

Isoco saquea Jerusalén (2 Crónicas, 12, 5). 3. Como Roboam y la multitud se encerraran en la citada ciudad por la invasión de Isoco y suplicaran a Dios que les concediera la victoria y la salvación, no lograron persuadir a Dios de que se alineara con ellos. Y el profeta Samayas les aseguró que Dios amenazaba con abandonarlos como también ellos habían abandonado el culto que le debían a Él. Inmediatamente que hubieron oído esto se les abatieron los ánimos y, al no ver ya forma de salvarse, se lanzaron todos a confesar abiertamente que Dios dejaría de velar por ellos con toda razón, al haber sido impíos con Él y haber tirado por tierra sus

[41] Cf. cap. 210.
[42] Cf. cap. 260.

mandamientos. Pero al verlos Dios tan afectados y que reconocían *públicamente sus pecados dijo al profeta* que no acabaría con ellos, pero que sin embargo sí los pondría en manos de los egipcios, para que aprendieran si servir a un hombre es menos duro que servir a Dios. E Isoco, que tomó la ciudad sin necesidad de luchar porque Roboam le abrió las puertas por miedo, no se atuvo a los acuerdos contraídos, sino que saqueó el Templo y vació los tesoros de Dios y del rey, llevándose incontables miles de millares de monedas de oro y de plata y no dejando nada en absoluto. Y arrambló también con los escudos grandes y pequeños de oro que había fabricado Salomón, y no dejó siquiera las aljabas de oro que David había ofrendado a Dios tras recibirlas del rey de Sofene[43] y, después de hacer esto, regresó a su tierra. Esta expedición militar la menciona también Heródoto de Halicarnaso, errando únicamente en lo que se refiere al nombre del rey, señalando que éste no sólo atacó a otras muchas naciones sino también que sometió a la esclavitud a la Siria Palestina, tras hacer cautivos sin necesidad de luchar a sus habitantes[44]. Es claro que quiere señalar que la nación sometida por el egipcio fue la nuestra, pues añade que éste dejó, en las tierras de los hombres que se entregaron sin luchar, mojones en los que había grabado las partes pudendas de unas mujeres[45]. Y fue Roboam, nuestro rey, quien le entregó la ciudad sin acudir a la lucha. Además, asegura también que los etíopes aprendieron de los egipcios la circuncisión. Y añade: «En efecto, los fenicios y los sirios de Palestina confiesan haberla aprendido de los egipcios». Pues bien, es claro que no se circuncida ningún otro de la Siria Palestina más que únicamente nosotros. Pero sobre esta cuestión cada cual debe manifestarse según le parezca mejor.

263. *El fin de Roboam (2 Crónicas,* 12, 10, y *1 Reyes,* 14, 27). 4. Una vez que Isoco se hubo retirado, el rey Roboam, tras fabricar, en sustitución de los escudos grandes y normales de oro llevados por Isoco, el número equivalente a aquéllos los entregó a los soldados de guarnición en el palacio. Y en vez de pasar la vida con la aureola de un espléndido mando militar y con el brillo de la dirección política reinó muy calladamente y con miedo, siendo

[43] Cf. *Ant. jud.* 7, 104.

[44] Heródoto 2, 102 y ss.

[45] Según Heródoto, indicando con ello que sus enemigos eran tan cobardes como las mujeres.

todo el tiempo de su reinado enemigo de Jeroboam. Y murió a la edad de cincuenta y siete años, durante diecisiete de los cuales fue rey, hombre de carácter fanfarrón y estúpido, quien perdió el poder por no atenerse a los consejos de los amigos de su padre. Fue enterrado en Jerusalén en las tumbas de los reyes. Y heredó el trono su hijo Abías, cuando Jeroboam llevaba reinando ya sobre las diez tribus dieciocho años. La historia de Roboam tuvo este final. Y a continuación de ello podemos referirnos a los asuntos de Jeroboam y concretamente a cómo acabó la vida, ya que él no dejó ni paró de ofender a Dios, sino que continuó todos los días erigiendo altares en lo alto de las montañas y nombrando sacerdotes entre la masa.

266. *Jeroboam consulta a través de su esposa al profeta Aquías sobre la enfermedad de su hijo (1 Reyes,* 14, 1). 11. 1. Pero la Divinidad no había de tardar mucho en hacer recaer estas impiedades y el consiguiente castigo sobre la cabeza de Jeroboam y de toda su descendencia. En efecto, como por aquellas fechas cayera enfermo su hijo, llamado Obime, mandó a su mujer que, desprendiéndose del atuendo regio y poniéndose el traje de una particular, visitara al profeta Aquías, indicándole que lo hiciera así porque se trataba de un hombre admirable en predecir el futuro, como se lo había demostrado a él a propósito del reino [46]. Y le mandó que, presentándose como una extranjera, le preguntara por su hijo y, concretamente, si escaparía de aquella enfermedad. Y ella, cambiando de traje según le había mandado su marido, llegó a la ciudad de Silo, pues allí era donde residía Aquías. Y en el instante en que ella iba a entrar en casa de Aquías, quien se encontraba ciego a causa de la vejez, se le apareció Dios y le reveló ambas cosas, que había llegado a visitarlo la mujer de Jeroboam y qué debía responder a la cuestión que la había traído allí. Y en el momento en que la mujer se disponía a pasar al interior de la casa haciéndose pasar por una simple particular y extranjera, él le gritó: «Entra, esposa de Jeroboam. ¿Por qué te disfrazas? Sábete que a Dios no le pasas inadvertida, quien se me apareció y señaló que llegarías y también me mandó qué debía decirte yo. Así, pues, cuando regreses da cuenta a tu marido de que Él le dice lo siguiente: "Puesto que te hice grande de pequeño e insignificante que eras y, tras escindir el reino de la casa de David, te lo di a ti y tú, en cambio,

[46] Cf. cap. 206.

te olvidaste de esto y, dejando de venerarme a mí y forjando dioses de metal fundido, los honraste a ellos, por eso mismo volveré a abatirte al tiempo que destruiré toda tu familia y la haré pasto de los perros y aves de rapiña. Pues yo voy a elevar a la condición de rey de la nación entera a uno que no dejará con vida a ninguno de la casa de Jeroboam. Pero recibirá también su castigo la población al ser expulsada de las tierras feraces y dispersada por los territorios situados más allá del Eúfrates, todo ello porque acompañó al rey en su impiedad y rinde culto a los dioses fabricados por él, dejando de ofrecerme sacrificios a mí". Y tú, mujer, corre a comunicarle eso a tu marido. Y encontrarás muerto a tu hijo, ya que, al entrar tú en tu ciudad, dejará él la vida. Y será enterrado entre las lágrimas de toda la población, que lo honrará con general llanto, porque sólo él entre los miembros de la familia de Jeroboam era bueno». Cuando él le hubo profetizado esto, la mujer salió precipitadamente, turbada y sumamente dolida por la muerte de su mentado hijo. Y, emitiendo por el camino de regreso gritos desgarradores y golpeándose el pecho por la muerte irremediable de su hijo, se apresuraba ¡la pobre! pese a la gravedad irremediable de su desgracia, haciendo el viaje con una prisa infausta (ya que cuanta más prisa se diera antes lo vería cadáver) pero obligada por razón de su marido. Y, cuando llegó, se encontró con que su hijo acababa de expirar, como le había dicho el profeta, y al rey le dio cuenta de todo.

274. *Jeroboam se prepara para la guerra con Abías de Judá (2 Crónicas,* 13, 2 y ss.). 2. Pero Jeroboam, sin hacer caso de nada de ello, tras reclutar un poderoso ejército, emprendió una expedición militar para atacar a Abías, el hijo de Roboam, que había heredado de su padre el poder real sobre las dos tribus, porque lo despreciaba a causa de su juventud. Y Abías, al enterarse por oídas de la invasión de Jeroboam, no se asustó por ello, sino que, sobreponiéndose mentalmente no sólo a su juventud sino también a la esperanza del enemigo, reclutó un ejército entre las dos tribus y con él salió al encuentro de Jeroboam en un lugar llamado Monte Samarón, y, tras levantar su campamento cerca de él, se dispuso para la batalla. Sus fuerzas estaban integradas por cuatrocientos mil hombres, mientras el ejército de Jeroboam duplicaba al suyo. Y cuando los efectivos militares formaron frente a frente dispuestos a entrar en acción y arrostrar los correspondientes riesgos y

estaban, pues, a punto de combatir, Abías, tras situarse en una colina y hacer gestos con la mano, pidió a los ejércitos y a Jeroboam que primero lo escucharan a él quietos. Y, una vez que se hizo el silencio, empezó diciendo: «Que Dios concedió el poder a David y a sus descendientes para siempre es algo que tampoco vosotros ignoráis. Por ello me extraña cómo es que, separándoos de mi padre, os pasasteis a su esclavo Jeroboam, con quien ahora habéis llegado aquí dispuestos a atacar a quienes Dios dictaminó que reinaran y a quitarles el mando con que cuentan, ya que lo más de él se lo viene ocupando hasta ahora injustamente Jeroboam. Pero no creo que él vaya a disfrutar de este poder durante más tiempo, sino que pagará a Dios el justo castigo por las iniquidades del pasado y, así, pondrá fin a los desafueros y ofensas que hasta ahora no ha dejado de cometer contra Él ni de persuadiros a vosotros a que hicierais lo mismo, quienes, sin haber sufrido perjuicio alguno de mi padre y únicamente porque en la reunión que celebró con vosotros no os trató con amabilidad, dejándose llevar del consejo de unos hombres perversos, lo abandonasteis, aparentemente enfadados con él, cuando la pura verdad es que lo hicisteis separándoos de Dios y de sus leyes. Y, sin embargo, lo correcto era que vosotros hubierais perdonado, a un hombre joven como era él e inexperto en la forma de conducir a la gente, no sólo sus palabras molestas, sino también cualquier acción difícil a la que pudiera llevarlo su juventud y desconocimiento en el comportamiento, en nombre de su padre Salomón y de los beneficios que él os reportó. Pero vosotros no pensasteis en nada de esto ni entonces ni ahora. Al contrario, ha llegado contra nosotros un ejército tan importante e imponente, el cual ¿en quién confía para lograr la victoria? ¿Acaso en las terneras y en los altares levantados en las montañas, los cuales son la prueba de vuestra impiedad y en modo alguno de que rendís culto a Dios? ¿O que vosotros concibáis las mejores esperanzas lo hace esta vuestra multitud, la cual supera en efectivos a nuestro ejército? Sin embargo, esas buenas esperanzas no las otorga siquiera la fuerza, cualquiera que ella sea, de millares de hombres de un ejército que ataca envuelto en iniquidades. Pues sólo de un comportamiento justo y piadoso hacia Dios depende la convicción segurísima de vencer a los adversarios, convicción que nos asiste a nosotros por haber observado desde un principio las leyes y haber venerado a nuestro Dios, quien no ha sido hecho por manos humanas de un material perecedero ni ha sido forjado por la

astucia de un rey perverso para engaño de las masas, sino que es fruto de su propia obra y principio y fin de todas las cosas. Por todo ello os aconsejo incluso ahora que cambiéis de idea y que, adoptando una postura mental mejor, dejéis de hacernos la guerra y respetéis las normas de nuestros antepasados y el comportamiento que os ha elevado a vosotros a tan altas cotas de prosperidad».

282. *Victoria de Abías sobre Jeroboam (2 Crónicas,* 13, 13). 3. Esto es lo que dijo Abías a la masa. Pero mientras él estaba todavía hablando, Jeroboam envió en secreto algunos de sus soldados para cercar a Abías desde una parte invisible del campamento. Y, como él hubiese sido cogido en medio de los enemigos, sus soldados tuvieron miedo y se les abatieron los ánimos, pero Abías los reconfortó y los exhortó a que tuvieran esperanza en Dios, quien, según sus palabras, no sería rodeado por los enemigos. Entonces todos ellos en masa, tras invocar la ayuda de Dios en la batalla, una vez que los sacerdotes dieron la señal con la trompeta entonaron el grito de guerra y marcharon contra los enemigos. Y Dios hizo añicos el orgullo de éstos y liquidó su soberbia, e hizo superior el ejército de Abías. En efecto, al matar éste de las fuerzas de Jeroboam un número tan grande como nunca se recordaba que hubieran muerto en una guerra ni griegos ni bárbaros, se interpretó que había obtenido por la ayuda de Dios una victoria admirable y famosa, pues batieron a quinientos mil enemigos y saquearon sus ciudades mejor fortificadas después de tomarlas por la fuerza: no sólo Betel y su provincia, sino también Isana y la suya. Y Jeroboam después de esta derrota ya no volvió a ser poderoso mientras continuó con vida Abías. Y este último murió después de sobrevivir un poco de tiempo a su victoria, habiendo sido rey durante tres años. Fue enterrado en Jerusalén en la sepultura de sus antepasados, y al morir dejó veintidós hijos y dieciséis hijas. Estos fueron todos los hijos que tuvo de catorce mujeres. Y heredó el trono su hijo Asán, y la madre de este muchacho se llamaba Macaya. Durante su gobierno el país de los israelitas disfrutó de paz durante diez años.

287. *A Jeroboam le sucede su hijo Nabad (1 Reyes,* 15, 25). 4. Estas son las noticias que la tradición nos ha transmitido de Abías, hijo de Roboam y nieto de Salomón. También murió Jeroboam, el rey de las diez tribus, después de haber gobernado durante veinti-

dós años. Y le sucedió su hijo Nabad, cuando ya habían transcurrido dos años desde que Asán había subido al trono. Y el hijo de Jeroboam ocupó el poder dos años, siendo parecido a su padre en impiedad y maldad. Al cabo de estos dos años emprendió una expedición militar contra la ciudad de Gabatón, perteneciente a los filisteos, la que esperaba tomar por medio del asedio. Pero murió al ser objeto allí de una conspiración tramada por un amigo suyo llamado Basán, hijo de Seid, quien, como se hubiera hecho cargo del reino tras su muerte, aniquiló a toda la familia de Jeroboam. Y conforme a la advertencia divina ocurrió que los miembros de la familia de Jeroboam muertos en la ciudad fueron desgarrados y devorados por perros, y los muertos en los campos sufrieron lo mismo a manos de las aves de rapiña. Consecuentemente la casa de Jeroboam pagó el castigo que merecían sus desafueros e impiedad.

290. *El rey de Etiopía ataca a Asán (2 Crónicas,* 14, 2). 12, 1. Asán, el rey de Jerusalén, era de un carácter excelente, respetuoso con Dios y no hacía ni pensaba nada que no tuviera como punto de referencia la piedad y la observancia de las leyes. Y enderezó su reino eliminando todo elemento pernicioso que hubiera en él y limpiándolo de toda mácula. Y tenía un ejército de soldados reclutados integrado por trescientos mil hombres de la tribu de Judá armados con escudos y lanzas punzantes, y por doscientos cincuenta mil hombres de la tribu de Benjamín, de los que unos usaban escudos y otros eran arqueros. Y cuando llevaba ya diez años como rey vino contra él Zarai, el rey de Etiopía, con ingentes fuerzas integradas por novecientos mil soldados de infantería, cien mil de caballería y trescientos carros de guerra. Y como el etíope hubiera llevado su ejército hasta la ciudad de Márisa, la cual pertenece a la tribu de Judá, Asán le salió al encuentro con sus fuerzas y, como hubiera visto la multitud de los egipcios, formó su ejército enfrente de él en un barranco de nombre Safatá, situado no lejos de la ciudad, y, tras emitir un grito estentóreo, pidió a Dios la victoria y que pudiera capturar a muchos miles de millares de enemigos. Pues decía que salía a atacar a Zarai no confiando en ninguna otra cosa más que en la ayuda divina, la cual era capaz de hacer a los pocos superiores a los muchos y a los débiles superiores a los poderosos.

294. *Victoria de Asán sobre los etíopes (2 Crónicas,* 14, 2). 2. Al expresarse Asán en estos términos Dios le envió una señal de

que vencería, y así, tras atacar lleno de alegría por el aviso dado por Dios, mató a un elevado número de etíopes y a otros de ellos que se dieron la vuelta y se lanzaron a la huida los persiguió hasta el territorio de Gerar. Luego, tras renunciar a continuar matando enemigos, marcharon al saqueo de las ciudades (pues Gerar fue capturada) y del campamento de los etíopes, acción en la que cargaron con grandes cantidades de oro y grandes cantidades de plata, y se llevaron también grandes masas de ganado, así como muchos camellos, bestias de tiro y rebaños de ovejas. Pues bien, Asán y el ejército que le acompañaba, tras obtener de Dios una victoria y ayuda tan magníficas, iniciaron la marcha de regreso a Jerusalén, y, cuando iban de camino, les salió al encuentro un profeta de nombre Azarías. Éste, tras mandarles que detuvieran la marcha, procedió a decirles que habían obtenido de Dios aquella victoria porque se habían manifestado justos y santos y porque habían actuado siempre conforme a la voluntad de Dios. Y les aseguraba que, consecuentemente, si continuaban así, triunfarían siempre sobre los enemigos y Dios les daría una vida llena de prosperidad, mientras que, si dejaban de rendir culto a Dios, todo les ocurriría al revés de eso y llegaría un tiempo «en que no se encontrará en vuestro pueblo ningún profeta auténtico ni sacerdote que actúe con justicia, sino que vuestras ciudades serán levantadas de cuajo y vuestra población será dispersada por la tierra entera, donde llevará una vida propia de extranjeros y errabunda». Por ello les aconsejaba que, mientras tenían tiempo, fueran virtuosos y no rehusaran el afecto que Dios les guardaba. Al oír esto el rey y el ejército se alegraron y adoptaron todas las precauciones para actuar con justicia todos en conjunto y cada uno en particular. Y el rey envió por todas partes de su territorio a hombres para que atendieran al cumplimiento de las leyes.

298. *Basán rey de Israel (1 Reyes,* 15, 33). 3. Los asuntos de Asán, el rey de las dos tribus, se encontraban en la situación dicha. Ahora vuelvo al pueblo de los israelitas y a su rey Basán, el que mató a Nabad, hijo de Jeroboam, y tomó el poder. Pues bien, éste, que fijó su residencia en la ciudad de Tarse, donde vivió, reinó durante veinticuatro años, y, como superara a Jeroboam y a su hijo en maldad e impiedad, no sólo causó múltiples calamidades al pueblo, sino que también ofendió a Dios, quien, por medio del profeta Jeus a quien envió a visitarlo, le advirtió que destruiría a

toda su familia y destruiría su casa con los mismos castigos con que acabó con Jeroboam, y ello porque, después de haber sido hecho rey por Él, no había correspondido a los favores recibidos poniéndose al frente del pueblo con un comportamiento justo y piadoso (conducta que favorece en primer lugar a los mismos que actúan así y que, en segundo lugar, agrada a Dios) y, en cambio, había imitado al que había sido el colmo de la perversidad, Jeroboam, cuya maldad mostró viva, pese a que su alma ya había perecido. Y le aseguró que por haber sido igual a él sufriría, naturalmente, el mismo castigo. Pero Basán, pese a haber sido avisado de las calamidades con que se encontraría él y toda su familia por su desvergüenza, no se apaciguó, para evitar morir ganándose una fama todavía superior de perverso y obtener el perdón de Dios de sus pecados pasados arrepintiéndose al menos a partir de entonces, sino que, así como aquéllos a quienes se les proponen premios, una vez que se han esforzado algo por conseguirlos no dejan de trabajar por ellos, de igual manera también Basán, pese a que el profeta le advirtió de lo que le esperaba, se volvió peor, como si los más grandes males que le amenazaban, la destrucción de su familia y el aniquilamiento de su casa, fueran unos bienes, y, así, día tras día, exactamente igual que un atleta, ganaba en maldad con los ejercicios pertinentes. Y, por último, tras tomar consigo de nuevo al ejército, atacó a una ciudad no sin fama de nombre Aramatón [47], distante cuarenta estadios de Jerusalén, y, después de capturarla, se dispuso a fortificarla, porque ya de antemano había tomado la determinación de destacar fuerzas en ella, para que, tomándola como centro de operaciones, causaran desde allí estragos al reino de Asán.

304. *Asán se alía con los sirios contra Basán (1 Reyes,* 15, 18, y 2 *Crónicas,* 16, 2). 4. Pero Asán, al coger miedo a los intentos del enemigo y pensar que el ejército destacado en Aramatón causaría múltiples males a todo el territorio regido por él, envió al rey de Damasco embajadores con oro y plata, para invitarlo a que se aliara con él y recordarle que entre ellos había un tratado de amistad heredado de sus padres. Entonces aquél recibió con gran contento el cúmulo de riquezas dado y firmó con él una alianza militar, rompiendo el tratado de amistad que lo unía a Basán, y,

[47] La actual *er-Rām.*

así, enviando a los generales de sus fuerzas contra las ciudades regidas por este último, les ordenó que las destrozaran. Y ellos, llegándose allá, incendiaron unas y saquearon otras, concretamente las ciudades de nombre Ayón, Dan, Abelán y otras muchas. El rey de los israelitas, al llegar a sus oídos la noticia de estos hechos, dejó de edificar y fortificar Aramatón, y regresó deprisa para prestar ayuda a sus gentes que estaban pasándolo mal, mientras Asán levantó en aquel mismo lugar con el material preparado por Basán para la referida construcción dos fuertes, uno llamado Gabaá y otro Masfá. Y después de esto Basán no tuvo tiempo de atacar a Asán, porque antes de que pudiera hacerlo lo llevó la Parca. Fue enterrado en la ciudad de Tarse, y heredó de él el poder su hijo Elán. Este, tras gobernar durante dos años, murió, y quien lo asesinó en una conspiración urdida contra él fue Zambrias, el comandante de la mitad de sus escuadrones de caballería. Fue así: como Elán hubiese sido invitado a un banquete en casa de su administrador, de nombre Osa, Zambrias lo mató por medio de un grupo de soldados de caballería de su guardia a quienes persuadió a que lo atacaran, cuando había sido dejado solo por sus soldados y mandos militares, pues todos ellos estaban ocupados en el asedio de la ciudad filistea de Gabatón.

309. *Fin de Zambrias (1 Reyes,* 16, 11). 5. El comandante de caballería Zambrias, después de matar a Elán, se hizo rey él y, conforme a la profecía de Jeus, aniquiló a toda la familia de Basán, pues ocurrió que su casa a causa de la impiedad pereció de raíz de la misma forma que, según escribimos antes[48], fue destruida la de Jeroboam. Pero el ejército que sitiaba Gabatón, al enterarse de lo que le había ocurrido a su rey y, en particular, de que Zambrias lo había matado y había ocupado el trono, también él designó rey a la persona que lo dirigía, a saber, Amarino, quien, tras levantar al ejército del sitio de Gabatón, se presentó en Tarse, la capital del reino, y, luego de atacarla, la tomó por la fuerza. Y Zambrias, al ver tomada la ciudad, se refugió en lo más recóndito del palacio, y, tras prenderle fuego, fue pasto de las llamas, después de haber reinado siete días. E inmediatamente el pueblo israelita se dividió en dos bandos, uno de los cuales quería que reinara Tamanayo, y el otro que lo hiciera Amarino. Y, al vencer los que defendían que fuera

[48] Cf. cap. 289.

este último quien debía hacerse con el poder, mataron a Tamanayo, y Amarino reinó sobre todo el pueblo. Y Amarino alcanzó el poder en el año trigésimo del reinado de Asán, y lo ejerció durante doce años, de ellos seis en la ciudad de Tarse, y los restantes en la ciudad designada con el nombre de Somareón, pero por los griegos llamada Samaria. Amarino la llamó así en honor de Somar, quien le había vendido el monte para que construyera en él la ciudad. Pero no se diferenció nada de los que reinaron antes de él salvo únicamente en que fue peor que ellos, puesto que todos ellos sólo buscaban cómo apartar de Dios al pueblo con sus impiedades cotidianas y por eso Dios hizo que ellos se sucedieran unos a otros y que no quedara ni una sola persona de sus respectivas familias. Y a su vez éste murió en Samaria, y le sucedió su hijo Acab.

314. *Fin de Asán de Judá (1 Reyes,* 15, 24, y *2 Crónicas,* 16, 13 y ss.). 6. De estos datos cabe inferir cuán gran atención presta la Divinidad a los asuntos humanos, y cómo ama a los virtuosos y aborrece a los malvados y los destroza de raíz. En efecto, por lo que a los reyes de los israelitas respecta se vio que perecieron en masa en breve plazo de tiempo a causa de sus desafueros e iniquidades uno tras otro y con ellos sus familias, mientras que Asán, el rey de Jerusalén y de las dos tribus, por su piedad y justicia fue llevado por Dios a una vejez prolongada y dichosa, hasta que murió tranquilamente después de haber gobernado durante cuarenta y un años. Y, muerto él, heredó el trono su hijo Josafat, nacido de su esposa de nombre Abida. Que éste imitó a su bisabuelo David en valentía y piedad es algo que todo el mundo comprendió en sus hechos. Pero no urge hablar ahora de este rey.

316. *Acab de Israel se casa con Jezabel de Tiro (1 Reyes,* 16, 29). 13. 1. Acab, rey de los israelitas, vivió en Samaria, y ocupó el poder durante veintidós años, sin introducir novedad alguna que no hubieran introducido los reyes anteriores a él salvo que discurrió siempre lo peor, alcanzando el colmo de la perversidad, para lo que imitó todas las fechorías y las ofensas que aquéllos habían cometido contra la Divinidad y en particular emuló los desafueros de Jeroboam. Pues Acab no sólo rindió culto a las terneras fabricadas por aquél, sino que, además de ésas, construyó otras criaturas insólitas. Y contrajo matrimonio con la hija de Itobal, el rey de Tiro y Sidón, llamada Jezabel, por la que aprendió a rendir culto a

los propios dioses de ella. Esta su joven esposa era enérgica y decidida, y llegó a tal punto de desenfreno y locura que en honor del dios de Tiro a quien llaman Belias construyó incluso un templo y plantó un bosque de todo tipo de árboles. Y al referido dios le asignó también sacerdotes y falsos profetas. Y el propio rey, superando en necedad y maldad a todos los que habían reinado antes que él, se rodeó de otros muchos individuos de este tenor.

319. *Elías profetiza una sequía (1 Reyes,* 17, 1 y ss.). 2. Pero cierto profeta[49] del Dios más grande que hay, viniendo de la ciudad de Tesbón, perteneciente a la región de Galad, y acercándose a Acab, dijo que Dios le advertía que no mandaría agua en aquellos años ni enviaría rocío a su país mientras no apareciera el propio profeta. Y, tras dar fe de sus palabras con un juramento, se retiró a los distritos del Sur, fijando su residencia a orillas de un torrente, del que obtenía el agua, ya que la comida se la traían diariamente los cuervos. Pero, al secarse aquella corriente por la falta de lluvias, llegó, como Dios le había ordenado, a la ciudad de Sarefta, situada no lejos de Sidón y de Tiro (pues queda en medio), ya que, según le había dicho Dios, encontraría allí a una viuda que le procuraría el necesario sustento. Y, cuando llegó a escasa distancia de la puerta de la ciudad, observó a una mujer trabajadora que recogía leña. Y, como Dios le manifestara que aquélla era la que iba a mantenerlo, acercándose a ella la saludó y le rogó que le proporcionara agua para beber, pero luego, cuando ya marchaba ella, la llamó de nuevo y le mandó que le trajera también pan. Y, como ella le jurara que no tenía en casa nada más que un puñado de harina y un poco de aceite y le dijera que, dado que ya había recogido un haz de leña, volvía a casa para amasar y hacer para sí misma y su pequeño hijo un pan, una vez consumido el cual, según decía ella, perecerían de hambre porque ya no le quedaba ninguna otra cosa, él le dijo: «Deja de ser pesimista: marcha tranquila y con las mejores esperanzas, y, preparando primero para mí un bocado, tráemelo, pues te advierto que no le faltará jamás harina a la vasija que la contiene ni aceite al jarro que la guarda hasta que Dios envíe las lluvias». Tras pronunciar el profeta estas palabras, ella, después de volver a su casa, hizo lo que aquél le había dicho y, así, pudo procurar el sustento para sí misma, para su pequeño hijo y

[49] Elías. Cf. cap. 329.

para el profeta, y no les faltó nada de esto hasta que la sequía acabó. Y esta ausencia de lluvias la menciona también Menandro[50] a propósito de los hechos llevados a cabo por Itobal, rey de Tiro, en los siguientes términos: «Durante su reinado se produjo una ausencia de lluvias que duró desde el mes de Hiperberetayo hasta Hiperberetayo del año siguiente, y se dice que, como él hubiera suplicado a los cielos, éstos habían disparado bastantes rayos. Este rey fundó la ciudad de Botris en Fenicia y la de Auza en Libia». Menandro con esta indicación refiere la falta de lluvias ocurrida durante el reinado de Acab (ya que Itobal, rey de Tiro, reinó en tiempos de Acab).

325. *Elías consigue que vuelva en sí el hijo de la viuda (1 Reyes,* 17, 17). 3. La mujer de la que hablamos antes, la que mantenía al profeta, como su hijo hubiera caído enfermo hasta tal punto que dejó de respirar y parecía muerto, se echó a llorar y, golpeándose con las manos y pronunciando el tipo de expresiones que le dictaba su dolor, reprochaba al profeta su presencia en la casa, haciéndolo responsable de haber delatado sus pecados, lo cual era, según ella, causa de su muerte. Pero él la animó a estar tranquila y a entregarle a su hijo, diciéndole que se lo devolvería vivo. Y, así, una vez que ella se lo hubo entregado, lo llevó a la habitación en que moraba él y, tras depositarlo sobre la cama, gritó a Dios diciéndole que Él no correspondía correctamente a la mujer que lo había acogido y alimentado si estaba decidido a privarla de su hijo, y por ello le pedía que infundiera de nuevo el hálito vital en el niño y que le insuflara la vida. Y, como Dios se compadeció de la mujer, aparte de que deseaba también conceder al profeta la gracia de que no pareciera que había llegado a casa de ella para traerle calamidades, el profeta lo devolvió a la vida cuando nadie se lo esperaba. Y la mujer dio las gracias al profeta y le dijo que con ello ya había comprendido claramente que la Divinidad se relacionaba con él.

328. *Acab envía hombres para encontrar a Elías (1 Reyes,* 18, 1). 4. Pero, transcurrido un poco de tiempo, el profeta visitó por voluntad de Dios al rey Acab para informarle de que la lluvia iba a llegar. Pero en el momento del que hablamos el hambre y una falta

[50] Cf. *Ap.* 1, 116.

enorme de provisiones dominaba el país entero, de tal manera que no sólo las personas andaban escasas de pan, sino que el propio suelo a causa de la sequía no producía ni siquiera los pastos suficientes para los caballos y demás ganados. Por ello el rey, tras llamar a Obedias, que era quien estaba encargado de sus posesiones, le comunicó su deseo de visitar ambos las fuentes de agua y los torrentes para si se encontraba hierba en alguna de sus riberas segarla y utilizarla para alimentar a los ganados. También le hizo saber que, a pesar de haber enviado por todas las tierras habitadas a hombres con el encargo de buscar al profeta Elías, no había dado con él. Una vez que decidieron partir, Obedias y el rey se repartieron los caminos que debían seguir y, en consecuencia, cada cual marchó por una ruta distinta. Pero se había dado la circunstancia de que, en la fecha en la que la reina Jezabel mató a los profetas, el citado Obedias había escondido en cuevas subterráneas a cien profetas, a los que alimentaba proporcionándoles únicamente pan y agua. Y, cuando Obedias iba solo sin la compañía del rey, vino a encontrarse con él el profeta Elías. Y Obedias, al preguntarle quién era y saberlo, se postró ante él. Y Elías le mandó que marchara a ver al rey y le dijera que el propio Elías había estado con él. Pero Obedias le replicó diciéndole al profeta qué mal había recibido de Obedias para que lo mandara junto al que buscaba al propio Elías para matarlo y que, por ello, había escrutado todas las tierras. Y añadió: «¿O es que ignoras que él no dejó ni un solo sitio al que no enviara hombres con el encargo de traerte para matarte si te capturaban?». Y le decía que, además, temía no fuera que, si Dios se le aparecía a Elías, éste volviera a marcharse para otro sitio y que luego él encontrara la muerte cuando, una vez que el rey lo hubiera enviado en su busca, lo perdiera de vista y no consiguiera dar con él. Le rogaba, en consecuencia, que velara por su propia salvación alegando en su favor el interés con que había tratado a los colegas del profeta y, en particular, que, cuando Jezabel había aniquilado a todos los otros, él había salvado a cien de ellos, a quienes mantenía ocultos y alimentados por él. Pero Elías le mandó que sin miedo alguno fuera a ver al rey, después de darle garantía jurada de que él se aparecería necesariamente aquel mismo día a Acab.

335. *Disputa entre Elías y los profetas de Baal en el Monte Carmelo (1 Reyes,* 18, 16). 5. Al informar Obedias al rey de la aparición de Elías, Acab fue al encuentro de éste y le preguntó con

rabia si era él quien había perjudicado al pueblo y resultado culpable de la pérdida de las cosechas. Y él, sin la menor consideración hacia el rey, le contestó que quien había causado todo aquel cúmulo de desgracias era el propio Acab y su familia, que eran quienes habían introducido en el país dioses extraños y los habían venerado, mientras que habían abandonado al suyo propio, el cual era el único Dios que había, y al que ya no prestaban atención alguna. Pese a todo ello, le mandó que, tras regresar entonces a su casa, reuniera con Elías en el Monte Carmelo a todo el pueblo y también a los profetas del rey y de su mujer, indicándole a qué número ascendían, y asimismo a los profetas de las alamedas sagradas, los que sumaban un total de unos cuatrocientos. Y, cuando acudieron todos al citado monte a instancias de Acab que los envió allí, el profeta Elías, situado en medio de ellos, les dijo hasta cuándo vivirían ellos con pensamientos y creencias enfrentados entre sí. En efecto, los animaba, si consideraban a su Dios local el verdadero y único, a que siguieran tanto a Él como a sus mandamientos, pero si a ese Dios no lo tenían por nada, sino que pensaban que eran los dioses extranjeros a quienes debían venerar les aconsejaba que siguieran sus dictados. Y, como la multitud no respondiera nada a esas cuestiones, Elías propuso, con vistas a comprobar la fuerza de los dioses extranjeros y la del suyo propio, pese a que era él el único profeta de éste mientras que los dioses extranjeros tenían allí cuatrocientos, coger una vaca él y, tras sacrificarla, depositarla encima de troncos de leña sin prenderle fuego, y que ellos hicieran lo mismo y luego invocaran a sus dioses para que hicieran arder la leña, diciéndoles que de esta manera conocerían ellos la verdadera naturaleza de Dios. Y, como les pareciera bien la idea, Elías mandó a los profetas que fueran ellos los primeros en elegir la vaca y sacrificarla y en invocar a sus dioses. Y en vista de que los profetas, luego de sacrificar la vaca, no conseguían nada con sus oraciones e invocaciones, Elías les mandó en son de burla que llamaran a sus dioses a grito pelado, ya que ahora, según decía él, o se habían ido de viaje fuera del lugar o estaban dormidos. Y ellos estuvieron actuando así y haciéndose cortes con espadas y lanzas punzantes, según la costumbre tradicional, desde el amanecer hasta el mediodía y, como se dispusiera él a efectuar su sacrificio, les mandó a los otros que se retiraran y al pueblo que se acercara y lo vigilara a él, para comprobar que no echaba a escondidas fuego en la leña. Y, una vez que la masa se acercó, él, tras haber cogido

doce piedras, una por cada tribu del pueblo hebreo, levantó con ellas un altar y luego excavó en derredor de él un hoyo sumamente profundo. A continuación amontonó las astillas encima del altar y, tras haber colocado las víctimas sobre ellas, ordenó verter sobre el altar cuatro vasijas llenas de agua de una fuente para que lo inundara y el hoyo se pusiera a rebosar de agua como si fuera una fuente que manaba. Tras cumplir este cometido empezó a rezar a Dios y a rogarle que hiciera evidente al pueblo imbuido de errores ya mucho tiempo su fuerza y poder. Mientras él estaba pronunciando estas palabras, de pronto y a la vista de la multitud, cayó fuego del cielo sobre al altar y hasta tal punto consumió la víctima del sacrificio que por efecto de la fuerza de las llamas se evaporó incluso el agua y el terreno se puso reseco.

343. *Triunfo de Elías sobre los profetas de Baal (1 Reyes,* 18, 39). 6. Los israelitas, al verlo, cayeron al suelo y veneraron al Dios único, llamándolo no sólo el más grande sino también el único verdadero, mientras que los demás eran simples nombres inventados por creencias torpes y estúpidas. Y, apresando a los profetas, los mataron, a instancias de Elías. Quien también al rey le dijo que fuera a almorzar, sin preocuparse ya de nada, porque poco después vería que los cielos llovían. Y Acab se marchó, mientras que Elías subió a la cima del Monte Carmelo, donde, sentado en el suelo, apoyó la cabeza contra las rodillas, mandando a su criado que subiera a determinada atalaya y mirara al mar y que, si veía una nube levantándose desde algún sitio, se lo comunicara. Pues ocurría que hasta entonces el cielo estaba claro. Y, como aquél hubiera subido y le hubiera dicho numerosas veces que no veía nada, cuando fue ya por séptima vez dijo que veía obscurecerse una minúscula parte del cielo no más grande que la pisada de una persona. Y Elías, al oír esto, envió mensajeros a Acab para mandarle que se fuera para la ciudad antes de que rompiera a llover. Y Acab marchó a la ciudad de Jezarel. Y no mucho después, como el cielo se hubiera obscurecido y fuera cubierto por nubes,sobrevino un viento violento y gran cantidad de lluvia. Y el profeta, infundido del espíritu de Dios, compitió con el carro del rey en llegar a la ciudad de Jezarel.

347. *Elías huye de Jezarel al desierto (1 Reyes,* 19, 1). 7. Pero Jezabel, la mujer de Acab, al enterarse no sólo de las prueba

dadas por Elías, sino también de que había matado a los profetas suyos, montando en cólera le envió mensajeros para amenazarlo con matarlo como él había aniquilado a sus profetas. Y Elías, despavorido, huyó a la ciudad de nombre Bersubé (situada en los confines del territorio de las gentes que ocupan la zona de la tribu de Judá colindante con las tierras de Idumea), y, dejando allí a su criado, se retiró al desierto. Y, tras pedirle a Dios la muerte, diciendo que no era superior a sus padres para, muertos ellos, pegarse él a la vida, se quedó dormido junto a un árbol. Y, como alguien lo hubiera despertado, se levantó y encontró depositadas junto a él comida y agua. Y, habiendo comido y recuperado las fuerzas con aquella comida, marchó al llamado Monte Sinaí, donde se dice que Moisés recibió de Dios las leyes. Y, como hubiera encontrado en él una cueva profunda, se adentró y estableció en ella su morada permanente. Y al preguntarle una voz de origen desconocido por qué se había venido para allí dejando la ciudad, le contestó que por haber matado a los profetas de los dioses extranjeros y haber persuadido al pueblo de que el único Dios que había era el que habían venerado en un principio, agregando que por esto era buscado por la mujer del rey para castigarlo. Y, tras oír de nuevo que al día siguiente saliera al cielo abierto, porque así se enteraría de lo que debía hacer, salió de la cueva en la fecha señalada, circunstancia en que no sólo oyó un terremoto, sino que además vio el resplandor de un fuego. Y, hecho el silencio, una voz divina lo animó a que no se inquietara por lo ocurrido, ya que no podría con él ninguno de los enemigos, y le ordenó que, volviendo junto a los suyos, nombrara rey del pueblo a Jeus, hijo de Nemesí, y a Azael, rey de los sirios de Damasco, así como que hiciera profeta en sustitución de él a Eliseo de la ciudad de Abela, terminando con estas palabras textuales: «Y Azael aniquilará a una parte de la masa impía y a otra parte Jeus». Y Elías, al oír esto, volvió al territorio de los hebreos, y, como hubiera encontrado arando a Eliseo, hijo de Safat, y con él a algunos otros, guiando doce yuntas, se acercó y arrojó sobre él su manto. Y Eliseo empezó inmediatamente a profetizar y, dejando su yunta de bueyes, siguió a Elías. Y Eliseo, como hubiera pedido a Elías que le concediera despedirse de sus progenitores y éste lo hubiera animado a hacerlo, desligándose de ellos siguió a Elías, de quien se convirtió durante todo el tiempo de su vida en discípulo y servidor. Esta fue la historia del profeta Elías.

355. *Acab y la viña de Nabot (1 Reyes,* 21,1). 8. Y un tal Nabot, de la ciudad de Jezarel, que tenía una finca colindante con otra del rey, como éste le rogara que le vendiera por el precio que quisiera la finca contigua a sus posesiones para unirlas y convertirlas así en una sola propiedad, y como le permitiera, si no quería recibir dinero, elegir a cambio alguna finca de las suyas, le aseguró que no haría nada de lo propuesto, sino que continuaría explotando él personalmente aquella tierra suya, que había heredado de su padre. Y el rey, dolido por no apoderarse de lo ajeno, cosa que él tomó por una afrenta, no tomaba baños ni comida, y como su esposa Jezabel le preguntara por qué estaba dolido y no se bañaba ni tomaba el almuerzo ni la comida, le dio cuenta pormenorizada de la mala educación de Nabot y concretamente de que, pese a dirigirse a él con palabras condescendientes y en un tono más suave del que puede hacer uso un rey, había sido ofendido, al no conseguir lo que pretendía. Y ella le rogaba que no fuera pusilánime por tan poca cosa, sino que dejara de preocuparse y volviera al habitual cuidado de su persona, porque ya se preocuparía ella de castigar a Nabot. E inmediatamente envió una carta a las autoridades israelitas ordenándoles que ayunaran y que, convocando una asamblea, la hicieran presidir por Nabot, ya que él era de familia ilustre, y que, tras haber preparado a tres individuos osados para que testimoniaran contra él que había proferido insultos contra Dios y contra el rey, lo lapidaran y lo ejecutaran por ese procedimiento. Y Nabot, al ser falsamente acusado, en la manera que prescribía la carta de la reina, de haber proferido insultos contra Dios y contra Acab, murió apedreado por el pueblo, mientras la reina, al llegar a sus oídos lo sucedido, entró en las habitaciones del rey y le mandó que tomara posesión gratis de la viña de Nabot. Acab se alegró por lo ocurrido y, saltando del lecho, corrió a ver la viña de Nabot. Pero Dios, que tomó muy a mal estos hechos, envió al profeta Elías al campo de Nabot a encontrarse con Acab y a preguntarle en relación con lo ocurrido por qué razón había matado al verdadero dueño del campo del que había tomado posesión injustamente él. Y el profeta, como hubiera llegado hasta allí y el rey le hubiera dicho que hiciera con él lo que quisiera, ya que lo había sorprendido en pecado y en un comportamiento vergonzoso, le aseguró que en el mismo lugar en que casualmente había sido devorado por los perros el cadáver de Nabot sería derramada la propia sangre del rey y la de su mujer y perecería toda su familia,

por haber osado él cometer tales impiedades y haber aniquilado a un conciudadano injustamente y contra lo que prescribían las leyes. Y a Acab le entró dolor y arrepentimiento por lo hecho, y, tomando por indumentaria un saquito, andaba descalzo sin probar bocado, confesando públicamente su pecado y tratando así de hacerse propicio a Dios. Quien le dijo al profeta que, mientras el rey viviera, suspendería el tomar represalias contra su familia por haberse arrepentido del crimen cometido, pero que cumpliría la amenaza en la persona del hijo de Acab. Y el profeta comunicó esta información al rey.

363. *Adad, rey de Siria, sitia a Acab en Samaria (1 Reyes,* 20, 1). 14. 1. Por la misma época en que la situación de Acab era la dicha, el hijo de Adad, quien reinaba en Siria y Damasco, tras reunir fuerzas de todo su territorio y hacer sus aliados a los reyes del otro lado del Eúfrates en número de treinta y dos, emprendió una expedición militar contra Acab. Pero éste, como no disponía de un ejército igual al del enemigo, no le presentó batalla, sino que, tras haber recogido en las ciudades más seguras todas las cosas que había en su territorio, él continuó en Samaria, porque esta ciudad estaba rodeada de murallas muy resistentes y por los demás conceptos parecía inexpugnable, mientras que el sirio, tomando consigo a sus fuerzas, marchó contra Samaria, a la cual puso sitio desplegando al ejército en derredor de ella. Y por medio de un heraldo que envió a visitar a Acab le pidió que recibiera a unos embajadores suyos, a través de quienes le daría cuenta de cuáles eran sus pretensiones. Y, como el rey de los israelitas le diera permiso para que los enviara, llegaron los embajadores y le dijeron que, conforme al mandato del rey, debían pasar a ser propiedad de Adad las riquezas de Acab así como sus hijos y esposas, y que, si éste estaba de acuerdo con la propuesta y le concedía tomar de los elementos señalados todo lo que quisiera, levantaría de allí al ejército y abandonaría el asedio contra él. Y Acab mandó a los embajadores que habían acudido a conferenciar con él que dijeran a su rey que no sólo el propio Acab sino también todos los suyos eran propiedad de Adad. Y, como los embajadores le hubieran llevado esta información, los envió de nuevo a él para pedirle, en vista de que había reconocido públicamente que todo era de él, que recibiera a los esclavos que al día siguiente enviaría él, a quienes, una vez que hubieran escrutado su palacio y las viviendas de sus amigos y

parientes, ordenaba que les entregara todos los objetos más hermosos que encontraran en los referidos lugares, «mientras que dejarán para ti los que no les gusten». Pero Acab, irritado con la segunda embajada del rey de los sirios, reunió en asamblea al pueblo, al que le dijo que él estaba dispuesto, en pro de la salvación y paz de sus gentes, a ofrecer al enemigo tanto a sus mujeres como a sus hijos y a cederle todas sus posesiones, que es lo que había solicitado el sirio en la primera embajada que envió a él. Y Acab concluyó con estas palabras textuales: «Pero ahora ha pedido enviarnos esclavos para escrutar las casas de todos nosotros y no dejar en ellas ninguna de las propiedades más hermosas, deseando con ello contar con un pretexto para declararnos la guerra, puesto que sabe que por vosotros no ahorraría propiedad alguna mía, mientras que el causar daño a vuestros intereses lo considero razón más que suficiente para entrar en guerra. No obstante, haré lo que decidáis vosotros». Y el pueblo le dijo que no debía escuchar a los que trataban de imponerse a él, sino despreciarlos y estar dispuesto a la guerra. Consiguientemente, tras responder a los embajadores que, marchándose, dijeran al rey que todavía entonces continuaba aceptando lo exigido primeramente por él para conseguir con ello la seguridad de sus conciudadanos pero que no prestaba su aquiescencia a la segunda exigencia, los despidió.

371. *Un profeta predice la victoria a Acab (1 Reyes,* 20, 10). 2. Y Adad, al oir esto y tomarlo muy a mal, envió por tercera vez a parlamentar con Acab a los embajadores, amenazándolo con levantar su ejército, cogiendo cada soldado simplemente un puñado de tierra, un terraplén más alto que las murallas por cuya altura y fortaleza lo despreciaba, al tiempo que le ponía de manifiesto el elevado número de sus fuerzas, con lo que trataba de abatir sus ánimos. Y como Acab les respondiera que Adad no debía alardear cuando únicamente estaba armado, sino cuando hubiera ganado la batalla, los embajadores, tras regresar y encontrar al rey celebrando un banquete en compañía de los treinta y dos reyes aliados, le dieron cuenta de la respuesta de Acab. Y Adad ordenó inmediatamente lo siguiente, rodear la ciudad con una empalizada, levantar terraplenes y no dejar de lado ninguna forma de ponerle sitio. Y Acab con todo el pueblo era presa de un tremendo estremecimiento mientras se llevaban a cabo estas operaciones. Pero se animó y libró de los temores cuando cierto profeta se acercó a él y le asegu-

ró que Dios le prometía poner en sus manos a todas aquellas decenas de millares de enemigos. Y, como Acab le preguntara por quiénes lograrían la victoria, el profeta le contestó «por los hijos de los mandos militares, contigo al frente a causa de su inexperiencia». Y, tras llamar a los hijos de los mandos militares (y resultaron ser unos doscientos treinta y dos) y enterarse de que el rey sirio estaba volcado en placeres y en la desidia, abrió las puertas de la ciudad y envió fuera a los referidos hijos. Y, como los espías hubieran informado de ello a Adad, éste envió a unos hombres para que salieran a su encuentro, encargándoles que, si los hijos de los enemigos habían salido a combatir, los detuvieran y los llevaran ante él, y que hicieran lo mismo si aquéllos habían salido en son de paz. Y Acab tenía dispuesto también al resto del ejército por la parte de dentro de las murallas. Pero los hijos de los jefes, que trabaron combate con las fuerzas enemigas de vanguardia, mataron a muchos de ellos y persiguieron a los otros hasta el campamento. Y el rey de los israelitas, al ver que éstos iban venciendo, sacó también a todo el resto del ejército. Y éste, al atacar súbitamente a los sirios, los venció, porque no esperaban que ellos saldrían a atacarlos, y esto es precisamente lo que explica que, cuando los israelitas cayeron sobre ellos, se encontraran desarmados y ebrios, de suerte que, al huir del campamento, abandonaron en él todos sus equipos militares y el rey muy a duras penas logró salvarse, efectuando la huida montado sobre un caballo. Y Acab en su persecución de los sirios recorrió un largo trecho sin parar de matarlos, y, después de apoderarse de lo que había en el campamento enemigo (se encontraban allí en modo alguno pocas riquezas, sino por el contrario grandes cantidades de oro y plata) y de capturar tanto los carros de guerra de Adad como sus caballos, volvió a la ciudad. Y, como el profeta le hubiera insistido en que se preparara y tuviera a punto a sus fuerzas porque el sirio volvería a emprender contra él una expedición militar al año siguiente, Acab se puso a ello.

379. *Adad se prepara de nuevo para la guerra con Acab (1 Reyes,* 20, 23). 3. Y Adad, que salió ileso de la batalla con el mayor número posible de efectivos de su ejército, consultó con sus hijos sobre la manera de emprender una expedición militar contra los israelitas. Y los consultados manifestaron su opinión contraria a trabar combate con ellos en las montañas, porque, según decían, el

Dios de los israelitas ejercía su dominio en tales lugares, razón por la que habían sido vencidos entonces por ellos, pero le aseguraban que triunfarían si realizaban el combate en el llano. Y además de ello le aconsejaban que mandara a sus casas a los reyes que había traído como aliados, pero que retuviera a sus respectivos ejércitos, nombrando sátrapas en sustitución de los citados reyes, y, asimismo, que para ocupar el puesto dejado vacante por los muertos reclutara de su propio territorio fuerzas militares, caballos y carros de guerra. Consecuentemente, al entender que lo que ellos habían dicho era acertado, organizó sus fuerzas siguiendo esos criterios.

381. *Adad se enfrenta a las fuerzas de Acab en Afec (1 Reyes,* 20, 26). 4. Y Adad con el inicio de la primavera tomó consigo al ejército y marchó contra los hebreos y, tras llegar a una ciudad de nombre Afec, acampó en una gran llanura. Y Acab, que salió a su encuentro con sus fuerzas, acampó enfrente. Pero su ejército era sumamente pequeño comparado con el enemigo. Y, como el profeta hubiera vuelto a visitarlo y le asegurara que Dios le daría la victoria para mostrar que su fuerza era efectiva no sólo en las montañas, sino también en las llanuras, cosa que a los sirios les parecía que no se daba, durante siete días permanecieron quietos acampados enfrente, pero al salir los enemigos del campamento el último de los días citados y formar en orden de batalla, también Acab sacó al encuentro a sus fuerzas. Y, enfrentándose a los enemigos en un tenaz combate, los puso en fuga y los acosó persiguiéndolos. Quienes perecieron no sólo por los carros de guerra sino también unos por otros, y sólo unos pocos de ellos consiguieron escapar sanos y salvos a la ciudad de Afec. Pero también ellos murieron, al ser aplastados por las murallas que se desmoronaron, los que ascendían a veintisiete mil hombres. Y aquel mismo día perecieron cien mil enemigos más. Y Adad, el rey de los sirios, que escapó acompañado de algunos criados sumamente fieles, se ocultó en un habitáculo subterráneo. Pero al asegurarle los citados criados que los reyes de los israelitas eran muy humanos y compasivos y que podrían, siguiendo los consuetudinarios rituales de la súplica, conseguir de Acab la salvación para él si les concedía permiso para presentarse a él, los dejó ir. Entonces ellos, tras vestirse con sacos y ceñir sus cabezas con cintas (pues así es como los sirios efectuaban la súplica antiguamente), se presentaron a Acab y le dijeron que Adad le pedía que le respetara la vida,

estando dispuesto a ser por siempre un esclavo de este agradecimiento. Y Acab, después de asegurarles que se congratulaba porque Adad continuaba con vida y no le había pasado nada malo en la batalla, le prometió ofrecerle la estima y el afecto que uno ofrecería a un hermano. Y, tras recibir de él garantía jurada de que no le haría daño alguno si se le presentaba, marcharon y a continuación sacaron a Adad del habitáculo en el que se había ocultado y lo llevaron junto a Acab sentado en un carro. Y Adad se postró en el suelo ante Acab. Y Acab, ofreciéndole su mano derecha, lo hizo subir al carro, y, besándolo, le mandó que estuviera tranquilo y que no temiera nada extraño, mientras Adad le daba las gracias y le confesaba que recordaría este favor durante todo el tiempo de su vida, y le prometió asimismo devolverle las ciudades israelitas que les habían robado los reyes anteriores a él y dejar libre Damasco para que Acab pudiera acudir a ella de la misma manera que sus padres podían hacerlo a Samaria. Y, una vez que ellos hubieron asegurado los acuerdos mediante juramentos, Acab le entregó a Adad infinidad de presentes y a continuación lo despidió para que volviera a su reino. Así es cómo terminó la expedición militar que Adad, rey de los sirios, emprendió contra Acab y los israelitas.

389. *El profeta Miqueas reprende a Acab por soltar a Adad (1 Reyes,* 20, 35). 5. Y cierto profeta de nombre Miqueas, tras acercarse a un israelita, le mandó que le diera un golpe en la cabeza, diciéndole que Dios quería que lo hiciera. Pero como el israelita no se dejara convencer, Miqueas le predijo que por desobedecer los mandatos de Dios se encontraría con un león que lo mataría. Tras ocurrirle esto a aquel hombre, el profeta se acercó de nuevo a otro, mandándole lo mismo. Y, una vez que éste le dio un golpe y le hubo roto el cráneo, se vendó la cabeza y a continuación se presentó al rey, diciéndole que lo había acompañado en la expedición militar y había tomado a su cargo por orden del comandante a un prisionero para que lo custodiara, pero que, como aquél se le hubiera escapado, corría riesgo de morir por orden de quien lo había puesto en sus manos, diciéndole al rey que aquél lo había amenazado con matarlo si el prisionero se escapaba. Y, como Acab le hubiera asegurado que su muerte estaba justificada, tras desatarse la venda de la cabeza fue reconocido por él que se trataba del profeta Miqueas. Y recurrió al ardid utilizado con el rey

para poder decirle las siguientes palabras. En efecto, le dijo que, al haber dejado él que escapara Adad al justo castigo por haber proferido insultos contra la Divinidad, Dios lo perseguiría y haría que muriera él a manos de Adad y su pueblo a manos del ejército de aquél. Entonces Acab, irritado con el profeta, mandó que fuera encarcelado y sometido a vigilancia, mientras él se retiró a su casa confuso por las palabras de Miqueas.

393. *El reino de Josafat de Judá (2 Crónicas,* 17,1). 15.1. Acab se encontraba en esta situación. Pero debo volver al rey de Jerusalén, Josafat, quien, al acrecentar su reino y poderío, estableció y destacó guarniciones en las ciudades situadas en el territorio de sus súbditos no menos que en las usurpadas por su abuelo Abías al distrito de Efraim cuando Jeroboam reinaba en las doce tribus. Pero gozaba del afecto y colaboración divina, por ser un rey justo, piadoso y buscar todos los días qué cosa dulce y grata a Dios podría hacer. Y las poblaciones de los alrededores de su reino lo honraban con presentes regios, con lo que amasó riquezas insondables y se granjeó una fama grandísima.

395. *Administración y ejército de Josafat (2 Crónicas,* 17, 7). 2. En el tercer año de su reinado, tras convocar a los gobernadores y a los sacerdotes de su país, les mandó que, recorriendo las tierras, enseñaran yendo de ciudad en ciudad a todo el pueblo las leyes de Moisés y también que las guardaran y se esforzaran en dar culto a Dios. Y la población toda se alegró con ello tanto que no apreciaba ni amaba ninguna otra cosa tanto como observar las leyes. Y las poblaciones vecinas no dejaban de sentir afecto por Josafat ni de guardar la paz con él. Por su parte, los palestinos le pagaban determinados tributos y los árabes le proporcionaban cada año trescientos sesenta corderos y otros tantos cabritos. Y fortificó grandes ciudades entre otros elementos con torres, y preparó fuerzas militares y armas contra los enemigos. Y el ejército aportado por la tribu de Judá ascendía a trescientos mil soldados, una parte de los cuales estaban mandados por Ednai, mientras Juan mandaba a doscientos mil de ellos. Y este mismo comandante tenía bajo su mando doscientos mil arqueros de a pie, aportados por la tribu de Benjamín, y otro comandante, de nombre Ocobat, adjuntó al rey un total de ciento ochenta mil soldados, aparte de los que envió a las distintas plazas fuertes.

398. *Alianza de Josafat y Acab contra los sirios (1 Reyes,* 22, 2, y 2 *Crónicas,* 18, 1). 3. Y Josafat dio en matrimonio para su hijo Joram a una joven llamada Otlia, hija de Acab, el rey de las doce tribus. Y, cuando él después de un tiempo fue a Samaria, Acab lo recibió muy amablemente y agasajó al ejército que lo había acompañado brillantemente, con abundancia de comida, vino y animales sacrificados, y le propuso que se aliara con él en contra del rey de los sirios, para arrebatarle la ciudad de Aramata, situada en Galad, justificando su propósito diciéndole que la referida ciudad había pertenecido originariamente a su padre pero que el padre del actual rey de Siria se la había arrebatado. Y como Josafat le hubiera prometido su ayuda (pues contaba con fuerzas no inferiores a las de él) y hubiera mandado a sus fuerzas venir de Jerusalén a Samaria, los dos reyes salieron fuera de la ciudad y, sentándose en sus respectivos tronos, se dispusieron a entregar el sueldo cada uno de los dos a sus correspondientes soldados. Luego Josafat le mandó que, si había allí algunos profetas, los llamara y les preguntara cuestiones relativas a la expedición militar contra el sirio y, concretamente, si le aconsejaban efectuar la salida militar en aquel momento, ya que la paz y amistad concertada por Acab con el sirio llevaba entonces una vigencia de tres años, a contar desde que Acab lo había hecho prisionero y luego liberado hasta el día de la fecha.

401. *Los falsos profetas predicen la victoria a Acab (1 Reyes,* 22, 6, y 2 *Crónicas,* 18, 5). 4. Y Acab, tras llamar a sus profetas, los cuales ascendían aproximadamente a la cifra de cuatrocientos, les mandó que preguntaran a Dios si en el caso de emprender él una expedición militar contra Adad le concedería la victoria y la destrucción de la ciudad por la que se disponía a llevar a cabo la guerra. Y, al aconsejarle los profetas que emprendiera la expedición militar porque triunfaría sobre el sirio y lo cogería en sus manos como antes, al percatarse Josafat por sus palabras que se trataba de falsos profetas, preguntó a Acab si había algún otro profeta de Dios, «para tener un conocimiento más preciso de lo que nos espera». Y Acab le aseguró que lo había, pero que lo aborrecía por haberle profetizado calamidades y haberle predicho que moriría vencido por el rey de los sirios y que por esa razón lo tenía ahora en prisión, agregando que se llamaba Miqueas y que era hijo de Jemblai. Y, como Josafat le mandara que se lo trajera, Acab envió a un eunuco a traerlo. Y por el camino le informó el eunuco de que

todos los otros profetas habían predicho al rey la victoria. Pero él, tras asegurarle que no podía dar una información falsa de Dios, sino que diría lo que Él le dijera acerca del rey, cuando llegó a presencia de Acab y éste le hizo jurar que le diría la verdad, le aseguró que Dios le revelaba que los israelitas huirían y serían perseguidos por los sirios, quienes los obligarían a dispersarse por las montañas como rebaños de ovejas privados de pastores. Y continuó diciéndole que Dios le indicaba que los demás regresarían en paz a sus lares, y que él, Acab, sería el único que caería en la batalla. Al darle estas noticias Miqueas, Acab le dijo a Josafat: «No hagas caso, pues yo hace un poco te advertí de la aversión que me tiene este hombre, y, en concreto, de que me había profetizado los peores males». Pero al decirle Miqueas que le convenía prestar oídos a todo lo que le advertía Dios y que los falsos profetas lo incitaban a entrar en guerra por la esperanza que les reportaría la victoria, y, sobre todo, que él debía caer en la lucha, Acab se quedó muy pensativo, pero Sedecías, uno de los falsos profetas, tras presentarse a él, lo animó a no hacerle caso a Miqueas, asegurándole que él no decía verdad alguna, y para probar su aserto utilizó como prueba lo que había profetizado al respecto Elías, quien era mejor que Miqueas en prever el futuro. En efecto, Sedecías le dijo que Elías, cuando había profetizado en la ciudad de Jezarel, había predicho que la sangre de Acab sería lamida por los perros en el campo de Nabot de la misma manera que Nabot había sido lapidado por la masa a instancias del propio Acab[51]. Y concluyó con estas palabras textuales: «Es claro, pues, que éste miente al decir lo contrario de lo que dijo aquel profeta mejor, ya que asegura que morirás en un plazo de tres días. Pero ahora conoceréis si dice la verdad y tiene la fuerza del espíritu divino. En efecto, que tras recibir de mí unos latigazos, intente dejar inerte mi mano, justo como Jadai dejó exánime la derecha del rey Jeroboam cuando quiso detenerlo[52]. Pues tú, Miqueas, has oído, según creo, que esto ocurrió auténticamente». Y, así, como al golpearle él a Miqueas ocurrió que no le pasó nada malo, Acab, lleno de esperanza y confianza, estaba decidido a llevar el ejército contra el sirio, pues en esta su decisión se imponía, según creo, el destino, el cual para poder disponer de una base para su realización, hacía a los falsos profetas más creíbles que la pura

[51] Cf. cap. 361.
[52] Cf. cap. 233.

verdad. Y Sedecías, tras fabricar unos cuernos de hierro, le dijo a Acab que Dios le revelaba que con ellos sometería Siria entera. Y en cuanto a Miqueas, como hubiera dicho que Sedecías no muchos días después, en su deseo de ocultarse, cambiaría un escondite por otro, intentando así escapar al justo castigo que merecía su falsa predicción, el rey mandó que fuera llevado ante Acamón, el gobernador de la ciudad, para que lo encarcelara, y que no se le suministrara nada más que pan y agua.

411. *Derrota y muerte de Acab (1 Reyes,* 22, 29, y *2 Crónicas,* 18, 28). 5. Entonces Acab y Josafat, rey de Jerusalén, tras tomar consigo a sus fuerzas, marcharon contra la ciudad galadita de Aramata[53]. Y el rey de los sirios, al llegar a sus oídos la noticia de su expedición militar, también él llevó contra ellos su propio ejército y acampó no lejos de Aramata. Y convinieron tanto Acab como Josafat en que Acab se despojara del atuendo real y que el rey de Jerusalén, provisto de su vestimenta, se colocara en su puesto, tratando de esta manera de burlar el resultado predicho por Miqueas. Pero el destino lo encontró sin que llevara incluso su atuendo regio. En efecto, Adad, el rey de los sirios, a través de los mandos militares transmitió al ejército la orden de no matar a ningún otro sino exclusivamente al rey de los israelitas. Entonces los sirios, al ver, una vez trabado el combate, a Josafat situado delante de las filas enemigas y figurarse que él era Acab, se lanzaron contra él, pero como, al cercarlo y encontrarse cerca, se dieran cuenta de que no era él, retrocedieron todos atrás, pero aunque combatieron desde el inicio del alba hasta bien caída la tarde y vencían en esta batalla, no mataron a nadie revestido con atuendo de rey, al pretender matar exclusivamente a Acab y sin poder encontrarlo. Pero un paje del rey Adad llamado Amán, al disparar su arco contra los enemigos, hirió al rey en el pulmón, al atravesarle la flecha la coraza. Pero Acab decidió no hacer público a las fuerzas expedicionarias lo ocurrido para evitar que dieran la espalda al enemigo, mientras mandó al auriga que diera la vuelta al carro y lo sacara del campo de batalla, diciéndole que este mandato venía motivado porque había sido herido grave e incluso mortalmente. Y, aunque estaba recomido por los dolores, permaneció en el carro hasta la puesta del sol y murió desangrado.

[53] Cf. cap. 399.

416. *Cumplimiento de la profecía de Elías (1 Reyes,* 22, 36). 6. Y el ejército de los sirios, una vez llegada la noche, se retiró al campamento y, al informarle el heraldo de que Acab había muerto, regresó a sus lares, mientras los israelitas llevaron el cadáver de Acab a Samaria, donde lo enterraron. Y, al lavar el carro en la fuente de Jezarel, pues estaba ensangrentado por haber muerto en él el rey, reconocieron la verdad de la profecía de Elías, ya que los perros lamieron su sangre, y a partir de entonces las heteras se lavaban siempre en esta fuente con ella. Pero murió en Aramata, como había predicho Miqueas. Así, pues, al ocurrirle a Acab lo que le había sido advertido por los dos profetas, debemos considerar grande a la Divinidad y venerarla y honrarla en todas partes y no otorgar más credibilidad a lo que nos gusta y queramos que a la verdad, sino que debemos dar por sentado que no hay nada más provechoso que la profecía y el conocimiento previo de los acontecimientos logrado por esa vía, porque por este procedimiento Dios nos indica de qué cosas debemos guardarnos, y, a su vez, a la vista de lo que le ocurrió al rey, conviene que tengamos en cuenta la fuerza del destino y, concretamente, que ni aunque sea conocido de antemano es posible esquivarlo, sino que penetra en las almas de los hombres halagándolos con hermosas esperanzas, por las que los reduce llevándolos al punto idóneo para desde él imponerse a ellos. Se comprueba, pues, que el propio Acab fue engañado por el destino en sus ideas hasta tal punto que no creyó en los que le predecían la verdad, mientras que hizo caso a los que le profetizaron por adulación, y por ello encontró la muerte. Pues bien, a él le sucedió su hijo Ocozías.

Libro IX

RESUMEN:

1. Cómo Joram, el hijo de Acab, emprendió una expedición militar contra los moabitas.
2. Cómo su homónimo Joram, tras hacerse con todo el poder como rey de Jerusalén, mató a sus hermanos y a los amigos de su padre.
3. Cómo, al abandonarlo Idumea y atacarlo los árabes, no sólo fueron aniquiladas todas sus fuerzas y sus hijos salvo uno que era todavía pequeño, sino que, además de ello, al convertirse él en un ser abominable, falleció de mala manera.
4. Expedición militar del rey de Siria y Damasco contra Joram, rey de Israel, y cómo sitiado él en Samaria escapó inesperadamente al peligro.
5. Cómo el propio Joram murió aniquilado por Jesús, el comandante de la caballería, así como su familia y Ocozías, rey de Jerusalén.
6. Cómo, tras su muerte, reinó Jesús en Israel, fijando su residencia en Samaria, y también sus hijos hasta cuatro generaciones.
7. Cómo una mujer de nombre Otlia reinó en Jerusalén durante cinco años, y cómo el Sumo Sacerdote Jodas, después de asesinarla, nombró rey a Joas, el hijo de Ocozías.
8. Expedición militar de Azael, el rey de Damasco, contra los israelitas, y cómo poco tiempo después de haber causado innumerables males a su territorio y a la ciudad de Samaria

emprendió una segunda expedición militar contra Jerusalén y, tras recibir cuantiosas riquezas de manos de su rey, se retiró a Damasco.

9. Cómo Amasías, el rey de Jerusalén, emprendió una expedición militar contra idumeos y amalecitas y los venció.
10. Cómo éste mismo, cuando atacó a Joas, el rey de Israel, fue derrotado y, cogido prisionero, pagó grandes sumas de dinero, con lo que fue liberado y pudo volver a su reino, y cómo su hijo Ozías sometió a las naciones del contorno.
11. Expedición militar de Jeroboam, rey de Israel, contra Siria, y victoria.
12. Cómo el rey de Asiria emprendió una expedición militar contra Samaria y cómo, después de exigir grandes sumas de dinero a su rey Faceas, volvió a su país.
13. Cómo Rasaem, rey de Damasco, al emprender una expedición militar contra Jerusalén forzó a su rey Acazes a enviar grandes sumas de dinero al rey de Asiria para con él inducirlo a llevar su ejército contra Damasco.
14. Cómo el rey de Asiria tomó Damasco por la fuerza, y cómo tras ello aniquiló a su rey y luego de trasladar a sus gentes a Media estableció en Damasco a otras naciones.
15. Cómo Salmanasar, el rey de Asiria, después de emprender una expedición militar contra Samaria, sitió en ella durante cinco años a Oses, el rey de Israel, y lo mató tras rendirla.
16. Cómo el rey asirio, tras establecer en Media a las diez tribus de Israel, trasladó de Persia a su actual país al pueblo de los cuteos, que los griegos designan con el nombre de samaritanos.

Este libro comprende un período de ciento cincuenta años y siete meses.

1. *Reformas de Josafat (2 Crónicas,* 19, 1). 1.1. Cuando el rey Josafat llegó a Jerusalén después de concertar con Acab, rey de Israel, la alianza militar que, según advertimos [1], le ofreció contra Adad, rey de Siria, quien le hacía la guerra, el profeta Jeus [2], encontrándose con él, le censuraba haber concertado una alianza militar con Acab, hombre impío y malvado. En efecto, le dijo que

[1] Cf. *Ant. jud.* 8, 400 y ss.
[2] Cf. *Ant. jud.* 8, 299.

Dios se encontraba disgustado por ello, pero que, pese a haber pecado, lo mantendría a salvo de sus enemigos por ser el propio Josafat de condición noble. Y el rey de momento se volcó en dar gracias a Dios y en ofrecerle sacrificios, y después se apresuró a recorrer globalmente todo el territorio gobernado por él y enseñar a la gente las leyes que les había dado Dios por intermedio de Moisés y a venerarlo. Y, tras designar jueces en todas y cada una de las ciudades gobernadas por él, los exhortó a emitir sentencias a las masas no prestando tanta atención como a la justicia a ninguna otra cosa, ya se tratara de regalos o del rango de quienes parecieran ocupar una situación superior a causa de sus riquezas o de las influencias familiares. Al contrario, los animaba a fallar en igualdad de condiciones a todo el mundo, consciente de que Dios ve incluso todos y cada uno de los hechos realizados a escondidas. Tras impartir estas enseñanzas por cada una de las ciudades de las dos tribus, volvió a Jerusalén, donde también estableció jueces elegidos entre los sacerdotes, los levitas y los que se habían granjeado el primer puesto entre la población, animándolos a efectuar todas sus sentencias con cuidado y justicia. También les indicó que, si algunos de sus compatriotas mantenían diferencias en cuestiones de una importancia superior a lo normal y se las enviaban a ellos desde las restantes ciudades, en estos casos debía verse que resolvían los asuntos en cuestión de una manera justa y con un interés especial, y ello porque convenía que fueran cuidadosos y sumamente justos sobre todo los fallos emitidos en una ciudad en la que se daba la circunstancia de encontrarse el Templo de Dios y residir el rey. Y al frente de estos jueces puso al sacerdote Amasías y a Zabadías, uno y otro de la tribu de Judá. Esta es la manera en que el rey organizó los asuntos de Estado.

7. *Josafat se prepara para la guerra contra los moabitas (2 Crónicas,* 20,1). 2. Y por las mismas fechas emprendieron una expedición militar contra él los moabitas y los amonitas, tomando consigo también a una gran parte de los árabes, y acamparon junto a la ciudad de Engade[3], situada al lado del lago Asfaltitis, distante trescientos estadios de Jerusalén. En esta ciudad crecen las palmeras y el opobálsamo[4]. Y Josafat, al llegar a sus oídos la noticia de

[3] Cf. *Ant. jud.* 6, 282.
[4] Cf. *Ant. jud.* 8, 174.

que los enemigos, tras cruzar el lago, habían irrumpido ya en el territorio gobernado por él y coger miedo, reunió al pueblo de Jerusalén en asamblea en el Templo, y, puesto en pie de cara al sanctasanctórum, pedía e invocaba a Dios que le otorgara fuerza y poder bastantes para vengarse de los atacantes. Y en su invocación a Dios añadía que ellos, los que le habían construido el Templo, le pedían lo siguiente, que en la lucha inminente se pusiera Él de parte de aquella ciudad y rechazara a los que habían tenido la osadía de venir contra Él, quienes se presentaban dispuestos a quitarles la tierra que Él les había dado como habitáculo. Hacía él esta oración envuelto en lágrimas, y le acompañaba en la súplica la multitud en todo su conjunto, incluidas las mujeres y los niños. Y un tal Jaziel, que era profeta, pasando a situarse en medio de los reunidos, prorrumpió en gritos diciendo tanto al pueblo como al rey que Dios había prestado oídos a sus oraciones, prometiéndoles que Él atacaría a los enemigos. Y el profeta mandó al rey que al día siguiente sacara el ejército y marchara al encuentro de los enemigos, diciéndole que los encontraría en la cuesta de nombre Prominencia que había entre Jerusalén y Engade, pero que no trabara combate con ellos sino que, plantados allí, se limitaran a observar cómo los atacaba la Divinidad. Cuando el profeta terminó de pronunciar estas palabras, el rey y la multitud, tras caer al suelo boca abajo, daban gracias a Dios y lo veneraban, mientras los levitas no cesaban de entonar himnos al son de los instrumentos.

12. *Victoria de Josafat sobre los amonitas (2 Crónicas,* 20, 20). 3. Y, cuando al amanecer del día siguiente el rey llegó hasta el desierto situado un poco por debajo de la ciudad de Técoa, dijo a la multitud que debía hacer caso a lo dicho por el profeta y no adoptar orden de batalla, sino, tras colocar delante a los sacerdotes con las trompetas y a los levitas con los que entonaban himnos, dar gracias a Dios, dando por descontado que había salvado ya de los enemigos a nuestro país. Agradó al pueblo la decisión del rey, y por ello se dispuso a poner en práctica su consejo. Y Dios infundió miedo e inquietud a los amonitas, quienes se mataban unos a otros considerándose enemigos, hasta tal punto que no se salvó ni uno solo de un ejército tan numeroso. Y Josafat, al mirar al barranco en el que habían acampado los enemigos y verlo repleto de cadáveres, se alegró por lo extraordinario de la ayuda de Dios, ya que, sin que ellos hubieran luchado lo más mínimo, les había dado la victoria Él por

sí solo, y permitió al ejército saquear el campamento de los enemigos y despojar a los cadáveres. Y ellos se cansaron de despojarlos durante tres días, ¡tan grande era el número de los aniquilados! Y al cuarto día, tras concentrarse todo el ejército en un lugar hondo y lleno de barrancos, bendijeron la fuerza de Dios y la ayuda que les prestó en aquella batalla, circunstancia por la que el lugar en cuestión tomó el apelativo de *Hondonada de la Bendición.*

16. *Fama de Josafat y su alianza con el hijo de Acab (2 Crónicas,* 20, 27). 4. Y el rey, después que devolvió el ejército a Jerusalén, se volcó en banquetes y sacrificios durante muchos días. Ahora bien, una vez que el aniquilamiento de los enemigos logrado por él llegó a oídos de las naciones extranjeras todas sus gentes le cogieron miedo, al interpretar que claramente Dios le prestaría su concurso de allí en adelante. Y Josafat vivía envuelto en una aureola espléndida de gloria no sólo por su conducta justa sino también por la piedad mostrada hacia la Divinidad. Y se hizo amigo también del hijo de Acab, que reinaba en Israel, con quien formó un consorcio para la construcción de naves que navegaban al Ponto y puertos comerciales de Tracia, empresa en la que perdió su capital, ya que los barcos fracasaron por sus grandes dimensiones. Y por este motivo de allí en adelante dejó de entusiasmarse por las naves. Este era el estado de cosas concerniente a Josafat, rey de Jerusalén.

18. *Ocozías y Elías (1 Reyes,* 22, 51). 2. 1. Ocozías, hijo de Acab, reinaba sobre los israelitas, fijando su residencia en Samaria. Era un malvado y en todo igual a sus progenitores, padre y madre, y también a Jeroboam, que fue el primero en transgredir las leyes y en engañar al pueblo. Pero en el segundo año de ocupar el trono le hizo defección el rey de los moabitas, quien dejó de aportarle los tributos que antes pagaba a su padre Acab. Por otro lado, ocurrió que Ocozías se cayó al suelo al bajar de la terraza de su casa y, como contrajera una enfermedad, envió mensajeros al dios *Mosca* de Acarón (pues este era el nombre del dios) a preguntarle por la forma de recuperarse. Entonces el Dios de los hebreos, tras aparecerse al profeta Elías, le ordenó, por un lado, que, haciéndose el encontradizo con los mensajeros enviados por Ocozías, les preguntara si es que el pueblo israelita no tenía un dios propio habida cuenta de que su rey los enviaba a uno extranjero a preguntarle por

la forma de recuperarse, y, por otro, que les ordenara regresar e informar al rey de que no saldría de la enfermedad. Y, como Elías cumpliera lo que Dios le había ordenado, los mensajeros aquellos, al oír sus palabras, regresaron de inmediato junto al rey. Y, al extrañarse él de la rapidez de su vuelta y preguntarles el motivo, le dijeron que se había encontrado con ellos un hombre, quien les había impedido continuar adelante con el viaje y ordenado «que regresáramos y te dijéramos por encargo del Dios de los israelitas que tu enfermedad adquirirá una gravedad superior». Y, como el rey les ordenara que le dieran alguna señal de la persona que les había dicho eso, lo describieron como un hombre de cabellera poblada y ceñido con un cinturón de piel. Y, al comprender por estos rasgos que era Elías la persona indicada por los mensajeros, envió a por él a un oficial con cincuenta soldados con la orden de que fuera llevado a su presencia. Cuando el oficial enviado encontró a Elías sentado en la cima de la montaña, le ordenó que bajara para presentarse al rey, puesto que así lo había ordenado aquél, diciéndole que, si se negaba, lo arrastraría a la fuerza. Pero Elías, luego de contestarle que para probarle que él era un profeta verdadero iba a pedir que cayera fuego del cielo y aniquilara tanto a los soldados como al propio oficial, lo pidió, e inmediatamente cayó una llamarada que acabó con la vida del oficial y de su compañía. Cuando al rey se le informó de la muerte de estos hombres, montando en cólera envió a por Elías a otro oficial con tantos soldados con cuantos había despachado al anterior. Y, como también éste hubiera amenazado al profeta con detenerlo y arrastrarlo por la fuerza si no bajaba por su propia voluntad, Elías pidió a los cielos fuego contra él, y éste acabó con el oficial exactamente igual que había acabado con el enviado anteriormente. Y el rey, al enterarse también de su desgracia, envió a un tercero. Pero éste, que era inteligente y de un carácter bastante condescendiente, al llegar al lugar en que se encontraba Elías, lo saludó amablemente y le dijo que debía saber que su presencia allí no era voluntaria sino determinada por cumplir un mandato real, al igual que había ocurrido con los oficiales enviados antes que él, quienes habían venido no por propia voluntad, sino por el mismo motivo. Y le pedía que, en atención a ello, se compadeciera de él y de los soldados que le acompañaban y que, en consecuencia, bajara y lo acompañara a presencia del rey. Entonces Elías, que acogió con agrado la habilidad de su discurso y su carácter tan educado, bajó y lo acompañó.

Y, una vez que llegó junto al rey, le profetizó y le informó de que era Dios quien lo decía. La profecía fue ésta: «En vista de que te formaste una incorrecta opinión de Él entendiendo que no era Dios y que no tenía capacidad para predecir la verdad en lo referente a tu enfermedad, y, lejos de ello, enviaste mensajeros al dios de Acarón a preguntarle cuál sería el futuro de tu enfermedad, sábete que morirás».

27. *Joram de Israel (2 Reyes,* 1, 17 y ss.). 2. Y Ocozías murió, como había predicho Elías, transcurrido muy poco tiempo, y le sucedió en el trono su hermano Joram, pues él había dejado el mundo sin hijos. Este Joram, que fue semejante a su padre en maldad, reinó durante doce años, haciendo uso de toda suerte de desafueros e impiedades contra Dios, ya que, dejando de rendirle culto a Él, veneraba a los dioses extranjeros. Y era, además, drástico en sus determinaciones. Y por aquellas fechas Elías desapareció de la vista de los hombres, y hasta el día de hoy nadie ha tenido conocimiento del final que tuvo. Y dejó en sustitución de él a su discípulo Eliseo, como ya informamos anteriormente[5]. Pues bien, de Elías y Enoc, que vivió antes del diluvio, en las Sagradas Escrituras está escrito que desaparecieron, pero nadie sabe que murieran.

29. *Joram y Josafat contra los moabitas (2 Reyes,* 3, 4 y ss.). 3.1. Y Joram, una vez que se hizo cargo del reino, decidió emprender una expedición militar contra el rey de los moabitas, de nombre Meisa, y ello porque, según advertimos[6], había hecho defección de su hermano, cuando venía pagando a su padre Acab en concepto de tributos doscientas mil ovejas más la lana correspondiente. Y, así, tras reclutar sus propias fuerzas, envió embajadores a Josafat para exhortarle, dado que desde siempre había sido amigo de su padre, a concertar una alianza militar con él, cuando estaba a punto de declarar la guerra a los moabitas por haber hecho defección de su reino. Y Josafat le prometió que no sólo le ayudaría él, sino que obligaría también al rey de los idumeos, que dependía de él, a participar en la expedición militar. Y Joram, cuando esta decisión de Josafat respecto a la alianza militar le fue comunicada, tomando consigo al ejército llegó a Jerusa-

[5] *Ant. jud.* 8, 352 y ss.
[6] Cap. 19.

lén. Y después de ser agasajado espléndidamente por el rey de Jerusalén y haber tomado ellos la decisión de efectuar la marcha contra los enemigos a través del desierto de Idumea, convencidos de que aquéllos no esperarían que ellos llevaran a cabo la invasión por allí, salieron de Jerusalén los tres reyes, que eran: el de esta última ciudad, el de Israel y el de Idumea. Y, como hubieran hecho un rodeo correspondiente a siete días de camino, terminaron viéndose envueltos en falta de agua no sólo para el ganado sino también para el ejército (porque sus guías se equivocaron de camino), y la cosa fue tan grave que todos estaban fuera de sí pero especialmente Joram, quien sumamente angustiado gritó a Dios de qué fechoría acusaba a los tres reyes cuando los había llevado a entregarlos sin poder luchar al rey de los moabitas. Pero Josafat, que era justo, lo reconfortó y le mandó que enviara a un mensajero al campamento a enterarse si les había acompañado algún profeta de Dios, terminando con estas precisas palabras «para, a través de él, saber por información de Dios qué debemos hacer nosotros». Y, como un criado de Josafat les asegurara haber visto allí a Eliseo, hijo de Safat y discípulo de Elías, a instancias de Josafat partieron hacia él los tres reyes, Y, tras llegar a la tienda del profeta, quien casualmente estaba alojado en una tienda situada fuera de la empalizada del campamento, le preguntaban por el futuro que esperaba al ejército todos pero especialmente Joram. Y como Eliseo le indicara que no lo molestara sino que acudiera a los profetas de su padre y de su madre, porque ellos eran verdaderos profetas, Joram le pedía que fuera él quien les profetizara y que los salvara. Entonces Eliseo, tras jurar que Dios no habría respondido a sus preguntas de no ser por la condición santa y justa de Josafat y haberle sido traído un hombre que sabía pulsar el arpa (que el propio Eliseo había solicitado) entró en trance al son del tañido del arpa y ordenó a los reyes que mandaran excavar en el torrente numerosos hoyos, añadiendo las siguientes palabras textuales: «Pues sin que aparezcan nubes, ni sople el viento, ni rompa a llover, veréis el río lleno de agua y con un caudal tal que no sólo el ejército, sino también los animales de tiro se os salvarán con el agua que beban. Pero vosotros obtendréis de Dios no sólo esto, sino que también triunfaréis sobre los enemigos, tomaréis las ciudades más hermosas y mejor fortificadas de los moabitas, talaréis sus árboles frutales, asolaréis su territorio y les obstruiréis las fuentes y los ríos».

37. *Los moabitas son derrotados (2 Reyes,* 3, 20). 2. Al día siguiente de aquél en que el profeta pronunció estas palabras y antes de la salida del sol el torrente corrió con un caudal enorme (pues coincidió que Dios había enviado lluvias torrenciales en Idumea y en una extensión de tres días de camino del lugar en que se encontraban), hasta tal punto que el ejército y los animales de tiro encontraron agua para beber sin tasa. Cuando los moabitas oyeron que los tres reyes venían contra ellos y que realizaban la invasión a través del desierto, su rey reunió inmediatamente el ejército integrado por ellos y ordenó que echaran el campamento encima de la frontera para evitar que los enemigos irrumpieran en su territorio sin que ellos se enteraran. Pero al observar a la salida del sol el agua del torrente (pues tampoco corría demasiado lejos de la tierra moabita) con un color parecido a la sangre (pues a esa hora del día el agua cobra un color especialmente rojizo al recibir el reflejo de los rayos solares) concibieron una idea falsa de los enemigos al creer que se habían matado entre sí a causa de la sed, cuando el propio río les aportaba sangre como corriente. Y, así, al suponer que era eso lo que ocurría, pidieron al rey que los enviara a despojar a los enemigos, y, concedido el permiso, se lanzaron todos en pos de lo que consideraron un negocio seguro y llegaron al campamento de los enemigos a quienes daban por muertos. Pero esta su esperanza les resultó fallida, pues los enemigos los rodearon y unos de ellos fueron acuchillados y los otros se dispersaron huyendo a su país. Pero los reyes, tras penetrar en territorio moabita, derribaron sus ciudades, saquearon sus campos y los estropearon llenándolos de piedras cogidas de los torrentes, talaron los árboles más hermosos, obstruyeron las fuentes de agua y demolieron las murallas hasta arrasarlas. Y el rey de los moabitas, angustiado con el asedio y viendo que la ciudad corría peligro de ser tomada por la fuerza, decidió montar a caballo y salir con setecientos a través del campamento enemigo y concretamente por la parte por la que suponía que ellos tenían aflojada la guardia. Pero aunque lo intentó no pudo escapar, porque se encontró con que el lugar aquel estaba vigilado atentamente. Entonces, al volver a la ciudad, llevó a cabo una acción producto de la desesperación y de una imperiosa necesidad: después de subir a su hijo mayor, quien estaba llamado a sucederle en el trono, a lo alto de la muralla de forma que resultara visible a los enemigos, lo sacrificó en holocausto a Dios. Y los reyes, al verlo, se compadecieron de él por la extrema necesidad

de que era víctima y, experimentando un sentimiento humano y compasivo, levantaron el asedio y cada uno volvió a su tierra. Y Josafat, tras regresar a Jerusalén y vivir en paz, sobrevivió un poco de tiempo a aquella expedición militar para luego morir, habiendo alcanzado sesenta años de vida, de los que pasó siendo rey veinticinco. Tuvo un entierro ostentoso en Jerusalén, y ello porque había imitado el comportamiento de David.

45. *Joram sucede a Josafat (2 Crónicas,* 21, 1). 4. 1. Josafat dejó bastantes hijos, pero designó sucesor al mayor, que era Joram, quien se llamaba igual que el hermano de la mujer de Josafat, hermano que reinaba en Israel y era hijo de Acab. Y el rey de Israel, cuando llegó a Samaria procedente de la tierra moabita, llevó consigo al profeta Eliseo, cuyas hazañas quiero referir según hemos leído en las Sagradas Escrituras, y ello porque son espléndidas y dignas de ser contadas.

47. *Eliseo y la viuda (2 Reyes,* 4, 1). 2. En efecto, cuentan que la mujer de Obedías, el administrador de Acab, se presentó a él y le dijo que él no ignoraba cómo su marido había conseguido salvar a los profetas que estaban a punto de ser matados por Jezabel, la mujer de Acab. En este sentido la mujer dijo que su marido había ocultado y mantenido a cien de ellos con dinero que había tomado prestado, añadiendo que en aquel momento, una vez muerto su marido, los acreedores pretendían llevarlos tanto a ella como a sus hijos a la esclavitud, y le rogaba que en atención a la buena acción hecha por su marido se compadeciera de ellos y les prestara alguna ayuda. Y como el profeta le preguntara qué tenía en casa, le contestó que ninguna otra cosa más que una pequeñísima cantidad de aceite en un jarro. Entonces el profeta la mandó regresar y pedir prestadas a los vecinos muchas vasijas vacías y que, tras cerrar a cal y canto las puertas de su casita, vertiera en todas una parte de aquel aceite, porque Dios las llenaría. Como la mujer hubiera cumplido lo ordenado y mandara a sus hijos que todos y cada uno de ellos trajera vasijas, marchó junto al profeta y le comunicó lo ocurrido cuando todas ellas se llenaron y no quedó ninguna vacía. Entonces él le aconsejó que, de vuelta a su casa, vendiera el aceite y saldara sus deudas con los acreedores, diciéndole que sobraría todavía algo del dinero obtenido por la venta del aceite, que ella utilizaría para la manutención de sus hijos. De esta manera Eliseo

eximió a aquella mujer de las deudas contraídas y la libró de las injurias de las que la hacían objeto los acreedores.

51. *Eliseo advierte a Joram de un complot sirio (2 Reyes,* 6, 9). 3. Y Eliseo envió rápidamente un recado a Joram, aconsejándole que evitara determinado lugar, porque en él había algunos sirios apostados para matarlo. Entonces el rey ya no salió de caza, haciéndole caso al profeta. Pero Adad, al fracasar en su intentona dando por sentado que sus propios amigos eran los que habían delatado a Joram la emboscada, se puso fuera de sí y, tras mandarlos venir, los tildaba de traidores de sus secretos y amenazaba con matarlos, al haber resultado conocido del enemigo el ataque, que sólo a ellos había confiado. Y como uno de los presentes le hubiera asegurado que su creencia era equivocada, y que no debía suponer que fueran ellos los que habían declarado a su enemigo el envío de los soldados dispuestos a matarlo, sino que tenía que saber que era el profeta Eliseo quien le había revelado todo y le había dado a conocer sus planes, ordenó a unos emisarios que se enteraran en qué ciudad se encontraba residiendo Eliseo. Y estos emisarios regresaron comunicándole que se encontraba en Dotaeín[7]. Entonces Adad envió a esta ciudad poderosas fuerzas de caballería y carros de guerra para capturar a Eliseo. Y estas fuerzas, tras ocupar todos los alrededores de la ciudad, montaron guardia delante de ella. Pero al enterarse de ello con la llegada del alba el criado del profeta y concretamente de que los enemigos buscaban a Eliseo para capturarlo, corrió hasta él y se lo reveló entre gritos y nervioso. Entonces Eliseo animó al criado a que no tuviera miedo y rogó a Dios, pensando en cuya alianza estaba tranquilo, que manifestara a su sirviente (para que cogiera confianza y esperanza) la fuerza y presencia de que Él era capaz. Y Dios, que prestó oídos a la oración del profeta, puso a la contemplación del criado una multitud de carros de guerra y de caballos protegiendo a Eliseo todo a su alrededor, lo que hizo que el criado quitara el miedo y se reanimara a la vista de lo que él consideraba una ayuda militar. Y Eliseo, después de eso, rogó a Dios también que cegara los ojos de los enemigos, cubriéndolos de una niebla opaca por la que no habían de reconocerlo. Y, hecho ello realidad, tras pasar a situarse entre los enemigos, les preguntó en

[7] La actual *Tell Dōthān*, al sudoeste de Jenin.

busca de quién habían venido. Y al decirle ellos que del profeta Eliseo, él les prometió que se lo entregaría si lo acompañaban a la ciudad en que acertaba a encontrarse. Y ellos con los ojos y el pensamiento cegados por Dios siguieron deprisa al profeta que los guiaba, y Eliseo, llevándolos a Samaria, mandó al rey Joram que cerrara las puertas de la ciudad y que rodeara con sus fuerzas a los sirios, al tiempo que pidió a Dios que limpiara los ojos de los enemigos y quitara la niebla que los cubría. Y ellos, liberados de aquella ceguera, vieron que se encontraban en medio de los enemigos. Al hallarse los sirios, como es natural, envueltos en una tremenda impresión y perplejidad a consecuencia de una acción tan divina como inesperada, y preguntar el rey Joram al profeta si ordenaba que fueran atacados con flechas, Eliseo le prohibió hacerlo, porque, según él decía, entraba dentro de los límites de la justicia matar a los capturados según las normas de la guerra, pero que aquéllos no habían causado ningún daño a su país, sino que habían venido sin saberlo hasta ellos por la fuerza divina. Y le aconsejaba que, después de hacerlos partícipes de los dones de hospitalidad y de sentarlos a la mesa, los despidiera indemnes. Joram, pues, hizo caso al profeta y, así, tras agasajar a los sirios muy espléndidamente y también muy diligentemente, los despidió para que volvieran junto a Adad, su rey.

60. *Adad sitia a Joram en Samaria (2 Reyes,* 6, 23 y ss.). 4. Y, al llegar éstos e informarle de lo ocurrido, Adad, que se quedó estupefacto ante aquel suceso inesperado así como ante la presencia y fuerza del Dios de los israelitas y ante el profeta, a quien la Divinidad asistía tan evidentemente, decidió ya no atacar a escondidas al rey de los israelitas, por miedo a Eliseo, y optó por declararle la guerra abiertamente, en la creencia de que con la superioridad de su ejército y con sus fuerzas triunfaría sobre los enemigos. Y, así, acompañado de ingentes fuerzas emprendió una expedición militar contra Joram, quien, al considerar que él no poseía fuerzas parejas para enfrentarse a los sirios, se encerró en Samaria, confiado en la fortaleza de sus murallas. Y Adad, convencido de que podría tomar la ciudad, si no con ingenios militares, sí obligaría a rendirse a los habitantes de Samaria por el hambre y falta de provisiones, invadió su país y puso sitio a esta ciudad. Y hasta tal punto llegaron a faltar a Joram los recursos necesarios para vivir que por falta extrema de ellos en Samaria se

vendía la cabeza de asno a ochenta monedas de plata y los hebreos compraban un sextario de palomina, utilizada en sustitución de la sal, a cinco monedas de plata. Y Joram temía no fuera que a causa del hambre alguien entregara a traición la ciudad a los enemigos y por eso todos los días recorría las murallas y los puestos de los centinelas para evitar que alguno de ellos, al ser observado y serle quitadas las intenciones por estar vigilado, quisiera llevar a cabo una acción tan arriesgada, si ya antes había concebido ese propósito. Y como una mujer hubiera gritado «Soberano, ten compasión», y él hubiera creído que ella iba a pedirle algo para comer, montando en cólera pidió a Dios lo peor para ella y a renglón seguido le dijo que él no disponía de sal ni de cubas de vino con que poder contribuir a resolver algo sus necesidades. Pero al contestarle ella que no necesitaba nada de eso y que no lo molestaba por razones de comida, sino que lo que le pedía era que se le hiciera justicia contra otra mujer, él le mandó que expusiera su caso y le informara de sus pretensiones. Entonces aquella mujer le aseguró haber concertado un acuerdo con otra mujer, vecina suya y en aquel entonces amiga, para matar ambas a sus hijos (pues cada una de las dos tenía un niñín) y así «poder darnos de comer la una a la otra durante el día que a cada una le tocara», habida cuenta de que existía una falta absoluta para poder combatir el hambre y de la falta de recursos. Y la mujer continuó diciendo: «Y, actuando yo la primera, degollé al mío y en el día de ayer nos alimentamos ambas con el mío, pero hoy y ahora la otra no quiere hacer lo mismo, sino que transgrede el acuerdo y ha quitado del alcance de nuestra vista a su hijo». Esto entristeció tremendamente a Joram cuando lo oyó, y, luego de rasgarse las vestiduras y de lanzar un grito espantoso, lleno de cólera contra el profeta Eliseo decidió matarlo porque no pedía a Dios que les otorgara solución y escape a las calamidades en que se veían envueltos. Y, así, envió inmediatamente a quien había de cortarle la cabeza. Y el emisario corrió a matar al profeta. Pero a Eliseo no le pasó inadvertida la cólera del rey. Al contrario, sentado en su casa acompañado de los discípulos les reveló que Joram, el hijo del asesino [8], había enviado un emisario para cortarle la cabeza. Y les dijo: «Pero vosotros, cuando llegue el emisario encargado de cumplirlo y se disponga a franquear la puerta, aten-

[8] Acab.

tos a ese instante lo apretáis contra ella y lo retenéis en esa posición, porque el rey, arrepentido de su acción, se presentará en mi casa a continuación de él». Y los discípulos cumplieron lo ordenado cuando llegó el emisario enviado por el rey para matar a Eliseo. Y Joram, al comprender por sí solo lo equivocado de su enfado con el profeta y temiendo no fuera que antes de que él llegara lo matara el emisario encargado de hacerlo, corrió a impedir que se llevara a cabo el asesinato y a salvar la vida del profeta. Y, habiendo llegado junto a Eliseo, le reprochaba que no pidiera a Dios el final de los males que los aquejaban, sino que, lejos de ello, veía con indiferencia que perecieran tan cruelmente víctimas de ellos. Pero Eliseo le anunció que al día siguiente, a la misma hora que el rey había llegado junto a él, aparecería mucha abundancia de alimentos, de forma tal que se venderían en la plaza del mercado a siclo los dos *sata* de cebada y el *sata* de la harina más fina se compraría a siclo. Estas palabras devolvieron la alegría tanto a Joram como a todos los presentes, puesto que no dudaban en creer al profeta al haber sido verificada la verdad de sus promesas en anteriores casos. Lejos de desconfiar de él, la inminencia del día siguiente tan esperado les hacía llevaderos la escasez y el sufrimiento del día presente. Pero el comandante de la tercera división, que era amigo del rey y que entonces sostenía al rey, quien se apoyaba en él, le dijo: «Lo que dices tú, profeta, no se te puede creer, pues como es imposible que Dios arroje desde el cielo trombas de cebada o de harina finísima, así también no hay manera de que se cumpla lo que acabas de decir». Y el profeta le contestó: «Verás que lo que digo va a tener el resultado indicado, pero no participarás de ninguno de los bienes que se produzcan».

74. *Los cuatro leprosos de Samaria (2 Reyes,* 7, 3). 5. Pues bien, la predicción de Eliseo resultó en la forma indicada por él. Había una ley en Samaria que obligaba a los que tenían lepra y no se encontraban físicamente limpios de tal enfermedad a permanecer fuera de la ciudad. En estas circunstancias, cuatro hombres que por este motivo permanecían fuera de las puertas de la ciudad y a quienes por la gravísima situación impuesta por el hambre ya no les sacaba nadie comida, como tenían prohibido por la ley entrar en la ciudad y pensaran, por un lado, que, aun en el supuesto de que se les hubiera permitido la entrada, perecerían cruelmente a causa del hambre, y, por otro, que les pasaría lo mismo si conti-

nuaban en el mismo sitio por falta de alimentos, optaron por entregarse a los enemigos dispuestos a vivir, si aquéllos respetaban sus vidas, y a encontrar una muerte honrosa, si eran matados. Tras ratificar esta decisión, llegada la noche se pusieron en camino hacia el campamento de los enemigos. Pero ya desde el inicio de su partida Dios empezó a meter miedo y a turbar a los sirios y a hacer resonar en sus oídos el ruido de carros de guerra y de caballos como de un ejército en marcha y a infundirles la idea de esto cada vez más próxima. Y, claro, en este estado de cosas resultaron tan convulsionados por la susodicha idea que abandonaron las tiendas y corrieron a Adad, a quien dijeron que Joram, el rey de los israelitas, había conseguido la ayuda militar en calidad de mercenarios no sólo del rey de Egipto, sino también del de las islas[9] y que los había traído contra ellos, pues decían haber oído el ruido de los mencionados ejércitos según avanzaban. Adad se plegó a las indicaciones de éstos (pues también él percibía en sus oídos los mismos ruidos que el ejército), y, así, todos ellos, en medio del más completo desorden y alboroto, se pusieron en fuga, abandonando en el campamento los caballos y los animales de tiro y riquezas sin tasa. Y los leprosos, mencionados un poco antes, y que de Samaria se habían retirado al campamento de los sirios, cuando al llegar a la empalizada vieron que dentro de ella había la más completa tranquilidad y silencio, y, a su vez, al pasar adentro y precipitarse dentro de una tienda no observaron a nadie, se pusieron a engullir y a beber y, luego, arramblaron con ropa y gran cantidad de oro y, tras llevárselo fuera de la empalizada, lo ocultaron. A continuación pasaron a otra tienda e igual que antes se llevaron de nuevo los objetos que había en su interior, cosa que hicieron cuatro veces sin que nadie en absoluto se topara con ellos. De donde dedujeron que los enemigos se habían retirado, lo que les llevó a reprocharse no haber informado de ello a Joram y a sus conciudadanos. Entonces ellos, tras acercarse a la muralla de Samaria y haber gritado a los centinelas, les revelaron la retirada de los enemigos, y ellos, a su vez, trasmitieron esta información a la guardia del rey, por la que se enteró Joram e hizo llamar a sus amigos y a los comandantes. Y, una vez que hubieron llegado

[9] Pero, según la Biblia, los hetitas. Josefo ha confundido LXX *χεττ ταίων* (= Hebr. *Hittim.* «Hititas»), con *χεττείμ* o algo semejante (= Hebr. *Kittim),* denotando Chipre o las islas griegas en general (Thackeray).

éstos, les dijo que consideraba una insidia y argucia la retirada del rey de los sirios «al haber perdido la esperanza de que nosotros fuéramos a perecer de hambre, y con la finalidad de caer repentinamante sobre nosotros cuando saliéramos de la ciudad para saquear el campamento al dar por hecho que ellos han huido, y de esta manera matarnos a nosotros y apoderarse de la ciudad sin necesidad de luchar. Por ello os exhorto a que la mantengáis vigilada y en modo alguno salgáis fuera ni caigáis en la desidia con la idea de que los enemigos se han retirado». Pero al asegurarle uno de los que lo escuchaban que sus consideraciones eran excelentes e inteligentísimas y aconsejarle, no obstante, que enviara a dos jinetes con la misión de rastrear todo el territorio hasta el Jordán para que si eran cogidos y aniquilados por los enemigos que estuvieran apostados pusieran en guardia al ejército para evitar que le sucediera algo igual saliendo fuera de la ciudad descuidadamente, le contestó: «Pero a los muertos por el hambre sumarás otros muertos más, los jinetes, si perecen capturados por los enemigos». De todas formas, contento con la propuesta los envió allá inmediatamente en plan de exploración. Quienes recorrieron todo el trayecto sin encontrar a nadie en él y ni a un solo enemigo pero sí encontrándolo lleno de provisiones y armas, que habían abandonado y arrojado para estar ligeros en la huida. Al oír esto el rey dio permiso a la multitud para saquear los objetos que hubiera dentro del campamento enemigo. Y en esta operación las masas de Samaria no obtuvieron un beneficio insignificante ni escaso, sino que se apoderaron de grandes cantidades de oro, grandes cantidades de plata y rebaños de todo tipo de ganados. Más aún: al encontrarse con trigo y cebada en cantidades tan inconmensurables como ni en sueños habrían esperado encontrar, no sólo se vieron libres de sus anteriores calamidades, sino que además consiguieron tanta abundancia de estos artículos que se compraba los dos *sata* de cebada a siclo y un *saton* de la harina más fina también a siclo, como había predicho Eliseo [10]. El *saton* equivale en capacidad a modio y medio itálico. Y el único que no disfrutó de estos bienes fue el comandante de la tercera división. En efecto, al haber sido destacado a la puerta de la ciudad por el rey, para que contuviera la excesiva presión de la multitud y evitara que las gentes perecieran

[10] Cf. cap. 62 y 71.

pisoteadas al empujarse unas personas a otras, fue él quien sufrió esta desgracia y murió de esta manera, final que le había profetizado Eliseo cuando este comandante fue el único entre todos que no le creyó las palabras que Eliseo decía relativas a la abundancia de provisiones que se produciría [11].

87. *Adad envía a Azael a consultar a Eliseo sobre su enfermedad (2 Reyes,* 8, 7). 6. Y Adad, el rey de los sirios, cuando sano y salvo llegó a Damasco y se enteró de que había sido la Divinidad la que había infundido tanto a él como a todo su ejército aquel pavor y terror, y que no se había producido por un asalto de los enemigos, tremendamente desalentado por tener a Dios hostil a sus intereses cayó enfermo. Y, como en aquel momento el profeta Eliseo hubiera llegado a Damasco y se hubiera enterado de ello Adad, envió a Azael, el más fiel de sus criados, a visitarlo y llevarle regalos, mandándole que le preguntara por su enfermedad y de una manera concreta si él escaparía al peligro que ella entrañaba. Y Azael, con cuarenta camellos, cargados con los regalos mas hermosos y más valiosos que había en Damasco y se encontraban en el palacio real, se encontró con Eliseo y, después de saludarlo amablemente, le dijo que había sido enviado por el rey Adad a visitarlo para traerle regalos y preguntarle, a propósito de la enfermedad, si mejoraría de ella. Y el profeta mandó a Azael que no comunicara la mala noticia al rey, pero le aseguró que moriría. Y el criado del rey se entristeció al oír esto, al tiempo que Eliseo lloraba y prorrumpía en un mar de lágrimas, al prever las calamidades que el pueblo había de sufrir tras la muerte de Adad. Y, al preguntarle Azael por el motivo de su disgusto, le contestó: «Lloro de pena por el pueblo de los israelitas y concretamente por las calamidades tremendas que sufrirá a manos de ti, puesto que matarás a los mejores de ellos, incendiarás sus ciudades mejor fortificadas, aniquilarás a sus niños aplastándolos contra las rocas y rajarás a sus mujeres encinta». Y al decirle Azael: «¿pues qué fuerza tan grande me asiste a mí para poder hacer esto?», Eliseo le contestó que Dios le había informado de que Azael iba a ser el nuevo rey de Siria. Pues bien, Azael, tras presentarse a Adad, le transmitió las mejores noticias de su enfermedad, pero al día siguiente, luego de

[11] Cap. 73.

arrojar sobre él una red mojada, lo mató por estrangulamiento y se hizo él cargo del mando, siendo un hombre enérgico y que contaba con todo el afecto de los sirios y del pueblo de Damasco, por quien tanto el propio Adad como Azael, que le sucedió en el mando, son honrados hasta el día de hoy como dioses por los beneficios que estos reyes les otorgaron y por las edificaciones de los templos con que embellecieron la ciudad de Damasco. Y los habitantes de Damasco celebran todos los días procesiones en honor de estos reyes y veneran su antigüedad, sin saber que estos reyes son demasiado recientes y que no tienen mil cien años. Por su parte, Joram, el rey de los israelitas, al llegar a sus oídos el final de Adad, respiró del miedo y temor que aquél le infundía, aferrándose con gran contento a la paz.

95. *Joram de Jerusalén y su esposa, la reina Otlia (2 Reyes,* 8, 16, y 2 *Crónicas,* 21, 1). 5. 1. Y Joram, el rey de Jerusalén (pues también éste se llamaba igual que el rey de Israel, como dijimos antes [12]), nada más que tomó el poder procedió a asesinar a sus hermanos y a los amigos de su padre, quienes eran precisamente comandantes generales del ejército, efectuando con ello el principio y la demostración de su perversidad, sin diferenciarle lo más mínimo de los reyes de su pueblo que primero transgredieron las costumbres tradicionales de los hebreos y el culto a Dios. Pero quien le enseñó a ser malvado en los demás aspectos y singularmente a venerar a dioses extranjeros fue Otlia, hija de Acab y cónyuge suya. Y Dios no quiso hacer desaparecer de la faz de la tierra a la estirpe de este rey por la promesa dada en este sentido a David, pero Joram no dejó ni un solo día de cometer insólitas impiedades y ultrajes contra las costumbres patrias. Y, al hacer defección de él por aquella época los idumeos y también matar ellos a su rey anterior, quien había rendido obediencia a su padre, e instalar en el trono a quien ellos quisieron, Joram, acompañado de los jinetes afectos a él y de los carros de guerra, invadió de noche Idumea, operación en la que destruyó a las gentes idumeas que vivían cerca de su reino, pero sin penetrar más adentro. Pero esta operación no le sirvió de nada, ya que llevaron a cabo defección de él todos, incluidos los que habitaban la región de nombre

[12] Cap. 45.

Labina.Y era tan demente que obligaba al pueblo a subir a lo más alto de las montañas a venerar a los dioses extranjeros.

99. *Elías profetiza la caída de Joram de Jerusalén (2 Crónicas,* 21, 12). 2. Como él actuaba así y había desterrado por completo de su pensamiento las normas tradicionales de su pueblo, le fue llevada de parte del profeta Elías una carta, que le informaba de que Dios tomaría grandes represalias contra él por no haber sido émulo del comportamiento de sus padres y haber seguido, en cambio, las impiedades de los reyes israelitas, así como haber obligado a la tribu de Judá y a sus conciudadanos de Jerusalén a dejar la santa veneración del Dios de su tierra y a adorar a los ídolos, cosa a la que también Acab había forzado a los israelitas, y, sobre todo, por haber ejecutado a sus hermanos y haber matado a los hombres honrados y justos. Y el profeta le indicaba en el escrito que había de pagar por ello un castigo, que no era otro sino la ruina del pueblo y el aniquilamiento de sus mujeres y niños y, sobre todo, que él moriría por una enfermedad intestinal tras una agonía sumamente dolorosa y que sus entrañas se le reventarían por el exceso de destrucción de los órganos interiores, a resultas de lo cual moriría, luego de ver su propia ruina y sin que pudiera aplicarse remedio alguno. Esto fue de lo que le informó Elías por carta.

102. *Muerte de Joram de Jerusalén (2 Crónicas,* 21, 16) . 3. Y no mucho después un ejército integrado por los árabes que habitaban en las proximidades de Etiopía y por poblaciones extranjeras invadió el reino de Joram, operación en la que no sólo saquearon el país y la hacienda del rey, sino que incluso mataron a sus hijos y esposas. Y solamente quedó con vida uno de ellos, de nombre Ocozías, quien escapó de los enemigos. Y, tras este desastre, el propio rey, después de haber estado enfermo durante muchísimo tiempo de la enfermedad predicha por el profeta (pues la Divinidad lanzó su cólera contra el vientre del rey), murió miserablemente, al ver reventadas sus propias entrañas. Y el pueblo trató su cadáver muy afrentosamente. En efecto, al pensar, según creo, que había muerto así por la cólera de Dios y que en estas condiciones no merecía recibir el funeral propio de los reyes, ni lo enterraron en las sepulturas de sus antepasados, ni lo consideraron digno de ningún otro honor, sino que lo enterraron como a un simple particular, después de haber vivido cuarenta

años y haber reinado ocho. Y el pueblo de Jerusalén entregó el mando a su hijo Ocozías.

105. *Joram de Israel ataca a los sirios en Galad (2 Reyes,* 8, 28). 6. 1. Y Joram, el rey de los israelitas, habiendo concebido la esperanza a la muerte de Adad de que podría arrebatar a los sirios la ciudad galadita [13] de Aramata, emprendió contra ella una expedición con gran aparato militar. Pero alcanzado en el asedio por una flecha disparada por un sirio, aunque no para morir instantáneamente, se retiró a la ciudad de Jezarel para ser curado en ella de la herida, dejando en Aramata a la totalidad del ejército y al frente de él a Jeus [14], el hijo de Nemesai, pues Joram ya había capturado por la fuerza la ciudad. Además, éste se proponía llevar la guerra contra los sirios una vez que se hubiera recuperado de la herida. Entonces el profeta Eliseo envió a uno de sus discípulos, tras entregarle el santo óleo, a Aramata para ungir a Jeus e informarle de que la Divinidad lo había elegido rey. Y, después de encargarle que le dijera otras cosas más, mandó al discípulo que efectuara el regreso a modo de huida, para que su vuelta de junto a Jeus pasara desapercibida a todos. Y el discípulo de Eliseo, al llegar a la ciudad, encontró a Jeus acompañado de los mandos del ejército y sentado en medio de ellos, como Eliseo le había predicho, y, acercándose a él, le dijo que quería hablar con él de ciertos asuntos. Y como Jeus se hubiera levantado y lo hubiera acompañado al salón más interior, el joven tomó el óleo y lo vertió sobre su cabeza y le dijo que Dios lo había proclamado rey para ruina de la familia de Acab y con objeto de que vengara la sangre de los profetas muertos inicuamente por orden de Jezabel, para que la casa de aquella pareja desapareciera de raíz por sus iniquidades, de la misma manera que había ocurrido con la de Jeroboam, hijo de Nabatai, y con la de Basa [15], y no quedara descendencia alguna del linaje de Acab. Y el discípulo, una vez que le hubo dicho esto, salió del salón interior, afanándose por no ser visto por nadie del ejército.

110. *El ejército proclama rey a Jeus (2 Reyes,* 9, 11). 2. Jeus también salió de allí y se fue para el sitio donde había estado sen-

---

[13] Cf. *Ant. jud.* 8, 399.
[14] Cf. *Ant. jud.* 8, 352.
[15] Cf. *Ant. jud.*, 8, 288.

tado con los mandos militares. Y, como éstos le preguntaran e invitaran a que les informara por qué había venido el joven a visitarlo, de quien dijeron además que estaba loco, les dijo: «Lo que os figuráis es, efectivamente, acertado, pues las palabras que pronunció son propias de un loco». Y, al mostrar ellos sumo interés en oírlas y pedirle que se las refiriera, les dijo que, según sus palabras, Dios lo había elegido a él rey de su pueblo. Cuando hubo dicho él estas palabras, todos y cada uno de ellos procedieron a despojarse de sus mantos y a extenderlos a sus pies, al tiempo que, haciendo sonar sus cuernos, significaban que Jeus era rey. Luego, Jeus, tras reunir al ejército, se dispuso a marchar contra Joram a la ciudad de Jezarel, en la que, como antes [16] dijimos, se recuperaba de las heridas que había recibido en el asedio de Aramata. Y casualmente había llegado a ver a Joram también Ocozías, rey de Jerusalén, porque, como también indicamos antes [17], era hijo de su hermana, y precisamente por razón de este parentesco había venido a ver cómo se encontraba de la herida. Entonces Jeus, como estaba deseoso de caer repentinamente sobre Joram y su grupo, exigió que ninguno de sus soldados corriera a dar cuenta de ello a Joram, indicándoles que el cumplimiento de esta exigencia sería demostración evidente de que sentían afecto hacia él y de que con estos sentimientos lo habían designado rey.

114. *Jeus marcha a Jezarel (2 Reyes,* 9, 16 y ss.). 3. Entonces los soldados de Jeus, contentos con sus palabras, vigilaban los caminos para que nadie llegara secretamente a Jezarel y diera cuenta a los de allí de su inminente llegada. Y Jeus, tomando consigo a un grupo selecto de jinetes y sentándose en un carro, se puso en marcha hacia Jezarel, y, al llegar cerca de esta ciudad, el vigía que el rey Joram había dispuesto para que observara quiénes eran los que se acercaban a la ciudad, al ver a Jeus aproximarse con una multitud de soldados, transmitió a Joram la noticia de que se estaba aproximando un escuadrón de caballería. Y Joram le mandó que fuera enviado al punto un jinete con la misión de salir al encuentro de aquella comitiva y conocer quién era el que se acercaba. Habiendo llegado, pues, el jinete junto a Jeus le preguntó por la situación que reinaba en el campamento, diciéndole que era

[16] Cap. 105.
[17] Cap. 45.

el rey quien lo preguntaba. Pero Jeus le mandó que dejara de meterse en estas cosas y que lo siguiera. El vigía, al observar esto, comunicó a Joram que el jinete aquel se había unido al grupo de gente que se aproximaba y que venía con ellos. Y, como el rey hubiera enviado a un segundo, Jeus le ordenó que hiciera lo mismo que el primero. Y, como el vigía hubiera dado cuenta a Joram también de esto, al final montó él en un carro con Ocozías, el rey de Jerusalén (pues, según dijimos antes [18], éste había llegado allí a visitarlo y saber cómo se encontraba de la herida, a causa del parentesco que los unía), y salió a su encuentro. Es menester señalar que Jeus caminaba con demasiada lentitud y orden. Y Joram, que lo alcanzó en el campo de Nabot, le preguntó si la situación general del campamento era buena. Pero como Jeus lanzara contra él crueles denuestos, hasta el punto de tildar a su madre de espíritu maligno y de prostituta, el rey, que cogió miedo por su manera de pensar y que suponía que él tenía unas intenciones nada buenas, dio sin más la vuelta al carro y huyó, tras decirle a Ocozías que había caído en una emboscada y en un engaño urdidos contra él. Pero Jeus le disparó con su arco y lo abatió, pues la flecha le atravesó el corazón. Y Joram, que cayó al instante sobre sus rodillas, expiró, mientras Jeus ordenó a Badac, el comandante de la tercera división [19], que arrojara el cadáver de Joram al campo de Nabot, luego de recordarle la profecía que Elías había enunciado a Acab, el padre de Joram, cuando, al matar a Nabot, le había profetizado que en la finca de Nabot perecería no sólo él sino también su familia, diciéndole que él conocía esta profecía porque estaba sentado detrás del carro de Acab y que desde allí se la había oído emitir al profeta. Y, al caer Joram, Ocozías por miedo a perder la vida desvió el carro a otro camino, suponiendo que así esquivaría a Jeus. Pero éste, tras salir en su persecución y alcanzarlo en cierta pendiente, lo hirió con una flecha disparada con el arco, pero aun así Ocozías, luego de abandonar el carro y montar en un caballo, escapó de Jeus introduciéndose en Magedo [20], donde, aunque fue curado, poco después murió a consecuencia de la herida. Y, llevado a Jerusalén, recibió sepultura allí, después de reinar un solo año y haber sido perverso y peor que su padre.

---

[18] Cap. 112.
[19] Cf. cap. 73.
[20] Cf. *Ant. jud.* 8, 151.

122. *Jeus mata a Jezabel (2 Reyes,* 9, 30). 4. Cuando Jeus hubo entrado en Jezarel, Jezabel, lujosamente ataviada, subió a la torre y le dijo: «¡Buen esclavo el que mató a su señor!». Entonces Jeus, tras levantar la mirada hacia ella, le preguntó quién era, y seguidamente le mandó que bajara y viniera junto a él. Y al fin ordenó a los eunucos que la arrojaran desde la torre. Y, ya cuando caía, salpicaba de sangre la muralla y luego, pisoteada por los caballos, murió en estas tristes condiciones. Tras estos hechos Jeus, que penetró en el palacio con sus amigos, se recuperaba de las fatigas del camino con otros placeres más pero singularmente con los de la mesa. Y en un momento dado ordenó a los criados que recogieran el cadáver de Jezabel y lo enterraran, en honor a su linaje, ya que era de estirpe real. Pero los criados a quienes les encomendó el entierro de Jezabel no encontraron nada de su cadáver más que únicamente las extremidades, pues todo lo demás había sido devorado por los perros. Jeus, al oír esto, se admiró de la exactitud de la profecía de Elías, quien había predicho que ella perecería en Jezarel de la manera en que ocurrió.

125. *Jeus ordena la muerte de los hijos de Acab (2 Reyes,* 10, 1). 5. Acab tuvo setenta hijos, que se criaban en Samaria. Pues bien, Jeus envió dos cartas, una a los tutores de los niños, y otra a las autoridades de Samaria, en las que les decía que designaran rey al más valiente de los hijos de Acab y que, una vez que lo hubieran hecho, tomaran contra él las justas represalias por la muerte de su soberano, habida cuenta de que ellos disponían de multitud de carros de guerra, caballos, armas y ejército y tenían ciudades fortificadas. Les decía esto en las cartas deseoso de probar las intenciones de los habitantes de Samaria. Pero tanto las autoridades como los tutores de los niños, cuando leyeron los escritos, cogieron miedo y, al darse cuenta de que no podían hacer nada contra él, por cuanto que había triunfado de dos de los reyes más poderosos, le contestaron con sendas cartas en las que lo reconocían por soberano y prometían hacer lo que mandara. Y él les respondió con otra carta, en la que les mandaba que le rindieran obediencia y que, tras cortarles la cabeza a los hijos de Acab, se las enviaran. Entonces las autoridades, después de mandar venir a los tutores de los niños, les ordenaron que, tras matarlos, les cortaran la cabeza y se las enviaran a Jeus. Y los tutores, sin la más mínima consideración, hicieron lo que se les mandó y, después de juntar las cabezas en cestos de

mimbre, las mandaron a Jezarel. Y cuando éstas fueron llevadas hasta la ciudad citada, se le anunció a Jeus, quien celebraba un banquete con sus amigos, que habían sido traídas las cabezas de los hijos de Acab. Entonces Jeus mandó que se levantaran con ellas dos montones delante y a uno y otro lado de la puerta de la ciudad. Cumplida esta orden, al amanecer del día siguiente salió fuera de la ciudad a verlas, y, tras contemplarlas, procedió a decir al pueblo allí presente que él había emprendido una expedición militar contra su propio soberano y que lo había matado, pero que, sin embargo, a los que veían allí muertos no los había aniquilado él. De todas formas les pedía que supieran, en relación a la descendencia de Acab, que todo había ocurrido según la advertencia de Dios y que su casa había perecido, según había predicho el profeta Elías. Y, tras haber aniquilado, además, a los caballeros emparentados con Acab y encontrados entre los israelitas, marchó a Samaria. Y, habiéndose encontrado por el camino con los parientes de Ocozías, el rey de Jerusalén, les preguntó a qué habían venido. Y ellos le contestaron diciendo que habían llegado a saludar a Joram y a Ocozías, su rey (pues no sabían que ambos habían sido asesinados por Jeus). Entonces éste ordenó que también ellos fueran detenidos y matados, los que ascendían a la cifra de cuarenta y dos.

132. *Jeus y Jonadab (2 Reyes,* 10, 15 y ss.). 6. Y después de encontrarse con él los anteriormente citados se topó con él un hombre bueno y justo, de nombre Jonadab, amigo suyo desde antiguo, quien, tras saludarlo, empezó a alabarlo por haber actuado conforme a la voluntad de Dios en todo, al hacer desaparecer de la faz de la tierra la casa de Acab. Y Jeus lo invitó a subir al carro y a entrar con él en Samaria, diciéndole que le demostraría cómo no respetaría la vida de ningún malvado, sino que se vengaría de los falsos profetas, de los falsos sacerdotes y de los que engañaron al pueblo llevándolo a abandonar la adoración de su Divina Majestad y a rendir culto a los dioses extranjeros, añadiéndole Jeus a Jonadab que para un hombre bueno y justo el espectáculo más hermoso y más grato era ver los castigos que recibían los malvados. Jonadab, convencido con estos argumentos, subió al carro y entró con él en Samaria. Y Jeus, luego de descubrir a todos los parientes de Acab, los mató. Y, deseoso de que no escapara a las merecidas represalias ninguno de los falsos profetas ni sacerdotes de los dioses de Acab, los apresó a todos con engaños y argucias. En efecto,

tras haber reunido al pueblo, dijo que quería venerar al doble de dioses que Acab había introducido y, en consecuencia, pedía que se presentaran los sacerdotes de esos dioses y con ellos los profetas y sus servidores, porque se disponía a ofrecer suntuosos y magníficos sacrificios a los dioses de Acab, amenazando con castigar con la pena de muerte al sacerdote que no se presentara. Recordemos que el dios de Acab se llamaba Baal [21]. Y, una vez que hubo fijado el día en que se disponía a celebrar los sacrificios, envió por todo el territorio de Israel emisarios con el encargo de traerle a los sacerdotes de Baal. Y, hecho esto, Jeus mandó al Sumo Sacerdote que diera vestimentas a todos los demás sacerdotes. Y, cuando éstos las hubieron cogido, Jeus entró en el templo acompañado de su amigo Jonadab, y a continuación ordenó a los sacerdotes que comprobaran que entre ellos no había ningún extranjero ni invitado, y justificó esta comprobación diciendo que no quería que asistiera ningún extraño a sus celebraciones sagradas. Y, como ellos le hubieran dicho que allí no había ningún extraño y hubieran iniciado los sacrificios, los rodeó con ochenta soldados, cuya absoluta fidelidad él conocía, ordenándoles que mataran a los falsos profetas y que en el momento presente reivindicaran el honor para las costumbres heredadas de sus antepasados que ya llevaban siendo objeto de desprecio tanto tiempo, y amenazándolos con quitarles la vida si alguno de aquéllos escapaba con vida. Y los soldados mataron a todos aquellos hombres y, prendiendo fuego al templo de Baal, limpiaron de esta manera a Samaria de las costumbres extranjeras. Este Baal era dios de los tirios. Y Acab, en su deseo de halagar a su suegro Itobal, que era rey de Tiro y de Sidón, no sólo le construyó un templo en Samaria, sino que le asignó profetas y lo honró con toda suerte de cultos. Desaparecido este dios, Jeus permitió a los israelitas rendir culto a las terneras de oro. Y, al haber llevado a cabo él estas medidas y haberse preocupado del castigo de los impíos, Dios a través del profeta le predijo que sus hijos reinarían en Israel durante cuatro generaciones. Pues bien, la situación de Jeus se encontraba en este punto.

140. *Otlia, la perversa reina de Judá (2 Reyes,* 11 1, y *2 Crónicas,* 2, 10). 7. 1. Y Otlia, la mujer de Acab, al llegar a sus oídos la

[21] Cf. cap. 138.

noticia de la muerte de su hermano Joram y de la de su hijo Ocozías así como de la destrucción de los descendientes de los reyes, se apresuró a no dejar con vida a ninguno de los miembros de la casa de David y a hacer desaparecer a toda su estirpe, para que ningún descendiente suyo pudiera nunca llegar a ser rey. Y según lo pensó lo hizo, pero sin embargo logró salvarse un hijo de Ocozías, quien escapó a la muerte de la siguiente manera. Ocozías tenía una hermana de padre, de nombre Osabet, con quien estaba casado el Sumo Sacerdote Jodas. Pues bien, habiendo entrado ella en el palacio y habiendo encontrado acompañado de la nodriza y escondido entre los asesinados a Joas (pues así se llamaba el niñín, de un año de edad) lo llevó consigo al cuarto más interior del templo y cerró tras sí las puertas. Y lo criaron en secreto ella y su marido Jodas en el templo durante los seis años que reinó Otlia en Jerusalén y en las dos tribus.

143. *Ardid del Sumo Sacerdote Jodas contra la reina Otlia (2 Reyes,* 11, 4, y *2 Crónicas,* 23, 1 y ss.). 2. Pero al séptimo año Jodas comunicó el caso a cinco capitanes y, tras persuadirlos a sumarse a su intentona contra Otlia y a salvarle el trono al niño, recibió juramento de ellos, con lo que se garantizó él seguridad de parte de estos cómplices, y a partir de entonces confiaba en el éxito de sus planes contra Otlia. Y los hombres que el sacerdote Jodas había tomado por cómplices de esta operación, recorrieron todo el territorio y, tras haber reunido a los sacerdotes y levitas así como a los prebostes de las tribus, regresaron de allí a Jerusalén, trayéndoselos al Sumo Sacerdote. Y éste les pidió garantía jurada de que guardarían el secreto que él les revelara, secreto que exigía su silencio y a la vez también su colaboración. Y, cuando al comprometerse a ello bajo juramento, consideró seguro hablar, tras sacar al vástago de la estirpe de David que él criaba, les dijo: «He aquí a vuestro rey, quien desciende de la estirpe de David y de la casa que, según sabéis, Dios nos profetizó que reinaría hasta el final de los tiempos. Y os exhorto a que una tercera parte de vosotros lo mantengáis guardado en el Templo, mientras otra tercera parte debe colocarse en todas las puertas del recinto sagrado. Y la última tercera parte debe vigilar la puerta que se abre y que lleva al palacio. Y todos los demás[22] debéis quedaros en el Templo desar-

[22] Josefo añade una cuarta parte (siguiendo a *2 Crón.* 23, 5), cuando de la narración anterior se esperaría únicamente tres.

mados. Y no dejaréis que entre en él soldado alguno salvo únicamente el sacerdote». Y a las órdenes anteriores añadió esta otra: que una parte de los sacerdotes y los levitas se colocaran en torno al propio rey, escoltándolo con las espadas desenvainadas y que mataran al instante a quien osara penetrar en el Templo, añadiendo que prestaran protección al rey sin miedo alguno. Y ellos, convencidos con los argumentos con que les aconsejaba, le mostraron con los hechos su disposición. Y Jodas, después de abrir el armario que David había construido, repartió entre los capitanes así como entre los sacerdotes y levitas todas las armas que encontró en él, a saber, lanzas, aljabas y cualquier otro tipo de arma hallado allí, y, una vez armados, los colocó en derredor del Templo pegados unos a otros y formando un valladar, dispuestos así a impedir la entrada a los que no fueran de su bando. Y, tras traer y colocar al niño en medio, le impusieron la corona real, y a continuación Jodas lo designó rey ungiéndolo con óleo. Y la multitud, llena de alegría y entre aplausos, gritaba: «Salud al rey».

150. *Jodas ordena la muerte de Otlia (2 Reyes,* 11, 13, y *2 Crónicas,* 23, 12). 3. Y Otilia, al oír inesperadamente los gritos y los aplausos, sumamente turbada en sus pensamientos salió precipitadamente del palacio acompañada de sus soldados. Y cuando llegó a la puerta del Templo los sacerdotes la dejaron entrar a ella, pero a los soldados que la acompañaban les impidieron la entrada los hombres estacionados en derredor, como el Sumo Sacerdote les había ordenado. Y Otlia, al ver al niño plantado en el estrado cubierto con la corona real, se rasgó las vestiduras y, lanzando un grito tremendo, mandó matar a la persona que había conspirado contra ella y que se había empeñado en arrebatarle el poder. Entonces Jodas, tras llamar a los capitanes, les mandó que llevaran detenida a Otlia al barranco del Cedrón y que la mataran allí, diciéndoles que hacía eso porque no quería manchar el Templo tomando en él represalias contra aquel demonio. Y les ordenó que, si alguien venía en ayuda de ella, también lo mataran. Y, así, tras agarrar a Otlia los hombres a quienes Jodas les había ordenado que procedieran a matarla, la llevaron a la puerta de las mulas del rey y allí la ejecutaron.

153. *Juramento del pueblo y del rey (2 Reyes,* 11, 17, y *2 Crónicas,* 23, 16 y ss.). 4. Tras este ardid tramado contra Otlia, Jodas

convocó al pueblo y a los soldados en el Templo y les hizo jurar que serían leales al rey y que velarían por su seguridad y por su poder para que fuera a más. Y a continuación obligó al propio rey a dar plenas garantías de que honraría a Dios y no contravendría las leyes de Moisés. Y, después de esto, corriendo allá arrasaron el templo de Baal que Otlia con su marido Joram había construido en son de burla del Dios patrio y en honor del de Acab[23], y mataron a Matán, que era quien ejercía el cargo de sacerdote de este dios. Y Jodas encomendó a los sacerdotes y levitas el cuidado y custodia del Templo conforme a las disposiciones del rey David, mandándoles que ofrecieran dos veces al día los acostumbrados sacrificios de los holocaustos y que quemaran incienso de acuerdo con la ley. Y asignó a algunos levitas y porteros la custodia del recinto sagrado, para que no pasara desapercibido ninguno que quisiera entrar encontrándose en estado de impureza.

156. *El reinado de Joas (2 Reyes,* 11, 19, y *2 Crónicas,* 23, 20). 5. Jodas, tras haber organizado todas y cada una de estas cosas, acompañado de los capitanes, autoridades y del común del pueblo tomó consigo a Joas y lo llevó del Templo al palacio, donde, después de sentarlo en el trono real, la multitud prorrumpió en gritos deseándole suerte. Luego se encaminaron a un banquete y festejaron el evento durante numerosos días. Y la ciudad, pese a la muerte de Otlia, mantuvo la calma. Y Joas tenía en el momento de hacerse cargo del reino siete años, y su madre se llamaba Sabia, quien era oriunda de Bersabeé. Y llevó a cabo una fiel observancia de la ley y desplegó sumo celo en el culto de Dios durante todo el tiempo que vivió Jodas. Y, al llegar a la edad de contraer matrimonio, se casó con dos mujeres que le dio el Sumo Sacerdote, de las que le nacieron varones y hembras. Aquí queda reflejada, pues, la historia del rey Joas y, de una manera particular, cómo escapó a la maquinación de Otlia y consiguió el trono.

159. *Azael de Siria invade Transjordania (1 Reyes,* 10, 32, y *2 Reyes,* 10, 35). 8. 1. Y Azael, el rey de los sirios, en su guerra contra los israelitas y su rey Jeus asoló la región oriental del otro lado del Jordán perteneciente a los rubenitas, gaditas, manasitas e inclu-

[23] Cf. cap. 138.

so la región de Galad y Batanaya, convirtiendo todo en pasto de las llamas, saqueándolo y empleando la fuerza con los que caían en sus manos. Pues Jeus no tuvo tiempo de impedirle la devastación del territorio, sino que, después de haber dejado de observar sus deberes para con Dios y de no guardar consideración alguna hacia la pureza de costumbres y de las leyes, murió, habiendo sido rey de los israelitas veintisiete años. Y fue enterrado en Samaria, habiendo dejado a su hijo Joaz como heredero del trono.

161. *Joas, rey de Jerusalén, restaura el Templo (2 Reyes,* 12, 4, y 2 *Crónicas,* 24, 4). 2. Y de Joas, el rey de Jerusalén, se apoderó el deseo de restaurar el Templo de Dios, y, así, tras llamar al Sumo Sacerdote Jodas, le mandó que enviara a todas las partes y rincones del territorio a los levitas y sacerdotes para exigir por persona medio siclo de plata para la reparación y restauración del Templo, asolado por Joram, Otlia y sus hijos. Pero el Sumo Sacerdote no cumplió este mandato, al comprender que nadie entregaría el dinero de buena gana, pero como el rey en el año vigésimo tercero de su reinado hubiera mandado venir a su presencia no sólo al propio Sumo Sacerdote sino también a los levitas y les hubiera reprochado que hubieran desobedecido lo que había ordenado y les mandara que en un futuro inmediato se preocuparan de la restauración del Templo, el Sumo Sacerdote utilizó para la recogida del dinero un ardid que el pueblo aceptó de buen grado, y que fue del tenor siguiente: preparó una caja de madera y, cerrándola toda ella, le dejó abierto un solo agujero. Luego la colocó en el Templo, al lado del altar, y mandó que todos cuantos quisieran echaran dinero en ella a través del agujero para la reparación del Templo. Y todo el pueblo se mostró bien dispuesto hacia esta iniciativa, por lo que reunieron grandes cantidades de plata y de oro, rivalizando en la aportación. Y tras vaciar el secretario y el sacerdote del tesoro la caja y contar en presencia del rey la cantidad recolectada la colocaban en un mismo sitio, operación que repetían todos los días. Y cuando les pareció que el pueblo había echado dinero suficiente, el Sumo Sacerdote Jodas y el rey contrataron canteros y constructores y los enviaron también a buscar grandes troncos de la madera más hermosa. Una vez reparado el Templo, el oro y la plata sobrantes, que no era poco, lo emplearon en crateras, jarras para el vino, copas y demás utensilios, y todos los días seguidos llenaban el altar con espléndidos sacrificios. Este ritual obtuvo su justo interés durante el tiempo que vivió Jodas.

166. *Muerte de Jodas y degeneración de Joas (2 Crónicas,* 24, 15). 3. Pero cuando éste murió después de haber vivido ciento treinta años y haber sido justo y sumamente bueno (y, por cierto, fue enterrado en las sepulturas reales situadas en Jerusalén por haber devuelto el trono a la familia de David), el rey Joas abandonó el culto de Dios. Y con él se corrompieron también los principales del pueblo, lo que los llevó a faltar a la justicia y a las normas consideradas entre ellos las mejores. Y Dios, disgustado por el cambio del rey y de los otros, envió a los profetas para protestar de su comportamiento y obligarlos a poner fin a su maldad. Pero ellos se ve que tenían por ésta un amor tan fuerte y una pasión tan tremenda que no se arrepintieron ni adoptaron la noble conducta de la que se habían apartado para derivar a sus nuevos desafueros, no haciendo caso de los castigos que habían sufrido en masa las gentes que antes que ellos habían ultrajado las leyes, ni de lo que les advertían los profetas. Pero es que el rey mandó que Zacarías, el propio hijo del Sumo Sacerdote Jodas, muriera lapidado en el Templo, olvidándose con este mandato de los beneficios que había recibido de su padre, y todo ello porque, al haberlo designado Dios para cumplir la función de profeta, él se había situado en medio de la multitud y había aconsejado no sólo a ella sino también al rey que obraran con justicia, y les había advertido que pagarían grandes castigos si no hacían caso. Y al final, claro está, Zacarías puso a Dios por testigo y vengador de la ofensa que iba a recibir, puesto que a cambio de sus buenos consejos y de los favores que su padre había hecho a Joas era condenado a una muerte cruel y violenta.

170. *Joas paga tributo a Azael (2 Reyes,* 12, 17). 4. Y el rey, claro está, no tardó mucho en pagar el justo castigo por sus desafueros. En efecto, como Azael, rey de los sirios, hubiera invadido su territorio y sometido Gita y, tras conseguir un gran botín, se dispusiera a marchar a Jerusalén contra él, Joas, aterrorizado, después de vaciar todos los tesoros de Dios así como los del palacio y haber cogido las ofrendas, envió todo ello al rey sirio, comprando a este precio no ser sitiado ni jugarse todo su futuro. Y Azael, dejándose llevar por el cúmulo de bienes recibidos, no condujo su ejército contra Jerusalén. Joas, no obstante, se vio afectado de una grave enfermedad, circunstancia en que lo atacaron sus amigos, quienes conspiraron contra el rey en su intento de vengar la muerte

de Zacarías, el hijo de Jodas, y a manos de los que pereció. Y fue enterrado en Jerusalén, pero en las sepulturas de sus antepasados, por haber sido impío. Vivió cuarenta y siete años, y le sucedió en el trono su hijo Amasías.

173. *Joaz de Israel es vencido por los sirios (2 Reyes,* 13, 1). 5. A los veintiún años del reinado de Joas heredó el mando sobre los israelitas en Samaria Joaz, el hijo de Jeus, y lo mantuvo durante diecisiete, tampoco él siguiendo los pasos de su padre, sino que fue tan impío como los primeros en hacer caso omiso de Dios. Pero el rey de los sirios lo humilló y redujo sus fuerzas tan colosales a diez mil soldados y cincuenta jinetes, al haber emprendido una expedición militar contra él, en la que le arrebató numerosas e importantes ciudades y aniquiló su ejército. Y el pueblo de Israel sufrió este desastre conforme a la profecía de Eliseo, cuando predijo que Azael mataría a su soberano y reinaría sobre Siria y Damasco. Pero Joaz, al encontrarse en calamidades tan insalvables, se refugió en la oración y súplica a Dios, rogándole que lo librara de las manos de Azael y no consintiera que cayera en su poder. Y Dios, que tomó su simple arrepentimiento como virtud y que prefería reprender a los poderosos más que aniquilarlos totalmente, le concedió tranquilidad en lo que dependía de la guerra y de los riegsos inherentes a ella. Y su país, al alcanzar la paz, volvió de nuevo a la anterior situación y se hizo próspero.

177. *A Joaz le sucede Joas (2 Reyes,* 13, 9 y ss.). 6. A la muerte de Joaz tomó el poder su hijo Joas. Este Joas tomó el poder sobre los israelitas en Samaria cuando Joas llevaba ya reinando en la tribu de Judá treinta y siete años (en efecto, el referido Joas de Israel se llamaba igual que el rey de Jerusalén) y lo mantuvo durante dieciséis años. Era una excelente persona y de una condición nada igual a la de su padre. Por aquellas fechas, como el profeta Eliseo se encontrara ya viejo y hubiera caído enfermo, vino a visitarlo el rey de los israelitas. Y, al encontrarlo ya en el trance último de su vida, empezó en su presencia a llorar y gemir y a llamarlo *padre* y *protector,* pues decía que gracias a él nunca había tenido necesidad de utilizar las armas contra los enemigos, sino que sin recurrir a la lucha había triunfado de los enemigos con sus profecías, pero que ahora él se marchaba de este mundo y lo dejaba desarmado, a mer-

ced de los sirios y de los enemigos sometidos a ellos. Y añadía que en estas condiciones no tenía segura la vida, sino que lo bueno para él era partir con Eliseo y en su compañía abandonar este mundo. Y Eliseo consolaba al rey, envuelto en estos lamentos, y le mandó que tensara un arco y se lo trajera en ese estado. Y, así, como el rey hubiera puesto el arco en disposición de disparar, Eliseo, tras cogerle las manos, le mandó que lo disparara. Y, como el rey hubiera disparado tres flechas, y luego se hubiera parado, Eliseo le dijo: «Si hubieras disparado más, habrías arrancado de raíz el reino de los sirios, pero como te contentaste sólo con tres, en otras tantas batallas que entablarás con los sirios los vencerás, con lo que recuperarás el territorio que escindieron del reino de tu padre». Y el rey se alejó tras haberle oído decir esto. Y, a su vez, no mucho después murió el profeta, hombre famoso por su *justo comportamiento* y claramente amado por Dios, ya que con su don de la profecía efectuó a la luz pública acciones admirables e insólitas, consideradas por los hebreos dignas de un noble recuerdo. Y tuvo un entierro magnífico y como era natural que obtuviera quien había sido tan caro a Dios. Y en una ocasión en que unos bandoleros arrojaron al sepulcro de Eliseo a un hombre que habían matado, ocurrió que el cadáver en cuestión, al contactar con su cuerpo, recobró la vida. Con esto dejamos ya constancia de la historia del profeta Eliseo y referido todo lo que predijo en vida y que después de su muerte todavía conservaba facultades divinas.

184. *Joas de Israel vence a Adad de Siria (2 Reyes,* 13, 24).7. Muerto Azael, rey de los sirios, el trono pasó a su hijo Adad, con quien entabló guerra Joas, el rey de los israelitas, y, tras vencerlo en tres batallas, le arrebató todo el territorio y todas las ciudades y aldeas del reino de Israel que su padre Azael le había substraído. Esto, no obstante, se cumplió como Eliseo había profetizado. Y, una vez que tuvo lugar también la muerte de Joas, él fue enterrado en Samaria y el poder pasó a su hijo Jeroboam.

186. *Amasías, rey de Jerusalén (2 Reyes,* 14, 1, y 2 *Crónicas,* 25, 1). 9. 1. Cuando llevaba reinando dos años sobre los israelitas, Amasías [24] fue nombrado en Jerusalén rey de la tribu de Judá. Su madre se llamaba Joade y había nacido en la ciudad

[24] Cf. *Ant. jud.* 9, 172.

últimamente citada. Amasías se preocupaba maravillosamente de la justicia, y eso que era un joven. Y, cuando pasó a ocuparse de los asuntos de Estado y tomó el poder, entendió que antes de nada debía vengar a su padre Joas y castigar a los amigos de aquél que lo habían atacado. Y, así, luego de apresarlos los mató a todos, pero a sus hijos no les causó daño alguno, actuando en consecuencia con las leyes de Moisés, quien no había justificado castigar a los hijos por los pecados de sus padres. Luego, tras reclutar de la tribu de Judá y de Benjamín un ejército integrado por hombres adultos, de edad superior a los veinte años, y reunir unos trescientos mil soldados, puso al frente de ellos a los correspondientes capitanes. Y también a través de emisarios que envió al rey de Israel contrató otros cien mil soldados más por un importe de cien talentos de plata. Y es que había tomado la determinación de emprender una expedición militar contra las naciones de los amalecitas, idumeos y gabalitas [25]. Pero, cuando estaba preparado para la marcha y se disponía a salir el profeta le aconsejó que disolviera el ejército israelí, diciéndole que era impío y que Dios le advertía que sería derrotado si lo utilizaba como aliado, mientras que se impondría a los enemigos aunque los atacara con escasas fuerzas si Dios quería. Y, pese a que el rey estaba sumamente molesto por haber entregado ya la paga a los soldados israelitas, el profeta lo animaba a hacer lo que Dios mandaba, diciéndole que Él le daría infinitas riquezas. Entonces el rey disolvió las fuerzas israelitas, diciéndoles que les regalaba la paga, mientras él, acompañado de sus hombres, marchó contra las naciones antes dichas. Y, habiéndolos vencido en la batalla, mató a diez mil enemigos y capturó a otros tantos vivos, a los que llevó al gran peñasco situado enfrente de Arabia, desde el cual los despeñó. Y llevó de estas naciones un botín enorme y riquezas sin tasa. Y mientras Amasías estaba ocupado en estos menesteres, los israelitas que, después de haber contratado a sueldo, había disuelto, irritados por ello y pensando que la disolución de su ejército era una ofensa (pues, según ellos decían, no habrían recibido este trato de no haber sido menospreciados) invadieron su reino y, habiendo avanzado hasta Betsemera, saquearon el país, acción en la que capturaron infinidad de bestias de tiro y mataron a tres mil hombres.

[25] Cf. *Ant. jud.* 3, 40.

193. *Amasías es reprendido por el profeta (2 Reyes,* 14, 8, y 2 *Crónicas,* 25, 14 y ss.). 2. Y Amasías, enorgullecido por la victoria y los éxitos, empezó a menospreciar al Dios que había sido el causante de su suerte mientras que veneraba continuamente a los dioses que había importado de territorio amalecita. Y el profeta, habiéndose acercado a él, le dijo que se extrañaba de que considerara dioses a los que no sirvieron de nada a las propias gentes por quienes eran venerados ni las libraron de caer en sus manos, sino que habían consentido no sólo que muchos de ellos perecieran sino también que los propios dioses fueran hechos prisioneros, ya que, según él le decía, habían sido llevados a Jerusalén de la misma manera que uno habría podido llevar a algunos enemigos que hubiera cogido vivos. Pero esta reprimenda concitó la cólera del rey, quien ordenó al profeta que se estuviera quieto, amenazándolo con castigarlo si se metía en lo que no le importaba. Y el profeta le dijo que él se estaría quieto, pero le advirtió de que Dios no se desentendería de sus maquinaciones revolucionarias. Pero Amasías, quien no podía contenerse a causa de los éxitos que, pese a haberlos obtenido por la ayuda de Dios, había empleado en ofenderle a Él, lejos de ello y lleno de fatuidad escribió una carta a Joas, rey de Israel, ordenándole que le rindiera obediencia con todo su pueblo, como ya antes el referido pueblo había rendido obediencia a sus antepasados David y Salomón, y diciéndole que en caso de no querer entrar en razón debía saber que se resolvería por la guerra la rivalidad surgida entre ellos por la supremacía del mando. Pero Joas le contestó con otra carta que decía lo siguiente: «Del rey Joas al rey Amasías. Había una vez en el Monte Líbano un ciprés colosal y un cardo. Éste se dispuso a enviar una embajada al ciprés para solicitar a su hija en matrimonio para su hijo. Pero mientras el cardo estaba transmitiendo a la citada embajada este encargo llegó una bestia salvaje y lo machacó con la planta de sus patas. Pues bien, esto debería servirte de advertencia e inducirte a no pretender cosas demasiado grandes ni concitar riesgos contra ti mismo y tu reino, engreído por el éxito logrado en la lucha contra los amalecitas».

199. *Joas de Samaria toma Jerusalén (2 Reyes,* 14, 11, y 2 *Crónicas,* 25, 20). 3. Amasías, al leer esta carta, tomó con más interés todavía esta expedición militar, incitándolo a ella, según creo, Dios, para tomar venganza por los desafueros cometidos contra Él.

Pero cuando marchó con sus fuerzas contra Joas y se disponía a trabar combate, Dios infundió en el ejército de Amasías un pánico repentino y un abatimiento como Él infunde en la persona a la que no le tiene afecto y tal que lo puso en fuga, y sucedió que, dispersados a causa del miedo sus hombres antes de llegar al cuerpo a cuerpo con los enemigos, Amasías, al quedar solo, fue hecho prisionero por los enemigos. Y Joas amenazó con matarlo si no persuadía a las gentes de Jerusalén a que abrieran las puertas y lo recibieran con el ejército en la ciudad. Y Amasías, al ser obligado así y temer por su vida, hizo que el rey enemigo fuera recibido en la ciudad. Y entonces el citado rey enemigo, tras abrir en la muralla una brecha de unos cuatrocientos codos, penetró montado en un carro en Jerusalén, cruzando esta brecha y llevando cautivo a Amasías. Y Joas, al hacerse de esta manera el amo de Jerusalén, no sólo arrambló con los tesoros de Dios, sino que también se llevó todo el oro y la plata que Amasías tenía en el palacio, y, tras haberlo liberado con ello de la cautividad, regresó a Samaria. Este desastre cayó sobre las gentes de Jerusalén en el año decimocuarto del reinado de Amasías, quien, al ser víctima después de esto de una conspiración tramada por los suyos, huyó a la ciudad de Laqueis, pero fue aniquilado por los conspiradores, que enviaron allá a unos hombres con el encargo de matarlo. Y, tras llevar a Jerusalén su cadáver, lo enterraron con honores reales. Y Amasías acabó así la vida por su insolente falta de respeto a Dios, habiendo vivido cincuenta y cuatro años y reinado veintinueve. Y le sucedió su hijo, de nombre Ozías.

205. *Conquistas de Jeroboam, rey de Israel (2 Reyes,* 14, 23) 10. 1. En el año décimo quinto del reinado de Amasías fue nombrado rey de los israelitas con residencia en Samaria Jeroboam [26], quien duró en el cargo cuarenta años. Este rey, en lo que toca a Dios, fue tremendamente insolente e inicuo, ya que no sólo veneraba a ídolos, sino que también emprendió muchas acciones absurdas y extrañas, pero al pueblo israelita le procuró infinidad de bienes. Un tal Jonás le comunicó un oráculo según el cual debía él atacar a los sirios, a cuyas fuerzas vencería, con lo que ensancharía su reino, por la parte norte hasta la ciudad de Amat, y por el mediodía hasta el Lago Asfaltitis [27], ya que originariamente los

[26] Cf. *Ant. jud.* 9, 185.
[27] El mar Muerto. Cf. *Ant. jud.* 1, 174.

límites de Canán, según los había definido el caudillo Josué, eran éstos. Así, pues, Jeroboam, tras emprender esta expedición militar contra los sirios, sometió todo su territorio, como había profetizado Jonás.

208. *La leyenda de Jonás (Jonás,* 1, 2). 2. Y, dado que prometí transmitir la exactitud misma de los hechos pasados, consideré obligado exponer todo lo que encontré escrito en los libros hebreos referido al profeta en cuestión. En efecto, mandado éste por Dios que fuera al reino de Nino[28] y que, una vez llegado allí anunciara a la ciudad que ella perdería el poder, no partió para allá por miedo, sino que escapó de Dios refugiándose en la ciudad de Jope[29], donde habiendo encontrado una nave embarcó en ella y se hizo a la mar rumbo a Tarso de Cilicia. Pero habiendo sobrevenido durante la travesía una tormenta violentísima y corriendo el barco peligro de hundirse, los marineros, timoneles y el propio capitán elevaban a los cielos oraciones prometiendo llevar a cabo acciones de agradecimiento si escapaban sanos y salvos del mar, mientras que Jonás yacía en el suelo acurrucado y cubierto con una vestimenta, sin imitar a los demás en lo que hacían. Pero como el oleaje fuera todavía más en aumento y el mar se pusiera más encrespado por los vientos, pensando todos los navegantes, como cabe deducir, que el culpable de la tormenta que les afectaba era alguno de los embarcados, convinieron echar suertes para saber quién podría ser él. Y, así, al someterse todos al sorteo salió el profeta, quien, al preguntarle los otros de dónde era y a qué se dedicaba, contestó que era de procedencia hebrea y que su profesión era la de profeta de su Divina Majestad. Les aconsejó, pues, que si querían escapar a los peligros presentes lo arrojaran al mar, ya que, según él les decía, era el culpable de la tormenta que los amenazaba. Y ellos al principio no se atrevían a hacerlo, al interpretar que era un acto de impiedad lanzar a una muerte tan palmaria a un hombre huésped suyo y que les había confiado la vida, pero al final, como la tormenta fuera sumamente violenta y el barco estuviera a punto de ir a pique de un momento a otro, se decidieron a arrojarlo al mar, impulsados a ello por el propio profeta y por el miedo a no conseguir salvarse ellos. E inmediatamente la tormenta se calmó, y del

[28] Nínive en la Biblia.
[29] La actual *Jaffa.*

profeta se cuenta que fue engullido por una ballena y que, después de permanecer en su interior durante tres días y otras tantas noches, fue arrojado a las playas del Ponto Euxino, vivo y sin haber sufrido ninguna mutilación en su cuerpo. Una vez allí, pidió a Dios que le otorgara el perdón de sus pecados y a continuación partió para la ciudad de Nino, donde, situándose en un lugar desde el que le pudieran oír, proclamó que muy poco tiempo después sus habitantes perderían el control de Asia, y, después de dar esto a conocer, regresó a su tierra. Este relato acerca del profeta lo he expuesto según lo encontré escrito.

215. *Zacarías sucede a Jeroboam en Samaria (2 Reyes,* 14, 29). 3 El rey Jeroboam, que pasó la vida con toda felicidad y que ejerció el poder durante cuarenta años, murió y fue enterrado en Samaria, sucediéndole en el trono su hijo Zacarías. Y, asimismo, también Ozías, el hijo de Amasías (su madre se llamaba Aquia, nacida en la ciudad de Jerusalén) fue nombrado rey de las dos tribus en Jerusalén cuando Jeroboam llevaba en el trono de Samaria ya catorce años. Ozías fue de condición bondadosa, justa y magnánima, y también se esforzaba lo máximo para velar por los asuntos de Estado. Por otro lado, emprendió una expedición militar contra los filisteos y, tras vencerlos en una batalla, les tomó por la fuerza las ciudades de Gita y Jamnia, cuyas murallas derruyó. Tras esta expedición militar marchó contra los árabes vecinos de Egipto y, después de haber fundado a orillas del mar Rojo una ciudad, estableció en ella una guarnición. A continuación ,tras rendir a los amanitas e imponerles el pago de tributos y someter todos los territorios y poblaciones hasta los confines de Egipto, procedió luego ya a prestar atención a Jerusalén. En este sentido, todas las partes de las murallas que habían sido derruidas por el paso del tiempo o por la escasa atención que les habían prestado los reyes precedentes las reconstruyó y reparó, y lo mismo hizo con las murallas que habían sido derribadas por el rey de Israel cuando, tras haber hecho prisionero a Amasías, padre del propio Ozías, entró en la ciudad con él. Y, además de ello, edificó también numerosas torres fortalezas, cada una de cincuenta codos de alto. Y construyó también y fortificó puestos de guardia avanzados en regiones desérticas, y abrió numerosos canales de agua. Y poseía él una cantidad inmensa tanto de bestias de tiro como de los otros ganados, y esto porque el territorio era de excelente condición para los pastos. Y, como era muy

aficionado al cultivo de los campos, se preocupaba de las tierras, mimándolas con plantaciones y toda suerte de sembrados. Disponía en torno a sí de un selecto ejército de trescientos setenta mil hombres, que contaba con comandantes generales, generales de división y oficiales con mando sobre mil hombres, todos ellos bravos y de fuerza irresistible, en número de dos mil. Y organizó todo el ejército en compañías y armó a los soldados dándole a cada uno un espadón, escudos grandes, corazas de bronce, arcos y hondas. Y todavía, además de esto, preparó numerosos ingenios militares para el asedio de las ciudades: ingenios para lanzar piedras, ingenios para disparar lanzas, guadañas y otros por el estilo.

222. *Degeneración de Ozías (2 Crónicas,* 26, 16 y ss.). 4. Y, cuando andaba en esta organización y preparativos, perdió el sentido por fatuo, y, así, envanecido por su superioridad mortal, prestó nula atención a la fuerza inmortal y que resiste en cualquier circunstancia (esto es, la piedad para con Dios y la observancia de las leyes). Y, por ello, a causa de su estado resbaló y cayó en los errores de su padre, a los que el brillo de su prosperidad y la grandeza de su situación política había llevado también a él, al no poder enfrentarse a ello sensatamente. En este sentido, con ocasión de un día señalado en que se celebraba una fiesta en que participaba todo el pueblo, se revistió de la vestimenta sacerdotal y pretendió penetrar en el recinto sagrado para ofrecer un sacrificio en el altar áureo de Dios. Y, como el Sumo Sacerdote Azarías, a quien acompañaban ochenta sacerdotes, intentara impedirle la entrada (pues le argumentaron diciendo que a él no le era dado ofrecer allí un sacrificio, y que ello le estaba permitido hacerlo únicamente a los descendientes de Arón), y como le gritaran que saliera y que no cometiera un desafuero contra Dios, montando en cólera les amenazó con la muerte si no se quedaban quietos. Pero en este intervalo una sacudida colosal conmovió la tierra y, abriéndose el Templo, relució un fulgor deslumbrante del sol que incidió sobre el rostro del rey a resultas del cual le atacó inmediatamente la lepra y la mitad de la montaña situada a poniente, delante de la ciudad y junto al lugar de nombre Eroge [30], se escindió, la cual, después de rodar una extensión de cuatro estadios, se detuvo al lle-

[30] Posiblemente la actual *En-rogel,* al sudeste de Jerusalén. Cf. *Ant. jud.* 7, 223.

gar al monte situado al Naciente, con el resultado de que quedaron cerrados los pasos y los parques reales. Y cuando los sacerdotes vieron el rostro del rey afectado por la lepra le informaron de su desgracia y le mandaron que saliera de la ciudad por estar incurso en esa maldición. Y él, a causa de la vergüenza que le causaba la desgracia contraída y por no poder hablar ya en público, hizo lo que le mandaban, sufriendo un castigo tan duro y lamentable por adoptar una postura mental superior a la de un ser humano y por los consiguientes pecados contra Dios. Y pasó un tiempo fuera de la ciudad llevando la vida propia de un simple particular, cuando su hijo Jotam había tomado el poder, pero luego murió de pena y desánimo por lo que le había ocurrido, tras una vida de sesenta y ocho años, de los que pasó en el trono cincuenta y dos. Fue enterrado solo en sus propios jardines.

228. *Selem y Manaem de Israel (2 Reyes,* 15, 8 y ss.).11. 1. Zacarías[31], el hijo de Jeroboam, después de haber reinado durante seis meses sobre los israelitas, murió asesinado a traición por un amigo suyo de nombre Selem, hijo de Jabes, quien alcanzó el trono después de él. Pero no lo mantuvo durante un tiempo superior a los treinta días. En efecto, el general Manaem, que por aquel entonces se encontraba en la ciudad de Tarse, al enterarse de lo que le había ocurrido a Zacarías partió con todo el ejército y llegó a Samaria, donde, habiendo trabado combate con Selem, lo mató y, tras nombrarse rey, partió y se presentó en la ciudad de Tapsa. Pero los habitantes de esta ciudad cerraron las puertas con cerrojos y no recibieron al rey. Pero él, en represalia, saqueó todo su territorio del contorno, y tras someter la ciudad a un asedio la tomó por la fuerza. Y gravemente molesto por el comportamiento de los habitantes de Tapsa los ejecutó a todos sin respetar siquiera la vida de los niños, sin que a su muerte pudieran ser superadas ni su crueldad ni su brutalidad, pues éste hizo a sus compatriotas lo que no es perdonable causar siquiera a extranjero alguno que caiga en manos de uno. Manaem, pues, que se comportó como rey en la manera dicha, continuó siendo perverso y el más cruel de todos durante diez años. Y, cuando Ful[32], rey de los asirios, emprendió una expedición militar contra él, no se enfrentó a los asirios por la lucha y la guerra, sino

[31] Cf. *Ant. jud.* 9, 215.

[32] Este es Taglatfalasar III (746-728 a. C.).

que solucionó la guerra persuadiendo a Ful de que se retirara recibiendo mil talentos de plata. Esta suma de dinero se la aportó el pueblo a Manaem, habiéndosele exigido cincuenta dracmas por persona. Cuando después de esto murió, fue enterrado en Samaria, y dejó como heredero del trono a su hijo Faceas, quien, emulando la crueldad de su padre, gobernó sólo dos meses. Luego murió, y con él sus amigos, víctima de una traición durante un banquete, habiendo sido el conspirador un tal Faceas, hijo de Romelias y oficial de su ejército. También este Faceas fue impío y cometió desafueros durante los veinte años que mantuvo el poder. Y el rey de los asirios, de nombre Taglatfalasar, tras emprender una expedición militar contra los israelitas y haber sometido toda Galad y la región situada al otro lado del Jordán así como la llamada Galilea, próxima a ella, y también Cidisa y Asor, hizo prisioneros a sus habitantes y los pasó a su propio reino. Con esto queda aclarada la participación en estos asuntos del rey de los asirios.

236. *Jotam rey de Jerusalén (2 Crónicas,* 27, 1, y *2 Reyes,* 15, 32). 2. Jotam [33], hijo de Ozías, reinó sobre la tribu de Judá, con residencia en Jerusalén. Su madre era oriunda de esta ciudad y se llamaba Jerase. Este rey no dejó de practicar virtud alguna, sino que resultó ser piadoso en el culto hacia Dios, justo en su trato con los hombres y cuidadoso de los asuntos de la ciudad. En efecto, todo lo que requería un preparativo o un embellecimiento lo ejecutó diligentemente, y, en este sentido, construyó los pórticos del Templo y las puertas de acceso a ellos, reconstruyó las murallas derruidas, edificó torres colosales e inexpugnables y prestó suma atención a todo aquello que en su reino estaba descuidado. Y tras haber emprendido una expedición militar contra los amanitas y haber vencido en la batalla, les impuso la obligación de pagarle anualmente en concepto de tributo cien talentos y además diez mil fanegas de trigo y otras tantas de cebada. Y engrandeció tanto su reino que, si por un lado no era despreciado por los enemigos, por otro trajo la prosperidad para los propios ciudadanos.

239. *Naum profetiza contra Nínive (Nahum,* 2, 8). 3. Había por esta época un profeta, de nombre Naum, quien, profetizando la caída de los asirios y de Nínive, decía que Nínive se convertiría en

[33] Cf. *Ant. jud.* 9, 227.

un estanque agitado de agua, añadiendo las siguientes palabras textuales: «Así también todo el pueblo, turbado y agitado, marchará huyendo, diciéndose unos a otros "Parad, esperad y coged oro y plata para vosotros mismos". Pero no habrá nadie que quiera, puesto que preferirán salvar sus vidas más que las riquezas. En efecto, tremendas disputas harán presa entre ellos, así como llantos y desfallecimientos de sus piernas, y los ojos se les volverán completamente negros por el miedo. ¿Dónde estará el habitáculo de los leones y la madre de los cachorros? Nínive, Dios te dice: "Te borraré de la faz de la tierra y los leones ya no impondrán su ley al mundo, saliendo de ti". Y este profeta predijo acerca de Nínive otros muchos hechos además de los anteriores que no estimé necesario referir, y que omití para no parecer pesado a los lectores. Y todas estas predicciones acerca de Nínive se cumplieron ciento quince años después [34]. Pues bien, con lo dicho hemos ofrecido suficientes datos acerca de estas cuestiones.

243. *Acaz sucede a Jotam, rey de Jerusalén (2 Reyes,* 15, 38, y *2 Crónicas,* 27, 9 y ss.).12. 1. Jotam [35] pasó a mejor vida a la edad de cuarenta y un años, durante dieciséis de los cuales fue rey, y fue enterrado en las sepulturas reales. El trono pasó a su hijo Acaz, quien fue sumamente impío con Dios, transgredió las leyes tradicionales e imitó a los reyes de Israel erigiendo altares en Jerusalén y ofreciendo en ellos sacrificios a los ídolos, a quienes dedicó en holocausto a su propio hijo siguiendo las costumbres de los cananeos, y llevó a cabo otros hechos similares a los citados. De esta condición y locura era él. En un momento dado emprendió contra él una expedición militar Arases, el rey de los sirios y de Damasco, acompañado de Faceas, rey de Israel (pues eran amigos), y, obligándolo a encerrarse en Jerusalén, lo sitiaron durante mucho tiempo, sin conseguir nada por la fortaleza de las murallas. El rey de los sirios, después de ocupar la ciudad de Elat, situada junto al mar Rojo, y de matar a sus habitantes, volvió a habitarla con sirios. Asimismo, después de aniquilar a los judíos de las guarniciones de avanzadilla y a los de los contornos, se retiró a Damasco, llevándose un botín enorme. Y el rey de Jerusalén, al tener conocimiento de

---

[34] Nínive cayó en el año 607/606 a. C. Josefo fija la fecha de la profecía en el último año del reino de Israel (722 a. C.).

[35] Cf. *Ant. jud.* 9, 227.

que los sirios habían regresado a casa y considerar que podía hacer frente al rey de Israel, sacó sus fuerzas contra él, pero al trabar combate fue vencido por la cólera que Dios le guardaba por sus numerosos y a la vez enormes actos de impiedad. En efecto, en aquel día fueron aniquilados ciento veinte mil de sus hombres a manos de los israelitas, cuyo comandante en jefe Zacarías mató en el encuentro al hijo del rey Acaz, de nombre Amasías, e hizo prisioneros a Ericam, gobernador de todo el reino, y a Elican, el comandante en jefe de la tribu de Judá. Además, los israelitas se llevaron mujeres y niños de la tribu de Benjamín, arramblaron con gran cantidad de botín y con todo ello regresaron a Samaria.

248. *El profeta Oded increpa a los israelitas (2 Crónicas,* 28, 9). 2. Pero un tal Oded, que por aquella época empezaba a profetizar en Samaria, salió fuera de las murallas a encontrarse con el ejército y con grandes gritos les reveló que su victoria no había sido lograda por sus propias fuerzas, sino por la cólera que Dios le tenía al rey Acaz. Y les reprochó que no se hubieran contentado con el éxito logrado contra el propio Acaz, y que en su osadía hubieran llegado a hacer cautivos a los habitantes de las tribus de Judá y Benjamín, que eran compatriotas suyos. Y les aconsejaba que los soltaran y dejaran marchar indemnes a sus casas, diciéndoles que, si desobedecían a Dios, pagarían el justo castigo. Y el pueblo israelita se reunió en asamblea y se dispuso a examinar la cuestión. Y, habiéndose levantado uno de los que gozaban del respeto de la ciudadanía, de nombre Baraquías, y otros tres más, dijeron que no permitirían a los soldados introducirlos en la ciudad, «para que no perezcamos todos a manos de Dios, pues nos basta con faltarle únicamente a Acaz, como los profetas dicen, y no debemos cometer otros actos de impiedad después de ése». Al oír estos razonamientos los soldados les concedieron que hicieran lo que parecía que más convenía. Y, así, tras hacerse cargo los hombres antes citados de los cautivos, no sólo los soltaron, sino que les dedicaron todas las atenciones, y, en este sentido, tras suministrarles provisiones para el viaje, los dejaron marchar a su casa indemnes, y aún más, los cuatro citados marcharon con ellos y, tras haberlos acompañado hasta Jericó, no lejos ya de Jerusalén, regresaron a Samaria.

252. *Acaz soborna a los asirios para atacar Siria e Israel (2 Reyes,* 16, 7 y ss.). 3. Y el rey Acaz, al haber sufrido este desastre

a manos de los israelitas, por medio de unos emisarios que envió a Taglatfalasar, rey de los asirios, lo exhortó a prestarle ayuda militar para la guerra contra los israelitas, sirios y habitantes de Damasco, prometiéndole que le daría grandes sumas de dinero, aparte de haberle enviado ya espléndidos regalos. Y Taglatfalasar, tras la llegada a su presencia de los citados emisarios, vino en ayuda de Acaz, y, emprendiendo una expedición militar contra los sirios, devastó su territorio, tomó la ciudad de Damasco por la fuerza y mató al rey Arases. Y desterró a los habitantes de Damasco a la Media Superior, mientras a algunas poblaciones de la nación asiria las trasladó de allí y las estableció en Damasco. Por otro lado, tras asolar las tierras de los israelitas, hizo prisioneros a muchos de ellos. Cuando el rey de Asiria hubo llevado a cabo esta misma operación contra los sirios, el rey Acaz, tras coger todo el oro que había en los tesoros reales y tomar la plata y cualquier otra ofrenda bellísima que había en el Templo de Dios, llegó con todo ello a Damasco y se lo entregó al rey de Asiria conforme a lo acordado. Y, después de confesar estarle agradecido por todo, regresó a Jerusalén. Este rey era tan necio y desconocedor de sus propios intereses que ni siquiera cuando estaba siendo atacado por los sirios dejó de adorar a sus dioses, sino que continuaba venerándolos para que le otorgaran la victoria. Pero, al ser derrotado por segunda vez, empezó a honrar a los dioses de los asirios y daba la impresión de que honraría a cualesquiera otros más que al Dios de sus padres y verdadero, el mismo que fue causante de su derrota por estar irritado con él. Y llegó a tal grado de falta de respeto y desprecio hacia nuestro Dios que finalmente clausuró incluso el Templo, prohibió ofrecerle los habituales sacrificios y lo despojó de las ofrendas. Estas son las ofensas con que ultrajó a Dios. Murió a la edad de treinta y seis años, siendo rey durante dieciséis de ellos, y dejó como sucesor a su hijo Ezequías.

258. *Oseas sucede a Faceas de Israel (2 Reyes,* 15, 30 y ss.). 13. 1. Y por la misma época murió también Faceas, rey de Israel, víctima de una conspiración tramada contra él por un amigo llamado Oseas, quien, habiéndose mantenido en el trono durante nueve años, no sólo fue malvado, sino que también despreció a Dios. Y contra él mandó sus ejércitos Salmanasar, rey de los asirios, y, tras vencerlo (pues Oseas no contaba con el afecto y ayuda militar de

Dios) lo forzó a aceptar sus condiciones, y, en este sentido, le impuso la obligación de pagarle determinados tributos.

258. *Ezequías sucede a Acaz de Jerusalén (2 Reyes,* 18, 1, y *2 Crónicas,* 29, 1). En el cuarto año del reinado de Oseas subió al trono de Jerusalén Ezequías, hijo de Acaz y de Abia, ésta nacida en la propia ciudad de Jerusalén. Ezequías era de condición bondadosa, justa y piadosa. En efecto, al subir al trono, no consideró ninguna otra cosa más primordial ni más necesaria ni más conveniente tanto para sí como para los súbditos que adorar a Dios. Al contrario, tras convocar al pueblo y a los sacerdotes y levitas les dirigió a todos ellos la palabra en los siguientes términos: «No ignoráis que por culpa de los pecados de mi propio padre, quien transgredió la obligación de rendir culto y honrar a Dios, habéis sufrido muchas y grandes calamidades, al ser corrompidos vuestros pensamientos por él y persuadidos a adorar a los que él tomaba por dioses. Y, por otro lado, dado que vosotros habéis aprendido en la cruda realidad de la experiencia que la impiedad es una tremenda desgracia, os exhorto a vosotros desde ahora mismo a olvidarla y a purificaros de las anteriores máculas, y a los sacerdotes y levitas, luego de reunirse aquí, a abrir inmediatamente el Templo y, tras purificarlo con los sacrificios de rigor, devolverlo a la dignidad originaria y consustancial a nuestros padres. Pues de esta manera tal vez consigamos hacer propicio a Dios y que deponga su cólera».

263. *Ezequías restaura las viejas costumbres (2 Crónicas,* 29, 16 y ss.). 2. Cuando el rey dio fin a estas sus palabras, los sacerdotes abrieron el Templo y, una vez que lo hubieron abierto, pusieron a punto los objetos de Dios y, después de purificarlo de máculas, ofrecieron en el altar los sacrificios de costumbre. Luego el rey, a través de emisarios enviados a todo el territorio de su reino, invitó al pueblo a que acudiera a Jerusalén a celebrar la fiesta de los ázimos [36], porque había dejado de celebrarse durante mucho tiempo por causa de los desafueros cometidos por los reyes antes dichos. Y envió también embajadores a los israelitas, para animarlos a que, abandonando su tipo de vida actual, volvieran a las costum-

[36] Cf. *Ant. jud.* 3, 249.

bres originarias y veneraran a Dios. Y, así, les decía que les permitía, si se presentaban en Jerusalén, celebrar la fiesta de los ázimos y acompañar a las gentes de Judá en los actos festivos. También les decía que los exhortaba a ello no para que se convirtieran en súbditos suyos si no querían sino por la propia conveniencia de ellos, porque así serían dichosos. Pero los israelitas, cuando se presentaron los embajadores y les dieron cuenta del mensaje de su rey, no sólo no les hicieron caso, sino que llegaron incluso a motejarlos de necios, y a los profetas, que los exhortaban a lo mismo y que les predecían los castigos que recibirían si no se enmendaban y veneraban a Dios, les escupían y al final, tras detenerlos, los mataron. Y no les bastó tampoco con llegar a este punto en sus desafueros, sino que idearon cosas aún peores que las antes dichas y no pararon hasta que Dios, en represalia por su impiedad, los puso en manos de los enemigos. Pero de esto trataremos en otro momento[37]. Muchos, sin embargo, de las tribus de Manasés, Zabulón e Isacar, que hicieron caso de las exhortaciones de los profetas, se enmendaron y volvieron a la piedad, y todos estos corrieron a Jerusalén a unirse con Ezequías para rendir culto a Dios.

268. *Ezequías celebra la Pascua (2 Crónicas,* 29, 20 y ss.). 3. Cuando llegaron éstos, el rey Ezequías, después de subir al Templo con las autoridades y el pueblo entero, sacrificó por sí solo siete toros y otros tantos carneros, más siete corderos y otros tantos cabritos. Y, tras imponer sus manos sobre las cabezas de las víctimas tanto el propio rey como las autoridades, dejaron a los sacerdotes que celebraran un sacrificio de buen augurio. Y éstos sacrificaron las víctimas y las ofrecieron en holocausto, mientras los levitas, puestos en derredor, acompañados de los instrumentos musicales entonaban himnos en honor de Dios y pulsaban las arpas como hacían sido enseñados por David, y los restantes sacerdotes hacían resonar sus trompetas al son de los que cantaban los himnos. Y en medio de este ritual el rey y la multitud, arrojándose al suelo boca abajo, rendían culto a Dios. Posteriormente el rey sacrificó setenta bueyes, cien carneros y doscientos corderos, y regaló a la multitud para los banquetes seiscientos bueyes y tres mil cabezas de otro ganado. Y los sacerdotes oficiaron todos los rituales siguiendo los dictados de la ley. Y el rey, contento con

[37] En cap. 277 y ss.

esto, se entretenía en banquetes acompañado del pueblo, confesando estarle agradecido a Dios. Por otro lado, cuando llegó la fiesta de los ázimos hicieron el sacrificio de nombre Pascua y a continuación celebraron los otros sacrificios durante siete días. Y el rey regaló al pueblo, aparte de las víctimas que había ofrecido en sacrificio el propio pueblo, dos mil toros y siete mil cabezas de ganado menor. Y lo mismo hicieron también las autoridades, pues entregaron a las gentes del pueblo mil toros y mil cuarenta cabezas de ganado menor. Y de esta manera la fiesta que no se celebraba desde el rey Salomón fue entonces la primera vez que volvió a celebrarse, y esto espléndidamente y con toda dignidad. Y cuando estas celebraciones festivas tocaron a su fin, salieron al campo y lo santificaron. Pero también purificaron la ciudad de Jerusalén de toda impureza de ídolos. Y el rey dictaminó que a expensas suyas fueran celebrados los sacrificios cotidianos como la ley mandaba, y a los sacerdotes y levitas fijó que les fueran dados por el pueblo los diezmos y las primicias de sus frutos para que permanecieran siempre dedicados al culto y no se separaran nunca del servicio divino. Y el pueblo aportaba, efectivamente, frutos a los sacerdotes y levitas, pero el rey, tras constituir depósitos y despensas para almacenar estos frutos, los distribuía entre todos y cada uno de los sacerdotes y levitas, así como entre sus hijos y esposas. Así fue como volvieron de nuevo a la religiosidad originaria. Y, cuando el rey hubo restablecido esto en la manera dicha, llevó la guerra contra los filisteos y, tras vencerlos, ocupó todas las ciudades enemigas desde Gaza hasta Gita. Por su parte, el rey de los asirios le amenazó, por medio de unos embajadores, con destruir todo su poderío si no le pagaba los tributos que su padre le pagaba antes. Pero Ezequías no hizo caso de estas amenazas, sino que estaba tranquilo, fiado de su piedad para con Dios y del profeta Isaías, por quien se enteraba meticulosamente de todas las cosas que habían de suceder. Y de momento dejemos en este punto la historia de este rey [38].

277. *Final del reino de Israel (2 Reyes,* 17, 4). 14. 1. Salmanasar, el rey de los asirios, cuando le fue anunciado que Oseas, el rey de los israelitas, por medio de embajadores que había enviado en secreto a visitar a Soas, el rey de los egipcios, le había pro-

[38] Continúa en libro 10, 1.

puesto firmar una alianza militar con él, exacerbado emprendió una expedición militar contra Samaria en el año séptimo del reinado de Oseas. Y, al negarse este rey a recibirlo, tras un asedio que duró tres años tomó por la fuerza la ciudad de Samaria, cuando Oseas llevaba como rey nueve años y siete Ezequías, el rey de Jerusalén, momento en que borró por completo de la faz de la tierra el poder de los israelitas y trasladó a todas sus gentes a Media y Persia, entre las que se encontraba el rey Oseas, a quien había hecho prisionero. Y, tras haber levantado a otras naciones de cierta región llamada Juto (en Persia hay un río con este nombre), las instaló en Samaria y en el territorio de los israelitas. Emigraron, pues, las diez tribus israelitas de Judea novecientos cuarenta y siete años [39] después de la fecha en la que sus antepasados, tras haber salido de Egipto, ocuparon este territorio cuando su caudillo era Josué. Y desde que los israelitas se separaron de Roboam, el nieto de David, y pusieron el reino en manos de Jeroboam, como ya antes [40] fue indicado por mí, han transcurrido doscientos cuarenta años, siete meses y siete días. Tal fue el final que tuvieron los israelitas por transgredir las leyes y desobedecer a los profetas, quienes les venían advirtiendo de esta catástrofe si no ponían coto a sus impiedades. Y el principio de sus males empezó con el levantamiento que llevaron a cabo ellos contra Roboam, el nieto de David, cuando designaron su rey al esclavo del citado Roboam, a saber, a Jeroboam, quien por sus pecados contra Dios enemistó a Éste con los israelitas, por seguir ellos los pasos de Jeroboam en sus desafueros. En fin, este rey recibió el castigo que se merecía.

283. *Los archivos sirios y la invasión asiria.* 2. El rey de los asirios invadió en son de guerra toda Siria y Fenicia. Y el nombre de este rey está registrado en los achivos de Tiro, y esto porque llevó a cabo una expedición militar contra Tiro cuando reinaba en ella Elulai. Y lo atestigua también Menandro, autor de un libro titulado *La Crónica* y traductor de los archivos de Tiro al griego, quien se expresa así: «Y Elulai, a quien ellos pusieron por nombre Pías, reinó durante treinta y seis años. Éste, cuando los habitantes de Citium hicieron defección de él, se hizo a la mar y los sometió

[39] Pero, según *Ant. jud.* 8, 61 y 211, los años resultantes son 908.
[40] *Ant. jud.* 8, 221 y ss.

de nuevo. Durante su reinado Selampsas[41], el rey de los asirios, invadió en son de guerra Fenicia entera, y, tras pactar la paz con todos sus pueblos, volvió a su tierra. Y en estas circunstancias llevaron a cabo la defección de Tiro las ciudades de Sidón, Arce, la antigua Tiro y otras muchas, las cuales se entregaron al rey de los asirios. Por ello, como los habitantes de Tiro no se sometían a sus dictados, volvió de nuevo contra ellos el citado rey con la ayuda de los fenicios, que le prestaron sesenta naves y ochocientos remeros. Pero los tirios, como con sus doce naves hubieran embestido a la flota enemiga y ésta se hubiera dispersado, hicieron prisioneros a unos quinientos hombres. En aquellas fechas subió en Tiro el precio de todos los artículos por los hechos siguientes. En efecto, el rey de los asirios, al retirarse de allí, estableció soldados encargados de la vigilancia del río y de los acueductos, con la misión de impedir a los tirios proveerse de agua, y soportaron esto, que duró *cinco años, bebiendo de pozos abiertos en el subsuelo*». Estos son los datos registrados en los archivos de Tiro concernientes a Salmanasar, el rey de los asirios.

288. *Los juteos o samaritanos (2 Reyes*, 17, 24). 3. Los juteos instalados en Samaria (pues se han servido hasta el día de hoy de esa denominación por haber sido trasladados aquí desde la región de nombre Juta, la cual está situada en Persia igual que el río de ese nombre), como cada grupo de ellos llevaran a Samaria su propio dios, que sumaban cinco, y los veneraran en la forma que habían heredado de sus padres, excitaron la cólera y el enfado de su Divina Majestad. En efecto, lanzó contra ellos una peste, por la que perecían. Y, al no discurrir manera alguna de tratar el mal, aprendieron a adorar a su Divina Majestad, convencidos de que ello era su salvación. Así, pues, por medio de embajadores que enviaron al rey de los asirios le pidieron que les enviara algunos sacerdotes de los que había hecho prisioneros en su guerra contra los israelitas. Y como, al enviárselos, aprendieran las leyes y el ritual concerniente a este Dios, lo adoraron con todos los honores e inmediatamente se libraron de la peste. Y todavía hoy continúan practicando los mismos ritos los llamados en lengua hebrea juteos y en la griega samaritanos, quienes alternativamente se llaman

[41] Evidentemente, con este nombre se quiere significar a Salmanasar.

parientes de los judíos, cuando ven que a éstos las cosas les van bien, en la idea de que descienden de José y de que les viene de aquí el origen del parentesco que los une con los judíos, mientras que, cuando los ven fracasar, dicen que no tienen nada que ver en absoluto con ellos y que en estricta justicia no están ligados a ellos por razones afectivas o de parentesco, sino que se declaran una nación extranjera instalada allí. De éstos tendremos que hablar en un momento más adecuado [42].

[42] En *Ant. jud.* 11, 19 y ss., 84 y ss., 114 y ss., 174 y ss., 340 y ss., y 12, 257 y ss.

Libro X

RESUMEN:

1. Expedición militar del rey asirio Senaquerib contra Jerusalén y asedio de su rey Ezequías.
2. Cómo el ejército asirio pereció por la peste en una sola noche y su rey, luego de retirarse a su país, murió víctima de una conspiración de sus hijos.
3. Cómo Ezequías, después de pasar el resto de su vida en paz, murió, dejando como sucesor en el trono a Manasés.
4. Cómo los reyes de Caldea y Babilonia, tras emprender una expedición militar contra él y vencerlo, lo hicieron prisionero y lo llevaron a Babilonia, y cómo, después de retenerlo allí durante un largo período de tiempo, lo soltaron y le dejaron volver a su reino.
5. Cómo el rey Josías, cuando el rey egipcio Necaón marchó con su ejército contra Babilonia y trataba de pasar por Judea, salió a su encuentro para impedirle el paso, y cómo, habiendo resultado herido en la batalla que tuvo lugar, fue llevado a Jerusalén y murió allí, y cómo los habitantes de Jerusalén designaron rey a su hijo Joazes.
6. Cómo Necaón trabó combate con el rey de Babilonia a orillas del río Eúfrates y de regreso a Egipto llegó a Jerusalén, a cuyo rey Joazes llevó a Egipto, mientras a su hermano Joaceim lo designó rey de Jerusalén.

7. Expedición militar de Nabucodonosor, rey de Babilonia, contra Siria, y cómo después de someterla toda ella hasta las fronteras de Egipto, subió a Jerusalén, a cuyo rey Joaceim obligó a ser su amigo y aliado.
8. Cómo, después de la retirada del babilonio, Joaceim volvió a hacerse amigo de los egipcios, y cómo Nabucodonosor, habiendo emprendido una expedición militar contra él, sitiarlo y rendirse la ciudad después de un tiempo, mató a Joaceim, al tiempo que estableció rey a su hijo Joaceim, y cómo, habiendo recibido grandes sumas de dinero de Jerusalén, regresó inmediatamente a Siria.
9. Cómo Nabucodonosor se arrepintió de haber nombrado rey a Joaceim y, habiendo emprendido una expedición militar contra Jerusalén, logró apoderarse de Joaceim, quien se entregó con su madre y seres queridos, y cómo el babilonio tomó a muchos prisioneros y, llevándose ofrendas del Templo, regresó a Babilonia, tras haber establecido como rey de Jerusalén a Sedecías, el tío de Jecomías.
10. Cómo, habiendo llegado a sus oídos rumores de que también éste quería firmar con los egipcios un tratado de alianza y amistad, y emprender una expedición militar contra Jerusalén, la tomó a la fuerza por medio del asedio, y cómo, tras incendiar el Templo, trasladó a Babilonia a la población de Jerusalén y a Sedecías.
11. Cómo Nabucodonosor, al morir, dejó como sucesor del trono a su hijo, y cómo su imperio fue sometido por Ciro, rey de Persia.
12. Sucesos que acontecieron en esta época a los judíos en Babilonia.

Este libro comprende un período de ciento ochenta y dos años, seis meses y diez días.

1. *Ezequías sometido a Senaquerib (2 Reyes,* 18, 13). 1. 1. Cuando Ezequías, el rey de las dos tribus, llevaba ya ejerciendo el poder catorce años, el rey de los asirios de nombre Senaquerib emprendió contra él una expedición militar con sumo aparato y tomó por la fuerza todas las ciudades de las tribus de Judá y de Benjamín. Y como se dispusiera a llevar sus fuerzas también contra Jerusalén, Ezequías, anticipándose a ello, le envió embajadores

y se comprometió a prestarle obediencia y a pagarle el tributo que le impusiera. Y Senaquerib, al conocer la propuesta de los embajadores, decidió no continuar la guerra, sino que aceptó su petición y, así, convino en que se retiraría como amigo una vez que hubiera recibido trescientos talentos de plata y treinta de oro, tras lo cual dio a los embajadores garantía jurada de que se volvería sin causar a Ezequías daño alguno. Ezequías le hizo caso y, tras vaciar los depósitos donde guardaba sus dineros, se los envió, convencido de que con ello evitaría la guerra y el riesgo de perder el trono. Pero el asirio, una vez que cogió el dinero, no hizo caso alguno de sus promesas. Al contrario, aunque él emprendió una expedición militar contra los egipcios y los etíopes, dejó allí con numerosas fuerzas a su general Rapsaces con otros dos altos oficiales con el encargo de saquear la ciudad de Jerusalén. Los nombres de estos dos altos oficiales son Tarata y Arácaris.

5. *Los asirios amenazan Jerusalén (2 Reyes,* 18, 17 y ss.). 2. Y éstos, cuando en su avance acamparon delante de las murallas, por medio de unos emisarios que enviaron a Ezequías le pidieron que se presentara él a parlamentar con ellos. Y éste no salió personalmente por cobardía, pero les envió a sus tres más íntimos amigos: a uno que se llamaba Eliacías y que era su primer ministro, a Subanayo y a Joac, el encargado de los registros. Pues bien, éstos salieron fuera de la ciudad y se detuvieron enfrente de los mandos del ejército asirio, y el general Rapsaces, al verlos, les mandó que volvieran y dijeran a Ezequías que el gran rey Senaquerib le preguntaba en quién confiaba y se fiaba para esquivar a su soberano y no querer escucharlo ni recibir en la ciudad a su ejército. ¿Acaso confiaba en los egipcios y por eso esperaba derrotar al ejército de Senaquerib por la intervención de los propios egipcios? Y les hacía saber que, si era eso lo que esperaba, le comunicaran que era un necio y semejante a un hombre que se apoya en una caña quebrada, quien además de irse al suelo percibe haber sufrido un daño en la mano, al clavársele en ella la caña. Y él decía a los citados embajadores que Ezequías debía saber también que Senaquerib había emprendido la expedición militar contra él por voluntad de Dios, que le había concedido también someter el reino israelita, para destruir de la misma manera también a los súbditos de Ezequías. Y como Rapsaces le dijera esto en hebreo, por tener un dominio suficiente de esta lengua, Eliacías, por miedo a que la multitud lo oyera y se hundiera en la inquietud, le

pidió que se expresara en arameo. Pero el general asirio, al percatarse de sus intenciones y del temor que lo embargaba, recurriendo a gritos mayores y más agudos, le respondió que hablaba en hebreo «para que todos oigan los mandatos de mi rey y así elijan lo que les conviene entregándose a nosotros, porque está claro que tanto vosotros como vuestro rey vais a intentar convencer al pueblo de que resista engañándolo con vanas esperanzas. Y, si confiáis y creéis que podréis repeler a nuestras fuerzas, estoy dispuesto a entregaros dos mil caballos de las fuerzas que me acompañan, para que, aportando vosotros un número de jinetes igual, mostréis vuestras fuerzas. Pero evidentemente no podríais aportar los jinetes que no tenéis. ¿A qué viene entonces demorar entregaros a los que son superiores a vosotros y que os harán prisioneros pese a vuestra resistencia? Y, claro está, el carácter voluntario de vuestra entrega se revelará seguro para vosotros, mientras que vuestra oposición a ello se revelará a lo largo de la guerra peligroso y motivo de desgracias».

11. *Isaías predice la retirada de los asirios (2 Reyes,* 18, 37). 3. El pueblo y los embajadores que oyeron decir esto al general asirio se lo transmitieron a Ezequías. Quien en vista de ello se desprendió de la vestimenta regia y, tras vestirse con sacos y ponerse encima un atuendo mezquino, se tumbó en el suelo boca abajo según la norma tradicional de sus antepasados para suplicar y rogar a Dios quien no tenía ninguna otra esperanza de salvación. Y a través de unos emisarios que envió a visitar al profeta Isaías le pidió que orara a Dios y que, ofreciéndole sacrificios en pro de la salvación general, lo exhortara a montar en cólera contra las esperanzas concebidas por los enemigos y a compadecerse, por el contrario, del propio pueblo de Isaías. Y el profeta, tras cumplir lo que se le había mandado y recibir el correspondiente oráculo de Dios, reconfortó al propio rey y a sus fieles amigos, profetizando que los enemigos, derrotados sin necesidad de lucha, se retirarían vergonzosamente y no con la osadía de que en aquel momento estaban imbuidos, y ello porque Dios cuidaría de que fueran aniquilados. Y, por lo que respecta al propio Senaquerib, rey de los asirios, les predecía que, tras fracasar en los objetivos que lo llevaron a Egipto y regresar a su tierra, perecería a golpe de espada.

15. *Ezequías desafía a Senaquerib (2 Reyes,* 19, 10). 4. Y hacia la misma época acertó el rey asirio a escribir una carta a Eze-

quías, en la que lo calificaba de necio si suponía que podría evitar hacerse esclavo suyo, cuando había sometido ya a numerosas y poderosas naciones, y amenazaba con aniquilarlo contundentemente cuando lo capturara, si no abría voluntariamente las puertas y recibía a su ejército en Jerusalén. Ezequías, cuando leyó este texto, despreció a Senaquerib por su confianza en Dios, y, habiendo doblado la carta, la depositó en el interior del Templo. Y, como hubiera vuelto él a rogar a Dios por la salvación de la ciudad y la de todos en general, el profeta Isaías insistía en asegurarle que Él lo había escuchado y que en el momento presente la ciudad no sería tomada por el rey asirio y que en el futuro todos sus súbditos estarían libres de todo temor y cultivarían sus campos en paz y atenderían a sus posesiones sin miedo a nada. Y cuando hubo transcurrido un poco de tiempo, el propio rey asirio, tras haber fracasado en su ataque contra los egipcios, regresó de vacío a casa por un motivo del tenor siguiente: llevaba él mucho tiempo gastado en el asedio de la ciudad de Pelusio y los terraplenes que levantaba contra las murallas ya se encontraban bastante arriba, tanto que estaba a punto de alcanzarlas, cuando llegó a sus oídos la noticia de que Tarsices, el rey de los etíopes, quien había decidido acudir con un poderoso ejército en ayuda de los egipcios, había efectuado la marcha a través del desierto e irrumpido de repente en territorio asirio. En estas circunstancias el rey Senaquerib, inquieto por estas noticias, regresó de vacío, como acabo de decir, abandonando la ciudad de Pelusio. Del referido Senaquerib también Heródoto, en el libro segundo de sus *Historias* [1], dice que este rey había marchado contra el rey de los egipcios que era sacerdote de Hefesto y que, cuando sitiaba la ciudad de Pelusio, levantó el sitio por un motivo del tenor siguiente: el rey de los egipcios dirigió sus oraciones a Dios, y Dios, que prestó oídos a sus súplicas, lanzó una plaga contra el árabe (en efecto, también yerra Heródoto en este punto, al hablar no del rey de los asirios, sino del de los árabes) [2], pues dice que una multitud de ratones en una sola noche devoró los arcos y restantes armas de los asirios y que, por este motivo, el rey, al no disponer de arcos, había alejado al ejército de Pelusio. Este es el relato de Heródoto. Por su parte, Beroso, el

[1] Heródoto 2, 141.

[2] Pero califica Heródoto a Senaquerib de «rey de los árabes y de los asirios».

autor de la *Historia de Caldea,* menciona al rey Senaquerib y dice que mandó en los asirios y que atacó a toda Asia y Egipto, expresándose en los siguientes términos[3]:...

21. *La peste obliga a los asirios a huir (2 Reyes,* 19, 35 y ss.). 5. Senaquerib, cuando volvió a Jerusalén de su guerra contra los egipcios, encontró allí a las fuerzas a las órdenes del general Rapsaces corriendo graves riesgos a causa de una peste[4], ya que, al lanzar Dios contra el ejército la enfermedad de la peste, sólo en la primera noche de poner sitio a la ciudad perecieron ciento ochenta y cinco mil hombres con jefes y oficiales. Y Senaquerib, al ser invadido a causa de este desastre por el miedo y una tremenda inquietud y temer por la suerte del ejército entero, huyó con las fuerzas restantes a sus propios lares, conocidos por el nombre de reino de Nino[5]. Y cuando llevaba allí un breve espacio de tiempo perdió la vida asesinado traidoramente por sus hijos mayores Andrómaco y Seleúcaro, y fue enterrado en su propio templo, de nombre Arasce. Y estos sus dos hijos, desterrados a consecuencia del asesinato de su padre por sus conciudadanos, marcharon para Armenia, y heredó el trono Asaracodas, despreciando a los miembros de la familia de Senaquerib siguientes a los dos citados. Tal fue el resultado de la expedición militar de los asirios contra los habitantes de Jerusalén.

24. *Enfermedad de Ezequías y su milagrosa curación (2 Reyes,* 20, 1, e *Isaías,* 38, 1). 2. 1. Y el rey Ezequías, cuando se vio libre inesperadamente de sus temores, ofreció a Dios, acompañado de todo el pueblo, sacrificios en acción de gracias, porque ninguna otra causa había aniquilado a algunos de los enemigos y a otros de ellos los había alejado de Jerusalén por miedo a tener el mismo final más que la ayuda que Dios le había prestado en la lucha. Y, cuando había puesto en práctica todo celo y pasión por Dios, no mucho después contrajo una enfermedad tan grave que fue desahuciado por los médicos y ni siquiera sus amigos esperaban nada bueno de él. Y a la enfermedad el rey sumaba un tremendo desánimo además, al pensar en su falta de hijos y singularmente que iba

[3] Parece que se ha perdido la cita de Beroso.
[4] Pero cf. *Guerra judía* 5, 388.
[5] Esto es, Nínive. Cf. *Ant. jud.* 9, 208.

a morir dejando su casa y el poder huérfanos de una sucesión legítima. Y, así, angustiado y lamentándose por este pensamiento, suplicó a Dios que le prolongara durante un breve período de tiempo la vida, hasta que procreara hijos, y no permitiera que él dejara la vida antes de ser padre. Y Dios, que se compadeció de él y acogió con agrado su petición porque Ezequías se había lamentado de su supuesto final y le había pedido que le ofreciera todavía un poco más de tiempo de vida no porque fuera a verse privado de los bienes derivados del trono, sino para que le nacieran hijos llamados a heredar su trono, al profeta Isaías que lo envió a visitar a Ezequías le mandó que le manifestara que no sólo escaparía a la enfermedad tres días después, sino que además viviría todavía después de ella quince años y le nacerían hijos. El profeta le indicó esto por encargo de Dios, pero Ezequías, que desconfió de su veracidad, por la suma gravedad de la enfermedad que padecía y lo extraordinario de las noticias que le fueron comunicadas, pidió a Isaías que le presentara una señal y un prodigio para creerle que, cuando le anunciaba estas noticias, venía de parte de Dios. Pues, según él decía, las noticias inexplicables y que están por encima de lo que se puede creer, uno se las cree por hechos de similar carácter extraordinario. Y, al preguntarle el profeta qué señal quería que se produjera, Ezequías le pidió que, puesto que el sol en su declinar había producido ya en su casa una sombra que alcanzaba diez peldaños, la retrasara de nuevo haciendo que el sol volviera al mismo sitio que ocupaba antes. Y, como el profeta hubiera rogado a Dios que le mostrara al rey esta señal, una vez que éste vio lo que quería se quedó libre inmediatamente de la enfermedad y, subiendo al Templo, se postró ante Dios y le dirigió sus súplicas.

30. *El rey de Babilonia envía presentes a Ezequías (2 Reyes,* 20, 12, e *Isaías,* 39, 1 y ss.). 2. En este tiempo ocurrió que el poder de los asirios fue derribado por los medos. De ello trataré en otro lugar[6]. Y el rey de Babilonia, de nombre Balad, habiendo enviado a Ezequías embajadores con presentes, lo invitó a que se hiciera su aliado y amigo. Y Ezequías, que recibió con gran contento a estos embajadores, los invitó a su mesa y les mostró sus tesoros y todo su aparato de armas así como sus restantes riquezas cifradas en

[6] Cf. cap. 74.

piedras preciosas y oro, y, después de entregarles regalos para Balad, los dejó que volvieran junto a él. Y como se le hubiera presentado el profeta Isaías y preguntado de dónde eran los hombres que lo habían visitado, le dijo que ellos habían venido de Babilonia, mandados por su soberano y que les había mostrado todas sus propiedades para que, al ver su riqueza, dedujeran por ella su fuerza y pudieran dar cuenta de ella a su rey. Pero el profeta, interrumpiéndole, le dijo: «Sábete que dentro de poco tiempo esta tu riqueza será trasladada a Babilonia y que tus descendientes serán convertidos en eunucos y, tras perder su condición natural de hombres, serán esclavos del rey de Babilonia». Pues, según el profeta, esto era lo que le había advertido Dios. Y Ezequías, apenado por estas palabras, le contestó que no quería que su pueblo se viera envuelto en tan duras calamidades, pero puesto que era imposible cambiar la decisión de Dios le suplicó que hubiera paz mientras viviera él. También Beroso menciona a Balad, rey de los babilonios. Y este profeta, que era a juicio de todos un ser imbuido del espíritu divino y que causaba estupefacción por sus verdades y que estaba seguro de no haber dicho mentira alguna en absoluto, al morir dejó registrado en libros todo lo que había profetizado para que por su resultado fuera comprobado por las generaciones futuras que todo ello era cierto. Y no es éste el único profeta que hizo eso, sino que otros doce hicieron lo mismo, y así resulta que todo lo que pasa entre nosotros, tanto si es bueno como si es malo, ocurre conforme a las profecías pronunciadas por ellos. Pero luego informaremos de cada uno de ellos [7].

36. *Muerte de Ezequías y subida al trono de Manasés (2 Reyes,* 20, 21, y *2 Crónicas,* 32, 33). 3. 1. El rey Ezequías, que sobrevivió a la enfermedad el tiempo antes dicho [8], todo el cual lo pasó en paz, murió a la edad de cincuenta y cuatro años cumplidos, durante veintinueve de los cuales fue rey. Y el que le sucedió en el trono, su hijo Manasés, cuya madre se llamaba Epsiba, nacida en la ciudad de Jerusalén, rompió con el comportamiento de su padre y tomó el camino opuesto, mostrando en su actitud toda forma de maldad, sin dejar de cometer impiedad alguna, sino que

[7] Cf. cap. 79 y ss.
[8] En cap. 27.

imitó los desafueros de los israelitas y por culpa de ellos perecieron, al pecar contra Dios. Y osó incluso mancillar el Templo de Dios, la ciudad y el país entero. Pues, empezando por despreciar a Dios, mató a todos los hombres justos que había en la nación hebrea. Y no sólo eso sino que no tuvo respeto siquiera por la vida de los profetas, a algunos de los cuales apuñaló día tras día, y fueron tantos los asesinados que Jerusalén nadaba en sangre. En estas circunstancias, montando Dios en cólera por estos hechos envió profetas al rey y al pueblo, a través de los cuales les amenazó con los mismos castigos en que se habían visto envueltos sus hermanos israelitas por haberlo ofendido. Pero ellos no creyeron lo que los profetas les decían, con lo que hubieran podido conseguir no haber experimentado castigo alguno, pero por la realidad de los hechos conocieron que era cierto el mensaje de los profetas.

40. *Manasés es capturado por los babilonios (2 Crónicas,* 33, 11 y ss.). 2. En efecto, como continuaban igual, Dios suscitó una guerra contra ellos por parte del rey de los babilonios y caldeos, quien, habiendo enviado un ejército contra Judea, saqueó su territorio y sometió al rey Manasés al castigo que quiso, al haber sido capturado a traición y llevado a su presencia. Pero Manasés, al comprender entonces en qué difícil situación se encontraba y considerándose a sí mismo culpable de todo ello, pidió a Dios que mostrara al enemigo humano y compasivo con él. Y Dios, que prestó oídos a su súplica, le concedió esta gracia, de suerte que consiguió salvarse al haber sido puesto en libertad por el rey de los babilonios y haberle dejado volver a su tierra. Y al llegar a Jerusalén se esforzó incluso por eliminar de su pensamiento, si ello le era posible, el recuerdo de los anteriores pecados con que faltó a Dios y que ahora pretendía enmendar y tratarlo con todo respeto. Y, así, santificó el Templo, purificó la ciudad y a partir de entonces todo su pensamiento se reducía a pagar a Dios la gracia de haberlo salvado y a conservar su afecto durante todos los años de su vida. Y enseñaba también al pueblo a hacer lo mismo, al comprender qué poco le había faltado para sufrir una desgracia irreparable por su contrario comportamiento político. Y, tras reparar también el altar, celebró en él los sacrificios de rigor como Moisés había dispuesto. Y, después de haber organizado el culto divino de la manera dicha, se preocupó también por la seguridad de Jerusalén, tanto que, tras haber reparado con suma diligencia las viejas murallas, añadió

otras más, erigió torres altísimas e hizo más seguros los puestos de guardia avanzados, entre otras mejoras, con la aportación de provisiones y de todos los elementos necesarios al efecto. Y, claro está, al producirse en él un cambio de comportamiento en la dirección señalada pasó el intervalo de vida que va desde su arrepentimiento hasta su muerte tan bien que fue dichoso y envidiado a contar desde el momento en que había empezado a venerar a Dios. Y, así, tras una vida de sesenta y siete años abandonó este mundo, después de haber reinado durante cincuenta y cinco. Fue enterrado en sus propios jardines, y el trono pasó a su hijo Amón, que acertó a tener por madre a una mujer llamada Emaselme, oriunda de la ciudad de Jatabat.

47. *Asesinato de Amón (2 Reyes,* 21, 20, y *2 Crónicas,* 33, 32 y ss.). 4.1. Éste, que imitó las fechorías que su padre había osado cometer cuando era joven, murió en su propia casa, víctima de una conspiración de sus propios criados, a los veinticuatro años de edad, habiendo sido rey durante dos de ellos. Pero el pueblo tomó represalias contra sus asesinos y enterraron a Amón con su padre, mientras entregaron el trono a su hijo Josías, que entonces tenía ocho años, cuya madre era natural de la ciudad de Boscet y se llamaba Jedis. Josías era de un natural magnífico y excelentemente dotado para la virtud y émulo del comportamiento del rey David, a quien tomó como punto de referencia y norma de toda su actitud en la vida. Y a la edad de doce años[9] dio muestras de piedad y de justicia, ya que reprendía al pueblo y lo exhortaba a que, abandonando la creencia en los ídolos por no ser en modo alguno dioses, adoraran al Dios de sus padres, al tiempo que, con la mirada puesta en el comportamiento de sus antepasados, corregía inteligentemente los pecados de su pueblo como si él fuera el mayor y el más capacitado para comprender lo que había de hacer, mientras que conservaba e imitaba todo lo que encontraba bien hecho y en su lugar. Y actuaba así aprovechándose de su sagacidad e inteligencia natural y haciendo caso del consejo y tradiciones de los mayores. Pues como se acomodaba al dictado de las leyes conseguía así ir por el buen camino en lo tocante a la organización del Estado y del culto a Dios y también por no existir los desafueros de los anteriores reyes sino

[9] Cf. Lucas 2, 42-47.

haber sido borrados de la faz de la tierra. En efecto, el rey, al recorrer no sólo la ciudad de Jerusalén sino también el país entero, taló los bosques consagrados a los dioses extranjeros y derruyó sus altares, al tiempo que arrojó al suelo en medio de las mayores mofas todas la ofrendas que pudieran haberles sido dedicadas por los antepasados. Y de esta manera volvió al pueblo de su creencia en ellos a la adoración de Dios, en cuyo altar le ofrecía los acostumbrados sacrificios y holocaustos. Y nombró también algunos jueces e inspectores para que administraran los asuntos de cada grupo, poniendo la justicia por encima de todo y cuidándola no menos que la propia vida. Y por medio de los emisarios que envió por todo el país mandó que quienes quisieran aportaran para la reparación del Templo la cantidad de oro y plata que cada uno quisiera o pudiera. Una vez traído el dinero puso al frente de los cuidados del Templo y de los gastos consiguientes a Amasías, el gobernador de la ciudad, a Safas, el escriba, a Joates, el anotador de los registros, y a Eliacías, el Sumo Sacerdote, quienes, sin permitirse posponer ni retrasar cuestión alguna, pusieron manos a la obra tras proveerse de arquitectos y de todo lo necesario para la reconstrucción. Y la reconstrucción del Templo, efectuada en la manera dicha, puso de manifiesto los sentimientos piadosos del rey.

57. *Eliacías descubre un libro de Moisés en el Templo (2 Reyes,* 22, 3, y *2 Crónicas,* 34, 8 y ss.). 2. Y, cuando llevaba ya dieciocho años de reinado, envió un mensaje al Sumo Sacerdote Eliacías en el que le ordenaba que fundiera los materiales preciosos sobrantes y que con ellos hiciera crateras, copas para las libaciones y tazas para el servicio divino, y, además, que sacara todo el oro y plata que había entre los tesoros y lo empleara igualmente en crateras y otros utensilios de este tenor. Y el Sumo Sacerdote Eliacías al sacar el oro encontró las Sagradas Escrituras de Moisés que estaban depositadas en el Templo y, sacándolas, las entregó al escriba Safas. Y éste, tras leerlas, fue a visitar al rey y le reveló que todo lo que ellas ordenaban que se hiciera había sido efectuado, al tiempo que le leyó también los citados libros. Y, al oír su contenido, se rasgó sus vestiduras y, tras llamar al Sumo Sacerdote Eliacías y también al mismo escriba y a algunos de sus más íntimos amigos, los envió a visitar a la profetisa Olda, esposa de Salum, uno de los hombres más preclaros e ilustres por la nobleza de su estirpe, y les mandó que, cuando llegaran junto a ella, le

dijeran que hiciera propicio a Dios y que intentara ganar su afecto, haciéndole saber que, como los antepasados habían transgredido las leyes de Moisés, tenía miedo de que corrieran peligro de ser expulsados y, una vez echados de su propio país, acabaran sus días de una forma lamentable en tierra extraña faltos de todo. Y la profetisa, después de oír a los emisarios mismos el mensaje por el que el rey los había enviado allí, les mandó que cuando regresaran junto al rey le dijeran que la Divinidad ya había emitido contra ellos sentencia, la cual nadie podría con ruegos hacer que no se cumpliera, consistente en destrozar al pueblo, expulsarlo del país y privarlo de todos los bienes que en aquel momento poseía, por haber violado las leyes y no haberse arrepentido en un intervalo de tiempo tan prolongado, pese a que los profetas venían exhortándolo a que entrara en razón en este sentido y prediciendo el castigo que les acarrearían sus impiedades, que les haría efectivo necesariamente, para que se convencieran de que era Dios y de que no había cometido ni una sola mentira en lo que les había anunciado a través de los profetas. Pero la profetisa les hizo saber, sin embargo, que Dios retrasaría todavía el desastre en consideración al rey, que era justo, pero que, una vez muerto él, enviaría contra la masa el castigo a que había sido condenada.

62. *Lectura pública de los libros de Moisés (2 Reyes,* 23, 1, y *2 Crónicas,* 34, 29). 3. Y ellos, una vez que regresaron junto al rey, le informaron de lo que aquella mujer había profetizado. Y él por medio de emisarios que envió a todas partes del país mandó que se reuniera en Jerusalén el pueblo, y también los sacerdotes y levitas, ordenando además que se presentaran a él las gentes de todas las edades. Y, una vez reunidos ellos, primero les leyó las Sagradas Escrituras y, luego, de pie sobre el estrado en medio de la multitud, lps obligó a prestar juramento y a comprometerse firmemente a adorar a Dios y a observar las leyes de Moisés. Y ellos no sólo aprobaron con decisión sino que también se obligaron a cumplir lo propuesto por el rey, y, disponiéndose al instante a hacer sacrificios y obtener favorables auspicios, pidieron a Dios que empezara a serles benévolo y propicio. Y al Sumo Sacerdote le ordenó que si en el Templo quedaba algún objeto dedicado por los antepasados a los ídolos y dioses extranjeros lo arrojara lejos. Y, como hubiera sido reunido un gran montón de ellos, los quemó y a continuación dispersó su ceniza y

mató a aquellos sacerdotes de los ídolos que no procedían de la estirpe de Arón.

66. *Josías quema los huesos de los falsos profetas (2 Reyes,* 23, 15). 4. Josías, tras haber llevado a cabo estos hechos en Jerusalén, fue al campo, donde hizo desaparecer los edificios construidos en él por el rey Jeroboam en honor de los dioses extranjeros y quemó los huesos de los falsos profetas sobre el altar, que Jeroboam había sido el primero en levantar. Y se da la circunstancia de que un profeta que había bajado al lugar en que se encontraba Jeroboam había predicho, mientras sacrificaba y le oía todo el pueblo, que ocurrirían estas cosas, esto es, que uno de la familia de David llamado Josías cumpliría sus predicciones. Y se dio la circunstancia de haberse cumplido estos hechos trescientos sesenta y un años después.

68. *Josías reforma las costumbres de las gentes del reino de Israel (2 Reyes,* 23, 11, y 2 *Crónicas,* 34, 6). 5. Después de esto el rey Josías, tras visitar también a los otros israelitas que habían evitado ser hechos cautivos y convertirse en esclavos de los asirios, los persuadió para que abandonaran sus impías conductas y dejaran de rendir honores a los dioses extraños y veneraran, en cambio, al Dios de sus padres y poderosísimo y acataran sus mandatos. Y además registró sus casas, aldeas y ciudades, desconfiando que alguien tuviera escondido algún ídolo. Pero eso no fue todo sino que también se llevó los carros instituidos para los súbditos reales, que los antepasados habían construido, y cualquier otro objeto de similar tenor que hubiera y al que adoraban teniéndolo por Dios. Y, después de haber purificado de esta manera el país entero, convocó al pueblo en Jerusalén, donde celebró la fiesta de los ázimos, también llamada la Pascua. Y regaló al pueblo para la fiesta de Pascua treinta mil cabritos y corderos nacidos recientemente, y, a su vez, tres mil bueyes para ser ofrecidos en holocausto. Por su parte, los Sumos Sacerdotes entregaron con motivo de la fiesta de Pascua al común de los sacerdotes dos mil seiscientos corderos. También los jefes de los levitas dieron a éstos cinco mil corderos y quinientos bueyes. Y, como el suministro de víctimas hubiera sido así de generoso, celebraban los sacrificios según mandaban las leyes de Moisés, siendo los sacerdotes los que organizaban y oficiaban para la masa cada uno de estos sacrificios. Y la causa de

que desde los tiempos del profeta Samuel los hebreos no hubieran celebrado ninguna otra fiesta tan espléndida fue que en ésta todo se cumplió conforme a las leyes y a la originaria observancia de las costumbres patrias. Y Josías, que después de esto vivió en paz e incluso también gozando de riquezas y de una excelente consideración por parte de todos, dejó la vida en la forma siguiente.

74. *Muerte de Josías (2 Reyes,* 23, 29; *2 Crónicas,* 35, 20; *1 Esdras,* 1, 25). 5.1. Necaó, el rey de los egipcios, tras poner en pie de guerra un ejército, marchó en dirección al río Eúfrates, con intención de atacar a los medos, y a los babilonios, que habían dado al traste con el imperio asirio, y todo ello porque Necaó sentía pasión por reinar en Asia. Pero cuando él llegó a la altura de Mende [10] (ciudad perteneciente al reino de Josías), éste, acompañado de sus fuerzas, le impedía efectuar la marcha contra los medos cruzando su territorio. Pero Necaó, por medio de un heraldo que envió a entrevistarse con él, le comunicó que la expedición militar no iba dirigida contra él sino que marchaba hacia el Eúfrates, y por ello le ordenaba que no lo exacerbara ni obligara a atacarlo a él por impedirle continuar la marcha contra quien había decidido ir. Josías, sin embargo, no aceptó las exigencias de Necaó, sino que su postura era no permitirle cruzar su reino, decisión a la que lo indujo, según creo, su propio destino a fin de conseguir un pretexto para actuar contra él. En efecto, mientras disponía sus fuerzas y, subido en un carro, iba de un lado a otro, un egipcio lo alcanzó con su arco y de esta manera puso fin a su anhelo de batalla, pues al sentir un dolor fortísimo a causa de la herida ordenó que se diera la señal de retirada del ejército, y volvió a Jerusalén. Y allí murió del golpe recibido y fue enterrado en las sepulturas de sus antepasados con gran ostentación, habiendo llegado a la edad de treinta y nueve años, durante treinta y uno de los cuales fue rey. Y todo el pueblo llevó luto riguroso por él, llorándolo durante muchos días y andando cabizbajo. Y el profeta Jeremías compuso para su funeral un canto lúgubre, que ha pervivido incluso hasta el día de hoy. Este profeta hizo públicas también las desgracias que esperaban a Jerusalén, dejando constancia escrita no sólo de la conquista de esta

[10] Tal vez una confusión de la transmisión textual por *Megidó.* Cf. Hdto. 2, 159.

ciudad ocurrida ahora en nuestro tiempo, sino también de la toma de Babilonia. Pero no fue éste el único que adivinó estos hechos para la masa, sino que también lo hizo el profeta Ezequiel, quien fue el primero en haber dejado escritos dos libros acerca de estas cuestiones. Los dos eran sacerdotes por tradición familiar, pero Jeremías vivió en Jerusalén desde el año décimo tercero del reinado de Josías hasta que fue arrasada la ciudad, y, con ella, el Templo. De todas formas, los sucesos concernientes a este profeta los expondremos en su lugar y momento [11].

81. *Joacaz sube al trono (2 Reyes,* 23, 31; 2 *Crónicas,* 36, 1; *1 Esdras,* 1, 34). 2. Muerto, según hemos dicho anteriormente, Josías, heredó el trono su hijo de nombre Joacaz, cuando ya tenía veintitrés años de edad. Éste reinó en Jerusalén. Su madre se llamaba Amitale y era oriunda de la ciudad de Lobane. Joacaz era impío e inmundo de condición. Pero el rey de los egipcios de vueltas de la guerra mandó a Joacaz que fuera a reunirse con él en la ciudad de nombre Amata, perteneciente a Siria, y cuando llegó lo encarceló, mientras que entregó el trono a su hermano mayor, nacido del mismo padre que él y que se llamaba Eliacim, nombre que cambió por el de Joaceim. Y al país le impuso el pago de un tributo de cien talentos de plata y uno de oro. Esta suma de dinero la pagaba Joaceim. Ahora bien, el rey egipcio llevó detenido a Joacaz a Egipto, donde murió después de haber reinado durante tres meses y diez días. La madre de Joaceim se llamaba Zabuda, y era oriunda de la ciudad de Abuma. Joaceim se dio la circunstancia de que fue de condición impía y malvada, y no fue ni religioso para con Dios ni humano con los hombres.

84. *Nabucodonosor vence a Necaó e impone tributos a Joaceim (2 Reyes,* 24, 1, y *Jer,* 46, 2). 6. 1. Pero cuando Joaceim llevaba ya cuatro años de reinado tomó el poder en Babilonia uno llamado Nabucodonosor, quien inmediatamente, acompañado de gran aparato bélico, subió contra la ciudad de Carcamisa, la cual está situada a orillas del río Eúfrates, decidido a atacar a Necaó de Egipto, porque Siria entera estaba sometida a éste. Al enterarse Necaó del plan del rey babilonio y de su expedición militar contra

[11] Cap. 112, y 116 y ss.

su persona tampoco él prestó escasa atención al asunto, sino que con un poderoso ejército marchó hacia el Eúfrates dispuesto a rechazar a Nabucodonosor. Pero en el combate que se trabó fue derrotado y perdió muchos miles de millares de hombres en la batalla. Y el babilonio, tras cruzar el Eúfrates, tomó toda la región de Siria que se extendía hasta Pelusio, con excepción de Judea. Pero cuando Nabucodonosor llevaba ya cuatro años de rey, lo que coincidía con el año octavo de ejercer el poder Joaceim sobre los hebreos, el rey babilonio, acompañado de copiosas fuerzas, emprendió una expedición militar contra los judíos, exigiendo a Joaceim el pago de tributos o, en caso contrario, amenazándolo con atacarlo. Entonces Joaceim, por miedo a estas amenazas, cambió dinero por paz y, así, le pagó durante tres años los tributos que le impuso el babilonio.

88. *Jeremías se opone a la alianza con Egipto y está a punto de ser encarcelado (Jer.* 26, 1 y ss.). 2. Pero al tercer año Joaceim, al llegar a sus oídos rumores de que los egipcios se disponían a emprender una expedición militar contra el babilonio, dejó de pagarle a éste los tributos, aunque resultó frustrado en sus esperanzas, puesto que los egipcios no se atrevieron a llevar a cabo la referida expedición. Todo esto lo venía prediciendo día tras día el profeta Jeremías: que los hebreos confiaban en vano en las esperanzas derivadas de los egipcios, y también que la ciudad de Jerusalén debía ser arrasada por el rey de Babilonia y el rey Joaceim caer en sus manos. Pero todas estas predicciones que decía no valieron para nada, al no haber quien quisiera salvarse, puesto que no sólo la masa sino también las autoridades que lo oían no le prestaban atención. Al contrario, como escuchaban con irritación sus palabras acusaron a Jeremías de proferir funestos augurios contra el rey, y, así, llevándolo a juicio, pedían que fuera condenado al conveniente castigo. Y emitieron votos contrarios a él todos los otros, que fueron los que renunciaron también a tener en cuenta la opinión de los ancianos, pero éstos, que estaban dotados de una sagaz inteligencia, dejaron al profeta marchar libre del tribunal y aconsejaron a los otros que no causaran daño alguno a Jeremías. Pues aseguraban que no era éste el único que había predicho a la ciudad el futuro que le aguardaba, sino que esto mismo lo había anunciado antes que él también Miqueas y otros muchos, ninguno de los cuales había sufrido daño alguno a manos de los reyes de su

tiempo, sino que por su condición de profetas de Dios habían conseguido altos honores. Calmando con estos argumentos a la multitud lograron salvar del castigo dictado contra él a Jeremías, quien compuso un volumen con el conjunto de sus profecías, y quien con ocasión de ayunar y estar congregado el pueblo en el Templo en el mes noveno del quinto año del reinado de Joaceim leyó el libro que había compuesto acerca del futuro que esperaba a la ciudad, al Templo y a las masas. Pero las autoridades que oyeron la lectura le quitaron el libro y ordenaron a su autor así como al escriba Baruc que se fueran lejos del alcance de su vista y que no se dejaran ver de nadie, mientras que el libro se lo llevaron ellos personalmente y se lo entregaron al rey. Y éste, en presencia de sus amigos, mandó a su propio escriba que lo cogiera y se lo leyera. El rey, al oír el contenido del libro montó en cólera, con lo que lo hizo añicos y, arrojándolo al fuego, lo hizo desaparecer. Luego ordenó que tanto Jeremías como el escriba Baruc fueran buscados y conducidos a su presencia para ser castigados. Pero ellos entonces evitaron su cólera huyendo.

96. *Nabucodonosor ordena la muerte de Joaceim (2 Reyes,* 24, 2; *2 Crónicas,* 36, 6; *Jer.* 22, 18). 3. Y no mucho después Joaceim abrió las puertas de la ciudad al rey de Babilonia que vino con un ejército contra él, por miedo a lo predicho por este profeta, en la idea de que no iba a sufrir daño alguno al no haberle negado la entrada al babilonio ni haberse enfrentado a él, pero éste, cuando entró en la ciudad, no cumplió la palabra dada, sino que mató a los habitantes de Jerusalén más esbeltos y sobresalientes por su hermosura incluido el rey Joaceim, cuyo cadáver ordenó que fuera arrojado fuera de las murallas. Y estableció a su hijo Joaquim rey del país y de la ciudad. A los nobles, en cambio, que ascendían a la cifra de tres mil los tomó cautivos y los llevó detenidos a Babilonia. Entre ellos se encontraba también el profeta Ezequiel, que entonces era un niño. Este fue el tipo de final que tuvo el rey Joaceim, que vivió treinta y seis años, durante once de los cuales fue rey, y Joaquim, que le sucedió en el trono y cuya madre se llamaba Nooste, nacida en Jerusalén, reinó durante tres meses y diez días.

99. *Nabucodonosor deporta más judíos a Babilonia (2 Reyes,* 24, 10). 7. 1. Pero el rey de Babilonia, en cuanto entregó el trono a Joaquim, cogió miedo, pues temió que le guardara rencor por

haber matado a su padre y a causa de ello llevara su territorio a la defección. Envió, pues, sus fuerzas y con ellas sitió a Joaquim en la ciudad de Jerusalén. Pero éste, que era bondadoso y justo, no aceptó consentir que la ciudad corriera peligro por culpa de él. Para evitar esto, cogió a su madre y a los miembros más íntimos de su familia y los entregó a generales enviados por el rey de Babilonia, tras recibir de ellos el compromiso jurado de que no sufrirían daño alguno ni ellos ni la ciudad. Pero esta garantía no les duró siquiera un año, puesto que el rey de Babilonia no la observó, sino que comunicó por carta a los generales que, tras tomar cautivos a todos los jóvenes y artesanos que hubiera en la ciudad, los condujeran esposados hasta él (éstos sumaban un total de diez mil ochocientos treinta y dos) y también a Joaquim con su madre y seres queridos. Pues bien, a éstos los tuvo sometidos a vigilancia cuando llegaron a su presencia, y, en cambio, a Saquías, tío de Joaquim, lo designó rey, tras recibir de él garantía jurada de que le guardaría el país y no intentaría ninguna sedición ni pactaría con los egipcios.

103. *Saquías, advertido por Jeremías (2 Reyes,* 24, 18; *2 Crónicas,* 36, 11; *Jer.* 37, 1). 2. Saquías, que tenía veintiún años cuando se hizo cargo del poder y era hermano de madre de Joaceim, no prestaba atención alguna a la justicia y al cumplimiento de su deber. Y, así, no sólo eran impías las gentes de su edad que andaban con él, sino que también toda la masa cometía libremente los desafueros que quería. Por lo que el propio profeta Jeremías, llegando hasta él infinidad de veces, protestó de ello, mandándole, por un lado, que dejara de cometer las otras impiedades y desafueros y singularmente que velara por la justicia, y, por otro, que no hiciera caso de los jefes, dado que entre ellos los había malvados, ni a los falsos profetas, que trataban de engañarlo, les creyera que el rey de Babilonia ya no atacaría la ciudad de Jerusalén y que los egipcios emprenderían una expedición militar contra él y lo vencerían, advirtiéndole de que cuando decían eso no se atenían a la verdad y que además ello no había de ocurrir así como ellos pretendían. Y Saquías, mientras oía al profeta decir esto, le hacía caso y estaba de acuerdo en todo lo que él le comunicaba, considerándolo verídico y conveniente a sus intereses el creerle. Pero los amigos volvieron a corromperlo y a apartarlo de los consejos del profeta y a llevarlo a lo que ellos querían. También Ezequiel profetizó en Babilonia las calamidades que amenazaban al pueblo

hebreo, y, poniéndolas por escrito, mandó comunicarlas a la ciudad de Jerusalén. Pero Saquías no creyó en las profecías anunciadas por ellos por el motivo siguiente: ocurrió que los profetas citados coincidían en todas las otras profecías que anunciaban, concretamente en que no sólo sería conquistada la ciudad de Jerusalén, sino también en que el propio Saquías sería hecho cautivo, pero en cambio Ezequiel, cuando decía que Saquías no vería la ciudad de Babilonia, discrepaba de Jeremías, quien le decía una y otra vez que el rey babilonio lo conduciría allí esposado. Y, por no decir lo mismo ellos dos, Saquías no hizo caso de los puntos en que parecían concordar, considerando que tampoco lo que en ellos decían respondía a la verdad, y por eso no les creyó, aunque la verdad es que resultó todo según las profecías le habían vaticinado, extremos que aclararemos en un momento más oportuno [12].

108. *Saquías se alía con los egipcios (2 Reyes,* 24, 20, y *Jer.* 52, 3). 3. Saquías, después de haber mantenido durante ocho años la alianza militar con los babilonios, rompió el tratado con ellos y se pasó a los egipcios, en la esperanza de que acabaría con los babilonios si se unía a aquéllos. Pero el rey de los babilonios, al enterarse de ello, emprendió una expedición militar contra él y, después de asolar su territorio y tomar sus fortalezas, marchó contra la propia ciudad de Jerusalén dispuesto a sitiarla. Entonces el rey egipcio, al llegar a sus oídos información de la situación en que se encontraba su aliado Saquías, tomó consigo copiosas fuerzas y se dirigió a Judea con la intención de obligar al rey de Babilonia a levantar el sitio de Jerusalén. Pero el babilonio dejó Jerusalén y, saliendo al encuentro de los egipcios y trabando combate con ellos, los venció en la batalla y, tras obligarlos a darse la vuelta y huir, los expulsó de Siria entera. Y, cuando el rey de Babilonia se retiró de Jerusalén, los falsos profetas engañaron a Saquías al decirle que el babilonio ya no volvería a atacarlo y que sus compatriotas, a los que aquel rey había trasladado de su país a Babilonia, regresarían con todos los objetos del Templo que el rey había expoliado de él. Pero Jeremías, presentándose a Saquías, le profetizó lo contrario que éstos y la pura verdad: que éstos hacían mal y engañaban al rey, y, por otro lado, que de los egipcios no les

[12] En cap. 141.

iba a venir a los hebreos ayuda alguna, sino que el babilonio los vencería y que luego había de marchar con su ejército contra Jerusalén, que le pondría sitio y acabaría con su población por el hambre, y que a los supervivientes los llevaría cautivos, arramblaría con sus propiedades, cargaría con las riquezas guardadas en el Templo, a éste lo haría pasto de las llamas, arrasaría la ciudad «y seremos esclavos de él y de sus descendientes durante setenta años. Y, cumplidos estos años, pondrán fin a la esclavitud a la que nosotros les estaremos sometidos los persas y los medos, al aniquilar ellos a los babilonios, de quienes seremos liberados para venir luego a reconstruir de nuevo el Templo y a levantar la ciudad de Jerusalén». Jeremías, cuando decía esto, era creído por el común de las gentes, pero los jefes y los impíos hacían mofa de él, considerando que estaba fuera de sus cabales. Y como un día hubiera tomado la determinación de marcharse a su lugar de nacimiento, llamado Ananot, distante de Jerusalén veinte estadios, una autoridad que se topó con él en el camino lo apresó y detuvo, bajo la imputación de que pretendía desertar para los babilonios. Pero él argumentaba que aquella autoridad le imputaba una motivación falsa y aseguraba de sí que se dirigía a su lugar de nacimiento. Pero el otro no le hizo caso, sino que, cogiéndolo, lo llevó a juicio ante los tribunales y autoridades, por quienes fue encarcelado en castigo a su supuesto delito, después de haber sufrido toda suerte de vejaciones y torturas. Y pasó un tiempo así, sufriendo injustamente los castigos antes dichos.

116. *Nabucodonosor sitia de nuevo Jerusalén (2 Reyes,* 25, 1, y *Jer.* 39, 1, y 52, 4). 4. Pero en el año noveno y día décimo del décimo mes el rey de los babilonios emprendió por segunda vez una expedición militar contra Jerusalén y, habiendo asentado sus reales junto a ella, la sitió con todo empeño durante dieciocho meses. Y a Jerusalén sitiada la atacaron a la vez las dos calamidades más imponentes, el hambre y la enfermedad de la peste, que cayeron sobre ella de una forma violenta.

117. *Jeremías desde la cárcel exige la rendición (Jer.* 38, 1). Pero el profeta Jeremías, que se encontraba en prisión, no permanecía callado, sino que gritaba y lanzaba proclamas exhortando al pueblo a recibir en la ciudad al rey babilonio abriéndole las puertas, diciéndole que ellos se salvarían en masa si lo hacían, mientras

que, en caso contrario, serían aniquilados. Y, asimismo, les predecía que todo aquel que continuara en la ciudad perecería necesariamente destrozado por uno de estos dos medios, o de hambre o por las armas enemigas, mientras que si huía a los enemigos escaparía a la muerte. Pero los jefes que lo oían, pese a encontrarse inmersos de lleno en una situación terrible, no creían en él, sino que llenos de cólera lo denunciaron presentándose al rey y, acusándolo, le pedían que matara al profeta por loco y por quebrar la capacidad de resistencia de ellos mismos y con sus anuncios de que les esperaba lo peor daba al traste con el ardor del pueblo, diciéndole al rey que este pueblo estaba dispuesto a jugarse la vida en pro de él y de la patria, pero que el profeta lo exhortaba a huir a los enemigos, diciéndole que la ciudad sería conquistada y que todos sus habitantes perecerían.

120. *Saquías libera a Jeremías (Jer.* 38, 5).5. El rey no se enfadó lo más mínimo ni particular ni personalmente, a causa de su bondad y noble conducta, pero para no concitarse la enemistad de los jefes en momento tan delicado enfrentándose a sus preferencias les permitió que hicieran con el profeta lo que quisieran. Y ellos, cuando el rey les permitió eso, entraron inmediatamente en la prisión y, tras cogerlo, lo bajaron con una cuerda a una cisterna llena de fango para que muriera ahogado, sin intervención extraña. Y él, rodeado de fango hasta el cuello, permanecía en esa situación. Pero uno de los criados del rey y que gozaba de su aprecio, oriundo de Etiopía, comunicó al rey el castigo a que estaba siendo sometido el profeta, indicándole que no estaba bien lo que sus amigos y los jefes habían hecho, arrojando al profeta al fango e ideando contra él una muerte de este tipo, más cruel que la sufrida por la vía del encarcelamiento. El rey, al oír esto, se arrepintió de haber entregado el profeta a los jefes, y mandó al etíope que, tomando consigo a treinta esclavos reales más cuerdas y todo lo que considerara útil para la salvación del profeta, subieran a Jeremías deprisa. Y el etíope, tomando consigo a los hombres que se le encargó, sacó al profeta del fango y lo dejó libre.

124. *Saquías consulta en secreto a Jeremías (Jer.* 38, 14). 6. Y como el rey en secreto mandara ir a buscarlo y le preguntara qué información podía comunicarle y hacerle saber de parte de Dios en relación con el estado de cosas presente, él le contestó que estaba

en disposición de darle esa información pero que si se la daba no se le creería y si lo exhortaba a algo tampoco se le escucharía. Y continuó diciéndole: «¿Pero qué mal había hecho yo para que tus amigos decidieran matarme? ¿Y dónde están ahora los que os engañaban y andaban diciendo que el rey babilonio ya no volvería a atacarnos? Por todo ello ahora me guardo muy bien de decirte la verdad, para evitar que me condenes a muerte» [13]. Pero como el rey le diera garantía jurada de que ni lo aniquilaría él mismo ni se lo permitiría hacer a los jefes, confiado en la seguridad dada le aconsejó que entregara la ciudad a los babilonios. Y le aseguraba que eso era lo que Dios le profetizaba a través de él, si es que quería salvarse y escapar al peligro inminente, y que, si lo hacía así, ni la ciudad sería arrasada ni el templo incendiado, indicándole que, en el supuesto de no hacerle caso, él sería el responsable de las calamidades que esperaban a los ciudadanos y de la desgracia de que sería víctima él mismo con toda su familia. Y el rey, al oír esto, le aseguró que él personalmente quería hacer lo que le aconsejaba y decía que le convenía que se hiciera, pero que temía a los compatriotas que habían desertado a los babilonios, no fuera que el rey babilonio lo castigara, al ser víctima de las calumnias de los citados desertores. Pero el profeta lo animó y le dijo que ese supuesto castigo no era más que una vana figuración suya, ya que, si se entregaba a los babilonios, no sufriría ningún mal ni él ni sus hijos ni sus mujeres, aparte de que el Templo permanecería indemne. Y el rey dejó marchar a Jeremías cuando le dijo esto, encargándole que no declarara a ninguno de los ciudadanos lo que habían decidido ellos, pero que tampoco informara de nada de ello a los jefes si, enterados de que él había sido convocado por el propio rey a su presencia, le preguntaban qué le había dicho al ser llamado, sino que les dijera como excusa que le había pedido no ser encerrado en la cárcel bajo vigilancia. Y fue precisamente esto lo que les dijo, ya que, presentándose al profeta, le preguntaron qué había venido a contarle al rey acerca de ellos. Esto y en estos términos se expresó el profeta.

131. *Los judíos resisten heroicamente* (*2 Reyes*, 25, 1, y *Jer.* 52, 4). 8. 1. Y el rey babilonio se aferraba al asedio de Jerusalén

[13] Cf. *Ilíada* 1, 83-92.

muy atenta y animosamente. En efecto, construyó torres sobre grandes terraplenes, desde los que hacía retroceder a los judíos asentados en lo alto de las murallas, y levantó todo en derredor numerosos terraplenes de altura igual a la de las murallas. Pero los de dentro aguantaban valerosa y animosamente el asedio, ya que no decaían ni ante el hambre ni ante la enfermedad de la peste, sino que aunque en su interior eran zarandeados por estas calamidades mantenían su espíritu de lucha fuerte, no asustándose tampoco de las inventivas y argucias de los enemigos, sino que contrarrestaban con nuevas argucias todas las ideadas por los otros, de suerte que todo era rivalidad entre los babilonios y los habitantes de Jerusalén en perspicacia y sagacidad, pues mientras los primeros creían que aventajar a los sitiados en esto significaba la conquista de la ciudad, los otros cifraban la salvación en ningún otro recurso más que en no cansarse ni renunciar a inventar nuevas argucias con que se revelaran vanas las de los enemigos. Y aguantaron este estado de cosas durante dieciocho meses, hasta que fueron aniquilados por el hambre y las flechas que los enemigos disparaban contra ellos desde las torres.

135. *Caída de Jerusalén* (en el año 586 a.C.). *(Jer.* 39, 2). 2. Y la ciudad de Jerusalén fue tomada en el año undécimo del reinado de Saquías, y en el día noveno del cuarto mes. Pues bien, la tomaron los jefes babilónicos a quienes Nabucodonosor había confiado el asedio, ya que él se encontraba en la ciudad de Arablata. Y los nombres de los jefes encargados de saquear la ciudad de Jerusalén (por si alguno quisiera saberlos) fueron Neregalsar, Aremanto, Semegar, Nabosar y Acarampsar. El rey Saquías, al tener conocimiento de que la ciudad había sido tomada, cosa que ocurrió a media noche, y de que los jefes enemigos habían penetrado en el Templo, tomó consigo a las mujeres y a sus hijos y también a los jefes y amigos y huyó con ellos de la ciudad por un barranco muy pronunciado y por lugares inhóspitos. Pero como determinados desertores hubieran informado de ello a los babilonios, éstos se lanzaron al amanecer en su persecución y, alcanzándolo no lejos de Jericó, lo cercaron. Pero los amigos y jefes que se habían refugiado en Saquías, cuando vieron a los enemigos ya cerca, lo abandonaron y se dispersaron cada uno por un sitio distinto, decidido cada cual a salvar su propia vida. Y, al quedarse él solo con unos pocos, los enemigos lo hicieron prisionero junto con sus hijos y las mujeres y

los llevaron a presencia del rey. Y, cuando hubo llegado, Nabucodonosor empezó a llamarlo impío, transgresor de compromisos y olvidadizo de la anterior palabra que le había dado al prometerle que le preservaría el país [14]. Y le reprochaba también su ingratitud, por haber recibido de él el trono (recordándole que pertenecía a Joaceim, a quien se lo había quitado para dárselo a él) y por haber utilizado la fuerza contra quien se lo había proporcionado. Y terminó con las siguientes palabras: «Pero Dios es grande, quien por aborrecimiento a tu conducta te puso en nuestras manos». Y, tras haber empleado estas palabras contra Saquías, ordenó matar inmediatamente a sus hijos y amigos en presencia del propio Saquías y de los otros cautivos, y luego, después de sacarle los ojos a Saquías, lo llevó esposado a Babilonia. Y le ocurrió lo que tanto Jeremías como Ezequiel le habían profetizado, que sería llevado cautivo a presencia del rey babilonio, a quien le hablaría cara a cara y cuyos ojos vería con sus ojos. Esto es lo que había dicho Jeremías, pero al ser privado de la vista y ser llevado a Babilonia no vio esta ciudad, justo como Ezequiel había predicho[15].

142. *Sobre la condición divina y humana.* 3. Pues bien, estos hechos, que pueden aclarar suficientemente, por un lado, la naturaleza de Dios, los hemos referido para quienes ignoran que ella es variopinta y multiforme y aparece de fijo en su debido momento, y también que predice lo que debe acontecer. Pero, por otro lado, pueden aclarar también la ignorancia e incredulidad de los hombres, defectos que no les dejan prever ninguno de los acontecimientos futuros, por lo que se entregan a sus desgracias despreocupadamente, debido a que les es negado escapar de su sufrimiento.

143. *Fin de la estirpe real de David.* 4. Pues bien, los reyes de la dinastía de la familia de David acabaron sus días de esta manera. Fueron veintiún reyes incluyendo al último, y reinaron en total quinientos catorce años, seis meses y diez días, a contar desde los veinte años durante los que ocupó el poder Saúl, el primer rey judío, que no pertenecía a la misma tribu.

---

[14] Cf. cap. 102.
[15] Cf. cap. 106.

5. Y el rey babilonio envió a su general Nabuzardán a Jerusalén a saquear el Templo, ordenándole al mismo tiempo que incendiara no sólo el Templo sino también el palacio real, que arrasara la ciudad y que trasladara al pueblo hebreo a Babilonia. Quien, presentándose en Jerusalén en el año undécimo del reinado de Saquías, no sólo saqueó el Templo, sino que además se llevó los objetos divinos, tanto los de oro como los de plata, e incluso la pila grande que había ofrendado Salomón y también las columnas de bronce con sus capiteles, más las mesas de oro y los candelabros. Pues bien, tras arramblar con todo esto, prendió fuego al Templo el día uno del mes quinto correspondiente al año undécimo del reinado de Saquías y al decimoctavo del de Nabucodonosor. E incendió también el palacio real y arrasó la ciudad. Y el Templo fue incenciado cuatrocientos setenta años, seis meses y diez días después de su construcción. Entonces se cumplían mil sesenta y dos años, seis meses y diez días de la emigración del pueblo hebreo de Egipto. Y el tiempo transcurrido desde el diluvio hasta la devastación del Templo sumaba un total de mil novecientos cincuenta y siete años, seis meses y diez días. Y desde la creación de Adán hasta el desastre del Templo han transcurrido cuatro mil quinientos trece años, seis meses y diez días. Tal fue, pues, el número de años transcurridos. Ahora bien, los hechos ocurridos los hemos puesto de manifiesto en cada cuestión tratada. Por su parte, el general del rey de los babilonios, al arrasar Jerusalén y trasladar de lugar al pueblo hebreo, tomó cautivos al Sumo Sacerdote Sarai y a Sefenías, que era el sacerdote que le seguía en rango, y también a las autoridades que protegían el Templo (que eran tres), y al eunuco que estaba al frente del ejército, a los siete amigos de Saquías, a su escriba y a sesenta jefes más, a todos los cuales llevó junto con los objetos expoliados del Templo al rey, que se encontraba en la ciudad de Arablata de Siria. Y el rey ordenó cortar la cabeza allí al Sumo Sacerdote y a los jefes, mientras llevó a Babilonia a todos los cautivos y a Saquías, adonde condujo también prisionero al Sumo Sacerdote Josadac, que era hijo del Sumo Sacerdote Sarai, a quien el rey babilonio había matado en la ciudad siria de Arablata, como ya señalamos anteriormente.

151. *Lista de Sumos Sacerdotes.* 6. Pero ya que hemos pasado revista a la estirpe de los reyes y hemos manifestado quiénes fueron ellos y el período de tiempo que cada uno reinó, consideré

obligado enumerar también los nombres de los Sumos Sacerdotes y quiénes fueron los que ostentaron el cargo de Sumo Sacerdote durante el período de los reyes. Pues bien, Sadoc fue el primer Sumo Sacerdote del Templo que edificó Salomón. A éste le sucedió en el cargo su hijo Aquimas, a Aquimas Azarías, a Azarías su hijo Joram, a Joram su hijo Jos, a éste Axioram, a Axioram su hijo Fideas, a Fideas su hijo Sudai, a Sudai su hijo Juel, a Juel su hijo Jotam, a Jotam su hijo Urías, a Urías su hijo Nerías, a Nerías su hijo Odai, a Odai su hijo Salum, a Salum su hijo Elcías, a Elcías su hijo Azar, a Azar su hijo Josadac, el que fue llevado cautivo a Babilonia. Todos estos heredaron el cargo de Sumo Sacerdote de padre a hijo.

154. *Muerte de Saquías en Babilonia (Jer.* 34, 5, y *2 Crónicas,* 36, 7). 7. LLegado a Babilonia el rey mantuvo en prisión a Saquías hasta la muerte de éste, y, tras haberle dedicado unos funerales propios de rey, ofrendó a sus propios dioses los objetos expoliados del Templo de Jerusalén. Al pueblo hebreo lo estableció en territorio de Babilonia y al Sumo Sacerdote lo excarceló y dejó libre.

155. *Gadalías nombrado gobernador de Judea (2 Reyes,* 25, 22, y *Jer.* 40, 1). 9. 1. El general Nabuzardán, después de tomar cautivo al pueblo hebreo, dejó allí a los pobres y a los desertores, designando gobernador de éstos a uno llamado Gadalías, hijo de Aicam, de noble prosapia, bondadoso y justo, y les impuso la obligación de cultivar el campo y pagar al rey determinados tributos. Y, por lo que al profeta Jeremías respecta, tras sacarlo de la prisión, trataba de convencerlo de que marchara con él a Babilonia, diciéndole que había recibido la orden del rey, por un lado, de concederle todo lo que quisiera, y, por otro, si no quería acompañarle, de que le comunicara dónde había decidido quedarse, para dar cuenta de ello al rey. Pero el profeta no aceptó ni acompañarle ni marcharse a vivir a ningún otro sitio, sino que se sentía contento con pasar el resto de su vida entre las ruinas y los miserables restos de su lugar de nacimiento. El general, al conocer las preferencias del profeta encargó a Gadalías, a quien dejó en Judea, que procediera inmediatamente a dispensarle toda su protección y a suministrarle todo cuanto necesitara y luego, tras agasajarlo con cumplidos regalos, se despidió de él. Y Jeremías se quedó a vivir

en una ciudad de su país llamada Masfata [16], tras invitar a Nabuzardán a que dejara libre con él a su discípulo Baruc, quien era hijo de Ner y pertenecía a una casa sumamente ilustre, aparte de ser un experto incomparable en el conocimiento de su lengua nativa.

159. *Los hebreos fugitivos se unen a Gadalías (2 Reyes,* 35, 23, y *Jer.* 40, 7). 2. Nabuzardán, tras llevar a cabo estos hechos, marchó a Babilonia. Mientras tanto, los que durante el asedio de Jerusalén habían huido dispersándose por el país, cuando a sus oídos llegó la noticia de que los babilonios se habían retirado y habían dejado algunos restos en el territorio de Jerusalén así como a los hombres que habían de cultivarlo, se reunieron y de todas partes vinieron a unirse a Gadalías en Masfata. Y entre ellos había mandos militares: Joad, hijo de Carías, Sareas, Joazanías y otros más, y un tal Ismael, de estirpe real, hombre malvado y sumamente pérfido, quien durante el asedio de Jerusalén había ido a refugiarse junto a Baleim, el rey de los amonitas, con quien había pasado aquel tiempo. Pues bien, Gadalías convenció a estos, cuando llegaron, de que de momento se quedaran allí sin miedo alguno a los babilonios, diciéndoles que si se dedicaban a cultivar el campo no sufrirían mal alguno. Les dio seguridad jurándoselo y diciéndoles que lo tenían a él de protector, de manera que si alguien los molestaba obtendrían sus buenos oficios. Y les aconsejó que fijaran su residencia en la ciudad que cada cual quisiera, adonde debían retirarse con los suyos para proceder luego a reconstruir los cimientos y establecerse allí. Y les advirtió que se procuraran, mientras todavía era el momento de ello, trigo, vino y aceite, para tener con que alimentarse durante el invierno. Tras estas palabras los dejó marchar al lugar del país elegido por cada uno.

163. *Conspiración de Ismael contra Gadalías (Jer.* 40, 11). 3. Pero al llegar a las naciones próximas a Judea el rumor de que Gadalías había acogido favorablemente a los huidos que habían acudido a él y que les había permitido fijar allí su residencia dedicados al cultivo del campo, con la condición de pagar tributo al rey babilonio, acudieron también ellos a Gadalías y habitaron el país. Entonces Juan y los mandos militares colegas suyos, al conocer la

[16] Cf. *Ant. jud.* 6, 22.

calidad del terreno y la bondad y humanitarios sentimientos de Gadalías, le cogieron un extraordinario afecto y le dijeron que Balim, el rey de los amonitas, había enviado a Ismael para matarlo a él a traición y a escondidas y hacerse el propio Ismael con el mando sobre los israelitas. Pero le aseguraron que, no obstante ello, lo salvarían de esa conspiración si les permitía matar a Ismael, en la seguridad de que no se enteraría nadie, puesto que, según le decían, temían que su asesinato a manos de Ismael representara la perdición definitiva de lo que quedaba del poderío de Israel. Pero Gadalías les confesó que no les creía cuando imputaban conspiración tan grave a un hombre que no había recibido más que beneficios, diciéndoles que no era verosímil que aquél, después de no verse defraudado en conseguir todo lo que necesitaba en un momento de tan amarga soledad, fuera a revelarse tan malvado e impío contra su benefactor que un hombre como él que cometía ya una injusticia con el simple hecho de no correr a salvar a la persona que les hablaba si era objeto de una conspiración a manos de otros, pretendiera ése mismo convertirse en su propio asesino. Pero insistía en asegurarles que, aun en el supuesto de que esto hubiera que considerarlo cierto, era mejor que muriera él a manos de Ismael antes que aniquilar a un hombre que había buscado refugio en él y le había confiado su propia salvación y depositado en él su confianza.

168. *Ismael asesina a Gadalías (Jer.* 41, 1). 4. Juan y los mandos militares colegas suyos, cuando no pudieron persuadir a Gadalías, se marcharon. Y, tras haber transcurrido un período de tiempo de treinta días, se presentó a Gadalías en la ciudad de Masfata Ismael, acompañado de diez hombres. Gadalías, por razón de proporcionarles en el momento del recibimiento mesa espléndida y dones de hospitalidad, llegó a caer en la embriaguez, por su interés en mostrarse afectuoso con Ismael y sus acompañantes. Ismael, al observar que se encontraba en ese estado, sumido en la inconsciencia y el sueño por efecto de la embriaguez, se levantó seguido de los referidos diez hombres y apuñaló a Gadalías y a sus acompañantes, mientras estaban tumbados en el lugar del banquete. Y después de llevar a cabo su aniquilamiento salió de noche y asesinó a todos los judíos residentes en la ciudad así como a los soldados dejados en ella por los babilonios. Y al día siguiente llegaron con presentes para Gadalías ochenta hombres del campo, sin que nin-

guno de ellos conociera su desgracia. Al verlos Ismael los invitó a pasar adentro, como si fuera a llevarlos junto a Gadalías, y, una vez que hubieron pasado, cerró la estancia y los mató, y sus cadáveres los arrojó al fondo de una cisterna profunda para que pasaran desapercibidos. Y de estos ochenta hombres únicamente consiguieron salvarse los que le rogaron no ser matados hasta que le hubieran entregado los bienes que habían ocultado en los campos: muebles, vestidos y trigo. Ismael, al oír esto, respetó la vida de los hombres en cuestión. Pero, en cambio, tomó cautivas a las gentes residentes en Masfata, incluidas mujeres y niños pequeños, entre quienes se encontraban también las hijas del rey Saquías, que el general babilonio Nabuzardán había dejado con Gadalías. Ismael, después de haber llevado a cabo estos hechos, se dirigió junto al rey amonita.

173. *Juan rescata a los cautivos (Jer.* 41, 11). 5. Juan y los mandos militares colegas suyos, al llegar a sus oídos la noticia de los crímenes cometidos por Ismael en Masfata y de la muerte de Gadalías, la acogieron con sumo disgusto y, tomando cada uno de ellos a sus propios soldados, corrieron a atacar a Ismael, a quien alcanzaron junto a la fuente de Hebrón. Y los que habían sido hechos cautivos por Ismael, al ver a Juan y a los otros mandos, se pusieron muy animados, al comprender que habían venido en ayuda de ellos, y, tras abandonar al que los había hecho cautivos, se pasaron a Juan. Ismael, entonces, huyó, acompañado de ocho hombres, junto al rey amonita. Y Juan, después de tomar consigo a los hombres que había rescatado de las manos de Ismael y también a los eunucos, a las mujeres y a los niños pequeños, llegó a una localidad de nombre Mandra. Y aquel día se quedó allí, pero luego tomaron la determinación de partir de allí y marchar a Egipto, por miedo a que si se quedaban en el país los mataran los babilonios, irritados por el asesinato de Gadalías, a quien ellos habían nombrado gobernador.

176. *Juan fuerza a Jeremías a acompañarles a Egipto (Jer.* 42, 1). 6. Pero mientras deliberaban qué determinación tomar acudieron al profeta Jeremías Juan, hijo de Carías, y los mandos militares colegas suyos, para rogarle que pidiera a Dios que les indicara qué debían hacer ya que ellos no lo veían claro, jurando que harían lo que Jeremías les dijera. Y, como el profeta hubiera

prometido interceder por ellos ante Dios, ocurrió que diez días después se le apareció Dios para decirle que hiciera saber a Juan y a los otros mandos militares y a todo el pueblo que si se quedaban en aquel país les asistiría, velaría por ellos y los preservaría indemnes de los babilonios, a quienes temían, mientras que si se marchaban a Egipto los abandonaría y, lleno de ira, les causaría los mismos castigos «que habéis visto que sufrieron ya antes vuestros propios hermanos». Y como el profeta hubiera dicho a Juan y al pueblo que ésta era la predicción que Dios les comunicaba y que les mandaba quedarse allí, no se le creyó que lo hiciera por encargo de la Divinidad, sino que, en su intento de halagar a su propio discípulo Baruc, atribuía falsamente ese mensaje a Dios y trataba de persuadirlos a que se quedasen allí, para que fueran aniquilados por los babilonios. El pueblo y Juan, al desobedecer, pues, el consejo que Dios les había propiciado a través del profeta, partieron hacia Egipto, llevándose consigo también a Jeremías y a Baruc.

180. *Jeremías profetiza que Nabucodonosor conquistaría Egipto (Jer.* 42, 8).7. Cuando ellos llegaron allí, la Divinidad señaló al profeta que el rey de los babilonios se disponía a emprender una expedición militar contra los egipcios, y le ordenó que predijera al pueblo no sólo la conquista de Egipto por él, sino también que mataría a algunos de ellos, mientras a otros los llevaría a Babilonia después de tomarlos cautivos. Y esto se cumplió. En efecto, en el año quinto después de la devastación de Jerusalén, correspondiente al vigesimotercero del reinado de Nabucodonosor, emprendió éste una expedición militar contra Cele-Siria y, después de ocuparla, atacó a los moabitas y amonitas. Y, tras haber sometido a su obediencia a estas naciones, irrumpió en Egipto, dispuesto a someterlo, y, efectivamente, mató al rey egipcio de aquel entonces y, después de instalar a otro en el trono, llevó a Babilonia por segunda vez a los judíos residentes allí, luego de hacerlos cautivos. Y la historia nos enseña que la estirpe hebrea se encontró con el desagradable resultado de tener que ir dos veces al otro lado del Eúfrates. En efecto, el pueblo hebreo integrado por las diez tribus fue expulsado de Samaria por los sirios en tiempos de su rey Oseas, y posteriormente Nabucodonosor, el rey de los babilonios y caldeos, expulsó al pueblo judío de las dos tribus que había sobrevivido a la conquista de Jerusalén. Pues bien, Salmanasar, cuando trasplantó a los israelitas, estableció en Samaria en sustitución de

ellos a la nación de los juteos, que antes vivían en las regiones más interiores de Persia y Media pero que entonces recibieron el nombre de samaritanos, tomando la nueva denominación del país en el que se establecieron. El rey de los babilonios, en cambio, cuando desterró a las dos tribus no estableció ninguna nación en el territorio antes ocupado por ellas y por eso permaneció deshabitada durante setenta años Judea entera, Jerusalén y el Templo. Y, por lo que toca a la suma global del tiempo transcurrido desde el cautiverio de los israelitas hasta el destierro de las dos tribus, resultó ser de ciento treinta años, seis meses y diez días.

186. *Daniel y sus compañeros en la corte de Nabucodonosor (Dan.* 1, 3). 10. 1. Nabucodonosor, el rey de los babilonios, cogió a los niños judíos de las mejores familias y a los parientes de su rey Saquías, justo quienes eran objeto de la envidia general no sólo por lo desarrollado de sus cuerpos sino también por la belleza de su aspecto, y los entregó a educadores y a su cuidado, tras haber castrado a algunos de ellos. Y, habiendo hecho lo mismo con los cautivos de las otras naciones que había sometido y que se encontraban en la flor de la edad, les suministraba para su manutención los manjares de su propia mesa, al tiempo que los educaba y enseñaba los textos locales y los de los caldeos. Y ellos llegaron a dominar la ciencia a la que el rey les había ordenado que se dedicaran. Y en este grupo había cuatro jóvenes de la familia de Saquías, todos ellos un dechado de perfección, uno de los cuales se llamaba Daniel, otro Ananías, otro Misael y el cuarto Azarías. El rey babilonio les cambió de nombre y les ordenó que utilizaran otros distintos. Y, así, a Daniel se le llamó Baltasar, a Ananías Sedrac, a Misael Misac y a Azarías Abdenagó. Y el rey los tenía a éstos en alta estima y se mostró siempre cariñoso con ellos no sólo por la altura inaccesible de sus excelentes dones naturales y el interés mostrado en su formación literaria sino también por haber logrado grandes progresos en las ciencias.

190. *Los jóvenes judíos siguen una dieta alimenticia propia (Dan.* 1, 8). 2. Y como Daniel, seguido de sus parientes, hubiera decidido llevar una vida austera y abstenerse de la comida que les llegaba de la propia mesa del rey y de la compuesta por cualquier ser vivo, se presentó a Ascán, que era el eunuco al que se le había confiado el cuidado de aquellos jóvenes, y le rogó que los alimen-

tos suministrados a ellos de parte del rey los cogiera y consumiera él, y que a ellos les trajeran para comer legumbres, dátiles y cualquier otro fruto del reino vegetal que quisiera, diciéndole que a ellos les atraía tal dieta, mientras que aborrecían la otra. Y el eunuco les dijo que estaba dispuesto a atender a sus deseos, pero que sospechaba que se convirtieran ellos en motivo de peligros y castigos para él al ser descubiertos por el rey a causa de la delgadez de sus cuerpos y el cambio de constitución física (pues le decía que los cuerpos y el color de la tez cambian necesariamente al compás del régimen) y al ser notados sobre todo cuando los otros niños *mejorarían notablemente*. Así, pues, como Ascán se mostrara sumamente reacio a acceder a sus deseos, lo convencieron de que les proporcionara el tipo de alimentación requerido por ellos durante diez días por mor de prueba, con la condición, si no cambiaba el tenor de sus cuerpos, de continuar con la misma alimentación, porque ello era la demostración palmaria de que ya no se desmejorarían, y de volver a su anterior régimen si veía que habían desmejorado y se encontraban peor que los otros. Y, como el tomar aquellos alimentos no sólo no les molestara nada, sino que se ponían más rollizos de cuerpo y más altos que los otros, hasta el punto de que aparentaban estar alimentados más pobremente aquéllos en quienes concurría la circunstancia de recibir la vianda real, mientras que Daniel y los suyos parecían vivir en medio de toda suerte de abundancia y lujo, desde entonces Ascán tomaba él todos los alimentos que el rey enviaba diariamente y de forma habitual a los niños y de los que él mismo comía, mientras a ellos les proporcionaba los frutos antes señalados. Y como por este tipo de alimentación no sólo su mente se volviera pura y limpia para el aprendizaje, sino que también sus cuerpos se tornaran más nervudos para el trabajo (pues no sólo no tenían que sacudirse una posible modorra mental, ni sentían la mente embotada por causa de una alimentación variopinta sino que tampoco tenían los cuerpos más flojos por el mismo motivo), aprendieron pronto todas las disciplinas cultivadas entre los hebreos y los caldeos. Pero fue sobre todo Daniel quien, al haber alcanzado ya un suficiente grado de progreso en estas ciencias, se dedicó a la interpretación de los sueños, tarea en la que la Divinidad se le aparecía.

195. *Sueño de Nabucodonosor (Dan.* 2, 1). 3. Como dos años después de la devastación de Egipto el rey Nabucodonosor tuviera

en sueños una visión admirable, cuyo desenlace Dios mismo le reveló mientras dormía, se olvidó de ella cuando se levantó del lecho, por lo que, habiendo mandado venir a los caldeos y a los magos y a los adivinos, les comunicó que había tenido en sueños una visión, y luego de declararles la infausta circunstancia de haberse olvidado de la visión nocturna les ordenó que le dijeran el sueño que había tenido y qué indicaba. Y al contestarle ellos que era humanamente imposible descubrirlo, y prometerle que le indicarían lo que señalaba si les relataba la visión que había tenido en sueños, amenazó con matarlos si no le decían el sueño que había tenido, y efectivamente ordenó que todos ellos fueran ejecutados cuando reconocieron que no podían hacer lo que les había mandado. Pero Daniel, al llegar a sus oídos la noticia de que el rey había ordenado que murieran todos los sabios y que entre ellos él y sus familiares estaban llamados a correr igual suerte, se presentó a Arioc, que era a quien le estaba confiado el mando de los miembros de la escolta personal del rey. Y tras pedirle que quería saber el motivo por el que el rey había ordenado que fueran ejecutados todos los sabios y también los caldeos y los magos y haberse enterado del asunto de la visión tenida en sueños y de que ellos, al recibir la orden real de que se la revelaran por haberla olvidado y contestarle que no podían hacerlo, exacerbaron su cólera, rogó a Arioc que entrara a ver al rey y que le pidiera que retrasara únicamente la noche aquella la ejecución de los magos, diciéndole que esperaba a lo largo de ella conocer la visión nocturna por una súplica a Dios. Y Arioc anunció al rey que Daniel formulaba esta petición. Y el rey mandó retrasar la ejecución de los magos hasta comprobar el resultado de la promesa de Daniel. Entonces éste, un simple muchacho, retirándose a solas con sus parientes, suplicó a Dios durante la noche entera que le revelara aquella visión nocturna y que salvara de la cólera del rey a los magos y a los caldeos, junto con los cuales también él y los suyos debían perecer, lo que Él conseguiría con sólo manifestarle y poner ante sus ojos la visión que el rey había tenido en sueños la noche pasada y de la que se había olvidado. Y Dios, al compadecerse de los que corrían peligro de perder la vida y a la vez también al admirar a Daniel por su sabiduría, le hizo saber no sólo la visión nocturna, sino también su interpretación, a fin de que el rey se enterara por él también de su significado. Y Daniel, al enterarse por Dios de eso, se levantó rebosante de alegría y, tras dar cuenta de ello a sus hermanos,

quienes habían perdido ya la esperanza de continuar con vida y estaban convencidos de que iban a morir, les levantó los ánimos y las esperanzas de vivir, y, después de dar en compañía de ellos gracias a Dios por haber tenido compasión de su juventud, cuando se hizo de día se presentó a Arioc y le pidió que lo condujera junto al rey, diciéndole que quería aclararle el sueño que aseguraba haber visto en la noche anterior a la que acababa de pasar.

203. *Daniel da cuenta a Nabucodonosor del sueño (Dan.* 2, 25). 4. Y Daniel, tras entrar en donde se encontraba el rey, le pedía, antes que nada, que no lo considerara a él más sabio que a los otros, los caldeos y los magos, porque cuando ninguno de ellos había podido dar con el sueño iba a decírselo él, indicándole que ello ocurría no por su pericia ni porque se hubiera forjado una inteligencia superior a la de ellos, «sino que ha sido Dios quien, compadeciéndose del peligro de muerte que corríamos nosotros, nos hizo patente no sólo el sueño sino también su interpretación cuando le suplicamos por nuestra vida y la de nuestros compatriotas. Y es que me preocupaba no menos que por el dolor que nos invadía a nosotros mismos al haber sido condenados por ti a no continuar con vida por tu propio buen nombre, el haber ordenado matar tan injustamente a hombres, y eso que eran un dechado de virtud, a quienes ordenaste llevar a cabo una operación en modo alguno comprensible por la sabiduría humana, sino que les exigías algo que competía a Dios. Sea de ello lo que sea, el hecho es que cuando tú pensabas, acostado, en quién gobernaría el mundo entero después de ti, Dios, deseoso de revelarte a todos los que reinarían te mostró un sueño del tenor siguiente: creíste ver una estatua enorme plantada de pie, cuya cabeza resultaba ser de oro, los hombros y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce y las piernas y los pies de hierro. Luego viste que una piedra desprendida de una montaña había caído sobre la estatua y, derribándola, la había hecho añicos sin dejar intacta ninguna parte de ella, de tal manera que el oro, la plata, el bronce y el hierro se convirtieron en un polvo más fino que la harina, dispersado al ser arrebatado por la violencia de un viento que sopló bastante fuerte, mientras que la piedra creció tanto que te dio la impresión de que la tierra entera se llenó con ella. Pues bien, éste es el sueño que viste, y su interpretación se ajusta a los siguientes términos: la cabeza de oro te representaba a ti y a los reyes babilonios anteriores a ti, las dos manos y

los hombros indican que vuestro liderazgo será derribado por dos reyes, pero también el liderazgo de estos dos reyes lo someterá otro más, venido de Poniente revestido con armadura de bronce [17], aunque a este poderío le pondrá fin otro [18] igual al hierro, quien mandará eternamente a causa de la sólida contextura del hierro». Pues decía que su estructura era más fuerte que la del oro, la de la plata y la del bronce. Y Daniel reveló al rey también el significado de la piedra, pero a *mí* no me ha parecido bien referirlo, puesto que debo poner por escrito los hechos pasados y los presentes, no los futuros, pero si alguno que guste de la exactitud no renuncia a curiosidad alguna hasta el punto de querer saber también qué sera de lo desconocido, procure leer el libro de Daniel, que encontrará en las Sagradas Escrituras.

211. *Los compañeros de Daniel son salvados del fuego* (*Dan.* 2, 46 y ss.). 5. El rey Nabucodonosor, al oír esto y reconocer en ello la visión nocturna que había tenido, quedó vivamente impresionado de la personalidad de Daniel y, tumbándose en el suelo boca abajo, veneraba a Daniel en la forma en que se adora a Dios. Pero ordenó incluso ofrecerle sacrificios tomándolo por un dios, pero esto no fue todo sino que incluso, tras ponerle el nombre de su propio dios, lo nombró delegado del rey en todo su reino, y lo mismo a sus familiares, quienes por envidia y celos tuvieron la mala suerte de caer en un grave peligro de perder la vida por el siguiente motivo: el rey, después de construir una estatua de oro, de sesenta codos de altura y seis de anchura, y colocarla en la gran llanura de Babilonia, cuando se disponía a consagrarla convocó de todas las tierras de su imperio a los hombres principales, antes de nada habiéndoles ordenado que cuando oyeran la voz de la trompeta cayeran entonces al suelo y adoraran a la estatua, y a quienes no lo hicieran amenazó con que serían arrojados a un horno lleno de llamas. Pues bien, cuando todos, después de oír la señal de la trompeta, adoraban la estatua, se cuenta que los familiares de Daniel no lo hicieron, por no querer transgredir las leyes tradicionales de su pueblo. Y ellos, convictos y culpables, fueron arrojados en el acto al fuego, pero fueron salvados por la Providencia divina, escapando inesperadamente a la muerte. En efecto, el

[17] Alejandro Magno.
[18] Roma.

fuego no prendió en ellos, sino que en consideración, según creo, a que habían sido arrojados en él sin haber cometido injusticia alguna no prendió en sus carnes, pues era demasiado débil para quemar a aquellos niños que tenía encerrados en sí mismo, porque Dios había hecho sus cuerpos superiores a la posibilidad de ser consumidos por el fuego. Este suceso convenció al rey de que eran justos y amados de Dios, por lo que en el futuro fueron tratados siempre por él con toda consideración.

216. *Segundo sueño de Nabucodonosor (Dan.* 4, 4). 6. Pero poco tiempo después el rey tuvo otra visión más, según la cual, destronado, pasaría la vida entre las bestias salvajes y, después de haber vivido así en el yermo durante siete años, recuperaría de nuevo el trono. Al tener esta visión nocturna volvió a convocar a los magos, a quienes les inquiría sobre ello y pedía que le dijeran qué significaba. Pues bien, ninguno de ellos pudo dar con el significado del sueño ni aclarárselo al rey. Sólo Daniel lo interpretó, y resultó justo como él le predijo. En efecto, después de pasar en el yermo el período de tiempo antes dicho sin que nadie hubiera osado ponerse al frente del Estado durante este septenio, pidió a Dios recuperar el trono y volvió de nuevo a instalarse en él. Por otro lado, nadie debe acusarme de transmitir cada uno de estos hechos tan literalmente como los encuentro en los libros originarios, pues ya en el instante mismo de dar comienzo a mi narración me aseguré contra los que pudieran echar en falta algún hecho o censurar otro, al decir que lo único que me proponía era traducir los libros de los hebreos a la lengua griega, y prometer mostrar su contenido sin añadir ni substraer yo en particular dato alguno a los hechos originales.

219. *Muerte de Nabucodonosor* (cf. *Ap.* 1, 134 y ss.). 11.1. El rey Nabucodonosor, hombre enérgico y más afortunado que los reyes anteriores a él, acabó sus días después de reinar durante cuarenta y tres años [19]. Pero también recuerda sus gestas Beroso en el libro tercero de su *Historia de Caldea,* diciendo así: «Al oír su padre Nabopolasar que el sátrapa destacado en Egipto y en los distritos de Cele-Siria y Fenicia se había sublevado contra su

[19] Reinó desde el año 604 hasta el 562 a. C.

sumisión, al no poder el propio Nabopolasar aguantar calamidades ya puso en manos de su hijo Nabucodonosor, que estaba en plena juventud, unas divisiones de su ejército y lo envió contra él. Y Nabucodonosor, al contactar con el traidor y enfrentarse a él, no sólo lo venció sino que reintegró de nuevo en su reino el territorio de esta provincia. En este mismo momento aconteció que su padre Nabopolasar, luego de caer enfermo, pasó a mejor vida en la ciudad de Babilonia, después de haber reinado veintiún años. Y tras enterarse no mucho tiempo después Nabucodonosor del fin de su padre y restablecer la situación en Egipto y los restantes países, luego de encargar a algunos de sus amigos que trasladaran a Babilonia a los judíos, fenicios y sirios cautivos así como a los de las naciones radicadas en Egipto con el grueso de sus fuerzas y de las restantes tropas auxiliares, se presentó él en Babilonia después de cruzar a marchas forzadas el desierto acompañado de unos pocos. Y, como se hubiera hecho cargo de la administración del Estado, dirigido por los caldeos, y del trono, preservado por el más eminente de ellos, y hubiera tomado posesión del total del imperio dejado por su padre, decidió asignar lugares de residencia en los sitios más adecuados de Babilonia a los cautivos, que acababan de llegar y él, luego de adornar lujosamente con el botín logrado en la guerra no sólo el templo de Bel, sino también los restantes, y de restaurar la ciudad originaria y de forticarla con otra más para que los posibles sitiadores no pudieran ya desviar el río ni con ello dirigirlo contra la ciudad, cercó la ciudad interior con tres círculos de murallas, y con otros tres la exterior, de los cuales los de la ciudad interior eran de ladrillo y alquitrán, mientras los de la exterior eran de simple adobe. Y, después de amurallar muy sólidamente la ciudad y de embellecer con el primor de un templo las torres de las puertas de entrada a la ciudad, construyó en los palacios de su padre otros palacios contiguos a los primeros, cuya altura y demás magnificencia quizá sería superfluo relatar. Lo único que hay que señalar es que, a pesar de ser tan grandiosos y deslumbrantes, fueron ejecutados por él en sólo quince días. Y en estos palacios levantó cercas de piedra, dándoles un aspecto muy similar al de una montaña y, al cubrirlo de una plantación de árboles de todas las clases, logró y consiguió el llamado Jardín colgante, y ello porque su esposa añoraba la disposición de su tierra nativa por haberse criado en los campos de Media».

Pero también Megástenes[20] recuerda estos hechos en el libro cuarto de su *Historia de la India,* donde intenta demostrar que este rey superó a Heracles en valentía y en la magnitud de sus gestas, puesto que dice de él que sometió la mayor parte de Libia e Iberia. También Diocles recuerda a este rey en el libro segundo de su *Historia de Persia.* Y Filóstrato en su *Historia de la India* así como en su *Historia de Fenicia* dice que este rey sitió la ciudad de Tiro durante trece años, en ocasión en que Itobal reinaba en esta ciudad. Esto es lo que todos ellos han relatado acerca de este rey.

229. *Abilmatadac sucede a Nabucodonosor (2 Reyes,* 25, 27, y *Jer.* 52, 31). 2. Después del fallecimiento de Nabucodonosor heredó el trono su hijo Abilmatadac, quien, tras sacar inmediatamete de prisión a Jeconías[21], el rey de Jerusalén, lo tuvo entre los más íntimos de sus amigos, otorgándole numerosos regalos y poniéndolo por encima de los reyes de Babilonia, y esto porque su padre no había cumplido la palabra dada a Jeconías cuando se entregó voluntariamente con mujeres y niños en pro de la salvación de la ciudad de Jerusalén, para que no fuera arrasada si era tomada a consecuencia del asedio, según dijimos antes[22]. Y, como hubiera fallecido Abilmatadac al cumplirse los dieciocho años de reinado, heredó el poder su hijo Eglisar, quien abandonó este mundo después de haberlo ocupado durante cuarenta años. Y después de él la sucesión en el trono llegó a su hijo Labosordac, sucesión que al cumplir en poder de él un total de nueve meses pasó, fallecido él, a Baltasar, conocido entre los babilonios por el nombre de Naboandel[23]. Fue éste contra quien emprendieron una expedición militar Ciro, rey de los persas, y Darío[24], rey de los medos. Y, cuando estaba sitiado en Babilonia, se encontró con un espectáculo un tanto maravilloso y prodigioso. Se encontraba tumbado a

---

[20] Cf. *Ap.* 1, 144. Megástenes, que floreció sobre el 300 a. C., fue un jonio, enviado en diversas ocasiones por Seleúco I a la corte de Sandrocoto, rey de la India. Su obra es la fuente principal de la *Historia de la India* de Arriano.

[21] Esto es, el rey Joaquín. Cf. cap. 99 y ss.

[22] Cf. cap. 101-102.

[23] En *Ap.* Josefo lo designa *Nabonnedos,* transcrito por Nabonido.

[24] Se ignora a quién se refiere Josefo con este nombre (cf. cap. 248), pues no hubo ningún rey medo de nombre Darío contemporáneo de Ciro.

la mesa comiendo y bebiendo en una estancia grande y entregado a banquetes regios en compañía de las concubinas y de los amigos. Y, como le pareciera bien a él, ordenó que fueran traídos de su capilla privada los utensilios de Dios que Nabucodonosor, después de haberlos substraído de Jerusalén, no los usaba, sino que los había depositado en la capilla particular. Pero Naboandel, inducido a usarlos llevado de su osadía, vio, mientras bebía y lanzaba blasfemias contra Dios, una mano que asomaba por la pared y que escribía en ella ciertas sílabas. Y sobresaltado por lo que veía convocó a los magos y a los caldeos y también a toda la casta que había en Babilonia capaz de interpretar las señales y los sueños, para que le revelaran el significado de aquel texto. Y, como los magos no pudieran descifrar significado alguno y le dijeran que ni siquiera lo entendían, el rey, embargado por una gran inquietud y sumamente dolido por lo inesperado del asunto, hizo público por todo el país un bando, prometiendo a quien le aclarara el texto y el significado implícito en él darle un collar de oro y un vestido de púrpura, para que lo usara como los reyes de los caldeos, y la tercera parte de su propio imperio. Al producirse esta proclama eran todavía más los magos que concursaron y compitieron en el intento de dar con el significado de aquel texto, aunque fracaron no menos que antes. Pero la abuela del rey, al verlo con el ánimo abatido a causa de ello, procedió a animarlo y a decirle que había un cautivo oriundo de Judea, traído de allí por Nabucodonosor cuando asoló la ciudad de Jerusalén, de nombre Daniel, hombre sabio y tremendamente hábil para descifrar lo oscuro y conocido por Dios solamente, quien había sacado a la luz pública el sentido buscado cuando ningún otro pudo aclarar al rey Nabucodonosor nada de lo que necesitaba saber. Por todo ello la abuela le pedía que, tras hacerlo venir, le preguntara por el sentido de aquel texto (aunque fuera desagradable lo indicado en él por Dios) y condenara la ignorancia de quienes no habían conseguido descifrarlo.

239. *Daniel interpreta aquel texto (Dan.* 5, 13). 3. Baltasar, al oírle esto, llamó a Daniel y, después de decirle que estaba informado de su persona y de su sabiduría y de que le asistía el espíritu divino y de que era el único totalmente capacitado para descifrar lo que a los demás no se les ocurría siquiera comprender, le pedía que le explicara el texto aquel y que le indicara qué significaba, diciéndole que, si lo hacía, le daría un vestido de púrpura para

ponerse y un collar de oro, más la tercera parte de su imperio, todo ello en pago y premio a su sabiduría, para que con tales prendas se hiciera notar de todos los que lo vieran y se preguntaran por el motivo por el que las obtuvo. Y Daniel le pidió que se quedara él con estos dones (diciéndole que la sabiduría y la Divinidad son insobornables y que ayudan gratuitamente a los que lo piden), pero le aseguró que le revelaría el contenido del texto aquel, el cual significaba el final de la vida del rey, motivado porque él no había aprendido a ser piadoso y a no tramar maquinación alguna, saltándose los límites impuestos a la naturaleza humana, ni siquiera con los castigos a que había sido sometido su progenitor a causa de su insolencia para con Dios, sino que, lejos de eso, pese a que Nabucodonosor había adoptado el género de vida de las bestias salvajes en castigo a sus impiedades y después de numerosas súplicas y ruegos había conseguido por compasión volver a la vida en contacto con los seres humanos y al trono y, finalmente, a pesar de que por estos beneficios se había dedicado hasta el final de sus días a entonar himnos en honor de Dios, por ser Él quien tiene el poder absoluto y quien vela por los hombres, en fin, pese a todo ello, Baltasar, en cambio, lo había olvidado, hasta el punto de haber lanzado frecuentes blasfemias contra la Divinidad y de haber utilizado en compañía de las concubinas los objetos exclusivos de Dios. El texto escrito indicaba lo siguiente: *mane,* «forma que», según decía Daniel, «podría ser traducida al griego por la palabra *número,* como dando a entender que Dios *ha contado* los años de tu vida y de tu gobierno y te queda todavía un corto espacio de tiempo»; *tekél:* «esta forma», según decía Daniel, «significa *peso,* y es que Dios, como *ha pesado* el período de tiempo de tu reinado, indica con ello que tu reinado tira ya hacia abajo»; *farés:* «forma que», según Daniel, «significa *ruptura,* y es que Dios *romperá* tu trono y lo asignará a los medos y a los persas».

245. *Baltasar concede honores a Daniel (Dan.* 5, 29). 4. Al explicarle Daniel al rey que el texto escrito en la pared tenía el referido significado, la aflicción y la angustia embargaron a Baltasar, como era de esperar dada la extrema gravedad de lo indicado, pero, pese a haber sido Daniel un profeta de malos augurios para él, no dejó de darle los dones que había prometido darle, sino que le entregó todos, por un lado, considerando la culpa de que tuvieran que serle dados como de su sola incumbencia y fatalidad y en

modo alguno del profeta, y, por otro, interpretando el dar lo prometido como cosa de un hombre honrado y justo, aunque fueran desagradables las desgracias que iban a acontecerle. Pues bien, así fue como interpretó Daniel aquellas sílabas, y no mucho tiempo después fue capturado el rey y la propia ciudad, cuando Ciro, el rey de los persas, emprendió contra él una expedición militar. Pues fue en tiempo de Baltasar cuando tuvo lugar la conquista de Babilonia, después de haber reinado él diecisiete años. Tal fue, según la tradición histórica nos enseña, el final de los descendientes del rey Nabucodonosor. Y, por lo que respecta a Darío [25], que fue quien, en compañía de su pariente Ciro, acabó con el poderío de los babilonios, tenía sesenta y dos años cuando conquistó Babilonia. Era hijo de Astiages, pero se le conoció por un nombre distinto entre los griegos. Fue él quien, tomando consigo al profeta Daniel, lo llevó a Media a vivir con él y lo hizo partícipe de toda suerte de honores. En este sentido, Daniel fue uno de los tres sátrapas (pues éste fue el número creado por Darío en Media) que éste nombró como inspectores supremos de las trescientas sesenta satrapías.

250. *Los nobles de Media planean la muerte de Daniel (Dan.* 6, 3). 5. Pues bien, al gozar Daniel de tan celebrado honor y de tan significado afecto por Darío y al ser designado él solo por el rey para todas las funciones, porque se tenía la convicción de que albergaba dentro de sí mismo a la Divinidad, fue mal visto. Pues los que ven a otros que son más estimados por los reyes que ellos mismos tienden a criticarlos. Y aunque los que se sentían molestos por los excelentes honores de que él disfrutaba ante Darío buscaban pretextos para calumniarlo y acusarlo, él no daba motivo alguno. Pues como no sólo estaba por encima del dinero sino que también miraba con indiferencia toda suerte de ganancia, hasta el extremo de parecerle una cosa sumamente vergonzosa recibir alguna ganancia aunque fuera noble el motivo por el que se le diera, no dio oportunidad para que pudieran imputarle nada malo, fuera lo que fuera, a los que le envidiaban. Y ellos, como no tenían nada de qué acusarlo ante el rey para así perjudicarle en su estima por la vergüenza y crítica de algún crimen, buscaron otros procedimientos con que eliminarlo. Al observar, pues, que Daniel oraba a

[25] Cf. cap. 232.

Dios tres veces al día, entendieron haber encontrado un pretexto para acabar con él. Y, habiéndose presentado a Darío, le anunciaron que sus sátrapas y mandos militares habían tomado la determinación de dejar durante treinta días libre al pueblo de la obligación de dirigir sus oraciones y sus súplicas tanto a él como a Dios, al tiempo que habían decidido arrojar a la cueva de los leones al que transgrediera este su decreto, para que pereciera allí.

254. *Daniel es acusado de desobedecer a Darío (Dan.* 6, 9).6. Y el rey, al no intuir su perversidad ni figurarse que habían preparado estas medidas contra Daniel, dijo que le parecía bien la decisión, y, así, comprometiéndose a ratificar su plan, publicó un edicto que indicaba al pueblo la decisión de los sátrapas. Y todos los demás se estaban quietos, guardándose de contravenir la orden recibida, mientras que Daniel no le prestó la más mínima atención, sino que, puesto en pie según tenía por costumbre, oraba a Dios a la vista de todos. Y los sátrapas, al presentárseles el pretexto que se afanaban por conseguir contra Daniel, corrieron enseguida al rey y acusaron al profeta de ser el único que había contravenido la orden, pues mientras ningún otro se atrevía a dirigir oraciones a los dioses, y eso no por impiedad, sino por precaución y cuidado [26]... Por envidia. En efecto, los sátrapas, aunque estaban convencidos de que Darío sentía por Daniel un afecto superior al que cabía esperar, hasta el punto de que se mostraba dispuesto a otorgarle el perdón por haber quebrantado su mandato, actitud que era justamente la que hacía que ellos miraran con malos ojos a Daniel, no adoptaron una postura más blanda, sino que le exigían, conforme a lo mandado por la ley, que lo arrojara a la cueva de los leones. Y Darío, en la esperanza de que la Divinidad lo protegería y de que, en consecuencia, no iba a sufrir daño alguno de las fieras, le mandó que sobrellevara animoso aquella coyuntura. Y, tras precintar la piedra colocada a la boca de la cueva a manera de puerta, se retiró, y pasó la noche entera sin comer ni dormir angustiado por lo que pudiera pasarle a Daniel. Y de mañana, después de levantarse, fue a la cueva y, habiendo encontrado sano y salvo el precinto con que había sellado la piedra y que había dejado puesto, abrió la entrada y prorrumpió en gritos, llamando a Daniel y tra-

[26] Parece que aquí hay una laguna textual.

tando de informarse de si estaba sano y salvo. Y como éste hubiera oído la voz del rey y contestado que no había sufrido daño alguno, Darío ordenó que fuera sacado de la cueva de los leones. Pero los enemigos, cuando comprobaron asombrados que Daniel no había sufrido desgracia alguna, no admitían que había sido Dios y su Providencia los causantes de que estuviera sano y salvo, sino que, haciéndose a la idea de que los leones no habían tocado ni se habían acercado a Daniel por estar hartos de comida, le dijeron al rey que éste era el motivo de haberse salvado Daniel. Entonces Darío, aborreciéndolos por su perversidad, ordenó que les fueran echados a los leones montones de trozos de carne, y, una vez saciados, mandó que los enemigos de Daniel fueran arrojados a la cueva, para ver si los leones a causa de estar saciados no se acercaban a ellos. Y a Dario le resultó claro, al ser arrojados los sátrapas a las fieras, que había sido la Divinidad quien había salvado a Daniel, porque los leones no respetaron ni a uno solo de ellos, sino que los despedazaron a todos como si estuvieran terriblemente hambrientos y faltos de comida. Pero lo que incitó a los leones no fue el hambre, según creo, dado que un momento antes se habían atiborrado de carne sin tasa, sino la maldad de aquellos hombres, la que, sin duda, comprenden y castigan los propios animales irracionales cuando Dios así lo planea.

263. *Darío honra a Daniel (Dan.* 6, 25). 7. Aniquilados, pues, de esta manera los que habían conspirado contra Daniel, el rey Darío envió emisarios por todo el país para alabar al Dios que Daniel adoraba y declarar que Él era el único verdadero y omnipotente. Y tomó a Daniel un aprecio excepcional, designándolo su favorito. Y Daniel, cuando se había hecho un personaje tan notable e ilustre por la fama de ser amado de Dios, edificó en Ecbatana de Media un caserón de formato bellísimo y de una construcción admirable, que ha llegado y se ha conservado hasta el día de hoy en tan perfectas condiciones que quienes lo ven creen que es de reciente construcción y que ha sido levantado el mismo día en que los diferentes espectadores lo contemplan. ¡Tan fresca y vigorosa es su hermosura, sin haber envejecido en punto alguno por tanto tiempo transcurrido! Pues las propias construcciones sufren los mismos contratiempos que las personas y envejecen con el paso de los años, los que no sólo debilitan su resistencia sino que también apagan su lustre. Y en este caserón se entierra hasta el día de hoy

no sólo a los reyes de los medos, sino también a los de los persas y de los partos, y la persona que lo tiene a su cargo es un sacerdote judío, cosa que viene sucediendo hasta el día de hoy. Y es justo referir el hecho de este hombre que uno más admiraría al oírlo. Es lo siguiente: fue extraordinariamente afortunado en todo, como el que más de los profetas más grandes, y en este sentido a lo largo de todos los años de su vida gozó del aprecio y aceptación de los reyes y del pueblo, y también después de muerto se le recuerda perpetuamente. En efecto, todos los libros que escribió y nos dejó como legado son leídos entre nosotros todavía incluso actualmente y de ellos extraemos la convicción de que Daniel intimaba con Dios, pues no sólo profetizaba siempre los acontecimientos futuros, como los otros profetas, sino que determinaba incluso el momento en que ellos ocurrirían. Y mientras los profetas predicen siempre los hechos peores y por ello son vilipendiados por los reyes y la gente, Daniel se convirtió para ellos en profeta que les anunciaba siempre cosas buenas, de suerte que con el buen augurio de sus predicciones se ganaba el afecto de todos, y con el cumplimiento exacto de ellas se granjeaba credibilidad y también fama de una condición divina entre la masa. Y nos dejó un texto escrito, por el que nos hizo patente el carácter exacto e incontrovertible de la profecía en cuestión. En efecto, este texto de Daniel dice que con ocasión de encontrarse él en Susa, la capital de Persia, había salido a la llanura acompañado de sus amigos, pero que, al producirse de pronto un seísmo y una sacudida telúrica, había sido dejado solo al salir huyendo los amigos, y que entonces, aturdido, había caído al suelo boca abajo, contra las dos manos, momento en que un ser invisible le tocó, al tiempo que le mandaba que se levantara y viera los hechos que habían de suceder a sus conciudadanos muchas generaciones después. Y el referido texto dice que, al levantarse él, el ser invisible le indicó que le iba a ser mostrado un carnero enorme, al que le habían salido numerosos cuernos, pero que el último que tenía era más largo que los otros; y que luego le había mandado que levantara la vista hacia Poniente y que contemplara un macho cabrío que desde allí venía por el aire, el cual, tras embestir al carnero y golpearlo con sus cuernos, lo había derribado dos veces al suelo y pisoteado. Y continúa diciendo que posteriormente había visto que al macho cabrío le había salido de la frente un cuerno grandísimo, partido el cual habían brotado otros cuatro orientados respectivamente en el sentido de los cuatro

vientos principales. Y dejó constancia escrita también de que de éstos había brotado otro cuerno más pequeño, que, cuando creciera, según le dijo Dios, que era quien le estaba indicando estos hechos, atacaría a su nación y tomaría por la fuerza su ciudad, hasta el punto de dar al traste con el servicio del Templo y de impedir que se celebraran los sacrificios durante mil doscientos noventa y seis días. Daniel dejó constancia escrita de haber visto esto en la llanura de Susa, y reveló que Dios le había explicado la visión que se le había aparecido, en los siguientes términos: Dios le hizo saber que el carnero simbolizaba los reinos de los medos y de los persas, y sus cuernos a sus futuros reyes, mientras que el cuerno situado el último simbolizaba al rey que llegara el último, ya que éste aventajaría a todos los otros en riqueza y gloria. Y Daniel dejó escrito que Dios le había indicado del macho cabrío que sería uno de los reyes helenos, el cual, cuando trabara combate con el rey persa, lo vencería dos veces y le arrebataría todo su imperio; y que Dios le había dicho que con el cuerno grande situado en la frente del macho cabrío era simbolizado el primer rey, mientras que el brote de los otros cuatro cuernos, una vez desprendido aquél, y la orientación de cada uno de ellos en el sentido de los cuatro puntos cardinales respectivamente, indicaba a los sucesores que siguieran al primer rey tras su muerte y el reparto entre ellos del imperio, quienes, a pesar de no ser hijos ni parientes de su antecesor, reinarían en todas las tierras habitadas durante muchos años. Y dejó también escrito que Dios le había revelado que a continuación de ellos vendría un rey que rendiría por la fuerza de las armas a su nación, a sus habitantes los privaría de sus leyes y de un Estado basado en ellas, saquearía el Templo e impediría que durante tras años se realizaran allí sacrificios. Y justo esto le ha tocado sufrirlo a nuestra nación a manos de Antíoco Epífanes [27], como vio Daniel, quien puso por escrito los acontecimientos futuros muchos años antes de que ocurrieran. Y asimismo Daniel dejó constancia escrita del poderío de los romanos y singularmente no sólo de que Jerusalén sería conquistada por ellos, sino también de que sería devastado el Templo. Todos estos hechos que Dios le mostró nos los dejó escritos él. De ahí que quienes los leen y se fijan en lo ocurrido admiran a Daniel por la estima en que lo tenía

[27] Antíoco IV, hijo de Antíoco III el Grande, reinó entre 175-163 a. C.

Dios y con estos datos comprueban que yerran los filósofos epicúreos, quienes no sólo eliminan de la vida humana a la Providencia y no se dignan admitir que Dios gobierna su acontecer, sino que además argumentan que el Universo no es gobernado con vistas a la permanencia del todo por el Ser bienaventurado e inmortal, sino que el mundo se mueve por sí solo de una manera inerte y privado de un conductor [28]. Pues si el mundo estuviera desmandado de esa manera perecería y acabaría hecho trizas por ese movimiento imprevisible, exactamente igual que las naves faltas de timonel vemos que se hunden por el impulso de los vientos, o los carros que, si no tienen aurigas, vuelcan. Por lo dicho por Daniel, pues, me parece que yerran tremendamente en la correcta interpretación y comprensión de las cosas quienes declaran que Dios no se preocupa para nada del acontecer humano, puesto que, si se diera la circunstancia de que el mundo funcionara por una suerte de espontaneidad, no observaríamos que todas las cosas se están desarrollando en la manera en que él lo profetizó. Yo he escrito estos datos así como los encontré y leí, pero si alguien quiere interpretarlos de otra manera, mantenga su discrepancia sin que yo se lo reproche.

[28] Hito, generalmente olvidado, de nuestro conocimiento de la difusión de la doctrina epicúrea en el imperio romano. Cf. W. C. van Unnik, «An attack on the Epicureans by Flavius Josephus», *Studia J. H. Waszink*, ed. W. den Boer y otros, Amsterdan, 1973.

Libro XI

RESUMEN:

1. Cómo Ciro, rey de Babilonia, luego de dejar en libertad a los judíos y permitirles marchar de Babilonia a su país, les consintió edificar el Templo, dándoles dinero.
2. Cómo les obstaculizaron los gobernadores del rey reconstruir el Templo, poniéndoles impedimentos.
3. Cómo, una vez muerto Ciro, su hijo Cambises, que tomó el mando, prohibió terminantemente a los judíos reedificar el Templo.
4. Cómo Darío, el hijo de Histaspes, cuando se hizo rey apreció al pueblo judío y reedificó su Templo.
5. Cómo después de él también su hijo Jerjes mantuvo relaciones amistosas con los judíos.
6. Cómo en tiempos del rey Artajerjes corrió peligro toda la nación judía.
7. Cómo Bagosas, el general de Artajerjes el Joven, ofendió numerosas veces a los judíos.
8. Cómo Alejandro, el rey de Macedonia, les concedió grandes beneficios cuando se apoderó de Judea.

Este libro comprende un período de doscientos cuarenta y tres años y cinco meses.

1. *Ciro es inspirado por Dios para poner fin a la cautividad de Babilonia (1 Esdras,* 2, 1). 1. 1. Pero en el año primero del rei-

nado de Ciro (el cual correspondió al septuagésimo desde el día aquel en que nuestro pueblo tuvo la desgracia de pasar de su propio país a Babilonia) Dios se compadeció de la cautividad y agobio de aquellos pobres infelices, y, en los mismos términos en que les había predicho a través del profeta Jeremías antes de que fuera arrasada la ciudad que, después de ser esclavos de Nabucodonosor y sus descendientes y soportar esa esclavitud durante setenta años, los restablecería de nuevo en la tierra de sus antepasados, donde no sólo reedificarían el Templo, sino que también disfrutarían de la originaria prosperidad, en esos mismos les concedió esto. En efecto, incitando el espíritu de Ciro hizo que él difundiera por toda Asia un escrito del tenor siguiente: «El rey Ciro dice: Puesto que Dios todopoderoso me ha designado rey de las tierras habitadas, estoy convencido de que se trata del Dios al que adora la nación israelita. Pues a través de los profetas predijo no sólo mi mismo nombre, sino también que reedificaría su Templo en Jerusalén, en tierras de Judea».

5. *Ciro lee la profecía de Isaías (Is.* 44, 28). 2. Ciro conoció esto al leer el libro en que Isaías emitió profecías relativas a él y que su autor había legado doscientos diez años antes. Pues Isaías dijo que Dios le había declarado en secreto lo siguiente: «Quiero que Ciro, a quien yo designé rey de muchas y poderosas naciones, envíe a mi pueblo a su propia tierra y que reedifique mi Templo». Isaías hizo esta profecía ciento cuarenta años antes de que fuera arrasado el Templo [1]. A Ciro, pues, al leer este texto y admirar a la Divinidad, lo embargó una suerte de ímpetu y pasión por cumplir lo escrito, y, así, tras convocar a los judíos más ilustres de Babilonia, les confirmó que les concedía permiso para que regresaran a la tierra de sus antepasados y la posibilidad de levantar de nuevo no sólo la ciudad de Jerusalén sino también el Templo de Dios, diciéndoles que el propio Dios se convertiría en aliado de ellos y que él mismo indicaría por carta a sus propios gobernadores y sátrapas vecinos de aquel territorio que contribuyeran a favor de ellos con oro y plata para la reedificación del Templo y, además de eso, con animales para los sacrificios.

[1] Esta profecía no fue dictada por Isaías (que vivió a finales del siglo VIII a. C.), sino por otro que vivió en el siglo VI o V a. C. (Thackeray).

8. *Los jefes judíos regresan a Jerusalén (1 Esdras,* 2, 8). 3. Cuando Ciro hubo transmitido esta información a los israelitas corrieron a Jerusalén las autoridades de las dos tribus de Judá y Benjamín junto con los levitas y los sacerdotes, pues fueron muchos los que se quedaron en Babilonia, por negarse a abandonar sus propiedades. Y, cuando ellos llegaron a su tierra, los amigos del rey en su totalidad corrieron en su ayuda y les aportaban, para la reparación del Templo, unos oro, otros plata y otros gran cantidad de ganado, incluidos caballos. Y no sólo cumplieron las promesas hechas a Dios, sino que también celebraron los sacrificios de rigor conforme a los viejos ritos, como si su ciudad fuera refundada y los originales rituales del culto resucitaran. Pero Ciro les remitió también los objetos de Dios que el rey Nabucodonosor había transportado a Babilonia cuando saqueó el Templo. Mitrídates los entregó a su tesorero para que se los llevara, encargándole que se los diera a Abasar para que los guardara hasta la reedificación del Templo y, una vez terminada ella, los entregara a los sacerdotes y autoridades del pueblo, para su devolución al santo lugar. Y Ciro envió a los sátrapas de Siria una carta que decía lo siguiente : «El rey Ciro saluda a Sisines y a Sarabasán. A los judíos que lo quieran de los que habitan en mi país he permitido regresar a la propia patria de sus antepasados y, una vez allí, refundar la ciudad y reedificar el Templo de Dios situado en Jerusalén en el mismo lugar que antes. Y he enviado allá también a mi tesorero Mitrídates y a Zorobabel, el jefe de los judíos, a fin de que echen los cimientos del Templo y lo reedifiquen, dándole una altura de sesenta codos e idéntica anchura, y dotándolo de tres cuerpos de piedra pulida y uno de madera del país, y, asimismo, de un altar en que ofrecer sacrificios a Dios. Y los gastos para estos menesteres quiero que salgan de mis propias arcas. Pero también he enviado allá los objetos que extrajo del Templo el rey Nabucodonosor, los cuales se los entregué a Mitrídates, el tesorero, y a Zorobabel, el jefe de los judíos, a fin de que los transportaran a Jerusalén y repusieran en el Templo de Dios. Y su número asciende a las siguientes cifras: cincuenta vasijas de oro y cuatrocientas de plata para refrescar vino, cincuenta vasijas tericleas[2] de oro y cuatrocien-

[2] Fabricadas según la técnica inventada por el alfarero corintio Tericles, contemporáneo del comediógrafo Aristófanes. Cf. Ateneo 11, 470e-472e, y también Teofrasto, *Hist. plant.* 5, 3, 2, y Plinio, *Nat. Hist.* 16, 205.

tas de plata, cincuenta jarras de oro y quinientas de plata, cuarenta copas de oro para libaciones y trescientas de plata, treinta tazas de oro y dos mil cuatrocientas de plata, y otros objetos mayores en número de mil. Y les concedo también el importe para la adquisición, siguiendo la costumbre impuesta por sus antepasados, de ganado, vino y aceite, por la suma de doscientas cinco mil quinientas dracmas, y veinte mil quinientas fanegas de trigo para la elaboración de harina fina. Y mando que el suministro de estas cantidades sea procurado por los tributos de Samaria. Pero los sacerdotes de Jerusalén ofrecerán esas víctimas siguiendo el dictado de las leyes de Moisés y, al acercarlas al altar, pedirán por el bienestar del rey y de su familia, con objeto de que perviva eternamente el reino de los persas. Y, por lo que toca a quienes desobedezcan estos mandatos y los incumplan, quiero que sean crucificados y que sus bienes pasen al patrimonio real». Esto es lo que indicaba la carta. Y el número de los excautivos que llegaron a Jerusalén ascendió a cuarenta y dos mil cuatrocientos sesenta y dos.

19. *Los samaritanos contrarios a estas medidas (1 Esdras,* 5, 66). 2. 1. Pero mientras ellos estaban echando los cimientos del Templo y se afanaban sobremanera en su edificación, las naciones de la zona y especialmente la de los juteos, que eran los que Salmanasar, el rey de los asirios, había establecido en Samaria luego de traerlos de Persia y Media cuando obligó a dejar estas tierras al pueblo de Israel, exhortaban a los sátrapas y a los encargados de las obras a que impidieran a los judíos tanto la reedificación de la ciudad como la reconstrucción del Templo. Y éstos, corrompidos por el dinero entregado por ellos, correspondieron a los juteos con la incuria mostrada a los judíos y la negligencia en la edificación, ya que Ciro no sólo desconocía estos hechos por estar ocupado en otras guerras, sino que además tuvo la desgracia de abandonar este mundo muy pronto, concretamente con motivo de emprender una expedición militar contra los masagetas [3] Y, al sucederle en el trono su hijo Cambises, las autoridades destacadas en Siria, Fenicia, Amán, Moab y Samaria, le escribieron una carta que indicaba lo siguiente: «Soberano, te saludan tus esclavos Rátimo, encargado de registrar todos los hechos que acontecen, Semelio, escriba, y los

[3] Cf. Heródoto 1, 214.

jueces del Consejo de Siria y Fenicia. Debes saber, rey, que los judíos que en su día fueron subidos a Babilonia han llegado a nuestro país, donde reedifican su ciudad pérfida y perversa así como sus plazas, reconstruyen las murallas y vuelven a levantar el Templo. Has de saber, sin embargo, que, si esto se lleva a efecto, ellos ni soportarán tener que pagar tributos ni tampoco querrán obedecer a nadie, sino que se enfrentarán a los reyes y querrán mandar más que obedecer. Así, pues, dado que las obras del Templo son llevadas con energía y entusiasmo, nos pareció a nosotros correcto darte cuenta de ello, oh rey, y no verlo con indiferencia, para invitarte a que revises los libros de sus antepasados, pues en ellos descubrirás que los judíos son pérfidos y enemigos de los reyes, y lo mismo su ciudad, que por eso fue arrasada, estado en que se encuentra incluso actualmente. Y decidimos nosotros comunicarte también el siguiente dato, tal vez ignorado por ti, que si esta ciudad vuelve a ser reconstruida en los mismos términos que antes y recupera su círculo de murallas, se te cierra la vía de acceso a Cele-Siria y Fenicia».

26. *Respuesta de Cambises a los samaritanos (1 Esdras,* 2, 25). 2. Al leer Cambises la carta, y habida cuenta de su condición perversa, se dejó llevar por su contenido y les contestó diciendo lo siguiente: «El rey Cambises comunica lo siguiente a Rátimo, el encargado de registrar por escrito los sucesos diarios, a Belzem, a Semelio, el escriba, y a los restantes colegas de éstos con residencia en Samaria y Fenicia. Al leer la carta enviada por vosotros mandé revisar los libros de mis antepasados, y se descubrió que la ciudad en cuestión ha sido siempre hostil a los reyes y que sus habitantes han tramado sublevaciones y guerras, y también nos hemos enterado de que sus reyes han actuado con fuerza y violencia al someter a Cele-Siria y Fenicia al pago de tributos. Consecuentemente yo he ordenado no permitir a los judíos reedificar su ciudad, para que su maldad no se acreciente todavía más, maldad que han empleado continuamente contra los reyes». Leída esta carta, Rátimo, el escriba Semelio y sus colegas montaron inmediatamente a caballo y corrieron a Jerusalén, llevando consigo a un elevado número de personas, e impidieron a los judíos edificar la ciudad y el Templo. Y con ello estas obras fueron detenidas durante otros nueve años más, hasta el segundo año del reinado de Darío sobre los persas, y esto porque Cambises acabó sus días en

Damasco al regresar de Egipto, después de haber reinado durante seis años, en los que sometió el país citado.

31. *Darío y Zorobabel.* 3. 1. Tras el aniquilamiento de los magos que después de la muerte de Cambises ocuparon durante un año el poder en Persia, las llamadas *siete casas* de los persas designaron rey a Darío[4], hijo de Histaspes. Este, que era un simple particular, prometió en sus oraciones a Dios que, si se convertía en rey, enviaría al Templo de Jerusalén todos los objetos de Dios que continuaban todavía en Babilonia. Por otro lado, por aquellas fechas acertó a presentarse a Darío procedente de Jerusalén Zorobabel, quien había sido designado jefe de los cautivos judíos, puesto que desde antiguo le unía una gran amistad con el rey, por la que, considerado digno incluso de convertirse junto con otros dos en escolta de Darío, gozaba del aprecio esperado.

33. *Concurso entre los guardaespaldas de Darío (1 Esdras,* 3, 1). 2. Un día del primer año de su reinado Darío recibió en palacio ostentosamente y con mucho aparato a las personas de la corte, a los nacidos en su casa, a los jefes de los medos y sátrapas de Persia y a los alcaldes de las localidades que van desde la India hasta Etiopía y, por último, a los comandantes generales de las ciento veintisiete[5] satrapías. Y, cuando se hubieron separado para irse a acostar cada cual a su casa después de cenar hasta saciarse y hartarse, el rey Darío fue a la cama y, tras reposar durante un breve momento de la noche, se desveló y, al no poder volver a conciliar ya el sueño, se entretuvo en una animada conversación con sus tres guardaespaldas, y al que de ellos le diera una respuesta la más certera y sagaz de la cuestión que iba a formularles prometió entregarle en premio a su victoria un vestido de púrpura para ataviarse, copas de oro para beber, una cama de oro donde dormir, un carro con bridas de oro, una tiara de lino fino y un collar de oro, junto con el derecho a ocupar la presidencia a continuación de él a causa de su sabiduría, diciendo por último: «Y será llamado pariente mío». Después de haber prometido dar al vencedor esos dones,

---

[4] Rey entre 521-486 a. C. Cf. Heródoto 3, 71.

[5] Durante el reinado de Darío parece que el número de satrapías era de veinte.

preguntó al primero si era el vino la cosa más poderosa, al segundo si lo eran los reyes y al tercero si lo eran las mujeres o más que ellas la verdad. Tras hacerle esta propuesta los dejó que discurrieran, pero al amanecer del día siguiente, luego de mandar venir a los magnates, sátrapas y alcaldes de Persia y Media y de sentarse en el lugar que ocupaba habitualmente para resolver los asuntos de la administración, mandó a cada uno de sus guardaespaldas que declararan la opinión que se habían formado acerca del tema propuesto, de forma que lo oyeran todos.

38. *El primer guardaespalda elogia el vino (1 Esdras,* 3, 17). 3. Y el primero empezó a hablar del poder del vino, poniéndolo de manifiesto en los siguientes términos y palabras: «Señores, cuando yo considero la fuerza del vino encuentro que ella sobrepasa a cualquier otra cosa, basado en los siguientes argumentos: derriba y burla la inteligencia de los que lo beben, pone la inteligencia del rey al mismo nivel que la del huérfano necesitado de un tutor, lleva la del esclavo a hablar con toda franqueza al libre, y la del pobre se hace igual a la del rico. Y todo ello porque el vino transforma y transfigura los espíritus metiéndose dentro de ellos, de suerte que extingue la tristeza de los caídos en desgracia, mientras que a los que han tomado de otros dinero prestado los lleva a olvidarse de ello y hace que se crean ellos los más ricos del mundo entero, hasta el punto de no pronunciar ningún término propio de pobres sino que hablan de talentos y utilizan las palabras habituales entre los ricos. Pero va más allá que todo eso, puesto que a los que lo beben consigue hacer que no reconozcan a los generales y a los reyes y les anula el recuerdo de sus seres queridos y amigos, pues indispone a los hombres incluso contra los seres más queridos y hace que les parezcan los más extraños de todos. Y cuando consiguen volverse sobrios y los abandona el vino al acostarse ellos por la noche, se levantan sin tener conciencia de nada de lo que hicieron durante la borrachera. Yo, fundándome en estos datos, vengo a descubrir que el vino supera en poderío a todos y es el más fuerte».

43. *El segundo guardaespalda alaba el poderío del rey (1 Esdras,* 4, 1). 4. Y cuando el primero, después de declarar sobre la fuerza del vino los argumentos antes citados, terminó de hablar, el siguiente a él empezó a hablar del poder del rey, tratando de

demostrar que este poder es el más fuerte y más potente que todos los demás que pasan por tener fuerza o sagacidad. Y el desarrollo de su demostración lo tomó de esta premisa: en efecto, dijo que de todos los seres son los hombres los más poderosos, toda vez que ellos fuerzan no sólo a la tierra sino también al mar a servirles para lo que quieran, y continuando con las siguientes palabras textuales: «Pues bien, sobre ellos mandan los reyes y los tienen sometidos a su arbitrio. Y los que disponen a su antojo del ser más poderoso y más fuerte ésos serán considerados, evidentemente, insuperables en poder y fuerza. Y, claro, aunque impongan guerras y peligros a sus súbditos son obedecidos, y aunque los envíen contra los enemigos logran su aquiescencia por la fuerza inherente a su persona, y lo mismo cuando mandan levantar montañas, derribar murallas y torres, y los que reciben la orden de matarse o de matar lo aguantan, para no parecer que transgreden los mandatos del rey. Y, si vencen en una guerra, los beneficios derivados de la victoria los llevan al rey. Y, por su parte, los que no participan en expediciones militares, sino que labran y aran la tierra, cuando después de pasarlo mal y de soportar el sufrimiento de las labores cosechan y recogen los frutos, llevan los tributos al rey. Y lo que éste diga y mande eso se cumple necesariamente sin demora alguna. Además, él duerme, atestado de toda suerte de exquisiteces y placeres, mientras es protegido por hombres despiertos y encadenados por una especie de temor, puesto que no hay uno solo que ose abandonarlo cuando está acostado ni retirarse para ir a cuidar de sus propiedades, sino que, considerando que su único deber es proteger al rey, a él se atiene. ¿Cómo, pues, no iba a parecer que el rey supera en fuerza a cualquier otro cuando tanta cantidad de gente obedece sus órdenes?».

49. *Zorobabel ensalza a las mujeres (1 Esdras,* 4, 13). 5. Y, cuando también éste se calló, empezó Zorobabel en tercer lugar a ilustrarles acerca de las mujeres y de la verdad, diciéndoles así: «Fuerte es no sólo el vino, sino también el rey, a quien todos obedecen, pero superiores al poder de ellos son las mujeres, puesto que al rey lo trajo al mundo una mujer, y a los que plantan las viñas que producen el vino son las mujeres las que los paren y crían. En una palabra, no hay nada que no nos venga de ellas, pues no sólo son ellas quienes nos tejen los vestidos, sino que también por ellas las cosas de la casa reciben el debido cuidado y

atención. Y a nosotros no nos es posible vivir sin la compañía de las mujeres, sino que, tras haber conseguido grandes cantidades de oro, plata y cualquier otro bien precioso e interesante, cuando vemos a una mujer hermosa, dejamos de lado todo aquello y nos quedamos boquiabiertos contemplando el espectáculo de aquella mujer que tenemos ante nuestra vista y somos capaces de renunciar a nuestros bienes, para disfrutar de su belleza y compartir la vida con ella. Y abandonamos incluso a los padres y a las madres e incluso a la tierra que nos crió, y muy a menudo mandamos al olvido a los seres más queridos por las mujeres, y somos capaces de exhalar el último suspiro de nuestra vida en compañía de ellas. Pero podríais comprender la fuerza de las mujeres sobre todo con los siguientes datos: ¿No es verdad que trabajamos y soportamos toda suerte de sacrificios tanto por tierra como por mar y, cuando conseguimos algo con esos trabajos, los llevamos y se los damos a las mujeres como si fueran nuestras amas? Pero es que una vez vi al propio rey, quien es dueño de tantos bienes, que era abofeteado por su concubina Apame, hija de Rabezac y nieta de Temasías, y que se contenía cuando ella le quitó la diadema y la puso sobre su propia cabeza, y que se sonreía cuando ella sonreía, y que se ponía serio cuando ella se enfadaba, y que adulaba a la mujer con el cambio de sus actitudes, y que, si alguna vez la veía disgustada, trataba de conmoverla a base de humillarse en extremo».

55. *Zorobabel a continuación elogia la verdad (1 Esdras,* 4, 33). 6. Y, mientras los sátrapas y los gobernadores se miraban los unos a los otros, empezó a hablar de la verdad, diciendo: «He puesto de manifiesto cuán grande es el poder que tienen las mujeres, pero sin embargo tanto ellas como el rey resultan más débiles que la verdad. En efecto, si es grandísima la tierra, alto el cielo y rápido el sol, y todos ellos se mueven según la voluntad de Dios, y Éste es verídico y justo, resulta de todo esto que debemos tomar por un principio inamovible que también la verdad es sumamente fuerte y que nada injusto puede con ella. Y más aún: los demás seres que tienen fuerza resultan ser mortales y de corta vida, mientras que la verdad es una cosa inmortal y eterna. Y nos proporciona no una hermosura agostada por el tiempo ni abundancia de riquezas arrebatadas por el azar, sino lo justo y lo legal, apartando de ello lo injusto y detestándolo».

57. *Darío honra a Zorobabel (1 Esdras,* 4, 41). 7. Zorobabel terminó así su alegato en favor de la verdad, y, al aplaudirlo la multitud por haberse expresado de una manera excelente y diciéndole que lo verdadero era lo único que tenía una fuerza incontrovertible y carente de vejez, el rey le mandó que le pidiera lo que quisiera al margen de lo que él había prometido, haciéndole saber que se lo concedería por ser sabio y mostrarse más sagaz que los otros. Y terminó con estas palabras: «Te sentarás a mi lado y serás llamado pariente mío». Cuando Darío hubo dicho esto, Zorobabel le recordó la promesa que había hecho si alcanzaba la condición de rey, la cual consistía en que reconstruiría la ciudad de Jerusalén, repararía el Templo de Dios en ella existente y en él repondría también todos los objetos que Nabucodonosor había robado y llevado a Babilonia. Y concluyó diciéndole las palabras siguientes: «Esta es la petición que me has permitido formularte, al ser considerado sabio y sagaz».

59. *Favores de Darío a los judíos (1 Esdras,* 4, 47). 8. El rey, que se levantó satisfecho con esto, lo besó, y tras ello escribió a los alcaldes y sátrapas ordenándoles escoltar a Zorobabel y a los que con él se disponían a salir para proceder a la reedificación del Templo. Y por medio de una carta mandó también a los habitantes de Siria y Fenicia que cortaran y bajaran troncos de cedro del Monte Líbano a Jerusalén y que ayudaran a Zorobabel a reconstruir la ciudad, y proclamó por un edicto que quedaban libres los cautivos que habían regresado a Judea. Y a sus gobernadores y sátrapas prohibió que impusieran a los judíos la obligación de prestar servicio al rey, y les permitió apropiarse, libres de impuestos, de todo el territorio que pudieran ocupar. Y ordenó también a los idumeos, samaritanos y habitantes de Cele-Siria que abandonaran las aldeas judías que ocupaban y, además, que les entregaran cincuenta talentos para la edificación del Templo. Y les permitió que efectuaran los sacrificios de rigor. Y les concedió también que todos los gastos, incluido el atuendo sagrado con que el Sumo Sacerdote y los otros sacerdotes celebran los cultos en honor de Dios, fueran costeados del propio tesoro real. También concedió a los levitas los instrumentos utilizados en los cánticos con que honran a Dios. Y ordenó que a los guardias de la ciudad y del Templo les fueran dadas parcelas de tierra y, asimismo, anualmente determinada cantidad de plata para cubrir sus necesidades vitales. Y,

además, Darío dispuso también que fueran enviados a Jerusalén los objetos y todo el material que Ciro antes que él había querido enviar para contribuir al restablecimiento allí de los judíos.

64. *Zorobabel anuncia esto a los judíos (1 Esdras,* 4, 58). 9. En estas condiciones, Zorobabel, tras haber obtenido estos dones de la persona del rey, salió del palacio y, elevando su mirada al cielo, empezó a dar gracias a Dios por la sabiduría de que lo había dotado y por la consiguiente victoria, obtenida en presencia de Darío, asegurándole que no habría sido honrado con este honor «de no haberte tenido a ti, Señor, de mi parte». Así, pues, tras dar rendidas gracias a Dios por los bienes presentes y pedirle que se mostrara igual para el futuro, marchó a Babilonia, donde dio a sus compatriotas la excelente noticia de los dones concedidos por el rey. Y ellos, al oírlo, dieron gracias a Dios por devolverles de nuevo la tierra de sus antepasados, y, volcados en la bebida y la jarana, lo pasaron durante siete días disfrutando y festejando la recuperación y el renacimiento de la patria. A continuación procedieron a elegir a los jefes de las familias y de las tribus que, acompañados de las mujeres, hijos y bestias de tiro, habían de subir a Jerusalén, quienes, escoltados por fuerzas enviadas por Darío, recorrieron el camino hasta Jerusalén en medio de la alegría y el contento, al son de las arpas y las flautas y el retumbar de los cimbales. Y los acompañó un trecho del camino en medio de toda suerte de diversiones también la multitud judía que se quedaba en Babilonia.

68. *La cifra de los que volvieron (1 Esdras,* 5, 41, y *1 Esdras,* 5, 26, etc.). 10. Así regresaron ellos, quienes sumaban un número determinado de cada familia. Pero a mí no me pareció acertado enumerar los nombres de las familias, para de esta manera no distraer el pensamiento de los lectores de la conexión de los hechos ni hacerles con ello su narración imposible de seguir. En todo caso, la suma de los hombres que regresaron y que alcanzaban una edad superior a los doce años, procedentes de las tribus de Judá y Benjamín, fueron cuarenta y ocho mil cuatrocientos sesenta y dos, y levitas setenta y cuatro, y la lista integrada conjuntamente por mujeres y niños pequeños sumaban la cifra de cuarenta mil setecientos cuarenta y dos. Y aparte de los anteriores los levitas encargados de entonar cánticos a Dios eran ciento veintiocho, los

porteros, ciento diez, los esclavos sagrados trescientos noventa y dos, y, además de éstos, otros seiscientos cincuenta y dos que alegaban ser israelitas pero que no podían demostrar este origen. Y también algunos sacerdotes fueron expulsados de su rango por estar casados con mujeres cuyo linaje ni ellos podían aclarar ni fueron encontradas en el árbol genealógico de los levitas y sacerdotes, y que sumaban unos quinientos veinticinco. Los criados que acompañaban a los que subían a Jerusalén ascendían a la cifra de siete mil trescientos treinta y siete, los arpistas y las arpistas sumaban doscientos cuarenta y cinco, camellas cuatrocientas treinta y cinco, y bestias de tiro cinco mil quinientas veinticinco. Y el jefe supremo de la gente enumerada era Zorobabel, hijo de Salatiel, quien descendía de los hijos de David y procedía de la tribu de Judá, y Jesús, hijo del Sumo Sacerdote Josedec. Y, además de los citados, eran jefes también Mordecai y Serebai, elegidos por la multitud, quienes contribuyeron a la causa con cien minas de oro y cinco mil de plata. Así fue, pues, cómo los sacerdotes, los levitas y una parte del total del pueblo judío que vivía en Babilonia trasladó su residencia a Jerusalén, mientras que el resto de la gente regresó a sus propios lugares de origen.

75. *Celebración en Jerusalén de la fiesta de los Tabernáculos (1 Esdras,* 5, 47). 4. 1. Y al séptimo mes de la salida de los judíos de Babilonia el Sumo Sacerdote Jesús y el jefe Zorobabel, enviando mensajeros por todas partes del país y poniendo en ello todo su empeño, reunieron en Jerusalén a todos sus paisanos en masa, y reconstruyeron el altar en el mismo lugar en que ya antes estaba edificado, para ofrecer a Dios en él los sacrificios de rigor siguiendo el dictado de las leyes de Moisés. Pero al hacer esto no actuaban a gusto de las naciones colindantes, sino que todas éstas los aborrecían. Y por las mismas fechas celebraron también la fiesta de los Tabernáculos, en la forma que el legislador la había dispuesto, y después de eso trajeron las ofrendas y efectuaron los llamados holocaustos continuos y los sacrificios de los sábados y todas las fiestas sagradas, al tiempo que quienes habían formulado promesas en sus oraciones las cumplían haciendo sacrificios a partir del día uno del mes séptimo. Y empezaron también la edificación del Templo, pagando a los canteros y carpinteros grandes sumas de dinero y lo necesario para la manutención de los operarios traídos para esta obra. Y a los sidonios les resultaba un trabajo

suave y ligero bajar del Monte Líbano los troncos de cedro y, después de atarlos y construir balsas, transportarlos al puerto de Jope[6]. Pues esto, que había ordenado primero Ciro, se realizó entonces por mandato de Darío.

79. *Terminación del Templo (1 Esdras,* 5, 56). 2. En el mes segundo del año segundo del regreso y llegada de los judíos a Jerusalén fue emprendida la reconstrucción del Templo. Y, tras levantar los cimientos el día uno del mes segundo del año segundo, procedieron a montar sobre ellos el edificio, poniendo al frente de las obras a los levitas que habían cumplido ya los veinte años de edad y junto con ellos a Jesús y a sus hijos y hermanos y a Zodmiel, hermano de Judas, y nieto de Aminadab, y a sus hijos. Y el Templo alcanzó su culminación más pronto de lo que habría cabido esperar, al actuar con todo entusiasmo las personas encargadas de velar por la obra. Y, una vez acabado el Templo, entre los sones de las trompetas los sacerdotes, vestidos con la vestimenta propia del momento, junto con los levitas y los hijos de Asaf, puestos en pie entonaron cánticos en honor de Dios, en la forma que David, antes que ningún otro, había indicado que debían hacerse las alabanzas. Y a los sacerdotes, los levitas y los más ancianos de cada familia, al traer a su recuerdo el anterior Templo, que era grandísimo y lujosísimo, y observar el surgido entonces, el cual a causa de la pobreza de los judíos había sido reconstruido inferior al antiguo, les resultó fácil comprobar cuánto habían decaído de la prosperidad primitiva y de la dignidad del Templo anterior y por ello sus ánimos cayeron abatidos, y, al no poder dominar la tristeza que esta idea les ocasionaba, llegaron hasta prorrumpir en lamentaciones y saltárseles las lágrimas. Pero el pueblo estaba contento con la situación presente y con haber reedificado el Templo, por sencillo que fuera, sin tener en cuenta ni acordarse para nada del que había existido anteriormente, y sin torturarse tampoco con la comparación del actual con el anterior y con la idea de que el actual había resultado inferior a lo que hubiera cabido esperar. En todo caso, el sonido de las trompetas y la alegría del pueblo eran superados por los ruidosos lamentos de los ancianos y sacerdotes a cuenta de que consideraban que el actual Templo se había quedado bastante por debajo del arrasado.

---

[6] La actual *Jaffa*. Cf. *Ant. jud.* 9, 208.

84. *Los judíos rechazan la ayuda ofrecida por los samaritanos (1 Esdras,* 5, 66). 3. Los samaritanos, al oír el ruido de las trompetas, acudieron a la carrera (no hay que olvidar que se encontraban enemistados con las tribus de Judá y de Benjamín), deseosos de saber la causa de aquel alboroto. Y, al enterarse de que los judíos llevados cautivos a Babilonia estaban reconstruyendo el Templo, se acercaron a Zorobabel, a Jesús y a los jefes de las familias, para pedirles que se les permitiera ayudarles a reconstruirlo y participiar en su edificación, añadiendo para sí las siguientes palabras textuales: «Pues veneramos no menos que los propios judíos a Dios, a quien oramos con todo entusiasmo y de cuyo culto somos devotos desde el tiempo aquel en que Salmanasar, el rey de los asirios, nos trasladó aquí desde Jutia y Media». Tras haberles dirigido ellos estas palabras, Zorobabel y el Sumo Sacerdote Jesús y los jefes de las familias israelitas les contestaron que era imposible compartir con ellos la edificación, habida cuenta de que anteriormente Ciro y ahora Darío les habían encomendado a ellos solos la reconstrucción del Templo, pero que les permitían acudir allí a adorar y que esto era lo único común a ellos, si querían aceptarlo, y a todos los hombres, rendir culto a Dios en el Templo llegándose allí.

88. *Los samaritanos vuelven a denunciar a los judíos (1 Esdras,* 5, 72). 4. Al oír esta respuesta los juteos (pues los samaritanos son conocidos por este apelativo), lo tomaron muy a mal y persuadieron a las naciones ubicadas en Siria a que pidieran a los sátrapas, exactamente igual que antes, en tiempo de Ciro, y, luego, después de él, en tiempos de Cambises, que suspendieran la reconstrucción del Templo y que procuraran retraso y pérdida de tiempo a los judíos que se afanaban en terminarlo. Y al mismo tiempo subieron a Jerusalén Sisines, gobernador de Siria y Fenicia, Sarabazanes y también algunos otros, y preguntaron a los jefes de los judíos quién les había concedido permiso para edificar el Templo en forma tal que resultaba ser más una fortaleza que un lugar sagrado y por qué habían protegido la ciudad con pórticos y murallas sumamente fuertes, a lo que Zorobabel y el Sumo Sacerdote Jesús respondieron diciendo que ellos eran esclavos del Dios omnipotente y que aquel Templo había pervivido durante mucho tiempo, luego de haber sido construido por un rey suyo afortunado y que superó a todos en virtud. Y porque, cuando nuestros padres

cometieron actos de impiedad contra Dios, Nabucodonosor, rey de Babiolonia y Caldea, luego de tomar la ciudad por la fuerza, la arrasó, incendió el Templo, después de llevarse sus riquezas, y obligó al pueblo a cambiar de residencia trasladándolo cautivo a Babilonia, Ciro, que con posterioridad a él fue rey de Babilonia y Persia, comunicó por escrito que se reconstruyera el Templo, y, habiendo entregado a Zorobabel y a su tesorero Mitrídates todas las ofrendas y objetos que se había llevado de allí Nabucodonosor, les encargó que los trasladaran a Jerusalén y los depositaran de nuevo en su Templo, una vez reconstruido. Pues mandó que éste se hiciera a toda prisa, tras ordenar a Sanabasar que subiera a Jerusalén y velara por la edificación del Templo. Quien, presentándose aquí inmediatamente después de recibir el escrito de Ciro, echó los cimientos, y, aunque el Templo está siendo reconstruido desde aquella fecha hasta la actualidad, está todavía incompleto por la malevolencia de nuestros enemigos. Y terminaron con estas palabras textuales: «Así, pues, si queréis y os parece bien, comunicad esto por carta a Darío, para que examine los archivos reales, donde encontrará que nosotros no mentimos en nada de lo que decimos».

95. *Los profetas Augeo y Zacarías (1 Esdras,* 6, 7). 5. Al dar esta respuesta Zorobabel y el Sumo Sacerdote, Sisines y sus colegas no tomaron la determinación de suspender la obra hasta haber comunicado este asunto a Darío, a quien escribieron inmediatamente una carta acerca de esta cuestión. Y, como los judíos tuvieran el ánimo abatido y temieran que el rey cambiara de opinión acerca de Jerusalén y de la reconstrucción del Templo, dos profetas que se encontraban a la sazón entre ellos, Augeo y Zacarías, los incitaron a estar tranquilos y a no sospechar que de los persas les viniera nada desagradable, porque así se lo predecía Dios a ellos. Y, así, confiando en los profetas pusieron manos a la obra con todo ahínco, no dejando de trabajar ni un solo día.

97. *Darío descubre la carta de Ciro (1 Esdras,* 5, 23). 6. Los samaritanos escribieron una carta a Darío y en ella acusaban a los judíos no sólo de que estaban fortificando la ciudad, sino también de que reconstruían el Templo más parecido a una fortaleza que a un lugar sagrado, al tiempo que le aseguraban que lo que se estaba haciendo no favorecería a los intereses del rey y le mostraban además las cartas de Cambises, a través de las que aquel rey había

prohibido edificar el Templo. Entonces Darío, tras saber por boca de ellos que el restablecimiento de la ciudad de Jerusalén no contribuiría a la seguridad de su Estado, y haber leído también las cartas que le habían traído de Sisines y sus colegas, ordenó que se procediera a buscar en los archivos reales los documentos relativos a esta cuestión. Y en la fortaleza de Ecbatana, situada en Media, fue encontrado un folleto en el que constaba el siguiente texto escrito: «En el primer año de su reinado el rey Ciro ordenó que se procediera a la reconstrucción del Templo de Jerusalén y de su altar, dotándolo de una altura de sesenta codos y de una anchura de iguales dimensiones, y provistos cada uno de ellos de tres departamentos de piedra pulida y de un departamento de madera del país. También dispuso que los gastos para estas obras fueran costeados del tesoro del rey, que fueran devueltos a los habitantes de Jerusalén los objetos que Nabucodonosor había substraído del Templo y llevado a Babilonia y que Sanabasar, delegado regio y gobernador de Siria y Fenicia, y sus colegas cuidaran de esto, de dejar ellos expedito aquel lugar y de permitir a los siervos de Dios, que eran no sólo los judíos en general, sino también sus jefes, la reconstrucción del Templo. Pero también dispuso que ellos colaboraran con los judíos en la obra y que, del tributo de los territorios que ellos gobernaban, pagaran a los judíos para la celebración de los sacrificios el importe correspondiente a la compra de toros, carneros, corderos, cabritos, harina fina, aceite, vino y todo lo demás que los sacerdotes les sugirieran, para que, de esta manera, rogaran ellos a Dios por la salvación del rey y de los persas. Y, a su vez, mandó que quienes contravinieran cualquiera de sus órdenes fueran detenidos y crucificados y sus bienes confiscados y asignados al tesoro del rey. Y, además de esto, pidió encarecidamente a Dios que si alguien intentaba impedir la edificación del Templo lo fulminara y frenara así su iniquidad».

104. *Darío ordena a los sátrapas ayudar a los judíos (1 Esdras,* 6, 34). 7. Darío, al descubrir este escrito en los archivos de Ciro, remitió a Sisines y a sus colegas una carta en que decía lo siguiente: «El rey Darío saluda al gobernador Sisines, a Sarabanes y a sus colegas. Os remito copia de la carta que descubrí en los archivos de Ciro y quiero que todo se haga según lo contenido en ella. Pasadlo bien». Y, así, al saber por la carta Sisines y sus colegas las pretensiones del rey, decidieron obrar de allí en adelante de

acuerdo con ellas. Favorecían, pues, las obras sagradas, colaborando en su ejecución con los ancianos judíos y con los jefes del Senado. Y la reconstrucción del Templo se ultimó a toda prisa, de acuerdo con el mandato divino profetizado por Augeo y Zacarías y ajustándose al deseo de los reyes Ciro y Darío, pues fue edificado en siete años. Y en el día veintitrés del mes duodécimo, llamado entre nosotros Adar y entre los macedonios Distro [7], del año noveno del reinado de Darío, los sacerdotes, los levitas y las restantes gentes de Israel ofrecieron en sacrificio, para que éste tuviera la virtud de renovar después de la cautividad la prosperidad anterior y por haber recuperado restaurado el Templo, cien toros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y doce cabritos, uno por cada tribu (pues este es el número a que ascienden las tribus de Israel), por los pecados cometidos por cada una de ellas. Y los sacerdotes y levitas fijaron, siguiendo el mandato de las leyes de Moisés, porteros en cada una de las puertas, puesto que los judíos habían edificado también los pórticos situados en derredor del Templo y dentro del sagrado recinto.

109. *La celebración de la Pascua (1 Esdras,* 7, 14). 8. Y con motivo de la fiesta de los ázimos, que tuvo lugar en el primer mes siguiente, entre los macedonios llamado Jántico y entre nosotros Nisán [8], todo el pueblo confluyó en Jerusalén procedente de las aldeas. Y celebraron esta fiesta en compañía de las mujeres y los niños, en estado de pureza conforme a las leyes de sus antepasados. Y después de haber celebrado el día decimocuarto del mismo mes el llamado sacrificio pascual, disfrutaron de fiestas durante siete días, sin escatimar suntuosidad alguna, sino ofreciendo holocaustos a Dios y sacrificando víctimas en acción de gracias y justa correspondencia por haberlos devuelto la Divinidad a la tierra de sus antepasados y a las normas vigentes en ella y haber dispuesto favorable a ellos los sentimientos del rey de los persas. Y ellos, que en agradecimiento a estos favores ofrecían frecuentes sacrificios y honores a Dios, fijaron su residencia en Jerusalén, haciendo uso de un régimen aristocrático con mezcla de oligarquía, pues

[7] Correspondiente al mes de marzo. Cf. *Ant. jud.* 4, 327; 11, 286; 12, 412.

[8] Correspondiente al mes de abril. Cf. *Ant. jud.* 1, 81; 2, 311; 3, 201 y 248.

fueron los sacerdotes los que presidieron la administración del Estado hasta que los descendientes de Asmoneo se convirtieron en reyes. En efecto, antes de la cautividad y la deportación fueron gobernados por reyes, empezando primeramente por Saúl y David, durante quinientos treinta y dos años, seis meses y diez días. Pero antes de los citados reyes habían sido dirigidos por jefes; los llamados jueces y monarcas, y pasaron con este tipo de régimen más de quinientos años, los siguientes a la muerte de Moisés y del caudillo Josué. Y la historia relativa a los judíos que lograron volver sanos y salvos de la cautividad en tiempos de Ciro y Darío se encuentra en el punto referido.

114. *Los judíos apelan a Darío contra los samaritanos.* 9. Y los samaritanos, que guardaban contra los judíos sentimientos de hostilidad y de envidia, les causaron infinidad de males, confiados en su riqueza y atribuyéndose parentesco con los persas, por su procedencia de aquel país. En efecto, el dinero que el rey les había ordenado entregar a los judíos a fin de comprar víctimas para los sacrificios a cuenta de los tributos que ellos debían pagar se negaban a aportarlo, actitud para la que contaban con la complicidad y colaboración de los gobernadores, y no renunciaban a perjudicar a los judíos en todo lo demás que pudieran bien por sí mismos o a través de otros. En estas condiciones los habitantes de Jerusalén decidieron mandar una embajada al rey Darío y acusar a los samaritanos. Los embajadores fueron Zorobabel y otros cuatro miembros del gobierno. Y cuando el rey hubo conocido por boca de los embajadores las imputaciones y acusaciones que presentaban contra los samaritanos, los despidió después de entregarles una carta para los gobernadores y el Consejo de Samaria. El escrito era del tenor siguiente: «El rey Darío saluda a los gobernadores de Samaria, Taganas y Sambalas, así como a Sadraces, Buedón y al resto de colegas suyos y esclavos míos residentes en Samaria. Zorobabel, Ananías y Mardocai, actuando en calidad de embajadores de los judíos, os han acusado a vosotros de estorbarles en la edificación del Templo y de no proporcionarles el importe de los gastos que yo os ordené les pagarais para la compra de víctimas con vistas a los sacrificios. Quiero, pues, que vosotros, tras leer esta carta, les proporcionéis del tesoro real integrado por los tributos de Samaria todo lo que ellos necesiten para los sacrificios y según requieran los sacerdotes, a fin de que no dejen ni un solo día de

hacer sacrificios ni de pedir a Dios por mí y por los persas». Este era el contenido de la carta.

120. *Jerjes y Esdras (1 Esdras,* 8,1). 5.1. Muerto Darío, su hijo Jerjes[9] que heredó el trono, heredó también la piedad y estima en que su padre tenía a Dios. En efecto, cumplió todo lo relativo al culto divino siguiendo los pasos paternos y tuvo el mayor aprecio a los judíos. En aquel momento era Sumo Sacerdote uno llamado Joaquín, hijo de Jesús. Pero en Babilonia resultó haber también un hombre justo y que gozaba de excelente reputación entre las gentes. Se llamaba Esdras y era el sacerdote principal del pueblo judío, el cual, al ser sumamente experto en el conocimiento de las leyes de Moisés, era amigo del rey Jerjes. Y, como hubiera decidido subir a Jerusalén y llevar consigo a algunos judíos de los que se encontraban en Babilonia, rogó al rey que le diera para los sátrapas de Siria una carta por la que ellos pudieran conocer quién era él. Y el rey le escribió para los sátrapas una carta del tenor siguiente: «Jerjes, rey de reyes, saluda a Esdras, sacerdote e intérprete de las leyes de Dios. Convencido de que un deber de mis sentimientos humanitarios es permitir que partan para Jerusalén las personas de raza judía que lo deseen, igual que los levitas residentes en nuestro reino, así lo ordeno, y en este sentido digo que quien así lo quiera se ponga en camino. Así lo hemos decidido no sólo yo, sino también mis siete consejeros, a fin de que los levitas citados velen por las costumbres judías siguiendo el dictado de la ley de Dios y lleven al Dios de los israelitas los dones que le prometimos tanto yo como mis amigos. Y tú, Esdras, junto con tus hermanos tendréis permiso para llevar a Jerusalén con vistas a emplearlo en los sacrificios a Dios toda la plata y todo el oro que se encuentre en territorio babilónico dedicado a Dios y para hacer todos los objetos que queráis fabricar de plata y oro. Y dedicarás al Templo los objetos sagrados que se te den y fabricarás todos los que se te ocurran, costeando los gastos que ellos originen de los fondos del tesoro real. Y escribo también a mis tesoreros de Siria y Fenicia que atiendan a los requerimientos de Esdras, sacerdote e intérprete de las leyes de Dios. Y para que la Divinidad no tome contra mí o mis descendientes cólera alguna, exijo que todas las cosas hasta inclu-

[9] Jerjes reinó entre los años 485-465 a. C.

so cien *coros* [10] de trigo sean ofrecidas a Dios de acuerdo con la ley. Y a vosotros, sátrapas de Siria, os digo también que a los sacerdotes, levitas, tañedores de instrumentos musicales sagrados, porteros, esclavos y escribas del Templo ni les impongáis carga alguna ni estén ellos sujetos a ninguna otra imposición ni gravamen. Y tú, Esdras, con la sabiduría de que Dios te ha dotado designa jueces que sean conocedores de tu ley, para que dicten justicia en toda Siria y Fenicia, y a los que la ignoraran les ofreceréis la posibilidad de aprenderla, para que si alguno de tus compatriotas transgrede la ley de Dios o del rey se atenga al correspondiente castigo sin que pueda alegar haber cometido esa transgresión por ignorancia, sino que, convicto de conocerla, es que se atreve a desobedecerla y despreciarla. Y serán castigados o bien a muerte o a una multa pecuniaria. Pásalo bien».

131. *Esdras informa a los judíos del decreto de Jerjes (1 Esdras,* 8, 25). 2. Cuando Esdras tuvo en sus manos esta carta se alegró sobremanera y procedió a adorar a Dios, conviniendo en que Él había sido el causante de la benevolencia mostrada por el rey hacia él, y por esta razón decía que le daba rendidas gracias. Y, tras haber leído en Babilonia la carta a los judíos allí presentes, se quedó con ella, pero una copia la envió a todos sus compatriotas residentes en Media. Y al conocer ellos el comportamiento del rey y su piedad hacia Dios y afecto a Esdras, se pusieron sumamente contentos, y muchos de ellos recogieron sus pertenencias y se fueron a Babilonia, añorando el regreso a Jerusalén. Pero el común de las gentes israelitas se quedó en el país. De ahí viene que haya dos tribus en Asia y en Europa súbditas de Roma, mientras que las otras diez tribus residen al otro lado del Eúfrates hasta el día de hoy, sumando ellas infinitos e innumerables miles de millares de gentes [11]. Pero vinieron a reunirse con Esdras un elevado número de sacerdotes, levitas, porteros, músicos y siervos del Templo. Y, tras haber reunido a los excautivos en el lado de acá del Eúfrates y pasado allí tres días, anunció un día de ayuno para rogar a Dios por su salvación y por que no sufrieran en el viaje nada anómalo

[10] El *coro* equivale a 370 litros.

[11] Sobre la historia posterior de los judíos de Babilonia, cf. *Ant. jud.* 18, 310 y ss.

ya a manos de los enemigos, ya por cualquier otro contratiempo que les sobreviniera. Y esto se explica porque Esdras, al haber dicho previamente al rey que Dios los llevaría sanos y salvos hasta el final del viaje, no se dignó solicitarle jinetes para que los escoltaran. Y, después de hacer esas súplicas a Dios y de partir de las orillas del Eúfrates el día duodécimo del mes primero del año séptimo del reinado de Jerjes se presentaron en Jerusalén en el mes quinto del mismo año. Y Esdras presentó inmediatamente a los tesoreros pertenecientes a la estirpe de los sacerdotes los bienes sagrados: seiscientos cincuenta talentos de plata, objetos de plata por valor de cien talentos, objetos de oro por valor de veinte talentos y objetos de bronce mejores que de oro por valor de doce talentos. En efecto, estos objetos habían sido donados por el rey y por sus consejeros y por la comunidad israelita que se quedaba en Babilonia. Y Esdras, después de entregarlos a los sacerdotes, volvió a ofrecer a Dios las víctimas de los holocaustos en las cifras que acostumbraban sumar: doce toros por la salvación del pueblo en general, noventa carneros, setenta y dos corderos y doce cabritos para el perdón de los pecados. Y entregó la carta del rey a los administradores regios y a los gobernadores de Cele-Siria y Fenicia. Y éstos, al no tener más remedio que cumplir las órdenes del rey, no sólo trataron con aprecio a la nación judía, sino que también cooperaron con ella en todo lo que necesitaba.

139. *Los matrimonios mixtos y Esdras (1 Esdras,* 8, 68). 3. Pues bien, todos los hechos anteriores los había planeado así el propio Esdras, y así le salieron al considerarlo Dios, según creo, merecedor de conseguir lo que había planeado por su bondad y justicia. Pero un tiempo después, como lo hubieran visitado algunos hombres y en son de recriminación dijeran que cierto número de gentes del pueblo de los sacerdotes y levitas había transgredido la Constitución y violado las leyes heredadas de sus padres al tomar por esposas a mujeres extranjeras y que con ello los sacerdotes y levitas habían contaminado la estirpe sacerdotal, y como a su vez le pidieran que protegiera las leyes no fuera que Dios, montando en cólera contra todos ellos en general, volviera a ponerlos en apuros, desgarró al punto, preso de tristeza, su vestimenta, se mesó la cabellera maltratando la barbilla, y se arrojó al suelo por haber contraído esa responsabilidad los principales del pueblo. Y, pensando que si les ordenaba repudiar a sus mujeres y a los hijos

tenidos con ellas no sería obedecido, continuaba tumbado en el suelo. En estas circunstancias corrieron hasta él todos los hombres de bien, también ellos llorando y compartiendo con él la tristeza por lo ocurrido. Entonces Esdras, levantándose del suelo y extendiendo sus manos hacia el cielo, decía que le daba vergüenza levantar la mirada hacia él por los pecados cometidos por el pueblo, que había alejado del pensamiento las desgracias acontecidas a nuestros padres por sus impiedades y rogaba a Dios, dado que había preservado una semilla y residuo judío después de las desgracias sufridas entonces por ellos y después del cautiverio y los había restablecido de nuevo en Jerusalén y en su propia tierra tras obligar a los reyes persas a compadecerse de ellos, que les perdonara también los pecados cometidos en aquel entonces por ellos, puesto que si los judíos habían hecho acciones merecedoras de la muerte, sin embargo convenía también a la bondad de Dios eximir a tan grandes pecadores del castigo.

145. *Edras persuade a los judíos de que se divorcien de sus esposas extranjeras (1 Esdras,* 8, 91). 4. Con esto dio fin él a sus oraciones. Y, mientras gemían todos cuantos, acompañados de sus mujeres y sus hijos, se habían reunido con él, uno, de nombre Aconio, el personaje más importante de los habitantes de Jerusalén, acercándose a él le dijo que habían pecado aquéllos que habían tomado por esposas a mujeres extranjeras y lo persuadió a que obligara a todos a jurar que repudiaban tanto a ellas como a los hijos tenidos con ellas y a que fueran castigados quienes no obedecieran a la ley. Esdras, persuadido por estos argumentos, hizo que los jefes de los sacerdotes, levitas e israelitas en general despidieran a sus mujeres y a los hijos, todo ello en conformidad con la propuesta de Aconio. Y, tan pronto como recibió de ellos el juramento, salió del Templo y entró en el aposento de Juan, hijo de Eliasib, y pasó allí todo aquel día sin probar bocado alguno por la tristeza que lo embargaba. Y, como se hubiera publicado un bando según el cual debían reunirse en Jerusalén todos los ex cautivos bajo apercibimiento de que si no se presentaban en un plazo de dos o tres días serían eliminados de la comunidad y su patrimonio confiscado para el Templo tras el correspondiente dictamen de los ancianos, se presentaron los mencionados de las tribus de Judá y Benjamín, dentro del plazo de los tres días, el veinte del noveno mes, llamado Casleo entre los hebreos y Apeleo entre los macedo-

nios. Y, como se hubieran asentado en la parte no cubierta del Templo, entre los que se encontraban presentes también los ancianos, y se sintieran a disgusto por el frío, Esdras, luego de levantarse, los censuraba, diciéndoles que habían transgredido la ley al casarse con mujeres que no eran de su mismo pueblo, y añadiendo que, no obstante ello, en el momento presente ellos realizarían una acción grata a Dios y conveniente para ellos mismos si despedían a las mujeres. Y todos ellos gritaron que así lo harían, pero argumentaron que la cantidad de las personas sujetas a este dictamen era enorme, y la época del año el invierno, y que la tarea en cuestión no era cosa de un día o dos. Y concluyeron con estas precisas palabras: «En fin, que los jefes y con ellos los casados con extranjeras se presenten aquí tomándose un tiempo y trayendo consigo a ancianos oriundos de la localidad que quieran, encargados de colaborar en la identificación del número de judíos casados en estas condiciones». Y, tras aprobar ellos este parecer, como empezaran el día uno del mes décimo a examinar cuántos estaban casados con extranjeras y prolongaran la investigación hasta el día uno del mes siguiente, descubrieron que había muchos entre los descendientes del Sumo Sacerdote Jesús, de los sacerdotes, de los levitas y de los israelitas en general, quienes, dándole más importancia a la observancia de las leyes que al amor que profesaban a estos seres queridos, repudiaron inmediatamente tanto a sus mujeres como a los hijos tenidos con ellas, al tiempo que en su interés de hacerse propicios a Dios le ofrecieron víctimas, sacrificándole carneros. Debemos dejar constancia de que a nosotros no nos pareció necesario citar sus nombres. Pues bien, Esdras, al corregir de esta manera el pecado cometido por los antes citados en el asunto de su casamiento, purificó la norma correspondiente a esta cuestión, con el resultado de que ella permanece inviolable desde entonces.

154. *Esdras lee la Ley en la fiesta de los Tabernáculos (1 Esdras,* 9, 38, y *Nehemías,* 8, 1). 5. Y con motivo de celebrar al séptimo mes la fiesta de los Tabernáculos y de acudir a ella prácticamente la totalidad del pueblo, luego de subir la gente a la zona permitida del Templo, situada junto a la puerta que mira al Poniente, pidieron a Esdras que les leyera las leyes de Moisés. Entonces él, puesto en pie en medio de la multitud, se las leyó, cosa que hizo desde el amanecer hasta el mediodía. Y ellos, al oír la lectura de las leyes, aprendían a ser justos para el presente y para el futuro,

mientras se sentían molestos con el pasado y llegaron hasta a llorar al darle vueltas en la cabeza a la idea de que no habrían sufrido ninguna de las calamidades experimentadas si hubieran observado el cumplimiento de las leyes. Y Esdras, al verlos en ese estado de ánimo, les mandó que volvieran en sí y no lloraran, puesto que, según él les decía, era fiesta y en ella no se debía llorar, por estar prohibido, y por ello los incitó a lanzarse más bien a la diversión y a hacer lo propio de un día festivo y que les resultara grato, ya que su arrepentimiento y tristeza por los pecados cometidos anteriormente les proporcionaría la seguridad y garantía de que no les pasaría nada similar. Ellos, con esta exhortación de Esdras, empezaron la fiesta, que prolongaron durante ocho días en las tiendas, tras lo cual regresaron a sus casas entre himnos de alabanza a Dios, agradeciendo a Esdras haber corregido los desafueros que habían violado la Constitución. Quien, después de haberse ganado la aprobación del pueblo, tuvo la suerte de acabar sus días ya anciano y de ser enterrado entre el reconocimiento general en Jerusalén. Y, como hubiera muerto al mismo tiempo también el Sumo Sacerdote Joaquín, heredó el cargo de Sumo Sacerdote su hijo Eliasib.

159. *Nehemías recibe en Susa noticias de Jerusalén (Neh.* 1, 1). 6. Uno de los cautivos judíos, copero del rey Jerjes y de nombre Nehemías, al oír mientras paseaba en las afueras de Susa, capital persa, a unos forasteros según entraban en la ciudad tras un largo viaje que sostenían entre sí una conversación en hebreo, se acercó a ellos y les preguntó de dónde venían. Y al responderle que llegaban de Judea, volvió a preguntarles de nuevo cómo se encontraba la gente allí y singularmente la capital, Jerusalén. Y como le hubieran contestado que se encontraba mal, dado que, según le dijeron, habían sido arrasadas las murallas y las naciones del contorno causaban infinidad de perjuicios a los judíos, puesto que por el día realizaban incursiones y saqueos y por la noche efectuaban perversas fechorías, a consecuencia de lo cual muchas gentes del campo y de la propia Jerusalén eran deportadas cautivas y los caminos se encontraban diariamente repletos de cadáveres, Nehemías prorrumpió en lágrimas, compadeciendo a sus compatriotas por las calamidades que pesaban sobre ellos, y, habiendo levantado su mirada al cielo, dijo: «*¿Hasta cuándo, Señor,* consentirás que nuestro pueblo sufra estas calamidades, convertido así en

expolio y botín de todo el mundo?». Y como él continuara allí junto a la puerta de la ciudad, lamentándose de esta penosa situación, uno que se le acercó le anunció que el rey se disponía ya a acostarse. Entonces Nehemías, según estaba y sin bañarse, corrió inmediatamente a cumplir con su obligación de servirle la bebida al rey. Y, como después de la cena el rey se extrovertiera y, poniéndose más alegre de lo que en él era habitual, mirara a Nehemías y lo viera triste, le preguntó por qué estaba cabizbajo. Y Nehemías, pidiéndole a Dios que otorgara a sus palabras cierto encanto y persuasión, le dijo: «¿Cómo puedo, oh rey, no parecerte así y no tener dolida el alma cuando en relación con Jerusalén, *mi* lugar de nacimiento, en la que se encuentran las sepulturas y monumentos funerarios de mis antepasados, oigo que han sido derribadas y arrasadas las murallas y sus puertas incendiadas? En fin, concédeme la gracia de que vaya allá a reconstruir la muralla y a edificar también lo que falta del Templo». Y el rey aceptó no sólo concederle este don, sino también que llevara cartas para los sátrapas, con el encargo de que le dispensaran toda suerte de honores y le procuraran todos los recursos necesarios para los objetivos que quisiera. Y terminó diciéndole estas exactas palabras: «Deja ya de estar triste y sírvenos contento durante el resto de la noche». Nehemías, pues, tras rendir culto a Dios y agradecer muy sentidamente al rey su promesa, borró el abatimiento y desolación reflejados en su rostro con la alegría de la promesa recibida. Y el rey, tras llamar a Nehemías al día siguiente, le dio una carta para que se la llevara a Adai, el gobernador de Siria, Fenicia y Samaria, en la que le hablaba de los honores que debía conceder a Nehemías y de los recursos que debía proporcionarle para la edificación del Templo.

168. *Nehemías en Jerusalén (Neh.* 2, 11). 7. En estas circunstancias Nehemías, después de plantarse en Babilonia y tomar consigo a muchos compatriotas que le acompañaron voluntariamente, llegó a Jerusalén cuando Jerjes llevaba ya sentado en el trono veinticinco años [12], y, tras mostrar las cartas a Dios, se las entregó a Adai y a los otros gobernadores, y, después de convocar a todo el pueblo judío en Jerusalén, puesto en pie en medio del Templo, le dirigió estas palabras: «Varones judíos, sabéis que Dios continúa

[12] Lo que no encaja con la realidad de los hechos, ya que Jerjes reinó sólo *veinte* años (485-465 a. C.).

vinculado al recuerdo de nuestros padres Abram, Isac y Jacob y que por la conducta justa de aquellos hombres no deja de velar por nosotros. Y, claro, Él me ayudó a obtener del rey permiso para restablecer vuestra muralla y ultimar lo que falta del Templo. Por ello quiero que vosotros, quienes conocéis claramente la animadversión que hacia vosotros sienten las naciones vecinas y, concretamente, que si se enteran de que nosotros ponemos todo nuestro empeño en estas reconstrucciones intentarán obstaculizarlas y urdirán toda suerte de impedimentos contra ellas, confiéis principalmente en Dios, convencidos de que con su ayuda resistiremos a sus hostilidades, y no nos relajemos en la construcción ni de día ni de noche, sino que lo que debemos hacer es consolidar la obra empleándonos a fondo, seguros de que éste es el momento idóneo para llevarla a cabo». Tras haber pronunciado estas palabras acto seguido mandó a los jefes que midieran las dimensiones de la muralla y distribuyeran su construcción entre el pueblo, por aldeas y ciudades, según las posibilidades de cada cual, y, después de prometerles que también él con sus criados colaborarían en la construcción, disolvió la asamblea. Y los judíos pusieron manos a la obra. Pues desde el día que regresaron a Jerusalén procedentes de Babilonia fueron designados con este nombre de *judíos,* derivado de la tribu de Judá. Al ser esta tribu la primera que llegó a aquellos lugares, tanto los propios ciudadanos como el país adoptaron el apelativo correspondiente a ella.

174. *Nehemías fortifica Jerusalén (Neh.* 4, 7). 8. Los amonitas, moabitas, samaritanos y todos los residentes en Cele-Siria, al llegar a sus oídos la noticia de que la reconstrucción de las murallas se realizaba a toda prisa, lo llevaron muy mal y por ello continuamente urdían maquinaciones contra ellos, tratando de impedir que llevaran a cabo su plan, y, así, no sólo mataron a numerosos judíos, sino que también pretendían asesinar a Nehemías, contratando a sueldo a algunos extranjeros para que acabaran con él. Y hacían que entre los judíos corrieran los rumores de que numerosas naciones estaban a punto de emprender una expedición militar contra ellos. Entonces los judíos, estremecidos por estos rumores, por poco se abstienen de continuar la edificación. Pero a Nehemías nada de esto lo hizo desistir de su celo por la obra, sino que, rodeándose de una compañía de hombres para la protección de su persona, la continuó incansable, insensible al esfuerzo a causa de su

pasión por la obra. Y prestaba esta atención y protección a su seguridad personal no porque temiera la muerte, sino porque estaba convencido de que, una vez muerto él, sus conciudadanos no serían capaces de reconstruir las murallas. Y a renglón seguido mandó a los operarios que trabajaran provistos de armas, y, así, el albañil llevaba consigo la espada, y lo mismo el que transportaba la madera, y ordenó también que hubiera escudos depositados en el suelo muy cerca de los trabajadores, y dispuso trompeteros a quinientos pies de distancia, ordenándoles que si aparecían los enemigos lo hicieran saber al pueblo, para que lucharan armados y no cayeran sobre ellos los enemigos cuando estuvieran desarmados. Y él personalmente de noche recorría los alrededores de la ciudad, sin cansarse lo más mínimo ni con los trabajos ni con la falta de comida y de sueño, ya que no tomaba ninguna de estas dos cosas por placer sino por necesidad. Y soportó este esfuerzo durante dos años y cuatro meses, pues en ese período de tiempo fue reconstruida la muralla de Jerusalén, concretamente entre el año decimoctavo y el mes noveno del año vigésimo del reinado de Jerjes [13]. Y, cuando las murallas alcanzaron su final, Nehemías y la multitud ofrecieron un sacrificio a Dios en acción de gracias por su reconstrucción y pasaron ocho días de fiesta. En estas circunstancias, las naciones que habitaban en Siria, al oír que la reconstrucción de las murallas había tocado a su fin, se encontraban sumamente apesadumbradas. Por su parte, Nehemías, al observar que la ciudad de Jerusalén tenía escasa población, invitó a los sacerdotes y levitas a que, abandonando el campo, se trasladaran a Jerusalén y se quedaran a vivir en ella, para lo que les preparó las viviendas a costa suya. Y a las gentes que cultivaban los campos les mandó que aportaran a Jerusalén en concepto de tributo el diezmo de sus frutos, para que los sacerdotes y levitas, al tener continuamente con que alimentarse, no abandonaran el culto. Y ellos obedecieron gustosos lo que Nehemías había dispuesto, y de esta manera ocurrió que la ciudad de Jerusalén adquirió mucha mayor población. Y Nehemías, que honró a esta ciudad con otras muchas obras hermosas y merecedoras de alabanza, murió al alcanzar la ancianidad. Fue un hombre bueno por naturaleza, justo y sumamente encariñado con sus compatriotas, dejando en recuerdo suyo

[13] Pero cf. cap. 168, donde Josefo indica que la obra fue iniciada el año veintinco del reinado de Artajerjes.

un monumento eterno, las murallas de Jerusalén. Pues bien, estos hechos ocurrieron en tiempos del rey Jerjes.

184. *Artajerjes agasaja a sus nobles (Ester,* 1, 1 y ss.). 6.1. Al morir Jerjes ocurrió que el reino pasó a su hijo Auser, conocido por los griegos por el nombre de Artajerjes. Cuando éste dirigía el gobierno de los persas corrió peligro de perecer la nación entera de los judíos, incluídos mujeres y niños. La causa de ello la aclararemos dentro de un momento [14], puesto que procede exponer previamente la historia del rey y decir que tomó por esposa a una judía de estirpe real, la que, según dicen, consiguió salvar a nuestro pueblo. En efecto, al hacerse cargo del reino Artajerjes [15] y establecer gobernadores de las ciento veintisiete satrapías que se extendían desde la India hasta Etiopía, en el año tercero de su reinado agasajó a sus amigos y también a los pueblos de Persia y a sus gobernadores suntuosamente, como era de esperar de un rey que se disponía a hacer ostentación de su riqueza, en unas fiestas que duraron ciento ochenta días. Luego obsequió en Susa durante siete días a las naciones y a sus respectivos embajadores. El banquete que celebró en honor de estos personajes siguió el siguiente ritual: tras levantar un pabellón con columnas de oro y plata, cubrió el suelo con telas de lino y de púrpura, de manera que pudieran tumbarse sobre ellas infinidad de miles de millares de personas. Y se les servía en copas de oro y utensilios de piedras preciosas, hechos para el placer de la vista. Y ordenó también a los servidores que no obligaran a beber a los invitados, ofreciéndoles continuamente bebida, como es costumbre entre los propios persas, sino que les dejaran que cada uno de los asistentes se contentara con la bebida que quisiera tomar. Y, enviando mensajeros por todo su territorio, anunció a las gentes que descansaran dejando las labores y que festejaran su reinado durante muchos días. Y asimismo la reina Aste invitó a las mujeres a un banquete en palacio. Y el rey, deseoso de mostrarla a sus invitados, dado que superaba a todas las demás en hermosura, por medio de un mensajero le mandó que acudiera a su banquete. Pero ella, empeñada en observar las leyes vigentes entre los persas que prohiben que las esposas sean contempladas por extraños, no acudió adonde se encontraba el rey, y,

[14] En cap. 209 y ss.

[15] Artajerjes I reinó entre los años 464-424 a. C.

aunque éste envió a por ella repetidas veces a sus eunucos, no por ello insistió menos en su obstinación de excusar su presencia allí, de suerte que el rey, montando en cólera, puso fin al banquete, y, levantándose de la mesa y convocando a los siete persas encargados entre ellos de la interpretación de las leyes, acusó a su mujer y les decía que había sido vejado por ella, ya que, pese a haber sido llamada infinidad de veces por él al banquete, no le había obedecido ni en una sola ocasión. Les mandó, en consecuencia, que le indicaran qué determinación tomaría contra ella. Y, como uno de ellos, de nombre Mucai, hubiera afirmado que ese ultraje no había sido cometido sólo contra él, sino también contra todos los persas, quienes de ahora en adelante correrían peligro de ser despreciados por sus esposas y pasar con ello una vida sumamente ignominiosa (dijo textualmente: «Pues ninguna tratará ya con respeto al hombre que esté casado con ella, al tener como ejemplo en que apoyarse el desprecio que la reina mostró hacia ti, pese a que mandas en todos») y como lo animara a que impusiera un castigo duro a la mujer que tan gravemente lo había ofendido y a que, tras imponérselo, diera cuenta a las diversas tribus de la resolución adoptada acerca de la reina, decidió repudiar a Aste y conceder el rango hasta entonces ocupado por ella a otra mujer.

195. *Artajerjes decide elegir una nueva esposa (Ester,* 2, 1 y ss.). 2. Pero como estaba locamente enamorado de ella y no soportaba la separación de su cónyuge, al tiempo que no podía a causa de la determinación tomada reconciliarse con ella, no cesaba de sufrir por la idea de resultarle imposible de alcanzar lo que quería. Y los amigos, al ver que se encontraba tan disgustado, le aconsejaban, por un lado, que apartara de sí el recuerdo de aquella mujer y el amor que sentía por ella, que en nada le favorecía, y, por otro, que mandara por todo el mundo emisarios para que le buscaran doncellas de excelente porte, a fin de tomar por esposa a la que fuera considerada la más excelente de todas, diciéndole que la pasión amorosa que sentía por la primera se apagaba con la introducción en palacio de una segunda, y que el afecto que lo atraía hacia aquélla se volvía poco a poco hacia la nueva cónyuge. Entonces, persuadido por este consejo, ordenó a algunos de sus hombres que, tras elegir de las doncellas residentes en su reino las más reputadas por su belleza, las llevaran a su presencia. Y entre las muchas que fueron remitidas se encontraba una muchacha,

huérfana de padres, que se criaba en Babilonia con su tío Mardocai (pues éste era su nombre), quien pertenecía a la tribu de Benjamín y a la clase social más alta de los judíos [16]. Y ocurrió que Ester (pues así es como ella se llamaba) superaba a todas en belleza y el encanto de su rostro era el que más atraía las miradas de los espectadores. Esta, entregada a uno de los eunucos para que cuidara de ella, recibió toda suerte de cuidados, perfumada con gran cantidad de aromas y muy caros ungüentos que requieren los cuerpos, de los que disfrutaban durante seis meses también las otras doncellas, que ascendían a la cifra de cuatrocientas. Y, cuando el eunuco consideró que las doncellas habían recibido suficientes cuidados con el período de tiempo antes indicado y que ellas estaban capacitadas ya para ir a acostarse con el rey, diariamente le enviaba una para que se ayuntara con él. Pero el rey, nada más terminar de tener relaciones íntimas con ellas, las devolvía al eunuco. Sin embargo, cuando llegó Ester junto a él, se encontró contento con ella y, rendido de amor por la muchacha, se dispuso a hacerla su esposa legítima y, así, contrajo matrimonio con ella en el mes duodécimo del año séptimo de su reinado. El nombre del mes en cuestión era Adar. Y envió por todo el país a los llamados correos para que llegaran a todas las tribus y les anunciaran que festejaran su boda, al tiempo que él agasajó a los persas y a las gentes principales de las diversas tribus durante un mes entero a causa de su boda. Por otro lado, el rey, al entrar Ester en palacio, la coronó ciñéndole la corona real, y con este ritual se convirtió ella en su cónyuge, sin aclararle la nación de la que era oriunda. Y también su tío se trasladó de Babilonia a Susa, ciudad de Persia, donde se quedó a vivir, pasando el tiempo todos los días junto a palacio y preguntando por la muchacha, singularmente cómo le iba, ya que la quería como si fuera su propia hija.

205. *Una ley prohibe que nadie se acerque al trono.* 3. Pero el rey estableció también la norma de que ninguno de sus súbditos se acercara a él sin ser llamado, en el momento en que estaba sentado en el trono. Y rodeaban su trono unos hombres provistos de hachas para atajar a los que trataran de acercarse al trono sin ser llamados. Sin embargo, el propio rey estaba sentado provisto de una vara de oro, que cuando quería ofrecer un salvoconducto a alguno de los

[16] Cf. cap. 185.

que se acercaban sin ser llamados la extendía hasta alcanzarlo. Y éste, si la tocaba, quedaba fuera de todo peligro. Y acerca de esto hemos indicado lo suficiente.

205. *Mardocai descubre una conspiración contra el rey (Ester,* 2, 21). 3. Y, como un tiempo después conspiraran contra el rey Bagátoo y Teodestes, Barnabaz, criado de uno de estos dos eunucos y de estirpe judía, conocedor de la conspiración, se la denunció a Mardocai, el tío de la esposa del rey, quien a través de Ester reveló al rey la identidad de los conspiradores. Y el rey, estremecido, descubrió la verdad, con lo que crucificó a los eunucos, mientras que a Mardocai de momento no le premió con nada el hecho de haber sido el autor de su salvación personal, sino que lo único que al respecto hizo fue ordenar a los encargados de redactar los archivos que anotaran en ellos su nombre y que él se quedara a vivir en palacio, convertido en el amigo más íntimo del rey.

209. *Amán aborrece a Mardocai y a los judíos (Ester,* 3, 1). 5. Tanto los extranjeros como los persas se postraban ante Amán, hijo de Amadat y de estirpe amalecita, cuando entraba a visitar al rey, honor que Artajerjes había mandado que le rindieran los hombres citados. Y como Mardocai, en atención a su sabiduría y a la norma de su casa, no se postrara ante aquel individuo y lo hubiera observado Amán, éste le preguntó de dónde era. Y, al saber que era judío, lo tomó muy a mal y se dijo para sus adentros que los persas, que eran libres, se postraban ante él, mientras que aquél, que era esclavo, no se dignaba hacerlo. Y, deseoso de tomar represalias contra Mardocai, consideró poca cosa pedir al rey un castigo para él, sino que decidió hacer desaparecer de la faz de la tierra a toda su raza. Y es que ya de por sí detestaba a los judíos porque el pueblo de los amalecitas, al que él pertenecía, había sido aniquilado por ellos. Acercándose, pues, al rey los acusaba, diciendo que había un pueblo perverso, el cual estaba disperso por todas las naciones de su reino, insociable y cerrado y que no profesaba igual culto que los demás ni se regía por las mismas leyes, para terminar con estas palabras textuales: «Es, además, una raza hostil, tanto por sus costumbres como por su conducta, a tu pueblo y a todos los hombres. Deberás ordenar, si quieres hacer un favor a tus súbditos, que esta raza perezca de raíz y que no quede rastro alguno de ella, sin ser preservado ninguno de sus miembros ni para la

esclavitud ni para la cautividad». Ahora bien, para que el rey no se viera perjudicado en los tributos aportados por ellos, prometió él entregarle de su propio peculio cuarenta mil talentos de plata, donde y cuando ordenase. Y le decía que daría con gusto este dinero para que el reino se apaciguara, al librarse de aquella peste.

215. *Amán publica el decreto del rey contra los judíos (Ester,* 3, 11). 6. Cuando Amán le formuló esta petición, el rey le hizo gracia del dinero que le ofrecía y puso en sus manos a aquellos hombres con permiso para hacer de ellos lo que quisiera. Y Amán, al conseguir su objetivo tan ansiado, dictó inmediatamente una disposición en nombre del rey destinada a todas las razas y que contenía el siguiente texto: «El gran rey Artajerjes a los jefes de las ciento veintisiete satrapías que se extienden desde la India hasta Etiopía escribe lo siguiente. Gobierno múltiples naciones y mando sobre todas las tierras habitadas que he querido sin verme obligado a cometer ningún desaguisado ni torpeza contra mis súbditos por el poder de que disfruto, sino que, por el contrario, me comporto de manera condescendiente y suave y procuro la paz y el buen gobierno para ellas, todo lo cual me ha llevado a buscar la forma de conseguir que estas gentes gocen de estos bienes para siempre. Por ello, dado que la persona que por su sentido de la prudencia y justa conducta goza ante mí del rango primero en lo que a reputación y honor se refiere y ocupa el segundo puesto después de mí por su fidelidad y afecto inconmovible, que no es otro sino Amán, me ha indicado solícitamente que hay una raza malintencionada que no se relaciona en absoluto con los demás pueblos, que se rige por leyes distintas, que se comporta insubordinadamente con los reyes, que sigue costumbres distintas, que aborrece la monarquía y siente animadversión hacia nuestra Administración, ordeno, por un lado, que aniquiléis a todos los indicados por mi segundo padre, Amán, incluidos mujeres y niños, tratándolos con ninguna consideración, y, por otro, que no desobedezcáis esta orden dada por escrito ni hagáis más caso a vuestros sentimientos de compasión que a mis mandatos. Y quiero que esto se lleve a cabo el día catorce del mes duodécimo del presente año, a fin de que los enemigos que tenemos en todas partes del país sean aniquilados en un solo día y con ello nos permitan de allí en adelante vivir en paz ». Llevada esta orden a las ciudades y a los campos, todos estaban prestos al aniquilamiento de los judíos en el día

señalado. Y este mismo interés se ponía en ello también en Susa. Mientras tanto el rey y Amán se entretenían en banquetes y bebidas, pero la ciudad se encontraba turbada.

221. *Inquietud de Mardocai (Ester,* 3, 14 y ss.). 7. Por su parte, Mardocai, al saber lo que pasaba, tras rasgarse las vestiduras, ponerse un saco por indumentaria y derramar polvo por todo su cuerpo, iba por la ciudad gritando que iba a ser destruido su pueblo sin haber cometido iniquidad alguna, y diciendo esto llegó hasta el palacio, al lado del cual se quedó parado, puesto que no le estaba permitido entrar vestido con tales prendas. Y lo mismo hicieron también todos los otros judíos residentes en las ciudades en que había sido publicado el edicto concerniente a este asunto, gimiendo y quejándose de los castigos que habían sido dictados contra ellos. Y, cuando unos buenos hombres anunciaron a la reina que Mardocai estaba parado delante de la corte vestido con unas prendas tan lúgubres, se inquietó al oírlo y envió unos criados para que lo mudaran de vestimenta. Pero como no pudiera ser persuadido a que se desprendiera del saco (puesto que, según decía Mardocai, no había cesado el mal por el que se había visto obligado a ponérselo), la reina, luego de llamar junto a sí al eunuco Acráteo (pues era éste quien acertaba a asistirla) lo envió junto a Mardocai para que se enterara de cuál era la grave desgracia que le había sucedido y que hacía que llorara y que, revestido con esa prenda, no se desprendiera de ella ni aunque la propia reina se lo había pedido. Entonces Mardocai mostró al eunuco la causa de todo ello, tanto el decreto contra los judíos enviado por el rey a todas las regiones como la promesa de dinero[17] con que Amán compraba al rey el aniquilamiento de su raza. Y, tras entregarle también la copia del decreto publicado en Susa para que se lo llevara a Ester, le encargó que suplicara al rey por ellos y que con vistas a conseguir la salvación de su raza no desdeñara ponerse una prenda mezquina, con que interceder por los judíos cuando corrían peligro de perecer, puesto que, según él le decía, quien ocupaba el segundo rango después del rey, a saber, Amán, en sus acusaciones contra los judíos había exacerbado contra ellos los sentimientos del rey. Pero Ester, al enterarse de esto, envió de nuevo al eunuco junto a

[17] Cf. cap. 214.

Mardocai para indicarle dos cosas, una, que no había sido llamada por el rey y, otra, que quien se acercara a él sin ser llamado era condenado a muerte, salvo al que el rey quisiera salvar, a quien le ofrecía su vara de oro. Y es que aquél a quien el rey le hace eso cuando entra adonde él se encuentra sin ser llamado, ése no sólo no muere, sino que se salva tras obtener su perdón. Pero Mardocai, al eunuco que le trajo este comunicado de Ester, le mandó que le indicara de su parte que no mirara tanto por su salvación particular, sino por la general de su raza, puesto que, según él le decía, si ella se desentendía en aquel momento de lo que él le indicaba, él recibiría necesariamente la ayuda de Dios, mientras que ella y la casa de sus padres serían aniquiladas a causa de su desinterés por el pueblo judío. Entonces Ester encargó a Mardocai, enviándole al mismo siervo, que fuera a Susa, donde debía reunir en asamblea a los judíos del lugar y ayunar todos, absteniéndose de cualquier trabajo durante tres días para rogar por ella, a la vez que le prometía hacer ella lo mismo con sus criadas para luego acercarse al rey contraviniendo la ley al respecto aunque debiera arrostrar la muerte por ello.

229. *Mardocai y los judíos suplican a Dios, y Ester se prepara para acercarse al rey (Ester,* 13, 8 y ss.). 8. Mardocai, siguiendo las instrucciones de Ester, no sólo hizo al pueblo judío ayunar, sino que también él personalmente suplicó a Dios que tampoco en el momento presente consintiera el aniquilamiento de su raza, sino que como ya antes la había protegido infinidad de veces y le había perdonado sus pecados la salvara también entonces de la ruina que la amenazaba, puesto que los judíos no habían cometido un pecado tan grave como para correr peligro de morir ignominiosamente, sino que, según Mardocai le decía, Él mismo conocía la causa del enfado de Amán, a la que se refirió con estas palabras textuales: «Irritado porque no me postré ante él ni le rendí los mismos honores que a ti, oh Señor, urdió esta maquinación contra quienes no transgreden las leyes». Y las mismas palabras pronunciaban también las gentes de la multitud, rogando a Dios que velara por su salvación y librara de la inminente catástrofe a los israelitas residentes en cualquier lugar del país, puesto que la tenían ya a la vista y la esperaban de un momento a otro. Y también Ester suplicaba a Dios según las normas de sus antepasados, arrojándose al suelo y recubierta de una vestimenta lúgubre, y, renunciando a la comida,

a la bebida y a las golosinas, durante tres días pidió a Dios, por un lado, que se compadeciera de ella, y, por otro, que cuando se presentara a los ojos del rey le pareciera convincente en los argumentos con que le rogara y más bella de aspecto de lo que lo había sido antes, a fin de utilizar ambos dones, el uno para vencer la cólera del rey, si se irritaba algo contra ella, y el otro para abogar por sus compatriotas, que zozobraban al borde del desastre, y también le pidió a Dios que el rey concibiera aborrecimiento contra los enemigos de los judíos, quienes causarían su destrucción de forma inminente si eran abandonados por Él.

234. *Ester se viste de gala para el rey (Ester,* 15, 4). 9. Tras dirigir estas súplicas a Dios durante tres días, se desprendió de aquella vestimenta y mudó de traje, y, después de ataviarse como convenía a la reina y dejarse acompañar de dos criadas, una de las cuales la llevaba en volandas apoyada en ella, mientras la otra, que la seguía, levantaba con la punta de los dedos la cola del vestido, que caía incluso hasta el suelo, se dirigió adonde se encontraba el rey, con el rostro desbordado de rubor y dotada de una hermosura seductora y admirable. Y entró donde él estaba muerta de miedo. Y cuando llegó a presencia de él, que se encontraba sentado en el trono revestido del atuendo real (compuesto por un vestido variopinto y por piezas de oro y piedras preciosas), por lo que ella lo vio todavía más temible, aparte de que también él le dirigió una mirada harto severa y con el rostro ardiendo en cólera, el anonadamiento se apoderó inmediatamente de ella del miedo que la embargaba y cayó sin sentido sobre las personas que estaban a su lado. Entonces el rey cambió de sentimientos a instancias, según creo, de Dios, y, temiendo por su mujer, no fuera que le hubiera pasado algo demasiado grave, presa del temor, saltó del trono y, cogiéndola en su regazo, intentaba hacerla volver en sí, acariciándola y hablándole dulcemente y animándola a estar tranquila y a no sospechar de él nada desagradable porque hubiera llegado hasta allí sin ser llamada, puesto que, según él le decía, esa ley había sido establecida para los súbditos, mientras que ella, quien reinaba igual que él, tenía toda la seguridad y garantía posibles. Y, al tiempo que le decía esto, ponía en la mano de su esposa el cetro y extendía la vara hasta alcanzar el cuello de ella, por cumplir con la ley, eximiéndola con ello de toda reserva. Y ella, reanimada con esto, dijo: «Soberano, no me es fácil poder decirte lo que de pronto

me ha sucedido, ya que al verte majestuoso, hermoso y temible, se me contuvo inmediatamente la respiración y me quedé sin aliento». Y como ella consiguiera decir incluso estas pocas palabras muy a duras penas y con fatiga, se apoderó de él el nerviosismo y la inquietud, con lo que animaba a Ester a cobrar ánimos y a esperar lo mejor, segura de que él le cedería incluso la mitad del reino si lo quería. Entonces Ester le pidió que fuera a sus dependencias, acompañado de su amigo Amán, porque quería agasajarlos, ya que, según ella le decía, les había preparado un banquete. Y, como aceptara la invitación y se presentaran, entremedias de la bebida mandó a Ester que le indicara qué era lo que quería, ya que, según él le confesó, no habría nada que ella no consiguiera, ni aunque quisiera recibir una parte del reino. Pero ella retrasó darle cuenta de lo que quería para el día siguiente, siempre y cuando fuera de nuevo acompañado de Amán a sus dependencias, donde ella los agasajaría.

244. *Amán planea crucificar a Mardocai (Ester,* 5, 9 y ss.). 10. Y, como se hubiera comprometido a ello, Amán salió loco de contento por haber sido invitado él solo a comer con el rey en las dependencias de Ester y en especial porque ningún otro había sido tratado con tanto honor por los reyes. Pero al ver en la corte a Mardocai lo tomó muy a mal, porque no conseguía ni por lo más remoto que él lo mirara con respeto. Y, tras volver a casa, llamó a su mujer Zarasa y a los amigos. Y, una vez presentes ellos, les refirió el honor del que había disfrutado no sólo de parte del rey, sino también de la reina, diciéndoles que no sólo había comido, en el día en que se encontraban, en las dependencias de la reina él solo con el rey, sino que además había sido invitado de nuevo para el día siguiente. Y al mismo tiempo les dijo que no le agradaba ver al judío Mardocai en la corte. Y, como su mujer Zarasa le hubiera aconsejado que mandara que le cortaran un tronco de sesenta codos de alto y que por la mañana, tras solicitar el correspondiente permiso, crucificara a Mardocai, aprobó su punto de vista y ordenó a sus criados que le prepararan un tronco y lo fijaran en la corte para tomar represalias contra Mardocai. Y, en efecto, el tronco en cuestión quedó dispuesto. Pero Dios se reía de las perversas expectativas de Amán y, conocedor de lo que iba a acontecer, se deleitaba con ese futuro, ya que durante aquella noche quitó el sueño al rey. Y éste, como no quería pasar inactivo la velada, sino emplear-

la pensando en algún asunto importante de su reino, ordenó al escriba que trajera las notas concernientes a las gestas de los reyes anteriores a él y a las suyas propias y que se las leyera. Y, al traerlas y leerlas, encontró en ellas a un hombre que por su excepcional comportamiento en cierto asunto había recibido en premio el gobierno de un departamento, cuyo nombre constaba en el escrito. Y después de aludir a otro que por su lealtad obtuvo presentes llegó también a Bagátoo y Teodestes, los eunucos que habían conspirado contra el rey, cuyo delator había sido Mardocai. Y como el escriba hubiera señalado únicamente este dato y se dispusiera a pasar a otro asunto, el rey le mandó esperar, preguntándole si no constaba por escrito que se le hubiera dado un premio. Y como él le asegurara que no constaba nada, luego de mandarle que se quedara quieto preguntó a las personas a quienes les estaba encomendada esta función qué hora de la noche era. Y, al saber que era ya el amanecer, ordenó que le indicaran la identidad de aquél de sus amigos que encontraran que se hallaba ya delante de la corte. Y acertó que fue encontrado Amán, porque había ido antes de la hora habitual para pedirle la muerte de Mardocai. Así, pues, como los criados le hubieran dicho que era Amán quien se encontraba delante de la corte, ordenó que lo mandaran entrar. Y, una vez que hubo entrado, le dijo: «Sabedor como soy de que tú eres el único amigo adicto a mi persona, te ruego que me aconsejes cómo podría honrar de manera adecuada a mi magnanimidad a uno que es amado sumamente por mí». Y Amán, pensando que el parecer que diera lo daría acerca de sí (pues creía que era la única persona querida por el rey), le manifestó la que consideraba más beneficiosa. En efecto, le dijo: «En el caso de que quieras cubrir de gloria a quienes dices amar, haz que vaya a caballo con la misma vestimenta que tú y asimismo con un collar de oro, mientras uno de tus amigos le precede, proclamando por la ciudad entera que ése es el honor que obtiene la persona honrada por el rey». Y, claro está, Amán le aconsejó este proceder en la creencia de que le correspondería a él ese privilegio. Pero el rey, contento con esta sugerencia, le dijo: «Sal de palacio (pues dispones no sólo del caballo, sino también de la vestimenta y del collar) y busca al judío Mardocai, y, tras entregarle los objetos citados, proclama sus virtudes tirando de las riendas del caballo». Y terminó con estas palabras: «Puesto que tú eres amigo íntimo mío, tienes que ser ejecutor del hecho que lealmente me aconsejaste. Estos son los hono-

res que él recibirá de nosotros por haberme salvado la vida». Cuando de una manera totalmente inesperada oyó esto, a Amán se le encogieron los ánimos y, sacudido por un sentimiento de perplejidad, salió con el caballo, la *púrpura* y el collar de oro, y, al encontrar a Mardocai delante de la corte llevando un saco por indumentaria, le mandó que se despojara de aquel atuendo y se pusiera la vestimenta de púrpura. Pero el otro, que no sabía que aquello iba en serio, sino que se imaginaba que era objeto de mofa, le dijo: «Oh tú, el peor de todos los hombres, ¿te atreves a reírte así de nuestras desgracias?». Pero, al ser persuadido de que el rey le había otorgado ese privilegio a cambio de haberle procurado la salvación de su persona al hacer convictos de traición a los eunucos que habían conspirado contra su persona, se puso la vestimenta de púrpura que el rey no deja nunca de usar, se rodeó el collar y, habiendo subido al caballo, recorrió dando vueltas la ciudad, mientras Amán tiraba de las riendas del caballo y proclamaba: «He aquí el honor que recibirá del rey la persona que ame el rey y la considere merecedora de su aprecio». Y después que terminaron de recorrer la ciudad, Mardocai entró adonde se encontraba el rey, mientras Amán, avergonzado, se metió en su casa, donde bañado en lágrimas refirió a su mujer y a los amigos lo que le había sucedido. Y ellos le dijeron que ya no podría vengarse de Mardocai, porque Dios estaba con él.

260. *Ester denuncia a Amán ante el rey (Ester,* 6, 41). 11. Y, mientras ellos estaban todavía conversando de esto, llegaron los eunucos de Ester para urgir a Amán a que se presentara al banquete. Y uno de estos eunucos, de nombre Sabucad, al ver la cruz que estaba levantada en casa de Amán, preguntó a uno de los criados de la casa para quién la habían preparado, y, al oir que para el tío de la reina (pues el esclavo aquel le dijo que Amán se disponía a pedir su entrega al rey para castigarlo), de momento guardó silencio. Y como el rey, después de haber disfrutado del banquete en compañía de Amán, pidiera a la reina que le dijera qué regalo quería obtener de su bondad, en la seguridad de que obtendría el que solicitara, ella empezó a lamentarse del peligro que amenazaba a su pueblo y a decirle que ella con su raza estaba condenada a la perdición y que ése era el motivo por el que le daba cuenta de ello, puesto que, según ella, no lo habría molestado si él hubiera ordenado que su pueblo fuera vendido para sufrir una cruel esclavitud,

ya que ello suponía una desgracia mesurada, mientras que de esta catástrofe le rogaba que los librara. Y, al preguntarle el rey quién había sido el que había urdido estos hechos, le reina empezó ya a acusar abiertamente a Amán y probaba que había sido él quien, dada su condición de hombre perverso, había preparado una conspiración contra ellos. Y como el rey se sintiera confuso con esta confesión y saliera al jardín abandonando las dependencias donde se celebraba el banquete, Amán empezó a pedir y rogar a Ester que perdonara sus pecados (y es que él había comprendido que se hallaba en grave peligro). Y él cayó en la cama de la reina mientras le suplicaba, momento en que volvió a entrar el rey, quien, exacerbado aún más, a la vista de lo que Amán hacía, le dijo: «Oh tú, el más perverso de todos, ¿intentas incluso violar a mi mujer?». Y cuando Amán se asustó con esto y ya no podía pronunciar ni una sola palabra, también el eunuco Sabucad, que se presentó allí, acusaba a Amán, diciendo que había encontrado en su casa una cruz, preparada contra Mardocai, cosa que, según él, se la había dicho un criado a quien se lo había preguntado cuando había ido a su casa a llamarlo para el banquete. Y aseguraba que la cruz medía sesenta codos de altura. Y el rey, al oir esto, decidió imponer a Amán ningún otro castigo más que el que él había pensado contra Mardocai. Y, efectivamente, mandó al instante que muriera colgado de aquella cruz. Esto me sugiere admirar a la Divinidad y entender su sabiduría y equidad, no sólo porque castigó la maldad de Amán, sino también porque el castigo ideado contra otro hizo que recayera sobre él y porque con ello ha procurado a los demás que aprendan y conozcan que el mal que uno prepara contra otro lo urde sin darse cuenta contra sí mismo.

269. *Artajerjes honra a Ester y Mardocai (Ester,* 8, 1 y ss.). 12. Resulta, pues, que Amán, quien había gozado de honores inconmensurables concedidos por el rey, pereció de la manera dicha. Y Artajerjes regaló el capital de Amán a la reina. Y, tras mandar llamar a Mardocai (pues Ester ya le había informado del parentesco que la unía a él), le dio el anillo que antes había dado a Amán. Pero también la reina donó a Mardocai las propiedades de Amán, y pidió al rey que librara a la nación judía del temor que tenía a perder la vida, dándole cuenta del escrito de Amán, hijo de Amadat, hecho circular por él por todo el país, puesto que, según ella le decía, si su nación perecía y sus compatriotas morían ella no

podría continuar viviendo. Y el rey le prometió que no le ocurriría nada desagradable a ella ni hostil a la nación por la que tanto se interesaba, y le mandó que redactara ella misma un decreto referente a los judíos en nombre del rey y que, después de grabar en él el sello real, lo enviara a todo el reino, ya que, según él le decía, los que leyeran la carta, que llevaba la garantía del sello real, no mostrarían oposición alguna al escrito. Y, así, ella, tras pedir que se presentaran ante ella los escribas regios, les mandó que escribieran un decreto a favor de los judíos dirigido a las diversas naciones y tribus y también a los administradores y gobernadores que estaban al frente de las ciento veintisiete satrapías extendidas desde la India hasta Etiopía. El texto del decreto era del tenor siguiente: «El gran rey Artajerjes saluda a los gobernadores y a los leales a nuestra persona. Muchos, a causa de la magnitud de los beneficios y honores de que gozaron por la benevolencia extrema de quienes se los otorgaron, no sólo ofenden a sus inferiores, sino que ni siquiera renuncian a perjudicar sus propios benefactores, destrozando así el noble sentimiento de gratitud de los hombres, y aunque, insensibles a los inesperados bienes recibidos, corresponden a los causantes de su prosperidad con insolencia, creen con todo y con eso que pasarán desapercibidos de la Divinidad y que escaparán a su castigo. Y hay entre éstos quienes, encargados por sus amigos del gobierno del Estado y tener personalmente odio a alguien, han engañado a sus superiores con falsas acusaciones y calumnias y con ello los incitaron a montar en cólera contra quienes no habían cometido delito alguno, por la que estuvieron a punto de perecer. Y a nosotros nos es dado ver que es así no por los ejemplos un tanto antiguos y conocidos sólo de oídas, sino por hechos osados cometidos ante nuestros ojos, por lo que os invito a que de ahora en adelante no prestéis atención ya a esas calumnias y acusaciones ni a los argumentos con que otros intentan convenceros, y a que, por el contrario, juzguéis los hechos que uno mismo ve, los cuales deberéis censurar si así lo merecen, y agradecer si son distintos, poniéndoos de parte de los hechos mismos y no de quienes los refieren. He aquí un ejemplo actual de lo que venimos diciendo: Amán, hijo de Amadat y de estirpe amalecita, pese a ser extranjero y no de sangre persa, fue acogido por nosotros y gozó por nuestra parte de un afecto superior al de cualquier otro hasta el punto de que era ya llamado nuestro padre, era siempre respetado y después de nosotros se granjeaba el segundo puesto en cuestión de honores

reales otorgados por todos. Pues bien, en estas condiciones no pudo aguantar tanta dicha ni preservó tal magnitud de bienes con prudente inteligencia, sino que maquinó quitarme a mí, el causante de todo su poderío, el reino y la vida, después de pedirme maliciosamente y con engaños la entrega de Mardocai, mi bienhechor y salvador, y de Ester, compañera de mi vida y del gobierno, para matarlos. Y es que quería, después de haberme dejado huérfano por ese procedimiento de los leales a mi persona, traspasar el poder a otros. Por eso, yo, que he comprendido que los judíos, quienes habían sido llevados por este diablo a la perdición, no son malos, sino que, por el contrario, como ciudadanos se comportan de manera excelente y son devotos de Dios, que es quien nos ha preservado el reino tanto a mí como a mis antepasados, no sólo los absuelvo del castigo señalado en el escrito previamente enviado por Amán, al que haréis muy bien en no hacer caso, sino que además quiero que ellos reciban toda suerte de honores, mientras que a quien urdió todo esto contra ellos lo crucifiqué delante de las puertas de Susa con toda su familia, siendo Dios omnisciente quien le impuso este castigo. Y a vosotros, gobernadores y administradores de mi reino, os mando que, tras exponer una copia de esta carta en todos los rincones de mi reino, permitáis a los judíos que se rijan por sus propias leyes y vivan en paz y también que les ayudéis a que tomen represalias contra quienes los ofendieron en momentos desventurados el día decimotercero del mes duodécimo, que no es otro más que el mes de Adar, y todos en el mismo día, puesto que ese preciso día Dios lo ha hecho, en vez de día de su muerte, día de su salvación. Y ojalá que sea un buen día para las gentes leales a Nos y se recuerde en él el castigo que recibieron quienes conspiraron contra mi persona. Quiero, no obstante, que tanto la ciudad de Susa como toda la nación sepa que, si desobedece algún punto del escrito, será consumida a fuego y hierro. Aun así, el escrito debe ser publicado por el territorio entero de nuestros súbditos, quienes se prepararán necesariamente para el día programado, a fin de perseguir en esa fecha a los enemigos».

284. *Los judíos celebran el éxito (Ester,* 8, 14 y ss.). 13. Así, pues, los jinetes encargados de llevar la carta, que salieron enseguida, se dispusieron a recorrer el itinerario que les fue propuesto. Por su parte, Mardocai, como después de ponerse el atuendo real y de ceñirse la corona de oro y el collar saliera a la calle, al verlo tan

honrado por el rey los judíos residentes en Susa, consideraron su bienestar particular común a todos ellos. Por otro lado, una vez expuesta al público la carta del rey, la alegría que resplandeció en su cara por la salvación se apoderó de los judíos residentes tanto en la ciudad de Susa como en el resto del país, hasta el punto de que fueron numerosas también las otras razas que por el miedo que les inspiraban los judíos se circuncidaron sus vergüenzas para así conseguir la seguridad personal. Pues es que además los que trajeron el escrito del rey dieron cuenta de que la fecha elegida para tomar represalias contra los enemigos sería el día decimotercero del mes duodécimo, el cual entre los hebreos recibe el nombre de Adar y entre los macedonios el de Distro [18], para que aniquilaran a los enemigos en la fecha en que ellos mismos habían estado a punto de perder la vida. Y entonces ya los gobernadores de las satrapías, los príncipes y los escribas del rey trataban con gran consideración a los judíos, y eso porque el temor que les inspiraba Mardocai los obligaba a ser prudentes. Y, cuando el escrito del rey hubo circulado por todo el territorio sometido a él, ocurrió que los propios judíos residentes en Susa mataron en torno a los quinientos enemigos. Y como el rey le diera cuenta a Ester del número de enemigos muertos en la ciudad, sin saber qué había sido de los residentes en el resto del país, y le preguntara si quería que él hiciera todavía algo más, puesto que, según sus palabras, si ella lo quería se haría, le rogó que se les permitiera a los judíos tratar así también durante el día siguiente a los restantes enemigos y crucificar a los diez hijos de Amán. También esto encargó el rey a los judíos, deseoso de no contradecir a Ester en lo más mínimo. Entonces los judíos, volviendo a reunirse el día decimocuarto del mes de Distro, mataron a unos trescientos de los adversarios, sin tocar una sola de las propiedades de que eran dueños aquéllos. Y murieron también a manos de los judíos residentes en el campo y las otras ciudades setenta y cinco mil de sus enemigos. A éstos los mataron el día decimotercero del mes, y el siguiente lo hicieron festivo. E igualmente también los judíos residentes en Susa disfrutaron, reunidos, de banquetes durante el día décimo cuarto y el siguiente del mismo mes. De aquí viene que todavía hoy día todos los judíos del mundo hagan fiesta esos días, enviándose porciones

[18] Cf. cap. 107.

de comida unos a otros. Y Mardocai por un escrito enviado a los judíos que vivían en el reino de Artajerjes les comunicó que guardaran esos días, que los declararan fiesta y así se lo transmitieran a sus descendientes, con objeto de que continuaran como fiesta para siempre y no desaparecieran por olvido, puesto que, según les decía, actuarían correctamente, después de haber estado a punto de perecer ellos en esos días a manos de Amán, si tras haber conseguido escapar en esos mismos días al peligro de muerte que sobre ellos se cernía y vengarse de los enemigos, los guardaban rindiendo sentidas gracias a Dios. Esta es la razón por la que los judíos festejan los días antes señalados, llamándolos la *Fiesta de la Patrona.* Mientras tanto, Mardocai era poderoso y brillaba al lado del rey, con quien compartía el poder, gozando al mismo tiempo del placer de pasar la vida al lado de la reina. Y gracias a ellos a los propios judíos las cosas les iban mucho mejor de lo que podían esperar. De este tenor fueron los sucesos que les ocurrieron a los judíos durante el reinado de Artajerjes.

297. *El Sumo Sacerdote Juan y Bagoses.* 7.1. Una vez muerto el Sumo Sacerdote Eliasib le sucedió en el cargo su hijo Jodas. Y, muerto también éste, heredó esta dignidad Juan, que era hijo suyo, por culpa del cual Bagoses, general de Artajerjes II [19], violó el Templo e impuso a los judíos la obligación de pagar del tesoro público en concepto de tributo, antes de ofrecer los sacrificios diarios, cincuenta dracmas por cada cordero sacrificado. Y la causa de esto fue la siguiente. Juan tenía un hermano, Jesús, a quien Bagoses prometió que le concedería la dignidad de Sumo Sacerdote en atención a la circunstancia de ser su amigo. Y, así, Jesús, llevado de esta convicción, sostuvo en el Templo un altercado con Juan e irritó tanto a su hermano que éste, impulsado por la cólera, lo mató. Que Juan, en el ejercicio de sus funciones sacerdotales, hubiera cometido tamaña impiedad contra su hermano era tremendo, pero lo más tremendo era que ni entre los griegos ni entre los bárbaros se había dado un comportamiento tan cruel e impío. Y, claro está, la Divinidad no se desentendió de ello, sino que no sólo el pueblo judío fue reducido a la esclavitud por este motivo, sino que además el Templo fue violado por los persas. Por su parte, Bagoses, el general de

[19] Artajerjes II reinó entre 404-358 a. C.

Artajerjes, al tener conocimiento de que Juan, el Sumo Sacerdote de los judíos, había asesinado en el Templo a su propio hermano Jesús, montó en cólera inmediatamente contra los judíos y empezó a decirles: «Habéis tenido la osadía de cometer un asesinato en vuestro propio Templo». Y, como intentara penetrar él en el Templo, trataron de impedírselo. Entonces él les dijo: «Pero ¿cómo? ¿No soy yo más puro que quien ha sido aniquilado en el Templo?». Y, tras pronunciar estas palabras, penetró en el Templo. Pues bien, Bagoses, esgrimiendo este pretexto, persiguió a los judíos durante siete años por la muerte de Jesús.

302. *Manasés y los samaritanos.* 2. Fallecido Juan, le sucedió en el cargo de Sumo Sacerdote su hijo Jadús. También éste tenía un hermano, llamado Manasés, con quien Sanabaletes (que fue el enviado por el último de los reyes de nombre Darío a Samaria como sátrapa y que era de raza jutea, de la que proceden también los samaritanos, al saber que Jerusalén era una ciudad ilustre y que sus reyes causaban infinidad de problemas a los asirios y a los habitantes de Cele-Siria) casó lleno de contento a su propia hija, llamada Nicasó, en la creencia de que este matrimonio sería prenda de seguridad para la lealtad hacia él de toda la raza judía.

304. *Alejandro el Grande conquista Asia Menor.* 8. 1. Justo por esta época murió Filipo[20], rey de Macedonia, en Egas, asesinado traidoramente por Pausanias, hijo de Cerastes y de la familia de Orestes. Y su hijo Alejandro, tras heredar de él el trono y cruzar el Helesponto, venció a los generales de Darío a orillas del Gránico[21], donde trabó combate con ellos, y, después de invadir Lidia,someter a la esclavitud a Jonia y realizar razzias contra Caria, atacó las localidades de Panfilia, como ha sido señalado en otros lugares[22].

306. *Manasés se pasa a los samaritanos.* 2. Los ancianos de Jerusalén, indignados de que el hermano del Sumo Sacerdote Jadús compartiera el cargo de Sumo Sacerdote pese a estar casado con una extranjera, se levantaron contra él, porque consideraban que su matrimonio era una escalera que subía a los que quisieran

[20] En el año 336 a. C.

[21] Río de Frigia, que desemboca en la Propóntide.

[22] De la propia obra de Josefo *(Ant. jud.* 2, 348) o de otros autores.

contravenir las normas que regulaban los casamientos con las mujeres y que ello sería el inicio de su identificación con los pueblos extranjeros, y que, evidentemente, el haber violado algunos judíos las leyes relativas al matrimonio y casarse con mujeres no nativas había sido el motivo principal no sólo de su anterior cautividad, sino también de sus desgracias. Mandaron, pues, a Manasés que se divorciara de su mujer o que, en caso contrario, no se acercara al altar. Y como el Sumo Sacerdote hiciera causa común con el pueblo en la indignación y apartara a su hermano del altar, Manasés, presentándose a su suegro Sanabaletes, le dijo que, aunque amaba a su hija Nicasó, no quería, sin embargo, verse privado por causa de ella de la condición de sacerdote, dado que era el más alto en su pueblo y estaba vinculado a su familia. Pero como Sanabaletes le prometiera que no sólo le preservaría el rango de sacerdote, sino que le proporcionaría incluso el poder y dignidad de Sumo Sacerdote, y que lo designaría gobernador de todos los lugares sobre los que ejercía él el mando si aceptaba continuar casado con su hija, y como le dijera asimismo que construiría un templo de características iguales al de Jerusalén en la cima del Monte Garizín, que es el más elevado de las montañas de Samaria, y como le asegurara que llevaría a cabo estas medidas con la aprobación del rey Darío, Manasés se dejó llevar de estas promesas y continuó al lado de Sanabaletes, en la creencia de que obtendría el rango de Sumo Sacerdote por concesión de Darío. Y es que se daba la circunstancia de que en aquel momento Sanabaletes era ya bastante anciano. Y al contraer matrimonio del mismo tenor numerosos sacerdotes e israelitas en general se apoderó de los habitantes de Jerusalén una inquietud no pequeña, ya que se pasaban todos a Manasés, habida cuenta de que Sanabaletes les proporcionaba no sólo dinero sino también campos para cultivar y les asignaba lugares donde habitar en su deseo de resultar grato a su yerno sin escatimar medios.

313. *Los samaritanos confían en que Darío venza a Alejandro.* 3. Y por estas mismas fechas Darío, al llegar a sus oídos la noticia de que Alejandro, después de cruzar el Helesponto y derrotar en la batalla del Gránico a sus sátrapas, proseguía la marcha adelante, reunió un ejército de caballería e infantería, dispuesto a enfrentarse a los macedonios antes de que ellos invadieran y sometieran toda Asia. Y, así, después de dejar atrás el río Eúfrates

y de sobrepasar la montaña cilicia del Tauro, esperó en Iso de Cilicia a los enemigos, dispuesto a atacarles allí. Y Sanabaletes, contento con la bajada de Darío, dijo inmediatamente a Manasés que cumpliría sus promesas cuando Darío estuviera de vuelta luego de derrotar a los enemigos. Pues no sólo él sino todos los habitantes de Asia estaban persuadidos de que los macedonios no llegarían siquiera a establecer contacto con los persas por la multitud de éstos. Pero las cosas resultaron de forma diferente a lo esperado. En efecto, cuando el rey trabó combate con los macedonios fue derrotado y, después de perder una gran parte de su ejército, huyó a territorio persa, luego de haber sido cogidos prisioneros su madre, esposa e hijos. Alejandro, por su parte, pasando a Siria, conquistó Damasco y, tras apoderarse de Sidón, puso sitio a Tiro, al tiempo que solicitaba por medio de una carta que envió al Sumo Sacerdote de los judíos que le enviaran ayuda militar, ofrecieran mercado al ejército y que todos los tributos que antes pagaban a Darío se los entregaran a él si optaban por la paz y la amistad con los macedonios, diciéndoles que, si así lo hacían, no se arrepentirían. Pero al responder el Sumo Sacerdote a los portadores de la carta que había dado a Darío garantía jurada de que no tomaría las armas contra él y asegurarle que mientras Darío estuviera en este mundo de los vivos no transgrediría ese juramento, y oírlo Alejandro, montó en cólera, y aunque decidió no levantar el sitio de Tiro cuando esta ciudad estaba a punto de ser conquistada de un momento a otro amenazó, sin embargo, una vez que la hubiera tomado, con llevar su ejército contra el Sumo Sacerdote de los judíos y enseñar a todos por su ejemplo quiénes eran a los que ellos debían guardar los juramentos. Esto hizo que poniendo más denuedo en el asedio tomara Tiro. Y, después de restablecer la situación interior, marchó contra la ciudad de Gaza y, al llegar allí, puso sitio no sólo a la referida ciudad de Gaza, sino también al comandante de la guarnición destacada en ella, de nombre Babemesis [23].

321. *Los samaritanos tratan de ganarse a Alejandro.* 4. Sanabaletes, pensando que era el momento idóneo para conseguir sus pretensiones, abandonó a Darío y, habiendo tomado consigo a ocho mil hombres de los que estaban bajo su mando, marchó hacia Ale-

[23] Batis en Arriano 2, 25, 4.

jandro y, como lo alcanzara cuando iniciaba el asesio de Tiro, le dijo no sólo que le entregaba las localidades de las que él era gobernador, sino también que era de su gusto tenerlo a él como soberano en vez de al rey Darío. Y, al recibirlo Alejandro con agrado, Sanabaletes, tranquilo ya, le habló de sus proyectos, indicándole que tenía un yerno, Manasés, que era hermano de Jadús, el Sumo Sacerdote de los judíos, y que también otros muchos de sus compatriotas, partidarios suyos, querían construir ya un templo en alguno de los lugares bajo su jurisdicción. Y le dijo también que para el propio rey Alejandro era conveniente lo siguiente: que las fuerzas judías se dividieran en dos, para que esa nación, al no adoptar una postura unánime ni formar tampoco un bloque compacto, en caso de un posible levantamiento no causara problemas a los reyes macedonios, como ya antes los habían causado a los gobernadores asirios. Y, como se lo hubiera concedido Alejandro, Sanabaletes edificó el templo poniendo en ello todo su empeño y estableció a Manasés como sacerdote, dejándose llevar de la idea de que este altísimo privilegio pasaría a los vástagos de su hija. Y, transcurridos siete meses, que llevó el sitio de Tiro, y dos, que llevó el de Gaza, murió Sanabaletes, mientras Alejandro, luego de conquistar Gaza, se apresuró a subir contra la ciudad de Jerusalén. Y el Sumo Sacerdote Jadús, al oir esto, cayó en el nerviosismo y en el temor, ignorando cómo salir al encuentro de los macedonios, al estar irritado el rey Alejandro por su anterior desobediencia. Así, pues, comunicó al pueblo que efectuara una rogativa, y luego él, ofreciendo un sacrificio a Dios en compañía del pueblo, le pidió que se constituyera Él en escudo de protección de su nación y que la librara de los peligros que la amenazaban. Y, al acostarse él después del sacrificio, Dios le comunicó en sueños que estuviera tranquilo, y los habitantes de Jerusalén, luego de adornar la ciudad con guirnaldas, abrieran las puertas, y que luego marcharan todos al encuentro de Alejandro, los demás con vestimentas blancas y él y los sacerdotes con las ropas de rigor, sin esperar que les fuera a pasar nada malo, puesto que Dios cuidaba de que así fuera. Y, al levantarse de la cama, se alegró sobremanera, y, después de anunciar a todos lo que la Divinidad le había comunicado y de hacer todo cuanto le había sido ordenado en sueños, se dispuso a esperar la llegada del rey.

329. *Alejandro se postra ante el Sumo Sacerdote.* 5. Cuando el Sumo Sacerdote se enteró de que Alejandro se encontraba ya a

escasa distancia de la ciudad, salió acompañado de los sacerdotes y de la comunidad ciudadana, marchando a su encuentro, rodeado de una ostentación propia de los actos sagrados y superior a la efectuada por cualquier otro pueblo, hasta una localidad de nombre Safeín[24], palabra que, traducida al griego, significa *Observatorio,* y esto porque se daba la circunstancia de que desde allí se observaba Jerusalén y el Templo. En aquellas circunstancias los fenicios y los caldeos que seguían a Alejandro pensaban, como era de esperar de la cólera del rey, que éste les permitiría no sólo saquear la ciudad, sino también matar ignominiosamente al Sumo Sacerdote. Pero ocurrió todo lo contrario. En efecto, Alejandro, al ver todavía desde lejos a la multitud con vestimentas blancas, a los sacerdotes que les precedían con ropas de lino y al Sumo Sacerdote con atavío de azul-jacinto y salpicado de oro y llevando sobre su cabeza la mitra y sobre ella la placa de oro en la que estaba grabado el nombre de Dios, tras acercarse él solo se postró ante el referido nombre y fue el primero en saludar cordialmente al Sumo Sacerdote. Y, mientras todos los judíos en masa daban la bienvenida a Alejandro a un solo grito y lo rodeaban, los reyes de Siria y los demás se quedaron impresionados de que actuara así, tanto que se figuraban que el rey había perdido el juicio, pero Parmenión fue el único en acercarse a él y preguntarle a qué se debía que, mientras todo el mundo se postraba ante él, él en cambio se postraba ante el Sumo Sacerdote de los judíos. A lo que él contestó: «No es éste ante quien me postré, sino ante Dios, quien lo ha honrado a él con la dignidad de Sumo Sacerdote. Pues fue Él a quien vi yo en sueños con la presente indumentaria cuando me encontraba en Dío de Macedonia, y Él quien, como yo estuviera discurriendo en mi mente cómo podría apoderarme de Asia, me animó a que no titubeara sino que cruzara el mar, lleno de confianza, ya que, según me dijo, Él guiaría mi ejército y me entregaría el mando sobre los persas. De ahí que, al no haber observado a ningún otro vestido con tal ropaje, cuando ahora vi a éste, me acordé de la visión y exhortación que me dio en sueños, y por ello tengo para mí que, al efectuar esta expedición militar por impulso divino, venceré a Darío, aniquilaré a las fuerzas persas y me saldrán bien todos los proyectos que guardo en mi mente». Tras responder esto a Parme-

[24] Es el actual monte Escopo, donde se halla hoy día la Universidad hebrea (Thackeray).

nión y abrazar efusivamente al Sumo Sacerdote, llegó a la ciudad[25], mientras los judíos corrían a su lado. Y, habiendo subido al Templo, ofreció un sacrificio a Dios siguiendo las instrucciones del Sumo Sacerdote, y rindió notables honores al propio Sumo Sacerdote y a los demás sacerdotes. Y, como le fuera mostrado el libro de Daniel en el que revelaba que un griego derribaría el poderío persa, se convenció de que era él el indicado. Contento con ello, de momento disolvió la reunión popular, pero al día siguiente, luego de convocarlos a su presencia, les mandó que le pidieran los regalos que quisieran. Y, como el Sumo Sacerdote le hubiera pedido que pudieran regirse por las leyes de sus antepasados y que uno de cada siete años quedara exento del pago de tributos, se lo concedió todo. Y, como le hubiera rogado que permitiera también que los judíos residentes en Babilonia y Media pudieran regirse por sus propias leyes, prometió lleno de contento que haría lo que le solicitaban. Y, al decir él a la multitud que estaba dispuesto a llevar consigo a todos aquellos judíos que quisieran formar parte de su ejército con derecho a permanecer fieles a sus costumbres tradicionales y a vivir conforme a ellas, fueron muchos los que gustaron de integrarse en su ejército.

340. *Los samaritanos quieren de nuevo ganarse a Alejandro.* 6. Pues bien, Alejandro, después de organizar de esta manera la situación de Jerusalén, marchó con su ejército contra las ciudades siguientes. Todos los pueblos adonde llegaba lo recibían con muestras de alegría. Por su parte, los samaritanos, que en aquel entonces tenían como capital la ciudad de Sicima[26], situada junto al monte Garizín y habitada por los desertores de la nación judía, al ver que Alejandro había dispensado honores tan brillantes a los judíos, decidieron confesarse judíos. Y es que los samaritanos, como ya manifestamos en algún lugar anterior[27], llevan en su ser esta condición: cuando los judíos se encuentran en dificultades, reniegan de considerarlos sus congéneres, confesando entonces la pura verdad, pero cuando ven que el azar les proporciona una situación espléndida, de pronto salen con la pretensión de estar vinculados a ellos, alegando pertenecer a la misma raza y haciendo

[25] Es sumamente discutible la veracidad de este aserto.
[26] Cf. *Ant. jud.* 5, 69.
[27] Cf. *Ant. jud.* 9, 291.

derivar su árbol genealógico de Efraim y Manasés, los descendientes de José. Pues bien, los samaritanos, en medio de gran ostentación y mostrando enorme pasión por Alejandro, llegaron al encuentro del rey casi hasta al pie de Jerusalén. Y, como Alejandro alabara su proceder, los sicimitas se acercaron a él, llevando también consigo a los hombres que Sanabaletes le había enviado en calidad de soldados [28], y le rogaban que, llegándose a su ciudad, honrara también con su presencia el templo que tenían ellos. Y él prometió que les concedería ese favor más tarde, a la vuelta, y al solicitarle ellos que les eximiera del pago de tributos uno de cada siete años, ya que, según le decían, tampoco ellos sembraban en ese año, les preguntó a que raza pertenecían ellos que le formulaban esa petición. Y, al contestarle ellos que eran hebreos, aunque se les conocía por los sidonios de Sicima [29], volvió a preguntarles de nuevo si resultaban ser judíos. Y, como ellos le contestaran que no, les dijo: «Debéis saber que eran judíos a quienes concedí esta gracia. No obstante, cuando esté de vuelta y sea informado por vosotros con más precisión, tomaré una decisión al respecto». Con esto eludió comprometerse con los sicimitas. Y a los soldados de Sanabaleses les mandó que lo siguieran a Egipto, puesto que, según les dijo, allí les entregaría unos lotes de tierra, cosa que hizo poco después en la Tebaida, ordenándoles que preservaran incólume la región [30].

346. *Algunos judíos se unen a los samaritanos.* 7. Una vez muerto Alejandro, su imperio fue repartido entre los diádocos, mientras el templo levantado en la cumbre del monte Garizín permanecía en pie. Y todo aquel residente en Jerusalén que era acusado de tomar en sábado una comida común a la de cualquier otro día, de violar la ley o de cometer alguna otra falta de este tenor en esa fecha, huía a Sicima, alegando haber sido expulsado injustamente. Por aquella época había muerto también el Sumo Sacerdote Jadús y había heredado el cargo de Sumo Sacerdote su hijo Onías. Esta era la situación en que se encontraban las gentes de Jerusalén.

---

[28] Cf. cap. 321.
[29] Cf. *Ant. jud.* 12, 257.
[30] Cf. *Ant. jud.* 12, 7 y ss., y 13, 74 y ss.

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales